



**Centro de Estudios Sociológicos
Doctorado en Ciencia Social con Especialidad en Sociología**

Promoción XVIII

**Narrarse un espacio propio en la adultez
Identidades de género y agencia en narrativas personales sobre el tránsito
a la adultez de mujeres en distintas coordenadas sociales en Uruguay**

**Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencia Social con
especialidad en Sociología que presenta:**

Andrea Alicia Vizcaíno de la Torre

Director: Dra. Ana María Tepichin Valle

México, D.F.

Julio 2023

Índice

Agradecimientos y nota personal	7
Capítulo I: Problema y método de la investigación	12
Objetivo de investigación	15
Método de investigación	15
Técnica de investigación	17
Guía de entrevista	17
Análisis de las entrevistas	18
Unidad de análisis y selección de casos	18
Validez y Saturación	19
Marco teórico	21
Más allá del lenguaje y de las estructuras: el género como una relación social vivida. ...	22
Crítica al feminismo cultural y al materialista.	23
El género como una relación social vivida	24
Identidad narrativa	25
Dimensión relacional de las identidades narrativas	32
La noción de “trama” (<i>emplotment</i>)	35
Narrar el curso de vida, ¿qué contamos cuando contamos nuestra adultez?	38
El enfoque de curso de vida	39
Bifurcación de las narrativas sobre cursos de vida y la formación de identidades de género.	42
Conclusión	44
Estado del arte	46
Surgimiento del enfoque de curso de vida	46
Principales elementos del enfoque de curso de vida	49
Construcción social de las etapas de vida	50
Narrativas y construcciones sociales de etapas de vida	53
El género y el curso de vida	57
Narrar la adultez como espacio de negociación de las tensiones entre narrativas culturales de curso de vida y de género	62
Género, adultez y procesos sociales de individualización	65

Contexto	72
Narrativas sobre el curso de vida normativo de la mujer en los albores del estado moderno uruguayo	73
Angustias, miedos y reacomodos simbólicos detonados por la “Mujer trabajadora” a finales de siglo XIX en Montevideo	75
Legitimar a la “mujer trabajadora”: entre la virtud y la deshonra.....	81
Transformaciones de la “matriz inferiorizante” de la adultez femenina.....	86
Narrativas tradicionales generizadas de adultez	91
Transformación de la participación femenina en el ámbito público.....	94
Evolución de la participación de las mujeres en el mercado laboral en las últimas décadas del siglo xx en América Latina.....	100
Continuidades y nuevas caras de la desigualdad de género	109
Persistencia de las narrativas tradicionales en Uruguay.....	115
Conclusión	116
Todas las trayectorias cuentan la misma historia: descripción de los casos de estudio	117
Características generales de la población de estudio	117
Diversidad de trayectorias a la adultez	124
Pasaje de la formación al empleo.....	128
Emancipación del hogar de origen	129
Primera unión y formación de familia.....	130
Todas las narrativas de las trayectorias cuentan distintas historias	132
Análisis de las tramas en narrativas personales de transición a la adultez	132
A. Tramas sobre la elección de salida laboral	132
B. El trabajo como un espacio propio: Valoración del trabajo en la narrativa personal	143
C. Tensión entre dominios de vida: laboral y familiar.....	171
Conclusión	204
Narrarse, narrarnos: Construcción de identidades narrativas en la Maternidad y en la pareja	206
A. Rupturas y continuidades con el pasado y futuro: ¿pistas de relaciones de dominación o de nuevas formas de emancipación dentro de la pareja?	211
A.1. Pensarse en pareja: “ <i>dejar un porcentaje de lo suyo para ir hacia algo común</i> ”211	
A.2 La economía de estar en pareja	227
B. La maternidad en la construcción de identidades narrativas.....	244

B.1. Diversidad de posturas alrededor de la maternidad.....	246
La sombra del pasado y del futuro en la interpretación de la maternidad.....	248
“Si quiero ser madre, no necesito porque bancarme a alguien”	250
Maternidad como el curso natural.....	251
Razones interpersonales: ¿una decisión que se construye en pareja?	251
Decidir por razones médicas	252
“Cuando deseo ser madre, lo fue y fue una excelente madre”	253
Correlato material de la dicotomía Susanita y mujer profesional: la inadecuación de los ámbitos de vida.....	255
Ni Susanita, ni empresaria: “Multitasking”.....	257
El nivel educativo y recursos de la familia de origen	260
Tipo de ocupación	262
Experiencias de la maternidad.....	263
“Te cuesta adquirir el sentimiento de madre, de que te sentís madre”.....	264
La soledad como obstáculo de la lactancia	264
“Ser algo más que madre”	264
“¿En qué momento voy a recuperar mi tiempo?”	265
“Cómo seguir siendo yo, pero ahora ser madre”.....	266
“Era como que le pasaba a otra persona”	267
La lactancia	267
Maternar en colectivo: “no soy madre de mis propios hijos, pero hay otras formas de vivir la maternidad”	268
Conclusión: Agencia en la maternidad y la pareja	269
Conclusión.....	276
Líneas de fuga.....	278
Viejas y nuevas identidades adultas generizadas con marcadas grietas de clase.....	279
Identidades que se construyen al transitar a la adultez desde ocupaciones con poco reconocimiento material y simbólico	280
Dimensión fenomenológica de la clase y su peso para la construcción de la identidad	282
¿Qué caracteriza las identidades adultas sujetas a exigencias contradictorias entre ámbitos de vida?.....	282
Percepción y aprovechamiento de políticas públicas e institucionales de conciliación trabajo/familia	283

Diversidad y tensión de narrativas institucionales para resolver la tensión entre ámbitos familiar y laboral	284
La maternidad como un punto de giro en la trayectoria laboral.....	285
Mayor necesidad de negociar, mayor reflexividad	286
Fin de la historia	287
ANEXO 1. Resumen de características de las trayectorias de los casos	289
ANEXO 2. NARRATIVAS	293
Diana	293
Vanessa	299
Úrsula	306
Raquel	314
Renata	328
Sonia	338
Sandra	349
Yolanda	363
Berenice	370
Carolina	377
Alondra	388
Beatriz	396
Fernanda	402
Ilana	409
Wendy	418
Hilaria	423
Estefanía	431
Ida	439

Agradecimientos y nota personal

Alguna vez se me ocurrió que los agradecimientos en las tesis académicas son un interesante corpus de estudio. Se trata de un particular espacio en el que surge el carácter relacional del quehacer de investigación, a veces tan arraigado a la narrativa individualista. Es ahí donde la investigación se reconoce descendiente de una constelación de redes tanto académicas como personales, que se presentan como el pesebre de su nacimiento, en el doble sentido de la palabra. La escena congelada donde se dan reunión todas aquellas personas que hicieron posible la creación de una tesis.

Es difícil escoger a qué estrella de esta constelación me referiré primero y creo que se debe a una de las preocupaciones más importantes de esta tesis: la tensión entre el espacio público y el privado. En lo que se refiere al “espacio público” de esta tesis, que es el contexto académico de la investigación, esta tesis no habría existido sino hubiera sido por El Colegio de México y por el Centro de Estudios Sociológicos, actores que hacen posible, año tras año, década tras década, la creación de investigaciones rigurosas y relevantes, que forma generaciones de investigadores que hacen avanzar las ciencias sociales en México y la región de América Latina. Mi carrera está en deuda para siempre con esta institución que ha acogido toda mi formación a nivel terciario, y que ha apostado por mí.

Las instituciones más allá de su existencia un tanto fabulística, se hacen reales en la interacción de personas de carne y hueso. ¿Quiénes fueron mis interfaces de esa institución? Esa sería sin duda, antes que nadie, la Dra. Ana María Tepichin Valle, una investigadora que tendrá por siempre mi admiración, no sólo por su trabajo como académica, sino también por su humanidad. A lo largo de este proceso, siempre me ha ofrecido una lectura rigurosa y observaciones claves para hacer avanzar la tesis en momentos de claro estancamiento, y siempre tuvo consideración por mi curso de vida y las importantes transformaciones que tuvo a lo largo de este proceso de tesis. Mi admiración y agradecimiento por siempre, por hacer posible esta tesis, y por el acompañamiento y apoyo en estos cinco años.

Este agradecimiento y admiración se extiende a mi comité de lectoras. A la Dra. Cristina Herrera por sus lecturas incisivas, por sus comentarios siempre constructivos y su genuina preocupación por la investigación que se gesta y la persona que la remienda a duras

penas. Igualmente, a la Dra. Natalia Genta por dar una lectura local sobre un país que a lo largo del proceso he llegado a sentir como un hogar, y que acogió mi investigación. Asimismo, a la Dra. Leslie Lemus, por ofrecer generosamente dar una mirada fresca a estas páginas.

He ahí que entra la tensión, porque he descrito primero la dimensión pública de la constelación de mi tesis, pero no porque haya un orden de importancia entre el contexto académico y el familiar en que se forjó. En la dimensión más íntima, esta tesis no habría sido posible sin el apoyo y sacrificio de mi compañero Gabriel Tenenbaum. Gracias por lo que hiciste y por lo que dejaste de hacer, a pesar del estrés y preocupación, para que pudiera tener esas horas de trabajo en las que se materializó esta tesis. Sólo tú y yo sabemos lo sagrado que el tiempo se ha vuelto en nuestras vidas. Gracias también por escucharme, desde tu identidad académica, hablar de los pantanos y los momentos eureka de la tesis. Gracias también por la escucha más humana, de camaradas en las trincheras. Al decidir fundir nuestras vidas y maternar otras, todo esfuerzo tiene un componente compartido.

Gracias también a mi madre por ser siempre mi animadora número uno, por darme contención y por avivar mi impulso siempre, sin importar la distancia. A mi padre y hermana, por estar y quererme, aunque no estemos cerca. Y gracias a Susana, Ernesto y Dani, mi familia uruguaya, por todo su apoyo, que también fue clave para poner el punto y final en este proceso.

Quiero agradecer a las amistades, porque en este mundo atravesado por las vetustas narrativas de la división de esferas, que resumen el mundo en casas y oficinas, las amistades son revolución, crean espacios, agrandan el mundo y desmienten ese falso mito de la voracidad humanidad.

Esta constelación no estaría completa sin la barra “urumex”, que le dio al Uruguay una interfaz de carne y hueso, una plataforma de traducción cultural y un espacio de familiaridad vetado de dulce de leche y cochinita pibil. Yo no sé si eso sea El Uruguay, pero sin duda es el mío. Gracias Juji, Vicky y Carmen, en especial, por hacerme un nido, y por tener una presencia casi militante por su compromiso en la vida de sus amigas, incluida yo.

Quiero agradecer a mi amiga más nueva, Meme. Es hermoso cómo se puede apreciar tanto a alguien en tan poco tiempo, es quizá esa red de cordones umbilicales que nos atrapó a las dos; es quizá esa lágrima contenida en las peceras del puerperio; es quizá tu aparición

insospechada en el hospital cargada con una bolsa con chocolates, chiles secos y ropita diminuta, o las tardes en biblioteca trabajando, es quizá todo eso la razón por la que formas parte de este esfuerzo y te agradezco la compañía, la escucha y presencia. Y a mis amigas, las de siempre, las de poca ceja, por todas las vidas que nos acompañamos y que nos faltan por acompañar.

Esta tesis no se hizo de forma lineal, sino en un proceso de avances y retrocesos, como imitando los cambios en mi vida. Mis propias vivencias hacen eco de las preocupaciones y situaciones que se retratan en esta investigación. Por eso es importante agradecer a mis entrevistadas que, en muchos momentos, cara a cara o incluso cara y transcripción, fueron verdaderas compañeras de andanzas, me hicieron sentir interpelada y acompañada. Siento un pasmado agradecimiento frente a su generosidad, por abrirme las puertas de sus casas, de sus trabajos, de su tiempo y de sus vidas al compartir sus historias conmigo. Me acompañaron en mi propio cauce biográfico y experimenté cómo el tiempo transforma la mirada, ha sido una revelación poder leer estas historias desde nuevas situaciones, y encontrar siempre pliegues y sentidos escondidos. Estos relatos me acompañaron antes y después de tener hijas. Creo que este parteaguas es en sí mismo un interesante objeto de estudio para una autoetnografía. A veces, en nuevas lecturas, me siento más identificada con las personas que hablan que con la persona que pregunta. Creo que el enfoque narrativo, además de ser una propuesta teórica y metodológica, propone una forma de ver el mundo que nunca se tira a un lado del camino, implica un compromiso con la naturaleza cambiante de las cosas y las personas, por lo que da poca cabida a visiones simplistas y a los prejuicios. Todo esto me ha llevado a sentir una sincera admiración y afecto por cada una de estas historias.

Quiero acabar hablando de mis hijas, Tamara y Lucía. Se siente contradictorio agradecerles por esta tesis, porque en términos objetivos han sido más un obstáculo para su realización. Ahora mismo, me encuentro escribiendo en una biblioteca, lejos de ellas, aunque pensando en ellas, con una mezcla de culpa y amor. Sin embargo, tampoco creo que esta tesis haya podido ser la misma sin ellas. Hay otros tipos de aportes, creo. Una mirada que se transforma, una mayor empatía y una sensibilidad a los detalles de mis entrevistas que sin duda no tenía antes.

No quisiera que este último párrafo diera vida a una nociva mistificación de la maternidad, y pareciera hacer eso de las revistas que hablan de la madre superheroína y

multitareas. Terminar esta tesis con dos hijas a cargo, transitando un embarazo, no fue sencillo, ni para mi salud ni para la tensionada dinámica familiar. Muchas veces me he cuestionado si el resultado sería el mismo sin las noches de desvelo, sin el cansancio crónico, el desgaste mental de mantener con vida y con una vida pasable a estos dos seres maravillosos. Imposible saberlo, pero quizá sería mejor.

Úrsula K. Le Guin dice que los bebés se comen manuscritos, y, sin duda, las mías, por momentos, mordisquearon con encías peladas este escrito. Recordando esta frase, la novelista mexicana Jazmina Barrera, reflexiona sobre los poemas y novelas no escritos por llantos o embarazos, yo me pregunto por cuántas tesis de licenciatura, de maestría, de doctorado se abandonaron por lo mismo, y los aportes que se perdieron. Es un poco triste congratularse por el objetivo tan básico de terminar, cuando mi espíritu más perfeccionista aspiró alguna vez a otras metas. Pero quisiera poner en evidencia que la maternidad no debería de ser una variable de ajuste de nuestras aspiraciones como personas gestantes, que no debería ser un espacio para sacrificar o sacrificarse, y que esto podría cambiar si se transformaran las estructuras materiales y culturales de desigualdad heredadas de la pernicioso división sexual del trabajo. Aspiro a una sociedad con maternidades deseadas y deseantes, sin tener aún total claridad sobre el camino para llegar a ese ideal, pero con la esperanza de que esta tesis haya tirado una semilla de conocimiento que sirva a este objetivo.

Incluyo esta reflexión personal e íntima en la tesis, aunque se sienta un poco fuera de lugar, en un intento también por resistir a esa tradición de negar la propia experiencia y borrar los rastros de la experiencia de materner del quehacer como investigadora que aspiro a ser. De nuevo, gastando las palabras de Alicia Ostriker, si es creencia dominante que las mujeres deben tener bebés en vez de escribir y si su contracara, casi equivalente, es la idea de que las mujeres deben escribir en vez de tener hijos, me pregunto en qué lugar incómodo quedamos las que se quedaron sin aliento tratando (accidentalmente) de hacer los dos. Esta tesis se interesa por recuperar la experiencia de otras mujeres que, en sus propios espacios, hacen lo mismo. Y siento orgullo y hermandad al sentir que algo comparto con todas ellas. A veces el lenguaje académico pone al investigador en un lugar de distancia y extrañamiento frente a sus “objetos de estudio”, yo no me reconozco en esto, y para nada desearía ponerme en esta posición respecto a mis entrevistadas. No estoy librada de ninguna de las batallas que ellas enfrentan, ni de sus contradicciones.

Y a Tamara y Lucía, en el inverosímil escenario de que algún día lean esto, sepan que las amo siempre, en el desvelo, en la irritación, en la alegría, en los mimos, mientras hablo con personas que no son ustedes, mientras camino por una calle sola, mientras estoy sentada en una biblioteca lejos, mientras las paseo de un lado al otro del apartamento en la madrugada, mientras abrazo y discuto con su padre, mientras extraño mi país natal y a sus abuelos, mientras pienso en mis cosas. Sepan siempre que las amo, no por instinto, sino desde un deseo latente de verlas crecer y conocerlas siempre de nuevo. No puedo esperar por escuchar las distintas formas en que me van a contar sus vidas, de conocer sus anotaciones y tachaduras en los múltiples borradores, y de descubrir esas identidades que por momentos consideren acogedoras para mirarse al espejo.

Capítulo I: Problema y método de la investigación



En las redes sociales circula una publicación que critica que los hombres sean aplaudidos por llevar a cabo tareas del hogar, cuando “se trata solamente de ser un adulto funcional”. El comentario expone una brecha simbólica en la adultez femenina y masculina. Tradicionalmente, el que los hombres no desarrollen este tipo de labores no ha supuesto un obstáculo, al contrario de las mujeres, para quienes quienes la capacidad y disposición para desarrollar esas actividades sí es visto como un marcador de adultez. ¿Quién no ha escuchado alguna vez que se le diga a una mujer la difundida expresión de “Estás lista para casarte” después de cocinar o hacer algo doméstico? Esto exhibe una dimensión poco explorada de la opresión de las mujeres, y que tiene que ver con la exploración de cómo el género permea la construcción social de las etapas de vida.

Se trata de una invitación a pensar en la dimensión diacrónica de la construcción de identidades de género, en cómo se despliegan en el curso de vida, y cómo la división sexual del trabajo produce narrativas que forman identidades adultas generizadas. Pensar el género desde el enfoque de curso de vida implica reconocer que la persona no sólo nace y se inserta en ciertas identidades de género, si no que “crece”, se desarrolla y actúa en ellas, las va ocupando a lo largo de su vida, las experimenta de forma dinámica, y a partir de eso, incorpora, transforma, reconstruye los significados, cambiantes, de quién es. Implica adentrarse también en el lado poco explorado de la construcción de identidades de género dentro del curso de vida, reconociendo el carácter agéntico, situado y dinámico de la construcción de identidades (en plural) a través de la experiencia y en la interacción.

Las identidades no se forman en el vacío, sino en el marco del pasaje esperado por diversas etapas de vida socialmente establecidas, temporalidades sociales que informan la construcción de subjetividades. Por lo tanto, las identidades ocurren en un tiempo simbólico. El curso de vida no es una pizarra en blanco, sino que está coloreado por discursos y narrativas sociales, es decir, se construye socialmente, por lo tanto, también está sujeto a las relaciones de poder dentro de la sociedad. Asimismo, las relaciones sociales se experimentan en el marco un ordenamiento social de las etapas de vida. Por lo mismo, cualquier forma de entender estos procesos no puede obviar la manera en que socialmente se construye el ciclo de vida. El género permea las nociones sociales sobre el ordenamiento de la vida, así como la estratificación de los cursos de vida en diversos niveles socioeconómicos.

En el marco de esa construcción simbólica del curso de vida, la adultez es un campo de disputa especialmente relevante para los estudios de género. En el caso de Uruguay, como muestra Yamandú Sierra (1994), una de las creencias básicas de la “matriz de inferiorización” compartida por diversos actores de la vida pública uruguaya de principios del siglo pasado era la construcción de “la mujer” como un ser inferior en términos físicos, intelectuales y morales, lo que justificaba la tutela masculina sobre sus vidas y cuerpos, y esencializaba su incapacidad para acceder al estatus de adultez.

El establecimiento de la división sexual del trabajo en el nacimiento del Estado-nación uruguayo no sólo conllevaba la definición de sujetos sociales sexualizados, de lo femenino y lo masculino, sino que restringía y distribuía de manera inequitativa los recursos materiales y simbólicos asociados a la “adultez”, una metáfora de la membresía social. La esfera pública se construyó, en los discursos fundacionales de la nación uruguaya, en el espacio de la creación, la innovación y el dinamismo, mientras que la esfera doméstica fue percibida como un espacio atemporal, ahistórico y apolítico, carente de recursos.

Esta estructura de género llevaba implícita, por lo tanto, una definición de la adultez generizada, el estatus social en el que las personas acceden al mayor grado de autonomía en una sociedad y que depende de los recursos con los que cuentan y que han acumulado a lo largo de una serie de eventos que marcan la transición a dicha etapa de vida. La definición de adultez que detenta cada sociedad no es neutra, sino que estipula posiciones que gozan de mayores privilegios, como la figura del varón, heterosexual, cisgénero, blanco o blanqueado (Segato, 2016), urbano, sin capacidades distintas, y de estratos socioeconómicos altos.

Estas estructuras de privilegios y restricciones se vivencian en el curso de vida, en específico, en el tránsito hacia la adultez a través de procesos en los que se entretajan los niveles supra-individuales, intersubjetivos e individuales; ámbitos de la vida, y temporalidades que, en su interrelación, configuran la experiencia de la adultez. La definición no neutral de la adultez en el marco de la división sexual del trabajo crea un desbalance fundacional entre los ámbitos de la vida (el trabajo, la familia, la educación...) que responsabiliza de manera específica y desproporcionada a las mujeres de las tareas de cuidado y reproducción social, implicando una desventaja en la estructura de oportunidad para alcanzar la realización personal, tan íntimamente ligada al desarrollo de trabajo remunerado.

A pesar de las transformaciones que se presenciaron en las relaciones de género desde inicios del siglo pasado hasta la actualidad en Uruguay, aún se distinguen las asimetrías causadas por la separación de esferas que se impuso en los discursos de principios del siglo pasado. Esto se observa en las desigualdades que enfrentan las mujeres uruguayas en su participación en el mercado laboral, como la brecha salarial y la segregación sexual laboral, tanto horizontal (concentración de mujeres en ocupaciones codificadas como femeninas) como vertical (limitada presencia de mujeres en puestos de decisión).

Asimismo, es evidenciado por la sobrecarga de trabajo de las mujeres que, al mismo tiempo que incrementan su participación en ocupaciones remuneradas, continúan encargándose de las tareas domésticas y de cuidados, mientras que los varones no han aumentado su aportación en el trabajo no remunerado, una tendencia que ha permanecido inmutable a pesar de los avances en otros ámbitos.

A pesar de las importantes transformaciones presenciadas a lo largo del siglo XX, y sobre todo en las últimas tres décadas, aún se observa la vigencia de ciertas narrativas de género y de la división sexual del trabajo, aunque con algunas diferencias. El énfasis de la división sexual del trabajo parece haber vivido un deslizamiento, la participación de la mujer en el trabajo remunerado deja de ser problemática, pero con se observa una vigorosa persistencia en lo que se refiere a la distribución sexual del trabajo no remunerado. Las mujeres uruguayas siguen cargando con el deber moral de responder a las necesidades de cuidado en el ámbito privado.

Objetivo de investigación

El objetivo de esta investigación es indagar cómo las narrativas tradicionales de género se negocian en las narrativas personales de mujeres uruguayas con trayectorias diversas, cómo se expresa la agencia en dichas narrativas y cómo influye el nivel socioeconómico y el tipo de ocupación en la construcción de identidades narrativas.

Método de investigación

Para contestar esta pregunta, se desarrollará una investigación de corte cualitativo, puesto que se busca dar cuenta de los sentidos construidos socialmente desde posiciones sociales específicas, en el cruce de género y de clase. Como señala Roberto Castro (1994), el principal interés sociológico de los métodos cualitativos es captar “el significado que la realidad tiene para los individuos y la manera en que estos significados se vinculan con sus conductas” (1994:64). Debido a que esta investigación se interesa por captar diversos significados atribuidos a la adultez en diversas coordenadas sociales, considero que es el enfoque más apropiado.

La investigación retoma también elementos de los estudios biográficos y de relatos de vida, en el sentido de que nos interesa estudiar los contenidos de reconstrucciones narrativas de las trayectorias de vida de las mujeres entrevistadas. Blanco (2002) señala que la “relativa ausencia de la dimensión diacrónica en el estudio de la vinculación trabajo-familia tal vez se deba a la dificultad que implica el manejo teórico y empírico de la temporalidad en la investigación social”. Esta autora propone superar esta dificultad remitiéndose al enfoque de curso de vida, del que se retoman varios elementos. Dicho enfoque “rechaza la homogeneidad y la linealidad temporal y asume una concepción multidimensional del tiempo” (Elder, 2002:449). De acuerdo a Elder y Giele (2009), el uso de narrativas biográficas o relatos de vida ha ganado prominencia como una vía para recuperar los significados que las personas dan a los diversos eventos de vida. La misma autora sostiene que las propiedades tanto metodológicas como teóricas de las historias de vida “las hace útiles para comparar individuos y grupos que difieren en origen, al experimentar eventos de vida importantes” (2009: 11). Asimismo, destaca su utilidad para la exploración de la identidad y la agencia.

Asimismo, se incluyen algunos elementos del enfoque fenomenológico y feminista, pues el trabajo busca analizar experiencias de vida alrededor de la adultez, partiendo de la

noción de que el género se encarna en la experiencia como “situaciones”, marcos estructurales donde ocurre la experiencia individual y configuran (y están configuradas) por la experiencia del tiempo. Para esto, se retoma la definición de McNay (1999) del género como una relación social vivida y de su recuperación del concepto de identidad narrativa de Paul Ricoeur. Reconociendo el carácter inaprensible de la experiencia, se estudian las narraciones de experiencia de vida de mujeres como ejercicios de interpretación y de construcción de sentidos en diálogo (más no determinados por) con las relaciones sociales donde están inmersas.

En correspondencia con esto, el diseño de la presente investigación retoma algunos elementos del enfoque narrativo. En específico, se recupera la noción de que estamos investigando eventos en retrospectiva (Freeman en De Fina y Georgakopoulou, 2015:27), desde un momento presente, las entrevistadas reconstruyen vivencias del pasado a través de una estructura narrativa (un inicio, un desarrollo y un desenlace) que da sentido a una porción de la vida.

El narrar constituye, por lo tanto, una interpretación del mundo. Este esquema narrativo es central para la constitución de identidades. Las culturas tienen repertorios culturales de “tramas” posibles que sirven para comunicar y actualizar valores y creencias colectivas (MacIntyre, 1981). Estas narrativas “colectivas” pueden ser, por lo tanto, “vehículos de ideologías” (Polletta et al., 2011:111, traducción propia), pues reproducen discursos y tienen capacidad persuasiva. En este estudio, se parte del supuesto de que el curso de vida, en una sociedad concreta, se construye como una meta-narrativa sostenida y reproducida por diversas instituciones que enmarcan el curso de vida y que buscan sostener una organización colectiva de las vidas humanas. Las personas vivencian e interpretan sus propias vivencias en diálogo con estas narrativas colectivas de las etapas de vida, que están atravesadas por las narrativas de género. De este dialogo surgen procesos de negociación y autoidentificación con la estructura social y con definiciones de adultez que pueden llegar a estar en tensión con las propias experiencias de adultez. Este proceso de negociación de la adultez respecto a los “guiones” normativos de la adultez da lugar a expresiones de agencia en la construcción de identidades, marcadas por la reflexividad y la intencionalidad. El objetivo de la investigación es comprensivo en tanto que busca reconstruir los sentidos que

se le da a la adultez en una diversidad de configuraciones de trayectorias a la adultez, que son interpeladas por las narrativas colectivas de la adultez generizadas.

Técnica de investigación

Los métodos cualitativos hacen énfasis en la búsqueda de la comprensión y reconstrucción de los procesos por los que se construye socialmente la realidad, partiendo de los individuos. Se trata, pues, de investigaciones centradas en la dimensión interpretativa o subjetiva producida en la interacción (Castro, 1996:64). La perspectiva de este trabajo parte de los mismos supuestos, considerando a la persona como un “actor interpretativo”. Se admite también que el ejercicio de la “interpretación” tiene lugar en la interacción (con otros individuos, discursos e instituciones), en este caso, la entrevista.

La técnica de investigación que se utilizó fue la aplicación de entrevistas retrospectivas semiestructuradas que sirven para recuperar las narraciones biográficas de mujeres adultas montevideanas. Las entrevistas son una técnica de investigación que permite recuperar las interpretaciones que hacen personas concretas sobre sus experiencias de vida.

Las transcripciones de las entrevistas se someterán a un modelo de análisis narrativo temático. Riessman (2005) señala que este tipo de análisis narrativo pone énfasis en el análisis del contenido del texto, no tanto en el lenguaje y en cómo se construye la narrativa. Este tipo de análisis implica la recolección de narrativas que se agrupan conceptualmente, pudiendo dar lugar a la construcción de tipologías de narrativas organizadas por tema. En este trabajo se buscará identificar si hay una narrativa cultural generalizadas y cómo se negocia, se hace presente, se reconfigura en las narrativas personales. Riessman señala que esta aproximación temática es útil cuando se quiere construir una teoría a partir de varios casos (2005:3), como es el caso en este trabajo.

Guía de entrevista

La entrevista siguió un esquema semi-estructurado que tuvo como interés promover que la persona entrevistada desarrollara los temas de acuerdo a su propia experiencia. La entrevista dio inicio con una pregunta disparadora: ¿A qué te dedicas? Lo que por lo general guió la conversación hacia el desarrollo laboral de la persona. Una vez descrita la ocupación, se guió la conversación buscando que la persona narrara cómo fue el proceso de llegar a esa ocupación, desde la salida de la escuela, recorriendo las diversas experiencias laborales y formativas, y preguntando sobre el porqué de sus diversas decisiones.

Empezar por el aspecto más laboral (“público”) de la vida de la persona, permitió crear una mayor soltura y un ambiente más cómodo para entonces empezar a preguntar por las vivencias en el ámbito familiar que tuvieron lugar en paralelo a los eventos laborales y formativos. De hecho, en muchos casos, las narraciones de las entrevistadas llevaron el tema espontáneamente hacia ese aspecto de la vida. En ese ámbito, se preguntó sobre diversos hitos ligados a la transición a la adultez, con especial énfasis en la primera unión y el primer hijo.

Las entrevistas finalizaron todas con una reflexión sobre la adultez, preguntando a las entrevistadas que dijeran, a partir de su experiencia, qué significaba para ellas ser adultas. En general, se observó que en un primer momento las entrevistadas dieron definición de adultez más ligadas a “lugares comunes”, a las narrativas “maestras” de la adultez, ligándola a la responsabilidad y a la autonomía. Si embargo, profundizando más y tomando en cuenta el recorrido de vivencias anterior, las entrevistadas pudieron hacer desarrollos más personales de sus concepciones de la adultez.

Análisis de las entrevistas

Las transcripciones de las entrevistas se analizan temáticamente buscando agrupar las entrevistas en ejes temáticos y explorar si es posible construir tipologías de narrativas en cada uno de estos ejes.

Unidad de análisis y selección de casos

La unidad de análisis de esta investigación es el sujeto, la persona, que experimenta y da sentido a la realidad social a través de las narrativas personales que, en este caso, son mujeres ocupadas en distintas ocupaciones en Montevideo. Se busca recuperar narraciones de mujeres que desarrollan algún trabajo remunerado y con distintos niveles socioeconómicos, buscando recuperar sus historias de vida a través de diversos eventos que se relacionan con la adultez (salida de escuela, ingreso al mercado de trabajo, emancipación de la casa de los padres, vida en unión, tenencia de hijos). En específico, interesa examinar los procesos de significación de la adultez de mujeres montevideanas con diversas trayectorias.

La población de estudio está compuesta de mujeres trabajadoras de la capital de Uruguay, Montevideo. Se trata de mujeres adultas, es decir, mayores a 30 años (entre los 31 y los 60 años), ya que en la literatura se sostiene que es en el rango de edad entre los 18 y los

30 que ocurren la mayoría de los eventos “típicos” de transición a la adultez (Filardo et al, 2009). De esta manera, nos aseguramos que hayan vivido varias de las transiciones a la adultez. Las mujeres entrevistadas tienen entre 30 y 60 años de edad, lo que nos permitirá explorar cómo las vivencias de distintas generaciones varían.

Asimismo, la población de estudio cuenta con distintos niveles educativos alcanzados y se desempeñan en una amplia gama de ocupaciones. Por su parte, el **nivel socioeconómico** de la mujer se observa a partir del ingreso promedio (2019, año de las entrevistas) de las mujeres en su ocupación actual, teniendo en cuenta si se encuentran o no en pareja, es decir, si hay más de un ingreso en su hogar. Se seleccionó a mujeres que se encontraran participando activamente en algún trabajo remunerado con la intención de analizar cómo se percibe el tiempo desde la experiencia de mujeres que realizan trabajo remunerado y no remunerado.

El rango de edad de las mujeres entrevistadas va de los 31 a los 65 años de edad. Este rango de edad da cuenta de diferencias en las generaciones a las que pertenecen las entrevistadas y que las han hecho experimentar coyunturas y cambios históricos diferentes a pesar de ser todas adultas, asimismo, se espera que estén en momentos distintos de sus ciclos de vida. Tenemos que 20 mujeres entrevistadas tienen entre 31 y 39 años de edad, 8 mujeres tienen entre 40 y 46 años, y 5 tienen entre 52 y 65 años, al momento de las entrevistas (2019).

Validez y Saturación

Teniendo en cuenta que se trata de una investigación de corte cualitativo, se realizó un muestreo intencional que buscó la variabilidad de vivencias relacionadas con la adultez, así como de ocupaciones. Hubo dos estrategias principales de relevamiento de casos: (1) los contactos directos con organizaciones e instituciones laborales y gremiales, por ejemplo, se entabló diálogo con un CAIF, centro de atención a primera infancia; con el sindicato de trabajadoras domésticas; con la organización de secretarías; así como la de empresarias de Uruguay. A partir de estos contactos se obtuvieron algunas entrevistas. (2) Adicionalmente, se buscó entrevistas a través de contactos personales. En ambos casos, se utilizó, después del primer encuentro, la técnica de bola de nieve para conseguir más entrevistas, todas de mujeres que trabajan y residen en Montevideo, Uruguay. La capital del país y la ciudad que concentra alrededor de 1.38 millones de habitantes, que representa alrededor del 40% de la población del país.

El fin último del muestreo fue alcanzar la saturación de contenidos relacionados a las experiencias y significaciones de adultez que nos permitan identificar categorías para entender cómo las construcciones de género, en conjunción con distintas posiciones socioeconómicas, hacen variar las experiencias de transitar a la adultez de las mujeres montevidéanas entrevistadas.

Debido a que la experiencia es un aspecto central de esta investigación, algo que se retoma de la fenomenología, es importante tener en cuenta los riesgos que conlleva tratar este concepto como algo dado o auto-explicativo, que Lois Mcnay (2008:178) describe. Sobre todo, se encuentra el riesgo de “esencializar” a las mujeres al partir del supuesto de una experiencia unificada, estable, compartida, es por esto que en este trabajo nos interesa recoger experiencias de mujeres en diversas ocupaciones y con diversas trayectorias. Esto tiene como objetivo buscar ampliar las perspectivas que se incluyen en la investigación, y no suponer que existe un tipo de experiencia único, ligado a la codificación sexual de las personas estudiadas.

Marco teórico

¿Qué se cuenta cuando se narra la adultez?

On ne nait pas femme: on le devient

La frase más conocida y repetida de la pensadora francesa Simone de Beauvoir vio la luz entre las páginas de *El segundo sexo* en 1949. Se podría decir que se trata de un hito en el pensamiento occidental sobre la diferencia sexual. Una frase compuesta por dos sentencias que se complementan, que buscan enriquecerse. La primera es quizá la menos debatible, la que más consenso tiene dentro de los estudios feministas y sugiere la ruptura con la visión esencialista de la diferencia sexual. Ser mujer (u hombre) no es producto de la biología, es un producto social con las especificidades surgidas de los flujos accidentados del correr histórico y sus arbitrariedades geográficas. Aquello que sigue a la frase “ser mujer es...” es un evento, una fabulación, un artificio histórico, social, económico, religioso, cultural.

Sin embargo, la segunda parte de la frase es más problemática y ha suscitado ricos debates dentro y fuera de los estudios feministas porque toca un tema sumamente conflictivo dentro de la sociología: la relación entre el sujeto y la estructura social. “No se nace mujer: se llega a serlo”, implica plantearse cómo esa construcción histórica se traslada al tiempo personal. ¿Cómo el individuo se convierte en un sujeto social?, ¿cómo se llega a ser lo que sea que significa ser mujer u hombre en un momento y tiempo dado?

Las posiciones más estructuralistas, que ven al sujeto como un producto directo de las estructuras, han sido superadas. Las posturas dominantes en la actualidad admiten que dichas estructuras están sujetas al cambio, se transforman. Es posible superar las estructuras de poder. Sin embargo, el cómo específico es objeto de debate. ¿qué tanto esas transformaciones pueden surgir de los individuos? ¿qué tanto son propiedades mismas de las estructuras? Estas dudas ponen en el centro del debate el concepto de la agencia, y la manera en que se define da cuenta de cómo las y los autores consideran la relación entre sujeto y estructura.

La vastedad de posturas que discuten esta relación es inabarcable, así que me limitaré a un debate que toca directamente las preocupaciones de esta investigación: el debate entre el feminismo cultural y el materialista, según los describe y crítica Lois McNay en varias publicaciones (1999, 2004), pero de manera más detallada en su libro *Against Recognition* (2008). Esta autora nos muestra la facilidad con que diversas posturas caen en el esencialismo de manera inadvertida, y propone caminos para superar este *impasse*. McNay supera esto con una recuperación de elementos de la perspectiva fenomenológica con su definición del género como una “relación social vivida” (lived social relation) y algunas bondades del concepto de identidad narrativa de Paul Ricoeur para superar en cierta medida los problemas que identifica. Esto se desarrolla en el primer apartado de este capítulo.

Más allá del lenguaje y de las estructuras: el género como una relación social vivida. Lois McNay (2004) señala que tanto el feminismo materialista como el cultural definen el género como una localización en una estructura, ambas corrientes lo presentan como una posición en una estructura abstracta, aunque los caminos que siguen para llegar a esto son muy distintos. En este sentido, reconoce la indivisibilidad de la dimensión material y la dimensión simbólica, por lo que se necesitan categorías mediadoras que permitan estudiar sus imbricaciones (la agencia), que sólo se expresan en la experiencia. En otras palabras, la agencia, señala, no puede ser deducida de una estructura social abstracta, sino que tiene que explorarse su dimensión subjetiva donde opera la intencionalidad y la reflectividad, a lo que sólo se puede acceder desde una perspectiva hermenéutica.

Sin embargo, McNay admite que la experiencia, concepto central de dicha perspectiva, ha sido un concepto problemático para el feminismo, donde se percibe con desconfianza el excesivo subjetivismo que puede presentar, algo que se criticó al feminismo del “standpoint theory”, que tomaba la experiencia como el único espacio con autoridad para transmitir conocimiento, lo que puede llevar hacia un empirismo descuidado que, además, tiende a universalizar experiencias específicas a todas las mujeres, como si se tratara de un grupo homogéneo, lo que bordea peligrosamente el esencialismo (2004:178). Frente a esto, McNay propone una reingeniería del concepto de agencia que le permite definir el género como una relación social vivida.

Crítica al feminismo cultural y al materialista.

Para hablar del feminismo cultural, McNay (2008, 2004, 1999) hace una crítica de su principal exponente, Judith Butler y su concepto de agencia performativa. Siguiendo a McNay (2004), en la teoría de Butler, el género es tomado como una propiedad de las estructuras de lenguaje. Es a través del lenguaje que se construyen las identidades de género. En la manera repetitiva e insidiosa en que es impuesta al cuerpo, las estructuras de género se mantienen. Sin embargo, estas estructuras lingüísticas son inestables ya que tienen cierto grado de indeterminación. De esta manera, el cambio es posible.

McNay señala que, en esta perspectiva, el cambio sería el resultado de la inestabilidad de las estructuras lingüísticas, no tanto de la agencia de los individuos. Los individuos son constituidos por el lenguaje, de manera pasiva, y la dimensión subjetiva de la agencia es oscurecida, esa dimensión donde se expresa la reflexividad y la intencionalidad. La agencia, por lo tanto, es una posibilidad de la estructura, un atributo de esta, no de los individuos. Asimismo, esta postura implica que la identidad de género normativo, ese “llegar a ser mujer”, es el resultado de la imposición de normas simbólicas, sin ningún tipo de negociación por parte de los sujetos (McNay, 2008:169).

De esta manera, el feminismo cultural parece acercarse al feminismo materialista en la centralidad que da a las estructuras y no a la agencia individual. Esta postura materialista desconfía del concepto de identidad, y lo excluye del análisis. El género es estudiado como el resultado de estructuras de distribución de recursos, por lo que el foco está puesto enteramente en el nivel macroestructural, dejando de lado el nivel individual. Para esta postura, el feminismo cultural se limita a exigir políticas de reconocimiento, sin tener en cuenta que es la redistribución de los recursos donde se juega la opresión de género.

Frente a estas dos posiciones, McNay (2004) sostiene que ambas fuerzas, las económicas y las culturales, tienen un papel clave en la producción y reproducción de la opresión que surge de las relaciones de género. Sin embargo, el juego entre las dos dimensiones solo puede hacerse visible en la vida cotidiana. Para poder observar esto, McNay (2004) sostiene que es necesario desarrollar conceptos mediadores que permitan observar el juego de las dos dimensiones, como es el caso de la agencia y la identidad narrativa.

El género como una relación social vivida

La concepción de agencia que McNay (2004) necesita de una cierta noción de experiencia, pues la autora propone que es ahí donde se ejerce. Se reconocen los riesgos que conlleva tratar este concepto como algo dado o auto-explicativo (McNay, 2008:178). Sobre todo, se encuentra el riesgo de “esencializar” a las mujeres al partir del supuesto de una experiencia unificada, estable, compartida. Además, se critica el feminismo del “standpoint theory” que toma la experiencia como la fuente de conocimiento verdadero, dándole un papel epistemológico preponderante, que no puede ser cuestionado.

Por su parte, Scott (2001), a quien también se remite McNay, señala que el uso de la experiencia para hacer visible la exclusión y opresión de grupos marginalizados muchas veces se queda sólo en eso, visibilidad, pero no va más allá en explicar cómo es que se construyó históricamente esa marginalización, cuáles son los procesos que la hacen posible.

Es debido a estas críticas que los estudios pos-estructurales dejaron de lado la experiencia y la identidad, y adoptaron el concepto de subjetividad. Sin embargo, McNay (2004) advierte que estos estudios, al abandonar estos conceptos, se quedaron con una definición de agencia que no incorpora concepciones de intencionalidad y reflexividad, lo que hace complicado el estudio de la resistencia hacia normas sexuales.

Para McNay, la agencia es una capacidad del individuo y no puede ser solamente concebida como un atributo de las estructuras que posibilita el cambio, y se propone una reingeniería del concepto de experiencia. Para esto, retoma elementos del concepto de agencia que expone Bourdieu en su libro *En otras palabras* (1990) y que la autora contrapone con su visión de agencia expuesta en *La dominación masculina*. En el primer libro, Bourdieu propone una aproximación fenomenológica al espacio social que hace posible explorar las representaciones que las personas se hacen del mundo y la manera en que éstas afectan la acción y la interacción (McNay, 2004). El espacio social es definido como un espacio simbólico, donde los actores ocupan posiciones dentro de campos sociales caracterizados por la manera en que se distribuyen recursos a su interior y en la interacción con otros campos.

Este punto de partida teórico permite integrar la interacción entre las dimensiones simbólicas y materiales de las relaciones de poder, y su diversidad. Las personas tienen disposiciones que son inscritas en sus cuerpos en su interacción con el campo. Estas

disposiciones no están inscritas de manera determinante en los cuerpos, sino que se trata de procesos generativos.

Por lo tanto, la percepción de los individuos es situada, requiere su traducción constante, lo que habilita que haya una pluralidad de visiones del mundo luchando por imponerse como una visión legítima del mundo (McNay, 2004). McNay rescata esta definición por su componente relacional, que es un componente central para la construcción de su definición del género como una *relación social vivida*.

Para McNay (2004), el enfoque relacional de la fenomenología permite tener una noción de la experiencia que no la toma como fuente de conocimiento en sí, sino como un espacio interpretativo situado en un contexto más amplio, en el que bifurcan la experiencia inmediata y las relaciones de poder más amplias y sus estructuras. En cierta manera, esto se parece a la visión fenomenológica de Simone de Beauvoir en *El Segundo Sexo*, que expone en el segundo tomo cómo el género estructura la experiencia del tiempo, produciendo individuos generizados, aunque en su propuesta supone que hay una experiencia unificada de las mujeres, una estructura abstracta del tiempo de *La Mujer sin contexto*.

Definir el género como una relación social vivida implica también repensar la formación de identidades de género. Desde esta perspectiva el contexto es clave para poder entender el tipo de identidad de género que se produce, y se entiende que, por su dimensión situada, esta identidad no puede ser inmutable ni homogénea. ¿Significa esto un abandono total del concepto de identidad? McNay (1999) propone mantener este concepto y pretende subsanar sus críticas iniciales echando mano del concepto de identidad narrativa de Paul Ricoeur.

Identidad narrativa

Un elemento clave que McNay (1999, 2004, 2008) desea recuperar en su concepción de agencia es la capacidad que tienen los individuos para negociar con las estructuras que buscan localizarlos en ciertos roles y definirlos. “Negociar” es la palabra que ella utiliza para destacar que las personas no siguen pasivamente a las estructuras, sino que negocian con ellas, y que la intencionalidad y la reflexividad tienen un papel importante en la acción. Incluso ahí donde hay un aparente conformismo con las normas dominantes, no se puede decir que haya un acomodamiento automático, pasivo, pues estas deben ser operacionalizadas en contextos vivenciales específicos, donde concurren una multiplicidad de campos sociales en los que el

individuo se mueve constantemente, por lo que el género es una relación social vivida, y por lo tanto, siempre sometida a procesos generativos.

Esto lleva a un cuestionamiento sobre la concepción de identidad. Para esta perspectiva, no tiene sentido una noción de identidad como algo fijo, clausurado, inmutable. En este sentido, McNay (1999) identifica que la concepción narrativa de la identidad ofrece una vía para no tener que abandonar este concepto, pero reconstituirlo.

El enfoque narrativo comparte algunos elementos de la teoría pos-estructural, como esta, supone que la identidad de género se construye en el discurso y, por lo tanto, puede variar (McNay, 2003). Sin embargo, presenta algunas rupturas con esta línea, sobre todo en el sentido de que propone una idea más sustantiva de agencia, al incorporar los conceptos de intencionalidad y reflexividad (McNay, 1999, 2003). Además, frente a la disolución de un yo coherente que se extrae de la postura pos-estructural, la aproximación narrativa permite escapar de la dispersión, sin dejarnos aplastar por el peso de posturas demasiado deterministas como las ideas de socialización o inculcación. Se trata, pues, de un modelo que admite las discontinuidades que hay en la formación de identidades de género, sin clausurar la posibilidad de una unidad del yo.

Para esto, McNay (1999) retoma los desarrollos de Paul Ricoeur sobre la identidad narrativa. Para este autor, la condición humana es temporal, aunque esta temporalidad no se puede acceder directamente, sino a través de la acción de narrar, que permite al individuo acceder a su experiencia. Esto implica una distinción entre la temporalidad del ser en el tiempo y el tiempo fenomenológico de la experiencia vivida, la narrativa es un puente entre ambas. El tiempo narrado, la narrativa, es un espacio donde lo individual y lo social bifurcan. Las estructuras culturales y materiales de la opresión que se vivencian en la experiencia se entretajan con la intencionalidad de la interpretación, coloreando la identidad personal. Es a través de la narrativa que el caos de la experiencia inaccesible, se ordena intencionalmente y las prácticas humanas adquieren sentido. “The narrative interpretation of experience points to the symbolic nature of human action: if human action can be narrated, it is because it is inherently symbolic in nature” señala McNay (1999:320). La acción humana es, por lo tanto, entendida desde el enfoque fenomenológico, como simbólica, pues únicamente por esta propiedad puede entenderse y, por ende, entretajarse en una narrativa.

Además de servir de bisagra entre lo social y lo individual, la narrativa ofrece una forma de superar el problema del cambio en la identidad. La estructura narrativa permite mantener una coherencia en el flujo de eventos sin clausurar la posibilidad de que emerjan nuevos cambios, pues la definición misma de narrar es procesual, implica un desarrollo y por lo tanto, cambios de estado.

Ricoeur explora el juego entre permanencia y cambio con los conceptos de mismidad (*idem*) e ipseidad (*ipse*). El primer concepto se refiere a una identidad que es estática, atemporal, mientras que la ipseidad da cuenta de una noción del yo en el tiempo, dinámica. La identidad es la fusión de ambos conceptos. A grandes rasgos, lo *idem* es la dimensión más abstracta de la identidad, lo que permite mantener un sentido del yo sin importar que tan indeterminado sea este. Por otro lado, lo *ipse* es la identidad narrativa, es el producto siempre cambiante de la práctica continua de reflexionar sobre uno mismo que hace la persona en las refiguraciones narrativas que hace de sí misma (Néspolo, 2007). Es, por lo tanto, lo cambiante dentro de la abstracción inalcanzable del yo. McNay señala: “The narration of identity creates a meaningful order from the variability and discontinuities of life by grounding the self in the similitude of *idem*” (1999:321). De esta manera, esta concepción narrativa de la identidad permite entender las identidades como “durables, pero no inmutables”, señala McNay (1999:321).

McNay parte de esta propuesta para abordar el tema de las identidades de género. A partir de esta teoría, las normas tradicionales de género pueden ser entendidas como meta-narrativas sancionadas culturalmente (1999:322) y se podría agregar, materialmente. Al definir estas identidades normativas como narrativas, se rompe con conceptos como estereotipos o representaciones en cierta medida, pues implica que estos discursos que sancionan y sostienen estas identidades tienen también una estructura procesual, tienen una dimensión diacrónica. Las narrativas normativas detrás de las identidades de género tienen detrás construcciones sociales del curso de vida, por lo que se vuelve central incorporar una definición de cursos de vida, como se verá más adelante. Las expectativas que disciplinan al sujeto social femenino no son las mismas en todas las etapas de vida, porque las concepciones sobre estas etapas agregan sentidos, no se tiene una misma concepción de “feminidad” para personas catalogadas como jóvenes, adultas, viejas.

Además de esta ruptura, concebir las identidades de género como meta-narrativas implica reconocer que las identidades de género, en su desarrollo a lo largo de la vida, buscan imponer una trama (que se definirá más adelante) a los cursos de vida que, al tratarse de narrativas culturales, se impondrán como guías para interpretar las narrativas individuales. Las narrativas individuales no son una transcripción directa de estas tramas, pues tiene que traducirlas a sus contextos. Mientras estas meta-narrativas, imponen a las personas una mismidad (*idem*) del yo a lo largo de su vida dada por las adscripciones de género dadas por instituciones nominalizadoras, esta mismidad estará en continua tensión con la construcción narrativa situada del yo (*ipse*) que surge de la experiencia en contextos específicos, en tensión con la “refiguración constante” que produce el individuo al tejer “historias verídicas y de ficción” al contar su propia historia (Ricoeur, 1995 en Néspolo, 2007:7).

En el medio de ese heterogéneo tejido narrativo, las meta-narrativas de género ofrecen a las personas nociones coherentes, modelos narrativos estables, para interpretarse. Horizontes evaluativos para seleccionar eventos para narrar sus vidas. Por lo tanto, estas formas no son sólo impuestas por fuerzas externas, sino también por motivaciones del individuo y usadas de manera creativa pues la calca sea imposible, por la necesaria pérdida que ocurre en lo situado. Sin embargo, en su dimensión *idem*, las metanarrativas de género permiten sostener una percepción de coherencia y constancia de la identidad de género, del ser femenino o masculino. Es así que se convierten en disposiciones durables que guían de los individuos para estructurar su experiencia. Aunque siempre esté en tensión con su experiencia, porque lo abstracto choca con lo situado. Así visto, parece más sorprendente que se mantengan a que cambien.

En este sentido, la ipseidad da cuenta de la “intermitencia de la autoconsciencia de género”, y McNay (1999:324) se refiere a la idea de Riley sobre que la temporalidad de la identidad resulta en un movimiento inagotable de entrada y salida del género. El movimiento de las personas en el tiempo implica su desplazamiento en diversos roles y prácticas que ponen el foco en diversos aspectos de sus identidades, donde el género no siempre es lo principal o la única faceta que está en juego.

Pareciera, entonces, que para este enfoque no se trata de un dilema entre una identidad de género fija o mutable, sino de un dualismo entre autenticidad e ideología. Si toda acción es narrada porque tiene una dimensión simbólica, esto implica que la narración es un ejercicio

de interpretación. La persona al construir su narrativa se debate entre lo individual y lo ideológico, ¿qué surge del individuo mismo y qué de las estructuras latentes? ¿qué es auténtico en mi historia y qué es una distorsión surgida de las estructuras sociales? Estos cuestionamientos nos acercan peligrosamente a las críticas hechas al *standpoint theory feminism*.

No hay acción objetiva, no hay nada auténtico, puesto que todo es simbólico, todo está mediado por símbolos, es decir, estructuras de conocimiento socialmente construidas. Así, todas las narrativas son interpretativas en naturaleza. “Narrative order is neither false in the sense that it constitutes an illusory coherence imposed upon the heterogeneity of experience; nor does it signify authenticity in that narration always effects a metaphorisation of the real” (McNay, 1999:325). Las narrativas no son, por lo tanto, auténticas o distorsionadas representaciones de la realidad, son una estrategia interpretativa de una experiencia que no tiene una existencia objetiva, siempre es simbólica. El sentido de esa experiencia siempre emerge de un acto interpretativo, no hay una experiencia primaria. El acto de narrar implica que la organización temporal y espacial de eventos, conectarlos entre sí, construye un significado que no antecede esa organización. Es, dice McNay (1999:326), un proceso de configuración imaginativa, siempre una mezcla de fabulación y experiencia. Todo esto implica que no hay forma de que la experiencia escape de “las políticas de representación”, aunque tampoco que sea completamente idéntico a estas (McNay, 1999:326).

Las meta-narrativas, por lo tanto, cumplen funciones de “simplificación, esquematización, estereotipificación y ritualización” de las prácticas interpretativas (McNay, 1999:326). Pero no se puede decir que “distorsionen” la realidad, puesto que está es inaccesible sin estas funciones. Estas prácticas interpretativas son ineludibles, pero hay ciertas fórmulas, como en lo que se refiere a las meta-narrativas de género, que tienen también efectos opresivos, que refuerzan identidades sociales y la sujeción de los individuos a éstas.

Toda comunidad tiene narrativas que son formas simbólicas que construyen activamente y mantienen un cierto orden social y una cierta identidad de grupo. Estas formas tienen un grado de autoridad, socialmente aceptado, para servir como formas legítimas de entender el mundo. Con esa autoridad social se busca remediar las inevitables tensiones que pueden surgir en la experiencia y poner en jaque ese orden. Sin embargo, esta función integradora

pierde legitimidad y puede ser considerada como distorsión si se reconoce que la autoridad sostiene relaciones de dominación. Esto nunca es inevitable, no hay sistemas completamente autoritarios que clausuren por completo la posibilidad de ser cuestionados, por la naturaleza interpretativa de la realidad.

Así, las representaciones de feminidad, por ejemplo, son por naturaleza discontinuas, intermitentes. Las identificaciones que las personas pueden tener con ellas son estabilizaciones de significados momentáneas, sostenidas por la parcial objetivación que les otorgan formas ideológicas y simbólicas percibidas como legítimas, no por tener una relación auténtica con la realidad (McNay, 1999:326).

Esta noción compleja de lo que es una meta-narrativa o ideología implica una ruptura con el enfoque constructivista que tiene una visión de la formación de sujetos sociales únicamente en los términos negativos de represión, exclusión y su contra-lógica, resistencia (McNay, 1999:327). Para McNay (1999), toda identidad implica exclusión, pero esto no significa que todas las identidades sean opresivas, las nociones de mismidad, que dan coherencia al yo, no siempre implican la supresión de lo Otro, y, por lo tanto, la concepción de subjetividad que se tenga tiene que admitir la capacidad del individuo para responder a la alteridad de diferentes formas, no sólo rechazo.

Aquellas explicaciones de la formación de identidad femenina como procesos ideológicos de inculcación tienen una visión negativa del proceso de formación de sujetos que hacen muy difícil entrever una escapatoria de la subordinación de la identidad femenina adulta. En la perspectiva del feminismo cultural de Judith Butler, McNay señala que la idea de performatividad, que sostiene que el sujeto social se forma en procesos de repetición y sedimentación del pasado, tiene implícita una idea de uniformidad de las normas de género en el tiempo. Todo esto viene ligado a nociones limitadas de agencia en la formación de sujetos, que se basan en el dualismo de sujeción y resistencia. Parece sostener que el individuo es sólo capaz de ser autónomo como una reacción a la exclusión y la represión (McNay, 1999:328-329). No admite la idea de que los individuos nunca replican las normas dominantes, sino que siempre hay un componente de innovación y autonomía, porque las normas sexuales deben de ser interpretadas y traducidas a contextos particulares atravesado por otras relaciones sociales.

Frente a esto, McNay insiste en la importancia de reconceptualizar la identidad para incluir en la teorización de la formación de sujetos la capacidad de los individuos para identificarse de manera intencional y/o reflexiva. La identidad así conceptualizada es definida por McNay como “la capacidad de sostener y reconciliar múltiples, e incluso contradictorios, significados” (1999:329). Esto se alinea con las ideas de Paul Ricoeur, y otros científicos sociales europeos (Castoriadis, de Certeau y Touraine), que se proponen iluminar la dimensión creativa de la acción social. Desde esta perspectiva, “hasta las formas de comportamiento más normativas presuponen elementos imaginativos” (McNay, 1999:329). En este sentido, el autor francés propone un modelo no de repetición y sedimentación, sino de innovación y sedimentación. Esto no significa que no haya estructuras sociales latentes en la acción humana, que se expresan en la rutina y las disposiciones, pero esa acción nunca es puramente normativa. Siguiendo a Hans Joas, McNay señala que incluso las acciones que más se conforman a las normas requieren de una acción creativa para adaptarse al contexto (1999:330). Por lo tanto, no sólo hay agencia en la resistencia, sino en la conformidad también.

Además, la agencia es incomprendible sin un componente temporal. La agencia es una negociación continua, no sólo con el pasado y el presente, sino con el futuro: “it is only because individuals are turned towards the future that they can possess and re-possess a past” (McNay, 1999:330). La narrativa no sólo se construye en retrospectiva sino en diálogo con una cierta proyección del individuo con el futuro, con sus expectativas. La temporalidad de la narrativa es compleja, permite integrar estos distintos momentos, y también incorporar conceptos como el *tempo* o el *timing*, que forman parte de la experiencia fenomenológica del tiempo. Hay también una interpretación creativa del tiempo, que da lugar a una apropiación agéntica también de las maneras en que las instituciones sociales estructuran el tiempo de las personas (algo que trató Beauvoir sin considerar este aspecto creativo).

La definición de identidad que surge del enfoque narrativo implica entonces una definición del yo (self) como una “mezcla inestable e indisociable de fabulación y experiencia” (McNay, 1999:333). Esto resulta en una relación compleja entre las personas y las representaciones hegemónicas de la feminidad que no puede ser resumida en la relación entre conformidad y resistencia. Lo narrativo “otorga un marco para examinar las dimensiones hermenéuticas” de la compleja relación entre las imágenes hegemónicas y las

identidades individuales desde una perspectiva que integra una dimensión creativa, con discontinuidades y cambios y de negociación de las contradicciones sistémicas presente en las narrativas biográficas.

Dimensión relacional de las identidades narrativas

Margaret R. Somers hace una propuesta muy cercana a las de Ricoeur y McNay, sobre todo en destacar el carácter relacional que introduce la narrativa a la noción de identidad. Como McNay, Somers identifica en este enfoque una salida de los debates que hay en la actualidad alrededor de las “políticas de identidad”, y los movimientos políticos que buscan hacer escuchar las voces de las personas que han sido excluidas. Introducir la narrativa de la identidad implica abrir las puertas a tres elementos: el tiempo, el espacio y la interacción (relationality). Estas tres dimensiones “curan en sano” cualquier posibilidad de rigidizar las identidades en entidades fijas.

La propuesta de Somers introduce elementos más operativos para el análisis. Al igual que McNay (1999, 20004, 2008), Somers tiene una aproximación en cierta medida “socio-céntrica” a las identidades narrativas. A través de narraciones, las personas constituyen identidades sociales: “all of us come to be who we are (however ephemeral, multiple, and changing) by being located or locating ourselves (usually unconsciously) in social narratives rarely of our own making” (Somers, 1994:606). Reconoce que estas narrativas se construyen en redes de interlocución que sostienen narrativas sociales, que son apropiadas creativamente por los individuos, pero que son sostenidas por instituciones y actores sociales. Las instituciones y los ritos actúan como instancias de nominación, retomando el concepto de Bourdieu (1989:29), en la lógica de la mismidad de Ricoeur de la que se habló anteriormente, dando estabilidad al yo.

Esta perspectiva permite problematizar las identidades “universales” (Somers, 1994:609). El “enfoque” narrativo permite entender que las personas tienen una multiplicidad de identidades (cuyos atributos y significados cambian en el tiempo) que están situadas (y son situadas) en tramas complejas de relaciones sociales, a las que sólo pueden dar sentido a través de narrativas. La “experiencia” de la vida no es la de una identidad integrada y unívoca, sino de una multiplicidad de experiencias a la que las personas deben dar sentido.

Somers identifica cuatro rasgos de los estudios sobre identidad con un enfoque narrativo: 1) relacionalidad de las partes, 2) entramado causal (causal emplotment), 3) apropiación

selectiva y, finalmente, 4) temporalidad, secuencia y lugar. Para Somers, estas dimensiones sugieren que las narrativas son “constellations of relationships (connected parts) embedded in time and space, constituted by causal emplotment” (Somers, 1994:616). Es decir que cualquier intento de dar un significado a un evento pasa por conectarlo a otros eventos en el espacio y el tiempo, convertirlo en un episodio de un “entramado causal” que ordena en un cierto sentido esos eventos independientes. No se trata, entonces, de clasificar los eventos en categorías, sino de hacerlos inteligibles en una trama más o menos integrada de relaciones, es decir, en una narración. La construcción de esta trama requiere de la apropiación selectiva e interpretativa de eventos. Para esto, es necesario que las personas tengan un “marco de evaluación” que permita adjudicarle una temática específica a una línea narrativa lo que determinará cómo los eventos son procesados: cuáles serán más significativos y cómo se significarán. Una persona puede interpretar su vida a partir de tramas que le permiten hilar eventos para construir el sentido de una dimensión específica de su identidad, por ejemplo, partiendo de un marco de evaluación con normas tradicionales de género, la persona identificará eventos que se alineen con una cierta idea de feminidad hegemónica.

Somers identifica distintos niveles/tipos de narrativas: ontológicas, públicas, conceptuales y metanarrativas. Las narrativas ontológicas se refieren a esas historias a partir de las cuales las personas dan sentido a sus vidas, esas narraciones de quiénes somos que hacen posible que hagamos algo (aquí podemos ver el elemento prospectivo de las narraciones, no solo construidas en retrospectiva). Estas no son fijas: “the relationship between narrative and ontology is procesual and mutually constitutive” (Somers, 1994:618). Se actúa a partir de un sentido sedimentado de lo que somos, pero al actuar nuevos contextos, y buscar adaptar esas narraciones a ellos, producimos nuevos significados. Las narrativas ontológicas son, por lo tanto, un continuo devenir. Además, estas no se producen en el vacío, como un monólogo, sino que están sumergidas en “redes de interlocución” (Taylor, 1996) que puede ser otro nombre para “tradiciones” (MacIntyre, 1981) o “escenarios culturales” (Gagnon y Simon, 1986:53).

Somers llama a estas redes de interlocución: “narrativas públicas” (a las que en un artículo posterior también llama culturales e institucionales), aquellas que están sostenidas por arreglos institucionales que superan al individuo en tiempo y espacio. Instituciones que buscan dar una visión totalizante y unificada del yo, diría Bourdieu. De acuerdo con la autora,

estas pueden ser aprehendidas a partir del núcleo familiar, pero también a través de la religión, el gobierno, la nación. Estas narrativas también tienen sus propias tramas. Somers pone el ejemplo de cómo las familias pueden, por ejemplo, formar una identidad alrededor del tema “la salida de la pobreza a partir del trabajo”, lo que les permitirá seleccionar ciertos eventos de su historia y convertirlos en episodios de esa trama, en evidencias de su identidad como familia. Estas narrativas están ligadas a redes de intersubjetividad o instituciones, desde las más pequeñas y locales hasta las más amplias.

Las metanarrativas y las narrativas conceptuales se refieren, por otro lado, a las teorías sociológicas e históricas que buscan englobar procesos muy amplios, como la “Industrialización” o “estructuralismo”, etc. Las narrativas conceptuales, por otro lado, hacen referencia a teorías sociales de medio alcance, mediante el uso de términos como actores, identidad, feminidad, etc.

Somers señala que el desafío que plantea la aproximación narrativa a las teorías de lo social es “to develop a social analytic vocabulary that can accommodate the contention that social life, social organizations, social action, and social identities are narratively that is, temporally and relationally, constructed through both ontological and public narrative” (Somers, 1994:620). La identidad narrativa, para Somers, implica reconocer que la narratividad y lo relacional (relationality) son centrales para comprender la formación de sujetos sociales.

La narratividad hace necesaria la inclusión de las coordenadas temporales, espaciales e institucionales que se conjugan en la constitución de sentido en términos narrativos. Las personas, desde esta perspectiva, se mueven a través de configuraciones relacionales, espaciales y temporales, en las que se coordinan las narrativas ontológicas con las públicas o culturales. El estudio de la formación de identidades de género requiere observarlas en el dinamismo y en las relaciones donde están siendo forjadas. No se puede decir nada a priori sobre lo femenino o lo masculino, sólo a partir de coordenadas espacio-temporales-sociales específicas desde donde son experimentadas por las personas, en lo vivido, que es ahí donde realmente se encarnan. Hay, en esta propuesta también, una premisa fenomenológica pues es a partir de la experiencia concreta y situada, hilada en entramados de sentido, que se constituye la identidad. Esto permite complejizar las identidades y ver que muchas veces se sostienen narrativas, aunque hayan cambiado las condiciones sociales que las produjeron (por

ejemplo, narrativas de curso de vida tradicionales se mantienen arraigadas, a pesar de que se esté erosionando el modelo industrial de trabajo). Permiten mantener cierta coherencia en los sujetos ante un mundo cambiante, así como mantener vigentes las instituciones que las produjeron, no sólo reproducirlas como estatuas, sino darles vigencia, sangre nueva. Los individuos “invierten” en identidades que les dan sentido (y que son parte de discursos sociales más amplios) en un marco de expectativas determinado. Lo que nos hace pensar inevitablemente en el trabajo de Beverley Skeggs (2019).

En la experiencia, las categorías no pueden fijarse o separarse, ser mujer no se experimentará de manera aislada a las otras coordenadas sociales de la persona. La experiencia no es la suma matemática de localizaciones sociales, sino que se vivencia desde la unidad integrada del yo narrativo interpelada por una trayectoria temporal, situacional y espacial.

El enfoque de identidad narrativa propuesto por Somers supone que la acción social y las prácticas sólo pueden ser entendidas “if we recognize that people are guided to act by the structural and cultural relationships in which they are embedded and by the stories through which they constitute their identities” (Somers, 1994:624). Para esto, es necesario tener una aproximación “procesual” pues es necesario reconstruir “narrativamente” cómo se fueron conformando estas redes y episodios de vida que dan sentido a la identificación narrativa de la persona, en otras palabras, entender la imbricación de narrativas ontológicas y públicas desde donde el individuo se define. Además, Somers recalca la importancia que tiene reconocer que las narrativas públicas “llegan” a los individuos mediante un “espectro enorme” de instituciones y prácticas “que constituyen el mundo social” (Somers, 1994:625), lo que Taylor llamaría, el “espacio moral”.

La noción de “trama” (*emplotment*)

Para este trabajo resulta útil partir de esta definición de identidad para entrever cómo las estructuras latentes de género se expresan en las narrativas ontológicas de las mujeres entrevistadas y son incorporadas de manera activa a sus identidades. Esto en el marco de las transiciones a la adultez que, como se verá en el siguiente apartado del capítulo, es el tiempo social donde confluyen las dimensiones simbólicas y materiales que constituyen el estatus de adultez. Se explorará cómo las narrativas culturales de género y de curso de vida constituyen redes de interlocución en las que las mujeres entrevistadas construyen activamente sus

identidades y las interpretan de forma narrativa constituyendo tramas. Esta interpretación será estudiada en términos del concepto del enfoque narrativo de trama (*emplotment*).

Desde una postura más cercana a la sociolingüística, Labov y Walestky (1967) definen la narración como “an account of a sequence of events in the order in which they occurred *to make a point*” (Polletta et. al, 2011:111, énfasis mío). Esta definición propone que los eventos son ordenados por los individuos para construir una trama (*plot*), el sentido del relato, no se trata pues de una lógica causal (Polletta et. al, 2011:111). Las tramas no hacen referencia a una lógica causal, sino de “secuenciación” (Polletta et. al, 2011:111), que resulta en la construcción de un significado de la historia, la “moraleja”, que muchas veces no es explícita ni unívoca, pues queda sujeto a la interpretación del interlocutor, el “lector” de la narrativa. Es así que “toda historia tiene, en cierta medida, una moraleja” (Squire, 2013:49, traducción propia). En contraposición a la lógica causal, no se busca develar cómo ocurrieron “realmente” los eventos, sino la historia que buscan contar de sí mismos con la selección y ordenamiento de eventos en una narrativa.

Corine Squire hace una crítica a los estudios narrativos sociolingüísticos que hacen demasiado énfasis en los eventos y en la estructura narrativa. Esta autora defiende una mayor orientación a la experiencia y a los contextos socioculturales donde surgen. Los enfoques centrados en los eventos, como lo es el de Labov, omiten tres elementos de lo narrativo de gran relevancia: (1) narrar no se trata únicamente de relatar eventos, sino que da cuenta de lo que el narrador considera relevante para contar la historia de quién es (es, por lo tanto, un acto de autoidentificación), (2) las narraciones se distancian de los hechos que describen, tienen muchos significados y no es posible que se cuenten de la misma manera dos veces; y finalmente, (3) la narración es una co-construcción entre el que narra y el que escucha por lo que la situación de interacción de ambos siempre es un hecho relevante (Squire, 2013:47). Es así que recentra la atención en el carácter situado de las narraciones. Los rasgos principales de esta aproximación a lo narrativo enfocado en la experiencia y no en los eventos pueden ser resumidos por las siguientes máximas: 1) las narrativas son secuenciales y significativas, 2) las narrativas son humanas, 3) las narrativas representan, reconstituyen y expresan la experiencia y, por último, 4) las narrativas dan cuenta de transformación y cambio (Squire, 2013:47).

El primer rasgo hace referencia a la lógica secuencial, pero se interesa menos por la “sintaxis” de los eventos, sino que toma la secuencialidad como un mecanismo de construcción de significado. Por lo tanto, no hay una concepción rígida de la estructura narrativa, la temporalidad es flexible, con idas y vueltas, con referencias a narraciones de otras personas e, incluso, a eventos ficticios (fantasías, proyecciones, etc.). Esto es porque el interés del narrador está puesto en contar la historia de “algo” (una temática), más que apegarse a los sucesos. El segundo punto hace referencia a la concepción de lo narrativo como un medio para dar sentido a la realidad, es decir, como un medio esencial de la construcción de sentido. Este elemento abreva de las propuestas filosóficas de Paul Ricoeur, y su idea de que lo vivido adquiere sentido en el acto interpretativo de la narración. Respecto al tercer punto, se hace referencia al margen “ficticio” de toda narración de eventos, narrar implica siempre un grado de reconstrucción, no un retrato naturalista de lo vivido. Esto se refiere a lo destacado por McNay sobre la agencia y el componente creativo. Es por esto que no es posible repetir una historia de manera idéntica y que puede ser contada de manera distinta, en diferentes contextos. Esto se debe a la dimensión “práctica” de las historias, construyen conocimiento y morales, aunque también cimentan tradiciones y valores culturales, implican un continuo “balance entre la innovación y la sedimentación” (Squire, 2013:49). Finalmente, las narrativas dan cuenta de las transformaciones del individuo, dan cuenta de su naturaleza cambiante, de su recorrido por los tiempos y los espacios socialmente construidos. Implican siempre una deconstrucción y una restauración de la “normalidad”.

Otra dimensión clave de este proceso de construcción de tramas que es central para la narrativa es que estas no son monólogos, sino que dialogan con los contextos sociales. MacIntyre (1981) sostiene que hay repertorios culturales de “tramas” que comunican y actualizar valores colectivos. Estas tramas colectivas son “vehicles of ideology” (Polletta et al, 2011:112) pues tienen una capacidad persuasiva considerable, debido a su potencia para despertar emociones. Muchos trabajos de esta corriente se han dedicado a estudiar el lazo que hay entre las narrativas y la emotividad. Asimismo, evidencian la búsqueda de las personas por dar sentido a su vivencia desde los repertorios de tramas sociales que tienen a su disposición. Una persona puede interpretar su historia de vida como un “camino hacia la redención”, que es una trama del repertorio social, o como un camino hacia “la acción”, la revuelta frente a la injusticia social que marcó su vida, en fin, hay una multiplicidad de

“tramas” sociales que sirven de guía para dar sentido a la experiencia vital, y que preceden al acto narrativo inmediato, que sirven como una guía para interpretar sus historias y a sí mismos. De esta manera se conjugan lo social y lo individual de la identidad.

El concepto de tramas de las narrativas resulta especialmente útil para indagar sobre cómo las personas negocian sus identidades con los modelos culturales que tienen en mano, que sirven para dar estabilidad a su historia, pero que también pueden reproducir relaciones de dominación. En este trabajo se examina el papel que juegan las normas de género en la construcción de identidades adultas. Esto nos permitirá indagar sobre cuál es la trama que subyace en las narrativas de transición a la adultez y cómo es la negociación que se da en ellas con las normas de género. Para poder desarrollar esto es importante que se desarrolló el concepto de curso de vida, que engloba y que nos permite entender a qué nos referimos con adultez.

Narrar el curso de vida, ¿qué contamos cuando contamos nuestra adultez?

Casal et al. (2006) definen transitar a la adultez como “una articulación compleja de procesos de formación, inserción profesional y emancipación familiar”, es decir, de procesos que se desarrollan en diversos ámbitos de vida (educación, trabajo, familia) que resultan en un “enclasmiento social” de las personas y que tiene lugar en el marco de un sistema político de transición en donde los recursos materiales, económicos, simbólicos, sociales, ligados a la adultez se distribuyen de manera inequitativa que tiene una localización sociohistórica y geopolítica concreta (2006:29).

En una línea parecida, Bernardi, Huinink y Settersten Jr. (2019) señalan que la interacción e interdependencia en el tiempo entre procesos en distintos ámbitos de la vida (formativos, laborales y familiares) producen un continuo “enclasmiento social”, insertos en “sistemas políticos de transición” -que dan cuenta de la dimensión más estructural- en donde se distribuyen los recursos relativos a la adultez. Se destaca “continuo” puesto que, en el enfoque de curso de vida, ningún proceso es lineal, nunca está del todo acabado, por lo que este “enclasmiento social” no es definitivo, aunque hayan “dependencias de camino” en las trayectorias de las personas. Este concepto reconoce el peso de las experiencias pasadas, así como lo que Bernardi, Huinink y Settersten Jr. (2019) denominan como la “sombra del futuro”, la anticipación y las expectativas.

Estas definiciones se alinean con el concepto de identidad que se desarrolló anteriormente. Podemos ver la red de interlocución, con su dimensión tanto material como simbólica, en donde se forman las identidades adultas. También, se observa el peso que tiene la temporalidad en las trayectorias, con la idea de que el pasado y el futuro, crean dependencias del camino, es decir, una fuerza centrípeta que da estabilidad a la identidad. Es en este marco que resulta interesante estudiar la construcción de narrativas personales que dan paso a la formación de identidades adultas de género.

Para esta investigación resulta pertinente utilizar el enfoque de curso de vida y algunos de sus planteos que sirven para desarrollar la investigación.

El enfoque de curso de vida

La construcción de identidades de género ocurre a lo largo de la vida de las personas, en procesos que no son lineales, siempre inacabados, y que se dan a la par de la organización social de los cursos de vida. En este sentido, resulta útil para esta investigación el enfoque de curso de vida. Elder, Johnson y Crosnoe (2003) señalan que este enfoque “refleja la naturaleza temporal de las vidas, dando cuenta de su movimiento en el tiempo histórico y biográfico”. Estos autores sostienen que es sólo en el tiempo que se puede estudiar la relación entre los individuos y las estructuras sociales, lo que se alinea con los desarrollos hechos en la primera parte de este capítulo.

Elder define el curso de vida como una secuencia de eventos y roles sociales, pautados por las edades, y situados social e históricamente (2001:8817). Por su parte, Mercedes Blanco (2011) identifica los cinco principios rectores en el enfoque de curso de vida: (1) la mirada longitudinal que implica reconocer el carácter procesual de la vida y la necesidad de no estudiar los eventos como hechos desconectados unos de otros eventos; (2) la importancia del marco espacio-temporal en el que las personas se mueven y actúan; (3) el momento en que ocurren los eventos de vida de una persona respecto a otras o a las expectativas normativas (el timing); (4) el énfasis en la interconexión de las vidas humanas y la interdependencia en las trayectorias de personas y grupos; y, finalmente, (5) la centralidad de la agencia, pues, en tanto que teoría que se ocupa de la relación entre el individuo y la estructura, propone un enfoque en el que las personas no son peones pasivos de las fuerzas sociales, sino que toman elecciones y actúan libremente en el horizonte de oportunidades que surgen del contexto en que se desarrolla su vida. Como se puede observar, este enfoque se

alinea claramente con la perspectiva narrativa, de hecho, esta se presenta como un puente muy apropiado para estudiar los cursos de vida.

Elder, Johnson y Crosnoe (2003) señalan la importancia que tiene para el enfoque la relación entre el tiempo histórico y el tiempo biográfico, las construcciones sociales de las edades, o las etapas de vida. Socialmente se establecen fronteras en el tiempo biográfico, se erigen y se reproducen expectativas y esquemas normativos sobre el momento adecuado para distintas transiciones. Elder, Johnson y Crosnoe (2003) insisten en la necesidad no sólo de estudiar las creencias normativas sobre las edades, sino también de entender cómo son experimentadas por las personas, cómo varían estas expectativas entre niveles socioeconómicos, diferentes grupos sociales, etc. La edad, las etapas de vida, para estos autores, no son solamente coordenadas temporales, puntos en el tiempo, sino que tienen una dimensión social y simbólica, así como subjetiva, que configura la experiencia de las personas a través del tiempo.

En este sentido, es importante insistir en que el enfoque de curso de vida propone herramientas para el estudio de trayectorias de vida individuales, pero también propone la existencia de “modelos de trayectorias” que son construidos y sostenidos por las estructuras sociales, y que interpelan las trayectorias individuales. Estos “modelos” pueden ser entendidos como narrativas dominantes sobre cómo se organiza la vida humana, marcando fronteras, construyendo categorías (infancia, juventud, adultez, vejez), adjudicándoles sentido y construyendo normas y valores.

Es por esto que podemos hablar de cómo el género permea la construcción de los modelos de curso de vida. Guillemard (2009 citado por Lynch, 2017:70) señala que el modelo de curso de vida occidental se construye en relación al trabajo asalariado, marcando etapas para el aprendizaje (niñez y juventud), trabajo (adultez) y retiro (vejez). Esta construcción del curso de vida implicó la invisibilización simbólica de las mujeres de la adultez, debido a la división sexual del trabajo, que rigió ampliamente hasta la Segunda Guerra Mundial en occidente. La organización social a partir del género establecía expectativas sobre el rol de las mujeres en la sociedad, restringido al espacio doméstico y las tareas de reproducción, que no son reconocidas como trabajo. La división sexual del trabajo invisibilizó además a las mujeres que, de hecho, se desempeñaban en el trabajo remunerado (las mujeres de clase obrera y/o

racializadas, por ejemplo) y el trabajo que realizaban las mujeres como trabajo no remunerado.

Dos fenómenos pusieron este modelo en entredicho: (1) la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral que no se interrumpía tras la formación de pareja y/o familia; y (2) el alargamiento de la vida de las personas. Estos fenómenos, así como otras transformaciones y desestabilizaciones del mercado laboral, parecen poner en crisis el modelo de curso de vida de la sociedad industrial. La crisis de este modelo ha sido objeto de debate: ¿se trata de una desintitucionalización del curso de vida, de una pérdida total de modelos normativos; una complejización?; o, por el contrario, ¿se observa una estandarización de los cursos de vida?

Este proceso de institucionalización de los cursos de vida se desarrolla a la par de los procesos de individualización que caracterizan a las sociedades occidentales a lo largo del siglo XX. Es en este periodo que se observa el surgimiento del individuo frente a las estructuras del modelo anterior. Se empieza a hablar de procesos de individualización e individuación de los cursos de vida.

Los procesos de individualización dan cuenta de grandes procesos sociales, económicos e históricos, que promueven un aumento del individualismo en las sociedades occidentales (Martuccelli y Singly, 2012), lo que implica la valorización social de la realización personal y el reconocimiento de los individuos como agentes de sus vidas, responsables de éxitos y fracasos. El individualismo institucional, desarrollado por Danilo Martuccelli, propone que: “in modern societies the most important institutions (work, school, family, etc.) are specifically and explicitly oriented towards the individual. They compel each person to develop and constitute themselves as a subject according to pre-established institutional models” (Araujo y Martuccelli, 2014:25). En este sentido, el concepto de individuación da cuenta del tipo de individuo que se produce estructuralmente en una sociedad (Dubet y Martuccelli, 1999).

Bernard Lahire ofrece definiciones parecidas, pero que dan más peso a la agencia de los individuos. Para este autor, la individualización es un proceso que ha posibilitado el reconocimiento de los individuos por parte de las instituciones como singulares y no como parte de grupos o categorías (2004 citado por Lynch, 2017:76). La individuación, para este autor, resulta de la individualización de lo social, de cómo las exigencias externas se

interiorizan y se “refractan en un cuerpo individual que tiene como particularidad traspasar instituciones, grupos, escenas, campos de fuerza y de luchas diferentes” (Lahire, 2012:80). Como las personas resuelven dentro de ellos la polifonía de tipos de individuo que la sociedad construye sistemáticamente, los interiorizan y después exteriorizan.

Relacionado con esto, en paralelo, se observan los procesos por institucionalizar los cursos de vida que, de acuerdo a Lynch, “alcanzó su grado máximo de normativización y estandarización cronológica hacia mediados del siglo XX” (2017:69). Los modelos de curso de vida son guías socioculturales o narrativas dominantes que buscan organizar la heterogeneidad de las trayectorias de vida de los individuos y crear una ilusión de mismidad, por seguir la idea de Ricoeur. Estas narrativas institucionales del curso de vida “vehiculizan las significaciones que la cultura asocia al desarrollo de la vida individual” (Lynch, 2014:70).

Como vimos en el apartado anterior, las narrativas dominantes o meta-narrativas tienen una función integradora de la identidad, sostienen la estabilidad necesaria para dar a los individuos una identidad estable. Sin embargo, son también medios que refuerzan las relaciones de poder y dominación dentro de la sociedad.

En su tesis doctoral, Gloria Lynch (2017) sostiene que el enfoque de curso de vida permite tener en consideración dos niveles de análisis, uno macro y otro micro. En el nivel individual, al estudiar los cursos de vida individuales se puede acceder a las negociaciones que los individuos llevan a cabo con los modelos impuestos o propuestos por la sociedad (2017: 66). Por otro lado, a nivel más macro, el concepto de curso de vida permite indagar sobre cómo diversas instituciones y actores de la sociedad organizan “la vida humana en términos de secuencias ordenadas de posiciones que asumen la forma de modelos propuestos y da contenido a las etapas de esos modelos” (2017:67).

Bifurcación de las narrativas sobre cursos de vida y la formación de identidades de género.

Dentro de los estudios de curso de vida, hay un debate sobre si en las sociedades contemporáneas se observa la preponderancia de un modelo básico de transición a la adultez, el modelo ternario mencionado arriba, de aprendizaje, actividad laboral y retiro (Cain, 1964; Kohli, 1986) o si se observan modelos de curso de vida “generizados”, dependientes y complementarios, pero diferenciados (Levy, 1977, 2015 en Lynch, 2017:88). Mientras que este debate no está saldado, podemos identificar las siguientes reflexiones teóricas sobre la

bifurcación del género y las narrativas dominantes de curso de vida que no permitan operacionalizarlas en la investigación.

Lynch identifica dos visiones de cómo ocurre la institucionalización de las vidas humanas. Una cultural y la otra estructural. Ambas formas actúan de manera paralela y/o separada.

Institucionalización cultural	Institucionalización estructural
Se establecen normas y valores más o menos vinculantes para ordenar la vida humana.	Hay un accionar directo de organizaciones específicas por controlar y estabilizar los cursos de vida
Valores y creencias	Dispositivos de control

Kruger y Levy (2001 citados en Lynch, 2017) crean una tipología para entender como el juego entre ambos tipos de institucionalización: phasing institutions, relating institutions y supporting institutions. El primer tipo hace referencia a cómo produce la institucionalización de la vida en etapas a partir de la participación de las personas, más o menos obligatoria en diversos campos institucionales específicos a diversos momentos de la vida. De acuerdo a Lynch, el modelo más paradigmático que surge de esta representación es lo que ella llama el “modelo ternario del curso de vida” que organiza la vida a partir de la relación con el trabajo, estableciendo etapas de aprendizaje, trabajo y retiro.

Relating institutions hace referencia a los campos institucionales de interacción cotidiana íntima, la familia es la institución paradigmática de esta línea. En ella se entretajan la vida de sus miembros en redes de coordinación de recursos que permiten a los miembros cumplir (o no) con los imperativos y expectativas que surgen de la participación en otros campos.

Finalmente, las “supporting institutions” son todas aquellas instituciones no familiares que permiten la realización de las actividades diarias de las personas, “sobre todo de aquellas que trabajan”, señala Lynch.

Si consideramos este sistema de instituciones que organizan los cursos de vida parece evidente que el género atraviesa todos estos campos institucionales, creando situaciones de ventaja y desventaja y de opresión, en cada tipo de institución y en la interacción entre ellas y que emergen de la división sexual de los órdenes público y privado (Murillo, 2006 en

Lynch, 2017:83). Es en estas redes de interlocución, donde están presentes las relaciones de poder que surgen del género, que se forman las identidades adultas de género.

Siguiendo a Oris *et al.* (2004 y 2009), Lynch señala que, aunque las desigualdades sociales son el producto de estructuras más amplias, pero que, al nivel individual, estas son el “resultado de interacciones específicas entre los contextos, las instituciones y las biografías” (Lynch, 2017:85). Para poder estudiar cómo surgen las desigualdades en estas interacciones, Lynch (2017:85) señala que es preciso estudiar cuatro aspectos de los cursos de vida:

1. “Los eventos que marcan las transiciones, ya que las desigualdades pueden aparecer en ellos” (2017:85).
2. “La distribución de las transiciones (asociaciones, sucesiones y sincronización) porque indica la interdependencia de las carreras personales” (2017:85).
3. “Las configuraciones (familiares y sociales) debido a que dan cuenta de la interdependencia de las vidas” (2017:85).
4. “La multiplicidad de asociaciones posibles entre transiciones, interdependencias intraindividuales (es decir, entre dominios del curso de la vida) y configuraciones familiares y sociales, ya que de esa manera es posible explicar la multidireccionalidad de las trayectorias.” (2017:85).

Esta idea de desigualdades parece referirse sobre todo a la dimensión material y socioeconómica de estas y no toca el tema de la construcción de identidades. Como se mencionó en el apartado anterior, la dimensión material y simbólica se entretajan en la experiencia. Y es en la interpretación de la misma, que estas desigualdades cobran algún sentido identitario para los individuos. Nuestro interés de estudiar las tramas de las narrativas individuales de transición a la adultez de mujeres trabajadoras con diversas trayectorias es justamente entender cómo se da este juego entre lo material y lo simbólico, y cómo se expresa la agencia en esas tramas.

Conclusión

En este capítulo se desarrolló un recorrido teórico de los conceptos que guían el diseño y el análisis de la información obtenida por medio de las entrevistas. A partir del enfoque narrativo, nos es posible plantear la relación entre los principales conceptos de esta

investigación: identidades de género, cursos de vida y agencia. El enfoque narrativo nos sirve de puente para partir de una definición más sustantiva de la agencia en la formación de identidades de género en el marco de modelos de curso de vida socialmente construidos para organizar la vida humana.

Nos permite este marco teórico plantear las principales preocupaciones de esta investigación que se pregunta de manera general ¿cuál es la trama de las narrativas de transitar a la adultez de mujeres con distintas trayectorias?, ¿qué nos dicen esas interpretaciones de sus identidades de género y de cómo se relacionan con estructuras sociales más amplias?

La idea de “transitar a la adultez” es una noción moderna de estructuración del ciclo de vida íntimamente ligada al estilo de vida de las sociedades industriales, representa el momento en que las personas deben construir su autonomía y su identidad, sobre todo en dos ámbitos clave: el laboral y el familiar. Los recursos, tanto materiales como simbólicos, con que se cuenta, en los diversos momentos de la vida, configura las experiencias de los individuos, lo que implica que para estudiar la “adultez”, es necesario preguntarse qué significa llegar a ser adulta o adulto en posiciones superpuestas, consustanciales, que informan las identidades individuales. Si la adultez es una construcción social, es posible preguntarse cómo es que personas que ocupan diversas posiciones sociales construyen sus narrativas personales en diálogo con las redes de interlocución, institucionales y culturales, en las que están inmersos.

Estado del arte

Surgimiento del enfoque de curso de vida

De acuerdo con Lalive D'Épinay et al (2011), la división de la vida en escalas surge en el siglo XVIII. Las primeras divisiones de la vida humana tendían a un esquema de cuatro etapas que, de cierta manera, reflejaban las cuatro estaciones (Kiever 1988, Levinson 1978, en Yuni y Bickel, 2011:11), con una estación de florecimiento, de maduración y finalmente, el invierno de la sabiduría.

A finales del siglo XIX, en las sociedad industriales y democráticas surge una fuerte preocupación por la formación de sujetos sociales capaces de desempeñarse activamente en el mercado laboral y ejercer la ciudadanía, esta preocupación derivó en que las ciencias sociales, en específico la sociología y la psicología, se centraran en la juventud o en la transición a la adultez, es decir, la etapa de la socialización. Es hasta la década de 1960, que las ciencias sociales incorporan una visión más abarcativa de la vida humana, que permitiera estudiarla como un todo. Es con esta intención que surgen los estudios de curso de vida, que se centran en el concepto de desarrollo de la vida humana (Lalive D'Épinay et al 2011:12).

El paradigma del curso de vida surge de la convergencia de varias disciplinas, en específico, se ve influenciada por cuatro líneas de investigación, de la que retoma varios elementos: (1) estudios sobre cohortes y generaciones, (2) psicología del desarrollo, (3) estudios sociológicos sobre la articulación entre el tiempo histórico y el biográfico (Znaniecki, 1918, Elder, 1974), (4) sociología de “la planificación social y cultural del desarrollo de la vida humana” (Lalive D'Épinay et al, 2011:12).

Los primeros, se desarrollan sobre todo en la demografía. Hay una búsqueda por parte de os estados por registrar los eventos que pautan las vidas humanas: nacimiento, matrimonio, muerte, etc. Estos registros posibilitan la emergencia de la demografía y su búsqueda por comprender sus flujos, evoluciones, comportamientos. A partir de los años de nacimiento, que marcan las cohortes, la demografía pudo estudiar como los tiempos históricos afectan los comportamientos de los individuos en lo que se refiere a la fecundidad, a los movimientos migratorios, mortalidad. El concepto de cohorte es similar al de generación, desarrollado por Karl Mannheim (1990) que define a la generación como un agrupamiento que comparte una cultura debido a su destino común dentro de un espacio histórico social.

Por otro lado, en el ámbito de la psicología, surge el paradigma del “life span” que surge de la psicología del desarrollo, centrada como se dijo en el interés por la socialización de las y los niños y jóvenes. Estos estudios tienen un quiebre en la época de la segunda guerra mundial donde emergen cuestionamientos sobre la importancia de “considerar el desarrollo humano durante toda la vida” (Lalive et al, 2011). Con esta nueva tendencia, surgen distintos paradigmas, el de los ciclos de vida inmutables e de identidad de Erickson (1958) y, por otro lado, el paradigma del “life span” que surge con la aparición de nuevas investigaciones longitudinales, como el “Seattle Longitudinal Study” (Schaie, 1996 en Lalive et al, 2011). Entre otras cosas, este paradigma reconoce el desarrollo psicológico humano como multidimensional y multidireccional. Estas ideas permiten superar las nociones de un movimiento lineal y progresivo en el desarrollo psicológico humano, aunque desde la sociología, se considera que dicho enfoque, deja de fuera el contexto sociocultural, y sostienen la idea de un curso de vida estándar.

Por su parte, más en el ámbito de las ciencias sociales, nos encontramos con los estudios sobre la imbricación de las historias individuales con el contexto sociohistórico, ampliamente liderados por Glen Elder. Sus estudios longitudinales sobre el efecto de varios eventos históricos relevantes en la historia de Estados Unidos en las vidas de personas, empezadas a seguir desde su niñez hasta su adultez, fueron esenciales para poner sobre la mesa la importancia de incorporar la dimensión sociohistórica al historio de historias individuales. El libro de “Children of the Great Depression” (Elder, 1974) es quizá el libro más representativo de esta tradición.

Por otro lado, también en las ciencias sociales, otra tradición de investigación se interesó por la manera “en que el desarrollo de la existencia es codificado y organizado social y culturalmente” (Lalive, 2011:16). El artículo fundacional de la sociología del curso de vida, según Lalive et al (2011:16), fue “Life Course and social structure” de Cain, publicado en 1964. La originalidad de la propuesta de Cain consiste en su incorporación del enfoque de interaccionismo simbólico y elementos del concepto de ritos de pasaje de la teoría etnológica para estudiar la organización de las transiciones entre las etapas de vida. Cain señala que las sociedades industriales organizan el avance de la vida como una sucesión de estatus Lalive et al (2011:17). Huelga decir que este primer desarrollo no incluyó una perspectiva de género. Desde este punto de partida, Riley y otros autores desarrollan la teoría de la estratificación

por edad, que tuvo tres aportes claves a los estudios sobre curso de vida: (1) la edad deja de ser considerada sólo un marcador biológico o psicológico y se reconoce su dimensión social, ya sea como una posición dentro de una organización de estatus etarios o como la pertenencia a una generación, (2) se reconoce a la organización de las edades como una forma de organización estructural de las sociedades modernas, y (3) da cuenta de cómo no es solo la historia de vida la que es impactada por el contexto sociohistórico sino que el curso mismo de la vida se transforma continuamente en su definición y estructuración (Lalive et al, 2011:17).

De acuerdo a Lalive et al. (2011) abre nuevas preguntas. Primero, sobre “los contenidos (valores, creencias y representaciones) de los modelos culturales que organizan el curso de la vida y que sirven como marco de referencia a los individuos” (Lalive et al, 2011:17). En segundo lugar, abre interrogantes sobre las formas de regulación del curso de vida y el papel que juegan las políticas públicas.

Los modelos culturalmente sostenidos de curso de vida sostienen nociones de calendarios sociales que buscan ordenar los acontecimientos ligados a las transiciones entre etapas de vida, y estos esquemas son formal o informalmente sancionados. La tesis sociológica sobre el incremento del individualismo en las sociedades modernas viene acompañado de “una nueva concepción del curso de vida” Lalive et al (2011:18). Algunos autores, como Kohli (1986) y Meyer (1986) desarrollaron la idea de que, en las sociedades contemporáneas, las personas viven bajo la exigencia de construir un proyecto biográfico, es decir, “una construcción continua de su identidad a través del ordenamiento reflexivo de su biografía” (Lalive et al, 2011:18).

Las transformaciones sociales del siglo XIX en adelante impulsan un proceso de institucionalización de los cursos de vida. La organización de la vida social alrededor de la producción industrial, sus exigencias y sesgos, contribuyen a la formación de modelos de curso de vida que se organizan alrededor del trabajo (esquema tripartita de formación, trabajo y retiro) y también alrededor del género, debido a la división sexual del trabajo. Asimismo, la emergencia de los Estados-nación, y más tarde, el Estado de Bienestar, promueven el establecimiento de dispositivos de “cronologización”, recuperando el concepto de Kohli (1986), del curso de vida. Este último concepto da cuenta de una cierta noción de un moderno proceso de estandarización de los cursos de vida.

Es en la intersección de estas tres corrientes de investigación que surge el paradigma de curso de vida que Lalive et al (2011) definen a grandes rasgos como:

El estudio interdisciplinario del desarrollo de la vida humana (ontogenésis humana) mediante el establecimiento de puentes conceptuales entre (a) los procesos de desarrollo biológicos y psicológicos; (b) el curso de la vida como institución social, desde el doble punto de vida: el de las regulaciones sociales y culturales de la cual es objeto y de su construcción por lo individuos en función de sus recursos y el de sus perspectivas biográficas; (c) el contexto sociohistórico y los cambios que este experimenta (Lalive et al, 2011:20).

Principales elementos del enfoque de curso de vida

En este trabajo se parte del enfoque de curso de vida por su interés por estudiar la relación entre el individuo y la sociedad. A grandes rasgos, Mercedes Blanco (2011) identifica los cinco principios rectores en el enfoque de curso de vida: (1) la mirada longitudinal que implica reconocer el carácter procesual de la vida y la necesidad de no estudiar los eventos como hechos desconectados unos de otros eventos; (2) la importancia del marco espacio-temporal en el que las personas se mueven y actúan; (3) el momento en que ocurren los eventos de vida de una persona respecto a otras o a las expectativas normativas (el timing); (4) el énfasis en la interconexión de las vidas humanas y la interdependencia en las trayectorias de personas y grupos; y, finalmente, (5) la centralidad de la agencia, pues, en tanto que teoría que se ocupa de la relación entre el individuo y la estructura, propone un enfoque en el que las personas no son peones pasivos de las fuerzas sociales, sino que toman decisiones y actúan libremente en el horizonte de oportunidades que surgen del contexto en que se desarrolla su vida.

Tomando en cuenta los principales conceptos y principios del enfoque se puede delinear una definición general del enfoque de curso de vida. Elder y O’Rand definen el curso de vida como “el entrelazamiento de trayectorias o caminos a lo largo de la vida marcadas por secuencias de eventos y transiciones sociales” (1995:454). De esta definición se puede extraer que el curso de vida es entendido como un proceso individual, dinámico, de acciones y experiencias que se desarrollan a lo largo de la vida de los individuos, moldeado por las instituciones, expectativas, horizontes de oportunidad que surgen de los marcos sociales en los que se desarrollan las biografías.

Construcción social de las etapas de vida

Los hechos sociales que se buscan estudiar a través de este enfoque involucran la naturaleza temporal de la experiencia humana y muestran que es sólo en el tiempo que se puede estudiar la relación entre los individuos y las estructuras sociales. Pero ese tiempo también es objeto de construcciones simbólicas socialmente construidas. Elder, Johnson y Crosnoe (2003) socialmente se establecen fronteras en el tiempo biográfico, se producen y se reproducen expectativas y normas sobre el momento adecuado para distintas transiciones, es decir, construcciones sociales de las edades, o las etapas de vida. Elder, Johnson y Crosnoe (2003) insisten en la importancia de indagar cómo son experimentadas por las personas, y cómo varían entre niveles socioeconómicos, diferentes grupos sociales, etc. Las etapas de vida no son solamente coordinadas temporales, sino que tienen una dimensión social, subjetiva y simbólica, que configura la experiencia de las personas a través del tiempo biográfico.

Un elemento central de este trabajo es el interés por explorar el sentido situado de la adultez a partir de la reconstrucción de narrativas personales. Este objetivo conlleva una serie de supuestos y de conceptos que deben ser clarificados. En cuanto a los supuestos, el principal es que se considera a la adultez (y las demás etapas de vida), no como etapas “naturales” del curso de la vida, sino como recursos sociales para dar un cierto significado y orden a la experiencia del tiempo. Esto se alinea con los desarrollos de James A. Holstein y Jaber F. Gubrium (2007) sobre la perspectiva constructivista del curso de vida, que son de utilidad para entender a qué nos referimos con “atribuir significado” a una etapa de vida y cómo nos podemos aproximar al curso de vida desde esta perspectiva.

A grandes rasgos, estos autores señalan que la perspectiva constructivista “...difiere de un enfoque más objetivo en tanto que no da por hecho un ciclo de vida predeterminado o un conjunto de etapas de vida, sino que examina cómo se construyen significados en relación a la noción del curso de vida” (Holstein y Gubrium, 2007:1, traducción propia). Por lo tanto, es una perspectiva que nos sirve en cuanto que incluye en el análisis cómo las construcciones sociales del curso de vida son recursos que las personas utilizan de manera creativa para dar significado a sus experiencias en las narrativas. Con “dar significado” nos referimos a la construcción de tramas personales que sostienen un cierto sentido de la identidad.

El enfoque constructivista de las etapas de vida, inspirado por los desarrollos de Berger y Luckman, busca explorar el significado de las experiencias. Cómo es que estas toman cierto significado para los individuos y cómo este significado se construye en procesos sociales. La realidad es algo que no se presenta “tal cual es”, sino a través de los significados que los individuos le asignan a través del lenguaje y la interacción social, en contextos específicos. Estos significados no son unívocos, sino que están inmersos en procesos continuos y colectivos de producción, sostenimiento y transformación. Se trata, por lo tanto, de una perspectiva que se opone a posturas más estáticas y universales (Holstein y Gubrium, 2007).

Holstein y Gubrium identifican tres premisas centrales de la construcción de significado en los estudios de curso de vida: “(1) que la edad y las etapas de vida tienen múltiples significados; (2) que esos significados se construyen en la interacción social; (3) y que los significados atribuidos a la edad y las etapas de vida se modifican y se ajustan a las definiciones sociales de las situaciones” (Holstein y Gubrium, 2007:4).

En este trabajo se parte del supuesto, por lo tanto, de que el significado de adultez, a pesar de dialogar con una cierta noción compartida, de sentido común, de lo que es la adultez, se construye de manera situada. Por lo tanto, el significado de la adultez para mujeres que han tenido diversas experiencias relacionadas con la adultez, tanto en el ámbito familiar como laboral, pueden variar. Estos significados se construyen de forma creativa en los diversos cruces: en la interdependencia entre las estructuras sociales más amplias (los contextos institucionales, grupales, etc. y sus narrativas) y las experiencias individuales; en la interacción entre diversos ámbitos de la vida; y en el tiempo, influidos tanto por las experiencias pasadas como por las expectativas a futuro. Todos estos niveles de interacción (Bernardi, Huinink y Settersten Jr., 2019) producen heterogeneidad en los significados que las personas atribuyen a su adultez.

En el enfoque constructivista más cercano a la etnometodología, el curso de vida es entendido, no como una progresión de estadios en la vida, que las personas significan conforme los van cursando (una noción más cercana a la tradición de estudios de curso de vida del interaccionismo simbólico), sino como una construcción social en sí misma, que es utilizada por los individuos para interpretar el paso del tiempo. Por lo tanto, el curso de vida es tratado como un recurso interpretativo (Holstein y Gubrium, 2007), una manera de

organizar la vida en términos de desarrollo, como puede haber otras (se puede explicar el paso del tiempo en términos del azar, del destino, entre otras).

Desde este enfoque, el yo es concebido como volcado a la interacción, es ahí que las personas buscan y construyen sentidos para interpretar sus propias acciones y para informarse sobre las actitudes, valores y emociones apropiados (Holstein y Gubrium, 2007). En esta perspectiva, las concepciones sobre las diferentes etapas de vida sirven como marco para la interpretación que hacen las personas de sus experiencias. Al interactuar con estas nociones sociales sobre las etapas de vida y las interpretaciones que se les dan en distintos marcos sociales y temporalidades, las personas significan sus vivencias personales, y, por ende, a sí mismas.

Esta perspectiva constructivista cuestiona la aparente naturalidad de tomar el curso de vida como una progresión de experiencias y roles. Esta idea es cuestionada y se busca estudiar cómo se construye discursivamente esta idea en la interacción, ya que es ahí que las personas buscan y construyen sentidos para interpretar sus propias acciones y para informarse sobre las actitudes, valores y emociones apropiados (Holstein y Gubrium, 2007). Se trata de una estructura más para darle sentido a la experiencia situada.

En este sentido, el curso de vida no es una realidad objetiva o subjetiva, sino un recurso para la interpretación. Es por esto que, en los estudios de esta perspectiva, el curso de vida en sí mismo pasa a ser un objeto de estudio, cómo es que se construye y se utiliza en la experiencia para construir sentidos (Gubrium y Holstein, 2007). De esta manera, las etapas de vida no son aspectos objetivos de la realidad social, sino prácticas interpretativas, con vocabularios y conocimientos propios, que se emplean para interpretar la experiencia desde su dimensión temporal. Las transiciones de una etapa de la vida a otra, de un rol a otro, implican un trabajo de construcción discursiva para marcar el antes y el después, y para construir el significado de ese cambio en la experiencia personal. Contrastar los momentos, hablar de transiciones, de cambios, de etapas, es eso lo que va dando forma al curso de vida, no un esquema predeterminado. Se trata de una realidad social que se construye discursivamente.

Holstein y Gubrium (2007) consideran el curso de vida como “una constelación de procedimientos, condiciones y recursos a través de los cuales la realidad es aprehendida, entendida y expresada en la vida cotidiana” (2007:10). Por lo tanto, estudiar cursos de vida

como prácticas interpretativas implica preguntarse cómo se utilizan las construcciones de etapas de vida para dar sentido a la experiencia y cómo influyen las redes de interlocución, y los contextos materiales y simbólicos desde donde se producen. Holstein y Gubrium (2007) señalan que los cursos de vida como recursos interpretativos pueden dar cuenta de construcciones alrededor del crecimiento, del progreso y del declive que sirven como una guía para interpretar la biografía individual y también como estándares de comparación, que sirven para dar coherencia al trabajo biográfico.

Aquí surge la duda de hasta dónde llega la agencia del individuo en la construcción de sus propios cursos de vida. Holstein y Gubrium (2007) señalan que los mundos sociales que las personas construyen se tejen en términos de categorías e ideas socialmente compartidas, del sentido común. Estas categorías no son enteramente una creación de los individuos, sino que se remiten a los cúmulos de conocimiento colectivo que se constituyen y actualizan continuamente y que sirven de guía para dar sentido a la experiencia (Holstein y Gubrium, 2007:7). Sin embargo, el uso de estos recursos interpretativos por los individuos implica un amplio margen de libertad e inventiva, pues estos se presentan demasiado abstractos para la experiencia situada de las personas.

Narrativas y construcciones sociales de etapas de vida

Un enfoque que resulta útil para incorporar la dimensión temporal en la construcción de sentidos de las etapas de vidas es el enfoque narrativo que nos permite entender el nivel individual del curso de vida: la biografía individual y su papel en la construcción identitaria. Las personas construyen sus nociones del yo a partir de narrativas que ordenan su experiencia vital: “la identidad de cada uno se precipita en el relato de los sucesos que configuran su existencia” (Arregui y Basombrio, 1999:27). Para responder a la pregunta quién eres, la persona no se remite a su carácter universal (“ser humano”), a su “esencia”, sino que la entiende como un cuestionamiento por las coordenadas de su propia identidad, su singularidad. La unicidad de las personas está dada por su historia, son los sucesos de la vida que los hacen únicos después del nacimiento, momento en que todos son iguales en esencia. Pero ordenar la historia persona es difícil, implica un acto de interpretación en el que la persona pueda dar una cierta coherencia al tumulto de eventos, una narrativa que le permita atribuir algún orden y sentido a su existencia y a sí mismo, es decir, una identidad narrativa.

Huelga decir, esta narrativa no es inmutable. Al estar íntimamente ligada a la experiencia de vida, es imposible plantear un concepto de identidad acabada, no sólo para designar a varios individuos, incluso para hablar de uno sólo a lo largo de su vida. Esto se debe a que la “autointerpretación” es un proceso de identificación continuo que depende en gran medida de los marcos de referencia que se interceptan donde la persona se encuentra. El curso de vida es uno de estos marcos de interpretación. Para Taylor, la identidad está definida por “los compromisos e identificaciones que proporcionan un marco u horizonte” en cuyo interior uno intenta “determinar, caso a caso, lo que es bueno, valioso, lo que se debe hacer, lo que apruebo o a lo que me opongo” (Taylor, 1996:43). En este sentido, las ideas sobre el curso de vida son una orientación para la construcción de identidad en diversos momentos de la vida, no una determinación.

Las narrativas de curso de vida sostenidas colectivamente son narrativas en tanto que el significado de un evento de vida, de una transición, de un punto de giro, de una etapa de vida adquiere sentido al conectarse con otros eventos del pasado o que se esperan en el futuro, pero también que ocurren en otros ámbitos de la vida, quizá incluso de manera simultánea. Desde esta perspectiva, estudiar el curso de vida no se puede hacer clasificando y separando los eventos en “categorías” claramente diferenciadas, sino de hacerlos inteligibles en una trama más o menos integrada de eventos, es decir, en una narración individual que conforma la identidad narrativa del individuo. Debido a la infinidad de eventos que constituyen el todo de la experiencia de vida, la construcción de esta trama implica un uso selectivo de eventos en razón de un marco interpretativo que permite adjudicarle una temática específica a una línea narrativa, lo que determinará cómo los eventos son procesados: cuáles serán más significativos y cómo se significarán. En el caso del curso de vida, este marco interpretativo son las diferentes etapas de vida y los sentidos y expectativas que se le atribuyen. Alineados con Holstein y Gubrium (2007), las narrativas individuales del curso de vida, la manera en que la persona interpreta las transiciones siempre es situada, siempre está anclada en un mundo social, compuesto por diversos dominios de vida y sus propios cambios.

El enfoque de identidad narrativa propuesto por Somers se adecua a la aproximación narrativa de los cursos de vida y apunta a que necesario tener una aproximación “procesual” pues es necesario observar cómo los individuos reconstruyen cómo se fueron conformando estas redes de eventos y episodios de vida que dan sentido a la identificación narrativa de la

persona, en otras palabras, entender la imbricación de narrativas ontológicas y públicas desde donde el individuo se define. Además, siguiendo a Somers, para esto es clave identificar cómo las narrativas públicas “llegan” a los individuos mediante un “espectro enorme” de instituciones y prácticas “que constituyen el mundo social” (Somers, 1994:625), lo que Taylor llamaría, el “espacio moral”.

En esta misma línea, Lois Mcnay (1999) señala que aproximarse a la identidad desde un enfoque narrativo evita caer en la dispersión de la subjetividad que plaga las propuestas deconstructivistas y post-estructuralistas. Esto se debe a que dicha propuesta, a pesar de admitir la multiplicidad y la fragmentación de posiciones que ocupan las personas, no niega que el “yo” se pueda percibir de forma coherente a partir de la “interpretación narrativa de tiempo” (Mcnay, 1999:318). Esta interpretación, por su naturaleza narrativa, nunca será fija, pues la posibilidad de reinterpretación narrativa de un flujo de eventos nunca se clausura, aunque quizá esté medianamente restringida por los repertorios sociales. Esta restricción no es sólo el efecto de fuerzas deterministas externas, Mcnay señala que “the notion of narrative suggest that constraint is also self-imposed. Individuals act in certain ways because it would violate their sense of being to do otherwise” (Mcnay, 1999:318). Aquí tenemos, entonces, que la agencia está siempre presente, incluso en las actitudes y prácticas que se adhieren a las normas culturales, y esto es siempre de forma creativa, pues el individuo continuamente tiene que adecuar estas narrativas a su sentido de identidad (sense of being).

En cuanto a las diversas narrativas institucionales y colectivas de curso de vida, es importante destacar que tiene distintos niveles de relevancia en la vida de las personas en diversos momentos. En este sentido, retomamos las dos formas de caracterizar la institucionalización de las vidas humanas propuesto por Lynch (2017): la institucionalización cultural y la estructural. La primera se refiere a cómo se establecen normas y valores más o menos vinculantes para ordenar la vida humana que permean las narrativas individuales a través de valores y creencias. Por otro lado, la institucionalización estructural hace referencia a prácticas institucionales que buscan directamente controlar y estabilizar los cursos de vida a través de diversos dispositivos de control.

Kruger y Levy (2001 citados en Lynch, 2017) crean una tipología de instituciones para entender como ocurre el juego entre ambos tipos de institucionalización: *phasing institutions, relating institutions* y *supporting institutions*. El primer tipo hace referencia a

cómo produce la institucionalización de la vida en etapas a partir de la participación de las personas, más o menos obligatoria en diversos campos institucionales específicos a diversos momentos de la vida, por ejemplo, el pasaje por instituciones educativas. De acuerdo a Lynch, el modelo más paradigmático que surge de esta representación es lo que ella llama el “modelo ternario del curso de vida” que organiza la vida a partir de la relación con el trabajo, estableciendo instancias de aprendizaje, trabajo y retiro.

Las *relating institutions* hace referencia a los campos institucionales de interacción cotidiana íntima, la familia es la institución paradigmática de esta línea. En ella se entretajan la vida de sus miembros en redes de coordinación de recursos que permiten a los miembros cumplir (o no) con los imperativos y expectativas que surgen de la participación en otros campos, además de que en ella se enseñan y reproducen los valores y creencias que sostienen la institucionalización de las etapas de vida. Finalmente, las *supporting institutions* son todas aquellas instituciones no familiares que permiten la realización de las actividades diarias de las personas, en donde también hay una transmisión de los valores y creencias detrás de las narrativas culturales de curso de vida.

Otra forma de caracterizar la diferente relevancia que tienen ciertas narrativas respecto a otras es a través del concepto de “narrativas maestras”. Estas cumplen la función de “ofrecer formas de identificar aquello que se asume como experiencia normativa” por lo que tienen un uso parecido al de planos que guían la construcción de las narrativas individuales (Andrews y Bamberg, 2004:1). En palabras de Andrews:

...such storylines serve as a blueprint for all stories; they become the vehicle through which we comprehend not only the stories of others, but crucially of ourselves as well. For ultimately, the power of master narratives derives from their internalisation. Wittingly or unwittingly, we become the stories we know, and the master narrative is reproduced. (idem)

Estos esquemas o mapas narrativos actúan como un vehículo de ideologías que permiten entender las historias de los demás y construir las narrativas personales. Andrews señala que, en caso de desfase, cuando los individuos reconocen que sus experiencias de vida no son compatibles con estas historias dominantes, enfrentan el desafío de dar sentido a sus vidas desde narrativas que se desvían de las maestras: “The challenge then becomes one of finding meaning outside of the emplotments which are ordinarily available” (Andrews y

Bamberg, 2004:1). Sin embargo, es preciso señalar que el desajuste con las narrativas dominantes tiene costos importantes para los individuos.

Esto ha sido reconocido a nivel objetivo y material. Esto resulta especialmente evidente en el caso de la narrativa de curso de vida, donde diversos estudios sobre transiciones a la adultez han mostrado, a nivel de recursos y condiciones materiales, cómo los retrasos o adelantos en el curso de vida esperado pueden dar cuenta de la acumulación de vulnerabilidades o ventajas en la vida de las personas y propiciar la desigualdad social. El concepto de horizonte de oportunidades, que es central en los estudios de curso de vida, da cuenta de las sanciones en términos objetivos que surgen de no adecuarse a una cierta estructura de las etapas de vida.

Resulta interesante explorar esto desde las narrativas personales. Cómo las personas continúan con el trabajo narrativo de interpretar sus experiencias vitales a pesar de que sus vivencias no se adecuan a lo esperado. Como señala McNay (1999), respecto a las representaciones hegemónicas de la feminidad, no nos podemos contentar con un esquema binario y simplista de resistencia o acomodo a las narrativas públicas sobre el curso de vida, sino estudiar cómo es que las vivencias de personas concretas y situadas están en diálogo continuo. Narrativas individuales donde no hay rupturas ni conclusiones determinantes, sino que las contradicciones cohabitan en el desarrollo biográfico, y buscan resolverse creativamente en la narración.

El género y el curso de vida

Como se señaló anteriormente, desde el enfoque de curso de vida, hay diferentes abordajes sobre cómo confluyen e interactúan las construcciones de curso de vida con el género. Gloria Lynch (2017) sostiene que las construcciones de etapas de vida no sólo se construyen a partir de las edades sino también a partir de la diferencia sexual. Como señalamos anteriormente, el modelo ternario que ordena la vida humana en relación al trabajo y que surge en las sociedades industriales es indisociable de la producción histórica de la división sexual del trabajo, con su doctrina de separación de la vida social entre las esferas pública y privada y su formación de identidades de género a partir de esta separación (mujer/ama de casa y hombre/proveedor). Esta división sexual del trabajo conlleva una naturalización de los roles sociales adjudicados a cada sexo. En este esquema, las mujeres son definidas por su “capacidad innata” para llevar a cabo las funciones del ámbito privado, como los cuidados.

Esto tiene como resultado que la construcción social de las etapas de vida de las mujeres y de los hombres sea diferenciada.

Gloria Lynch (2017) señala que en la literatura sobre curso de vida y género hay un espectro de posturas que se puede extender entre aquellos que sostienen que hay un curso de vida homogéneo (que surge del modelo de “aprendizaje, trabajo, retiro”) y para el cual el género crearía tan sólo subvariaciones y aquellos que sostienen una total heterogeneidad, donde la diferencia sexual implica dos modelos de curso de vida completamente diferenciados, uno femenino y otro masculino, que Lynch denomina la hipótesis de la generización de los cursos de vida.

A mitad de camino entre estas dos, Lynch (2017) identifica una postura intermedia que denomina “la del impacto diferenciador de los perfiles de inserción”. Esta postura admite la importancia de la diferencia sexual en las trayectorias individuales, pero sostiene que esta sólo toma sentido en el marco de un conjunto de “inserciones sociales que modelan el curso de vida” (Lynch, 2017:41). Esta postura admite que hay modelos de trayectorias diferenciados que “si bien responden a las identidades de género, no reproducen exclusivamente esa distinción, sino que son potencialmente modeladas por el conjunto de inserciones sociales de los individuos. Entre estos perfiles se destacan la pertenencia social y generacional” (Widmer y Levy, 2003 citados por Lynch, 2017:41).

Esta postura se acerca más a la aproximación narrativa de esta investigación. Sin embargo, sigue sosteniendo una lógica bastante aditiva y geométrica en lo que a las identidades sociales y su intersección se refiere. En respuesta a esto en este trabajo se retoman elementos de lo que hemos desarrollado hasta ahora para modelar el juego entre las construcciones del curso de vida y el género.

Como vimos anteriormente, la institucionalización de los cursos de vida se da en dos formas: la institucionalización cultural y estructural. De acuerdo a la caracterización de Lynch, esto da cuenta de las dimensiones simbólica y materiales de las narrativas maestras de curso de vida que constituyen las redes de interlocución o el espacio moral donde las personas dan sentido a las etapas de vida. Estas dimensiones, a través de valores, creencias y dispositivos de control, buscan dar estabildades a las narrativas culturales sobre curso de vida ligadas a las sociedades industriales y su organización de la vida alrededor del trabajo.

Hay dos importantes ejes organizadores de los cursos de vida de las sociedades industriales, como se vio arriba, el trabajo y el género, dos estructuras que están también entretreídas, en el concepto de la división sexual de trabajo y su doctrina de las dos esferas: privada y pública. La división de la esfera pública y privada es un fenómeno discursivo (Gal 2002) que nunca describió la realidad, sino que prescribió modelos normativos de distribuir las actividades sociales, la división sexual del trabajo, incluso la estructuración del curso de vida. Esto contribuyó a una construcción de una concepción de la adultez generizada, en la que los cuerpos, sexualmente codificados, son concebidos y reconocidos de manera diferencial como adultos en su desarrollo en el marco de numerosas instituciones sociales, a lo largo de sus vivencias en distintas esferas de la vida (privada y pública, familia y trabajo, etc.), aparentemente ajenas entre sí.

Sin embargo, este modelo entra en crisis con la “aparición” de la mujer trabajadora. Desde finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX, el lugar de las mujeres en la sociedad, delimitado a la esfera privada por la división sexual del trabajo, fue testigo de importantes transformaciones, teniendo distintas características en distintos contextos. Estos cambios trastocan la matriz cultural instaurada, producida y reproducida, a partir del siglo XVIII, en el contexto de la Revolución industrial europea, cuando:

...se estableció una clara diferenciación entre los ámbitos público y privado. Esta separación permitió consolidar el desarrollo de la familia nuclear y, como parte de ella, una división sexual del trabajo que asignó roles específicos a mujeres y hombres. De esta manera, la función de las mujeres quedó reducida a la reproducción, en tanto que los varones... desempeñaban un trabajo remunerado fuera del ámbito doméstico (Rojas, 2016:75).

Esta matriz cultural empieza a ser desafiada por una serie de transformaciones graduales, entre las que destacan el incremento de la visibilidad y de la ubicuidad de participación femenina en la fuerza laboral, en trabajos no “feminizados”, de los niveles de escolaridad alcanzados por dicha población, así como de las relaciones al interior del núcleo familiar, pasando de un modelo vertical, hacia uno más democrático, que valoriza la afectividad y la autonomía y, por lo tanto, se conecta con procesos de individualización más amplios: “la intimidad estaría siendo moldeada por el desarrollo de una ideología individualista... Sin embargo, se reconoce que esta expansión de las posibilidades para elegir cómo ser y cómo

relacionarse con los demás, conlleva incertidumbre e inseguridad” (Rojas, 2016:77). Esto trastocó el modelo que sostenía al hombre como el único proveedor de la familia.

Asimismo, la emergencia de los movimientos feministas implicó un creciente cuestionamiento de la matriz cultural al exponer y teorizar las relaciones de poder, y demandar relaciones más justas en el espacio doméstico y público. Todo esto implica una transformación de las relaciones sociales que involucra un “debilitamiento de las estructuras e instituciones tradicionales y patriarcales, tales como el género, la Iglesia y el parentesco, que gobernaban la vida y las opciones de las personas y de las familias” y fomentan “una creciente autonomía individual y la emancipación económica de las mujeres” (Rojas, 2016:77).

Esto se traduce en una mayor postergación de la primera unión, incremento de divorcios y de parejas en cohabitación, mayor presencia de familias reconstituidas, etc. Lo que ocurre sobre todo en las sociedades de los países más industrializados y, de manera predominante, en los estratos con mayor educación y nivel socioeconómico. Estas transformaciones parecen enfrentarse a mayores obstáculos en los países menos desarrollados, con mayores niveles de desigualdad. La desigualdad promueve la creación de cadenas de cuidado nacionales y transnacionales, donde mujeres en condiciones de desventaja (racializadas, migrantes, de bajo nivel educativo, etc.) hacen posible el ingreso de mujeres en posiciones más privilegiadas al mercado laboral.

A pesar de estas transformaciones, podemos observar que las construcciones de género para organizar la vida social siguen teniendo vigencia en cuanto que aún persisten en el imaginario colectivo, y se traduce en brechas de desigualdad material y simbólica. Esto pone en evidencia cómo las instituciones sociales responden de manera más lenta a los cambios sociales, generando un “desfase estructural” (“structural lag”) que, de acuerdo a Riley, Kahn, and Foner (1994) resulta en una disonancia entre las expectativas de las personas respecto a las instituciones y las oportunidades que estas proveen. Resulta ilustrativo de esto, en el caso de Uruguay, que a pesar del aumento considerable y el avance de las mujeres en la educación y en el ámbito laboral, estos cambios conviven con ideas más tradicionales sobre su rol protagonista en el cuidado directo, como señalan Batthyány, Genta, y Perrotta (2012) quienes al analizar la Encuesta Nacional sobre Representaciones del Cuidado, identifican que “en el “deber ser” del cuidado predomina para las madres la

obligación del cuidado directo, mientras que en el “deber ser” del cuidado de los padres predomina el garantizar el cuidado” (2012:27). Asimismo, las encuestas de uso de tiempo muestran que las mujeres siguen siendo las principales responsables de estas actividades.

Phyllis Moen (2011) desarrolla más este desajuste en términos de género, al señalar que el movimiento de la segunda ola del feminismo implicó el cuestionamiento de la “mística femenina”, esa narrativa pública que proponía que la domesticidad era la única vía de realización femenina. Sin embargo, este cuestionamiento dejó intacto, y quizá fortaleció, lo que Moen y Roehling (2015) denominan la “mística de la carrera” (“career mystique”), que concibe al trabajo remunerado de tiempo completo como el único camino para la realización, ahora ya no sólo para los hombres, sino también para las mujeres (quienes, no dejan de tener el mandato del cuidado). El trabajo remunerado se convierte en el camino de la realización, y a pesar de que las exigencias en lo doméstico ponen en clara desventaja a las mujeres, en un principio no se cuestionó la organización del tiempo en el marco laboral, concebido para el hombre/proveedor y dando por sentada la existencia de alguien que se ocupara de las labores de cuidado y de sostenimiento de la vida. Esta forma de organizar el tiempo, en el espacio público y enraizada en la doctrina de las esferas, se descubre en completo desajuste con las exigencias del trabajo no remunerado, una vez que las exigencias laborales se extienden a toda la población adulta.

De esta manera, la incompatibilidad se vuelve cada vez más difícil de ignorar. Las tensiones al interior de los hogares, la doble o triple jornada laboral de las mujeres, las crisis de cuidado, el envejecimiento de las sociedades y la atención de los cuidados cada vez más estratificada en razón de los recursos del hogar, se presentan hoy en día como problemas sociales acuciantes, que han puesto en la agenda pública la idea de la conciliación, de políticas que ayuden a conciliar el mundo laboral con el familiar.

Este deface implica para las mujeres encontrarse en un lugar incómodo. Debido a la persistencia de la doctrina de las esferas, mantenida por la falta de colectivización y reconocimiento de las actividades de sostenimiento de la vida, nos encontramos con que las mujeres deben de construir sus narrativas personales de adultez en diálogo con narrativas culturales e institucionalizadas, con valores, creencias y dispositivos de control muchas veces en tensión.

El enfoque narrativo nos permite abordar estas tensiones sin recurrir a modelos demasiado abstractos. Esto es posible en su insistencia en la dimensión situada y relacional. Las narrativas personales están siempre situadas en tramas complejas de relaciones sociales, que adquieren un sentido para la identidad al interpretarse, por ejemplo, a través del acto narrativo. Retomando la definición de Somers, las narrativas son “constellations of relationships (connected parts) embedded in time and space, constituted by causal emplotment” (1994:616). Es decir que cualquier intento de dar un significado a un evento pasa por conectarlo a otros eventos en el espacio y el tiempo, convertirlo en un episodio de un “entramado causal” que ordena en un cierto sentido esos eventos independientes.

En este sentido, las narrativas personales retoman creativamente las narrativas culturales e institucionales, que sirven como un marco de evaluación para adjudicarle una temática específica a una línea narrativa lo que determinará cómo los eventos son procesados: cuáles serán más significativos y cómo se significarán. Las narrativas culturales de género destacan el peso del matrimonio y la maternidad para la realización de las mujeres, mientras que las narrativas de curso de vida centralizan la realización personal. Sin embargo, es en las narrativas personales que se resuelve la tensión. Las personas construyen tramas, le dan sentidos narrativos a sus vidas, entre fabulaciones y reconstrucciones, que comunican una cierta identidad. Es en esa construcción narrativa situada que se resuelve la tensión. Es con reflexividad e intencionalidad que las mujeres negocian las tensiones entre las narrativas de realización personal contradictorias heredadas de la división sexual del trabajo.

Narrar la adultez como espacio de negociación de las tensiones entre narrativas culturales de curso de vida y de género

Casal et al. (2006) definen transitar a la adultez como “una articulación compleja de procesos de formación, inserción profesional y emancipación familiar”, es decir, de procesos que se desarrollan en diversos ámbitos de vida (educación, trabajo, familia) que resultan en un “enclasmiento social” de las personas (los recursos y los resultados, según los conceptos vistos anteriormente) y que tiene lugar en el marco de un sistema político de transición (concepto que da cuenta de la relación entre lo social y el individuo), en donde los recursos materiales, económicos, simbólicos, sociales, ligados a la adultez se distribuyen de manera inequitativa que tiene una localización sociohistórica y geopolítica concreta (2006:29).

Esta definición de la adultez, centrada en procesos de formación, inserción profesional y emancipación familiar tiene implícita una visión generizada del curso de vida, pues es el

modelo esperado para la identidad social del hombre proveedor y tiene ecos de la mística de la carrera. Dentro de esta perspectiva, la adultez sólo ocurre en el ámbito público y tiene como elemento central el alcanzar la independencia económica. No hay un espacio simbólico para la dependencia, el cuidado de otros.

Sin embargo, expone la centralidad que tiene la adultez para la narrativa de curso de vida normativa, presentándose como la etapa de mayor autonomía y también el momento de la vida en que el individuo es “enclasad” socialmente, lo que tiene implícito un correlato de subjetivación, de construcción de identidades sociales. El proceso de transición a la adultez es, por lo tanto, un espacio privilegiado para estudiar el juego entre lo social y lo individual en la formación de identidades narrativas.

Es en la reconstrucción de esta transición, en el acto interpretativo de narrarla, que las personas constituyen un sentido de su identidad adulta. Es en esa situación que lo social es traducido de manera agéntica y creativa por las personas para construir tramas coherentes que constituyen una identidad adulta situada. La niñez, adultez y vejez son conceptos sociales que buscan marcar fronteras y construir etapas en el curso de vida. Estas narrativas culturales cumplen la función de “ofrecer formas de identificar aquello que se asume como experiencia normativa” por lo que tienen un uso parecido al de planos que guían la construcción de las narrativas individuales (Andrews y Bamberg. 2004:1).

Al conceptualizar las construcciones culturales de las etapas de vida como narrativas culturales se propone que estas son guías de interpretación que la gente utiliza para dar sentido a sus historias y las de otros. Recordando lo señalado por Luce Irigaray, la transición a la adultez conlleva también la salida del universo de la niñez y de sus certezas para el sostenimiento de subjetividades coherentes y claras, la salida al universo adulto representa un momento de confrontación a la incertidumbre y a la necesidad de construirse como sujeto social, perteneciente a ese nuevo mundo. Esta concepción de las etapas de vida, nos permitirá reconstruir e identificar en las entrevistas cómo las narrativas culturales sobre las etapas de vida pesan en las narrativas biográficas, y cómo estas historias personas dialogan con construcciones normativas, las confrontan, las extienden, entre otras cosas.

La adultez de un sujeto es el conjunto de efectos de las relaciones sociales en las que se encuentra inmerso y que adquiere sentido en el acto interpretativo. La adultez es un estatus que el individuo negocia con su propia historia y en las redes de interlocución en las que está

inserto. En la literatura sobre transición a la adultez, esta es conceptualizada como un proceso dual. Por un lado, es moldeado por la conjugación de orígenes sociales, adscripciones socio-culturales y experiencias precedentes que condicionan las acciones de las personas. Mientras de otro, es un proceso intensivo de transformación que se despliega con diferentes grados, temporalidades y tipos de agencia humana, al tiempo que se suscita la adquisición de nuevos roles, responsabilidades y circunstancias que prefiguran el reconocimiento, la autonomía y la emancipación que da sentido a la noción de adultez (Mora Salas y Urbina Cortéz, 2017:181)

Esta definición nos ayuda a reconstruir las redes de interlocución que enmarcan las transiciones a la adultez, las redes que sostienen las narrativas normativas de adultez, la dimensión objetiva y subjetiva del pasaje a la adultez y el juego entre el pasado, presente y futuro. El proceso de transitar a la adultez está atravesado por elementos externos al individuo como sus orígenes sociales, sus adscripciones socio-culturales, la acumulación de ventajas y desventajas en diversos horizontes de oportunidades, y también por una dimensión temporal, en la que “sus experiencias precedentes” (y, se podría agregar, sus expectativas a futuro) configuran el presente de las personas. Es desde ese lugar que el individuo narra su adultez, usando como guía los modelos narrativos de transitar a la adultez.

El “enclasmamiento” al que nos referimos se relaciona con cómo los modelos industriales de estructuración de la vida humana toma a la adultez como el estatus social más acabado, ahí donde el individuo se desempeña activamente en el mercado laboral. Esta centralidad tiene su correlato político. Tradicionalmente, en la doctrina de la separación de las esferas pública y privada, el espacio público es donde se concentran los capitales para la construcción identitaria y de la autonomía (Gutierrez y Rodríguez, 2018). La ciudadanía fue concebida por las primeras teorías políticas como un atributo de aquellos que contaban con independencia económica, excluyendo a todas aquellas posiciones sociales a las que se daba poco o nulo acceso a los capitales para alcanzar tal independencia. Es decir, que la ciudadanía fue concebida en sus orígenes como un asunto de hombres propietarios de tierras, que se expresaba y ejercía en el espacio público. De esta manera, la adultez viene acompañado de un estatus de ciudadanía completa. Todo esto nos da cuenta de la importancia que tiene la adultez como un espacio temporal central en la estructuración normativa de la vida humana

y la importancia que tienen las narrativas personales para entender como se constituyen sujetos sociales, como se resuelven las contradicciones, y como se negocia un estatus social.

Género, adultez y procesos sociales de individualización

Siguiendo a Martuccelli y Singly (2012), la modernidad se distingue por procesos sociales y económicos que promueven un aumento del individualismo en las sociedades occidentales. En la “primera” modernidad, cuando el individualismo es reconocido pero visto con desconfianza, hay un esfuerzo por producir socialmente y teorizar el género como un esquema de creencias rígido, naturalizado, que justifica la división, por un lado, de la esfera pública de la razón y los hombres y por otro, la esfera privada, de la afectividad y las mujeres (2012:26). Todo un aparato de instituciones instituidas por los Estados-nación organiza la diferencia sexual de acuerdo a una cierta repartición de tareas, a las que después valora y significa, partiendo de esa misma división. La división de lo productivo y lo reproductivo, producida en las líneas del binarismo de género, tuvo un desarrollo teórico y social exhaustivo en esta primera modernidad. Justificado por una preocupación por contener al individuo frente a las transformaciones modernas que impulsan el individualismo, y por una defensa de las instituciones y sus roles. Esa crispación causada por el individualismo entra en crisis a partir de la década de los sesentas. Los personajes sociales, los roles claramente delimitados por su posición en el Estado-nación, el orden de clases, el de género, entre otros, comienzan a volverse problemáticos.

Martuccelli y Singly señalan que esos primeros esfuerzos de control institucional de la individualización no resultaron en una “supresión del individuo”, un regreso a la comunidad, sino al establecimiento de modelos hegemónicos, de tipificación de los individuos (entre ellos, como vimos, la institucionalización de los cursos de vida), que cada vez se presentan más insostenibles y menos representativos de la vida social (2012:29). Más aún, estos modelos que organizan también los diversos ámbitos de la vida, en específico, el productivo y reproductivo son cada vez más cuestionados. Frente a esta crisis del paradigma, en los años ochenta, se comienza a admitir la idea de que los individuos tienen un papel determinante en la constitución de sus trayectorias personales, que no son la traducción directa de las convenciones institucionales.

Martuccelli y Singly recuperan el trabajo de Beck y Beck-Gernsheim (2003) como uno de los más representativos de este momento. Los autores observan que hay una liberación

de los individuos de “las formas sociales de la civilización industrial” (Martuccelli, 2012:33). Esto conlleva una nueva exigencia para los individuos -si no una mayor libertad e igualdad-, que deben fabricar, a partir de esfuerzos individuales, soportes de afirmación de sí mismos. Así, “el hombre o la mujer, el adulto o el joven, “deben buscar soluciones biográficas a las contradicciones sistémicas” (Martuccelli y Singly, 2012:33).

Los individuos deben trabajar sobre sí mismos para adecuarse a los modelos de sujetos sociales institucionales. Esto lo hacen a partir de un trabajo de reconstrucción e interpretación biográfica, que les permite dar sentido, no sólo a su vida -con la articulación de las relaciones sociales que enmarcan los cambios personales a lo largo de las etapas de vida-, sino también al trabajo interminable de adaptación “a las condiciones [cambiantes] del mercado laboral, del sistema educativo, del estado, entre otras instituciones” (Gutiérrez y Rodríguez, 2018). Estas condiciones dan cuenta de la multiplicación de decisiones y opciones que se abren al paso de los individuos que reclaman acciones individuales, y que embonan más o menos con los esquemas institucionales, igualmente diversos. “Las oportunidades, los peligros y las incertidumbres biográficas, que antes estaban predeterminadas por diferentes instituciones, ahora deben percibirse, interpretarse, decidirse y procesarse por los propios individuos” (Gutiérrez y Rodríguez, 2018).

El ámbito laboral deviene, en esta segunda modernidad, el escenario central de las transformaciones. De acuerdo a Beck y Beck-Gernsheim (2003), el mercado del trabajo es el motor central de los modernos procesos de individualización. Es en este ámbito que las habilidades y las acciones individuales adquieren protagonismo en la producción de biografías individuales más o menos apegadas a los esquemas institucionales ideales. La educación tiene también un papel específico en este proceso, potenciando o creando desventajas. Además, al ser un espacio de postergación y dedicación al mejoramiento de la competencia individual, se transforma en un espacio de reflexividad, impulso básico de la individualización. Debido a las características actuales del mercado de trabajo, donde se incrementa la flexibilización laboral, la capacidad del individuo para potenciar su empleabilidad se convierte en una prueba importante para la individualización. Asimismo, en respuesta a esta flexibilización, surgen vías alternativas de producción de subjetividades, (Sisto y Fardella, 2008) cada vez más heterogéneas (Stecher, 2012), así como “perdedores” y “ganadores”, cuya calidad se vuelve mucho más crítica o sustantiva, cuanto más se percibe

como una proeza individual y se difuminan las estructuras y recursos que reproducen las desigualdades. Desde la perspectiva del individualismo institucional de Robert Castel, surge por ejemplo la figura del individuo “por defecto” que el autor describe como “desprovisto de soportes (tanto de recursos objetivos como de protecciones colectivas) para asumir su independencia social y económica, [y] no logra estabilizarse como individuo” (Castel, 1995 en Martuccelli y Singly, 2012:33).

En la sociología francesa, los desarrollos teóricos de Pierre Bourdieu y, en específico, el concepto de “habitus” representa la piedra angular de la que han partido muchos de los teóricos de la sociología del individuo, como la llaman Martuccelli y Singly. El “habitus” de Bourdieu busca dar cuenta de cómo los hábitos y disposiciones incorporadas tienen una “estrecha relación” con “las posiciones ocupadas o heredadas por los individuos”. Sin embargo, autores como Bernard Lahire y Jean-Claude Kaufmann, buscaron complejizar dicho concepto, introduciendo la posibilidad de la coexistencia de múltiples procesos de socialización y de que haya tensiones entre estos (Martuccelli y Singly, 2012:54). Lahire sostiene que, aunque el comportamiento del individuo está determinado por las disposiciones sociales incorporadas, es la multiplicidad de dichas disposiciones y de los contextos de socialización, que imposibilitan la absoluta previsibilidad de las acciones de los individuos. Los individuos, por lo tanto, son el resultado de la complejidad de su socialización y la diversidad de sus prácticas (Martuccelli y Singly, 2012:61). Por su parte, Kaufmann le adjudica un mayor margen de acción a los individuos. Dicho autor sostiene que la tensión entre los distintos esquemas de acción incorporados, su contradicción, crea una disonancia personal problematizando la frontera entre los actos reflejos y los reflexivos. La búsqueda por construir una identidad es paradójicamente posibilitada por el desajuste entre los múltiples hábitos y disposiciones, pero es recreada por el trabajo continuo de los individuos por mantener la creencia de un yo abstracto.

En este escenario, las transiciones a la adultez, en tanto procesos de enclasmiento social y de constitución de subjetividades adultas sexuadas, se enmarca en esta moderna centralidad del individuo en la producción de sus propias trayectorias. Como se señalaron Salas y Cortéz (2017:181), “la adultez no sólo acontece, sino que se produce”. La transición a la adultez es representada como una prueba que el individuo debe superar a partir de sus esfuerzos y habilidades, so pena de cargar con la culpa de su fracaso y oscureciendo los

obstáculos sociales y económicos que se le presentan. En este sentido, la transición a la adultez da cuenta de un proceso de individuación, en que el individuo se construye a sí mismo en el palimpsesto de marcos sociales que lo encuadran. Danilo Martuccelli sostiene que los procesos de individualización de las sociedades modernas, en donde se centraliza la capacidad individual, implican que los actores deben enfrentar una serie de pruebas que son entendidas como comunes a todos los individuos de un grupo. El concepto de pruebas es definido por Martuccelli como:

...desafíos históricos, socialmente producidos, culturalmente representados, desigualmente distribuidos que los individuos están obligados a enfrentar en el seno de un proceso estructural de individuación. La noción de prueba propone, pues, una articulación analítica particular entre grandes procesos societales y experiencias personales, entre la estandarización estructural y la singularización de las experiencias (Martuccelli y Singly, 2012:76).

La construcción social de las etapas de vida da cuenta de este establecimiento de pruebas. Sin embargo, el autor destaca que estas pruebas no son enfrentadas por los individuos desde posiciones idénticas ni a través de las mismas experiencias (Martuccelli y Singly, 2012:76). Este autor sostiene que, en cada realidad nacional, hay que rastrear las estructuras históricas de individualización. Sin embargo, para la sociedad francesa, identifica ocho pruebas estructurales, que divide entre las que se definen por su dimensión institucional (escuela, familia, trabajo, ciudad) y aquellas que remiten al lazo social (con la historia, colectivos, los otros y uno mismo). Cada una de estas pruebas da cuenta de la tensión entre la exigencia de individualización de la modernidad y el deseo de integración. Como se mencionó en el capítulo anterior, la adultez es un proceso que da cuenta de la transformación a lo largo de la vida de la relación de los individuos con la dimensión institucional (escuela, familia, trabajo) y está permeado por las exigencias de individualización de la modernidad.

Esto implica que, aunque los desafíos de la adultez “alimentan” un sistema selectivo que reproduce las estructuras de desigualdad de la sociedad, debido al énfasis en el individuo, dichas desigualdades son experimentadas por los individuos como el resultado de sus errores o carencias personales. Por lo tanto, “en cada etapa, se responsabiliza al individuo por su situación” que es vista como el “resultado de la manera como se ha desempeñado en las

pruebas precedentes” (Martuccelli y Singly, 2012:77). Esto parece especialmente pertinente en el caso de las transiciones a la adultez.

Uno de los elementos centrales de la transición a la adultez, resultante del papel que juegan en los procesos sociohistóricos de individualización (como se señaló anteriormente), es el proceso de transición al mercado laboral. En este ámbito, tiene lugar lo que Gutiérrez y Rodríguez (2008) definen como el “sentimiento de individuación laboral”, dicho concepto da cuenta de los procesos de individuación que despliegan los trabajadores “en relación a sus vidas laborales” en contextos específicos (2008:6). En el ámbito laboral, los individuos deben cumplir con las exigencias individualizantes de construir su propia biografía y su “estilo de vida”. En palabras de estos autores, la individuación laboral da cuenta de “la definición personal de la biografía del yo, asociada con la elección o adaptación a un estilo de vida, la planificación estratégica de ella, y la generación de un proyecto reflejo del yo, en relación con el mundo del trabajo” (Gutiérrez y Rodríguez, 2008:6). Este proceso da cuenta de la constitución por parte del individuo de diversos sentidos del yo en relación al mundo laboral y las exigencias institucionales respecto de su trayectoria laboral. Esto da cuenta de un “sentimiento” en tanto que se ponen en juego “aspectos afectivos/evaluativos”, que orientan la imagen que los individuos tienen de sí mismos, a partir de la interpretación de sus experiencias y de las exigencias institucionales, el marco a partir del cual juzga su despliegue biográfico-laboral, sus decisiones y sus repercusiones respecto a su proyecto de vida. Asimismo, conlleva una reflexión en sí mismo, pues se exige al individuo tener “proyecto de vida laboral y personal”, hacer proyecciones y adecuaciones, tomar decisiones y concretar planes y estrategias. Todos estos esfuerzos personales configuran y hacen posible la individuación laboral como resultado de las exigencias modernas de individualización.

Resulta interesante explorar los “sentimientos de individuación laboral” que se construyen en narrativas biográficas de mujeres en cuyas historias, la maternidad y las responsabilidades familiares juegan un papel en los marcos valorativos de los desarrollos biográficos, como es que se articulan en sus historias de vida las exigencias de ambas dimensiones, cómo se negocian las tensiones, en fin, esta es una de los principales cuestionamientos que se busca resolver en esta investigación.

Este paso de la primera modernidad a la modernidad tardía que se ha descrito hasta ahora, también toca las definiciones dadas a las etapas de vida. Settersten et al (2015) señalan

que las definiciones de adultez del primer periodo, caracterizadas por una mayor rigidez, una mayor aspiración al universalismo, y una fuerte carga de género han cedido el paso frente a una mayor diversidad de definiciones, más diversas y personalizadas. Esto responde a trayectorias de transición a la adultez más prolongadas y a un aumento de la desigualdad.

Esta diversidad de trayectorias convive tensamente con las definiciones de adultez heredadas. El surgimiento de trayectorias más flexibles e individualizadas implica una mayor libertad para los individuos respecto de las instituciones que norman la adultez, lo que implica también mayores riesgos para los individuos, como señalamos más arriba. Asimismo, estos cambios pueden traducirse en mayores tensiones al interior de las familias donde conviven diferentes generaciones con “different ideas about how the course to adulthood is supposed to look and feel” (Settersten et al., 2015:5).

En este sentido, lo que se puede señalar es que los procesos modernos de individualización, como la prolongación de la escolaridad y la reflexividad que la acompaña, así como la nueva exigencia hacia el individuo para ser responsable de su trayectoria biográfica, implica para la adultez que el concepto adquiera una mayor ambigüedad, ya no esté tan estrechamente relacionada con los marcadores de formación escolar, laborales, y de constitución de una nueva familia. La adultez se presenta, entonces, como un campo de improvisación y de auto-producción del individuo en sujeto adulto, en sus propios términos, pero con el riesgo que acompaña ser los primeros responsables de construir los marcadores sociales que les permita acreditar su adultez.

En este nuevo escenario, los diversos marcadores de adultez de las diferentes dimensiones (biológica, social, psicológica y legal) presentan contradicciones entre sí, complejizando las negociaciones de adultez. Respecto a la dimensión social, en la primera modernidad, el proceso de transitar a la adultez se asociaba a cinco marcadores de adultez relativos a distintos ámbitos en los que el individuo accedía a roles y responsabilidades sociales: (1) acabar la escuela, (2) ingresar al mercado laboral, (3) emanciparse del hogar paterno, (4) casarse y (5) tener hijos (Settersten et al., 2015:3). Este modelo se pensaba más o menos universal y lineal, a pesar de que las mujeres y los hombres se repartían de manera inequitativa entre tareas y esferas, debido a la matriz cultural de mujer/ama de casa y hombre/proveedor. Sin embargo, las transformaciones sociales han trastocado y desafiado este modelo, sobre todo en lo relativo al género:

Until relatively recently, then, the social markers of adulthood were quite gendered—there was his life and hers. But in recent decades, women’s lives have converged with men’s in educational and occupational attainment (although men’s commitments to family roles and home life have not converged with women’s, despite strides toward equality). This convergence, however, has created a troubling trend to conceptualize the transition to adulthood today as if it is unisex—as if the aspirations and experiences of young men and women are the same, when they are not. There is not a generic young person. There are young men and young women (Settersten et al., 2015:4).

Esa cita da cuenta de las tensiones que se esconden detrás de los modelos hegemónicos de transitar a la adultez, así como de las contradicciones que se viven en las trayectorias de mujeres donde hay una creciente definición laboral pero donde subsisten las exigencias en torno a lo familiar.

Contexto

De manera general, se puede decir que la región de América Latina ha atestiguado un incremento de los procesos de individualización que no se acompaña, necesariamente, de un aumento de recursos sociales y económicos para cumplir con dichas demandas. De acuerdo a Gutiérrez y Rodríguez (2018), “existiría un acceso desigual a los objetos símbolos, vínculos y valores que aporta la sociedad al proceso de individualización, con ello, se generarían altas desigualdades sociales en las capacidades individuales para la autorrealización” (2018:4). De acuerdo con estos autores, refiriéndose a los indicadores utilizados por el PNUD (2002), se atribuye a las construcciones de género como la división sexual del trabajo y la división sexual de las esferas pública y privada, desigualdad en los niveles de individuación de hombres y mujeres. Para estas últimas, “los roles tradicionales, que definen sus identidades por la vinculación al hogar y su relativa marginación de las decisiones y el debate público, así como su posición subordinada en el mundo laboral, harían de la autodeterminación una tarea más ardua que para los hombres” (Gutiérrez y Rodríguez, 2018:4). En este trabajo nos interesa explorar cómo se resuelven las tensiones entre los modelos de individualización del trabajo y la familia en las biografías personales de mujeres trabajadoras en Uruguay. En este capítulo se hará un recorrido de las evoluciones que se han vivido al respecto, en la región y de manera específica, en Uruguay.

En un primer apartado se reconstruye la narrativa de género ligada a los cursos de vida normativos de la mujer que se sostuvieron en Uruguay a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, momento de formación del Estado moderno uruguayo. Lalive *et al* (2011:18) señalan que la formación de los Estados-naciones contribuyó “de manera importante a la estructuración del curso de vida, ejerciendo en ello un rol clave la implantación de instituciones” que regulan las transiciones entre las distintas etapas de vida a través de redes de instituciones y dispositivos estatales (2011:18). Esto tuvo como resultado un reforzamiento de los modelos y narrativas normativas de cursos de vida. En un segundo apartado, se toca el tema de las transformaciones que se vivieron a lo largo del siglo XX en las relaciones de género en Uruguay.

En un tercer apartado se busca delinear las principales características de las narrativas tradicionales de cursos de vida generizados, heredadas de esos primeros debates y que siguen

permeando o entablando dialogo con las narrativas personales de adultez en contextos donde las relaciones de género se han transformado pero aún distan de encontrarse en pie de igualdad.

Narrativas sobre el curso de vida normativo de la mujer en los albores del estado moderno uruguayo

A principios del siglo pasado, en Uruguay, se desarrollaron una serie de discusiones y debates en diversas arenas públicas que consciente e inconscientemente se proponían delinear los principales rasgos de la modernidad en el país. Aquellas voces masculinas se enfrentaron desde diversas trincheras e ideologías con el fin de establecer las características de aquel floreciente Estado-nación, y evidenciaron aquellas creencias que eran comunes a todos. Uno de los temas que preocupó a los polemistas de la época fue la “cuestión femenina”, como un asunto íntimamente ligado a la fundación nacional. Yamandú González Sierra (1994) sistematizó el debate en torno a la “cuestión femenina” y, a pesar de las profundas y violentas diferencias entre los diversos actores, pudo distinguir una serie de creencias por todos compartidas, lo que el historiador denominó “la matriz inferiorizante” del sexo femenino.

Esta “matriz” se articulaba alrededor de dos creencias fundamentales: la maternidad como el destino natural y único de las mujeres, y la construcción de los cuerpos feminizados como inferiores, física, intelectual y moralmente, y, por lo tanto, necesitados del tutelaje masculino. Estas dos creencias sentaron las bases para la institucionalización de la división sexual del trabajo en el país y, por ende, la división de la esfera pública y privada. Detrás de estas creencias hay un modelo ideal de feminidad relacionado la figura de la “madre” que se caracteriza por su sumisión al padre de familia y su entrega a las labores de la crianza (Palomar Vereá, 2005:41). Podemos ver que dichas creencias conforman una narrativa maestra del curso de vida femenino, con un destino y un punto de partida homogeneizante, así como una trama específica: llegar a ser una mujer/madre sumisa y dedicada enteramente a los trabajos no remunerados.

La otra base de la “matriz inferiorizante”, la idea de las mujeres como personas necesitadas de tutelaje masculino, justificaba la “infantilización” de la población femenina. Este tipo de discriminación implicaba el rechazo a reconocer la “adultez” (en tanto metáfora de membresía social) femenina, partiendo de concepciones biológicas de su inferioridad,

pero, también, el rechazo a reconocer el espacio doméstico y sus hitos como ligados “adulter”, es decir, habilitados para producir y entrañar autonomía, algo que continúa vigente en cierta medida en nuestros días. Las distintas dimensiones del trabajo doméstico, la crianza, el cuidado y las tareas reproductivas no eran concebidas como espacios de autonomía, sino la expresión de un destino biológico de lo feminizado. Esto se debe a que la adultez se definió según las prerrogativas de las estructuras de privilegio masculinizadas.

Estos modelos permearon en la sociedad uruguaya a través de leyes instituidas, normas y reglas, pero también en la interacción cotidiana que hacía eco de ellas, en la movilización y distribución de recursos y capitales, e, incluso, en el establecimiento de obstáculos físicos, como los espacios segregados por sexo. Este proceso derivó en la construcción de una estructura de género en apariencia ahistórica, natural, confirmada diariamente por los individuos que actuaban en esos marcos.

Para las mujeres uruguayas, el establecimiento de dicho orden significó una restricción institucionalizada en sus posibilidades de autonomía. Se enfrentaron a un acceso desigual a capitales y recursos, y a leyes que favorecían y legitimaban el tutelaje de los hombres sobre sus vidas y cuerpos, que tenía como correlato una serie de discursos disciplinantes sobre el ser femenino, que en su “descripción de la naturaleza femenina” prescribían los comportamientos normativos de la feminidad, en cuyo seno se encontraba la figura de la madre. Las mujeres fueron clasificadas y codificadas en base su adecuación con el ideal de la maternidad, y las disposiciones relacionadas con la domesticidad, que privilegiaba la orientación al cuidado de otros y a la sumisión a la figura masculina.

A lo largo del siglo XX, la “matriz inferiorizante” de principio de siglo fue transformándose de manera paulatina. Por momentos, de manera silenciosa, y, por veces, aceleradas, sobre todo alrededor de una serie de hitos históricos que, no sólo marcaron la historia de Uruguay, sino que pusieron al país en la punta de lanza de la región. Un ejemplo de esto fue la precoz Ley de Divorcio de 1907. Igualmente, el sufragio femenino que quitó las restricciones a la autonomía política de las mujeres uruguayas en 1927, siendo el primer país en América Latina en reconocer dicho derecho. El proceso observó una importante sacudida en las últimas décadas del siglo, cuando surgieron movimientos feministas en el país y la región, que pusieron en entredicho la división sexual al proclamar “lo privado es político” y al cuestionar la biologización de las estructuras sociales, proponiendo el concepto

de género, el comportamiento y las concepciones sociales, y contraponiéndolo al de sexo, que tenía una carga más esencialista.

En la actualidad, la participación de las mujeres uruguayas en el mercado laboral ha ganado tal legitimidad, que los postulados de principios del siglo pasado se presentan arcaicos. Por ejemplo, mientras en ese momento, para no trastocar la representación de la mujer como madre-esposa, los comentaristas de la época construyeron la idea de la mujer trabajadora como las “Otras”, las que no pudieron cumplir (de manera definitiva o transitoria) con su “destino”. El matrimonio y la crianza eran considerados como completamente incompatibles con la participación laboral de las mujeres. De esta manera, en el mejor de los casos, se representaba a las trabajadoras como mujeres “necesitadas”, para quienes el trabajo era un destino trágico, “un mal menor” frente a la otra única opción, la prostitución (Torres, 2013:92). La figura de la “prostituta” es el repositorio de las nociones de la época sobre la sexualidad, la inferioridad y el carácter moral de la mujer. Es estigmatizada por representar un uso agéntico de su propia sexualidad, en una sociedad en que la moral sostiene que: “El lugar de la esposa es el de la ausencia de pasión y el del sufrimiento resignado” (Torres, 2013:109), de ahí su condena. Esto se desarrollará más en los siguientes dos apartados.

Angustias, miedos y reacomodos simbólicos detonados por la “Mujer trabajadora” a finales de siglo XIX en Montevideo

Joan W. Scott (1993) señala que en el siglo XIX la mujer trabajadora es el objeto de un creciente interés. No es que antes no hubiera mujeres trabajadoras, sino que es en ese momento histórico que se detona un debate sobre “la conveniencia, la moralidad e incluso la licitud” de las “actividades asalariadas” de las mujeres (1993:99). Scott señala que esto se debió a que, en dicha coyuntura, la relación de la mujer con el trabajo se volvió problemática. De ahí la frase del legislador Jules Simon (que fue citada en por los polemistas uruguayos en su momento), que sostenía que “una mujer trabajadora no es una mujer” (Scott, 1993:100). El principal argumento de la autora es que la rígida división de las esferas pública y doméstica, la “ideología de la domesticidad” y la “doctrina de las esferas separadas”, hacía incompatibles las representaciones de la feminidad con el trabajo asalariado, lo que lo convertía en un problema público que se tenía que resolver. Estas concepciones sobre la división del trabajo, se deben entender en el marco de la retórica del creciente capitalismo industrial: “La división de tareas se juzgaba como el modo más eficiente, racional y productivo de organizar el trabajo, los negocios y la vida social” lo que derivaba en una

confusión entre lo “útil” y lo “natural”. Esta división proponía que el lugar de la mujer se encontraba en el hogar, dicha creencia se encuentra en el seno de los debates sobre el trabajo de las mujeres y marca profundamente “la creación de la fuerza de trabajo femenina, definida como fuente de mano de obra barata y sólo adecuada para determinados tipos de trabajo” (1993:102).

En 1994, Yamandu González Sierra publica el libro “Del hogar a la fábrica, ¿deshonra o virtud?”, en el marco de un programa de CLACSO que buscaba apoyar la realización de investigación histórica sobre la mujer en América Latina. El autor realizó su investigación apoyada por los esfuerzos del Grupo de estudios sobre la condición de la mujer en Uruguay (GRECMU). Se trata de un estudio de archivos de revistas de movimientos católicos, industriales, liberales y obreros de finales del siglo XIX, donde rastrea las voces, las preocupaciones y problemáticas que dan cuenta de cómo se representaba a la mujer y el trabajo en esa época, de las matrices culturales que coloreaban dichas representaciones. Es interesante este trabajo, pues, siguiendo a Scott, la construcción de la mujer trabajadora, más que un desarrollo histórico objetivo de salida de la mujer al trabajo, se trató de una construcción discursiva de la división sexual del trabajo, que se encaminó a deslegitimar las labores de las mujeres. En sus palabras:

El surgimiento de la mujer trabajadora en el siglo XIX, entonces, no se debió tanto al aumento de su cantidad ni de un cambio en la localización, cualidad o cantidad de su trabajo, como a la preocupación de sus contemporáneos por la división sexual del trabajo. Esta preocupación no tenía como causa las condiciones objetivas del desarrollo industrial, sino que, más bien al contrario, contribuyó a la plasmación de tales condiciones al dar forma sexuada a las relaciones de producción, estatus secundario a las trabajadoras y significado opuesto a los términos hogar-trabajo y producción-reproducción (Scott, 1993:128).

En este apartado se recuperarán los rasgos principales del sujeto social que se delineaba en ese momento de modernización embrionaria, de las construcciones encontradas y fragmentadas de la Mujer, en el cruce de la clase. Esta arqueología de las representaciones que existían en el albor de la modernización de Uruguay, en un momento en que la “cuestión femenina” pasa a ser objeto de escrutinio, servirá después de trasfondo para observar las condiciones de participación laboral de las mujeres montevideanas un siglo después, en un

momento en que se abren debates nuevos, discusiones y militancia, encaminadas a la transformación de las relaciones de género.

Uruguay a finales del siglo XIX comenzaba a presentar las primeras señales de transformación social relativa a la modernidad, se atestiguaba un crecimiento de la industria manufacturera, un fuerte influjo de migración europea que venía cargada con las ideas y discusiones alrededor de la cuestión obrera en el viejo continente. Asimismo, en las élites comenzaba a imponerse la corriente liberal, que promovía la secularización del estado y su separación de la iglesia.

La cuestión femenina, en específico, la posibilidad de que las mujeres ingresaran al mercado laboral fue un tema ampliamente discutido en este momento, en que las transformaciones económicas exigían un aumento de la fuerza de trabajo, y en que el trabajo femenino era crecientemente requerido. Católicos, industriales, liberales y obreros de diferentes alineaciones se enzarzaron en discusiones públicas, a través de los medios impresos, que iban encaminadas a una redefinición del papel de la mujer en la sociedad, en lo tocante a su participación en el trabajo. Al calor de las exigencias de las transformaciones sociales y económicas, estos debates eran detonados por una serie de eventos que ponían la cuestión femenina sobre la mesa de discusión: la votación de la Ley de Enseñanza Común de 1877, que instauraba una educación universal; la creación de la Escuela de Artes y Oficios para la Mujer, como una vía de calificación de las mujeres para el trabajo; entre otros.

Se trató de un periodo de ebullición ideológica, en que las construcciones de género reinante en la época de expresaron claramente, y, en algunos sentidos, fueron reinterpretadas con el fin de acomodarlas a las nuevas circunstancias. En lo que se refiere a las construcciones de género reinantes, que se presentaban en todos los discursos más allá de las clases y afiliaciones, González Sierra hace una reconstrucción de dicho marco de creencias compartidas.

De acuerdo con el autor, había dos creencias nucleares compartidas por todos los polemistas de la época y que, en conjunto, conformaban una “matriz inferiorizante” del género femenino. En primer lugar, destaca el papel de la maternidad como el “destino” natural de la mujer. En segundo lugar, la construcción de la mujer como un ser necesitado de tutelaje masculino, sustentada en la creencia de la inferioridad física, intelectual y moral del género femenino.

Respecto de la maternidad, esta era presentada como la función principal de las mujeres en la sociedad, idea que, de ser puesta en duda, significaría un daño o peligro para la sociedad en su conjunto. De acuerdo con la definición de Palomar Vereá (2005), la maternidad es construida socialmente. Las sociedades, en momentos históricos determinados, la rigen a través de un conjunto de discursos y prácticas que conforman un imaginario colectivo que es producido (y reproduce, a su vez) por el orden de las relaciones de género. Dicho constructo constituye una de las principales vías de construcción de los sujetos sociales femeninos. Debido a esto, el ingreso de las mujeres al mercado de trabajo introduce la necesidad de acomodar dicho constructo a esta realidad social.

Todos los actores convenían en que el destino del género femenino estaba ligado a la función reproductiva y, en consecuencia, a los quehaceres del hogar. Esta construcción de la maternidad implicaba que dicho concepto se convirtiera en el criterio de trasfondo para cualquier discusión sobre el rol de la mujer en la sociedad. Es decir, como señalan Saletti y Cuesta, que el constructo de la maternidad cumple una función “unificadora” respecto a la población femenina, borrando “las individualidades” en el discurso hegemónico, y también oscureciendo las diferencias en términos de desigualdad social (2008:173). En palabras de González Sierra:

... permeando distintos espacios ideológicos y clases sociales del Uruguay finesecular, la “matriz tiránica” de la maternidad, convertida en “ley natural” y absoluta, fue la piedra de toque de la “misión” o el “destino” femenino que marcaba las fronteras entre el universo permitido y lo vedado para la mujer. (González Sierra, 1994:38, comillas y cursivas originales).

Frente a esto, la posibilidad de ingresar al mercado de trabajo se defendió, en el discurso de los liberales y obreros favorables al trabajo femenino, como una opción para aquellas mujeres “desamparadas”, es decir, las mujeres solteras, viudas, huérfanas, abandonadas, víctimas de las guerras civiles y pobres. El trabajo es defendido como un sino “trágico”, pero de alivio, para estas mujeres cuyo “destino” se había visto truncado. Esta noción, que se recarga en el papel del matrimonio como el ámbito legítimo de la maternidad, siendo la única vía de las mujeres para “acceder a la seguridad económica”, ya que los hombres tenían el encargo de proteger y proveer a su hogar de sustento. Es por esto que el trabajo es construido, desde el campo favorable, como una opción para las mujeres solteras,

no para las casadas. Esto impulsa la creación de “tipos” de mujeres, una estratificación simbólica. González Sierra señala que esto significó “la demarcación de una frontera entre las mujeres que realizaban su fin primordial y las otras”, mujeres con destinos trancos y trágicos.

Esta postura permite, de acuerdo con el autor, conciliar dos ideas contrapuestas que creaban tensiones al interior de las postulaciones de los industriales y liberales. Estos grupos, debido a sus intereses de clase, pugnaban por un aumento de la participación de la mujer en el trabajo pues eran conscientes de la necesidad de engrosar la fuerza laboral, y porque entendían que esta participación les permitiría aumentar sus ganancias, reduciendo los salarios. Por otro lado, en cuanto hombres, la salida de las mujeres al mercado laboral, el reconocimiento de su derecho al trabajo, implicaba la pérdida de privilegios masculinos.

Esto representaba la existencia de tensiones en las posiciones capitalistas, que se resolvió a través de dicha construcción del trabajo como una opción reservada únicamente a las mujeres solteras y pobres, que en esa época constituían un importante contingente, permitiendo preservar el rol de las mujeres casadas como madres y amas de casa. Esta división sexual del trabajo conlleva la exclusión de las mujeres del ámbito laboral sustentada en la confusión de la esencia femenina y su rol social como “madre-ama de casa”, como lo indicaron algunos parlamentarios en 1890, al citar a Jules Simon. En este momento, en Uruguay, ocurría que había una población de mujeres no casadas, que al trasladarse a la ciudad se hacían más visibles, y son ellas que constituyen el “ideal” de la mujer trabajadora, las mujeres marginadas del destino doméstico. Como señala Cécile Dauphin para el caso de los países europeos:

En resumen, la elección o la necesidad de trabajar coloca a las mujeres ante esta alternativa que sella su identidad social y su destino de mujer: oficio o familia... El celibato femenino occidental se inscribe profundamente en la lógica económica del siglo XIX, que sabe sacar provecho de ello. El oficio pudo imponer la soledad femenina porque se utilizaba deliberadamente como engranaje esencial para el buen funcionamiento de la maquinaria económica (Dauphin, 1993:139).

La división sexual de las actividades sociales se basaba en la creencia de la inferioridad femenina, y de la necesidad de una relación de tutelaje de los hombres respecto las mujeres. Esta creencia ve su expresión legal en la Constitución de 1830, donde se instituía

que las mujeres, al igual que los pobres y lo analfabetos, no contaban con el estatus de ciudadanía. Asimismo, el Código Civil de la época, estipulaba que las mujeres debían “obedecer” a sus esposos, quienes estaban encargados de su tutela. Esta orientación patriarcal de las leyes, formaliza jurídicamente la división sexual del trabajo, es decir, el modelo “hombre-proveedor” y “mujer-ama de casa”, y está en la base de la prohibición de la salida de las mujeres al mercado laboral. En la época, se pueden encontrar las primeras críticas, por ejemplo, González Sierra se remite a una diatriba publicada en 1884 en La Lucha Obrera y firmado por una mujer que critica el acceso excluyente de las mujeres a la posibilidad de proveer a la familia (González Sierra, 1994:42).

Sin embargo, esta crítica era más bien excepcional pues, como señala González Sierra, “la idea de la inferioridad física e intelectual” del género femenino “fue moneda corriente” en los debates alrededor del trabajo femenino (González Sierra, 1994:43). Expositores de todo el espectro político sostenían representaciones de la mujer como un ser “débil”, “ignorante” y, sobre todo, con una “constitución moral frágil”. Este último punto sostenía la necesidad de los hombres de controlar rígidamente la sexualidad femenina, actuando ya como instigadores ya como salvadores de su “corrupción moral” (González Sierra, 1994:43). Esta dimensión de la representación femenina convertía la salida de las mujeres al mercado laboral en un riesgo pues implicaba que la mujer no estuviera protegida por el claustro del hogar familiar y tuviera un mayor intercambio con el sexo masculino. El trabajo asalariado en las manufacturas se convierte en una posible amenaza para el poder masculino al interior de la familia. Como señala González Sierra, “esta concepción patriarcal, atormentada por la moralidad femenina, debió constituir una forma de intentar el control sexual de las mujeres, es decir, una manera de conjurar los temores por, y de evitar los peligros del adulterio” (González Sierra, 1994:46).

González Sierra busca mostrar la matriz cultural que compartían los distintos actores que protagonizaban el debate alrededor del trabajo femenino y que se encontraban en posiciones encontradas:

Es interesante constatar como opiniones extremadamente encontradas -emitidas por católicos, liberales, obreros mutualistas, así como por los Internacionalistas-, acerca de la pertinencia del trabajo femenino, compartían, en última instancia, un mismo patrón

valorativo que establecía o admitía la inferioridad moral de las mujeres (González Sierra, 1994:46)

Esta creencia sustentaba tanto la posición que sostenía el resguardo de las mujeres en el núcleo familiar para evitar las tentaciones, como el argumento a favor de ofrecer vías de trabajo “honesto” para las mujeres, que evitara que sucumbieran a su “propensión” a “dar el mal paso” (González Sierra, 1994:47).

En conclusión, podemos señalar que la matriz cultural que compartían los distintos actores de los primeros debates alrededor de la “cuestión femenina” alrededor del trabajo, y que servía como “estereotipo unificador” que atravesaba clases e ideología, estaba compuesta por dos ejes principales: la esencialización de la maternidad y la represión y control de la sexualidad femenina. Este era el trasfondo de representaciones de género que enmarcó los primeros debates y discusiones públicas alrededor de la construcción de un sujeto social que exigía la modernidad, la mujer trabajadora.

Legitimar a la “mujer trabajadora”: entre la virtud y la deshonra

Aquello que se conoció como la “cuestión femenina”, una serie de debates que irrumpieron a finales del siglo XIX en Montevideo, en específico en la década de 1880, respondían a las necesidades de redefinir el papel social de la mujer en una sociedad cambiante, cuyos procesos urbanos de industrialización demandaban un nuevo tipo de participación de la mujer en el mercado laboral, en tanto “mujer obrera”. Esta figura activa reacciones de resistencia por los defensores de una rígida división sexual del trabajo, que es considerada por estos como el sostén de la sociedad. Asimismo, abre una necesidad de resignificación de conceptos, para poder legitimar esta nueva figura.

En términos generales, la “cuestión femenina” se proyectó como espacio social de reflexión, externo a las propias mujeres... cuando las modificaciones introducidas por la actividad industrial propiciaron una nueva forma de participación femenina en tareas asalariadas de tipo fabril. Paralelamente, se generaron interrogantes y una discusión acerca de la pertinencia y legitimidad de los nuevos roles femeninos confrontados con las funciones tradicionales de la mujer, asignadas por la ideología patriarcal dominante. (González Sierra, 1994:89)

El debate sobre el trabajo femenino asalariado sacó a la luz los modelos de feminidad con los que se caracterizaba a las mujeres en la sociedad montevideana de finales de siglo

XIX, sobre todo a aquellas de los estratos socioeconómicos más bajos. Dichos modelos de feminidad hacían referencia a personas en distintas coordenadas sociales. Yamandu González Sierra identifica cuatro modelos en los debates de la época: madre-esposa, obrera, prostituta y mujer emancipada. El primer modelo proviene de la esencialización de la división de la esfera pública y la privada, los sujetos están organizados dentro de esta división por su “naturaleza”, los hombres como maridos-proveedores y las mujeres como las principales encargadas del hogar y la crianza. De acuerdo con González Sierra, esta representación es la que más permea en los discursos de los diversos actores del debate, desde los comentaristas católicos hasta los liberales, los industriales y obreros, aunque señala que, dentro de este último colectivo, algunas voces se alzaron para criticar dicha representación. Como señalamos en el capítulo anterior, este modelo femenino tiene su origen en la Ilustración, momento en que se consolida la división de la esfera pública y privada, y un modelo normativo de “madre” que se caracteriza por su sumisión al padre de familia y su entrega a las labores de la crianza (Palomar Vereza, 2005:41). Esta separación, implica la constitución de modelos normativos de masculinidad y de feminidad, el primero ligado a las labores de proveeduría del hogar, de trabajo en el espacio de lo público y de la razón; y el segundo, relacionado con una “naturaleza” femenina fuertemente determinada por la función reproductiva, encargada del cuidado y de la afectividad (ibid.). Dicho modelo comienza a enfrentar críticas sistemáticas en la década de 1960, aunque antes hubo voces que lo cuestionaron. La teoría feminista, al definir la maternidad como un constructo social, mostró como la maternidad ha sido presentada desde esta época como “un ideal común para todas las mujeres”, ligando sus significados de manera estrecha con las construcciones sobre feminidad (Saletti Cuesta, 2008:170). Sin embargo, lo que esta corriente se dispuso a exhibir, en un primer momento, fue la enorme variación que se observa entre personas y culturas en términos de la maternidad, lo que refuta la construcción “biologizante” del instinto materno, por ejemplo, Saletti Cuesta cita los trabajos de Elizabeth Badinter (1981) y de Simone de Beauvoir. Como señala Saletti Cuesta, la “existencia del mito maternal se crea al asignar al campo de lo instintivo conductas complejas y elaboradas como la maternidad, considerando que las conductas de las mujeres están dictadas por principios inmutables y ahistóricos” (2008:173). La maternidad se constituye como un constructo de fuerte arraigo social que busca unificar la naturaleza femenina y negar las individualidades y las diferencias de clase.

Incluso, es utilizado como una excusa para controlar y regular la conducta de las mujeres en mayor desventaja a través de discursos “civilizatorios.” La capacidad de dar a luz está en el origen de la conflagración de la feminidad y la maternidad, y en los discursos dominantes de la época, la mujer y la madre se confunden, impidiendo la visibilización de otras vías de individualización.

La figura de la “prostituta” conjura las nociones de la época sobre la sexualidad, la inferioridad y el carácter moral de la mujer. Representaba una amenaza reptante, una puerta a la que las mujeres recurrían por sus “propensiones específicas”, oscureciendo las dificultades en términos de recursos y de oportunidades laborales para las mujeres, y la participación masculina. Los capitales familiares eran representados como meros diques de contención que, al escasear, no podían contener esa naturaleza débil. Este modelo constituía la oposición absoluta del de la madre-esposa y, por lo mismo, “fue funcional a la reafirmación de los prototipos de madre y de obrera” (94). La figura de la prostituta es utilizada para justificar el control sobre la sexualidad femenina. Las mujeres casadas, por ejemplo, no debían exponerse al ambiente laboral mixto de las fábricas. En el proceso de constitución y legitimación de la mujer obrera, esto significó un desafío. El trabajo de las mujeres fue justificado como una forma de evitar que las mujeres desposeídas recurrieran a la prostitución. La representación de la “prostituta” como la mujer que escapa la retórica de la mujer “siempre definida en relación con la familia” (Torres, 2013:106). Es presentada como un peligro, la mujer está “protegida” en el universo familiar, y salir de dicho control es peligroso:

Dado que toda afirmación de la identidad se construyen oposición a otro, es comprensible que concomitantemente a la imagen de la mujer-madre o la niña-doncella se construyeran imágenes demonizadas de las mujeres que no se atenían a los roles determinados por la familia patriarcal: mujeres que rechazaban el rol de esposas, madres o hijas sumisas (Torres, 2013:106).

La “prostituta” es estigmatizada por representar un uso agéntico de su propia sexualidad. El placer sexual es algo que no se vive en el matrimonio: “El lugar de la esposa es el de la ausencia de pasión y el del sufrimiento resignado. Las únicas mujeres que gozan son las prostitutas” (Torres, 2013:109). Estas son las representaciones que pululan en los poemas y escritos de la época, que ven a esta figura femenina estigmatizada como una

amenaza para la familia, el núcleo de la sociedad, pues reniega de su rol dentro de esta. En los escritos de la época, se la representa como una figura que desestabiliza la estricta división entre lo público y lo privado:

Si la esposa-madre define el adentro, la prostituta define el afuera de la familia, pero ambas son igualmente necesarias para esta definición. Se necesita la figura amenazante de la prostituta para consagrar la pureza de la esposa-madre. De este modo, se edifica un discurso en el cual reposa sobre la mujer todo el peso de la estabilidad social: la mujer elige estar fuera o adentro, ser esposa o prostituta (Torres, 2013:112).

Frente a la ubicuidad de las estructuras de género tradicionales, con una rígida división sexual del trabajo, la irrupción de la “mujer trabajadora”, como sujeto discursivo emergente, representó un importante desafío en términos ideológicos. Se trataba de un sujeto social que necesitaba de un marco interpretativo, que no fuera disruptor de la visión orgánica que se tenía de la sociedad, con sus roles y funciones claramente establecidos, sostenidos sobre una rígida división de lo público y lo privado. Asimismo, era importante no trastocar la organización al interior del hogar, una mujer con ingresos propios “podía significar la subversión del orden familiar y la pérdida de autoridad del hombre” (Torres, 2013:92). Por esto mismo, para no trastocar la representación de la mujer como madre-esposa, los comentaristas de la época, construyen la idea de la mujer obrera como las “otras”, las que no pudieron cumplir (de manera definitiva o transitoria) con su “destino.” De esta manera, resultaba útil la representación de las mujeres obreras como mujeres “necesitadas”, para quienes el trabajo resultaba un destino trágico, “un mal menor” frente a la otra opción, la temida prostitución (Torres, 2013:92).

Esto significó una transformación ideológica importante, pues, mientras que antes cualquier excursión femenina al espacio público parecía destinada a corromperla, aparecen voces que defienden su salida hacia una mayor educación y hacia fuentes de trabajo “decentes”, señalando que la ignorancia y la miseria podían propiciar el “descoco”. En 1880, se funda el Internato Normal de Señoritas, una vez abierta esta línea de trabajo, las mujeres se volcaron a ser maestras, y con el tiempo se observó un aumento creciente de maestras y una disminución de hombres en dichas labores (Bonet, 1972:138). No es de sorprender que fuera justamente una maestra, María Abella de Ramírez, la fundadora de la primera organización de mujeres a favor del sufragio universal y del trabajo femenino en 1903 (Bonet,

1972:140). Asimismo, la Dra. Paulina Luisi, una figura sumamente importante del movimiento sufragista uruguayo, dedicó mucho tiempo a la enseñanza. Ella estuvo involucrada en el establecimiento del Consejo Nacional de Mujeres en 1916, filial del Consejo Internacional de Mujeres de Washington. Esta organización, además de la lucha por los derechos civiles y políticos, defendió causas de las mujeres trabajadoras: apoyo a la creación del primer gremio de mujeres trabajadoras “Unión de Telefonistas”, rompieron el bloque que ponían ciertas organizaciones de obreros para impedir la entrada de las mujeres (como los linotipistas), se logró que las grandes tiendas “permitieran que sus empleadas pudieran usar los ascensores durante su trabajo” y se instalaran baños para mujeres en la universidad en 1918 (Bonet, 1972:143). Asimismo, enfrentaron la resistencia de ciertas profesiones, notablemente los escribanos, para permitir que las mujeres pudieran ejercer dicha profesión, un acceso que se logró en 1926 (Bonet, 1972:143).

Es importante destacar que el Consejo Nacional de Mujeres era una organización conformada por mujeres de los estratos socioeconómicos más privilegiados, sin representación de mujeres de los estratos más pobres. Sin embargo, en ciertos círculos de movimientos obreros, las mujeres tuvieron una relativa participación, como se puede observar en la prensa obrera femenina de principios de siglo XX. Los escritos de mujeres que aparecen en algunos diarios de la época dan cuenta de un cierto “floreamiento del yo entre los miembros femeninos del proletariado” que muestra que “no sólo la mujer burguesa descubre” o entreve nuevas “posibilidades sociales e intelectuales. La mujer trabajadora también compartió ese descubrimiento” (Lavrín, 1997:75).

Esta primera legitimación de la mujer trabajadora como la “Otra”, la que no cumplía su destino como ama de casa, encargada del hogar y la crianza, encierra una importante negación. Oscurece a la mujer trabajadora y madre, al punto de casi negar su existencia. Esto responde a las representaciones de feminidad ligadas a la clase media y alta, donde se observaba la posibilidad de permanecer en el hogar. En las clases menos favorecidas, era imposible cumplir con este ideal, incluso para aquellas que tenían hijos y estaban casadas. Sin embargo, estas representaciones justificaron, como se vio anteriormente, que el trabajo de la mujer fuera considerado inferior y sectorizado. El efecto de esta representación es que las mujeres trabajadoras se enfrentaron a un mercado laboral que las infravaloraba, considerando que su trabajo era secundario, restringiendo su participación a ciertos tipos de

trabajo, y haciendo posible que los salarios fueran más bajos que los de los hombres. Esto quizá estuvo relacionado con la representación de la mujer obrera con hijos como una maternidad sufrida, “fuente de dolor y privación”, que estaba marcada además por altos niveles de mortalidad materna e infantil (Lavrín, 1972:78).

Transformaciones de la “matriz inferiorizante” de la adultez femenina

En el apartado anterior se habló de las representaciones que dominaban en los albores del Estado uruguayo, y que hoy en día parecieran obsoletos. Un estudio realizado entre la década de 1980 y 1990 encontró que las mujeres uruguayas mantuvieron su actividad laboral a lo largo de su vida reproductiva (Arriagada, 1994:13). En Uruguay, el aumento de la participación de las mujeres en el mercado laboral en estas décadas respondió sobre todo a un incremento de participación de mujeres casadas y en unión libre. Esto da cuenta de transformaciones al interior del hogar y en las relaciones de género. De hecho, a lo largo de la década de 1990, se observó que la participación de las mujeres casadas evolucionó hasta casi ser idéntica a la de las mujeres solteras. Amarante y Espino indican que: “para 1999, las tasas de actividad de las mujeres casadas resultan similares a las de las solteras (52% y 52.1% respectivamente)” (2001:4). Asimismo, Espino (2003) muestra “una disminución de la sensibilidad de la oferta laboral femenina respecto al ingreso de su pareja” (2003:23), es decir, que dicho aumento de la participación femenina no puede ser atribuido, en su totalidad, a una estrategia para compensar la disminución de ingresos del hogar y la búsqueda por mantener el estilo de vida, sino una decisión personal, lo que da cuenta de un cambio en las estructuras de género.

La mayor legitimidad de la participación femenina en la fuerza laboral, de los niveles de escolaridad alcanzados por dicha población, así como de los cambios en las relaciones al interior del núcleo familiar, fueron transformaciones que afectaron el arraigo de la matriz cultural sobre la que se sostiene la división sexual del trabajo, el modelo del padre-proveedor y la mujer-ama de casa. Sin embargo, las relaciones de poder que sostienen las estructuras de género no se han erradicado. El poder que se ejerce para mantener las relaciones de género adquiere características más oblicuas y más complejas. Las figuras de autoridad personalizadas de las instituciones patriarcales (el padre, el marido, entre otras) pierden su presencia incontestable. Sin embargo, se evidencia la vigencia de las estructuras de género en muchos aspectos, por ejemplo, las mujeres siguen encargándose de la mayor parte del

trabajo no remunerado y de las labores de cuidado, a la par del trabajo remunerado, así como sus contrapartes masculinas continúan dedicando poco tiempo a estas labores domésticas.

A pesar de los avances, no es posible suponer una completa erradicación de la “matriz inferiorizante”. La participación de las mujeres en el mercado laboral está lejos de desarrollarse en una posición de igualdad respecto a la participación de los varones. Por un lado, el género sigue estructurando el mercado de trabajo y ocupaciones, como se puede observar con la brecha salarial, las mayores tasas de desocupación en la población femenina, la segregación vertical y horizontal del mercado laboral, la “feminización” de la oferta laboral precaria e informal, entre otras dimensiones de desigualdad. La distribución desigual por sexo de las personas en ocupaciones da cuenta de la división sexual al interior del mercado laboral, esto se conoce como “segregación laboral de género” (Espino, Salvador y Azar, 2014).

Esta segregación se observa en la concentración de mujeres en determinadas ramas de actividad o tipos de ocupación que son consideradas “femeninas”, en relación con la matriz cultural de género de una sociedad, estas se encuentran en todo el espectro de la “jerarquía” ocupacional. Es posible encontrar ocupaciones manuales de baja calificación, así como profesiones altamente calificadas feminizadas. Esto se diferencia de la segregación vertical, que da cuenta de los obstáculos invisibles que enfrentan las mujeres para acceder a posiciones de poder y de toma de decisiones dentro de las organizaciones laborales, lo que muchas veces es denominado de manera metafórica como el “techo de cristal” (Meulders et al., 2010). La segregación laboral por sexo está relacionada con la brecha salarial. Amarante y Espino (2001) señalan que la segregación ocupacional reproduce y sostiene las desigualdades de género ya que “condiciona la elección de puestos de trabajo de las mujeres” y “las decisiones previas al mercado laboral, tanto de participación como de inversión de capital humano de las personas y hogares” (2001:15). Esta se explica, de acuerdo a Amarante y Espino, por “un conjunto de pautas culturales y sociales tanto en la familia como en la sociedad, que impregnan las conductas de los trabajadores y de los empleadores en el mercado laboral” (2001:1). Estas “pautas culturales y sociales” o discursos de género que se observan tanto en el ámbito familiar como en el laboral, y contienen los ecos del pasado, de esos debates que se impusieron en el sentido común a principios del siglo pasado, la separación de esferas y el mito de la domesticidad.

Por otro lado, el aumento de la participación femenina en la esfera productiva no se ha acompañado de una repartición más equitativa del trabajo reproductivo y de cuidados. En 1986, en un estudio sobre Argentina, Bolivia, Chile, México, Perú, Venezuela y Uruguay realizado por la OIT, se encontró que las mujeres tenían doble jornada de trabajo, pues las responsabilidades domésticas no disminuían al ingresar al mercado laboral. Asimismo, las labores domésticas no disminuyen con un mayor ingreso, sino que se transforma su composición, se terceriza y se adquieren responsabilidades distintas. Esto se suma a otro descubrimiento del estudio: aunque los hombres vieron afectadas sus actividades de proveeduría en momentos de crisis, su contribución al trabajo doméstico no se incrementó (Arriagada, 1990:94).

No se trata de un descubrimiento aislado, sino de un patrón ampliamente difundido y constante. Esta sobrecarga de trabajo en las mujeres promueve la creación de cadenas de cuidado nacionales y transnacionales, donde mujeres en condiciones de desventaja (racializadas, migrantes, de bajo nivel educativo, etc.) “subsidian” el ingreso de mujeres en posiciones más privilegiadas al mercado laboral (Colen, 1995), dejando la división sexual del trabajo intacta, pues no se apoya de una mayor participación de los varones en el ámbito doméstico. Esto conlleva una reinscripción de la clase y de la raza en las relaciones de género, categorías que crean diferencias al interior de la población femenina.

En Uruguay, a pesar del incremento en los niveles de escolaridad de la población femenina a la par de un crecimiento en su participación en el mercado laboral, la evidencia arrojada por la Encuesta de Uso de Tiempo muestra la persistencia y la constancia de la división sexual en el reparto del número de horas dedicado a las labores de cuidado y al trabajo doméstico no remunerado. Estas tareas, necesarias para la reproducción de la vida social, siguen estando vastamente divididas en las líneas de género, dando cuenta de la ausencia de participación de los hombres y la sobrecarga que esto implica para una población femenina con niveles cada vez más amplios de participación en actividades remuneradas, lo que crea problemas con la conciliación de la vida laboral y la familiar y diversos obstáculos para su desarrollo profesional.

De ahí dos de los principales objetivos de los movimientos feminista. Por un lado, impulsar el reconocimiento del trabajo reproductivo como un trabajo no remunerado en el que se ha apoyado el sistema capitalista explotando impunemente la mano de obra femenina.

Por otro lado, “desfeminizar” el trabajo doméstico y las labores de cuidado para que haya un reparto social más equitativo entre los sexos, logrando eliminar la desigualdad de género en el acceso al trabajo y que las mujeres dejen de ser las principales responsables de los trabajos no remunerados. No se trata tan sólo de dar acceso a las mujeres a la esfera pública, sino también incorporar a los hombres al ámbito doméstico. Aunado a esto, Deborah Cameron señala la importancia de sumar a estos esfuerzos la “desmaculinización” de ciertos trabajos remunerados y de las lógicas organizacionales, donde el trabajo es valorado a partir del prototipo del varón trabajador, las mujeres son juzgadas como menos capaces de acuerdo a estereotipos de género y donde las actividades remuneradas relacionadas con el cuidado y el ámbito doméstico siguen considerándose como inferiores (2018:81-82).

Esto da cuenta de la vigencia de la división sexual del trabajo y de la manera en que continúa afectando la autonomía de las mujeres uruguayas, quienes son objeto de exigencias nuevas y viejas. Exigencias impuestas a sus cuerpos para ser reconocidos como plenamente autónomos, es decir, “adultos”, y que en muchos sentidos enfrentan a las personas con contradicciones. Cabe mencionar, que esto no se distribuye de manera homogénea en la población femenina, es una amalgama de estructuras de restricción (de género, de etnia, de raza...) en las que actúan y viven las personas, desde sus cuerpos, que ocupan una multiplicidad de posiciones dentro de esas estructuras, cuya centralidad varía según contextos y tiempos, lo que implica un margen de libertad amplio. De esto dan cuenta Batthyány, Genta y Perrotta quienes señalan que “si bien existen rasgos comunes a todas las mujeres que tienen responsabilidades familiares y de cuidado, éstas no son un grupo homogéneo, pues sus responsabilidades dependerán de la clase social a la que pertenecen, su pertenencia racial, la edad, el estado civil o el lugar de residencia” (2012:9). Numerosos estudios muestran las enormes diferencias que enfrentan mujeres uruguayas en distintas coordenadas socioeconómicas, con diversos niveles de capital educativo y social.

Las mujeres en Uruguay vivencian de manera diferenciada las estructuras de género en razón de la diversidad de posiciones que ocupan en estructuras con diversos conjuntos de recursos, reglas, normas y preferencias que configuran su autonomía y, por lo tanto, sus reclamos de adultez, porque la autonomía no es una constante, sino un proceso vital, socialmente estructurado, y expresado en las transiciones a la adultez.

Además de las diferencias entre mujeres ubicadas en diversas coordenadas sociales, es importante destacar como diversas coyunturas afectan las condiciones de participación de las mujeres tanto en el trabajo remunerado como en el no remunerado. Un estudio sobre los impactos del COVID 19, que ocurrió un año después de realizadas las entrevistas de esta investigación, mostró que la pandemia significó un punto de giro importante en las tendencias que se observaban anteriormente en el mercado laboral uruguayo. Las mujeres fueron en muchos casos las que vivieron los impactos con más intensidad. Por ejemplo, se observó que mientras la ocupación de la población en general cayó 22% tras la pandemia, la caída de la ocupación femenina fue de 38% (ONU Mujeres y Unicef Uruguay, 2020). Esta investigación propone como posible causa de esta brecha de género que “para hacer frente a las nuevas demandas de cuidados, se haya privilegiado preservar el trabajo de los varones, en consonancia con la división sexual del trabajo existente y al mayor ingreso que generalmente los varones obtienen en sus trabajos debido a la existencia de una brecha salarial entre varones y mujeres” (2020:6). La pandemia en Uruguay, como en otros países, tuvo dos impactos principales en el mercado laboral: la caída de la actividad laboral y el aumento de las demandas de cuidados.

Estos impactos tienen un efecto negativo en la igualdad de género en Uruguay. Mientras que el país se destaca por llevar un proceso histórico sostenido hacia una mayor igualdad de género, uno de los problemas más anclados es la persistencia de la división sexual del trabajo, que se expresa sobre todo en que “la mayor parte de la carga laboral remunerada recae sobre los varones mientras el grueso del trabajo no remunerado (principalmente tareas domésticas y de cuidados) es desempeñado por mujeres” (ONU Mujeres/Unicef Uruguay, 2020:7). Por ejemplo, antes de la pandemia, la carga laboral masculina en el trabajo remunerado era “72% superior a la de las mujeres: 8.1 horas frente a 4.7” horas, “a la inversa, el promedio diario de la carga de trabajo no remunerado de las mujeres era un 75% del de los hombres antes de la pandemia: 7.0 versus 4.0 horas respectivamente (ONU Mujeres/Unicef Uruguay, 2020:7). Por lo mismo, los impactos mencionados de la pandemia no hicieron más que incrementar las brechas entre sexos. El trabajo remunerado de las mujeres disminuyó y aumentó la cantidad de horas de dedicación al trabajo no remunerado. De acuerdo al informa citado, la pandemia significó un promedio de 1 hora adicional de carga doméstica para las mujeres.

Este desarrollo nos lleva a cuestionarnos sobre las transformaciones que ha experimentado la “matriz inferiorizante”, sus continuidades, sus cambios, y sus nuevos rostros. Nos interesa explorar cómo se vivencia la transición a la adultez desde cuerpos feminizados en el marco de las nuevas fronteras de lo público y lo privado y cómo estas vivencias están atravesadas por redes de relaciones de poder.

Narrativas tradicionales generizadas de adultez

Se parte de la idea de que la división de la esfera pública y privada de la “matriz inferiorizante” heredó narrativas normativas de masculinidad y de feminidad a las transiciones a la adultez, el primero más ligado a las labores de proveeduría del hogar, de trabajo en el espacio de lo público y de la razón; y el segundo, relacionado con una “naturaleza” femenina fuertemente determinada por la función reproductiva, encargada del cuidado y de la afectividad, y sumisa a la figuras de autoridad patriarcales (Palomar Vereza, 2005:41). Como señala Rita Segato (2016), esta división también implicó una desvalorización de lo privado. Estos debates propiciaron la marginación de lo “doméstico”, en palabras de Segato:

...[Lo doméstico] antes subordinado en prestigio, pero ontológicamente completo en sí mismo, es ahora defenestrado y colocado en el papel residual del otro de la esfera pública: desprovisto de politicidad, incapaz de enunciados de valor universal e interés general. Margen, verdadero resto de la vida pública, es inmediatamente comprendido como privado e íntimo (Segato, 2016:94)

Implicó también una definición de “lo femenino” en consonancia con la definición de Iris Marion Young: “un conjunto de expectativas disciplinadas normativamente impuestas a los cuerpos femeninos por una sociedad dominada por varones...” que asignan sobre el cuerpo de las mujeres guiones socialmente establecidos ligados al cuidado y el trabajo reproductivo.

Estos “modelos” de feminidad y masculinidad fueron instituidos a través de redes de instituciones y dispositivos de control. El género como un atributo de estructuras sociales, siguiendo la propuesta de Iris Marion Young (2005), da cuenta de “estructuras de restricciones [constreñimiento]” (“structures of constraint”, Folbre, 1994), de conjuntos de distribución de recursos, reglas, normas y preferencias que otorgan mayor autonomía y beneficios a sujetos codificados como varones respecto de los sujetos feminizados. El género,

en su dimensión objetiva y material, sería el producto de dichas estructuras de restricción que surgen de la codificación de la diferencia sexual, y configura la experiencia de las personas, en particular, de aquellas que se encuentran en posiciones de desventaja. Esta definición se complementa reconociendo la importancia clave que tiene la estructuración social del curso de vida de las personas en las estructuras de género. La codificación de género conlleva distintas expectativas según la codificación de la etapa de vida en la que se clasifica a la persona. La adultez es la etapa en que la persona accede “legítimamente” a todas las posibilidades que le otorga su posición social, al mayor grado de autonomía que puede alcanzar, y es, por lo tanto, un proceso de “enclasmamiento” social, que es central en la experiencia vital de las personas y la manera en que son reconocidas y percibidas en la interacción con otros y con un marco de instituciones. Concebir el género como un “estructura de restricción [constreñimiento]”, implica poner en el centro del análisis la autonomía. Este concepto de estructura es definido por Nancy Folbre como: “conjuntos de distribución de recursos, reglas, normas y preferencias que empoderan a algunos grupos sociales. Estas estructuras imponen límites a la elección, pero no asignan a individuos a una sola posición... Las personas ocupan múltiples posiciones, por veces contradictorias” (Folbre, 1994:51, traducción propia). Como podemos ver, la autonomía es central a dicha definición, pues sería la arena en la que se inscribirían las asimetrías sociales. Este concepto no puede ser estudiado sin tener consideración su despliegue biográfico. Las “etapas de vida” son la matriz socialmente establecida (con rasgos locales) para estructurar y distribuir la autonomía en una sociedad específica. La adultez es la etapa en la que el individuo accede a su mayor grado de autonomía, como vimos anteriormente. Por lo tanto, para estudiar la “experiencia vital”, situada y vivida, de la autonomía es necesario estudiar los procesos de transición a la adultez

Si, como sostiene Martuccelli (2013), en la actualidad, la individuación ocurre en el marco de “pruebas” (de múltiple índole) que deben enfrentar los individuos en una sociedad, estas son “histórica y socialmente producidas, culturalmente representadas y desigualmente distribuidas” en las que los individuos pueden “fracasar o triunfar” (Martuccelli, 2013). Nos damos cuenta de que las pruebas de “adultez” están atravesadas por las estructuras de restricción que existen en una sociedad. El estudio de estas “pruebas” de adultez y su juego con las estructuras de restricción, sobre todo de género, es importante. Sobre todo, si tenemos

en cuenta que el concepto de “adulthood” articula los mecanismos de estratificación que funcionan en una sociedad y que sostienen el estatus quo y sus estructuras. La adulthood es una metáfora de la membresía social, del estatus más acabado que pueden alcanzar los individuos en una sociedad en términos de autonomía, Estos estatus o posiciones están generizados y socialmente estratificados. La definición hegemónica de adulthood conjuga las dimensiones: distributiva y de reconocimiento, pues ambas se (re)producen mutuamente en las transiciones a la adulthood a través de procesos materiales de acumulación de desventajas, así como efectos acumulados de vivencias de falta de reconocimiento, de las experiencias desde cuerpos vividos que actúan en estructuras de restricción y en el marco de interacciones sociales que hacen eco de los estereotipos sociales.

Como vimos anteriormente, una de las bases de la “matriz inferiorizante” de lo femenino era la idea de las mujeres como personas necesitadas de tutelaje masculino. Se trataba, por lo tanto, de un rechazo a reconocer la adulthood femenina, partiendo de concepciones biológicas de su inferioridad, pero, también, a reconocer el espacio doméstico y sus hitos como capaces de producir “adulthood”, es decir, de producir autonomía, algo que continúa vigente en cierta medida en nuestros días. Las distintas dimensiones del trabajo doméstico, la crianza, el cuidado y las tareas reproductivas no eran concebidas como espacios de autonomía, sino la expresión de un destino biológico de lo feminizado. Esto se debe a que la autonomía se confundió con las prerrogativas de las estructuras de privilegio masculinizadas, y no un atributo ligado a la “feminidad”.

Al salir del espacio doméstico e internarse en el mercado laboral, el “capital cultural de la feminidad” de las mujeres es también evaluado, entra en las evaluaciones de los sujetos como aptos para desempeñarse en un trabajo específico. En ocasiones, dichas concepciones hacen eco de la “matriz inferiorizante” del sexo femenino, y las hacen parecer “poco aptas” para determinados trabajos. Sin embargo, en otras ocasiones, dicho capital es valorado puesto que los trabajos son una extensión o se relacionan con las “tareas” desarrolladas en el ámbito doméstico.

Beverley Skeggs (2001), en un estudio sobre mujeres de clase trabajadora en Inglaterra, encontró que, al carecer de capitales económicos y/o sociales, estas mujeres invertían en el capital cultural femenino, los aprendizajes de vida y los estereotipos sobre la “capacidad natural” de cuidar y la “predisposición” a las labores del hogar de las mujeres,

así como la inversión en la apariencia física, para posicionarse dentro de la “respetabilidad”, dando cuenta de una estructura social claramente adversa (e inferiorizante) hacia aquellas que no pertenecen legítimamente al estilo de vida de las mujeres de clase media. El capital en el que se amparan no les permite acceder a posiciones de mayor poder, es decir, de mayor autonomía, pero las habilita para conjurar una mayor “respetabilidad”, y valorizarse frente a sí mismas y frente a un espacio social que las rechaza y pone en duda continuamente sus reclamos de valor.

Esto nos permite pensar que mientras menos restricciones experimenten las mujeres por sus posiciones en diversas estructuras sociales, mayor sería su capacidad para “desligarse” (nunca completamente) del “capital cultural femenino”, basado en la matriz inferiorizante y que niega la autonomía de los cuerpos feminizados, al menos de no depender enteramente de él para reclamar valor en el mercado laboral. Conforme más credenciales externas tengan las mujeres, menos dependerían de la valorización de lo femenino en el mercado laboral, lo que podría explicar la importancia de las credenciales educativas para el desarrollo laboral de las mujeres en Uruguay. Quizá, esto sea aplicable no sólo para el ámbito laboral, sino para el sistema político de transición a la adultez, en general.

Transformación de la participación femenina en el ámbito público

A partir de los años sesenta del siglo pasado, se observó un incremento de la participación de las mujeres en el mercado laboral y en el sistema educativo en casi todos los países de occidente. Esto ha significado una transformación “a medias” de la división sexual del trabajo. “A medias” en el sentido de que esta transformación no ha venido acompañada de una transformación en cuanto a las responsabilidades y exigencias que aún pesan sobre las mujeres en el ámbito doméstico y de cuidados.

Entre 1960 y 1985, se produce un descenso de la participación masculina en todos los países de la región de América Latina y un aumento de la participación femenina (Arriagada, 1990:88). En cuanto a las tasas de actividad femenina, en ese periodo se observó un aumento de participación de mujeres tanto en países de modernización avanzada (Argentina, Uruguay, Chile y Costa Rica) como de modernización acelerada (Brasil, Cuba, Panamá y Perú) (1990:89).

Asimismo, en este periodo, se atestiguaron esfuerzos importantes encaminados a la universalización de la educación básica y de la educación media. Entre 1960 y 1980, estos

esfuerzos se traducen en un aumento de la cantidad de mujeres en la población económicamente activa (PEA) con más de 10 años de estudios. La PEA femenina tiene un mayor nivel de instrucción que la población femenina que no participa en actividades laborales y que la población masculina, tanto activa como inactiva. No obstante, es importante señalar que esta masificación de la educación tuvo como consecuencia una devaluación de los niveles educativos, por lo que se empezó a solicitar mayores niveles educativos para los mismos puestos (Arriagada, 1990:89-90).

El estado civil tiene un efecto negativo en la participación femenina en la fuerza laboral entre 1960 y 1980. Las mujeres casadas tienen una menor participación en la fuerza laboral que las solteras. No obstante, dicho fenómeno tiene una distribución asimétrica según los niveles de instrucción de las mujeres. Conforme dicho nivel aumenta es mayor la posibilidad de las mujeres casadas de generar ingresos y de acceder al mercado de bienes y servicios. Esta asimetría contribuye a que se cree una cadena de servicios en el ámbito doméstico en el que las mujeres con menores niveles de instrucción, muchas veces en situaciones de desventaja, son contratadas para suplir a las mujeres de estratos más altos en las tareas domésticas. Adicionalmente, señala Arriagada, este “reemplazo” no se traduce necesariamente en menores responsabilidades para las mujeres de estratos más altos, la mejora económica puede acompañarse de nuevas responsabilidades (1990:90). El incremento de la participación laboral femenina en servicios profesionales, como oficinistas y vendedoras, produce una importante segmentación en la población femenina, entre aquellas en trabajos manuales (como el trabajo doméstico) y no manuales (Arriagada, 1990:90). Aunque cabe señalar que incluso las mujeres con mayores niveles de escolaridad y que acceden a trabajos no manuales, se enfrentan a una fuerte segmentación del mercado laboral, donde ocupan por lo general empleos de menor prestigio y remuneración.

Los trabajos de limpieza son los que presentan los mayores niveles de feminización, una tendencia histórica. Por ejemplo, al día de hoy, en Uruguay, se observa un porcentaje de alrededor de 80% de participación femenina en dicha ocupación. Los hombres dentro de esta rama se ocupan sobre todo en restaurantes y hoteles, y en muy pocas ocasiones en el trabajo doméstico en casas particulares, una rama que ha captado de manera histórica a mujeres en condiciones de desventaja, racializadas, migrantes, entre otras dimensiones de desigualdad.

El trabajo doméstico no experimentó importantes transformaciones. Lourdes Benería lo describe como el “conjunto de actividades de mantenimiento requeridas para reproducir diariamente la fuerza de trabajo, lo cual comprende la transformación de bienes en valores de uso para el consumo” (1984:25). Este trabajo continúa siendo considerado como responsabilidad de la mujer, aunque tiene diferentes características según los estratos sociales, la edad, las condiciones ecológicas y regionales, los niveles de desarrollo de la infraestructura estatal, el acceso a comodidades y servicios, y las construcciones de género que Arriagada define como “conceptualización ideológica del papel de la mujer en la triada “madre-esposa-dueña de casa” (1990:93).

Sin embargo, a partir de 1970, el trabajo doméstico comienza a recibir mayor visibilidad cuando se empezó a hablar del papel del trabajo doméstico en la reproducción de la fuerza de trabajo. En la década de 1980, organizaciones como la CEPAL y la OIT, empezaron a explorar este ámbito, mostrando como las mujeres, por lo general, dedicaban tanto tiempo al trabajo doméstico como a las actividades remuneradas, acusando una sobrecarga de trabajo. En 1986, en un estudio sobre Argentina, Bolivia, Chile, México, Perú, Venezuela y Uruguay realizado por la OIT, se encontró que las mujeres tenían doble jornada de trabajo, pues las responsabilidades domésticas no disminuían al ingresar al mercado laboral. Asimismo, las labores domésticas no disminuyen con un mayor ingreso, sino que se transforma su composición, se terceriza y se adquieren nuevas responsabilidades. Adicionalmente, se encontró que el equipamiento técnico en el hogar no disminuye significativamente el tiempo dedicado al trabajo doméstico. Finalmente, se observó que, aunque los hombres vieron afectadas sus actividades de proveeduría en momentos de crisis, su contribución al trabajo doméstico no se incrementó (Arriagada, 1990:94).

De esta manera, la mayor participación de las mujeres en el mercado laboral y educativo, puso sobre la mesa la problemática de la “conciliación” trabajo/familia, un problema que afecta sobre todo el desenvolvimiento de las mujeres en el mercado laboral. La señalización de esta problemática trajo consigo una interpelación al estado, desde donde se empezaron a desarrollar diversas políticas de conciliación entre ambos ámbitos, con diferentes énfasis en la participación de diversos actores: la familia, el estado y el mercado privado. Asimismo, podemos observar que las familias desarrollan diversas estrategias para enfrentar la problemática, mismas que dependen de los recursos socioeconómicos con los

que cuenta. Estas estrategias recaen fundamentalmente en las mujeres que deben buscar el tipo de jornada de trabajo o de ocupación que mejor le permita cumplir con sus responsabilidades de sostenimiento de la vida diaria y de los cuidados de acuerdo a sus posibilidades, sin dejar de tener una sobrecarga de trabajo. Estas estrategias, que afectan las aspiraciones de las mujeres en lo laboral, dan cuenta de cómo el género y la clase social se refuerzan entre sí. La continuidad de las exigencias en el ámbito privado de las mujeres tiene un efecto negativo en su participación en el mercado laboral, lo que profundiza las brechas de género y la segregación sexual en las ocupaciones.

En este trabajo nos interesa la dimensión vivencial e identitaria de esta problemática. Aquí me interesa explorar cómo es experimentado por mujeres concretas y cómo las múltiples contradicciones y tensiones se resuelven en las narrativas personales.

En su libro, “Overwhelmed: Work, Love and Play When No One Has Time”, Brigid Schulte busca darle sentido a sus vivencias sumergiéndose en una investigación sobre el uso del tiempo por mujeres occidentales, en específico, de Estados Unidos, presionadas tanto por las exigencias laborales como las familiares. Busca explorar porque es importante estudiar el sentimiento de agobio (overwhelm) y expone como este supone también costos para el mercado de trabajo y la familia.

Un punto en el que coinciden Schulte y Moen, es en que mientras la vida de las mujeres, sus cursos de vida, así como las familias han sido transformadas ampliamente por las transformaciones en la participación femenina en el mercado de trabajo, las culturas laborales, las políticas gubernamentales y las actitudes culturales no han sufrido ninguna modificación y siguen respondiendo en gran medida a un modelo en donde una persona del hogar (el hombre) sale al mercado laboral, mientras otra se ocupa de los cuidados y del hogar (la mujer). Esto causa una enorme presión en las personas, sobre todo en las mujeres, que deben responder a esta disonancia entre expectativas y exigencias y la realidad, muchas veces a través de un sobre esfuerzo y una sobrecarga de trabajo.

Para el caso de Estados Unidos, Phyllis Moen identifica que hay una “mística de la carrera”, un sistema de expectativas sobre lo que significa una carrera “exitosa”, pero que está construida en base a la división sexual del trabajo, pues supone la existencia de una contracara dentro del hogar que se ocupe del trabajo no remunerado, mientras una persona tiene una dedicación de tiempo completo para desarrollar una carrera, trabajando horas extras

y dando una atención completa y continua a su desarrollo laboral. La mística de la carrera no es tan sólo una creencia sobre lo que es una carrera exitosa, sino el camino “correcto” para llevar una vida plena, socialmente reconocida como tal. Implica por lo tanto una temporalidad normativa, que va desde la entrada al mercado laboral en la transición a la adultez hasta el retiro en una vez que la persona llegue a cierta edad. Se trata de una narrativa maestra, en tanto que establece una trama normativa, un vehículo de la ideología de la división de esferas, para imponer una forma normativa de entender los cursos de vida de las personas. La narrativa maestra de la mística de la carrera impone un trama lineal e individualista, en tanto que espera que el individuo vaya escalando dentro del mercado laboral y en tanto lo responsabiliza enteramente de su fracaso o éxito para lograr la estabilidad y el estatus financiero esperado.

Moen señala que en Estados Unidos, esta mística de la carrera está íntimamente ligada al “sueño americano” y a su individualismo intrínseco. La idea del “self-made man” y una ética que premia el trabajo duro y el sacrificio en el trabajo remunerado:

“Sacrifice by working hard,” the myth goes, and you’ll reap wealth, security, status, health insurance, pensions, respect, love, admiration, happiness, and, eventually, the leisure of a retirement without financial worries. The obverse is also true: If success is deserved, the product of a lifetime of hard work, so too is failure. In other words, the career mystique implies that those who don’t “make it” simply do not try hard enough. (Moen, 2005:192)

Algo destacable de esta “mística de la carrera” es la construcción de subjetividad que lleva implícita. Una presión por desarrollar el trabajo remunerado, de una manera difícilmente compatible (si no totalmente incompatible) con el trabajo de cuidados y no remunerado, que pasa por la construcción de un status social, de la obtención de admiración y respeto o que, en ausencia, puede significar un señalamiento sobre el individuo y sus capacidades, y su identidad, al no haberse esforzado lo suficiente. El fracaso, en este sistema de creencias, es una deficiencia de la persona, no el producto de estructuras laborales y transformaciones sociales.

De acuerdo con Moen (2005), la mística de la carrera es problemática por cinco razones. En primer lugar, porque el escalar posiciones sociales a través del trabajo no es una

realidad en la actualidad, ni lo era en la década de los cincuenta, cuando este privilegio estaba sobre todo concentrado en hombres blancos de clase media. En segundo lugar, porque suponía que hubiera una persona en el hogar, una “esposa/ama de casa”, dedicada enteramente al trabajo no remunerado que el individuo en cuestión no realizaba, por lo que tiene como condición la desigualdad de género y la división sexual del trabajo. En tercer lugar, el contrato social que permitía el intercambio de antigüedad y trabajo continuo en una empresa por aumentos de salario ya no existe. En cuarto lugar, están los cambios culturales. Las parejas tienen arreglos más equitativos, en donde se espera que las mujeres ya no sólo lleguen a ser buenas madres/esposas, sino también buenas trabajadoras y, a su vez, algunos hombres tienden a buscar una mayor participación en la crianza de las y los hijos(as), sin querer perder su competitividad y productividad. Ambos actores enfrentan severas dificultades para cumplir con las expectativas en ambos ámbitos. Finalmente, en quinto lugar, cada vez menos hogares pueden sostenerse con un solo ingreso. Por estas razones, el mito de la mística de la carrera, que ha estado al alcance de unos cuantos privilegiados y del que se ha excluido históricamente a minorías, está hoy en día en entredicho, incluso para aquellos mejor posicionados. A pesar de esto, los mercados laborales y las políticas de empleo y jubilación siguen respondiendo a esta noción obsoleta de desarrollo laboral.

Esto tiene como resultado que la problemática del balance trabajo y familia sea más acuciante que nunca. Sin embargo, la manera de comprender esta problemática también debe ser cuestionada. Moen (2010) dirige cuatro críticas al concepto. En primer lugar, esta conceptualización centrada en el equilibrio entre el trabajo y la familia deja fuera muchos otros ámbitos sociales que pueden ser relevantes para la vida de las personas como la comunidad, la cultura, el barrio, las amistades, etc. En segundo lugar, Moen señala que la literatura al respecto de la problemática del balance trabajo/familia muchas veces omite o deja fuera del análisis el hecho de que las personas muchas veces se autoseleccionan debido a estructuras de desiguales de distribución de recursos, es decir, que las personas no están distribuidas en arreglos familiares y tipos de ocupación de manera aleatoria, sino que hay sesgos de género, de raza, de clase... Moen señala como ejemplo a mujeres que tiene que optar por dejar ciertos trabajos o no casarse debido a la dificultad de manejar ambas obligaciones. La tercera crítica al concepto de compatibilidad trabajo/familia se refiere a que hay la heterogeneidad de arreglos laborales y el carácter dinámico y cambiante de los

escenarios a lo largo de la vida quedan fuera del concepto. Finalmente, Moen critica que el concepto deja fuera a muchas personas que también tienen problemas para compatibilizar diversos ámbitos de la vida, como las personas solteras, las parejas del mismo sexo, amistades cercanas co-residenciales, adultos mayores aún laboralmente activos pero cuyos hijos han dejado la casa, etc.

Frente a esto, Moen (2010) propone el concepto de cursos de vida generizados, el cual sostiene que las políticas laborales y la cultura de la “mística de la carrera” dan lugar a cursos de vida generizados ya que reproducen las expectativas y los supuestos del modelo de proveedor/ama de casa en los cursos de vida de las personas, creando inercias que tienden a reproducir estos esquemas y a dificultar la ruptura con este esquema. El concepto de curso de vida generizado permite incorporar al análisis la complejidad y el dinamismo de las vidas, en especial, las diferencias que surgen entre los cursos de vida de personas según su sexo, su clase social, su raza, etc. como resultado de estructuras sociales preexistentes que van marcando sus cursos de vida. De esta manera, podemos decir que los mercados laborales, las políticas de empleo y conciliación, están produciendo y reproduciendo activamente desigualdad de género, tanto en el hogar como en el trabajo (Moen, 2010).

Un vacío que se identifica en la literatura sobre cursos de vida generizados y transiciones a la adultez es el estudio de estos desde la experiencia. ¿Cómo las personas vivencian la tensión o la compatibilidad entre los diversos ámbitos de vida relacionados con la adultez? Creemos que las posibles respuestas a esta pregunta sirven para estudiar como narrativas de curso de vida generizadas, al producirse y reproducirse, configuran la subjetividad de las personas, su forma de comprender el mundo y a sí mismas. Se trata, pues, de un cuestionamiento que sirve de puente entre la desigualdad de género y la construcción de identidades de género.

Evolución de la participación de las mujeres en el mercado laboral en las últimas décadas del siglo xx en América Latina

Haremos un repaso de la evolución de la participación de las mujeres en el mercado laboral en las últimas décadas del siglo xx en América Latina. De manera global, entre 1960 y 1985, se produce un descenso de la participación masculina en todos los países de la región y un aumento de la participación femenina (Arriagada, 1990:88). De hecho, para la década de 1990, las tasas de participación laboral de la población femenina en la región tendían a

igualarse, esto se debió a un aumento de la capacidad de retención de los jóvenes en los sistemas escolares y a una mayor cobertura de seguridad social que permitía a más personas acceder a la jubilación. Dicho periodo presenta las siguientes características:

(1) Aumento de las tasas de actividad femenina en los rangos de edad 20 a 24 años y de 25 a 29 años en países de modernización avanzada (Argentina, Uruguay, Chile y Costa Rica) y de modernización acelerada, pero desequilibrada (Brasil, Cuba, Panamá y Perú) (Arriagada, 1990:89);

(2) Universalización de la educación básica y de la educación media que se traduce en un aumento de la cantidad de mujeres en la población económicamente activa (PEA) con más de 10 años de estudios¹ (Arriagada, 1990:89-90).

(3) El efecto negativo del estado civil en la participación femenina en la fuerza laboral se mantiene imperturbable entre 1960 y 1980. Las mujeres casadas tienen una menor participación en la fuerza laboral que las solteras. No obstante, dicho fenómeno tiene una distribución asimétrica según los niveles de instrucción de las mujeres. Esta asimetría contribuye a que se cree una cadena de servicios en el ámbito doméstico en el que las mujeres con menores niveles de instrucción, en situaciones de desventaja, sean contratadas para suplir a las mujeres de estratos más altos en las tareas domésticas. Adicionalmente, señala Arriagada, este “reemplazo” no se traduce necesariamente en menores responsabilidades para las mujeres de estratos más altos, la mejora económica puede acompañarse de nuevas responsabilidades (1990:90).

Es importante destacar que el aumento de tasas de participación femenina en el trabajo remunerado no significó un reparto simétricamente distribuido en el universo de ocupaciones remuneradas. En el periodo señalado, de 1960 a 1980, las mujeres se concentraron sobre todo en la rama de servicios (Arriagada, 1990:90). Desde entonces se observa una segregación sexual de la PEA, que distribuye inequitativamente a las personas según su sexo en ocupaciones más o menos cercanas con representaciones generizadas de las actividades que en ellas se realizan. Por ejemplo, al día de hoy, en Uruguay, se observa un porcentaje de

¹ No obstante, es importante señalar que esta masificación de la educación tuvo como consecuencia una devaluación de los niveles educativos, por lo que se empezó a solicitar mayores niveles educativos para los mismos puestos (Arriagada, 1990:89-90).

alrededor de 80% de participación femenina en dicha ocupación. Los hombres dentro de esta rama se ocupan sobre todo en restaurantes y hoteles, y en muy pocas ocasiones en el trabajo doméstico en casas particulares, una rama que ha captado de manera histórica a mujeres en condiciones de desventaja, racializadas, migrantes, entre otras dimensiones de desigualdad. Otro sector que atrae una buena parte de la participación laboral femenina es el textil (hilanderas, costureras, entre otras). Estas ocupaciones permanecen profundamente feminizadas durante el periodo mentado (y hasta nuestros días). Esto se suma al incremento de la participación laboral femenina en servicios profesionales, como oficinistas y vendedoras, produciendo una importante segmentación en la población femenina, entre aquellas en trabajos manuales (como el trabajo doméstico) y no manuales (Arriagada, 1990:90). Aunque cabe señalar que incluso las mujeres con mayores niveles de escolaridad y que acceden a trabajos no manuales, se enfrentan a una fuerte segmentación del mercado laboral, donde ocupan por lo general empleos de menor prestigio y remuneración.

En este periodo, Arriagada encuentra dos lógicas de ingreso de las mujeres al mercado laboral: la lógica de determinación y la de opción. La primera se refiere a la situación de aquellas mujeres con bajos niveles educativos que eran expulsadas del ámbito doméstico hacia trabajos con bajos ingresos independientemente del momento del ciclo de vida en que se encontraban. Esta población, de acuerdo a la autora, se encontraba subrepresentada en las mediciones, puesto que se empleaba en el universo de trabajos informales.

Por otro lado, la lógica de la opción da cuenta de la situación de las mujeres con mayores ingresos que, no sólo se incorporaban al mercado laboral en busca de ingresos, sino de realización personal. Ellas se insertaban en el sector formal de la economía urbana, sobre todo en países de modernización avanzada como Uruguay, por lo que su aumento ha sido ampliamente captado por los censos y mediciones (Arriagada, 1990:90). Estas dos lógicas delineadas por Arriagada, podrían estar evidenciando una diferenciación de las narrativas de salida al mercado laboral de mujeres según las circunstancias que impulsan la salida y las condiciones laborales a las que se pueden aspirar.

Además de la participación de las mujeres en el mercado laboral, es importante volver la mirada hacia las transformaciones que experimentó el trabajo no remunerado en el periodo de 1960 a 1980. Arriagada retoma la definición de trabajo doméstico de Lourdes Benería, el “conjunto de actividades de mantenimiento requeridas para reproducir diariamente la fuerza

de trabajo, lo cual comprende la transformación de bienes en valores de uso para el consumo" (1984:25). Este trabajo, históricamente considerado como responsabilidad de la mujer, engloba una gran diversidad de formas, y tiene diferentes características según los estratos sociales, la edad, las condiciones ecológicas y regionales, los niveles de desarrollo de la infraestructura estatal, el acceso a comodidades y servicios, y las construcciones de género, es decir, la "conceptualización ideológica del papel de la mujer en la triada "madre-esposa-dueña de casa" (Arriagada, 1990:93).

Respecto a este tipo de actividades, se observó que la falta de reconocimiento del trabajo doméstico como trabajo, dificultó su medición y estudio en este periodo. Esta situación comienza a transformarse a partir de 1970, cuando empezó a hablarse del papel del trabajo doméstico en la reproducción de la fuerza de trabajo. En la década de 1980, organizaciones como la CEPAL y la OIT, empezaron a explorar esta temática, mostrando como las mujeres, por lo general, dedicaban tanto tiempo al trabajo doméstico, como a las actividades remuneradas, revelando su sobrecarga de trabajo.

En 1986, en un estudio sobre Argentina, Bolivia, Chile, México, Perú, Venezuela y Uruguay realizado por la OIT, se encontró que las mujeres tenían doble jornada de trabajo, pues las responsabilidades domésticas no disminuían al ingresar al mercado laboral. Asimismo, las labores domésticas no disminuyen con un mayor ingreso, sino que se transforma su composición, se terceriza y se adquieren nuevas responsabilidades. Adicionalmente, se encontró que el equipamiento técnico en el hogar no disminuye significativamente el tiempo dedicado al trabajo doméstico. Finalmente, aunque los hombres vieron afectadas sus actividades de proveeduría en momentos de crisis, su contribución al trabajo doméstico no se incrementó (Arriagada, 1990:94).

Las crisis económicas y las políticas de austeridad aplicadas para contrarrestarlas en la década de 1980, tuvieron efectos importantes en el mercado de trabajo, en general, y la participación laboral de las mujeres. A grandes rasgos, se observó en la región, entre 1980 y 1985, un aumento de 48% del número de desocupados (Arriagada, 1990:94). En lo que respecta al desempleo femenino, la autora señala que, sin contar con que muchas mujeres desempleadas son captadas como "ocupadas en quehaceres del hogar", las tasas de desempleo femenino siempre han sido superiores a las de los hombres en la región, debido a la segmentación de las ocupaciones, que restringe las oportunidades laborales. En Uruguay,

en dicho periodo, a pesar de que se observaron incrementos en la tasa de desocupación femenina, también se vio un aumento de los puestos ocupados por mujeres (Arriagada, 1990:94). Sin embargo, las crisis económicas también han propiciado la salida de mujeres al mercado laboral para contrarrestar la caída del ingreso familiar, aunque en condiciones de desventaja.

Arriagada conecta esto con las dos lógicas de salida al mercado laboral señaladas anteriormente. Mientras que, en los sectores medio y alto, donde había mujeres trabajando “por opción”, que por sus condiciones de salida y entrada al mercado laboral presentaban ciertas ventajas en términos de formación y de la formalidad de los trabajos obtenidos, su participación contrajo por efectos de la crisis (Arriagada, 1990:94).

Por otro lado, en el caso de las mujeres de sectores populares, las crisis las “obligaron” a trabajar fuera del hogar, muchas veces en el mercado informal, según la lógica de “determinación” (Arriagada, 1990:94). Es decir, que las penurias económicas dieron predominancia a la lógica de la determinación por encima de la de la opción.

Igualmente, la crisis provocó un aumento de la desigualdad de ingresos entre hombres y mujeres. Se observó una disminución importante de los salarios en las actividades feminizadas del sector intermedio (oficinistas y vendedoras) que se sumó a la diferencia histórica de ingresos entre los sexos (Arriagada, 1990). Mientras que la desigualdad era menor para la población más joven, se observaba una brecha más amplia en edades más avanzadas, lo que puede estar relacionado con el ciclo de vida familiar (Arriagada, 1990). Esto invita a pensar en cómo la desigualdad de género tiene un despliegue biográfico.

Igualmente, a menor nivel educativo, la desigualdad de ingresos era menor, pero en el nivel educativo más alto se observaban las mayores diferencias de ingreso. El mismo patrón se observa en las desigualdades de ingreso en ocupaciones manuales y no manuales (Arriagada, 1990:97-98).

Las familias de los sectores populares las más golpeadas, lo que tuvo efecto en la vida familiar, las tareas domésticas y la carga de trabajo doméstico. Uno de los efectos de la escasez e inestabilidad de disponibilidad de recursos económicos en la vida cotidiana fue el “inmediatismo”, es decir, la solución continua de pequeñas crisis como un “estilo de vida” de los sectores populares más golpeados por la crisis (1990:102).

Uno de los hallazgos más interesantes de Arriagada (1990) fue la identificación de una diferenciación por sexo de la experiencia frente a una situación de desempleo prolongada. En un primer momento, los hombres tendieron a buscar trabajos que dieran continuidad a su trayectoria laboral anterior, por medio de redes de amistades y de ex compañeros de trabajo. Al seguir sin encontrar, extendían su búsqueda a cualquier tipo de trabajo, incluyendo el autoempleo o el trabajo estacionario. Frente a una continua frustración, derivada de la cesantía, se incrementaba la tendencia a tener un consumo de alcohol problemático que aumentó las tensiones intrafamiliares.

Por su parte, las mujeres presentaban una mayor variedad de estrategias. En un primer momento, las mujeres tendieron a buscar trabajos que les ocuparan una menor cantidad de tiempo para cumplir con las demandas del trabajo no remunerado. Muchas veces este trabajo fue una extensión de esas mismas tareas del hogar, como la limpieza, la cocina y la costura. Sin embargo, las mujeres también implementaron estrategias colectivas:

... grupos de mujeres que se unen para enfrentar juntas el mismo tipo de problemas de subsistencia, ya sea para generar ingresos o para abastecerse en conjunto de los bienes necesarios para la subsistencia del grupo familiar. Lo novedoso de este tipo de respuesta es que las mujeres enfrentan de manera colectiva y no individual el problema de la subsistencia (Arriagada, 1990:101).

Es interesante pensar esto desde el punto de vista de los cuestionamientos de esta investigación: ¿qué tipo de narrativas personales se construyen alrededor de la adultez en trayectorias marcadas por este tipo de estrategias y cómo se forma la identidad de género? Es una pregunta que queda abierta para ser explorada en futuras investigaciones.

Estos hallazgos sobre los efectos de las crisis son relevantes para el contexto uruguayo donde se experimentó una importante crisis económica en el año 2002. Mientras que la década de 1990, se observó crecimiento en la economía del país, a partir de 1999 se empiezan a sentir los primeros síntomas de agotamiento. De acuerdo a especialistas del Instituto de Economía (Pellegrino y Vigorito, 2005:6), esta crisis fue de las más crudas en la historia moderna de Uruguay. El momento más crítico fue en el año de 2002, “cuando se produjo un colapso del sistema financiero que se expandió al conjunto de la economía. El PIB por habitante se redujo entre 1999 y 2002 un 30%, al tiempo que, luego de varios años de

estabilidad, se disparó un proceso inflacionario y se produjo una fuerte devaluación de la moneda local” (2005:6).

Antes de hablar de los efectos de esta crisis, es necesario hacer algunos señalamientos sobre las transformaciones sociohistóricas que habían experimentado hasta ese momento. En la década de 1990, en América Latina, los centros urbanos concentraban gran parte de la fuerza de trabajo femenina (Arriagada, 1994). Esto era el resultado de los diversos procesos sociales que se habían atestiguado en la década anterior y sus impactos en las estructuras de género, en específico, en la división sexual del trabajo. En la década de 1980, se observó un aumento sostenido de la esperanza de vida en la población, del nivel educativo y una tendencia a la baja en el número de hijos promedio. Adicionalmente, hubo un importante flujo migratorio del campo a las ciudades, compuesto, sobre todo, por mujeres que buscaban acceder al mercado laboral urbano. Para el momento del artículo (1994), Arriagada señala que “en el grupo de mujeres de 25 a 34 años (con mayor proporción de activas) las tasas de participación iban desde un mínimo de 48% en México hasta un máximo de 74% en Uruguay” (1994:12).

En contra de la creencia de que la participación laboral femenina tenía un comportamiento en forma de U invertida, con dos momentos pico de participación, antes del nacimiento del primer hijo y tras el ingreso del último hijo a la escuela, Arriagada encontró evidencia de que, al menos en 13 zonas urbanas de América Latina, las mujeres en las zonas urbanas, en la década de 1980 y 1990, mantuvieron su actividad laboral a lo largo de su vida reproductiva (1994:13). En Uruguay, el aumento de esta permanencia se dio sobre todo en el caso de las mujeres casadas y en unión consensual. Esto se relaciona con transformaciones al interior del hogar y en las relaciones de género más amplias que se dieron en este momento.

Este descubrimiento hace tambalear la creencia de que el trabajo femenino es visto únicamente como un recurso de supervivencia de las familias frente a las crisis, y, por lo tanto, que el trabajo femenino tenía un papel “secundario” en las finanzas del hogar. De hecho, desde los años de 1980, se observó un crecimiento de hogares encabezados por mujeres, es decir, cuyo ingreso representa la totalidad del presupuesto del hogar. En la región, el porcentaje de hogares con estas características era la tercera o cuarta parte de los hogares (Arriagada, 1994:14), en el caso de Uruguay, en 1980, se observó que, a principios de 1990,

21% de los hogares tenían estas características, y para 1994, el porcentaje había llegado a 27%.

En este mismo sentido, en los hogares donde los dos miembros de la pareja trabajan, Arriagada identificó que la participación del aporte femenino estaba lejos de ser insignificante, representando alrededor del 30% del ingreso familiar, sin contar los hogares en los que el ingreso de la mujer era el mismo o superior al del varón. En un estudio de 1994 realizado en Buenos Aires, “se encontró que la proporción de hogares cuyo principal sostén económico era una mujer había ascendido de 19% en 1980 a 25% en 1989 y a 27% en 1992, es decir, uno de cada 3.7 hogares” (Geldstein y Delpino, 1994 en Arriagada, 1994:15). Además, en los países en vías de recuperación de las crisis, la participación laboral femenina no da cuenta de un retroceso de la participación de mujeres en el mercado de trabajo, lo que evidencia que no se trata de un recurso momentáneo (Arriagada, 1994:15).

La creencia de que el trabajo femenino y los ingresos percibidos a través de este son inferiores, o “secundarios” en importancia respecto a los de los varones da cuenta de esta lectura desde la matriz cultural de principios de siglo, donde los hombres son considerados los únicos responsables de proveer el sustento del hogar, mientras que la mujer debe ocuparse del trabajo no remunerado del hogar.

Otra creencia que se tenía en el momento para explicar la desigualdad de género era que las mujeres percibían menores ingresos debido a sus menores niveles educativos. Según un estudio de Psacharopoulos y Tzannatos (1992), realizado en América Latina, “aun manteniendo constante el número de horas trabajadas y el nivel de instrucción, una porción muy significativa del diferencial de ingresos entre hombres y mujeres, que no queda explicada, es atribuible a la discriminación basada en el género” (1994:15). Esto da cuenta de estructuras de diferenciación ligadas al género que subyacen a los mecanismos de estratificación social “legítimos”, como es el nivel educativo y la cantidad de horas trabajadas.

La diferencia que existe entre los salarios de hombres y mujeres con niveles educativos similares representa una brecha que se atribuye a las estructuras de desigualdad de género, algo que sigue observándose al día de hoy. Algo interesante identificado por Arriagada (1994) es que dicha brecha tiende a disminuir entre las personas con menores niveles educativos y aumenta conforme se acumulan las credenciales formativas. A pesar de

la brecha, la participación laboral de las mujeres con los mayores niveles de instrucción (13 años o más) es similar a la de los hombres (1994:15).

Otra transformación de la década de 1990, es la disminución de la figura de “ama de casa”. En 1994, 17% de las mujeres ocupadas en Montevideo eran amas de casa, mientras que, en otros países, como México, era 46% o Argentina, 32% (Arriagada, 1994). Por otro lado, en esta década, se observó una caída importante de la fecundidad, sobre todo, en el medio urbano.

Todos estos cambios dan un panorama de las transformaciones que tuvieron lugar en América Latina, y de manera específica en Uruguay, a lo largo del siglo pasado. Las narrativas tradicionales sobre la división sexual del trabajo se ven confrontadas por estas nuevas realidades. El incremento de la participación femenina en la fuerza laboral, de los niveles de escolaridad alcanzados por dicha población, así como de las relaciones al interior del núcleo familiar fueron transformaciones que afectaron el arraigo de la narrativa cultural sobre la que se sostiene la división sexual del trabajo, el modelo del padre-proveedor y la mujer-ama de casa.

Sin embargo, las transformaciones sociales muestran una segmentación de las experiencias de las mujeres en el mercado laboral a lo largo del espectro socioeconómico. Arriagada atisba esta desigualdad con sus categorías de “lógica de determinación” y “lógica de opción”, que dan cuenta de formas de acceder al trabajo de la población femenina que responden a trayectorias con mayores o menores desventajas. Esta diferenciación, que se produce en las transiciones a la adultez, podría estar permeando las narrativas personales: ¿cómo se resuelven estas tensiones en las narrativas personales de mujeres uruguayas trabajadoras?

Resumiendo, podemos señalar que entre la década de 1970 y de 1990, se transforma la estructura de la fuerza laboral en Uruguay, la presencia de las mujeres se hace más visible, y se reduce la brecha de participación entre hombres y mujeres. De hecho, el crecimiento de la población económicamente activa en esos años se debió casi enteramente al aumento de la participación femenina en la fuerza laboral (Martínez, Miller, y Saad, 2013:25). Mientras que en la década de los sesenta el porcentaje de hombres en la población económicamente activa era 80% y el de mujeres 25%, en 2018, la tasa de actividad de las mujeres en Uruguay pasó a ser 54.9% y la de hombres 70.7% (Espino, Machado y Alvez, 2011: 8 y Batthyány, Scavino

y Perrota, 2020). Asimismo, el porcentaje de familias con más de un proveedor y el de mujeres con hijos pequeño que trabajan aumento, lo cual indica un cambio al interior de los hogares (Aguirre, 2003:822).

Frente a estos cambios es interesante preguntarse que tanto han producido una transformación en la matriz cultural de género del país heredada de los debates en los albores del Estado-nación uruguayo, algo que se verá más adelante.

Continuidades y nuevas caras de la desigualdad de género

La problemática ligada al desbalance entre el ámbito laboral y familiar surge de las transformaciones que ha experimentado que se esbozaron anteriormente. De acuerdo a Arriagada (2001), en la década de los noventa, los países de América Latina atestiguaron un incremento de los hogares con más de un aportante económico, tanto en los hogares de los estratos más bajos como en los más altos. En Uruguay, para 1999, “38% de los hogares biparentales más pobres tenían... dos aportantes y en 78.7% de los más ricos ambos cónyuges trabajaban” (Aguirre, 2003:824). De hecho, de acuerdo a las mediciones de esta autora, Uruguay era el país del Cono Sur con el mayor porcentaje de hogares biparentales con doble aportación económica. De hecho, a partir de 2010, este tipo de arreglo familiar pasa a ser el modelo predominante en la sociedad Uruguay (Katzkowicz, La Buonara, Pandolfi et al., 2015).

Sin embargo, esta ruptura del modelo tradicional de hombre/proveedor y mujer/ama de casa, no ha traído una solución a la desigualdad de género, sino nuevas expresiones de la misma, en específico, la sobrecarga de trabajo de las mujeres quienes, a pesar de tener una participación activa en el mercado laboral siguen siendo las encargadas del trabajo de mantenimiento y cuidado desarrollado sin remuneración en el ámbito privado.

Esto se explica en parte a una participación del Estado poco desarrollada en lo que se refiere a la colectivización de las labores de cuidado. En una investigación de 2003, Aguirre encuentra que la cobertura de servicios públicos para el cuidado de personas dependientes sigue estando sobrecargado en las familias (lo que en la mayoría de los casos significa en las mujeres de la familia) (2003:825).

Una iniciativa que buscó llenar este vacío a esta fue el Sistema Nacional Integrado de Cuidados, que surge en el marco de un cambio histórico en la historia política de Uruguay, con la ascensión del primer partido de izquierda a la presidencia del país en 2005. Desde ese

primer mandato de Tabaré Vázquez comenzaron los esfuerzos por instaurar un sistema que integrara y ampliara el conjunto de servicios y prestaciones de cuidados a personas dependientes e impulsara acciones de regulación, de formación, de comunicación, y de gestión de la información y conocimiento. Sin embargo, dicho sistema se encuentra hoy en día en un paréntesis, con la llegada de un gobierno de derecha en 2019, que hizo cambios importantes al sistema, al fusionarlo con el Programa Nacional de Discapacidad, lo que limita ampliamente el alcance de la propuesta inicial, tanto en sus objetivos como en términos presupuestales. En este contexto, es inevitable recordar la advertencia de Durán:

La pretensión de mantener la sociedad abierta a las mujeres en sus nuevos papeles sociales sin que por ello se descarguen de las funciones tradicionales, conduce directamente a la doble jornada o, peor aún, a la jornada interminable. La doble jornada es pura y simple explotación y no puede enmascararse bajo el argumento de que se trata de una opción voluntaria. Muchas mujeres la asumen como el precio de su libertad personal, pero no puede perdurar como solución satisfactoria a nivel individual ni a nivel colectivo (Durán, 2000:56)

La sobrecarga de trabajo de las mujeres no es ajena a la realidad de Uruguay. De acuerdo a los datos de la última Encuesta de Uso de Tiempo de 2013, las mujeres dedicaban 87.2 horas semanales a tareas domésticas y 31 horas a labores de cuidado, mientras que los hombres reportan haber dedicado 70.7 horas al trabajo doméstico y 22.6 horas a cuidados (Batthyány, 2016). Esto es evidencia de que el incremento de la participación de las mujeres en el trabajo remunerado no se acompaña de manera directa con una transformación en los mandatos de género y el imaginario social de la división sexual del trabajo, produciendo presiones específicas en los cursos de vida de las mujeres. De acuerdo a Batthyány, Genta y Perrotta (2015), la sobrecarga tiene diversas expresiones según los niveles socioeconómicos: “las mujeres de hogares de menores ingresos participan más del cuidado que las mujeres de mayores ingresos (60% vs. 12%). Asimismo, las mujeres de sectores más pobres tienen brechas de género en el trabajo no remunerado de cuidado más acentuadas que las mujeres de sectores más ricos (20% vs. 2.5%)” (Batthyány, Scavino y Perrotta, 2020:2).

La forma en que se estructuran el ámbito laboral y el familiar en los cursos de vida está atravesada por la ideología de la separación de esferas y la división sexual del trabajo,

que tuvo tanta fuerza a principios del siglo pasado. Es por esto que se trata de un espacio en el que tienen lugar luchas de poder y en el que se produce y reproduce la desigualdad de género. La despolitización de la familia o su construcción como un espacio ajeno al espacio público tuvo durante mucho tiempo un efecto negativo en los reclamos de ciudadanía de las mujeres:

La familia no tuvo lugar dentro del lenguaje de los derechos y deberes de los ciudadanos, se constituyó en base natural de la existencia, dentro de la cual se ocultaban las diferencias internas en favor de la unidad y a partir de ella, esposas e hijos dependientes quedaban excluidos de los derechos civiles y políticos (Aguirre et al., 2014:45).

Los reclamos del feminismo en la década de 1990 iban sobre todo dirigidos a la incorporación de las mujeres al mercado laboral, así como el reconocimiento de lo privado como político, haciendo ver el vacío del estado en la procuración de derechos al interior de los hogares. De acuerdo con Aguirre *et al* (2014), en un segundo momento, se buscó visibilizar el trabajo realizado en la esfera doméstica para que fuera reconocido como tal. Se avanza entonces el concepto de trabajo no remunerado y se impulsa el desarrollo de nuevos métodos de medición, en específico, las encuestas de uso de tiempo que permitieron a las y los investigadoras abrir la caja negra del hogar y medir el trabajo no remunerado. Estas nuevas mediciones y conceptualizaciones trajeron consigo también la revelación de la problemática de la sobrecarga de trabajo de las mujeres en las sociedades actuales. Las encuestas de uso de tiempo exhibieron cómo las mujeres dedican cada vez más horas al trabajo remunerado sin dejar de dedicar tiempo también al trabajo no remunerado, muchas veces realizando doble o triples jornadas de trabajo.

En Uruguay, la primera encuesta de uso de tiempo que se realizó a nivel nacional fue en el año 2007, se llevó a cabo en el marco de la Encuesta Continua de Hogares, en donde fue incluida como un módulo específico sobre Uso del Tiempo y Trabajo no Remunerado. A partir de entonces se volvió a realizar en 2013, esta vez incluyendo nuevas preguntas sobre cuidados. Actualmente se encuentra en curso una nueva encuesta. De acuerdo a Aguirre *et al*: “Estas encuestas contribuyeron a visualizar la necesidad de que las políticas públicas plantearan los cuidados como una responsabilidad social y colectiva y no como un problema individual a fin de disminuir las demostradas desigualdades de género” (2014:48).

Diversos trabajos han indagado de manera más o menos directa cómo se vivencia la sobrecarga de trabajo y estar dividida entre el ámbito familiar y laboral desde la experiencia personal y cómo se relaciona con la construcción de identidades.

Se observan tensiones al buscar compaginar dos identidades: “mujer trabajadora” y “ama de casa”, una relación que es problemática sobre todo para las mujeres, debido a la vigencia de expectativas de género tradicionales sobre el rol preponderante de la mujer en el ámbito familiar. Estas expectativas tienen una relación tirante con aquellas que se relacionan con la nueva identidad, aquella de la “mujer-trabajadora” y la mística de la carrera, concebida a partir del esquema del hombre proveedor, lo que implica que las instituciones y el mercado laboral exigen trabajos de tiempo completo y dan por sentado el trabajo no remunerado de alguien en el espacio doméstico. Las largas jornadas laborales, las expectativas de un trabajo de tiempo completo y de trabajadores siempre disponibles son elementos que dificultan la articulación familia y trabajo. Por lo mismo, ambos ámbitos tienen en la vida de las mujeres una relación incómoda, pocas veces complementaria.

Investigaciones hechas desde la psicología social se han ocupado de estudiar los efectos negativos de esta tensión en la salud de las mujeres, relacionándola con desgaste, cansancio, ansiedad, depresión, baja autoestima y sentimientos de culpabilidad (Feldman, Vivas, Lugli, Zaragoza & Gómez, 2008, Gómez, 2011). En su propia revisión de investigaciones, Ramírez Chávez (2018) identifica que la culpa constituye un resultado generalizado de la experiencia de conciliar los dos ámbitos en la vida cotidiana de las mujeres. Ansoleaga y Godoy (2013:349) identifican que esto se debe en gran medida a la vigencia de la maternidad “como referente identitario femenino central” en contraposición a una creciente valoración del trabajo remunerado en las trayectorias femeninas como medio para alcanzar autonomía económica y personal, así como la realización personal y la progresiva centralidad del desarrollo laboral y profesional. En este trabajo también se evidencia como en los lugares de trabajo, muchas veces se observa un “doble discurso” en el que se enaltece y reproduce la valoración social y cultural de la maternidad, pero al mismo tiempo no se crean condiciones que faciliten que las mujeres trabajadoras concilien ambas prácticas y que puedan vivir de manera más armoniosa la relación entre el ámbito laboral y familiar.

Por otro lado, López, Findling, Lehner, Ponce, Venturiello, Mario, y Champalbert, (2009) encontraron en una investigación sobre opiniones y prácticas de mujeres “multifacéticas” en Argentina que a pesar de que se observan las mismas referencias a lo difícil y desgastante de barajar los ámbitos familiar y laboral, las mujeres hacen un balance positivo de su conciliación de ambos, como un sacrificio gratificante. Estas autoras identifican que el trabajo no es sólo percibido como un medio de realización y desarrollo personal, siguiendo la noción de la mística de la carrera, sino también como un medio para tener independencia económica. Esta distinción es interesante, pues da cuenta de un deseo activo por romper con las relaciones de género asimétricas de los hogares tradicionales, en los que la mujer no podía tener acceso a independencia económica de sus parejas. Asimismo, el trabajo es valorado como una vía para distanciarse del universo doméstico (de la mística de la feminidad y los roles de género tradicionales), una puerta para acceder al mundo o como lo señala una de las mujeres entrevistadas por estos autores: una forma de “estar con adultos” (2009:10).

Es llamativo también la presencia de nociones negativas sobre los roles tradicionales femeninos. De alguna manera, esa ruptura con los roles de género tradicionales asignados a las mujeres pareciera relacionarse con el acceso a la adultez, con la participación activa en la vida adulta. De esta manera, se observa que el referente identitario madre y trabajadora se encuentra en tensión en las identidades de las mujeres estudiadas por López, Findling, Lehner, Ponce, Venturiello, Mario, y Champalbert, (2009), exigiéndoles el establecimiento de prioridades, tiñendo decisiones de culpa, creando necesidades de justificarse, etc. La culpa es, sin duda, una emoción que hay que tener en la mira al estudiar la vivencia de la conciliación entre los ámbitos laboral y familiar. Es interesante contraponer estos hallazgos a los realizados por Covarrubias (2012) que estudia a familias de clase media mexicanas. En este estudio, la totalidad de mujeres entrevistadas habían abandonado sus carreras para dedicarse al cuidado de sus hijos. Aquí nos encontramos con una menor crítica a los roles tradicionales de género. Sin embargo, están presente los sentimientos de culpa en la toma de decisión para abandonar el trabajo extra-doméstico. Esta decisión es vivida como una renuncia de proyectos personales de desarrollo profesional es experimentado como un sacrificio en favor del bienestar de las y los hijos (Covarrubias, 2012:213).

En esta investigación, Covarrubias (2012) identifica también que hay una “toma de distancia” (término que retoma de Esteinou, 1999) de las mujeres respecto al referente identitario de la maternidad. Esta toma de distancia es posibilitada por la diversificación de los mundos de vida social y la multiplicidad de feminidades que se observan en estos. Es decir, que el modelo de la maternidad es relativizado por la coexistencia con otros modelos identitarios, como puede ser el que surge del ámbito laboral, pero también de muchos otros, como la comunidad, la región, un grupo, la religión, etc.

En cuanto a la identidad social que se forma en el trabajo nos encontramos con que este ámbito adquiere en la modernidad un carácter más heterogéneo e inestable, lo que lo convierte en un espacio de construcción de identidades laborales más discontinuas, diversas e inestables (Díaz, Godoy y Stecher, 2005:18). De manera específica para el caso de las mujeres, Beck (2002) señalan que los cambios en los mercados laborales, han dado lugar a cierta tendencia en las trayectorias femeninas a pasar de trayectorias de “vivir para otros” a trayectorias más percibidas como “vidas propias”. Beck (2002) señalan que la relajación del lazo identitario estricto de las mujeres y el ámbito familiar ha resultado en un impulso a la individualización de estas últimas (2002:56). Asimismo, la diversificación y multiplicación de identidades sociales a las que pueden acceder las mujeres en la actualidad puede resultar en tensiones, pues ambos ámbitos requieren la inversión de recursos (ingresos, tiempo, energía, etc.) lo que implica que un ámbito puede crear tensión en otro (Gómez, 2011:103).

La posibilidad de incompatibilidad es mayor conforme más roles se espera que cumplan las mujeres en ambos ámbitos. Sin embargo, es preciso acotar, como identifica Gómez, que no se puede generalizar que en todos los casos la relación entre el ámbito laboral y familiar sea conflictiva “porque, como lo plantea esta modernidad flexible, el proyecto de vida de cada mujer se convierte en un proceso individual connotado desde su propia decisión y enmarcado en un carácter arriesgado y reflexivo” (Gómez, 2011:105). Esta compleja relación entre el ámbito laboral y el familiar en las trayectorias individuales de mujeres desde la perspectiva de formación de identidades ha sido poco estudiada, como algo que se desarrolla en el tiempo, matizado por la construcción social de las etapas de vida, y de manera específica, en el marco de transiciones a la adultez.

Persistencia de las narrativas tradicionales en Uruguay

Las transformaciones de las últimas décadas de 1990 han hecho surgir en la región de América Latina y en Uruguay, de manera específica, la problemática de la adecuación de los ámbitos privado y público teniendo en el centro del debate el bienestar de la población en general y la posibilidad de alcanzar una mayor igualdad entre sexos. Como se señaló anteriormente, en Uruguay se puso en marcha el diseño de un sistema de cuidados nacional, así como otras importantes reformas del sistema de salud y de la seguridad social. En una investigación de 2012, Batthyany, Genta y Perrotta constatan que en la población uruguaya persisten esquemas tradicionales de género a pesar de las transformaciones sociales que se han referido hasta ahora, y que estas persistencias no se distribuyen de manera homogénea en la sociedad uruguaya.

Entre sus principales hallazgos identificaron la prevalencia del “familismo” que es la valoración de la familia (que muchas veces implica solamente a las mujeres de la familia) como el espacio más adecuado para los cuidados, reconociendo los servicios institucionales como menos deseables. Esto está íntimamente ligado a la experiencia inmediata de cómo se resuelven las demandas de cuidado en el hogar, en los hogares con menores niveles socioeconómicos donde generalmente se resuelven en el interior del círculo familiar hay mayor tendencia al familismo. Por otro lado, los hogares con mayores niveles socioeconómicos, que tienen un mayor acceso a servicios, tienen una menor tendencia al familismo (Batthyany, Genta y Perrotta, 2012:67-68). Las autoras señalan que: “las representaciones sociales del cuidado están mediadas por el nivel socioeconómico, lo cual entendemos se vincula a las experiencias de cuidado vividas o conocidas” (Batthyany, Genta y Perrotta, 2012:68).

Otro interesante descubrimiento de la investigación citada es que las diferencias según nivel socioeconómico se observan sobre todo en las declaraciones de varones, mientras que las respuestas de las mujeres no presentan tanta variación. El mandato de género que responsabiliza a las mujeres de los cuidados “trasciende las distintas posiciones sociales de las mujeres” (Batthyany, Genta y Perrotta, 2012:68). De hecho, identifican que este grupo, sin ser tampoco completamente homogéneo, presenta una mayor tendencia a la similitud intragrupo en cuanto a comportamientos independientemente “de su edad, nivel socioeconómico, y educativo” (Batthyany, Genta y Perrotta, 2012:68). En este sentido, se

constata la vigencia de la división sexual del trabajo en lo que se refiere al trabajo no remunerado.

Encontramos que en el “deber ser” que la población atribuye a los varones, una tendencia a que sean percibidos como los responsables de [...] asegurar condiciones económicas, de funcionamiento e infraestructura, así como del cuidado indirecto, aludiendo a su rol de proveedores económicos. Por otro lado, en el “deber ser” de las mujeres éstas son asociadas a su rol de cuidadoras directas, lo cual implica un vínculo íntimo, evidenciándose la vigencia de la división sexual del trabajo [...] El “deber ser” del cuidado impacta sobre la dedicación de tiempo de varones y mujeres a esta tarea. Evidencia de esto es la mayor dedicación de las mujeres al cuidado directo, y la reducción de horas dedicadas al trabajo remunerado cuando tienen hijos, mientras que en los varones ocurre el proceso contrario, tal como lo han evidenciado las encuestas de uso del tiempo (Batthyany, Genta y Perrotta, 2012:68).

Algo que se extrae de la cita anterior, que demuestra la persistencia de la división sexual del trabajo, es que dicha estructura social tiene un desarrollo en el tiempo, estructura la organización de los cursos de vida. Se extrae de este hallazgo que el tener hijos puede ser un punto de giro en las trayectorias de vida, hacia la reducción de la participación en actividades remuneradas de las mujeres o el aumento de horas trabajadas por los varones.

Esto ocurre puesto que las trayectorias laborales femeninas tienden a ser más flexibles respecto a los cambios en las necesidades de cuidado dentro del hogar: “las mujeres declaran [...] modificar su situación en el mercado de trabajo respecto a la reducción de la jornada laboral, ampliación de licencias o incluso abandono del empleo, independientemente de su nivel socioeconómico, nivel educativo y categoría de ocupación” (Batthyany, Genta y Perrotta, 2012:68).

Conclusión

En este capítulo se identifican las principales características de Uruguay y es posible entrever porque resulta un espacio interesante para realizar la investigación. Se puede observar que a lo largo del siglo XX y, sobre todo en las últimas tres décadas, se observaron importantes transformaciones en el papel social de las mujeres en el país, siendo en muchos aspectos la punta de lanza de la región. No obstante, también se identifica la persistencia de narrativas de vida tradicionales, con la persistencia de la división sexual del trabajo, en lo

que se refiere al deber de responder a las necesidades de cuidados. Este deber sigue siendo colocado en los hombros de las mujeres uruguayas. En este sentido, tenemos un escenario en donde mientras las mujeres uruguayas adquieren cada vez más responsabilidades y derechos en el desempeño de actividades remuneradas, siguen manteniendo las cargas morales del cuidado. Estas narrativas generizadas no varían ampliamente entre diferentes niveles socioeconómicos o edades.

En cuanto a la participación en actividades remuneradas, las narrativas de transición a la adultez de mujeres en Uruguay presentan mayor variación según niveles socioeconómicos y cómo estos impactan atraviesan las motivaciones para buscar trabajo remunerado y las condiciones y tipos de trabajo a los que se pueden aspirar dentro del mercado laboral.

Estos hallazgos son un punto de partida que permiten identificar la necesidad de desarrollar estudios a un nivel subjetivo de formación de identidades y que se focalice en la experiencia personal, pues encontramos una tendencia en los estudios ha privilegiar el nivel macro.

Todas las trayectorias cuentan la misma historia: descripción de los casos de estudio

En este apartado se buscará pintar el panorama de los casos bajo estudio. Como se mencionó en la introducción, se llevaron a cabo 33 entrevistas entre julio de 2018 y noviembre de 2019. Las entrevistas se recolectaron siguiendo un esquema de muestreo intencional, para conseguir la mayor pluralidad en cuanto a orígenes sociales y tipos de trayectorias, sirviéndose de la técnica de bola de nieve también. A continuación, se hará un recuento de las principales características de la población de estudio.

Características generales de la población de estudio

Durante el trabajo de campo realizado en el segundo semestre de 2018, se realizaron un total de 33 entrevistas, seleccionadas en razón de la edad y buscando variabilidad en niveles socioeconómicos y en tipos de trayectorias. Esta decisión se tomó a partir de la consulta de diversos datos y estudios sobre adultez en Uruguay.

Como en este trabajo interesa hacer una reconstrucción en retrospectiva de la transición a la adultez, se centró la atención en mujeres mayores de 30 años, que ya habían pasado por

al menos dos hitos de transición a la adultez, sobre todo, que no viven en su hogar de origen y trabajan de manera remunerada. El rango de edad de las entrevistadas es entre 31 y 65 años, aunque la mayor parte se concentra entre los 30 y 40 años de edad (21 de las 33 entrevistadas), después tenemos siete casos de mujeres entre 41 y 46 años, y cinco casos entre 52 y 65 años. La selección de los casos estuvo guiada por la búsqueda de variabilidad en las ocupaciones y en las trayectorias de vida.

En cuanto a las características de la muestra tenemos que el ingreso promedio de las mujeres en las ocupaciones en donde se concentran las entrevistadas era de \$32.424, poco menos de dos salarios mínimos (\$U16.800,00) del salario promedio de la ocupación de acuerdo a datos de la ECH 2018. Esto se calculó a partir nivel de ingresos promedio de las mujeres en la ocupación, no del reporte directo de las entrevistadas. No se puede dejar de lado, que estos ingresos hacen referencia únicamente al ingreso de la persona entrevistada, por lo que no se está incluyendo en estos los ingresos totales del hogar.

En varios casos, las mujeres entrevistadas viven en pareja, por lo que es de suponer que hay más de un adulto con ingresos en el hogar. Asimismo, tenemos casos de mujeres con y sin hijos, lo que permite suponer que el ingreso no representa lo mismo para ellas que para aquellas que no cuentan con dependientes económicos. A pesar de esta limitación, hay una ventaja en el hecho de partir de un proxy del ingreso de la persona entrevistada, pues se evita a través de esta medición derivar del ingreso del hogar, el nivel socioeconómico de la entrevistada. Esto tiene sus ventajas en tanto que nos permite evitar los sesgos que surgen de la distribución inequitativa de ingresos al interior del hogar.

La siguiente tabla de doble entrada da cuenta de la distribución de los casos según los indicadores de nivel socioeconómico. Como era de esperar, se observa que hay una cierta relación entre el nivel educativo y el nivel de ingresos, aunque nos encontramos con que, en no pocos casos de mujeres entrevistadas que terminaron la educación terciaria, se presentan un nivel de ingresos menores a 2,5 salarios mínimos. Sin embargo, sería difícil encontrar los casos contrarios, de mujeres con educación a nivel básico concluido o no concluido con ingresos mayores a 4,23 salarios mínimos.

Tabla 3. Nivel de ingresos de acuerdo a la cantidad de salarios mínimos.

Niveles	Clasificación según cantidad de salarios mínimos
BAJO	0.79 a 1.93
MEDIO	1.94 a 4.23

Tabla 4. Distribución de los casos según variables socioeconómicas

Nivel educativo	Nivel de Ingresos		
	Bajo (\$13.239 a \$32.424)	Medio (\$32.425 a \$71.085)	TOTAL
Educación terciaria profesional	7	12	19
Educación terciaria técnica	2	2	4
Educación básica completa	1	1	2
No finalizó la educación básica	7	1	8
TOTAL	17	16	33

Hay que tomar en cuenta que los niveles de ingresos sólo consideran el ingreso promedio de las mujeres en la ocupación de la entrevistada, sin incluir otros ingresos que entran al hogar y que trastocan el nivel del hogar en su conjunto. No es una medida por lo tanto del nivel socioeconómico del hogar, salvo en el caso de las mujeres que son el único ingreso en la familia.

Frente a esta dificultad se tomó en consideración la información que surgió de la entrevista, sobre si la persona convive con una pareja que trabaja, o si, viviendo por su cuenta, reciben algún tipo de apoyo familiar o algún tipo de pensión alimenticia por parte de la expareja. De esta manera, podemos hacer una estimación más precisa de la variabilidad de nivel socioeconómico de la población de estudio.

Tabla 5. Niveles socioeconómicos identificados en la muestra

Niveles socioeconómicos al interior de la población de estudio				
		Nivel de Ingreso		Total
		Bajo	Medio	
Ingreso único en el hogar	Sí	9	8	17
	No	8	8	16
Total		17	16	33

La tabla 6 nos permite identificar distintos indicadores al interior de la muestra que dan cuenta de la variabilidad de los niveles socioeconómicos. Esto se puede hacer más específico si se incluye la presencia o ausencia de dependientes en el hogar (tabla 7). En esta última tabla, podemos identificar los ejes de comparación entre niveles socioeconómicos al momento de hacer el análisis.

Tabla 6. Distribución de caso según presencia o ausencia de dependientes económicos en el hogar

		Dependientes económicos en el hogar				Total
		Sí		No		
Nivel de ingresos de la mujer		Bajo	Medio	Bajo	Medio	
	Sí	5	1	3	4	13

Ingreso único en el hogar	No	4	11	5	0	20
Total		9	12	8	4	33

Se considera que estas tres dimensiones dan cuenta de importantes diferencias de los niveles socioeconómicos entre las entrevistas. Por razones prácticas se conformarán grupos de comparación a partir de la tabla 5, en la que se identifican 4 grupos según distintos niveles socioeconómicos. La distinción sobre la presencia o ausencia de dependientes económicos se considera en el análisis, pero no en la construcción de niveles socioeconómicos de los casos. Los cuatro grupos cuentan con las siguientes características:

1. El primer grupo es el que representaría la “mejor” posición económica, se trata de aquellas que cuentan con más de un único ingreso en el hogar y el salario promedio de la ocupación donde se desempeñan se encuentra entre \$32.425 y \$71.085 pesos mensuales. En esta categoría tenemos 9 casos.
2. El segundo grupo se trata de aquellas entrevistadas que cuentan con más de un único ingreso en el hogar y el salario promedio de la ocupación donde se desempeñan se encuentra entre \$13.239 y \$32.424 pesos mensuales. En esta categoría tenemos 8 casos.
3. El tercer grupo está constituido por entrevistadas que viven en hogares donde sólo hay un único ingreso (el suyo) y que perciben un salario que se encuentra aproximadamente entre \$32.425 y \$71.085 pesos mensuales. En esta categoría tenemos 8 casos.
4. El cuarto grupo está constituido por entrevistadas que viven en hogares donde sólo hay un único ingreso (el suyo) y que perciben un salario que se encuentra aproximadamente entre \$13.239 y \$32.424 pesos mensuales. En esta categoría tenemos 8 casos.

Como se mencionó arriba, la conformación de estos grupos sirve de guía para poder identificar cómo los relatos de vida de mujeres de niveles socioeconómicos parecidos

significan la adultez y cómo estas fronteras sociales exhiben que la generización de los cursos de vida no se puede entender sin la intersección con otros ejes de diferenciación social, en este caso, el nivel socioeconómico. Estos grupos dan cuenta del nivel socioeconómico actual de las entrevistadas. Sin embargo, nos interesa tener una mirada longitudinal de su curso de vida. Este nivel socioeconómico actual no es representativo del resto de su vida y esto es un elemento que se tendrá en cuenta en el análisis.

GRUPO 1

- El primer grupo está conformado por mujeres que cuentan con más de un único ingreso en el hogar y el salario promedio de la ocupación donde se desempeñan se encuentra entre \$32.425 y \$71.085 pesos mensuales (entre 2 y 4,23 salarios mínimos).
- En esta categoría tenemos 8 casos.
- Las edades van entre los 31 y los 42 años de edad. En cuanto a los niveles educativos tenemos que todas, excepto una, hicieron estudios universitarios. Algunas incluso estudiaron una maestría (4).
- El salario promedio femenino de sus ocupaciones supera en casi todos los casos los \$40,000.00 pesos mensuales, con excepción de una, la única que no cuenta con estudios universitarios, que trabaja como auxiliar de tráfico de una aerolínea, ocupación que tiene un ingreso promedio de poco más de \$33.000,00 pesos mensuales.
- Todas tienen por lo menos 1 hijo/a y 3 de ellas tienen dos.

GRUPO 2

- En este grupo se encuentran mujeres que viven en un hogar donde hay más de un ingreso (el suyo y el de sus parejas, ya sea por cohabitación o por pago de renta manutención).
- El salario promedio de la ocupación donde se desempeñan se encuentra entre \$13.239 y \$32.425 pesos mensuales (es decir, entre 0,79 y 1,88 salarios mínimos).

- En esta categoría tenemos 9 casos.
- Las edades van entre los 31 y los 57 años de edad.
- En cuanto al nivel educativo, tenemos que 4 mujeres que terminaron una carrera universitaria. Otras dos realizaron estudios de Magisterio y una tecnicatura, y dos tienen la educación básica trunca.
- Cuatro de ellas tienen hijos, una de las cuales tiene 2 hijos. Cinco de ellas no tiene hijos.

GRUPO 3

- En este grupo se encuentran las mujeres cuyo ingreso es el único dentro del hogar y que se desempeñan en ocupaciones con un salario promedio entre \$32.425 y \$71.085 pesos mensuales.
- En esta categoría tenemos 8 casos.
- Las edades van entre los 31 y los 43 años de edad.
- El nivel educativo alcanzado es heterogéneo. Cinco casos cuentan con educación universitaria (dos de ellas tienen una maestría). Dos de las entrevistadas en este grupo realizaron estudios de magisterio y una tecnicatura. Finalmente, una cuenta con una educación básica trunca.
- Cuatro tienen hijos (una tiene dos). Las otras cuatro no tienen hijos ni ningún otro dependiente económico.

GRUPO 4

- En este grupo se encuentran las mujeres cuyo ingreso es el único dentro del hogar y que se desempeñan en ocupaciones con un salario promedio entre \$13.239 y \$32.425 pesos mensuales.
- En esta categoría tenemos 8 casos.
- Las edades van entre los 31 y los 65 años de edad.

- En cuanto al nivel educativo, tenemos 2 casos con educación universitaria (dos de ellas tienen una maestría). Cinco de las entrevistadas en este grupo tienen la educación básica trunca y una tiene como último nivel educativo alcanzado el liceo.
- Cinco tienen hijos (cuatro de ellas tienen dos). Las otras tres no tienen hijos ni ningún otro dependiente económico.

Diversidad de trayectorias a la adultez

Al interior de los casos nos encontramos con una amplia diversidad en cuanto a las trayectorias de transición a la adultez experimentados por las mujeres entrevistadas, esto se puede observar en el número de trayectorias identificadas entre las entrevistadas, que son 18 (ver Imagen 1 y 2). Estas trayectorias se reconstruyeron a partir de los hitos de adultez tradicionalmente identificados por los estudios sociodemográficos de transición a la adultez (salida de los estudios, emancipación del hogar de origen, formación de pareja, tenencia del primer hijo), que nos permiten agrupar las trayectorias, aunque resulta claro que esta agrupación deja fuera varios hitos alternativos que se identificaron en las narraciones de la entrevistadas y que resultaron significativos para ellas y para la construcción de subjetividad, como son: migración a Montevideo desde el interior, el abandono de carrera profesional, el cambio de estudios profesionales, cambios de ocupación, separaciones de pareja tras convivencia, tenencia del segundo hijo (ninguna tiene más de dos hijos), malas experiencias laborales, entre otras. Estas experiencias serán retomadas más adelante. En este apartado el interés es brindar una primera aproximación a las entrevistas y describir sus características principales, siguiendo las decisiones para la selección de casos y como ejes para la saturación de experiencias en torno a la adultez.

Imagen 1. Trayectorias de mujeres que terminaron educación básica

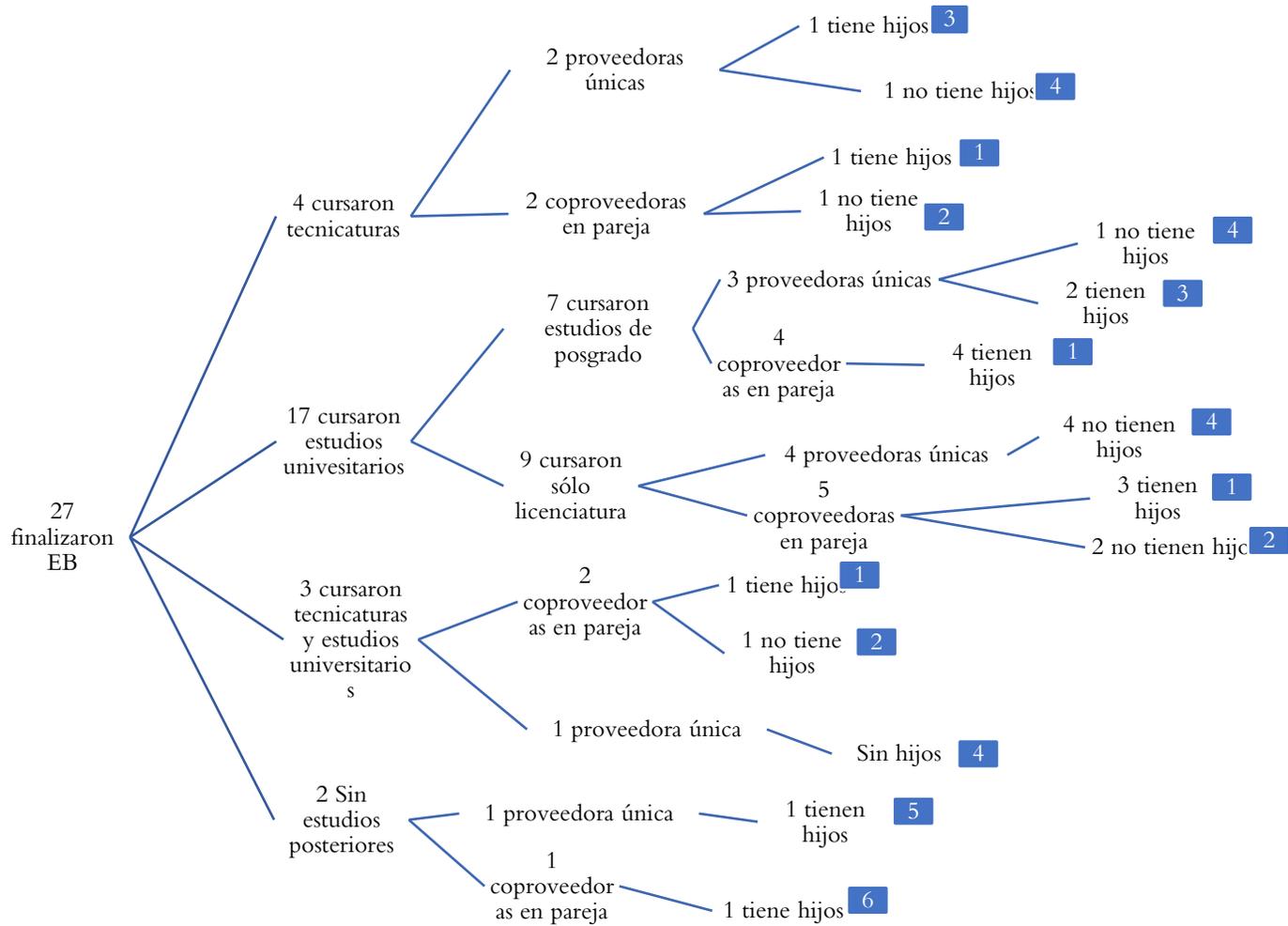
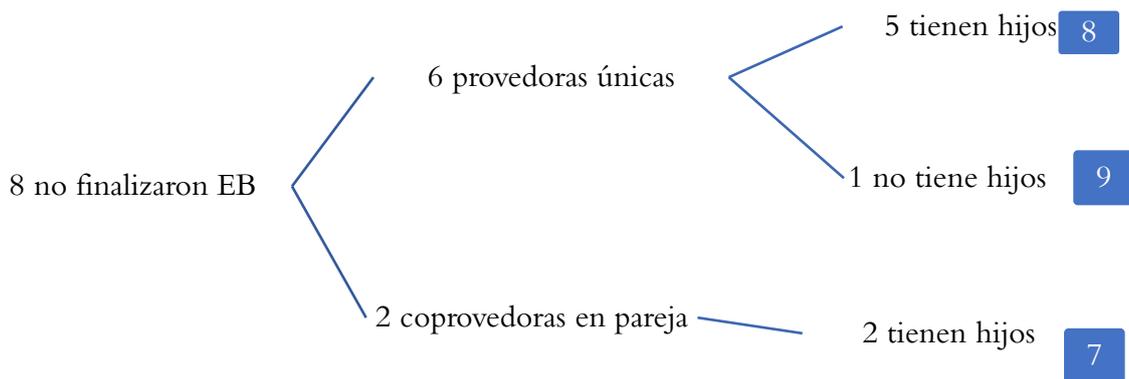


Imagen 2. Trayectorias de mujeres que terminaron educación básica



El número de casos por trayectoria que tenemos varía mucho, para lograr un mayor equilibrio en los casos se pensó en la siguiente tipología. Se parte del nivel educativo como la base de diferenciación entre las distintas trayectorias pues la educación es un importante eje de diferenciación social y de nivel socioeconómico.

Tabla 1. Trayectorias

Trayectoria	Número de casos
1. Educación terciaria que convive con una pareja y con hijos.	10
2. Educación terciaria con convive con una pareja y sin hijos.	4
3. Educación terciaria cuyo ingreso es el único en el hogar y con hijos.	3
4. Educación terciaria cuyo ingreso es el único en el hogar y sin hijos.	6
5. Educación básica completa sin estudios posteriores cuyo ingreso es el único en el hogar y tienen hijos	1
6. Educación básica completa sin estudios posteriores convive con una pareja y tienen hijos	1
7. No finalizó la educación básica, convive con una pareja y tiene al menos un hijo	2
8. No finalizó la educación básica cuyo ingreso es el único en el hogar y tiene hijos	5
9. No finalizó la educación básica, cuyo ingreso es el único en el hogar y no tiene hijos	1
TOTAL	33

Las mujeres entrevistadas, a pesar de ser todas adultas en términos puramente etarios, no presentan en su conjunto un panorama homogéneo de la transición a la adultez.

Esto se da en diversos planos. En primer lugar, se observa diversidad en cuanto a los hitos de adultez que han vivido. Estos no se encuentran presentes en todas las narraciones, sobre todo aquellos relacionados con la formación de pareja y la tenencia de hijos, que son los que presentan más heterogeneidad. Por otro lado, por las características del estudio y la selección de casos, nos centramos en mujeres activas económicamente, por lo que todas las mujeres han ingresado en algún momento al mercado laboral, aunque sus puntos de partida en cuanto a nivel educativo alcanzado varían ampliamente.

En segundo lugar, en lo que corresponde al ordenamiento temporal de los hitos de transición a la adultez se observa un panorama sumamente diverso en el que los distintos eventos no se suceden en un orden común a todas y lineal, sino que se observan eventos que se dan en paralelo y eventos que se dan más precozmente en algunas narraciones que en otras. Asimismo, se observa que en las narraciones la transición a la adultez no es lineal, se observan “avances” y “retrocesos”, “destiempos”, en fin, una gran complejidad en cuanto al ordenamiento temporal de los hitos de transición a la adultez.

Es posible sostener que la trayectoria 1 es aquella que más se apega a la narrativa de adultez normativa. Las mujeres adultas con estas trayectorias han terminado sus estudios hasta el nivel terciario, se encuentran en una pareja consolidada y tienen hijos. Este es el caso de 10 de las entrevistadas: Diana (31 años), Raquel (35), Renata (35), Sandra (37), Tania (39), Úrsula (39), Vanessa (40), Sonia (41), Yolanda (41) y Berenice (42). En una primera parte del análisis nos concentraremos en estas narrativas buscando identificar el peso de la división sexual de las esferas de vida en sus identidades, las tensiones y la manera agéntica en que se resuelven en las narrativas personales.

Las demás trayectorias se “desvían” de las trayectorias esperadas en diversas dimensiones:

1. **“Desviación” en la formación:** se observa una desviación en cuanto al nivel educativo esperado. Mas allá de la desigualdad socioeconómica que surge de esta diferenciación entre casos, nos interesa analizar cómo se acomoda, se refigura y se interpreta esta “desviación” de la narrativa normativa en las historias de vida, cómo es relacionada narrativamente con otros ámbitos de la vida (trabajo y familia) y qué peso tiene en las construcciones de identidades narrativas. En este caso se identifican 10 casos: Delia (46), María (33), Gisela (56), Hilaria (57), Beatriz (31), Wendy (40), Zelma (42), Estefanía (52), Ida (65) y Flavia (53).

2. **“Desviaciones” en las trayectorias familiares:** la narrativa normativa de adultez plantea la formación de pareja y el tener descendientes son hitos clave de esta transición. Nos encontramos con casos en que estos eventos no están presentes en las vidas de las entrevistadas, por diversas razones. En este ámbito, distinguimos las desviaciones en ambos eventos claves: formación de pareja y tener hijos(as), para explorar el peso que esto tiene en las identidades narrativas, qué implica para la formación de identidades de género y cómo se negocian las tensiones.
- a. **No estar en pareja.** Este es el caso de 17 de las entrevistadas: Ilana (32), Patricia (34), Candelaria (43), Alondra (31), Carolina (31), Fernanda (31), Helena (32), Juana (32), Nadia (33), Olga (33), Delia (46), Gisela (56), Hilaria (57), Beatriz (31), Wendy (40), Zelma (42), Estefanía (52), Ida (65) y Flavia (53).
 - b. **No tener hijos(as).** Este es el caso de 12 de las entrevistadas: Georgina (32), Karla (32), Laura (33), Abril (42), Alondra (31), Carolina (31), Fernanda (31), Helena (32), Juana (32), Nadia (33), Olga (33), Flavia (53).

Estas líneas de quiebre con las narrativas normativas nos permitirán tematizar y organizar el análisis de los datos obtenidos en las entrevistas.

Pasaje de la formación al empleo

Un elemento que fue muy llamativo, en el cuerpo de las 33 entrevistas, fue la prevalencia de mujeres que trabajaron de manera remunerada antes de terminar la educación básica, 15 de las entrevistadas relató haber realizado algún tipo de trabajo en su adolescencia. Por lo general, los trabajos remunerados que se desarrollaron en estos momentos fueron con una baja de demanda de horarios y con salarios muy bajos. Sobre todo, cuando las entrevistadas tenían 15 años o más o en los últimos años del liceo. Contrario a lo que se podría pensar, este evento no es exclusivo de las mujeres provenientes de hogares de estratos medios bajos y bajos. Por ejemplo, de las 20 entrevistadas con estudios terciarios, 15 trabajaron de forma remunerada antes de salir de la educación básica.

Asimismo, se observa que la salida de la formación al empleo no es unidireccional, sino que se hay casos de entrevistadas que, a pesar de haber abandonado su educación en un momento, más tarde buscan reintegrarse a la educación. Uno de estos casos es el de una entrevistada que no terminó la educación básica y que ahora está en un programa que

le permite finalizar sus estudios. Igualmente, tenemos el caso de una entrevistada que decide estudiar una segunda carrera tras tener hijos, al encontrar que su carrera inicial no le permite conciliar el trabajo con la crianza. Tenemos también casos de entrevistadas que refieren tomar cursos de educación informal, para formarse como talleristas en diversos temas. Asimismo, nos encontramos con casos en que se hicieron varios cambios de carrera durante los años de estudio, con intermedios de dedicarse únicamente al trabajo. Igualmente, y relacionado con el trabajo que se lleva en paralelo al estudio, se observan procesos de titulación y de obtención del título universitario muy largos, con muchos años de distancia entre el inicio de la carrera profesional y la obtención del título.

Otro elemento que llama la atención es la cantidad de entrevistadas que indican haber trabajado durante sus estudios superiores. Como señala una entrevistada: “la gente que se recibe sin haber trabajado es como que, es rarísimo y le cuesta el triple conseguir trabajo que a alguien que se recibió trabajando, pues como que ya vas agarrando experiencia”. Esto también puede tener efectos adversos en la continuidad de la educación, como el caso de una de ella, que terminó abandonando los estudios para enfocarse en el trabajo.

Esto se dio en casi todas las trayectorias con estudios terciarios, salvo un caso. En muchos de estos casos, tenemos que las mujeres señalan haber empezado a trabajar cuando estaban terminando la carrera, pero en gran parte de ellas el trabajo y el estudio se desarrolló en paralelo.

Emancipación del hogar de origen

Asimismo, las narraciones mostraron que la salida de la casa de los padres tiene características y temporalidades que no reflejan el esquema tradicional de construcción de autonomía. Por ejemplo, tenemos múltiples casos de entrevistadas que dejaron de vivir en la casa de sus padres, sin dejar de ser dependientes o contar con los recursos suficientes para mantenerse por su cuenta. Este es el caso de las mujeres que provienen del interior, donde hay menos oportunidades y opciones para ingresar a la educación terciaria, y que migraron a la capital para continuar con sus estudios. En varios casos, esto fue posible con la ayuda de becas de vivienda (casas de estudiantes) y de alimentación, y casi todas tenían el apoyo de sus padres (en mayor o menor medida) en especie (a través de encomiendas de comida) o en forma de dinero. Sin embargo, también tenemos casos de entrevistadas cuyos padres tienen que partir al extranjero, sobre todo por razones laborales, y ellas se quedan en casas de familiares o en la casa familiar, pero solas. En este último caso, se destaca un caso cuya madre tiene un trabajo que la obliga a pasar

largas temporadas en el extranjero (años) y volver por temporadas al país, por lo que la “emancipación” de la entrevistada era intermitente.

Otra observación tiene que ver con que la salida del hogar de origen no es un proceso “sin retorno” sino que se observa que en ocasiones regresar a vivir con los padres forma parte de estrategias para amortiguar situaciones que vulneran la situación económica de la persona y que las hacen necesitar de mayor apoyo, tanto financiero como en términos de contención, como en el caso de embarazos no planeados, y de desempleo. En los casos estudiados, se trata siempre de retornos pasajeros, tras los cuales las entrevistadas vuelven a vivir por su cuenta. Asimismo, nos encontramos con casos en que los papeles se invierten, es decir, son los padres los que van a vivir con ellas, en un caso, una de las entrevistadas es jefa de familia de un hogar en donde viven su hijo y su madre, quien se hace cargo de cuidar al hijo, o en otro caso, su abuela (con quien vivió durante los estudios) va a vivir con ella y su pareja por necesitar apoyo con los cuidados.

Asimismo, hay una gran diversidad de arreglos que acompañan el vivir de manera independiente, esto no sólo se desarrolla en el marco de la construcción de una pareja, sino que varios casos las entrevistadas salieron de casa de sus padres para vivir en casas de estudiantes, en pensiones, en casas de familiares o de familias sin parentesco con la entrevistada, en casas alquiladas con amistades y/o hermanos y, en pocos casos, para vivir por su cuenta. Las mujeres entrevistadas se refieren a la dificultad de vivir “solas” debido a los altos alquileres, por lo que tuvieron que unirse a amistades o familiares para poder emanciparse o ir a estudiar o trabajar en la capital. Asimismo, en un caso la entrevistada se refirió a haber vivido con una familia que eran conocidos de una amistad de sus padres al llegar a la capital. En un caso también se vio un episodio en que la entrevistada no tuvo un domicilio fijo durante una temporada, para ahorrar para un viaje, y vivió en casas de amistades y hostales.

Primera unión y formación de familia

Otro elemento que llama la atención de las narraciones es la diversidad de “arreglos” familiares y de vivienda que se expresan. En ningún caso, la primera unión (es decir, la primera cohabitación con una pareja) tiene lugar antes de la entrada al mercado de trabajo. Si bien se observa que en la mayoría de los casos la salida de la casa de los padres se realiza en paralelo a la primera unión en pareja, en casi todos los casos, la convivencia en pareja antecede al evento de matrimonio y en muchos casos la pareja nunca se casa. Asimismo, tenemos un caso de una entrevistada que se refiere a una temporada en la que

su pareja y ella vivieron juntos en la casa de su madre hasta que se casaron y pudieron juntar los medios para alquilar una casa por su cuenta.

Otro elemento bastante difundido entre las entrevistadas es la presencia de separaciones de pareja tras haber convivido, como hitos muy importantes en la construcción de subjetividad de las personas. En algunos casos, estas separaciones se relacionaron con episodios de violencia doméstica. El incorporar las separaciones en el cuadro de las “transiciones a la adultez” implica alargar este proceso a los tiempos que normalmente se contemplan en los estudios de adultez. Esto no implica considerar que las mujeres que no se han separado o que no se separan sean “menos adultas” sino justamente reconocer que la adultez es siempre un proceso inacabado el cual adquiere nuevas capas de sentido e interpela la subjetividad de las personas en el marco de este tipo de experiencias. En este sentido, es preciso recalcar que la adultez no es una evolución con etapas preestablecidas, sino un rompecabezas de experiencias, sumamente diversas, que configuran la construcción de la subjetividad adulta.

Casi todas las mujeres que viven por su cuenta en el momento de la entrevista, a excepción de dos, tuvieron al menos un episodio de convivencia con una pareja. Asimismo, tenemos tres casos de embarazos no planeados en que las mujeres entrevistadas son jefas de hogar (en un caso, no sólo se hace cargo de su hijo sino de su madre, con quien comparte la crianza). Dos de estas mujeres nunca convivieron con el padre de sus hijos o con alguna pareja, y una de ellas sólo tuvo un evento de convivencia durante siete meses del embarazo, tras los cuales regresa al hogar de origen y no vuelve a formar una pareja. De hecho, señala no aspirar a eso sino a una relación de “tú en tu casa y yo en la mía”. Asimismo, la tenencia de hijos no tiene lugar en todos los casos tras finalizar los estudios, algo que se observa sobre todo en el caso de mujeres que cursaron posgrados.

Todas las narrativas de las trayectorias cuentan distintas historias

Análisis de las tramas en narrativas personales de transición a la adultez

En el marco de esta investigación se llevaron a cabo 33 entrevistas, con diversas trayectorias que se condensaron en 8 tipos de modelos de trayectorias a partir del nivel de estudios, la formación de pareja y el haber tenido hijos (en el anexo 1 se presentan los 8 modelos de trayectorias y cuadros que resumen las principales características de los casos). En este apartado se presenta un análisis de las narrativas estudiadas en el que se busca retratar cómo las entrevistadas interpretan eventos relevantes para la transición a la adultez: elección de carrera, valoración del trabajo, formación de parejas y maternidad.

Esto se lleva a cabo teniendo en cuenta las diferentes trayectorias desde las que se están valorando, es decir, la diversidad de vivencias relacionadas con dichos eventos y cómo estas trastocan las historias que quieren contar sobre estos eventos, las tramas que construyen alrededor de ellos.

A. Tramas sobre la elección de salida laboral

Un tema que resulta interesante para explorar por la diversidad de tramas que se identificaron fue el de la elección de carrera. Tenemos, de manera general, que en dos tipos de trayectorias nos encontramos frente a niveles de reflexividad muy distintos. Las mujeres entrevistadas que realizaron estudios terciarios estuvieron confrontadas a la cuestión de decidir su línea de estudios, esto se reflejó en sus narrativas en la manera en que tuvieron que hacer un análisis de sus intereses y sus expectativas a futuro.

Por otro lado, las entrevistadas que no llegaron a ese nivel educativo, no estuvieron confrontadas a decidir entre un abanico de opciones, sino que recurrieron más a las salidas laborales que les ofreció el entorno. Esto hace que en sus historias este momento no sea un momento de reflexión sobre sus gustos y preferencias.

Evidentemente esto no quiere decir que en ambos tipos de trayectorias sea una cuestión binaria de reflexividad vs no reflexividad, pues nos encontramos con que la agencia se juega en otro tipo de decisiones. En este capítulo se describirán algunas de las tramas sobre la elección de carrera.

Hay elecciones de carreras que se hacen desde construcciones de género. Diana, por ejemplo, basa su elección de carrera en la búsqueda de un espacio que conviva bien con su principal objetivo que es tener una familia. Para ella, este objetivo es algo “de

mujeres”, es decir, se trata de un objetivo generizado. Ella relata de la siguiente forma su proceso de decisión:

La elección de la carrera de escribanía fue muy básica, muy básica en realidad mi elección, muy básica. En realidad, a ver, ahora sí me encanta, pero en ese momento no sabía mucho. Y mamá que sí me conocía mucho, me dijo “Diana, vos que sos bien Susanita, que te encanta tu familia, escoge escribanía que es algo que va a ser bien compatible, para ti y cuando te hagas tu familia”, y la verdad que fue tal cual. Y, aparte, no sé cómo es allá, pero acá es, la verdad que es una carrera bien de nena, o sea, de mujer. Mismo vas a la facultad y somos casi todas mujeres.

Este caso resulta el único en el que la entrevistada escogió su carrera en razón de su compatibilidad con la vida familiar y admitiendo una decisión de cumplir con una cierto ideal de feminidad, aunque es importante destacar que ella no lo presenta como un deber, sino como una preferencia, algo que surge de su autoidentificación consciente, dando cuenta de un grado importante de agencia.

Varias entrevistadas con carreras de nivel terciario explicaron su decisión de seguir una cierta carrera por su interés en las matemáticas y las ciencias, que son ramas de estudio que rompen con ciertos conceptos tradicionales sobre feminidad, este es el caso de Vanessa, Sonia, Úrsula, Sandra, Berenice, María y Patricia. Sin embargo, en sus narrativas, esto no siempre es presentado como una “ruptura” de esquemas. Por ejemplo, Vanessa señala que su decisión de estudiar contaduría se dio más como “por descarte”. Por su parte, Úrsula relata como su elección de entrar en la Facultad de Ciencias Económicas fue una respuesta al deseo de su padre, que esperaba que estudiara finanzas, aunque ella se rebela y al final decide estudiar economía.

Úrsula:

Mi padre era empleado bancario y desde chica me preparaba para la prueba de ingreso que iba a hacer en algún momento, a partir de los 14 años, las vacaciones las pasábamos haciendo ejercicios de matemáticas financieras, me acuerdo, y practicando escribir a máquina, preparándome para eso y siempre se me puso en la cabeza que quería ser contadora ¿no? que tampoco sabía mucho porque ninguno de mis padres hizo terciario. No hicieron ninguna facultad. Y entré a facultad, y me gustó más la economía y se lo planteé a mis padres. Me dijeron: “no, mira, no hay trabajo para eso”, esto era el año 98, 99, entonces, empecé a hacer las dos

carreras a la vez. En tercer año decidí volcarme en economía, conseguí un trabajo como estudiante de contabilidad y mientras tanto arreglé con mis padres que seguía economía a mi riesgo, como tenía trabajo, no me embromaban.

Por su parte, Sonia, Sandra y María si presentan mayores niveles de reflexividad y hablan de su decisión como algo que surge de una cierta idea de sí mismas. En el caso de Sandra, sí hay cierta consciencia de que su elección representa una ruptura con opciones más tradicionales, aunque ella no se refiere a tradicionales en términos de género, sino de cursos de vida normativos, en los que se privilegian carrera como la medicina y la abogacía. En su narración, Sandra señala:

Para estudiar eso tenía muchos motivos, yo que creo que uno de los motivos es que yo iba a curar el cáncer y muchas enfermedades, tenía todos esos ideales, que iba a cambiar el mundo. Y me gustaba mucho la química, particularmente, también las matemáticas, física, y eso, pero la química me gustaba mucho, me gustaba todo el tema de los virus, de las bacterias, y también me gustaba el reto ¿no? de lo que era estudiar una carrera que era científica, que era distinta, que no eran las tradicionales.

Más allá de estos casos, en que las entrevistadas hicieron estudios universitarios, nos encontramos con el caso de Patricia que no llegó a estudiar la universidad por razones de índole económica de su familia, pero pudo estudiar para ser técnica farmacéutica.

Patricia

Se me ocurrió hacer eso, el curso de auxiliar de farmacia hospitalaria, que me llevó un año y pico. Y después que me recibí, empecé a dejar los currículums a todos los hospitales. Lo elegía porque me gusta la parte de la química, el saber de medicamentos, cómo funcionan. Papá lo que quería era que hiciera una carrera rápida para que consiguiera un trabajo rápido. El tema es que yo lo que quería estudiar era química farmacéutica, pero no me lo pudieron solventar los gastos. Entonces hice el curso ese.

Otro caso en el que hubo un interés por desarrollar una carrera en una línea poco tradicional en términos de género fue el de Estefanía. En un momento, mientras se desempeñaba como trabajadora doméstica, sus patrones la apoyaron para que estudiara algo. Ella decide ir a buscar opciones en una escuela técnica.

Estefanía:

A mí la peluquería no me gustaba y había chapa y pintura, así que me anote en ese curso. Sufrí el maltrato psicológico de los compañeros, porque eran todos varones, pero para mí fue una experiencia muy linda, porque logré llegar a eso de decir no sólo los hombres pueden hacer capa y pintura. Igual me costó, me costó al punto de pelearme de puñetazos ¿entendés? y mostrar que la mujer no era solo para lavar la ropa y cocinar. Ellos no aceptaban a una mujer haciendo el mismo trabajo, con buenas notas también.

Yo fui y me gustó, daban teórico y práctico. Fue una cosa muy linda, fue una experiencia muy buena de mi vida, pero tuve que dejar por la rotura de la rodilla. No podía seguir estudiando y yo tenía necesidad de trabajar. Tenía que vivir y pagar alquiler, entonces algo tenía que hacer. Y empecé a cocinar y a trabajar como limpiadora, otra vez y después ya me fui quedando y me fui olvidando de la chapa y pintura.

Este caso resulta interesante porque la entrevistada reflexiona sobre el ocupar un espacio masculinizado y las dificultades que enfrentó, aunque no es un relato de lamento, sino que expresa que se trató de una vivencia muy buena en su vida. En dónde pudo demostrar: “que la mujer no era solo para lavar la ropa y cocinar”. Sin embargo, su situación económica reforzó el *path dependence* de la carrera como trabajadora doméstica que había desarrollado hasta ese momento y no pudo seguir ese camino.

En general, la estructura de la narrativa sobre cómo se eligió la carrera hace que las entrevistadas se remitan a reconstruir como desde su niñez ya había señales o indicios del camino que tomaría su carrera. Renata, por ejemplo, es una apasionada consultora para emprendimientos. Ella estudia dirección de empresas, con énfasis en marketing, pero después de una experiencia laboral en una fundación enfocada en la promoción del espíritu emprendedor en jóvenes, ella siente que encontró su “verdadera” vocación, una que marca fuertemente el resto de su relato. Al hablar de esto, reconstruye de esta manera su adolescencia:

Renata:

En realidad, yo siempre fui como muy pro activa desde chica, desde joven. Y sin que mis padres me dijeran “andá a trabajar, tenés que empezar a generar ingresos”,

yo tenía claro que cuando cumpliera 18 años iba a empezar a trabajar para tener mi propio dinero, aunque sea poco. Entonces a los 18 años empecé a trabajar.

Por su parte, Alondra también cimienta su elección de carrera (Trabajo social) en intereses que tenía desde la niñez.

Alondra

Siempre me gustó como desde niña, como desde la adolescencia, no sé. En realidad, me gustaba ayudar digamos, no sabía que existía esto, y fui como delineando qué era esto, o me daba rabia pila de injusticias, no sabía que se podía hacer, y fui como delineando a terminar en la carrera digamos, o enterándome que existían esas cosas.

Estas dos tramas que narran la elección de carrera como algo que se origina en un rasgo de la personalidad, algo más dado, tienen cierto parecido con la trama desarrollada por Ilana, aunque esta última, aunque también identifica el origen de su elección en algo interno, lo explica también en términos de intencionalidad, de elección.

Ilana:

Decidí que quería dedicarme a la investigación a los 15 años. En realidad, fue así: tenía que elegir entre humanístico, científico o biológico. Yo no tenía preferencia, por mí, quería hacer las 3 cosas, las 3 cosas me gustaban, yo no tenía mucha idea. Entonces *terminé en la biblioteca buscando las carreras que había y viendo lo que más me gustaba, y justo en los libros que encontré en la biblioteca siempre decía docencia o investigación, y yo decía: docencia no, me embola, yo quiero investigar*. Siempre me gustó estudiar. Para mí nunca fue un esfuerzo ponerme a leer, o ponerme a buscar cosas o sea siempre lo tuve, desde que iba al liceo, era la más nerd de todas.

Además de estas tramas que interpretan la elección de carrera como algo que surge de un interés esencial o de un rasgo de personalidad, es decir, que tiene un origen en el individuo, nos encontramos con las tramas que también se remiten a sus infancias, pero identifican elementos externos que empujaron sus trayectorias a esas vías. Por ejemplo, los casos de Raquel y de Olga.

Raquel:

Yo me fui por las ciencias políticas porque desde la adolescencia mis padres militaban bastante los dos y siempre me interesó mucho, el vínculo entre lo político-partidario y la política, la hechura de las políticas, y por ahí a los 16 años, estaba en el liceo y tuvimos una profesora de sociología muy buena, una veterana muy “cra” que nos propuso hacer un proyecto de investigación y con un grupo de compañeras decidimos investigar, en aquel momento había 4 mujeres en el parlamento uruguayo y nos propusimos investigar eso, cómo estas mujeres se insertaban en la vida política desde una carrera política partidaria y eso fue como un primer acercamiento, eso y algunos profesores de historia con los cuales también discutíamos estos temas.

En el caso de Raquel, la elección de carreras estuvo influenciada por la participación política de los padres (otro caso, el de Fernanda, también hace referencia a cómo las actividades comunitarias de sus padres marcaron su búsqueda laboral), así como por la influencia de docentes.

Por su parte, Olga identifica esa inclinación en un evento exógeno distinto, un abuso sexual. Ella habla de cómo su trabajo en terapia la ayudó a identificar esto, y encuentra la manera de resignificar dicha experiencia. Sin embargo, señala que por ser una carrera que la interpela en una vivencia dolorosa, no sólo en términos individuales, sino en su identidad como mujer, le resulta por veces desgastante y tiene que complementarla con otras actividades. Este caso nos permite explorar otras narrativas y formas de dar sentido a la elección de la carrera, que no siempre se alinean con objetivos de realización personal en lo laboral, que es la narrativa más tradicional de curso de vida y está íntimamente ligada a las sociedades industriales.

Olga

Todas mis profesiones tienen una línea que yo he analizado, que tiene que ver bueno con el dar al otro con el acompañamiento, con bueno enfrentarme a situaciones difíciles, a población vulnerable, he trabajado mucho con población vulnerable, niños, jóvenes, mujeres, y bueno, hay un hecho como que estoy en plena cuestión de profundizar y de resignificar y de sanar eso, yo sufrí una situación de abuso sexual de niña, entonces también creo que tiene que ver con esto de buscar de alguna manera servir y acompañar y ser como una reivindicadora de los derechos, digamos. Llevar como una batalla para que la gente pueda acceder a los derechos que no puede. Y empecé a estudiar trabajo social, una carrera que

me gustó mucho aunque siempre la tengo que acompañar de otras cosas también, porque siento que me desgasta, como mujer, como ser humana, me desgasta, pero eso me gusta lo que hago.

Asimismo, tenemos el caso de María. Ella empieza a estudiar ciencias biológicas, porque le gusta esa carrera. Sin embargo, desde niña, siente atracción por trabajar en el aeropuerto. Así que estando en la universidad, empieza a trabajar ahí y termina dejando trunca la carrera y dedicándose a construir una carrera como trabajadora del aeropuerto.

María

Yo a los 14 años dije que me encantaría trabajar en el aeropuerto. Me encantaba estar en ese mundo donde la gente está viajando, generalmente uno piensa que está todo fantástico, de buen humor y alegre. Y bueno, más allá de que después las razones por las que uno viaja son varias, pero era un lugar al que entraba ya desde muy chica y me sentía muy a gusto. Entonces, bueno, dije que me encantaría, no ser azafata, ni piloto, ni nada por el estilo, sino trabajar en el aeropuerto.

Cuando terminé el liceo me anoté en Ciencias Biológicas porque me encanta la biología y me rumbeé para ese lado, para las ciencias biológicas. Hasta que en determinado momento, conseguí un trabajo en aeropuerto por una compañera de la universidad, ella era empleada tercerizada de una aerolínea y me comentó que necesitaban y mandé un currículum y empecé a trabajar. Y eso fue hace diez años, y desde entonces trabajo en el aeropuerto.

En este caso, podemos observar que la narrativa no construye las motivaciones en términos de maximización de ingresos o de alcanzar un cierto objetivo profesional, sino que puede haber motivaciones de otra índole.

Frente a estos casos en los que la elección de carrera se presenta como algo relativamente libre de tensiones, nos encontramos con casos en los que la decisión se presenta como una prueba haciendo eco de la definición que hacen los términos de Martuccelli y Singly de este concepto, como “desafíos históricos, socialmente producidos, culturalmente representados, desigualmente distribuidos” y que dan cuenta de la “articulación” entre “grandes procesos societales y experiencias personales, entre la estandarización estructural y la singularización de las experiencias” (Martuccelli y Singly, 2012:76). Aquí se propone que esa tensión refleja el énfasis que se da en las

sociedades modernas al papel del individuo en la construcción de su curso de vida. Este es el caso de Candelaria, Carolina, Juana y Karla.

De estos casos, el más representativo es el de Carolina, para quien la elección de carrera se experimenta como un proceso tortuoso, que incluso derivó en una crisis de salud mental.

Carolina

Terminé el Liceo a los 17. No sé, lo normal. Lo que debería, lo que el sistema propone que sea normal. Y después hice todo un viaje ahí de carreras. Empecé a estudiar economía, no me gustó. Hice relaciones internacionales, no me gustó. Hice marketing, bellas Artes, no me gustaron. Hasta como a los 22, 23, me crucé con Gestión Cultural, que arrancaba en Uruguay en 2010, y dije “bueno, esta es la última cosa que pruebo y si no, la carrera universitaria no es para mí”. Y probé y me gustó. Y me recibí en 2013.

Creo que a todos los jóvenes les pasa igual. No a todos, pero a muchos les pasa de que sos muy chiquito cuando tenés que elegir la carrera. O cuando te dicen que tenés que elegir. Y yo por lo menos no sabía realmente qué es un trabajo. O sea, sabes lo que es el trabajo, pero no sabes realmente qué hacen en cada trabajo.

Creo que a mí como a muchos otros jóvenes de clase media alta y con muchas libertades, se les dificulta que las opciones son muchas. De hecho, cuando yo tuve esos ataques de pánico, mi madre vino y yo me acuerdo que ella me decía, era tipo, “¿qué querés hacer?, ¿querés ser artista? ¿querés irte a estudiar a otro lado? o ¿qué querés?”

Y cuando las opciones son tantas, tantas, no sabes qué hacer, y creo que a mi generación un poco le pasa un poco eso, mi generación y dentro de un cierto círculo económico y educativo y qué sé yo. Yo hoy realmente puedo hacer lo que quiera, puedo estar acá o puedo irme a poner un chiringuito a una playa del Playa del Carmen y vivir de eso o irme a trabajar en un hostel a otro lugar y gozarme así. O podría también haber elegido, y lo puedo elegir, ser arquitecto o contadora o lo que sea, y está bueno. Obviamente *prefiero la libertad de opciones a que me las acoten, pero es difícil de manejar*, y creo que, si no hay una guía clara o una contención, eso lo dificulta. Y empecé a ir a la psicóloga, que sé yo, que me dijo que tenía una crisis de crecimiento básicamente, una adolescencia tardía capaz.

Carolina pasó por varias carreras, también tuvo momentos en los que se dedicó únicamente a trabajar, antes de encontrar “su” carrera. Siente mucha presión por elegir la carrera “correcta” e identificar los que “realmente” le guste. Este es un problema que hace eco de lo señalado por Ulrich Beck y Elizabeth Beck-Gernsheim sobre como el mercado neoliberal ha “atomizado” la vida en sociedad y propiciado una conceptualización de la biografía como algo electivo (Beck y Beck-Gernsheim, 2002 en Bolívar y Domingo, 2006:4). Es, como lo denomina Anthony Giddens, un mandato de “autorrealización” neoliberal que ha convertido al “yo” en un proyecto “reflexivo” que se fragua en la reconstrucción del relato biográfico (Giddens, 1995). Aunque este mandato no parece estar repartido de manera equitativa en la sociedad, algo de lo que Carolina es consciente, ya que hace varias referencias a que se trata de un problema que enfrentan las personas que tienen la posición privilegiada de poder elegir. Esto hace eco de lo que Martuccelly y Singly señalan sobre las pruebas, cuando dicen que se encuentran desigualmente distribuidas en las sociedades.

Esto se confirma por ejemplo en el caso de Flavia, trabajadora de limpieza, que no pudo terminar el liceo ni estudiar una carrera porque tuvo que dedicarse a cuidar de su madre enferma, ya que su familia no tenía los medios para solucionar estos cuidados fuera de la familia.

Flavia

Me quedó un examen, física, que lo perdí, no lo di nunca más. Y estuve medio año de 5to, había elegido humanístico, porque no me gustaba la matemática, y dejé porque mamá se enfermó y tuve que cuidarla. Después no me interesé más por el estudio. O sea, tengo hasta primaria completa y eso que era buena alumna, buena alumna.

Otros casos que evidencian esta distribución desigual de la mística de la carrera, son los de Wendy y Zelma. Ellas abandonaron sus estudios por diversas razones, Wendy tras su primer embarazo, a los 18 años, y Zelma por las dificultades en términos de locomoción que tenía debido a que el liceo público se encontraba muy lejos de su lugar de residencia. Sin embargo, nos encontramos con casos en los que los recursos en las familias de origen son limitados, pero también se encontraron con esta dificultad de elegir, aunque la perspectiva de posibilidades sin duda es menor que la de Carolina, como es el caso de Juana y Karla.

El caso de Juana es interesante porque permite observar claramente la “articulación” entre “grandes procesos sociales y experiencias personales, entre la estandarización estructural y la singularización de las experiencias” (Martuccelli y Singly, 2012:76).

Juana

Vengo de una familia de peones rurales, mayoritariamente, salvo mi papá que es electricista y trabaja en UTE. Después los demás, mi mamá es ama de casa, cose cosas puntuales, y después todos mis abuelos y demás son peones rurales.

Yo soy la primera universitaria en mi familia, la primera que intentó romper con eso. Decidí venir a Montevideo y fue una lucha que me llevó bastante tiempo, por suerte mi mamá me ayudó mucho. Nadie se iba de Tacuarembó, sino que todos se quedaban ahí estudiando cosas puntuales, como puede ser electricista, modista. Algunas primas después, hoy en día son maestras, pero son dos nada más. Pero todos ahí, quedaron ahí. Mi familia no quería que me viniera. Logré venir con el apoyo de mi mamá y con el apoyo económico de unas becas para estudiar acá y eso. Con esa ayuda, dije bueno, me agarro la beca, intento mantenerme con ese dinero y me voy.

A mí siempre me iba bien en matemáticas y nunca me cuestioné mucho como mi carrera, no. Entonces hoy en día agradezco eso porque fue como lo que más me ayudó a venirme. Porque claro, como me iba bien, no me lo cuestioné mucho. En un momento empecé a hacer arquitectura, porque me iba bien en dibujo. En un momento pensé “bueno, pero la carrera de arquitectura cuesta mucho dinero”, si mi familia no tiene dinero, no va a andar.

Después me iba bien en matemática, entonces seguí sexto de ingeniería, entonces, con ese pretexto me vine a Montevideo a estudiar ingeniería. Era algo así como mi “hija médico” ¿no? la medicina no me gustaba, pero mi “hija ingeniera”, entonces por ahí. Es un decir uruguayo, acá se usa mucho, es como el sueño de todo padre: “mi hijo el médico”. El “dotor”.

Entonces con mi papá ayudó mucho esto de “mi hija la ingeniera”, mi hija va a estudiar ingeniería, es una carrera importante. Entonces por ahí me vine a estudiar ingeniería. Obviamente, no era mi pasión ni mucho menos. Sí salvé materias, no

me fue super bien, igual aguanté todo un año haciendo esa carrera, y a fin de año dije no, esto no es lo mío, mi pasión es la psicología y me anoté a psicología.

En este caso, la narrativa cultural normativa sobre el curso de vida es representada por el dicho de “Mi hijo el doctor”, que ingresa al imaginario social uruguayo a partir de la obra de teatro escrita por el dramaturgo Florencio Sánchez en 1903: “M’hijo el doctor”. Esta obra representó las tensiones que surgieron a principio de siglo XX en Uruguay en los albores de la modernidad. Representa el conflicto entre generaciones, entre la forma de vida más ligada a lo rural y tradicional, y los valores más individualistas de la sociedad que estaba surgiendo. Sin embargo, hoy en día, esa frase es utilizada para representar la búsqueda de las familias porque sus hijos desarrollen carreras universitarias, lo que se ve como un signo de movilidad ascendente. Juana hace un uso estratégico de este imaginario para lograr convencer a su padre para irse a Montevideo a estudiar la carrera. Esto supone empezar a estudiar una carrera que “no le apasiona”, pero que después, ya estando en la capital, puede abandonar para tomar la carrera de su preferencia: psicología.

Vemos que, tanto para ella, como para Juana, el principal interés está en salir de la ciudad de origen, en ambos casos crecen en universos más bien rurales, para poder desarrollar trayectorias con un mayor componente de individuación en la capital. La elección de carrera en sí es presentada como secundaria en importancia respecto a esta primera elección, que representa un verdadero desafío al contar con pocos recursos. Esto se observa también en la narrativa de Karla.

Karla

No siempre quise ser psicóloga, en realidad, yo hice mi recorrido en el interior del país, en un pueblo que se llama Quebracho, era muy chiquito el pueblo, 2000 personas y, en realidad, lo que me movió más que nada era salir del pueblo, más que estudiar, o sea siempre quise estudiar, en realidad mi sueño era ser historiadora, pero me decidí por la psicología, y después si me gustó la carrera e hice solo esa carrera historia en fin nunca los hice, ese sueño que tenía lo dejé.

En realidad, comencé a cursar la carrera en psicología con mucho esfuerzo y todo y en ese momento, no tenía energía como para cambiar de carrera y no exploraba las opciones, me decidí por eso, *la economía y todo el entorno en ese momento no daba para que yo me diera el lujo de cambiar de carrera*. Mis padres me apoyaron con mucha dificultad para hacer esa carrera, y no era para que yo dijera el primer

año cambio de carrera, me cambio. Además, también me gustó la carrera en sí y la terminé, pero me quedó historia en el tintero, siempre todos los años coqueteo con arrancar historia, pero me da un poco de pereza.

Un elemento que se desprende de las entrevistas es el reconocimiento de la importancia de la formación para poder acceder a mayores oportunidades laborales.

Delia

Algo que también me he dado cuenta es que en el transcurso de la vida no haber tenido un título universitario por más que haya sido mi opción en varias veces me ha también como delimitado mis posibilidades económicas, yo tengo una muy buena formación, se de lo que estoy hablando puedo como aportar en cualquier lugar pero si yo voy con mi formación a un lugar con alguien a un cargo con alguien que tenga un título, no voy a, la experiencia no se valida, entonces y además porque creo que uno también debe seguir como continuar formándose estoy estudiando ahora, estoy haciendo un tecnólogo, en Uruguay sigue sin haber opciones de formación públicas de gestión cultural no hay, si vos querés formarte no haya, como estudiarlo gratis

B. El trabajo como un espacio propio: Valoración del trabajo en la narrativa personal

En lo que respecta al trabajo, se observa en las diversas entrevistas la importancia clave que tiene este ámbito de vida para pensar la adultez y para pensarse adultas. El motivo principal y que está presente en prácticamente todas las entrevistas es la independencia económica que puede proporcionar y que es un elemento central de la negociación de la adultez en las narrativas.

El caso de Ilana (narrativa completa en anexo 2), que se analizará más adelante, es representativo de la importancia del trabajo, no sólo como una fuente de realización, sino como un medio para alcanzar la independencia económica y la autonomía. Su trabajo le da satisfacción. Sin embargo, su negociación de adultez, sobre todo respecto a sus padres que la apoyaron mucho a lo largo de su trayectoria, sobre todo en términos de vivienda, pasa por la capacidad de generar recursos propios y ser autosuficiente.

Ilana

¿Qué es ser adulto? Tener independencia económica es fundamental, hacerme cargo de mis decisiones, y poder tener la libertad para decidir qué hacer, cuándo hacerlo,

cómo hacer lo que quiero hacer. Sí básicamente eso, que implica obligaciones ¿no? implica tener cierta seguridad laboral, tener un ingreso que te permita costear la vida, y por eso la parte de la independencia, pero que te permita también disfrutar, y bueno saber que cuando te viene una decisión así, cabrona, como la de vas a tener una hija, bueno, crecer también es eso, decir bueno sí dale e ir para adelante con lo que haya que ir.

El trabajo se relaciona principalmente con el acceso a recursos económicos y la independencia que estos otorgan, de manera que por lo general se utiliza en las narrativas el término trabajo, para referirse a las actividades remuneradas. De hecho, en la entrevista de Úrsula, hay una resistencia a conceptualizar el cuidado como trabajo:

Úrsula:

Ellas [sus hijas], se ve que las maestras les están metiendo conceptos, mi esposo se iba a trabajar y la chiquita le dice: “Papá, te vas a trabajar y mamá se queda”, y ella le dijo a la otra, “porque cuidarnos a nosotros también es un trabajo”, y yo no lo siento como un trabajo, hay veces que estás cansado, pero yo no lo siento como un trabajo, es como que se lo merecen, te nace ¿no?

Nos encontramos en esta cita una resistencia por parte de Úrsula a considerar el cuidado hacia las hijas como un trabajo, ya que pareciera para ella, desmeritar el cariz más emocional y afectivo que tienen estas actividades, como si el trabajo excluye este tipo de intercambios humanos. Esto da cuenta de un mantenimiento de la división sexual del trabajo, en un nivel más cultural.

En las narrativas, también nos encontramos con otros aspectos del trabajo que son valorados por las entrevistadas y que tienen una relación menos directa con la remuneración que se obtiene del trabajo. Por ejemplo, Renata hace mucho énfasis en que el trabajo per se, es primordial para el desarrollo de la persona y la construcción de la adultez. Señala que además de proveer recursos económicos es, en términos generales, “dignificante”, y que contribuye a la maduración por la manera en que estructura el tiempo de las personas (“cumplir un horario, de cumplir un trabajo, de tener responsabilidades, de tener que reportar a una persona que es tu jefe o jefa”). Asimismo, destaca que es una forma de estar en sociedad y compartir con otros (“factor social”), y finalmente, valora el trabajo como un espacio que es “propio de uno” (desarrollo personal, autorrealización).

Su posición no es radical, ella busca hacer matices e identifica ciertos límites en la importancia que puede llegar a tener el trabajo en la vida de la persona, habla de la

importancia de un trabajo con “valores éticos-morales”, que describe como “no pasar por arriba”. Otro límite que identifica es la importancia de buscar un equilibrio con la familia, amigos y ocio. Renata vive en un espacio social donde las narrativas liberales del trabajo tienen mucha relevancia. Ha dedicado gran parte de su vida a temas de emprendimiento empresarial. De hecho, esta entrevista se logró después de que la conociera en una reunión de mujeres empresarias del Uruguay, en la que estos valores estaban muy presentes.

En su narrativa, además, nos encontramos con una diferenciación en la formación de identidades alrededor del trabajo, ella diferencia entre las personas que “les gusta su trabajo” y, por lo tanto, es un elemento central de su identidad, y aquellas que sólo trabajan por ingresos, que ven el trabajo más como un medio para alcanzar un nivel de vida, independencia económica, pero cuyo trabajo no es central en su identidad.

Renata

Para mí el trabajo es fundamental. Es algo claramente *dignificante* que nos permite la independencia, la independencia económica, pero que también lleva a otros aspectos. Ya sin irnos a temas como más profundos es sabido que a veces algunos problemas que tienen otras mujeres, más vinculados a la violencia muchas veces parten de una dependencia que muchas veces comienza siendo económica, y esa dependencia genera otras cosas. Porque una persona no se puede escapar de determinadas situaciones porque depende económicamente de la persona que tiene al lado.

En realidad, tengo como un buen ejemplo, me parece que eso es fundamental, de mis padres [...] más allá de ser profesionales, siempre fueron trabajadores y me enseñaron un poco de la *importancia del trabajo y bueno siempre también con muchos valores ético-morales*. No solo de trabajar y pasar por arriba, sino también desde otro lado [...]

Siempre hay que lograr el ocio, el equilibrio, con la familia que es fundamental, con los amigos, pero si considero que *el trabajo es un factor como muy importante y que contribuye, más yendo como a esto de la adultez, a la maduración*. Yo me veo, por ejemplo, que ya tenemos todas 30 y pico. pero, en su momento, cuando yo empecé a trabajar con 18 años, era la única de mis amigas que trabajaba [...] y ahí se notan algunas cosas como más de madurez que te da el trabajo. Esto de cumplir un horario, de cumplir un trabajo, de tener responsabilidades, de tener que reportar a una persona que es tu jefe o jefa.

[...] Para mí es fundamental, para mí es fundamental. Por eso, más allá de que uno sea profesional o no, porque uno puede tener sus ingresos y tener su trabajo sin tener una formación de grado. Para mí como que *el trabajo es naturalmente dignificante. Dignifica a las personas, es un factor social. Cuando trabajamos estamos en sociedad, compartimos con nuestros pares, con nuestros jefes [...]*

Y creo que es un factor, primero que nada, económico, el primer aspecto, nos guste o no nos guste, trabajamos porque recibimos un sueldo a cambio y eso es una parte muy importante, porque es lo que nos permite vivir, ¿no? Económicamente hablando. Además, Uruguay es un país caro. Entonces, en cualquier lugar hay que trabajar para vivir y en Uruguay capaz que un poco más. Y después tiene todo este factor vinculado con lo social, con *tener un espacio que es propio de uno.*

Por un montón de aspectos, económicos, sociales, *de desarrollo personal, de auto realización*, considero que el trabajo es muy importante. En general y particularmente para la mujer, y sí yo creo que con el límite de que el trabajo no sea tu vida, obviamente, yo siempre fui de poner límites. Pero creo que *en gran parte nos construimos como personas y como adultos en nuestros espacios de trabajo, ¿no?*

Yo entiendo que eso puede ser diferente para una persona que capaz que hace un trabajo que, llamémosle, es más administrativo, que conozco gente que es así y es totalmente respetable: “yo voy, trabajo, hago mis 8 horas” y no le importa. Está perfecto, son visiones. *En mi caso que he logrado trabajar de lo que realmente me gusta, o sea, para mí ocupa un espacio importante en mi vida.*

Renata, al igual que muchas otras de las entrevistadas, señala que el trabajo como fuente de recursos económicos tiene una importancia particular para las mujeres. Hace referencia al peligro de tener dependencia económica hacia la pareja y no poder tener los recursos para escapar de situaciones de violencia doméstica. De esto se hablará más adelante.

Es interesante contraponer este extracto al de Estefanía, quien es trabajadora doméstica. Es interesante el contraste, tanto por las similitudes como por las importantes diferencias. Por un lado, nos encontramos con una valoración del trabajo como algo importante, algo que es similar en ambas historias. Estefanía construye un escenario

ficticio, que le permite reflexionar en lo que hubiera significado para ella “haberse quedado en su casa”, “sin trabajar” y señala, al reflexionar sobre la imagen de sí misma en esa situación (metáfora de mirarse al espejo), consideraría que no hizo nada con su vida. Aquí hay un sentido parecido al expresado por Renata, la idea de que el trabajo le da un sentido a la vida (esto hace eco de las categorías de trascendencia e immanencia de Beauvoir).

Estefanía

Yo creo que el trabajo es muy importante para todo el mundo. Es una fuente que nos da futuro, vos podés hacer cosas. Yo me siento en mi casa y no trabajo, y no voy a ser nada en mi vida, me miro en el espejo dentro de veinte años y voy a decir ¿qué hice con mi vida? *También me puede pasar que trabajo y me voy a mirar al espejo y me pregunto capaz porqué estoy vieja, cansada y con arrugas, maltratada. Según el trabajo que tengas también, ¿no?*

Algo que resulta sumamente interesante es la continuación del escenario ficticio, porque implica una cierta tensión con la primera reflexión. Implica una noción de diferenciación en el trabajo. No se trata del trabajo en general. No todo el trabajo le da sentido a la vida, también está el trabajo que te deja una imagen de una misma “cansada y maltratada”. Este extracto abre una reflexión muy interesante sobre cómo las entrevistadas experimentan el trabajo de manera diferenciada según su tipo de ocupación y las condiciones que se viven en los distintos trabajos.

Un espacio en el que estas condiciones se hacen más visibles es en la relación tensa que existe entre los ámbitos laboral y familiar. Los recursos económicos y el tiempo son recursos escasos y ambos ámbitos compiten por estos recursos, no tienen una relación complementaria. En muchas de las entrevistas se reflexiona sobre esta tensión, dedicarse más a la familia, pero tener menos recursos o tener que sacrificar tiempo para la familia para tener más recursos. En las historias que se analizaron, queda claro que esta tensión no se resuelve nunca completamente, pero es cambiante. Hay momentos en la vida de las mujeres en que la negociación da más peso a un ámbito de la vida o a otro. Esta tensión se analizará más a profundidad en el siguiente apartado.

Más allá de la tensión con el ámbito familiar, las experiencias vividas en el trabajo tienen un peso muy importante en la construcción de identidades narrativas, un peso que no sólo se relaciona con la independencia y la capacidad económica que provee, sino con otros aspectos, mencionados por las entrevistadas: el trabajo dignifica, hace madurar, es

un espacio de sociabilidad, de “hacer sociedad” pues se comparte con otros, y un espacio donde se tienen experiencias que permiten darse valor, desafiarse y sentir orgullo de lograr objetivos, metas y cosas que la personas, un espacio de aprendizaje. Todos estos elementos dan cuenta del trabajo como un espacio donde se construye una visión positiva de uno mismo. Renata lo denomina: “un espacio propio”, que hace recordar a la idea de habitación propia de Virginia Wolf. El trabajo, desde esta perspectiva, es la habitación propia de las entrevistadas que lo relataron así y sobre todo en narrativas en donde el trayecto laboral está marcado por una narrativa de construcción personal, de encontrar “lo suyo”, es decir, cuando la trayectoria laboral se relata en términos de una trama de individuación personal. Esto se relaciona con la definición de individualización que caracteriza al capitalismo tardío según Giddens, que tiene que ver con como las prácticas del individuo no sólo deben “satisfacer necesidades utilitarias” sino que dan una “forma material a una crónica concreta de la identidad del yo” (Giddens, 1995:106).

Sin embargo, esto no es siempre el caso. Nos encontramos también con vivencias negativas. Por ejemplo, el relato de la trayectoria laboral desde una narrativa de necesidad, de urgencia, no se cuenta en términos positivos, aunque esto no quiere decir que en la narración no refleje agencia o individuación, sino que la individuación surge de otro tipo de narrativas. Narrativas que giran en torno a cómo las entrevistadas tuvieron que sobreponerse a esas adversidades, o encontrar espacios o estrategias para reclamar esa agencia o individuación que el trabajo en sí parecería restringirles u obstaculizarles. Esto es especialmente visible en las narrativas de las entrevistadas que se desempeñan en el trabajo doméstico.

Las narrativas de las mujeres entrevistadas dedicadas al trabajo doméstico tienen tramas alrededor del trabajo, con elementos que se distancian de las tramas que encontramos en historias de vida con trayectorias laborales en áreas menos precarizadas. En estos casos, se relatan vivencias de violencia en el trabajo, que no se observan en otras entrevistas. Experiencias de abuso, explotación y discriminación son relatadas al hablar del trabajo y confrontan e interpelan de manera muy íntima la formación de identidades narrativas que muchas veces tienen como trama principal la superación de estas adversidades, y de los daños psicológicos sufridos en el trabajo. Quizá los casos más emblemáticos de este tipo de tramas son los de Hilaria, Estefanía e Ida (sus relatos se pueden encontrar en el anexo 2).

Hilaria empezó a trabajar a los 17 años en el almacén de unos parientes estuvo trabajando ahí hasta los 30 años y cuenta que: “eran explotadores 100 por ciento, mi propia familia me explotó de los 17 hasta los 30 años”. Los gritos y los malos tratos le generaron mucha angustia y dañaron su autoestima, que hicieron que, a los 30 años, Hilaria sintiera que era como si hubiera tenido 15 años: “yo no era madura para nada, era madura en cuanto al trabajo, a mí me mandaban y yo era como esos caballitos de batalla, que vos vas, vas, vas, y no escuchas, no razones, no pensás”. Como vemos, Hilaria destaca en su historia el poco nivel de reflexividad que tenía, que considera como un signo de inmadurez, y que da cuenta de un sentimiento de despersonalización.

En cuanto a las condiciones de trabajo, Hilaria cuenta que en ese trabajo le pagaban un mínimo y ella vivía con los dueños del negocio, lo que implicaba que tuviera que trabajar muchas horas: “yo abría y yo cerraba el negocio”. Además, intentaron forzarla a dejar de estudiar: “me decían vos no podés estudiar porque estás viviendo acá y nos tenés que trabajar” algo a lo que se opuso, regresando a vivir a casa de su padre, “ahí sí fue una actitud como que me entró dije no puede ser que yo deje de estudiar el liceo, porque esta señora se le antoja porque me llevo para su casa”. A pesar de estas condiciones y de los malos tratos, ella siguió trabajando ahí. Señala que algo que la ayudó a sobrellevar esa vida y a empezar a generar un cambio en ella misma, fue empezar a tomar clases de yoga: “yo empecé hacer yoga, yo tenía que mentir. Hasta donde yo llegué al extremo de horror en mi vida, yo tenía que para salir a hacer gimnasia o hacer yoga, y tenía que mentir porque si no me decía a dónde vas y por qué vas a ir, y qué vas a hacer y todo así, era todo negativo, todo negatividad”. Se puede observar que, en ese trabajo, Hilaria tenía obstáculos para llevar a cabo actividades a través de las cuales podía desarrollar procesos de individuación, como el estudio y el autocuidado. No obstante, en un momento, ella decide salir de esa situación: “cuando yo les dije que me iba, todo se pudrió, me dijeron que era una mal agradecida que con todo lo que me habían dado”. Con una mirada en retrospectiva, ella reflexiona sobre esto y concluye que: “no me dieron nada” y reconoce que, al contrario, no le dieron ningún tipo de liquidación después de los once años de trabajo.

Al llegar a Montevideo empieza a trabajar en una confitería, pero el dueño la despide. Después de eso, ella empieza a trabajar como trabajadora doméstica. Estuvo varios años trabajando para una mujer con problemas de alcoholismo, de la que recibe malos tratos: “trabajaba 3 veces por semana, pero el problema era que era tan horrible el trabajo y tan mal pago, que yo llegaba a mi casa estresada”. El estrés de ese trabajo afecta

las relaciones con su hija, con la que tiene una relación distante durante los primeros años de vida. También afectan sus relaciones de pareja.

Estas situaciones llevan a Hilaria a sumirse en el trabajo y no desarrollar actividades recreativas o de disfrute. Hilaria señala que hasta que no empezó a ir a terapia, a los 52 años, ella “vivía en un mundo totalmente equivocado, yo trabajaba, trabajaba, trabajaba, no salía a ningún lado, no hacía ninguna actividad”.

Hilaria

Yo veo dos cosas diferentes en mí, en el trabajo siempre fui muy responsable, era una mujer responsable 100 por ciento, pero en la familia y en la pareja era como una niña, esa es la diferencia, no maduraba.

Hilaria retrata esto como una deficiencia de adultez. Es muy interesante que ella describa sentir distintos niveles de adultez en los ámbitos de vida: el trabajo y la familia. Ella explica esto debido a su dificultad para tomar decisiones en el ámbito familiar y su dependencia emocional. Cuando empieza a ir a terapia, y empieza a sentirse habilitada para tener otro tipo de experiencia, Hilaria empieza a participar en el sindicato, por recomendación de su compañero, que es sindicalista.

Hilaria

A mí el sindicato me ayudó en cantidad de cosas, empecé a conocer gente, hicimos un taller de caja de herramienta por la facultad de ciencias sociales [...] yo no falté ni un solo jueves durante el año, durante todo el año hicimos el curso, hicimos de propaganda, hicimos de cómo organizar un sindicato, fue precioso, con cantidad de gente de otros sindicatos, estuvo precioso, eso fue también lo que me ayudó a verme de otra manera, a valorarme un poco más, pero lo que a mí en sí me ayudó fue la terapia.

Vemos que la trama con la que Hilaria interpreta su propia adultez en el relato sigue la estructura de superación de obstáculos para sus procesos de individuación, pero en su relato, el cambio se produce sobre todo en el fuero interno, a nivel individual. A pesar de su participación en el sindicato, Hilaria destaca la dimensión individual como el origen de su cambio y de haber alcanzado la “adultez”, que ella define de la siguiente manera:

Hilaria

A ver, para mi ser adulta significa mucha cosa, porque primero si el día de mañana, pase lo que me pase, yo sé cómo *enfrentarme a la vida* de otra manera, no solo por el trabajo, sino mi familia, tengo la mente más abierta, puedo ver más cosas que en otro momento no veía. [...]

Siempre me sentí como inferior, eso, más que otra cosa, inferior, siempre como un escalón más bajo de otras personas [...] pero ya hace un tiempito que dije voy *hacer lo que yo tenga ganas de hacer*, porque, en el sindicato, cuando había una asamblea me decían tenés que hacer tal cosa, o tal otra, yo no podía analizar lo que están diciendo, y decir no yo voy a votar en contra, o voy a votar a favor o voy a abstenerme, porque tengo que votar lo que otros quieren que vote, por ejemplo, entonces, yo decidí dejar el sindicato, que hace un año que lo dejé.

Hoy por hoy me siento una mujer totalmente diferente, totalmente diferente, *me siento una mujer adulta, que si tengo x problema, lo sé resolver, que no necesito del otro para resolverlo*, si no yo lo puedo hacer, que antes no me animaba.

Hilaria destaca la dimensión subjetiva de la agencia, más que las condiciones materiales, como un elemento central de su negociación de adultez. Esto nos remite a la distinción entre las dimensiones subjetiva y objetiva de la agencia de Hitlin y Kwon (2016). Estos autores señalan que las personas tienen un “sentido” de su propia agencia, que no tiene porque ser un reflejo de las capacidades y recursos objetivos. La dimensión subjetiva da cuenta del sentido que tienen las personas de su capacidad para modificar su vida. Hilaria resignifica la transición a la adultez como un proceso de construcción de esta dimensión subjetiva de la agencia. Es interesante, porque ella desliga por completo la adultez de su correlato etario. En su historia, ella dice en varias ocasiones como su edad no se correspondía con su percepción de desarrollo. E incluso, marca su pasaje a la adultez en un proceso terapéutico que empezó a los 52 años, muchos años después de haber vividos los “hitos tradicionales” de adultez: dejar estudios, empezar a trabajar, unirse, tener hijos. Otro elemento interesante es que ella liga a la adultez con una cierta noción de autocuidado, de sentirse “merecedora” de descanso. Ese mérito, ese valor, surge de sus años de trabajo.

Hilaria

Yo ahora digo sí, pero yo me lo merezco también, yo me merezco poder viajar, me merezco vivir mejor, me merezco vivir dignamente, porque yo he trabajado toda mi vida, y toda mi vida he trabajado [...] me falta edad para jubilarme, pero trabajé toda mi vida, no tenía un descanso para nada, y ahora sí, ahora que estoy en este trabajo tengo mis vacaciones todos los años.

Por su parte, la historia de Estefanía, que tiene también esta trama de superación, no da tanto énfasis al cambio subjetivo, sino que da centralidad a la militancia, como el origen de su superación. Estefanía llegó a vivir a Montevideo muy joven, con la esperanza de “mejorar su vida”. En su primer trabajo, fuera de la sobrecarga de trabajo que tenía, considera que tuvo una buena experiencia. Incluso, menciona, aún tiene buena relación con sus empleadores del momento. Ellos la impulsaron a hacer estudios y ella estudió chapa y pintura, pero tuvo que abandonar eso por una lesión en la rodilla. Viéndose en necesidad, retomó el trabajo doméstico. En el siguiente trabajo no tuvo la misma suerte con los patrones, pero trabajó más de 20 años con ellos, porque recibía un buen sueldo, y lo necesitaba ya que ella siempre tuvo el único ingreso de su casa, con el que se sustentaban su hijo y su madre, que le ayudaba con el cuidado. Estefanía cuenta:

Estefanía

En esa familia no me tocó patrones como los anteriores. En realidad, gente que pagaba bien, pagaba bien, pero era un maltrato psicológico. Este, el abuso de tratarte mal, de hablarte mal, de gritarte.

Yo pagaba todo, pagaba alquiler, pagaba la luz, agua, el colegio del nene. Tenía que trabajar, y muchas horas. Trabajaba hasta dieciséis horas al día. Así que la crianza de él fue prácticamente mi madre, la que estuvo todo el tiempo

Ella cuenta que, durante el embarazo, la patrona no aportó a la caja de jubilaciones para ella, pero en el momento no fue tan grave porque tenía otros trabajos donde sí lo hicieron y que permitió tener a su hijo en una mutualista. Después del embarazo, ella vuelve con la condición de que la pongan en caja, aunque varios años después se entero de que no lo hicieron hasta 10 años después.

Estefanía

Después de veintidós años, me entero que no estoy en caja desde el día que volví, sino que después, diez años después, me puso en caja. Evadió impuestos durante

diez años. Porque yo ya estaba en otra caja, yo ya tenía sociedad médica, entonces no, nunca me preocupé por corroborar si o estaba en el BPS o no. Hasta el día que me despidieron, que me empezó a dar los recibos de sueldo siete meses antes, y ahí miro el recibo de sueldo y decía una fecha que, en el 2006 y yo había entrado en el '96.

Al momento de la entrevista, hacía tan sólo dos años que había dejado de trabajar para esa familia. Ahí trabajaba jornadas largas, en las que realizaba actividades que muchas veces superaban las responsabilidades del quehacer doméstico.

Estefanía:

Y con ellos cumplí, di mas de lo que tenía que dar. Yo siento que di muchísimo. [...] Mira, ellos tenían un chico que era divino, que era autista, el chico era muy apegado a mí. Yo lo llevaba, entre todo el trabajo que tenía, yo lo llevaba a la profesora porque él quería estar conmigo. Lo llevaba a mi casa los fines de semana, él se quería ir a mi casa. Todo el tiempo quería estar conmigo y con mi hijo. [...]

Mi patrón estuvo una vez preso, durante un año por evasión de impuestos, gente muy rica, gente muy millonaria, no tenían una necesidad. Y yo lo cuide mientras estaba en la cárcel, como si fuera mi propio hijo. En la comida, la ropa, todo era. Porque cuando están en la cárcel todos de calladito, los que entran los que salen. Y yo hice esos trabajos que, prácticamente lo hace una madre, no lo hace mucha gente [...] Yo como llegué a quererlo, me encariñé, veintidós años son una vida, viví más con ellos que con mi familia. Con mis propios padres. Entonces digo, cuando me pidieron para cocinarle a él en la cárcel, yo acepte.

Le llevaba la comida el portero, pero yo tenía la ropa, tenía el desayuno, el almuerzo, la cena. Eso era un trabajo, toditos los días. La puntualidad. Y así con un montón de cosas más. Día de la madre que estuve, día del padre, que estuve trabajando en vez de estar en mi casa. Este, dedique muchísimas cosas. Y en el momento de reclamar lo que es mío, mis derechos, mis cosas, a la gente no le gusto. Yo creo que fueron, desde mi punto de vista, injustos en ese sentido.

Cuando yo cumpla los cincuenta. Estaba por cumplir, había cumplido cuarenta y nueve. Y le dije, “bueno, el año que viene cumpla cincuenta”. Ellos ya me estaban

aportando, pero me aportaban por un sueldo mínimo. Y yo ya entraba en la etapa de la jubilación. Un error, es un error lo que yo hice. Entonces le reclame que me pusiera por todo el sueldo. Yo tenía un muy buen sueldo ahí. Te digo bueno, dentro de todo, uno de los mejores sueldos de acá del país. Y entonces dije, quiero este sueldo para que mi jubilación sea una jubilación digna. Entonces a él no le gustó y me bajó el sueldo, una suma bastante importante, me bajo las horas de trabajo y después de ahí se rompió la relación.

Me sentí mal porque me sentí usada, manoseada no, cuando reclamas lo tuyo. Para dar, dar, dar estoy ¿y cuando quiero que me ayudes? Que no me estas ayudando con nada que no sea mío. No me estás dando nada, me estás dando lo que es, lo que me corresponde.

Había muchos invitados y el muchacho se puso a pelear por una molleja, y no daba para eso. Entonces yo me sentí realmente humillada. Me había levantado a las cinco de la mañana para hacerte un asado y que me vengas a las dos y media de la tarde a molestar por un pedazo de grasa. [...]

Aprovecho la situación ahí, y a los dos días me sentó, me habló y me despidió. Me liquidó, me liquidó correctamente, como corresponde. Pero no pasa por la liquidación, pasa por todo lo que pasas, por la angustia. No sé si entendés que fueron veintidós años dedicados. Si me hubiese corrido por vieja o por ladrona todavía, pero no por reclamar lo que es mío. Que es un error nuestro, que eso se aprende en el sindicato, yo aprendí muchísimo ahí en el sindicato.

Al ser despedida de su trabajo, Estefanía siente rabia y entonces decide escribir un libro, contar lo que vivió. Para escribirlo, se acerca por primera vez al sindicato. En su narrativa, la escritura del libro y el acercamiento con el sindicato es lo que le permite superar los daños causados por los abusos vividos en el trabajo. El punto de giro en su vida fue el despido.

Estefanía

Yo vivía enroscada todo el día con mi trabajo y no veía esas cosas que vi a partir de ese día. Cuando me despidieron, ahí me di cuenta el valor de las cosas. El valor que me daban. Ningún valor. Era simplemente la trabajadora que venía y le limpiaba, y le hacía todo lo que ella quería, le cumplía con el trabajo. Pero te das

cuenta después. Yo me di cuenta después, de todos los manoseos, de todas esas cosas, me di cuenta después. Si me hubiese dado cuenta antes no me habría quedado tanto tiempo aguantando a un patrón que tenía un humor cambiante, que en dos segundos te cambiaba la vida. Muchas veces salí llorando de la casa. Pero no me daba cuenta porque, te vas acostumbrando. Te vas acostumbrando y bueno. Y la necesidad muchas veces, digo, salir, dar ese paso de salir a buscar otra cosa, y el sueldo no va a ser el mismo

Ellos decían “Sos linda, sos única, sos preciosa, sos amorosa, mi mano derecha”, pero porque, porque yo le servía a ella. No era que ellos me apreciaban por, hoy me doy cuenta de eso, que porque yo fuera. No, es porque yo era una buena trabajadora. Entonces, yo les servía a ellos.

El despido implica para ella una ruptura con la narrativa con la que se sostenía el abuso en el trabajo. Una narrativa que difuminaba la identidad de trabajadora de Estefanía, que confundía las fronteras entre la familia y la empleada, y que permitía justificar la sobrecarga de trabajo, el evadir impuestos, etc. Y ella construye una contranarrativa, que pasa por reconocerse como trabajadora con derechos, un cambio de narrativa para el que fue clave su acercamiento al sindicato.

Estefanía

Lo de escribir un libro no estaba en mis planes. La vida me obligó, pero es algo que yo no sabía que podía hacerlo, no. La vida me golpeó de ese modo y bueno, es algo que ya estoy haciendo estos libros, porque me di cuenta que me gusta escribir.

Porque después de entrar en el sindicato me di cuenta, aprendí mucho. Para mí, que me gritaran ya era una costumbre, estaba ahí, ya no me molestaba, como que era normal el grito, para mí era normal. Ahora me doy cuenta que no es normal que un patrón te esté gritando, te esté dando el plato de comida si no lo quiere, esas cosas. Y otros maltratos de chicas que cuentan que fueron hasta... unas historias realmente brutales que yo gracias a Dios no pase por esas.

Cuando escribí mi libro fui al Sindicato, me afilié y fui a presentar mi libro ahí, a decirles que estaba escribiendo un libro. Conocí el sindicato por el libro. Me acerque al sindicato porque me parecía importante llevar esa historia. Llevar la

historia al sindicato, porque yo no los conocía mucho. Hoy por hoy, veo que hay compañera que están hace años ahí, que trabajan muy bien. Gente que trabaja muy bien, que dedica mucho al sindicato. Y cualquiera de ellas lo pudo haber escrito porque muchas pasan por cosas peores. Pero yo fui la elegida, yo digo que fui elegida porque me despertó la mente. Cosa que yo no esperaba, volcar todo eso para visibilizar nuestro trabajo, porque después de estar en el sindicato veía también esas historias. Veía chiquilinas, muchachas, señoras que llegaban despedidas, con ataques de nervios, gente que estaba queriendo matarse, suicidarse, por la presión que hay en el trabajo.

En el sindicato, Estefanía entra en contacto con otras trabajadoras domésticas que han tenido experiencias difíciles, y el objetivo de su libro pasa a ser más militante, ya no sólo visibilizar las cosas difíciles que ella vivió, sino lo que viven otras trabajadoras como ella. Ella empieza a reflexionar en colectivo, sobre las características del trabajo doméstico que lo hace un trabajo en el que se tiene mayor riesgo de sufrir abusos. Ella identifica el miedo y el aislamiento como las principales razones que impiden que las trabajadoras domésticas se organicen. El miedo es una emoción que en su narrativa da cuenta de la escasez de recursos y habilidades y las desventajas que lo acompañan. En su dimensión subjetiva, la escasez de recursos es experimentada como un sentimiento de angustia por la necesidad económica que impide que las personas ejerzan sus derechos, los reclamen, y que afecta el autoestima (esto está presente en otras narrativa de mujeres que no se desempeñan en el trabajo doméstico, pero se enfrentaron a situaciones de escasez de recursos, como el caso de Beatriz).

Por otro lado, el sentimiento de aislamiento que se vive al trabajar en los hogares se relaciona con la doctrina de la separación de esferas y cómo se ha construido el espacio doméstico como un espacio invisibilizado y alejado de lo público y lo político, algo que implica un riesgo de sufrir abusos y violencia para las trabajadoras (y también para miembros del hogar) y dificulta su organización para exigir derechos.

Estefanía

Porque fue duro el golpe, fue tan duro que me hizo agarrar un papel y una hoja y plasmar todo eso. Pero no solo por mí, también, sino por muchas que están en las mismas condiciones que yo, y *no hablamos por el miedo de despido, por el miedo de que el patrón se entere, que no voy al sindicato porque a mi patrón no le gusta. Hay mucho miedo en nuestro ramo de trabajo. Mucho miedo.*

Entonces, es un trabajo que después que entras, no sabes lo que te espera adentro. Justamente es lo que yo quise sacar, todo eso que yo le llamo basura. Porque *a pesar de que me sustentan con el sueldo, es una basura las cosas que hacen.*

En este trabajo, sos vos, el empleador y las puertas se cierran, y lamentablemente es como el ejemplo que te pongo, esta muchacha [se refiere a la mesera del café donde tiene lugar la entrevista] que está sirviéndonos y todos vemos. Si veo que la están maltratando puedo mirar, puedo hacer un gesto, puedo reservarme o puedo ayudarla. Pero ¿a mí quién me ayuda adentro? ¿A mí quién me ayuda?

Entonces es muy difícil. A veces estamos trabajando en edificios, y en el mismo edificio te prohíben hablar con la trabajadora de al lado, *para que vos no cuentes, te aíslan. O sea, el trabajo nuestro es muy aislado.*

De esta manera, en la narrativa de Estefanía, su trayectoria laboral es el relato de cómo logró hacerse oír y salir del aislamiento a partir de su participación en el sindicato y la escritura de sus memorias. En el momento de la entrevista, ella sigue trabajando en labores domésticas, pero hace hincapié en que ya no hace lo que hacía antes, se toma días libres y busca pasar tiempo con su hijo y recuperar un poco las cosas que se perdió de su crianza. Esto implica para ella menos ingresos, pero como su hijo ya trabaja la necesidad en el hogar es menor.

En su narrativa, ella le otorga valor al trabajo, señala que es muy importante, pero como vimos en el extracto que vimos anteriormente, señala que ese sentido que le da el trabajo a la vida, no se obtiene de todos los trabajos, están aquellos que te dejan: vieja, cansada y maltratada, los que la hacen cuestionar esa narrativa de que el trabajo, en términos tan generales, tiene siempre efectos positivos en el curso de vida de la persona y sus cambios.

Otra ruptura que se expresa en su historia es con la narrativa de curso de vida de la división sexual del trabajo tradicional. Estefanía considera que la idea de que las mujeres debían quedarse en casa, sin trabajar, es algo de otras generaciones.

Estefanía

Y la mujer también tiene que salir a trabajar. Porque no es la que tiene que quedarse fregando en la casa, eso ya pasó a la historia, de mi abuela que se quedaba fregando la casa. En la época de mi abuela era así, este, pero ahora ya no. Las mujeres tienen el mismo derecho, como los hombres, de trabajar. Si el esposo

se queda sin trabajo, que se quede el limpiando y haciendo las cosas, es algo normal. Pero el trabajo para nosotros, yo pienso que es muy importante. Sentirse útil. No me pasa a mí, pero veo mujeres que no trabajan y dependen del marido, que le dé para la pintura. Y depende, ser dependiente de, eso para mí no está bien. Yo creo que las mujeres tenemos que salir a trabajar.

El valor que tiene el trabajo para la mujer, según lo expresa Estefanía, es que permite no ser dependiente de la pareja, algo que se presenta en las entrevistas como negativo y más o menos amenazante, lo que demuestra una consciencia colectiva sobre la violencia doméstica. Otro elemento que valora Estefanía del trabajo para la mujer es el “sentirse útil”, que da cuenta de otro sentido que se da al trabajo y también de una cierta vigencia de la división de esferas, en el sentido de que el trabajo desarrollado sin remuneración en el hogar no se considera trabajo ni se toma en cuenta su utilidad, porque no produce ingresos. Esto resulta llamativo en el caso de Estefanía quien, por su trabajo, tiene una relación cercana con estas actividades. De hecho, contradice un poco la crítica que ella misma hace a la desvalorización que se hace del trabajo doméstico (abajo).

Esta contradicción hace evidente el carácter siempre cambiante y contradictorio de la construcción identitaria a través de la narrativa, que a pesar de que hace posible el sostenimiento de un yo, de un mismo narrador, está lleno de intermitencias, contradicciones, a pesar del esfuerzo que hace la persona por darse coherencia a través de la narración. Esto hace eco de lo que señala Denise Riley, sobre la intermitencia del género, esta autora define el género como un estado fluctuante, intermitente del individuo que se ve interpelado por situaciones que lo hacen más o menos consciente de su adscripción en un cierto género (Riley, 1988:98). Esta autora habla de diferentes densidades del yo sexuado y de que el género para ser observado implica una continua interpelación fenomenológica sobre cómo en una situación dada, una persona es más mujer que humana o cualquier otra categoría social (Riley, 1988:6). Esta autora pugna por una fenomenología del género que se ocupe de estudiar las entradas y salidas de la adscripción sexuada (Riley, 1988:98). En este sentido, el siguiente extracto muestra como Estefanía empieza a usar la categoría de “mujeres” en lugar de la categoría de trabajadoras domésticas, reconociendo el carácter generizado de este tipo de trabajo.

Estefanía

Trabajos son todos dignos, porque mi trabajo es tan digno como el tuyo o como el de cualquier otra persona. El trabajo doméstico es un trabajo digno como

cualquier otro. No le dan el valor que le tienen que dar, porque yo como trabajadora doméstica, te digo que tenemos mucha responsabilidad. Más responsabilidad que cualquier otra persona en cualquier otra tarea que vaya a hacer. Porque como te dije, el del super viene repone y repuso. El abogado viene y te hace los papeles y se terminó.

Y yo tengo responsabilidad con tu familia, con tus hijos, con tus padres, con tus abuelos. Porque yo entro a trabajar a tu casa y vos tenés un hijo o dos, y a los años tenés cuatro. Y a los años me traes a tu mamá que se enfermó y la tengo que cuidar. Entonces es una carga de responsabilidad. Es uno de los trabajos que requiere más responsabilidad que cualquier otro. Y es justamente lo que yo trato de mostrar con mi trabajo que hice, que vean hasta qué grado va nuestra responsabilidad y que valor que le tendrían que dar a eso.

Mira si el trabajo de la mujer será tan importante, tan importante. Yo siempre digo que las mujeres son como las arañas, ¿vos viste la telaraña como es tejida? En círculos, casi siempre es como en círculos. Es una comparación mía ¿no? que la mujer cuando va tejiendo cosas, ella no va tejiendo nunca en línea recta, ella trata de abarcar siempre todos los puntos, todos los puntos. Nosotros vamos de alguna manera entrelazando las cosas con otras mujeres. Vos te pones a pensar, en otros países luchaban por la ley, en otros países, y todas esas mujeres de alguna manera tienen conexión, porque están en la misma época, peleando por lo mismo.

En este extracto, observamos que el trabajo doméstico, por su carácter generizado, da paso a la narradora para reflexionar sobre el ser mujer, y tejer sentidos a esta categoría desde la interpretación que hace de su propia experiencia de vida. Estefanía usa una metáfora para hablar de esto: la metáfora de la araña. Un animal que es usado ampliamente en la literatura como un tropo femenino, con el personaje de Ariadna de la mitología griega como ejemplo paradigmático, por el uso que hace también de la simbología del tejido.

Estefanía utiliza la forma en que las arañas tejen sus telas como metáfora para identificar la forma en que trabajan las mujeres. La circularidad, en contraposición a la linealidad, hace referencia a cómo las mujeres deben desempeñarse en varios ámbitos de vida (trabajo y familia) de manera paralela, pero también a cómo las labores del hogar muchas veces implican una superposición y una repetición, hacer varias cosas al mismo tiempo y repetirlas, lo que define el trabajo de las mujeres desde la óptica de Estefanía.

Esto es interesante si tenemos en cuenta que Simone de Beauvoir, al reconstruir la fenomenología del “llegar a ser mujer”, encuentra que esta temporalidad estructura el tiempo femenino hasta convertirlo en un espacio sin tiempo, sin trascendencia, gobernado por la inmanencia. Sin embargo, en la metáfora de Estefanía hay una revalorización de circularidad que cuando rompe con el miedo y el aislamiento, es decir, con la opresión de la división sexual del trabajo y se politiza y colectiviza, esa circularidad se convierte en una puesta en común de las acciones y experiencias, en una posibilidad de entrelazarse con otras personas con reclamos similares, e impulsar luchas políticas.

Esto recuerda uno de los hallazgos de Arriagada que se desarrolló en el capítulo de contexto. Al hablar de los efectos de las crisis económicas y el desempleo en las personas, Arriagada identificó una respuesta diferenciada entre hombres y mujeres, encontró que las mujeres tendían más que los varones a recurrir a las redes y a buscar respuestas más comunitarias al enfrentar situaciones de carencia en el hogar. A mi parecer, lejos de tratarse de un descubrimiento que evidencie una cierta “esencia” del ser mujer, podría estar evidenciando cómo la formación situada de identidades en el marco de una mayor responsabilización de prácticas de cuidado y otras actividades relegadas al espacio privado por la división sexual del trabajo, podrían estar habilitando una mayor sensibilización hacia el carácter interdependiente de la vida en sociedad, un aspecto que queda oscurecido en la mística de la carrera, donde prevalecen narrativa de competencia entre individuos. Estefanía, en su relato, da cuenta de esta consciencia de la necesidad de cuidados que existe a lo largo del curso de la vida.

En el caso de Ida nos encontramos con que ella, al tener más edad que Hilaria y Estefanía, no tiene una trayectoria en la que se haya sentido respaldada por las luchas sociales del sindicato de trabajadoras domésticas. En Uruguay, este sindicato surge en 1985. Ida empieza a desempeñarse en el trabajo doméstico alrededor de 15 años antes de su fundación. De hecho, al preguntarle sobre esto, ella identifica esto como algo de las nuevas generaciones. Algo de ahora, a pesar de que varios años de su vida laboral, este organismo estuvo en funcionamiento.

Ida

No sabía del sindicato porque eso es nuevo. Todo eso son cosas nuevas de ahora. Antes no había nada de eso. Cuando alguna patrona no me pagaba, porque tuve unas patronas que se hacían las vivas y no me querían pagar y me iba, "pero me tienen que pagar lo que corresponde". Me decían que no. Entonces iba al Ministerio, era lo único que teníamos en ese momento.

Eso me pasó a mi cuando [...] yo estaba embarazada de mi hijo, que ellos me despidieron. Entonces yo dije "no, yo tengo mis derechos", entonces fui al Ministerio y les comenté lo que me pasó, que yo les había dicho que estaba embarazada y que me correspondían mis cosas. Entonces el Ministerio los citó, tuvo una cita y el Ministerio le dijo que no me podían despedir por estar embarazada, que ellos me tenían que amparar durante los 6 meses de embarazo, [...] Después de ahí sí el hombre me despidió, pero no porque fuera una mala funcionaria sino simplemente por el hecho de estar embarazada.

A lo largo de su relato, Ida señala en varias ocasiones la importancia que tuvo para ella el trabajo, a pesar de las malas experiencias que tuvo. El trabajo fue para ella, como mencionó Renata, un *espacio propio*, de escape de situaciones tristes como la pérdida de un hijo y de situaciones de violencia doméstica. Fue un espacio que ella relata como de emancipación, aunque no omite los abusos, la precariedad y la sobrecarga de trabajo, ella valora haber tenido ese espacio en su vida.

Ida

El trabajo para mi es como una terapia. Todo lo que he pasado, para mí, ir a trabajar era como que un escape [...]

Lo que es en lo personal, que vos me preguntabas, lo de adulto y lo que he aprendido del trabajo, me he llevado muy buena experiencia, me he llevado experiencias lindas, experiencias feas, porque es parte de la vida, pero también soy muy agradecida con mucha gente que me dio la oportunidad, [...] y en los momentos más difíciles de mi vida, el trabajo fue muy importante, muy importante

La trama de la trayectoria laboral de Ida gira en torno al progreso, a la evolución. Ella debe abandonar la escuela chica para hacerse cargo de sus hermanos chicos, tras la muerte de su madre. Su padre es alcohólico y ejerce violencia en contra de ellos y sus hermanos. Llega un momento en el que ella decide abandonar esa situación e ir a Montevideo a trabajar. A pesar de abandonar los estudios, ella señala que le gustaba estudiar y, sobre todo, leer.

Ida

Digo, de la ignorancia que yo venía era muy fuerte, mi mamá era una mujer que no... ¿cómo te voy a decir? Hoy en día reconozco que era sometida a mi padre,

digo, ella nos cuidaba porque si él venía tomado, él nos pegaba, entonces ella nos defendía y la que se ligaba era ella. Entonces como que él no poder estudiar, pero sí tener como una visión de lo que uno iba leyendo porque a mí me gustaba leer mucho en mis tiempos libres o cuando podía, siempre estaba leyendo. Y el ir a la iglesia también como que me abrió un panorama, porque veía otras cosas, escuchaba otras cosas.

Sin embargo, en los estudios vivió un episodio que ella considera que la marcó por el resto de la vida y que afectó su autoestima y su capacidad para expresarse.

Ida

Y después lo otro que me marcó mucho también y que por eso siempre fui tímida hasta una etapa de mi vida, fue el ir a la escuela y siempre me gustó escribir, pero claro, escribía con faltas de ortografía, entonces escribí y para mí había puesto la palabra punto y no había puesto punto, había puesto puto. La maestra me llama, me dice "Ida, ¿qué escribió acá? Punto, maestra. No, léalo delante de sus compañeros". Y vos sabes que eso me mató. Me mató porque me exhibió.

Entonces cuando voy a escribir o voy a hablar, me callo. Porque capaz que lo que yo diga está mal, o capaz que estoy diciendo algo que no es, ¿entendes? siempre me estoy cuestionando que estoy hablando mal, o que estoy diciendo algo. Entonces, hablo sí pero hay momentos que cuando son muchas personas, observo, escucho y callo. Es algo que tengo que trabajar. Por eso te digo, me costaba mucho lo que es el expresarme [...] Pero bueno, en algún momento la superaré.

[...] De repente lo que yo pienso está mal expresado o mal escrito. Es algo que me tiene ahí trancada, pero en algún momento ya lo voy a superar. Por eso te digo, el trabajo a mí en lo personal me ha dado mucho, el poder conocer, el poder vivir el día a día, pero también me dio mucho en lo personal a mí. Pero también perdí cosas, hoy en día lo reconozco, el que mis hijos, no poder estar con mis hijos en ciertas cosas.

Como podemos ver, Ida valora el trabajo como un refugio de situaciones difíciles experimentadas a lo largo de la vida, sobre todo en el ámbito familiar, pero también un espacio para crecer y aprender, a pesar de que se trasluce de su historia, que fue un trabajo precario, informal, inestable, sin garantías y sin descanso.

Ida

Una vez que entré a trabajar a colegios, ahí sí tenía seguro. Ahí ya tenía la licencia, todas esas cosas que nunca en mi vida había tenido, la tenía ahí. No es que no lo tuvieran en los otros lados, porque tenía licencia, pero claro, en la licencia tenía que trabajar porque no me daba, porque mis hijos necesitaban. Tenía licencia, te pagaban, pero en aquella época eran chirolas. Las empresas te pagaban muy poquito, entonces digo, te daban licencia, pero vos tenías que tener otro trabajito para poder sobrevivir hasta que entraras devuelta. Entonces nunca tuve licencias así, nunca así.

A pesar de ser un refugio, Ida también cuenta situaciones de abuso y de discriminación relacionada con su trabajo. Esas experiencias la llevan a sacar la voz, a “rebelarse”, a empezar a defenderse.

Ida

Costó mucho el trato con la gente porque te discriminaban por el hecho de ser la limpiadora, que hasta ahora lo hacen. Como te voy a decir...el de ellos estar detrás de un escritorio o de estar en una oficina, es como que "ah, llamame a la limpiadora que limpie esto" [...] y vos la mirabas, "a ver, perdón, tengo nombre". Siempre hubo que estar luchando contra esa discriminación

Todo esto de los trabajos y todo eso sacó en mi algo que estaba muy guardado. El rebelarme. El defender mis derechos. El decir lo que pensaba, porque no era justo que si vos venias a trabajar me dijeran "ah mira, no te puedo pagar porque no tengo plata", un día una de las patronas, porque yo tenía trabajos paralelos porque trabajaba en la empresa, pero también tenía otros trabajos, en una casa de familia [...] Y tenía esa casa, esa señora de casa de familia que trabajé muchos años con ella. Y un día me dijo eso, entonces me salió así del corazón, la miro y le digo "no se haga problema señora si yo trabajo por deporte", la mujer quedó desubicada, hizo así y me quedó mirando viste. Me di media vuelta y seguí, después ella vino, me dijo "ay Ida, no era para que me contestara así". “Pero no seas mala, yo acá vengo a trabajar. Yo te llevo en hora, yo te cumplo, yo te hago el trabajo, ¿tu tenes alguna queja mi trabajo?” “No, no" [...] Me dijo "no, disculpame que no te pude pagar”. No, “yo te contesté lo que pienso". Y ta a partir de ahí ella me empezó a pagar como corresponde.

Por eso te digo, el sentirte discriminada por los otros. Yo por ejemplo cuando trabaja en la A, yo siempre fui muy coqueta, siempre dentro de lo humilde siempre traté de andar bien porque me regalaban ropa y me la arreglaba. Entonces me veían y dice "¿pero esta que se cree que es? si es una limpiadora". Un día lo escuché y me di media vuelta, los miré y seguí de largo, porque no daba para contestarles nada. Pero ¿por qué? porque yo había ido prolija, no sé, porque me vieron bien vestida, me dijo "esta yo no sé qué se cree si es una limpiadora". Entonces como que esas cosas te duelen, porque ¿qué? ¿no puedo andar prolija? ¿tengo que andar toda sucia? ¿manchada, mugrienta? No. Entonces siempre como que peleé con eso porque siempre sentí, de la gente que te contrata, te quieren encasillar en eso, y no. Entonces *siempre tuve como una pelea interna de demostrar que sí soy una limpiadora, pero tengo el mismo derecho que tenés vos, y estoy aprendiendo el día a día.*

La última frase del extracto es, en cierta manera, un resumen de la trama de su historia. En su narrativa, ella describe su transición a la adultez desde el aspecto laboral, como un espacio de aprendizaje y crecimiento, un espacio en el que, a pesar de la discriminación, ella pudo exhibir habilidades y recibir reconocimiento por estas. La militancia de Ida por defender sus derechos, a pesar no estar encuadrada en acciones colectivas, está presente todo lo largo de su historia y es una dimensión muy importante en su formulación de una identidad adulta.

En el ámbito del trabajo, la identidad que se forma está también atravesada por sentidos de clase. Algo que llama la atención en el relato de Carolina, cuya historia vimos en el apartado anterior, podemos ver que su construcción de la trayectoria laboral es vivida también como la construcción de una cierta consciencia de clase. En su relato, ella se identifica como joven de clase media alta, y hace matices en los que reconoce que su experiencia no es global, sino de jóvenes en las mismas coordenadas sociales. En este sentido, esta narrativa nos permite explorar la dimensión subjetiva de aquella definición de adultez de Casal et al. (2006) donde se define la transición a la adultez con un proceso de "enclasmamiento social" que implica procesos de formación, inserción profesional y emancipación familiar en el marco de un "sistema político de transición" que tiene una localización sociohistórica y geopolítica concreta (2006:29). En el caso de Carolina, los procesos de formación e inserción profesional llevan consigo la experiencia de clase que la hacen consciente de su pertenencia a un cierto nivel socioeconómico y que la llevan a

identificarse como joven de clase media alta, al ser consciente de los privilegios que le otorga tal posición. En este ejemplo es posible percibir que la clase, como señala Beattie (2014), no es tan sólo un “enclasmiento” objetivo, una posición al interior de las relaciones de producción, sino que tiene una dimensión fenomenológica, por la que es experimentada y dentro de la que la persona se experimenta también como sujeto de clase. Carolyn Steedman (1986) sostiene que la “consciencia de clase” no es el resultado directo de la propia posición en el sistema de producción, sino que también se construye a partir de marcadores que existen en la vida privada y las relaciones sociales, que incluso las niñas y niños empiezan a significar antes de incorporarse a las relaciones de producción, a través de microprácticas sociales de exclusión de consumo, de pertenencia, de discriminación, etc. Julie Beattie señala:

One’s experience of class may be expressed not only in terms of work identity and income but also in terms of familial relations, social relations unrelated to those of employment (such as school and peer relations), and in leisure and consumption practices (Beattie, 2014:42).

En este trabajo se propone que al narrar los hitos de adultez relativos a la formación y el ingreso al trabajo se abre un espacio para reflexionar sobre la estructura de clases de la sociedad y el lugar de la persona en ella, donde las personas identifican su posición de clase en la comparación con las circunstancias de vida de otras personas. En este sentido, podemos contraponer a este ejemplo el caso de Alondra, como una experiencia en cierta medida opuesta. Ella se enfrentó a múltiples dificultades al decidir estudiar. Alondra es de Durazno. Su padre es pintor de casas y su madre es secretaria. La situación económica de sus padres es precaria y cuando ella decide ir a la capital a estudiar, ellos le advierten que no podrán apoyarla. Ella decide irse igual y, en el proceso de estudiar, Alondra experimenta muchas carencias, incluso recuerda pasar hambre. Esto se recrudece cuando su padre debe someterse a una intervención médica y la situación económica de la familia se deteriora. Ella experimenta enojo hacia sus padres por no poder ofrecerle las mismas condiciones que otras de sus compañeras.

Alondra:

[...] mis padres básicamente estaban emocionados [por su recibimiento] también del esfuerzo que habían hecho ellos y del que había hecho yo. En el momento me molestaba, sentía que ellos no habían hecho mucho esfuerzo, pero en realidad, después comprendí que, en realidad, hicieron su mayor esfuerzo posible, por más

que no me hayan ayudado como yo quería que me ayudaran, no sé, tenía compañeras de facultad que les alquilaban un apartamento, yo decía pero yo quería vivir en un apartamento. Entonces, ta, yo tenía a veces enojos...

La experiencia de clase supera la dimensión únicamente laboral y de producción y se construye simbólicamente en diversas interacciones con otros, así como con instituciones y organizaciones de la sociedad y sus discursos. Tiene una dimensión vivencial y simbólica que sirve de correlato a las condiciones materiales. El caso de Ida (65 años) es especialmente ilustrativo de esto, como se puede ver en la siguiente cita:

Ida:

[...] al ellos estar detrás de un escritorio o de estar en una oficina, es como que "ah, llamame a la limpiadora que limpie esto", o si te veían pasar "eh, limpiadora ¿me puede venir a..." y vos la mirabas, "a ver, perdón, tengo nombre" o señora. Siempre hubo que estar luchando contra esa discriminación.

Claro, entonces me veían y dice "¿pero esta qué se cree que es? si es una limpiadora", un día lo escuché, me di media vuelta, los miré y seguí de largo, porque no daba para contestarles nada. Pero ¿por qué? porque yo había ido prolija, no sé, porque me vieron bien vestida [...] Entonces como que esas cosas te duelen, porque ¿qué? ¿no puedo andar prolija? ¿tengo que andar toda sucia? ¿manchada, mugrienta? No. Entonces siempre como que pelee con eso [...] siempre tuve como una pelea interna de demostrar que sí soy una limpiadora pero tengo el mismo derecho que tenés vos [...]

De este ejemplo podemos extraer varios elementos sobre la vivencia de clase. En primer lugar, que, aunque la adultez esté marcada por el ingreso al mundo laboral, no todos los trabajos tienen el mismo estatus, ni se les otorga el mismo nivel de respeto, como podemos ver en la historia sobre la patrona. Por otro lado, este caso también nos muestra como la clase, el nivel socioeconómico, también tiene una dimensión performativa, como las etapas de vida y el género, podemos verlo en el ejemplo de la ropa. Al arreglarse, Ida es sancionada por no adecuarse a su rol de "limpiadora", es castigada por "desviarse" de lo esperado de la presentación personal de una limpiadora. En este sentido, esto nos remite a la conceptualización de la dimensión performativa de la clase desarrollada por West y Fenstermaker (1995). Estas autoras señalan que, sin negar que las clases son el resultado de un acceso diferenciado a recursos económicos, políticos y sociales, es posible observar

en la interacción diaria maneras en que la clase se presenta como “a situated accomplishment” (1995:26). Ellas lo observan, por ejemplo, en las vestimentas de trabajadoras domésticas en Nueva York, donde el uniforme de las niñeras y trabajadoras domésticas se convierten en marcadores de clase de las mujeres de clases altas, una manera de identificarse como tal. Las autoras revisan diversas investigaciones que dan cuenta de cómo hay concepciones normativas que constituyen nociones compartidas por una sociedad para identificar las clases y localizar a las personas en esas estructuras. La clase no es sólo una coordenada de condiciones materiales, sino que tiene ligada una dimensión de expectativas, más o menos compartidas, sobre cómo actúa y deber verse una persona de una clase específica. En el caso de Ida es interesante señalar que la “trama” de su transición a la adultez, aquello que se podría considerar como “la moraleja” que extrae al reconstruir su transición a la adultez y significar su adultez es el aprender a defenderse. A lo largo de su historia, ella cuenta su transición a la adultez como la historia de cómo tuvo que aprender a defenderse. En el ámbito familiar, de la violencia ejercida, primero por su padre, y luego por su pareja y su familia. En el ámbito laboral, de la discriminación que vive por su ocupación.

Otro elemento de la narrativa pública sobre adultez se relaciona con el trabajo. Mientras que la narrativa de adultez femenina detentada por los polemistas de principios del siglo pasado sancionaba la participación laboral femenina, lo veían como el triste destino de las mujeres pobres. La narrativa más extendida entre las entrevistadas tiene que ver con la independencia económica, la capacidad de “manejarse”. De hecho, en muchos casos, al momento de definir la adultez, esta dimensión económica es central. Esto está muy presente en gran parte de las entrevistas, la identificación de la trama de la adultez como el proceso de alcanzar la independencia económica de los padres, pero también de la pareja, como algo específicamente femenino, pues en varias entrevistas hay cierta referencia a la posible amenaza que supone a las mujeres vivir en situación de dependencia hacia las parejas. Esto implica un puente, un espacio de interacción entre el ámbito laboral y familiar que tiene un sentido específico en las trayectorias femeninas y sus transiciones a la adultez.

Georgina: ...yo nunca me planteo la posibilidad de depender económicamente de una pareja, o sea, como que era algo que para mí no era deseable [...] me re estresaría si me quedara hoy o mañana sin trabajo [...] me parece que también es como que muchas mujeres de nuestra generación tenemos mucho el chip de un

poco de todo lo que les ha pasado a nuestras antecesoras que no tendría que haber pasado, o sea, o que ta paso, pero esta cuestión de que después, no sé, sus maridos no sé, no funciona y termina pasando que se quedó en el horno, o sea, ahora con 3 hijos está en el horno y qué hace, yo tipo no nunca quise que eso me pasara [...]

AN: ¿Y a ti como fue quedarte sin tu empleo?

Berenice (42 años): Bueno, pero eso fue antes de separarnos, fue mucho antes. Sí, fue duro porque aparte... claro como que perdés esa independencia económica ¿viste? para mí era terrible tener que pedirle plata a él para comprarme algo ¿entendés? Era como que... ¡espantoso!

AN: Hasta ese momento tu tenías tu propio ingreso

Berenice: Claro, yo era independiente. Siempre fui muy independiente, entonces perdés esa independencia, tener que pedirle a él plata para algo.

AN: ¿A qué te refieres con cuando se alcanza la independencia total?

Alondra: Que no dependas más de tus padres o de alguien, yo que sé, yo creo que cuando uno se independiza, se independiza más bien económicamente, ahí para mí empieza [la adultez].

Ilana: ¿Qué es ser adulto?, tener independencia económica fundamental, hacerme cargo de mis decisiones, y poder tener la libertad para decidir qué hacer, cuando hacerlo como hacer lo que quiero hacer, sí básicamente eso, ta que implica obligaciones ¿no? implica tener como cierta seguridad laboral, tener un ingreso que te permita costearte la vida.

Helena (32 años): ... eso lo re transmitió [su madre] a fuego a mi hermana y a mí, como esto de hacerte de algo. En ese hacerte de algo, había algo muy claro y era como que ella como, no sé si temor, pero algo que no quería era que dependa de alguien, que yo no me quede con un hombre o una pareja porque no tenga mi sustento, era como vos hacete de algo. Como asegurarse de que yo esté o no esté

con alguien, yo iba a tener una herramienta con la que hacerme de algo y estar a salvo [...] la profesión es tu salvataje eso era como a fuego, y yo seguí ese mandato ahora y lo agradezco porque es así de alguna manera, la profesión que cada una elija no sé capaz para una es hacer manteles, pero tener algo como mujeres de decir de esto me agarró y no dependo de nadie, yo sé que con esto me puedo hacer y rehacer mil veces, eso está como bien marcado.

Vemos que esta búsqueda de independencia económica no se contrapone a la noción de que volverse adulta implica ocuparse de personas dependientes, como vemos en el discurso de Sandra. De hecho, es una condición importante para cumplir con eso, para hacerse cargo de las personas dependientes. Esto es interesante en tanto que implica una amalgama entre los roles dicotómicos del paradigma de la división de esferas: madre/ama de casa vs. padre/proveedor. Podemos ver que en la narrativa de adultez manejada por las entrevistadas hay una búsqueda por proveer a su familia, a sus hijos.

Nadia:

[...] tengo una amiga que dice que cuando vas a pensar en tener un hijo, y que además yo suscribo totalmente, independiente de las condiciones de pareja que tengas, vos tenés que pensar que lo vas a tener sola, porque después la responsabilidad siempre recae toda sobre la madre y yo creo que es tal cual. Tengas un hijo... o sea, la decisión... me parece que las mujeres ponemos tanto en la decisión de tener un hijo que...que vos tenes que preguntarte siempre, aunque tengas pareja y estés casada y seas la persona más feliz, la esposa más feliz del mundo, tenés que cuestionarte si vos tendrías ese mismo hijo solo, porque hoy lo tenes con una persona y mañana no sabes.

Sandra:

[...] creo que mucho de ser adulto tiene que ver [...] con pararte 100% sobre tus pies, al punto tal incluso de hasta poder tener dependientes de vos, cuando hablo de dependientes de vos hablo 100% dependiente de vos, porque siempre a la corta y a la larga hay alguien dependiente de vos ¿no? [...] primero que nada poder pararte sobre tus pies, o sea, poder vos solventarte y no tener que estar ¿no? pero sobre eso también poder incluso tener una persona dependiente de vos 100% y poder llevarlo adelante eso, esto es un punto de vista muy material lo que estoy hablando pero creo que tiene mucho que ver con ser adulto, es algo que nunca

podrías hacer antes y que creo que si sos adulto y no lo podes hacer, creo que la frustración tiene que ser terrible, y creo que de ahí también [...] problemas muy grandes de agresividad, no lo sé, de violencia, perdón, pero sacando eso [...] creo que también tiene que ver con poder solventarte y solventar a tu familia ¿no? [...] un trabajo, digo, remunerado que rinda, no una ayudantía honoraria, claro, no una ayudantía honoraria o que cobre 5 mil pesos por mes y no puedas pagar la luz no [...] si no podés lograr esas cosas como adulto te sientes muy frustrado [...] para sentirte un adulto completo.

Georgina: [...] nunca imagine como la posibilidad de ser, no sé, ama de casa, por ejemplo, es algo que no estaba como en ningún lugar de mi mente, entonces, yo para mí, incluso no estaba bueno para mí como que mi pareja tuviera que ser el único ingreso formal y estable [...]

Estefanía: Y la mujer también tiene que salir a trabajar. Porque no es la que tiene que quedarse fregando en la casa, eso ya pasó a la historia, de mi abuela que se quedaba fregando la casa. En la época de mi abuela era así, este, pero ahora ya no. Las mujeres tienen el mismo derecho, como los hombres, de trabajar. Si el esposo se queda sin trabajo, que se quede el limpiando y haciendo las cosas, es algo normal. Pero el trabajo para nosotros [las mujeres], yo pienso que es muy importante. Sentirse útil. No me pasa a mí, pero veo mujeres que no trabajan y dependen del marido, que le dé para la pintura. Y depende, ser dependiente de, eso para mí no está bien. Yo creo que las mujeres tenemos que salir a trabajar.

Algo que se observa en varias de las entrevistas es la consciencia de que lograr una independencia económica exitosa es una condición para poder romper con presiones de la narrativa de adultez “tradicional”. En varias de las rupturas o desvíos que llevan a cabo varias de las mujeres entrevistadas, nos damos cuenta de la importancia que tiene la disponibilidad de recursos para hacerlo. Por otro lado, en las historias donde la entrevistada tiene un acceso restringido a recursos económicos, sociales y políticos, nos damos cuenta de que la narrativa de transición a la adultez pasa más por reafirmarse como individuo, defenderse, como es el caso de Ida, pasa por la construcción de una identidad “dura”, que no se deja pasar por encima.

C. Tensión entre dominios de vida: laboral y familiar

Algo que se identificó en las narrativas estudiadas es la tensión que existe entre los dominios de vida, en específico, el laboral y el familiar. Esta tensión interpela la formación de prioridades y, por lo tanto, toca íntimamente la formación de identidades narrativas. Siguiendo a Charles Taylor, la identidad está definida por “los compromisos e identificaciones que proporcionan un marco u horizonte” en cuyo interior uno intenta “determinar, caso a caso, lo que es bueno, valioso, lo que se debe hacer, lo que apruebo o a lo que me opongo” (Taylor, 1996:43). En este sentido, la tensión entre el ámbito familiar y laboral que tiene su origen en la división sexual del trabajo, permea la construcción de identidades.

Al narrar sus historias, las mujeres entrevistadas dan forma a una identidad que, a pesar de ser efímera, múltiple y cambiante, adquiere corporeidad en la localización que realizan las personas de sí mismas en narrativas, que como señala Somers (1994) muchas veces tienen su origen en narrativa públicas, sostenidas por instituciones tanto estructurales como culturales. Sin embargo, estas narrativas sociales son apropiadas creativamente por los individuos y es difícil encontrar narrativas que sean un calco de estas “guías de interpretación”.

Por ejemplo, el caso de Diana (narrativa completa en anexo 2) es donde encontramos la narrativa más apegada a una narrativa de género conservadora, que da a la mujer un rol preponderante en el cuidado de los hijos y del hogar. Ella señala sentirse identificada con esta narrativa, pero lo hace desde una posición de agencia, pues ella en todo momento señala que se trata de una decisión propia que surge de su propia autoidentificación con la identidad social de “Susanita”, un tropos que es compartido por varias entrevistadas y que da cuenta, haciendo referencia a un personaje de la historia de Mafalda, a una mujer que refleja las prácticas y valores del sujeto social femenino ideal de la división sexual del trabajo (mujer/ama de casa). Para Diana, se trata de una identificación que le proporciona, como dice Taylor (1996:43), una guía para evaluar lo que es importante en cada decisión de su vida, para decidir qué carrera estudiar, qué tipo de trabajo elegir, hasta qué punto quiere crecer laboral y económicamente con su pareja. A pesar de todas estas decisiones, hechas muy tempranamente en su vida, para poder compatibilizar de mejor manera su objetivo principal de tener familia con el trabajo, en su narrativa se hace presente la tensión entre ámbitos.

Diana

Y mamá que sí me conocía mucho, me dijo “Diana, vos que sos bien Susanita, que te encanta tu familia, escoge escribanía que es algo que va a ser bien compatible, para ti y cuando te hagas tu familia”, y la verdad que fue tal cual. Y, aparte, no sé cómo es allá, pero acá es, la verdad que es una carrera bien de nena, o sea, de mujer. Mismo vas a la facultad y somos casi todas mujeres. Susanita acá le decís a las personas que le gusta... A ver, bien de mujer, bien de eso de que te gusta tener tu familia, tus hijos. Pero más allá de eso, es eso de que te gusta la familia, te encanta. No tanto el estereotipo de chica que es más profesional, más dedicada a su carrera. Y para mí la familia ha sido siempre mi objetivo principal.

En primer lugar, se hace presente la contradicción entre tener este ideal y nunca haberse planteado la posibilidad de dedicarse por completo a sus hijos y dejar de trabajar, algo que parece ir en contramano a su identificación inicial. Esta tensión se expresa en su historia en la necesidad de dar razones, explicaciones, para esto. Da varias a lo largo de su historia e incluso hace énfasis en como acomoda sus tiempos para dedicarse lo más posible a sus hijos.

Diana

Desde un principio como que no era la que me iba a importar mi trabajo, mi trabajo y chau. Igual, hoy día lo disfruto muchísimo. Me encanta, me encanta lo que hago. Me encanta, me plantearía dedicarme totalmente a ellos si alguno tuviera un problema, *pero ahora están yendo al colegio y todo, y como que ellos también necesitan sus espacios. Me parece sano, aparte también.* Y además llego a las 16:30, y ahí estoy toda la tarde con ellos. Obviamente, me encanta trabajar y lo disfruto muchísimo y también, es una forma de realizarse. Pero para mí, mi objetivo principal es la familia.

Esta tensión está presente en toda su narración sobre su trayectoria laboral. Al principio, al empezar a trabajar durante la carrera, los primeros trabajos no tenían nada que ver con escribanía, y ella va construyendo su carrera poco a poco, tratando de acercarse lo más posible a su propósito original. Después de casada y ya con planes de tener familia, Diana se encuentra en un trabajo con un ambiente muy negativo, en donde ella no se siente respaldada en su proyecto familiar. Su jefa de entonces representa un estereotipo de mujer que pone por encima de todo la carrera profesional.

Acá la tensión se hace presente en como las malas experiencias que tenía en el trabajo la afectaban anímicamente al interactuar con su familia. Esta consecuencia de la tensión entre el ámbito laboral y familiar está presente en varias entrevistas y con estructuras narrativas similares, aunque las soluciones a esto varían. En el caso de Diana, esta situación la lleva a hacer un giro importante en su trayectoria laboral, abandonar el trabajo asalariado y lanzarse a trabajar de manera independiente. Sin embargo, es interesante porque esto da cuenta de una dimensión más vivencial, fenomenológica de la tensión entre familia y trabajo de cómo afecta el estrés laboral y la sobrecarga de trabajo.

Diana

Me fui a otro estudio que fue el último que estuve antes de largarme sola, y la verdad que fue re mala experiencia. Mi jefa era una persona mala y de pocos valores. ¿Viste esas personas que igual siendo mujer y siendo madre como que no cuida la familia, la mujer? Más allá de que está tu trabajo, por delante tenés mujeres, y tenés mujeres que están formando sus familias, también, y como que ella lo único que le importaba era laboralmente crecer, crecer, que su estudio creciera y chau. Y por suerte me terminé yendo, porque me sentía horrible.

Sabía que ocho horas no quería trabajar. Sabía que no quería, ni podía dejar de trabajar, también, porque es la realidad, hoy en día. Pero también sabía que no quería eso. La realidad es que venía re estresada por el tipo de trabajo, por la energía que había ahí adentro, por todo. Entonces venía y todo lo que me había largado mi jefa capaz que me daban ganas de matarlos a ellos, porque venís con poca paciencia, venís cansada, venís agotada, venís con todo.

Por su parte, este efecto negativo del estrés laboral en el hogar, que Sandra expone también, puede convertirse en un motivo para hacer un cambio de carrera por completo. En el caso de Sandra, ella decide estudiar una carrera técnica en programación para no regresar a trabajar como química farmacéutica.

Sandra

Yo después de que me fui vi lo que era yo, estresada en el día a día y lo que era yo sin ese estrés, dije no, prefiero no volver. Me di cuenta que cuando vos, aunque no te sientas que estas nerviosa o no te des cuenta, hay un ruido de estrés basal muy grande, las cosas te caen diferente, alguien te dice una pavada y la misma pavada la tomas de la misma manera, pero reaccionas diferente ¿verdad? y eso afectaba también mi vida en casa, como en todo ¿no? [...] No creo que nadie se

diera cuenta que estaba mal, es que pensaban esa es su reacción, pero luego de que me fui, me di cuenta que no era mi reacción, que podía tener distintas reacciones.

En este extracto, se avista de qué manera Sandra reflexiona en retrospectiva sobre el efecto que tenía el estrés de su trabajo en su forma de reaccionar y cómo el haber dejado ese trabajo, a pesar de encontrarse de momento desempleada, le ha permitido verse de otra manera.

Además de esta consecuencia de la tensión entre trabajo, Diana tenía que lidiar con la sobrecarga de trabajo de ocuparse del cuidado de los hijos y la casa, además del trabajo. Esto implica una carga mental importante, como vemos en el extracto que sigue.

Diana

De que no es sólo todo lo que tenés en el trabajo, sino escribirle a M., que es la que los cuida cada tanto, ¿cómo van?, o “acordate de mandarle el regalo, que G. tiene un cumple en el jardín” o no sé cuánto. “Compra el queso rallado para cocinar tal cosa o tal otra”. Son como muchas, muchas cosas y llegas y decís “no los disfrutaba”. No es esto lo que quiero.

Frente a esta situación, Diana decide empezar a trabajar como independiente y consigue el apoyo de la madre de una amiga, que se dedica a lo mismo, y con la empieza a trabajar. El trabajo como escribana independiente, en su narrativa, fue el camino que le permitió tener un equilibrio con el cuidado más acorde con su identificación inicial de la familia como su objetivo más importante. Eso es lo más importante en su narrativa, tener el mejor equilibrio entre ambos dominios y dar predominancia a la familia. Diana reconoce que esto tiene un costo en términos económicos, pero se alinea con la narrativa familiar.

Diana

Y en lo que me veo es eso. Y poder crecer para por lo menos tener para, como yo le digo a mi marido, las comodidades medias. O sea, ni ahí pretendo, ninguno de los dos, creo, ganar plata para viajar o no sé qué, no sé cuánto. Lo único que nos interesa es tener una familia, lo que queremos es tener una familia grande si podemos, y si no, nos quedamos por acá.

Un elemento importante a rescatar de esta historia, y que se encuentra presente en otras narrativas, es cómo las perspectivas a futuro están permeadas por la manera en que

las personas se localizan frente a esta tensión. En el caso de Diana, se observa una narrativa que da prominencia a la familia y, por lo tanto, al proyectarse a futuro, la narradora le resta importancia a otros posibles objetivos, como tener más ingresos, viajar, etc.

Más allá del caso de Diana, en donde la identificación con una cierta narrativa de género es clara desde el inicio y estructura el resto de la narrativa, nos encontramos con otras historias que, a pesar de no exhibir de forma tan clara o necesariamente enunciar su identificación (o resistencia) con ciertos modelos de curso de vida de género, esta se expresa en cómo se narra la tensión entre ambos ámbitos, cómo se experimenta y cómo se enfrenta la tensión.

Vanessa, por ejemplo, tiene a su primera hija a los 35 años, ya con el cargo de alta jerarquía que ocupaba en el momento de la entrevista. Ella señala que el problema más importante que tuvo fue cuando se reintegró al trabajo después de la licencia laboral, ya que las políticas de maternidad no se adecuaban a las características y responsabilidades de su cargo. Esto es interesante y nos permite abrir una cuestión para explorar en el futuro: ¿para quiénes están pensadas las licencias maternales según sus características y a quiénes benefician más y a quienes excluye del disfrute de ciertos beneficios? Y ¿es posible pensar en un sistema de seguridad social diferenciado que garantice realmente sus derechos a todas las mujeres teniendo en cuenta sus ocupaciones, responsabilidades, etc.? Este tema también entra en juego en el caso de las mujeres que trabajan como químicas farmacéuticas en laboratorios quienes, debido al carácter riesgoso de sus actividades, representa un problema importante al momento de decidir tener hijos (esto se verá más adelante).

Vanessa

No tuve ningún problema, los tiempos, nada, todo bien. Te dan una licencia maternal de 3 meses más o menos, pero lo que se hace difícil después es el medio horario que, si bien nosotros tenemos medio horario un año por lactancia, en realidad, no es que tenés la mitad del trabajo, o sea, nosotros tenemos un cargo que a nosotros si no estamos, nos tienen que cubrir. [...] Y si yo me quiero ir de licencia tengo que resolver quién me va a cubrir para poderme ir. Es un sistema que está un poco perverso y bueno, no llegamos todavía a tener una solución. Entonces lo hablé con mi directora, tenemos una contadora general que nos nuclea, y le digo “quién te parece que me va a cubrir en mi licencia” y ella me

sugirió a alguien y vino quien me cubrió, pero cuando volvés es todo el trabajo, pero la mitad del horario, te volvés loco.

En cuanto a las estrategias que narra la entrevistada para poder disminuir la tensión entre las exigencias de ambos ámbitos, Vanessa destaca la importancia de haber encontrado una niñera de confianza que ha trabajado con ellos desde que su primera chica era pequeña. La estrategia de contratar una cuidadora para los hijos está presente en varias entrevistas, sobre todo en aquellas que cuentan con más recursos. Generalmente, esta estrategia es complementaria al jardín, para completar el horario completo de trabajo. Vanessa hace énfasis en la importancia de encontrar alguien que dé tranquilidad, incluso señala que “cuando se quedan con ella, es como si estuviera yo”. Este extracto da cuenta de la negociación que hace la entrevistada con la narrativa tradicional de maternidad, en su narrativa, esta superposición de madre/niñera no implica una ruptura con la narrativa que responsabiliza del cuidado a las madres, pero negocia legitimidad al entender el quehacer de la niñera como una extensión del quehacer propio. Igualmente, pone sobre la mesa una discusión sobre las características del trabajo de niñera y las exigencias que se tienen al desempeñarse en ese trabajo, por lo general precario y poco valorado. Además de esto, en el extracto, Vanessa hace énfasis en que conforme aumentan sus responsabilidades en el trabajo, la tensión entre los ámbitos aumenta.

Vanessa

En cuanto a los cuidados, nosotros tuvimos suerte, desde que la más grande era chica, tenemos una niñera que es ella la que nos ayuda y tuvimos mucha suerte con ella y es la que nos ha apoyado pila, yo me voy tranquila y sé que quedan con ella y es como si estuviera yo. La conocemos desde la primera hija, nos la recomendaron y la verdad que tuvimos mucha suerte con ella y eso es re importante. Más allá de que vayan al jardín también, tener a alguien en tu casa, que de repente se enferman y se pueda quedar un rato más. Hoy, por ejemplo, me cubrió ella, la chica está enferma y yo no puedo estar faltando a trabajar todo el tiempo. Menos ahora. Capaz que, si tuviera otras responsabilidades, pero con éstas menos. Entonces ahí, malabares entre mi marido, la niñera, que se queda un poco más de tiempo. Pero es complicado. Yo que sé, anoche yo no dormí casi nada y tengo que estar acá [la entrevista fue en su lugar de trabajo].

Este agotamiento, y la consciencia de que mayores responsabilidades implican una mayor tensión de las dinámicas familiares de cuidado, están relacionadas con el cambio que Vanessa identifica en sí misma tras la maternidad:

Vanessa

Yo personalmente cambié, no sé si sigo tan enfocada en la parte profesional y demás, sigo teniendo el mismo ímpetu, no es que ahora soy madre, no lo tenga, pero sí me doy cuenta de que estoy limitada, por ejemplo, capaz que si no hubiera tenido hijos ya estaba en una maestría, es muy probable. [...] eso me gustaría y realmente lo veo limitado por un tema de horario con los niños. Y la cabeza ya, estoy cansada. Los niños chicos te agotan bastante.

Vanessa considera que está menos enfocada en el crecimiento profesional. Esto se relaciona íntimamente con la sensación de agotamiento, algo que también está presente en otras narrativas. Sin embargo, en la narrativa de Vanessa, la perspectiva temporal de cómo evolucionan las necesidades de cuidado de los hijos sirve para llevar mejor el sentimiento de agotamiento.

Vanessa

Esa compatibilización de responsabilidades con los niños chicos, es complicado. Pero bueno, uno se agota, pero pasa. Esta etapa de esta más chica yo sé que pasa porque tengo otra más grande [...] Entonces bueno, uno sabe que pasa, es una etapa. La grande no es tan dependiente y ya el hecho de poder dormir toda la noche es como una victoria absoluta, pero todavía no la canto hasta que no crezca la más chica.

En el caso de Úrsula, la entrevistada identifica que en un momento le dio prioridad a su trabajo y desarrollo profesional por encima de su pareja, lo que lleva a su primer divorcio. Sin embargo, en su narrativa, ella señala vivir un cambio, de esa primera relación a la actual, con quien sigue casada desde hace un tiempo y con quien tuvo dos hijas, después de que en su juventud siempre sostuvo no querer tenerlos. Es interesante esto porque permite estudiar cómo los puntos de giro en la vida de las narradoras, son momentos que interpelan sus identificaciones, y que deben interpretar y dar sentido en sus narraciones, para que reflejen un cambio de su identidad. No se trata de un cambio, sino de una transformación de un estado a otro que se explica en la narración.

En la narrativa de Úrsula se observa como el cambio es interpretado en su narrativa como “dejar de ser egoísta” y está ligada a “haber encontrado a la pareja indicada”. Esta trama hace eco de las normas tradicionales de género que estigmatizan a las mujeres que transgreden el patrón cultural, sobre todo, en lo que se refiere a tener hijos.

Úrsula

La variable de ajuste fue la pareja, la variable de ajuste fue esa, porque yo tenía, mis prioridades eran otras, si lamentablemente no era la pareja, quería dar clase, quería terminar mi carrera, incluso siempre dije hasta que yo no termine mi carrera y la maestría, yo no voy a tener hijos, eso siempre estuvo ahí sobre la mesa.

Anzorena y Yañez (2013) señalan que la maternidad en esa narrativa de curso de vida generizado es entendida como el destino de las mujeres, marcada por un deseo e instinto natural, que es “central en la construcción de una feminidad normal” por lo que las mujeres que deciden no tener hijos son percibidas como egoístas y antinaturales (2013:224). El egoísmo aquí da cuenta aquí de esta exigencia y la narrativa está dando cuenta de un cierto plegamiento frente a las exigencias.

Úrsula

[...] te contaba que las dos decíamos, no, somos muy egoístas como para pensar en hijos, y ya te digo, cuando me casé, la primera vez me acuerdo de haber sido durísima, yo no quiero hijos[...] pero en un momento, supongo que es que me sentía más segura, tenía a la pareja con la que los quería tener y empecé a mirar a la maternidad de otra manera, quedé embarazada de S, y estoy sorprendida también, porque es verdad eso del instinto, porque me nació, más allá que uno a veces esté cansado, y grite un poco, pero lo haces con gusto, para mí, no es un trabajo. Ellas, se ve que las maestras les están metiendo conceptos, mi esposo se iba a trabajar y la chiquita le dice, papá te vas a trabajar y mamá se queda, y ella le dijo a la otra, porque cuidarnos a nosotros también es un trabajo, y yo no lo siento como un trabajo, hay veces que estás cansado, pero yo no lo siento como un trabajo, es como que se lo merecen, te nace ¿no?

Úrsula se identifica con la narrativa del instinto y la utiliza para explicar su cambio de actitud frente a los hijos. Asimismo, identifica que hay “ideas” que contradicen esto y que les enseñan a sus hijas en la escuela, discursos que reconocen el cuidado y las labores del hogar como trabajo. Desde la narrativa de Úrsula, considerar el cuidado de los hijos como trabajo implica cierta obligatoriedad que rompe con la narrativa de instinto materno que es algo que nace naturalmente y no pesa. Reconoce el agotamiento que conlleva el cuidado de niñas y niños pequeños, pero insiste en que lo hace con gusto por el instinto materno. Este es el “marco de evaluación” que le permite adjudicar una temática a su cambio de posición respecto a la maternidad y que abreva de las meta-narrativas de género.

Úrsula

Yo creo que pasaron esas dos cosas, como que no me sentí más egoísta, porque fijate que siempre hablé de yo: yo quiero terminar la carrera, yo quiero trabajar... como que eso se movió, como que me sentí que llegué a lo que quería hacer, dadas las condiciones, y ahí como que me permití no ser tan robot, capaz que es la cosa, me liberé un poquito, me liberé, y ahí salió, esa visión egoísta que tenía de mí misma se disipó un poco, y que empecé a tener más tiempo, ya había terminado la maestría, no estaba dando clases en mi facultad, lo de mi enfermedad estaba tranquilo, conocí a R.

Este extracto resume la trama de su punto de giro en cuanto a la maternidad. Interpreta sus proyecciones laborales como objetivos egoístas, porque implican la centralidad del “yo” en la narración, es decir, de sí misma como proyecto. En su narrativa, ella señala haber llegado a lo que quería hacer, haber alcanzado sus objetivos, y que es ahí que se permite “no ser tan robot”. Esto da cuenta de una cierta reproducción del binarismo que sostiene la desigualdad de género, que implica que la categoría de lo femenino en contraposición a lo masculino engloba otras contraposiciones, como la razón vs afectividad. Esto está presente también en la narrativa de Diana, que en un momento señala:

Diana

[...] con mi primera hija. G. era como que la miraba y es divina, pero no entendía si era mía, del vecino, de quién era, era como que no entendés. Por lo menos a mí me pasó. Hay gente que capaz que es mucho más maternal. *Yo, aunque soy re Susanita y eso que te contaba, soy re racional. Hay gente que capaz que es mucho más sentimental y lo siente a flor de piel desde que nacen. A mí, me costó.* Si, ojo, ni ahí tuve una depresión posparto, un rechazo ni nada.

Aquí nos encontramos con la misma contraposición de conceptos. En el caso de Diana, que se siente tan identificada con el estereotipo de género de Susanita, resulta paradójico, lo que da cuenta de la multiplicidad de identificaciones que tienen las personas, y que se expresan en el narrar. En el caso de Úrsula podemos observar que ella describe su cambio con la metáfora de “dejar de ser robot”, y lo interpreta como una liberación y la disipación de una visión egoísta de sí misma. Ella hila a esto ciertos eventos que lo facilitan: el haber terminado la maestría y dejado de dar clases que le daba más tiempo (pues a lo largo de su trayectoria laboral nos encontramos con una carga importante de tiempo dedicado al trabajo, al punto de que tiene complicaciones de salud),

encontrarse con su enfermedad controlada (sufre una enfermedad autoinmune crónica) y conocer a su pareja actual.

Este cambio transforma sus prioridades, pone su familia por encima del trabajo y esto le permite también, bajar la fuerte autoexigencia que había mantenido hasta ese momento. Esto implica una ruptura con una visión de sí misma. Antes se sentía identificada con la mística del trabajo

Úrsula

Yo de hace unos años nunca se hubiese pedido dos semanas para cuidar a las nenas por las vacaciones, pero ahora me siento como tranquila, pero estoy a la orden, me escriben, me llaman, me preguntan, no tengo problema. La Úrsula de antes no, tenía que estar ahí, tratar de todo el tiempo hacer lo mejor, y ponía eso por sobre la familia, ahora no, los trato de compaginar con equilibrio.

Phyllis Moen identifica que hay una “mística de la carrera”, un sistema de expectativas sobre lo que significa una carrera “exitosa”, pero que está construida en base a la división sexual del trabajo, pues supone la existencia de una contracara dentro del hogar que se ocupe del trabajo no remunerado, mientras una persona tiene una dedicación de tiempo completo para desarrollar una carrera, trabajando horas extras y dando una atención completa y continua a su desarrollo laboral. Podemos ver que Úrsula hace eco de esta mística al inicio de su carrera, hasta el momento en que tiene hijas, y que cambia sus prioridades, pero no rompe con la división sexual del trabajo que estructura a la mística de la carrera con la narrativa de género sobre el rol tradicional de las mujeres.

Úrsula

Sí pienso que la mujer es más multitarea, y me gusta serlo, por ejemplo, en mi trabajo yo llego a determinada hora porque quiero estar con las nenas, un hombre a veces sí, a veces no, pero en general la mayoría se descansa en que está la mujer en la casa, entonces eso te puede llegar a traer alguna diferencia en el compromiso al trabajo como se ve tradicionalmente. A mí no me importa, como que llegué a este nivel, en otro momento capaz que sí me hubiese importado, a mí no me importa, con esto no te estoy diciendo que hay veces que me tengo que quedar fuera de hora y ando como loca a ver quién las puede levantar.

Úrsula señala que son las mujeres las que tienen que tomar decisiones que implican un obstáculo para su crecimiento laboral, mientras que los hombres “se descansan en que está la mujer en la casa”, dando por sentada la división inequitativa de las tareas de cuidados en el hogar. Ella lo ve como una diferencia en el compromiso en el

trabajo, que ella está dispuesta a perder, a pesar de que antes era algo a lo que le daba prioridad.

Esta idea de la maternidad como un obstáculo o una limitante para la actividad laboral también se repite en varias entrevistas. Por ejemplo, en la narrativa de Raquel, ella menciona que a ella de las cosas que más se le han dificultado de la maternidad es sentirse limitada en su actividad laboral. Las mujeres entrevistadas hablan de tener que procesar y aceptar las nuevas limitaciones que acompañan la maternidad y que, por lo general, se acompañan de pérdidas en el ámbito laboral, ya sea de horas para dedicarle, de nivel de compromiso, es decir, todo lo que implica un espacio laboral generizado construido alrededor de la figura del padre proveedor, que se dedica de tiempo completo al trabajo y tiene cubierto el trabajo no remunerado por la mujer/ama de casa.

Raquel

[...] siempre me decían, a vos ser madre te va a costar porque [...] vos estás todo el día, que tengo un congreso acá, que tengo una ponencia acá, que me voy a presentar en el coso acá, como en esta cosa de la multitarea, de la multifunción, de estar generando, de estar pensando y eso lo ves sumamente limitado, y sí para mí es difícil.

Otro asunto interesante a explorar en las entrevistas sobre la tensión entre el ámbito laboral y familiar, son las estrategias que se relatan para afrontar dicha atención y de donde surge esa decisión. Por lo general, y en ciertos niveles socioeconómicos de las entrevistadas la solución implicar contratar a una niñera y complementar este tiempo con el jardín o guardería. El CAIF, que son centro de atención a la primera infancia, es una de las opciones que se tienen para atender esa necesidad de cuidado. Otra estrategia presente en las entrevistas es el apoyo por parte de las abuelas y otros familiares para el cuidado de los hijos. Sin embargo, hay ciertos elementos de esta ayuda que se presentan como posibles elementos de tensión o de pérdida de autonomía. En el caso de Raquel esto se evita a través de una experiencia que, vista en retrospectiva, implicó una sobrecarga de trabajo de cuidados, para la pareja, y para la entrevistada.

Raquel

El primer año de M fue complejo, a ver, primero que nosotros tomamos la decisión que queríamos ser nosotros los que nos encargáramos de su cuidado y eso implicó, cruzarnos los horarios, entonces, yo tenía 3 meses de licencia, que es lo que tenés por maternidad, y después medio horario, entonces yo trabajaba de 8 a 12 y él trabajaba de 1 a 10, y eso implicaba que la mayoría del tiempo, es decir de la 1,

yo salía de trabajar a las 12 a los pedos y llegaba a casa y me quedaba con la gorda de 1 a 10, hoy después de que ya pasó todo eso, creo que no fue una, creemos los dos en realidad, que no fue la mejor de las decisiones porque casi no nos veíamos, porque además yo me veía sumamente recargada de la jornada como más larga con ella, tipo que llegaba un punto de decir: “ah, te la tiro, no la quiero ver ni en foto”, y nos exigimos mucho, entonces creo que, como que nos costaba también, en esto de que tenemos que ser nosotros, nosotros somos los padres, nosotros la tenemos que cuidar, nosotros nos tenemos que hacer cargo, como que nos cerramos mucho.

En el caso de Sonia también toman la decisión de no recibir ayuda de sus padres para el cuidado de sus hijos.

Sonia

En cuanto a las dinámicas de cuidado, como que siempre tuvimos claro, por ejemplo, que no queríamos que ninguno de los abuelos fuera el cuidador porque eso envicia un poco [...], pero yo no pienso que los abuelos cuiden sea lo ideal, para mí, los abuelos son abuelos y tienen que ser abuelos, pueden venir todo lo que quieran o ir a la casa todo lo que quieran, pero no son los responsables del cuidado, porque para mí, envicia el cuidado y genera roces: “porque tu madre tal cosa, tu madre le hace tal otra o la tuya” y trabajar con alguien de la familia es complicado, si vos querés que se cumpla tu propia manera de cuidar, querés que las cosas se hagan de determinada manera y es difícil decirle a tu suegra que no lo haga o a tu madre, o para tu pareja estar intermediando en que no lo haga de tal manera, decile a tu madre que no haga, que no le ponga el chupete, decile que no lo acueste de costado o que no le corte las uñas, que lo tiene todo el día mirando la tele, eso te lo evitas si elegís otro tipo de cuidado. Para mí, eso era fundamental.

Además, mi mamá no lo iba a cuidar, ya me lo había dicho: “yo, abuela, todo lo que quieras, voy todo lo que quieras a tu casa, me lo traes todas las veces que quieras, pero yo no cuido”. Mamá trabajaba en ese momento, no se había jubilado todavía, era imposible que se dedicara a cuidarlo, y yo tampoco quería que lo hiciera, pero dio la casualidad que dimos con alguien que empezó a cuidarlo a los 6 meses y sigue hasta el día de hoy, así que no en ese sentido no tuvimos problema.

Para evitar que fueran los abuelos los cuidadores, la familia decide contratar una niñera en los primeros meses y en los siguientes complementan con el tiempo del jardín. Ellos tenían la idea de mandarlo con mayor edad, a los dos años, pero cuenta que el agotamiento del trabajo y la energía de su hijo, además de la cercanía del jardín los terminó por convencer.

Sonia

Al final lo largamos antes al jardín, tengo que reconocerlo, a los 18 meses, teníamos un jardín cruzando la calle, un jardincito de barrio chiquito, y F era una cosa de energía, 18 meses tenía, una cosa que te desbordaba de energía, de actividad, necesitaba salir del apartamento porque te volvía loca, yo volvía del trabajo y me volvía loca, de repente había dormido toda la tarde y cuando yo llegaba, yo llegaba muerta, y él tenía una energía que nos volvía locos, y estaba necesitando un poco de actividad, entonces adelantamos la ida al jardín y a los 18 meses empezó a ir a este jardincito de barrio [...] La señora que lo cuidaba venía de mañana, hacía todas las rutinas habituales y cuando se iba, lo cruzaba al jardín y después de tarde lo pasábamos a buscar nosotros, por lo menos, ya había gastado un poco de energía, hecho un poco de actividad, porque era tremendo, eso estuvo bien, y ya había pasado el invierno que si no viven enfermos.

En el caso de Sonia, ella habla en su narrativa de su compromiso con el trabajo. Señala que no tuvo ningún problema porque hizo un esfuerzo por trabajar hasta lo último del embarazo y evitaba pedir días y horarios especiales para acudir a consultas. Señala que su jefe era bastante conservador al respecto. Varias de las entrevistadas hablan de tener jefes o estar en empresas para los que, a pesar de las licencias establecidas por leyes, muestran molestia cuando las mujeres comunican sus embarazos y en algunos casos, incluso las penalizan por vías informales, como en el caso de María, que perdió una posibilidad de aumento de sueldo.

Sonia

[...] Igual tuve un embarazo re bien y no falté un solo día de todo el embarazo, hasta el último día, salí en lo último, lo más tarde que te dejaban salir, con 38 semanas de embarazo. Salí y lo tuve a la semana siguiente con 39, mi jefe no se puede quejar, porque en general no es algo que sucede, hoy en día las mujeres, yo lo he visto en mi trabajo, son muy pocas las que cursan todo el embarazo

trabajando, la mayoría se certifica, no sé si siempre son causas médicas o si hacen un acuerdo con el ginecólogo y desaparecen. Yo lo he visto este último año en mi trabajo, embarazadas desaparecen, son muy pocas las que se bancan todo el embarazo trabajando, yo [...]trabajé del primero al último día sin faltar un solo día.

A mí me costó decir en el trabajo que estaba embarazada, porque mi jefe era bastante histeriquito, muy conservador, pero para todo, no solo para eso, me costó un poco decirlo, pero su reacción estuvo muy bien, me felicitó y, al no darle problema, porque no falté nunca, ni le pedía días, lo máximo fue que algún día le podría haber llegado a pedir para llegar un poco más tarde, porque me tenía que sacar sangre para algún análisis, o una ecografía que no conseguía hora después del horario de trabajo, pero tenía un ginecólogo que atendía de nohcecita y para la consulta regular no tenía que pedir para salir ni nada.

La mayor dificultad que enfrentó Sonia en el primer embarazo fue recibirse. Estando trabajando, embarazada y en los primeros meses de nacido de su primer hijo, tuvo que dar los últimos exámenes de la carrera. Esta experiencia, señala, no la olvida más. Recuerda el malestar físico, el calor, las náuseas.

Sonia

Fue difícil porque estaba con todas las náuseas y los vómitos, ese fue horrible, hacía un calor, no me olvido más, porque hacía pila de calor y yo estaba con vómitos, pero me lo tenía que sacar de encima, ese lo di embarazada, y el otro lo di ya dando lastima, con la panza así, ya era déjenme salir porque yo ya no quiero nada, déjenme pasar primero, por lo menos, así me voy, y después me quedaba el último que no lo pude dar porque no me dieron los tiempos, y lo di cuando mi hijo tendría 8 meses.

Después a los tres meses regresó al trabajo, a tiempo completo, porque aún no existía la ley de medio tiempo durante seis meses. Ella debe reincorporarse al trabajo a los dos meses de su hijo y cumplir con un horario completo, además del tiempo de camino al trabajo. Sin embargo, lo más duro de la experiencia, de acuerdo a Sonia, fue sostener la lactancia.

Sonia

Lo más duro fue después la vuelta al trabajo porque cuando te reintegrabas, te reintegrabas con horario completo, no con medio horario, eso empezó después. Yo me tuve que reintegrar a trabajar con F con dos meses, a trabajar todo el día, que eso es como un cambio grande. Primero, porque era lejos, tenía como una hora de viaje al trabajo, más toda la jornada y nada, tenía que ordeñarme en el trabajo, que no estaban las condiciones dadas, todo esto cambió muchísimo, hoy no sabes, tenemos tremenda sala de lactancia, tenemos de todo lo mejor que se puede tener, pero todo eso llevo un tiempo, cuando yo tuve a F todo eso no sucedía, *tenías para sacarte la leche, se te reventaba las mamas, tenía que ir al baño, a los vestuarios, donde estaba todo el mundo, tenías que sacar la leche para que tuviera para el otro día, meterla en la heladera donde guardaban todo, nada que ver a lo que es hoy en día eso, y eso fue lo más duro.*

Sonia también cuenta que, en ese momento, su esposo tenía más flexibilidad de horario y su trabajo estaba más cerca de la casa, por lo que él pasaba más tiempo con el hijo. Es interesante observar cómo la distribución de tareas en el hogar no está sólo determinada por esquemas culturales de división de roles, sino que la flexibilidad laboral y otros factores de las organizaciones laborales influyen en la negociación que se hace dentro de la pareja para dividir tareas de cuidado.

En su segundo embarazo, las cosas se complican, pues su segundo hijo es prematuro severo. Estas complicaciones implican una tensión mayor entre las dinámicas laborales y familiares. Su hijo se queda internado un mes en terapia intensiva. Esto resultó complejo, porque debido a la prematuridad del nacimiento, Sonia había utilizado ya los días de licencia maternal. Ella debía de volver al trabajo, pero su hijo aún no había salido del hospital. Afortunadamente, Sonia cuenta que, para ese segundo embarazo, cuatro años después del primero, las políticas de maternidad de la empresa habían empezado a cambiar. Ella pudo apoyarse de una política de la organización que, entre otros beneficios, aplicaba el medio tiempo por seis meses, ella señala que la empresa implementó esto antes de que la ley lo hiciera obligatorio. En el marco de ese programa, hicieron en su caso una excepción.

Sonia

En mi caso hicieron una excepción porque R no estaba ni siquiera en casa, yo no podía volver, él volvió a casa y enseguida se agarró una neumonía y volvió al CTI,

y ahí era cuando yo me tenía que reintegrar y me prolongaron un tiempo la licencia, pero fue como algo especial, como un tratamiento especial por ser un caso especial, y ahí fue distinto también porque estaba esto del medio horario, hasta que el bebé cumpliera los 6 meses, que eso cambia un poco las cosas, por lo menos no es tan brusco el caso, y más si tenés un niño que no tiene el peso de un bebe a término, cuando yo lo tenía acá en casa, R tenía 34 semanas, o sea, ni siquiera debía haber salido, y ya había estado en el CTI, ya había estado en engorde en la habitación y cuando lo trajimos para casa de alta tenía 34 semanas apenas, todavía tenía un montón más para estar adentro.

Este segundo embarazo es un punto de giro importante en la vida de Sonia, porque su hijo presenta signos de una discapacidad, lo que implica todo un reacomodo de la dinámica familiar. En cuanto a la relación de la entrevistada con su trabajo, ella relata que las consecuencias para la salud y el bienestar del estrés que acompañó ese evento, marcado por la incertidumbre sobre la salud de su hijo y el proceso de comprender y asimilar la situación, no se vieron hasta unos años más tarde cuando empezó a sufrir repentinos ataques de pánico. Razón por la cual empezó a acudir a terapia y a preocuparse más por su salud. Todo esto implicó para su trabajo, en primer lugar, una sensación de mayor dependencia a la empresa y menos perspectivas de cambiar de trabajo. Ya que, además del costo que implica un cambio así para una familia que depende de su ingreso, la empresa le otorgó a su hijo un apoyo para cubrir parte de su tratamiento.

Sonia

Una cosa es jugártela para cambiarte cuando tenés 20 años, cuando todavía no decidiste ni siquiera capaz bien que es lo que querés y otra cosa es cuando tenés una casa que bancar, dos hijos, los colegios que pagar, la señora que los cuida, un niño que tiene requerimientos especiales que nos cuesta un montón de plata su tratamiento, que en parte lo cubre el BPS y también tiene una pensión, pero es plata y, además, en el trabajo me pagan parte del tratamiento también.

En segundo lugar, este evento trastocó sus perspectivas a futuro. Mientras una compañera suya aplicó para un puesto más alto, ella decidió no hacerlo, quedándose en un área donde se siente algo incómoda sobre todo por la edad de los nuevos empleados y su poca experiencia. Sin embargo, podemos ver que ella decide bajar sus expectativas de crecimiento en la empresa con el fin de evitar el estrés y la presión que puede implicar el

tener mayores responsabilidades tanto para ella como para la dinámica familiar, aunque esto lo ve como algo momentáneo, una preferencia que depende de su situación de salud y familiar actual. Sonia valora también su salud y considera que las exigencias en esos cargos más altos implican un desequilibrio poco saludable en la vida de las personas.

Sonia

Mi objetivo, en realidad, nunca fue ser jefa, si eso llega a venir, estaría bien, pero no quiero que venga con todo el estrés que yo le veo, no sé si hay otra manera, si es que la empresa no lo está haciendo bien todavía o que no ha logrado a llegar a un equilibrio para que sus jefes, encargados, coordinadores estén en un estado más saludable del que están y yo prefiero no estar en esa responsabilidad y estar en la que estoy, por lo menos por ahora y no tener esa responsabilidad con ese grado de estrés, por lo menos en mi situación ahora actual familiar y de salud y de todo eso, prefiero estar así, que de hecho lo veo con esta amiga que te digo, mi amiga que ahora es la jefa, quedó como jefa del sector porque se dieron un montón de cambios y ella quedó como jefa, y yo veo lo que es su estrés.

Algo que se observó en esta entrevista y la de Berenice, es que las situaciones de salud o que salen de la norma de lo esperado en el proceso de llegar a tener hijos parecieran incrementar la tensión entre el trabajo y la vida familiar, como lo es un parto con complicaciones, un hijo con problemas de salud o incluso dificultades para concebir. En el caso de Berenice, ella y su pareja tuvieron dificultades para lograr el embarazo, lo que implicó un proceso desgastante, tanto para ella como para la pareja. En cuanto a la vivencia de ese proceso, respecto al trabajo, nos encontramos con una tensión entre su deseo de no hacer público su proceso y la necesidad de cumplir con las normas de acreditación de faltas laborales.

Berenice

En el trabajo, fue complicado porque yo no quería decir en mi trabajo lo que estaba haciendo, entonces tenía que inventar excusas de porque llegaba tarde o porque tal día falté, porque los tratamientos cuando son de alta complejidad tienen muchas etapas y no te queda otra que llegar tarde al trabajo o faltar.

Se pueden hacer dos observaciones respecto a este extracto del relato. Primero, una anotación sobre el estigma y la vergüenza que causan ciertas concepciones de la maternidad, como la vía para alcanzar la completitud del sujeto femenino, que tienen

como consecuencia el señalamiento de los cuerpos que salen de la norma, la patologización de la infertilidad, que implica que ciertos cuerpos son catalogados como fallidos y, por lo tanto, vergonzosos.

Sin embargo, este deseo de mantener la noticia del embarazo para un círculo más privado y fuera del ámbito laboral también se encuentra en otras narrativas, como la de Sandra, quien no experimentó una situación como la de Berenice:

Sandra

Me gustaría mucho más lo que sería un trabajo de oficina, de escritorio, que vos sabes que lo que estás haciendo y termina ahí, y que si estas embarazada es un problema tuyo y no se lo tenés que contar a nadie hasta que no te ven con el bombo, ¿no sé si me explico?

Además de lo mencionado, a cerca de la estigmatización y vergüenza asociadas a la incapacidad de gestar, hay algo más que se expresa en este deseo de mantener la noticia del embarazo dentro del ámbito familiar, pero que, sin embargo, tiene que ser expuesto y hablado en el ámbito laboral para poder acceder a los derechos asociados a la decisión de maternar. Una cierta difuminación de las fronteras entre lo laboral y lo familiar que puede ser especialmente incómoda para las personas gestantes, que deben exponerse como tales en un ámbito que no tiene espacio y que invisibiliza esta dimensión de la vida.

En segundo lugar, llama la atención sobre cómo la organización del trabajo e incluso las políticas estatales al diseñarse, parecen apearse a narrativas normativas de cómo se gesta, se cuida y ocurre la maternidad. Esta narrativa latente hace poco flexibles estos instrumentos frente a situaciones que transgreden el desenvolvimiento esperado de los eventos. Y tienden a reproducir esquemas institucionalizados del curso de vida que dejan en un espacio de desprotección situaciones que salen de la norma. Por ejemplo, el caso de Berenice que tiene que hacer malabares para tener licencias médicas sin tener que revelar una información que prefiere no hacer pública; el caso de los partos con complicaciones o de familias con hijos con condiciones que incrementan la exigencia de cuidados; o incluso el caso de Sandra e Ida, a quienes la licencia y su licencia no las cubre porque realizan actividad física intensa o riesgosa para el embarazo en el trabajo y tuvieron que abandonar condiciones de trabajo más favorables por otras más precarias frente al evento de un embarazo. Las políticas tanto públicas como institucionales, a pesar de ser universales, tienen detrás narrativas normativas de cómo deben ocurrir y en qué

condiciones ciertos eventos que difuminan las fronteras entre los ámbitos de vida deben ocurrir para que las políticas sean realmente útiles para las personas.

Sandra

Laburando en laboratorio y mesada, con los productos que yo laburaba, si vos tenés sospecha, porque estas buscando bebé, que podrías llegar a estar embarazada, no podés hacer mesada, o si quedas embarazadas, vos no podés hacer mesada, desde el momento que estaba embarazada hasta por lo menos cuando estas amamantando, demanda como hasta los 6 meses del pibe, imagínate, bueno de hecho ninguna del laboratorio tenía hijos, 60 años, 47 años, ninguna tenía hijos, decisiones de ellas de vida ¿no? por supuesto ellas lo decidieron, nadie les vino y les dijo, no vayas a tener un hijo, pero eso también influía. Yo dije: no lo veo muy compatible con esto, me voy de licencia maternal y cuando vuelvo ¿qué hago? barro el piso porque hasta los 6 meses porque no voy poder tocar esos productos. Era tremendo asunto, era tremendo asunto, yo le dije, no creo, esto no me beneficia en nada. Y me inscribí en programación.

Otro elemento interesante de la narrativa de Berenice es como, la falta de adecuación entre los proyectos familiares y las condiciones laborales, implican tomar una decisión, que tiene que ver con las prioridades del momento, y qué ámbito pesa más que otro. Al momento de comenzar a buscar familia, Berenice se encuentra en un trabajo que la satisface en varios aspectos, tiene un buen sueldo y hay un buen ambiente laboral. Sin embargo, el régimen de trabajo involucra pasar 9 días en una mina y 5 en Montevideo, algo que no le molesta en sí, pero “en ese régimen de trabajo era imposible formar una familia” y es entonces que decide cambiar de trabajo a uno de oficina en otra empresa minera. Es en ese nuevo trabajo que tiene a su hijo. Sin embargo, a los dos años, Berenice queda sin empleo y tarda un año en volver a conseguir uno nuevo, en otra área que no tiene nada que ver con la minería. Ella señala que esta crisis laboral se relaciona con una depresión generalizada de la industria minera del país en los años 2013 y 2014.

Berenice señala que después de esa perdida de empleo, nunca logra recuperar las condiciones laborales que había tenido en esos dos empleos en el área de minería. Después de eso, comienza tomar trabajos en áreas bastante alejadas, una empresa de equipamiento gastronómico, una residencia para la tercera edad, en los que tiene experiencias negativas, además de esquemas laborales que no promueven la distensión

entre el ámbito laboral y familiar. Berenice cuenta cómo hacen para cumplir con el cuidado de su hijo y cómo lo experimenta:

Berenice

Con L nos arreglamos así. Tenemos una niñera que nos ayuda con L, porque L va a *un colegio a doble turno*, pero igual él sale a una hora que nosotros no estamos en casa todavía. Entonces *viene en camioneta y está una niñera un rato hasta que yo llego*. Bueno ahora trabajo menos horario, pero hasta marzo de este año yo llegaba a las 7 de la tarde a mi casa.

Y era complicado porque bueno, lo veía muy poquito a L, yo ya llegaba a ver que hacíamos de cenar o a veces la niñera cocina porque le gusta cocinar, si nosotros le dejamos cosas, ella cocina. Si no, era ver qué hacíamos de cenar y ya que cenara, bañarse y acostarse. Prácticamente yo llegaba para esa rutina ¿entendés? porque como él va muy temprano a la escuela y va todo el día se tiene que acostar temprano. Entonces yo ya llegaba a meterme en esa rutina, cena, baño, dormida. Trabajaba 9 horas por día y además tenía una hora para venir, una hora de ida y una hora de vuelta.

Esta situación la lleva a decidir cambiar de trabajo. De nuevo, se trata de un trabajo que no le gusta del todo, pero decide hacer este cambio para tener mayor calidad de vida, un concepto que ella relaciona directamente con un mejor balance entre trabajo y familia. Vemos en esta narrativa, así como en otras, que hay una clara ruptura con la mística de la carrera en un cierto momento de la vida, sobre todo tras el evento de tener hijos.

Berenice

Si bien no es algo que me fascine la tarea en sí, gané en calidad de vida porque trabajo menos horas, tengo todos los feriados libres, tengo beneficios de empleado público, económicamente estoy casi igual que el trabajo que yo tenía antes, pero gane en esa característica. Económicamente nunca llegué a igualar al sueldo de las empresas mineras, ahí fue donde gané mejor. Nunca llegué a equiparar eso.

Parecería que la presencia repetida de esta trama de narrativas, sobre un proceso de desapego respecto del trabajo a favor de la vida familiar, podría dar cuenta de que se alcanzó una cierta saturación que podría indicar un tipo de narrativa más generalizado. Es posible decir que hay elementos compartidos en las narrativas de mujeres con un cierto perfil: (1) un nivel socioeconómico medio o medio alto, en algunos casos, con varios ingresos en el hogar, y empleo formal y (2) acceso a una multiplicidad de soluciones más

bien extrafamiliares (es decir, que no implican a otros familiares) para cumplir con las exigencias de cuidado de las y los hijos (contratar cuidadoras, jardines y escuelas de tiempo completo, transporte escolar, etc.). Estos elementos compartidos construyen una trama en la que la entrevistada pasa a dar prioridad a su familia por encima de la mística de la carrera, y toman decisiones que implican costos para su crecimiento laboral con el fin de bajar las tensiones entre los ámbitos. De estas historias queda claro que hay una competencia entre los ámbitos de vida por los recursos y el tiempo de la persona, esa competencia se resuelve en parte en el continuo establecimiento de marcos evaluativos, que van cambiando dando más o menos prevalencia a cada ámbito en cada situación y en distintos momentos de la biografía. La negociación entre ámbitos y la distribución de recursos entre estos se resuelve en un espacio fenomenológico de formación de prioridades y esto puede derivar en distintas transformaciones, algunas de las identificadas en las entrevistas fueron:

- Percepción de menor inversión, compromiso o autoexigencia en el trabajo.
- Cambio de perspectivas a futuro, por lo general, bajando las perspectivas de crecimiento laboral.
- Cambio de trabajo, ocupación o tipo de ejercicio (asalariado o independiente), por lo general, a posiciones menos ventajosas o atractivas para la entrevistada.
- Transformación de la autopercepción como trabajadora.
- Abandono del trabajo remunerado.
- Transformación de la percepción del trabajo, pasar de verlo como un fin en sí mismo, como un espacio de construcción de una imagen deseada de sí mismo, a un medio para alcanzar otros objetivos.²
- Transformación en las preferencias respecto a las características del trabajo, no sólo valorar la remuneración, sino otras características, principalmente, su flexibilidad en cuanto a su apertura para permitir cumplir con exigencias de cuidado.

Varias de estas respuestas pueden estar mostrando el aspecto más reflexivo y agéntico de las estructuras que reproducen el techo de cristal y la creciente ausencia de mujeres en cargos de mayores rangos jerárquicos. Es evidente que este crecimiento tiene costos mayores para ellas en términos de su balance en el reparto de recursos entre ambos

² En el caso de la narrativa de Sandra, por ejemplo, pasó de tener objetivos que ella llama “idealistas” como “buscar la cura para el cáncer” a desear una posición que le permitiera dar tranquilidad a su familia.

ámbitos de vida. Quizá el caso de María es particularmente representativo de esto. María trabaja para una aerolínea como auxiliar de tráfico, se trata de un trabajo muy demandante. Durante su embarazo, ella trata de esperar hasta lo último para tomar la licencia de maternidad, pero algunos problemas de salud, como picos de presión la obligan a certificarse antes. Ella relaciona esos picos de presión con una jornada especialmente larga y dura de trabajo.

María

Tenía algunas náuseas, pero físicamente me sentía bien; de hecho, llegué a trabajar 26 horas de corrido con 8 meses de embarazo y ahí la ginecóloga me dijo: “estás mal de la cabeza”. Pero es lo que genera el trabajo, yo porque soy una persona muy responsable y no mido otras cosas, no mido que puedo poner en riesgo mi embarazo.

Porque son 26 horas bajo estrés, por una cancelación de un vuelo.

María cuenta que en su trabajo “no gustó mucho” que se quedara embarazada y ese evento ayudo a enrarecer aún más las relaciones con su jefe. Señala que su jefe no podía decirle nada, que es derecho de todas las mujeres decidir tener hijos sin quieren. A pesar de que María no tuvo ningún problema con el respeto de sus derechos de licencia maternal, si señala estar sufriendo ciertas sanciones por su comportamiento. En específico, su reclamo para subir de sueldo, debido a que sus actividades exceden las funciones de su cargo, fue afectado.

María

Yo ya venía con ese reclamo de que quería que me pagaran lo que me corresponde y como di la noticia en ese momento de que estaba embarazada, creo que pensaron que lo había hecho a propósito, para irme de licencia maternal.

Algo que se transformó en su relación con el trabajo, según cuenta María, fue su disposición a aceptar cosas “con tal de no perder el trabajo”, señala que tener a su hija hizo que cambiara de prioridad y ahora se siente más habilitada para exigir cosas en su trabajo. Esto es contradictorio, en cierto sentido, con su dependencia al ingreso del trabajo, que necesita para poder pagar renta y sufragar los gastos del cuidado de su hija. Es interesante en su historia, esta tensión. Como la maternidad, a pesar de incrementar de manera objetiva su dependencia al trabajo y su vulnerabilidad en términos económicos, la hace sentirse más habilitada para exigir cosas en el trabajo o incluso buscar un cambio.

María

Es verdad que tengo que tener un trabajo para mantenerla, de hecho, hacemos un esfuerzo muy grande para poder pagar el alquiler. Entonces, no me puedo quedar

sin trabajo, pero realmente mi prioridad es mi hija. Me encanta el trabajo, disfruto el trabajo, si me quieren sacar que me saquen, pero me pondré a buscar otra cosa. Mi postura es en ese sentido, yo antes soportaba mucho más con tal de no perder mi trabajo. Ahora mi prioridad es yo estar bien para poder estar bien con mi hija. Básicamente eso es lo que me está pasando desde hace un par de meses. Tengo mis diferencias con mis jefes y bueno, mientras tanto nos bancaremos en estas diferencias hasta que se resuelvan. [...] Su jefe [el jefe de su jefe] me llegó a decir que yo trabajaba mejor que él. Pero que lamentablemente [...] no está dentro del presupuesto contratar un supervisor y mucho menos despedir a una persona que ya está para poner a otra. [...] Y creo que juegan con eso, de mantenerme alimentada la ilusión para que yo siga trabajando en ese nivel de exigencia y de profesionalidad, porque realmente siempre hice todo con mucha dedicación, y no pagarme el sueldo. Justo ahora me agarrás en un momento en el que estoy con mis disyuntivas. Me estoy cuestionando si quiero seguir trabajando en esa empresa, por mis diferencias con mi jefe. Porque más allá de todos los elogios que me hicieron de palabra, necesito que me den un reconocimiento a nivel económico.

Esta negociación continua que hacen las mujeres entre ámbitos de vida se transforma a lo largo del curso de vida, debido a las transformaciones mismas de las exigencias en los ámbitos, de su interacción, a la transformación de las dinámicas de cuidado, a la acumulación o pérdida de recursos, y también a la transformación de sus marcos de evaluación. Y es quizá el resultado de encontrarse en una localización pivote entre dos narrativas contrapuestas, pero en su caso paralelas: la mística de la carrera y las narrativas generizadas del curso de vida, lo que promueve la formación de un margen para la reflexividad y la intencionalidad, en el sentido de construcción de una narrativa de elección, de la sensación de tener que continuamente sentirse interpeladas a elegir entre los dos ámbitos.

Resulta interesante retomar este hallazgo para explorar en futuras investigaciones si es que en las narrativas de los varones hay un menor margen de reflexividad e intencionalidad al momento de tomar decisiones sobre su balance entre el ámbito laboral y familiar o cómo se expresa y surge. La evidencia indirecta que surge de las narrativas de las entrevistadas, en los dos casos en los que se contó que la pareja experimentó algún revés laboral, sugiere que las entrevistadas no identifican una mayor dedicación o identificación de sus parejas con el ámbito laboral frente a la pérdida laboral, por el

contrario, indican que la relación de su pareja con el ámbito familiar se ve afectada negativamente, por lo general, afectando el ambiente familiar en mayor o menor medida.

Berenice

Mi marido empezó a tener unos problemas en su trabajo que a él lo afectaron mucho, y él cambió un poco y *pasó a estar medio ausente* y a mí eso me empezó a doler, ver que L le decía "papá, papá, papá" miles de veces y A estaba en otro mundo y como que no le daba mucha bola en ese momento. Eso ahí me empezó a chocar, a jorobar un poco. De hecho, *pasamos una crisis a raíz de eso*, también fue una sumatorio de cosas ¿no?

—

Delia

Éramos muy chicos al empezar a salir y como que en ese proceso maduramos diferente. Como en las responsabilidades como en como una piensa tiene que ser la maternidad, el trabajo, la cooperativa, lo asumíamos de diferente manera. En algún momento yo me encontré sosteniendo una casa yo sola, *no sólo en lo económico sino como en lo emocional*, dije, pero yo sostener, tengo que sostener solo a mis hijos, así que me separé y le di el perro, lo digo como en chiste, pero fue verdad. Después que nos separamos, yo nunca me pensé separar para siempre, pensaba nos reacomodamos y volvemos, eso jamás pudo pasar porque él nunca se reacomodó, perdió la base de su estructura y se desacomodó mucho, además de que *empezó a tener inestabilidad en el trabajo y se violentó mucho*, tuve que llegar a hacerle denuncias de violencia, y él estuvo un tiempo alejado con medidas cautelares de mí y de los niños.

Esto parece indicar una cierta vigencia de la narrativa de las exigencias de la narrativa de curso de vida generizada relacionada con el “padre/proveedor” que se ven trastocadas por las afectaciones laborales. Ese desacomodo que nota Delia podría estar dando cuenta de esto.

Sin embargo, cabe preguntarse por las narrativas de las mujeres que no cumplen con el perfil mencionado anteriormente: (1) un nivel socioeconómico medio o medio alto, en algunos casos, con varios ingresos en el hogar, y empleo formal y (2) acceso a una multiplicidad de soluciones más bien extrafamiliares (es decir, que no implican a otros familiares) para cumplir con las exigencias de cuidado de las y los hijos (contratar cuidadoras, jardines y escuelas de tiempo completo, transporte escolar, etc.). ¿Qué estructuras narrativas adquiere y se puede hablar de una saturación?

Una acotación que es importante realizar al momento de abordar estas narrativas y que es pertinente para esta temática, es el hecho de que las entrevistadas con menores niveles socioeconómicos en el corpus de entrevistas son también las que tienen mayor edad. No es posible decir que la muestra con una distribución normal, en el que las variables que definen los casos estén distribuidas de manera equitativa en la muestra. Esta no era uno de los objetivos de nuestra estrategia de muestreo. Y, de hecho, este sesgo en realidad, refleja una de las características de la población de personas empleadas en el trabajo doméstico. En un estudio de Karina Batthyány (2012) sobre el trabajo doméstico en Uruguay, “las empleadas del trabajo doméstico muestran una estructura etaria relativamente envejecida en comparación con el resto de las asalariadas mujeres, tendencia que se incrementa entre 2006 y 2010” (2012:20). De esta manera, las narrativas de mujeres que se desempeñan en estas ocupaciones podrían también estar reflejando, no sólo diferencias de clase sino generacionales. Esto pone sobre la mesa la necesidad de realizar estudios comparativos entre generaciones dentro de la población de trabajadoras domésticas, para identificar los nuevos sentidos que podrían estar incorporando las nuevas generaciones en las narrativas.

En cuanto a las narrativas realizadas en el marco de este estudio, nos encontramos con que sí es posible identificar un elemento que se repite en las entrevistas respecto al tema de la tensión entre el trabajo y la vida familiar. La temática de esta trama se relaciona por lo general con el lamento. En retrospectiva, las entrevistadas expresan una sensación de arrepentimiento de haberse perdido de vivencias en el marco de la vida de sus hijos debido a las intensivas jornadas de trabajo, a pesar de que en sus narrativas no parece haber mucho margen para que ellas hayan podido decidir dedicar más tiempo a la familia. Varias de las entrevistadas hablan desde una localización en su biografía en donde sus hijos ya están grandes, ya son adultos, y las entrevistadas se lamentan de no haber podido participar más en su crianza, este es el caso sobre todo de Ida y de Estefanía.

Estefanía (52 años)

A mi hijo lo tuve y lo crie sola, porque no soy casada. Y mi madre me ayudó a criarlo, mientras yo trabajaba, ella se quedaba en casa. [...] Tenía que trabajar, y muchas horas. Trabajaba hasta dieciséis horas al día. Así que la crianza de él fue prácticamente mi madre, la que estuvo todo el tiempo [...] Por el trabajo me privé de muchísimas cosas de la crianza de él. De llevarlo a la escuela, de llevarlo al fútbol, de llevarlo a la clase de inglés. Muchas cosas te perdés. Perdés muchísimo.

Y ahí se fueron pasando los años, pasando, hasta ahora que él es enfermero, tiene veintidós años, y está trabajando.

Ida (65 años)

Para mí el trabajar lo que hizo fue abrirme, hacerme ver cosas, hacerme crecer y a su vez eso lo llevaba a mi casa para mis hijos. Pero también me llevó a que el estar trabajando tanto y que mis hijos estuvieran con su abuela, me llevó a que yo me perdí, digo, muchas cosas de mis hijos. Entonces también, hoy en día lo que yo les digo a mis hijos les digo "bueno, está todo bien que es tu trabajo, que trabajes todo el día, lo que vos quieras, pero el tiempo de tu familia es de tu familia. Si vos trabajas de lunes a viernes, o de lunes a sábado, bueno, el domingo es para tu familia. Pero, con tu familia, disfrútalo, así sea sentarte en la rambla, sentarte en un parque, lo que sea, pero es tu familia y disfrútala".

En el caso de Hilaria, tenemos un lamento por no haber podido ser una figura más “maternal” respecto a su hija y a cómo esto afectó el apego con su hija, debido a las afectaciones que las malas vivencias en el trabajo y en su historia personal, tuvieron en su autoestima y bienestar en general.

Hilaria (57 años)

Yo llegaba a mi casa estresada, mal, que en vez de estar con mi hija y darle todo ese amor, y ese afecto, al contrario, era como un rechazo, entonces mi hija vivió años así, pero años con esa violencia mía de gritarle, si salíamos, yo le decía no, tal cosa, todo así por el estilo. Mi compañero sí era muy, es muy calmo, y bueno, ella por eso a su padre lo adora, porque son sus ojos, porque siempre el papá estuvo con ella, cuando ella precisaba, siempre estaba su papá, y después yo empecé la terapia y empecé a cambiar, empecé a valorarme más, a pensar, y vivir el hoy y el ahora.

El caso de Zelma es excepcional respecto al resto en el sentido de que ella es la más joven de las entrevistadas que se dedica al trabajo doméstico. Ella tiene 42 años cumplidos al momento de la entrevista (2019). En este sentido, su narrativa está menos marcada por esa mirada más evaluativa de las otras entrevistadas que, según sus propias narraciones, se sienten más interpeladas a reflexionar sobre su vejez, que sobre su adultez. La sombra del futuro en su mirada al pasado está menos marcada por esto.

La tensión entre las exigencias familiares y laborales en su historia crea un escenario especialmente desafiante. En su caso, ella enfrenta también la vivencia de un

evento que rompe con el curso de vida familiar esperado. Zelma tiene a su primera hija a los 18 años. En el cuerpo de entrevistas, ella es la que experimentó el primer embarazo más joven. Este embarazo no es un accidente, ella lo decide porque sufre de una condición, que no especifica, por la que sufre dolores menstruales de gran intensidad. Zelma va al doctor para buscar una cura, pero el especialista le dice que la única manera de librarse de esos dolores es el embarazo. Los dolores son de tal magnitud que decide buscar un embarazo, y señala que los dolores en verdad terminaron. Después de muchos años, cuando su primera hija es ya adolescente, tiene 14 años, su esposo la presiona para tener otro hijo. Zelma dice que él quería un varón. Intentan por un año hasta que al fin queda embarazada. Sin embargo, a los cinco meses de nacido su segundo hijo, descubre que su esposo la engaña y se separan por decisión de ella, razón por la cual la ex pareja le corta cualquier apoyo. A ella le cuesta mucho trabajo lograr conseguir la pensión para sus hijos, tiene que pagar un abogado, y como su esposo evitaba la retención trabajando “en negro”, logra que se le haga la retención a los padres de él. En el medio de todo esto, y antes de conseguir la pensión, Zelma se ve repentinamente a cargo de todos los gastos del hogar y desempleada. Esto implica una búsqueda desesperada de trabajo, y abandonar su plan de dejar de trabajar los primeros años de su hijo para cuidarlo (como hizo con la primera hija). Es una situación que ella recuerda con mucho dolor, un momento difícil de su vida. Además de esto, su hija está lidiando con un problema de adicción a las drogas y varios intentos de auto eliminación, como lo nombra Zelma.

La enfermedad de su hija es un evento de crisis que implica un incremento exponencial de la tensión entre ambos ámbitos de vida, y que Zelma busca solucionar de la mejor manera, no sin estar exenta de críticas y señalizaciones. Zelma cuenta que los especialistas a los que lleva a su hija, en el marco de un seguro que tiene por el trabajo, le señalan que no debe cargar a su hija con la responsabilidad de cuidar de su hermano, que es ella la madre. En su caso, nos encontramos con un profundo vacío de opciones a las que puede recurrir para apoyarse en esta solución y atender las exigencias de cuidado de sus hijos y las del trabajo. Ella las logra resolver con redes personales, pero la ausencia de apoyos por parte del Estado es llamativa, por la situación de desprotección en la que se encontró Zelma y su familia.

Zelma

Ya como mi hija era grande ayudaba también y me ocupaba los fines de semana en mi casa. Justo cuando me embarazo, trabajé hasta casi lo último y renuncié, y ahí me quedo sin trabajo. Los patrones no tenían problema de que yo siguiera, lo

que pasa que ellos se mudaron lejos de Montevideo, para Canelones, y yo no podía trasladarme y menos con un bebe. No podía llevar al nene porque había otros nenes en la casa y era como muy complicado, y trabajar todas esas horas no podía y ella necesitaba una persona que estuviera todo el día porque había una bebé también, entonces, dejé de trabajar.

Mis hermanos y matrimonios amigos que tengo como que me ayudaban, porque él [ex pareja] se fue y no me dejó nada, o sea, fue “viví si querés o morite de hambre”, entonces andaban siempre mis hermanos o un matrimonio amigo. Yo no nos podía mantener, era como que todo me faltaba, porque te faltaba todo, entonces tuve que salir a pelearla, a buscar trabajo y agarrarme de donde sea.

Mi hija vivía conmigo, y pasé también las mil y una porque ella se quería eliminar, entonces se cortaba acá las manos, tomaba pastillas, pasaba dopada, después cayó en el psicólogo, después en el psiquiatra.

Y me busqué un trabajo, entonces tenía que pensar con quién dejo a los chiquilines, porque si pago a alguien no me alcanza. Después de que nació, entonces, no me quedó más remedio que dejarlo con ella al bebé, con mi hija, con la hermana, entonces claro a veces venía yo y estaba tirada en el piso desmayada, y el nene ahí.

Después pasé las mil y una de sacarla de casa corriendo al médico, un montón de veces, un montón de veces, y lo peor es que estaba con el nene ahí, y me decían que ella no podía ser la responsable, que ella era la hermana y no la madre, entonces yo les decía a ellos si te dejan sin nada, no tenés ayuda de nada, digo, quién te da una mano, nadie, o sea, tenés que irte a trabajar, y si yo no trabajo, no comemos.

La llevaba a psicólogo y después a la psiquiatra, terminó dejando de ir a los 18 años porque ya no tenía más cobertura, y siguió igual, haciendo cosas y yo andaba atrás de los médicos en salud pública. No tenía seguro, ya no tenía más cobertura. Me tomaba un taxi a veces, si tenía plata, sino pedía a alguien que me levantara al hospital con ella y así anduve, y tenía la ayuda de mis ex cuñadas también que a veces que yo precisaba que se quedaran con el nene y se quedaban y me daban una mano así.

El caso de Zelma es un ejemplo de cómo las exigencias en los dos ámbitos pueden ser muy grandes y completamente imperativas. Zelma tiene la exigencia estructural de trabajar para proveer a su familia, en condiciones de desventaja, y tiene

que responder a las exigencias de cuidado de su hija enferma y de su hijo más pequeño, aún dependiente. La tensión parece insostenible, y Zelma cuenta estas experiencias con mucho dolor.

En su narrativa de Zelma, nos encontramos también con un cierto lamento de no poder dejar de trabajar para cuidar a su segundo hijo. Tras el nacimiento de su primera hija, Zelma decide dejar de trabajar durante sus primeros años, pero el nacimiento de su segundo hijo tiene lugar en medio de esta situación de crisis, por lo que se ve obligada a salir a trabajar. Salir a trabajar en ese momento no es su decisión y esa sensación, “no me quedó de otra”, da cuenta de las limitaciones percibidas y objetivas de su agencia frente a condiciones estructurales.

Zelma

Ni bien se fue él, me conseguí otro trabajo, enseguidita fue, porque *no me quedo de otra*, no pude hacer lo que hice con mi hija de que ella se criara y yo después trabajara, no pude hacer eso con él.

Esta tendencia en las narrativas con este perfil de trayectoria (en contraposición con las narrativas del otro perfil) parece secundar, en cierta medida, los hallazgos de Batthyány, Genta y Perrotta (2012) citados en el estado del arte. En su investigación, las investigadoras constataron que hay una vigencia desigual de los esquemas tradicionales de género en la sociedad uruguaya. Como se mencionó, en esa investigación, se identificó que la prevalencia del “familismo” (la consideración de que la familia es un espacio más adecuado para los cuidados que las ofertas institucionales) es más fuerte en los hogares de menores ingresos. Ellas explican esto como un reflejo de la experiencia inmediata de cómo se resuelven las demandas de cuidado en el hogar. En los hogares con menores niveles socioeconómicos, donde generalmente se resuelven en el interior del círculo familiar, hay mayor tendencia al familismo. Por otro lado, los hogares con mayores niveles socioeconómicos, que tienen un mayor acceso a servicios, tienen una menor tendencia al familismo (Batthyany, Genta y Perrotta, 2012:67-68). Este contraste es evidente si contraponemos los últimos testimonios con el de Ilana, por ejemplo:

Ilana

Desde que yo decidí que la iba a tener, sabía que iba a ser así, [...] *la iba a tener, e iba a buscar laburo* [...] Empecé [a trabajar] en mayo, así que todo se dio tan bien que yo pude tener los primeros 9 meses de J. para ella. [...] yo dije: “bueno que empiece a ir a un jardín de tarde” y de mañana tenía una niñera, yo me levantaba, me iba a las 8 y media, llegaba la niñera, tenía la niñera de mañana y

de tarde iba al jardín privado [...] Después de 9 meses con mi beba, yo quería trabajar, necesitaba salir de mi casa y trabajar, *ser algo más que ser madre*, entonces *era lo que yo quería hacer*. [...] Cuando vos sos mamá y si no tenés que salir a buscar trabajo, estás entre cuatro paredes para esa beba que depende de vos el 100 por ciento [...] y llega un momento que decís, quiero ir a comprar la leche, aunque sea, o sea el hecho de salir, el hecho de hacer otras cosas y, sobre todo, investigar, que era lo que yo quería hacer. Yo no me imagino no trabajando, no puedo concebirme no trabajando, entonces, 9 meses me sirvió porque ella creció, [...] ya estaba más grandecita para ir a un jardín privado y yo volver a la vida laboral.

Como las autoras mencionan, vemos que la tendencia al familismo, sí parece reflejar las estrategias puestas en práctica por las familias para resolver la tensión entre las exigencias del ámbito familiar y laboral. Incluso en el caso de Diana, que se identifica ella con una cierta identidad de género tradicional, no nos encontramos con una oposición a la institucionalización de los cuidados, ella señala contar con el apoyo de una niñera para cuidar de los hijos. Sin embargo, se considera que esta constatación se puede enriquecer.

Estas diferencias en los marcos evaluativos respecto al familismo o a la institucionalización del cuidado de menores, se puede enriquecer con algunas de las observaciones que se hicieron en las entrevistas. En primer lugar, el testimonio de Sonia expone las razones por las que ella valora las soluciones institucionales por encima de las familiares:

Sonia

No queríamos que ninguno de los abuelos fuera el cuidador porque eso envicia un poco. Si bien hubo un momento en unos meses, hasta que conseguimos que alguien cuidara a F [...], que mi suegra lo cuidó [...], pero porque ella se había quedado sin trabajo y nosotros le pagamos por eso, bajo nuestras condiciones, fue como: “vos te quedaste sin trabajo, a nosotros nos sirve”, una situación que sabíamos era momentánea y nos servía a ambos, pero yo no pienso que los abuelos cuiden sea lo ideal, para mí, los abuelos son abuelos y tienen que ser abuelos, pueden venir todo lo que quieran o ir a la casa todo lo que quieran, pero no son los responsables del cuidado, porque para mí, envicia el cuidado y genera roces: “porque tu madre tal cosa, tu madre le hace tal otra o la tuya” y trabajar con alguien de la familia es complicado, si vos querés que se cumpla tu propia manera de cuidar, querés que las cosas se hagan de determinada manera, es difícil decirle a

tu suegra que no lo haga o a tu madre, o para tu pareja estar intermediando en que no lo haga de tal manera, decíle a tu madre que no haga, que no le ponga el chupete, decíle que no lo acueste de costado o que no le corte las uñas, que lo tiene todo el día mirando la tele, eso te lo evitas si elegís otro tipo de cuidado.

En su relato sobresalen dos explicaciones interconectadas. En primer lugar, es una forma de evitar roces con los padres. Y, en segundo lugar, es una forma de tener más control sobre las decisiones de crianza que toman las personas encargadas de los cuidados. Esto nos recuerda y le agrega un nuevo sentido a la manera en que Vanessa enunció su relación con la cuidadora de sus hijos: “es como si estuviera yo”. Dentro de las familias, hay marcos evaluativos discordantes sobre las mejores formas de cuidar entre distintas generaciones. Responsabilizar a los familiares del cuidado implica una continua negociación entre estas diferentes visiones, algo que Sonia busca evitar. Por el contrario, los servicios contratados dan a los padres una percepción de mayor control, y una mayor seguridad en su rol de decisión.

Por otra parte, es posible proponer, al contraponer los testimonios de Ilana y Zelma, sobre el deseo de volver a trabajar o de dedicar más tiempo al cuidado de los hijos, es que los marcos de valoración del familismo podrían también estar determinados, no sólo por la oferta posible de soluciones a las que pueden acceder las familias para responder a la tensión entre necesidades de cuidado y trabajo como sostienen las autoras, sino también por diferencias en las características de la trayectoria laboral. Esto implica integrar en el análisis la interacción entre distintos ámbitos de vida.

Hay trayectorias laborales que están marcadas por una mejor adecuación a las exigencias de individuación modernas que otras, como la de Ilana, que se desarrolla en un ámbito laboral privilegiado, marcado por la profesionalización, formalidad, proyección y buenas remuneraciones. Por otro lado, la narrativa de Zelma está marcada por una trayectoria laboral accidentada, en el marco de una ocupación con poca valoración social y precarizada, que como hemos visto hasta ahora en los testimonios, es el escenario de abusos, violencia y discriminación. Sería esperable que el ámbito laboral tenga una presencia diferenciada en la construcción de identidades narrativas. Como vimos en las historias anteriores, mientras en los primeros prevalecen (aunque después decaen), tramas que privilegian el crecimiento laboral y compromiso con el trabajo, en los segundos, se observan historias de superación de adversidades y experiencias difíciles, ambas narrativas dan cuenta de proceso de individuación, pero esta individuación se da en una relación muy distinta con el ámbito laboral. Esto podría implicar que la familia

juegue un papel diferenciado en la formación de identidades de las mujeres en estas distintas trayectorias.

En las narrativas de mujeres con perfiles más privilegiados, el tener un mayor acceso a recursos, la familia tiene un mayor espacio para la reflexividad y la intencionalidad en las prácticas de creencia, por lo que la negociación con la familia se vuelve más problemática. En las narrativas de los perfiles menos privilegiados, en su relación con el ámbito familiar, las entrevistadas cuentan con menos recursos, de tiempo y de servicios. Esto implica un menor espacio para el desarrollo de reflexividad e intencionalidad en las prácticas de crianza, y una respuesta que privilegia más bien lo pragmático, por lo que la opción de cuidado por familiares es menos problemática.

Otro punto a tener en cuenta, es que la institucionalidad que busca responder a las necesidades de cuidado de las familias para permitir una mejor adecuación entre los ámbitos de vida, no está exenta de sus propios marcos evaluativos sobre cuál es la mejor respuesta a las necesidades de cuidado y si es mejor el ámbito familiar o institucional. De esto da cuenta el testimonio de Delia quien es coordinadora en un centro de atención a primera infancia.

Delia

Acá tratamos de que los niños no vengan todo el tiempo, por más que la familia lo pida, tratamos de que la familia cree como una red, una red familiar para hacer la crianza, son muy chiquitos acá no es que están en la escuela, tiene hasta 4 años, entonces es importante que estén con la familia, que los niños no estén institucionalizados, esa es otra diferencia que tenemos con el Estado, que el Estado cree que debe cubrir la institucionalización de los niños desde muy chiquitos, nosotros creemos que no, que es un problema la crianza, pero la sociedad tiene que encontrar la forma de poder criar. Nosotros tenemos una idea bastante opuesta a las nuevas políticas del Estado.

Al posicionarse como representante de su espacio de trabajo, en el testimonio de Delia, es posible entrever la diversidad de discursos en cuanto a la respuesta a las exigencias de cuidado y las tensiones que pueden haber entre distintos actores del sistema político de respuesta a las necesidades de cuidados. En la narrativa de Delia se entrevistó que hay posturas dentro del universo de los centros CAIF que se oponen las políticas de defamiliarización del Estado, que buscan una distribución más equitativa de los cuidados en la sociedad, evitando la sobrecarga de trabajo en las familias, y, por lo tanto, de las mujeres. Los centros CAIF son centros de atención a la primera infancia, se trata de una

política pública intersectorial que involucra al Estado, Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC), e Intendencias Municipales y que tiene como objetivo garantizar la protección de los derechos de los niños y las niñas desde su concepción hasta los 3 años, dando prioridad a familias en situación de pobreza y/o vulnerabilidad social. Lo que este testimonio parece dar cuenta es que hay posiciones encontradas en el universo de actores de los CAIF, en el que algunos discursos siguen sosteniendo, con prácticas y discursos, el familiarismo, en contra a los esfuerzos del Estado. Sin embargo, al identificarse como madre y ya no como coordinadora de CAIF, Delia reconoce la dificultad que impone a la familia el discurso familista. De hecho, Delia admite: “En realidad, uno no siempre puede aplicar lo que dice, es mucho más fácil decirlo que aplicarlo”.

Los discursos normativos sobre las prácticas de cuidado de menores que se reflejan en el testimonio de Delia y que sostienen en parte la postura familiarista da cuenta de lo que Sharon Hays (1998) denomina “la maternidad intensiva”. Esta ideología revive y enarbola los discursos tradicionales sobre maternidad y feminidad. En esta ideología, la maternidad es de nuevo vista como uno de los elementos centrales de la identidad femenina y promueve la lactancia exclusiva y prolongada, la importancia del apego del bebé, la dedicación de tiempo y pienso a la crianza.

Se trata de una ideología bastante generalizada, sobre todo en redes sociales y cuentas que tocan el tema de crianza, que tiene como principales rasgos tratarse de un enfoque centrado en el niño, en el que la madre es de nuevo considerada como la responsable principal del cuidado infantil y se reproduce la generización de la crianza y cuidados de menores y consideran a las mujeres como las únicas capacitadas para este cuidado.

De acuerdo con Arciniega et al (2020) esta ideología incurre en prácticas de violencia simbólica hacia las madres, pues implica exigencias altamente costosas y desgastante en términos físicos, mentales, emocionales y económicos, con una fuerte señalización y estigmatización del fracaso. Esta ideología hace más difícil y tensa la relación entre los ámbitos de trabajo remunerado y no remunerado y pone a las mujeres que dividen su tiempo, recursos y fuerzas entre ambos, en una posición especialmente difícil, enfrentadas a un mayor riesgo de sufrir sanción social, tanto en el trabajo, donde se ven obligadas a hacer concesiones, a ajustar sus expectativas, como en la crianza, debido a los discursos de maternidad intensiva. ¿Qué implica esto para la exigencia de individuación que marca nuestros tiempos?, ¿qué tipo de identidades se forman en estos espacios?

Renata parece reconocer esta tensión. Ella considera que hay una dicotomía en la que las mujeres más dedicadas al ámbito laboral son consideradas como malas madres. Esto sin duda refleja la postura de la maternidad intensiva. Sin embargo, ella contrapone a este discurso el ideal de la mujer multitasking, capaz de todo, exigida por todo, sobrecargada.

Renata

Me acuerdo que cuando yo era más joven, mis primas siempre me decían que cuando tuviera un hijo, no le iba a dar bola porque iba a estar haciendo un emprendimiento. Está esa especie de dicotomía en la sociedad, como esa cosa de dicotomía de: o sos empresaria, estás en el ámbito de los negocios, o sos madre. Yo no comparto para nada eso y, en cierto modo, salvando las distancias, tuve como la suerte de tener una madre que fue una gran profesional y también fue una gran madre. Entonces, nunca sentí eso. Y que mi madre me diga “cuando era chica no soñaba ser madre” eso para mí no significa que eso sea malo. Simplemente cuando deseo ser madre lo fue y fue una excelente madre. Creo que en eso soy parecida a ella. El hecho de no haberlo soñado toda la vida ser madre no significa que después, cuando lo fui, muy recientemente, me cambió la vida completamente y amo a mi hijo.

Conclusión

Se podría concluir que, en lo que respecta a cómo influye esto en la formación de narrativas de identidades adultas, nos encontramos con la presencia de un repositorio de tres narrativas culturales que interpelan la construcción narrativa de identidades adultas en las narrativas estudiadas: las narrativas dicotómicas de la mujer “Susanita” y la mujer “empresaria”, y la narrativa de la mujer multitasking. Ninguno de estos supera del todo o implica una ruptura con las estructuras heredadas de la división sexual del trabajo. Estas narrativas tienen una localización específica pues interpelan a mujeres de estratos sociales con mayores privilegios.

Por otro lado, en lo que respecta a las narrativas culturales presentes en los relatos de mujeres en posiciones sociales menos privilegiadas, nos encontramos con la trama de superación de adversidades y la búsqueda de caminos para enfrentar sus efectos negativos, tanto materiales como subjetivos, en sus demandas de individuación. La identidad adulta se relaciona en estas historias con el desarrollo de la capacidad de hacer frente a situaciones de abuso, de rebelarse y de buscar caminos, con un fuerte componente

colectivo, para reclamar el reconocimiento de su valor como personas y como trabajadoras. Este posicionamiento respecto a lo laboral, se acompaña de narrativas culturales respecto a las trayectorias familiares que reproducen discursos normativos y tradicionales que, en parte, reflejan los constreñimientos en términos de recursos que enfrentan al momento de buscar soluciones para la tensión entre los ámbitos laboral y familiar.

Narrarse, narrarnos: Construcción de identidades narrativas en la Maternidad y en la pareja

La experiencia de tiempo es el título del segundo tomo de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir. La pensadora francesa explora cómo el tiempo no sólo estructura las experiencias de género, sino que las estructuras de género también estructuran la experiencia del tiempo (Burke, 2019). Burke, en una lectura fenomenológica de los aportes de Simone de Beauvoir en el segundo tomo de “*El segundo sexo*”, señala que el tiempo es vivido y que el género y la temporalidad son consustanciales, un elemento central de la fenomenología feminista (Burke, 2019:25). En la obra de Beauvoir, la estructura temporal que caracteriza lo femenino se va formando en la ruptura con el pasado: la niñez, la iniciación heterosexual y el matrimonio. En las tres rupturas, la Mujer es “anexada” al universo de los hombres, convirtiéndose en un objeto, asimilándose a un estado de pasividad. Estas rupturas también dan cuenta de una narrativa cultural de transición a la adultez tradicional, ligada a la división sexual del trabajo y que busca producir y reproducir ciertos sujetos feminizados.

En esta narrativa cultural, criticada por Beauvoir, la heterosexualidad obligatoria es un elemento clave de la adultez femenina, que da cuenta de la formación de una subjetividad relativa, accesoria al devenir masculino (Burke, 2019:26). El matrimonio heterosexual en la teoría de Beauvoir es el momento cúlmine. El evento clave que da su forma última a la estructura temporal de lo femenino: el presente pasivo. En este punto, Burke señala que Beauvoir no toma en cuenta que históricamente, el matrimonio (y el rol de ama de casa que pasa a detentar la mujer) no ha sido un evento significativo para todas las mujeres, de hecho, sólo representa la realidad de mujeres en los contextos más privilegiados.

Teniendo en cuenta esta crítica, vale la pena recuperar la idea de fondo, de que los constreñimientos culturales y materiales que sostiene esta narrativa cultural, implican una cierta configuración de la experiencia del tiempo que, a su vez, influye en la formación de identidades.

En este sentido, se vuelve interesante explorar en nuestras entrevistas cómo el estar en pareja, el casarse (o no), las separaciones, las negociaciones y la maternidad son narradas e interpretadas por las mujeres del estudio y buscar evidencia de cómo la

formación de pareja permearía la formación de identidades en distintas trayectorias, y como modifican las perspectivas del pasado y los proyectos a futuro.

Simone de Beauvoir teorizó los principales elementos de la narrativa cultural sostenida por la división sexual del trabajo. Un concepto clave de Beauvoir es la “conversión temporal” que da cuenta de cómo en el matrimonio, que es el cumplimiento del destino heterosexual y patriarcal asignado a la mujer, la experiencia del tiempo de las mujeres pasa de tener una estructura abierta a una cerrada. Esta “conversión temporal” beauvoiriana podría ser tomada como una narrativa de la transición a la adultez de las mujeres en el marco de sociedades heteropatriarcales y con esferas rígidamente (y claramente) separadas. Este proceso conlleva una ruptura con el pasado en el que la mujer pasa a tener una existencia accesoria en el mundo del marido. Esta conversión temporal suspende a la mujer en el presente, como un limbo temporal. Al ser incorporada al tiempo del esposo, se vuelve una extraña para su pasado y su futuro, en una especie de exilio en el presente. Beauvoir desarrolla como estas modificaciones del pasado y del futuro son un elemento central en la constitución del sujeto femenino producido por dicha estructura. Para Beauvoir, “convertirse en mujer” es encarnar “la espera”, que podría ligarse a la idea de la imposibilidad de acceder a los recursos de la adultez, enarbolados por la sociedad patriarcal, la prisión del presente sería una especie de infantilización.

“Encarnar la espera” no puede menos que recordarnos los desarrollos de Javier Auyero quien, al estudiar a poblaciones marginalizadas, identifica que “el hacer esperar” es un mecanismo de dominación. Se trata, en sus palabras, de una estrategia sin estrategia, la manera en que el Estado regula el comportamiento de las personas en situación de pobreza a través de la espera (Damin, 2014). En palabras de Auyero, “Domination works... through yielding to the power of others; and it is experienced as a waiting time: waiting hopefully and then frustratedly for others to make decisions, and in effect surrendering to the authority of others” (2011:4).

La estructura de dominación que implica una estructuración del tiempo que identifican Beauvoir y Auyero tienen claras divergencias. Principalmente en referencia a una dimensión que se puede ilustrar con las dos referencias a mitos griegos seleccionadas. Beauvoir representa el “presente pasivo” con la figura mítica de Sísifo, para dar cuenta del tiempo cerrado de la esfera privada, en esta idea de una repetición infinita de labores del hogar y de cuidado, que al momento de terminar vuelven a comenzar, por lo que no se agotan ni se transforman, no llegan a ningún lado, y, por lo tanto, no tienen un horizonte temporal.

Es fácil comprender porque es rutinaria; el tiempo no tiene para ella una dimensión de novedad, no es una explosión creativa, porque ella está condenada a la repetición, no ve en el futuro más que la duplicata del pasado... en este movimiento circular el único futuro es la lenta degradación. que roe los muebles y la ropa y deteriora el rostro (Beauvoir, (2014) [1949]).

Por su parte, Auyero hace uso de la figura de Tiresias como metáfora para dar cuenta de la estructura temporal de la dominación que aqueja a los Pacientes del Estado. Esto lo hace en referencia a cómo estas poblaciones son desposeídas del control sobre sus circunstancias y deben de contentarse con un papel de testigos, no de actores, en sus propias vidas y esperar a que aquellos con autoridad actúen en su favor. No pueden más que esperar porque pase algo, como señala Auyero (retomando a Bourdieu): “They live in an alienated time, and are obliged, as Pierre Bourdieu so eloquently puts it, “to wait for everything to come from others” (2000: 237). Esperar es depender de otros.

Estas dos metáforas ilustran diferencias en cómo se experimenta el tiempo estando sujeto a distintas relaciones de dominación. En el caso de los Pacientes del Estado, se trata de un presente pasivo en el sentido de la inacción, al estar desprovistos de herramientas para actuar sobre sus circunstancias y en situación de dependencia hacia otros actores. Tiresias es una figura que representa a alguien que es testigo de su propia vida, incapaz de tomar un papel de actor. En este caso, la agencia tiene una dimensión claramente material: la desposesión, la falta de recursos (económicos, políticos, sociales, etc.) ponen a las personas en una posición de espera frente a la voluntad de aquellos que si tienen el poder para actuar sobre una situación.

En el caso de la teoría de Beauvoir, la dominación se da en el actuar. Es justamente en el actuar, en la repetición de prácticas y disposiciones que les posibilita la sociedad conforme va enmarcando sus vidas a través de la conversión temporal, que las mujeres se “convierten en mujeres”. Es el actuar el que encierra a las mujeres en el presente pasivo. En el caso de la teoría de Beauvoir, la agencia se encuentra en otra estructura temporal, la de la trascendencia, que en la teoría de Beauvoir tiene resonancias existencialistas, en la idea de que el individuo debe afirmarse a sí mismo, el yo es un proyecto propio que se debe desarrollar y al que se debe responder de manera coherente a lo largo de la vida, ser agente del propio devenir (Changfoot, 2009). Como señala López Jorge (2010):

[...] la obra de Simone de Beauvoir puede ser asumida como una ampliación y una radicalización de la tradición ilustrada. Como una radicalización de esa tradición en la medida en que su existencialismo traslada la exhortación kantiana

a la emancipación, del registro intelectual y epistemológico al ontológico-ético, transformándola en un sentido que vendrá a decir: ¡atrévete a asumirme a ti misma como libertad, a construir tu propio ser a través de tus opciones libres! [...] Esta transposición tiene lugar en el existencialismo, en tanto que concibe al ser humano como proyecto que ha de hacerse ser eligiéndose a sí mismo a falta de tener su propio ser como dado (López Jorge, 2010:143).

Así identificamos dos formas teóricas de entender la agencia -o mejor dicho la falta de agencia- provocada por estructuras temporales surgidas de relaciones de dominación: esto se puede dar a través de ser testigo de la propia vida, es decir, ser desposeído de la capacidad material de tomar decisiones claves sobre el curso de vida. Y, por otro lado, también, se puede entender como una estructura que obliga a usar el tiempo en labores y actividades que consumen el tiempo sin aportar un valor subjetivo para la construcción de la identidad. Actuar sin proyecto, que es la visión existencialista.

Ambas formas de dominación a través del tiempo no se contraponen y afectan la percepción de agencia de las personas. Quizá la segunda postura pone énfasis en la capacidad de las personas para modificar sus circunstancias, esa exhortación: “¡Atrévete a ser libre!”, parece dejar fuera las estructuras que imposibilitan que las personas rompan por sí mismas con “roles” sociales impuestos, ¿puede una mujer realmente dejar de cargar con todo el peso del cuidado sin una nueva repartición de las responsabilidades de cuidado en la sociedad? Asimismo, la primera postura, llevada a un extremo, puede llegar a negar los márgenes de agencia de las personas, ¿no hay agencia en las salas de espera?, ¿qué pasa con la organización colectiva?, por tomar un ejemplo cualquiera, las madres de los desaparecidos que frente a la parálisis del Estado salen a buscar a sus familiares por su cuenta, rastrillando campos con sus propias herramientas, sin abandonar las exigencias hechas al Estado, pero sin permanecer inmóviles.

Las mujeres entrevistadas experimentan diversos tipos y niveles de restricciones en sus vidas. Sin embargo, como vimos en el capítulo anterior, hay una búsqueda a nivel discursivo de reafirmar su agencia. Relatan sus vidas en primera persona. Muchas de ellas hacen un uso extenso de los verbos decidir, elegir, escoger, al hablar de las transiciones en sus cursos de vida, reflejando un sentimiento de apropiación de su curso de vida.

La categoría existencialista de trascendencia es insuficiente por sí misma si no se toma en cuenta circunstancias y estructuras de dominación. Sin embargo, al utilizar el enfoque narrativo de formación de identidad, como se desarrollo ampliamente en el marco teórico que guía esta investigación. Se puede conservar esa dimensión temporal de la

agencia, reflexiva e intencional, sin recurrir al concepto de trascendencia. La identidad narrativa nos permite explorar de manera más compleja la agencia, y explorar cómo las mujeres reconstruyen discursivamente sus experiencias tanto en la esfera privada, como en la esfera pública, sin importar cuán apegadas o desapegadas de las narrativas tradicionales, como evidencias de un proyecto de construcción identitaria, como reflejos de un proyecto de construcción personal, no como el calco de un rol dado que siguen como peones sin identidad propia. ¿Qué tan real es esta emancipación discursiva respecto a las circunstancias materiales de vida de las personas? Es una pregunta válida, que vale la pena hacerse, ¿qué significa que estas mujeres se perciban como dueñas de sus decisiones?, ¿es esto el fin de la opresión?, ¿es una forma de autoengaño?

Sin poder darle una respuesta definitiva a estas preguntas, incluso sin creer que exista tal cosa, en este capítulo se buscará identificar en el cuerpo de entrevistas la relación entre la experiencia del tiempo y la percepción de agencia en el marco de la construcción y el establecimiento de una vida en pareja y en el marco de la maternidad. La pregunta general que guía este capítulo es ¿cómo experimentan el tiempo mujeres en diversas configuraciones de pareja y soltería?, ¿qué tanto sus vivencias reflejan los elementos de la narrativa tradicional delineada por Beauvoir?, ¿cuáles son las rupturas?

Las mujeres entrevistadas en este trabajo comparten ciertos elementos, tener ellos, que se encuentran o se han encontrado alguna vez en sus vidas en relaciones heterosexuales. En este trabajo nos interesa sobre todo explorar cómo es esta experiencia en relación con la percepción de agencia de estas mujeres siendo que es un elemento clave de la adultez. Es posible explorar esto ya que las mujeres entrevistadas no comparten una experiencia única respecto a las relaciones de pareja. En las entrevistas, no es posible identificar una trayectoria generalizada, compartida, de un pasado en el universo familiar a un presente pasivo en el matrimonio heterosexual, como describe Beauvoir el paso a la adultez femenino. Estas historias de vida dan cuenta de idas y vueltas, de transformaciones, y también de rupturas con estos esquemas. Hay mujeres que se han unido, otras que se han casado. Algunas se han divorciado, otras han experimentado separaciones, incluso varias. Algunas estuvieron en su primera relación de convivencia más tarde o más pronto de lo esperado. Hay algunas que han decidido a futuro no estar más en pareja, o buscar arreglos de pareja que les permitan conservar su autonomía y sus espacios, viviendo cada quien en su casa. Algunas se sienten listas para buscar una nueva relación después de un tiempo de estar solteras. Frente a esta diversidad de vivencias, las

entrevistas arrojaron una relación tirante entre la percepción de agencia y la experiencia de estar en pareja.

A. Rupturas y continuidades con el pasado y futuro: ¿pistas de relaciones de dominación o de nuevas formas de emancipación dentro de la pareja?

A.1. Pensarse en pareja: “dejar un porcentaje de lo suyo para ir hacia algo común”

Estar en una pareja es interpretado en varias entrevistas como el inicio de una etapa de vida, un parteaguas, una transición. Sin duda, ninguna lo expresa más claro que Abril: “yo vivo el amor intensamente, entonces, mis parejas, es mi vida compartida en ese momento, si se termina eso, hay una vida que se terminó y yo tengo que empezar una vida nueva”. Esta idea está presente en cierta medida en una narrativa colectiva, que se encontró en varias de las entrevistas, la trama de “crecer juntos” en una pareja.

Varias de las mujeres entrevistadas señalan sentir que crecieron con su pareja, pues estuvieron varios años juntos, en los que tuvieron lugar momentos claves de la transición a la adultez: el fin de los estudios universitarios, el inicio de la trayectoria laboral, etc. Esta concepción de “crecer juntos” hace referencia a algo que Carolina se da cuenta en el momento de su ruptura, un proceso de aprender a “pensarse de a dos”, que contrapone a pensar “cosas más suyas”, como sus experiencias pasadas familiares, traumas, y también al futuro, posibilidades de desarrollo laboral, por ejemplo.

Carolina

Después de estar en pareja cinco años, de los 25 a los 30, soy un poco otra persona. Me pasaron un montón de cosas en el medio, *me recibí estando en pareja y terminé la licenciatura, y casi la maestría, estando en pareja. Y bueno, toda mi vida laboral ha sido en pareja también. Mi vida más adulta en general [...] y sí, me he reencontrado con cosas lindas [después de la separación]. Como mucho más centrado en uno, mucho más. Antes, como yo nunca había estado en pareja, me costaba mucho pensar de a dos, y después me acostumbré mucho a pensar de a dos, y a tener en cuenta al otro.*

Y ahora me estoy dando cuenta, me pasa en la psicóloga, de todo el tiempo que uno dedica al otro cuando está en pareja, que está buenísimo que sea así, no lo crítico, me parece que esta demás y *que tiene que ser así*. Pero claro, yo le dije a la psicóloga: “¿te das cuenta, tipo, que un año y medio de lo único que hablaba era de esto?”. *Hablaba un poco de mí, también, de mi abuela, de mi madre, de esto, de algunas cosas familiares, pero no sé, el 80% del tiempo que le dedicaba*

a las terapias era a esto. Y ahora hablo de mi carrera, de mí, bueno también hablaba un poco de mi laburo. Pero realmente era mucho más del tiempo que le dedicaba a hablar sobre mi pareja y mi relación.

Laura

La separación fue crecimiento. *Como volver a encontrarme*, también. Pienso que después de haber estado tanto tiempo con una persona, *una empieza a dejar un porcentaje de lo suyo para ir hacia algo común*. Y si dejas eso común, tenés como que volver a encontrarte. Y el trabajo más personal que hice en ese camino fue volver a encontrarme yo. [...] estuve unos años sin estar en pareja. Creo que tampoco lo buscaba. Sentía como que tenía que tener un tiempo para mí, justamente en esto de encontrarme y crecer yo

Esto se alinea en cierta medida con el concepto de conversión temporal de Beauvoir, aunque en un plano más subjetivo. No se trata de una marco material o físico, de esa esfera cerrada, pero bien concreta, del universo doméstico que pensaba Simone de Beauvoir para su presente pasivo, sino de una transformación subjetiva, que lleva a la persona a dejarse de pensar como sujeto ajeno a la relación, poniendo en pausa diálogos internos y procesos con su pasado y pensar “de a dos” sus proyecciones a futuro, dejando de lado un “porcentaje” de uno mismo. Esto, sin duda, da cuenta de como se experimentan las negociaciones al interior de la pareja, y como estar en pareja tiene un efecto en el curso de vida. Sin embargo, más allá de esto, también se trata de una narrativa colectiva que sirve para explicar el proceso de construcción de pareja. Cabe preguntarse, y es sin duda algo interesante, por la historicidad de esta narrativa. Stephanie Coontz (2006) da una perspectiva histórica sobre las transformaciones que tuvieron las relaciones de pareja.

Esta idea de negociación no se encuentra en el concepto de “conversión temporal” de Beauvoir, donde la mujer pasa a ser un accesorio del curso de vida del varón de la pareja. Ahora, en las entrevistas, se observa que hay un componente fuerte de negociación, aunque esto no implica haya un equilibrio de fuerzas, pues siguen habiendo constreñimientos materiales que hacen duda sobre que estas negociaciones se den en pie de igualdad.

En cuánto al tipo de sujeto que se forma en esta narrativa de construcción de parejas, se identifican algunos elementos. Es interesante que después de su ruptura, tanto Carolina como Laura, tuvieron la sensación de encontrarse a sí mismas. Laura admite que estar en pareja implica perder “un porcentaje de sí misma”. Esto podría estar dando pistas

sobre cómo, en esas negociaciones, hay una tensión entre la narrativa individualista de la modernidad, que sostiene un mandato de individuación al que responsabiliza a cada persona de forjar (un poco como el concepto de trascendencia existencialista) y la narrativa de construcción de pareja, que implica un cierto grado de simbiosis. Abril, por ejemplo, explica que estar en pareja implica dejar fuera ciertas partes de sí misma que chocan con esa unidad dual, construir fronteras dentro de una misma para favorecer la convivencia, en las que algunas cosas propias pueden quedar en el exilio.

Abril

Mi ex pareja tenía una banda, entonces era como que *la música era su lugar*, bueno yo me separé y empecé a hacer canciones, por ejemplo, entonces me pasó eso, como que afloraron cosas que yo no era que las tuviera reprimidas conscientemente, sino que no les daba el espacio que de verdad empecé a darle después.

En esta cita, nos encontramos también con una cierta concepción de territorialidad dentro de la pareja, que surge de ese mandato de individualización, cada persona como proyecto de sí misma, y que se ve que en su caso hay una cierta idea de que no es lo mejor tener ambos los mismos proyectos, quizá para evitar la competencia y mantener la armonía. “La música era su lugar”, una cierta concepción de fronteras que se crean a partir de la pareja de áreas, talentos, intereses que es posible explorar o no debido al hecho de estar en pareja, para no invadir los espacios de individualización del otro.

En el caso de Renata, por ejemplo, ella cuenta que el ámbito laboral es un espacio en el que se establecen fronteras entre su esposo y ella:

Renata

Algo que conversábamos era “no, a mí no me gustaría trabajar contigo”, que no tiene nada de malo, hay pila de parejas que trabajan juntas. No estoy criticando eso, simplemente que, para mí, el espacio de trabajo de mi marido es su espacio de trabajo y me gusta que él también tenga su espacio de trabajo.

Esta “espacialidad” dentro de la pareja, de fronteras y espacios se vive también de manera concreta en el espacio de convivencia. En varias entrevistas se hace referencia a como cambió la percepción del espacio una vez que empezaron a convivir con sus parejas. Una figura recurrente es la idea de “recuperar un hogar”, algo que sucede en varios casos de mujeres entrevistadas que se mudaron a Montevideo para continuar sus estudios. Tenemos el ejemplo claramente enunciado por Nadia:

Nadia

[...] para mí era la primera vez que yo tenía mi casa en Montevideo, o sea, como simbólicamente mi casa siempre era mi casa de Paysandú (...) nunca me había apropiado de ninguno de los espacios que habitaba en Montevideo (...) ningún espacio era *mi* espacio, digo, ninguno de esos espacios que circulaba era mi casa o eran un lugar en el que yo podía sentir como más vinculado como a la noción de hogar. Irme a vivir con él, era mi pareja hacía mucho tiempo, y fue como el primer espacio que yo sentí mi casa.

En este sentido, la pareja es vivida como un mayor arraigo a la ciudad, una sensación de mayor pertenencia. Aquellos espacios en los que vivió antes de estar en convivencia tenían una sensación de “transitorios”, “menos propios”. En los que vivió con amistades, por ejemplo. Es interesante explorar también, algo que se hará más adelante, cómo son vividos este tipo de arreglos de vivienda.

Por otro lado, también, el espacio de convivencia en pareja es presentado o experimentado como territorio. Helena se explica el fracaso de sus intentos de convivencia por el hecho de que fueron en su propia casa:

Helena

Sigo conviviendo en mi casa y ese es mi terreno, entonces, ese es uno de los grandes problemas, si hay algo que tengo claro, no sé con quién estaré de nuevo, pero no convivo en mi casa más que con mi perro, porque es muy difícil compartir. *Es muy a lo instintivo, es mi territorio, es mi terreno y yo me voy a manejar siempre*, sigo creyendo que la convivencia tiene sus desafíos, pero es linda, pero sin dudas *tiene que ser en un espacio más neutro*, porque yo acá soy como muy territorial, es mi espacio y por más que le pongo toda la onda, no voy a ceder.

Es interesante que, en esta metáfora espacial, Helena está haciendo eco de lo que se hablaba a principio de apartado, concebir la pareja como un espacio en que se deben de ceder ciertos aspectos de uno para poder convivir, aunque ella lo experimenta de forma espacial, en su hogar.

La contracara a esta territorialidad expuesta por Helena, es lo que vive María, quien se encontró viviendo en la casa de su pareja.

María

[...] era su casa y yo no me sentía muy a gusto. Tenía la sensación de que estaba invadiendo la casa de alguien, ¿no? *No me sentía que estaba en mi propia casa. No es que fuimos a un lugar y alquilamos los dos en conjunto y pusimos los dos en común y estábamos los dos de acuerdo en poner los mismos muebles. No,*

fuimos a la casa de él. Eso no me gustó mucho, eso hizo que tuviéramos varias diferencias, que yo me sintiera incomoda.

Esto ocurre en dos ocasiones. Con su primera pareja, entre otras cosas, desencadena la ruptura. Con la segunda pareja, su pareja actual y con quien tiene una hija, ir a vivir a la casa de veraneo de su pareja representa para ellos una estrategia de ahorro para cumplir con su proyecto de comprar una casa. Sin embargo, María se siente de nuevo incómoda y deciden mudarse a una casa alquilada:

María

Entonces él dijo que también quería formar parte de eso y empezamos a buscar para comprar juntos, averiguando vimos que los números no daban y la única opción era irnos a vivir a la casa de veraneo de él. Yo cedí, al principio, no quería porque sentía que estaba repitiendo la misma experiencia de irme a vivir a la casa de alguien, sentirme que soy la intrusa que va a ocupar un lugar que ya está formado con la energía de la gente que ya vivía ahí antes. Entonces es como que no me sentía a gusto y, de hecho, repetí un poco la experiencia de también empezar con las diferencias, empezar a chocar, empezar a sentirme incomoda, a no querer estar ahí. Hasta que finalmente quedé embarazada y yo dije que bajo ningún concepto iba a vivir con mi hija en esa casa. Y lo que terminamos haciendo fue, un mes antes de que naciera S., alquilar acá. En esta casa, así que estamos alquilando acá. Porque yo no quería vivir más allá.

Es interesante cómo el espacio en la pareja, tanto simbólico como físico, es un espacio que se negocia, se construye en pareja. En el caso de María, se negocia simbólicamente la igualdad, la simetría en la pareja. Hay en la búsqueda de María una cierta idea de igualdad, una necesidad de sentir que el lugar es de ambos, en conjunto. Y ella menciona que en su primera pareja esto no se resolvió porque ella sentía que su primera pareja y ella: “no estaban en el mismo nivel”. En el caso de Nadia, hay cierta noción parecida cuando señala la necesidad que tiene de, con su siguiente pareja, buscar un lugar más “neutral”. Asimismo, en la entrevista de Nadia, llama la atención la idea de que ceder es un elemento condicionante a estar en pareja, desde su punto de vista, algo que se alinea con esta idea de dejar “un porcentaje de sí misma” al estar en pareja.

Entonces tenemos que estar en pareja puede modificar el espacio físico que se habita, pero también ese espacio compartido está marcado por lo propio y lo ajeno, por las fronteras y las posibles asimetrías entre los miembros de la pareja, e implican negociaciones, marcar territorios, límites, que pueden tener como consecuencia la

exclusión de ciertos elementos de la identidad de la persona. Esto puede relacionarse con el concepto que empezamos a trabajar en este apartado que es la idea de “pensarse de a dos” en contraposición a pensarse sólo a uno mismo.

Esto se ve más claramente en las separaciones, donde muchas entrevistadas mencionaron haberse sentido más libres, aunque la ruptura haya sido más o menos dolorosa. Nos encontramos con una cierta ambivalencia de encontrarse sin pareja, entre sentir soledad y sentir libertad. Esto se expresa, en las narrativas, de nuevo con el uso del espacio y de los recursos.

Fernanda

[...] fue un proceso de cicatrización, me parece, *no era que me gustaba estar sola*, era que me estaba como recomponiendo sentimentalmente, y en ese periodo descubrí cosas que están buenas, ser independiente, *dormir hasta la hora que me den ganas, si cocino algo cocino, si como o no como*, no sé, hay cosas que están buenas...

Flavia

Y no quise tener más parejas, tampoco, quiero mi libertad, de que *puedo hacer lo que yo quiera, puedo entrar, salir*, no sé, *dejar algo ahí, venir y hacerlo si tengo ganas, si no tengo ganas, no*.

Hilaria

Mi gran problema es el miedo a la soledad, ahora también es algo que aprendí que también *estar solo, no es solamente soledad*, porque uno puede estar viviendo solo y podés encontrar otras cosas, hacer otras cosas y te sentís como, *uno se encuentra a sí mismo*, a mí me ha pasado, cuando yo me separé hace tiempo de mi compañero, sufrí muchísimo, muchísimo sufrí [...] estuvimos separados dos meses, fue poquito tiempo, pero yo me vine a pique, no podía comer, mi trabajo no te podés imaginar. [...] Ahora si los fines de semana llego a mi casa y no trabajo el fin de semana, yo me levanto tranquila, voy a la feria, hago esto, hago esto otro, me pongo a leer, si tengo ganas de limpiar limpio, si no tengo ganas de limpiar no limpio, *hago lo que yo tenga ganas de hacer, y ese fue el gran cambio que tuve*.

Juana

Disfrute vivir sola en el sentido que *podía organizar el espacio como yo quería, organizarme yo, estar tranquila, yo que sé. Ir y venir cuando yo quisiera...*

Karla

[...] también era como otra libertad vivir sola. *Entrar y salir a la hora que yo quisiera, yo que sé ese tipo de cosas, organizar, no hacíamos nada loco ni nada, ni fiestas, pero era como tener un lugar que era mío, y estudiar tranquila y poner música cuando yo quiera y ese tipo de cosas...*

Olga

Si quiero estar acompañada, estoy acompañada y si quiero estar sola, estar sola y en realidad, fueron dos años disfrutables y muy solitarios, fue como por momentos disfrutando la soledad y por momentos también padeciendo un poco de estar sola.

Nadia

Ahora quiero vivir sola, es otra la vida que tengo. Estoy como re tranquila, *no tengo horarios, como que aprendí a disfrutar mucho de mi soledad, o de mi independencia mejor que soledad. [...] supongo que me costó conseguirla, esa autonomía, esa independencia, esa sensación de no estar solo, que no es menor. Toda la entrevista, vas a hacer análisis después, pero yo confundo la palabra soledad con la palabra independencia. Y en realidad no es menor, porque para mí siempre estar solo tenía como un significado de tristeza. Es decir, las personas que viven solas son: “ay que horrible, pobres, vive sola”. ¿Pero qué sabés? En realidad, a mí misma me cambió ese significado de vivir solo, compartir los momentos que uno elige compartir y los momentos que no elige compartir disfrutarlos con uno mismo, me parece que es por mi propia trayectoria, por mi propia experiencia de vida de que siempre estuve con un otro y siempre me definieron en función de un otro.*

El sufrimiento que implica el fin de la pareja, más allá de la ruptura amorosa, se puede relacionar también con una cierta noción, expresada por varias, sobre las expectativas sociales que hay sobre ellas, como mujeres adultas, de encontrarse en pareja,

misma que se ven truncadas tras el evento de la separación. Nadia lo expresa de la siguiente manera:

Nadia

Es salirte de la norma, saliste de la norma, te separaste y ya está. Porque de hecho mi familia no saben mucho de mi vida cotidiana, tienen un imaginario que yo me divierto mucho, porque es como eso, eres como el hereje, ¿ustedes saben mi vida? yo me acuesto a las 9 de la noche, miro Netflix, no tengo nada. Pero es como lo que el resto deposita en vos, entonces a los que hacemos algo de hereje en el sentido como más social de que haces algo distinto a lo que se espera que vos hagas en función de tu perfil, todos te empiezan a mirar y entonces vos ahí te das cuenta que vos estás haciendo algo distinto, no porque sea muy grave lo que estás haciendo, porque de hecho yo no hago nada grave, pero claro, estás haciendo algo que en realidad sale de la norma, sale de lo esperado, sale de que una mujer de 33 años ya tiene que estar casada y con hijos.

Esta idea de cierta estigmatización de la mujer que vive sola está presente también en la entrevista de Gisela quien es mayor que Laura, aunque ambas comparten el haberse mudado a Montevideo y ser originariamente del interior.

Gisela

Ah, sí. Sí, frente a mi familia, ya no era la loquita que se había ido a Montevideo para trabajar sola, ¿entendés? No, “ahora ya está casada, ya tiene libreta”. Este, y (...) Y con respecto a eso yo sentí a que era más oída.

Nadia aclara que estos juicios vienen de sectores más conservadores dentro de su familia, pero tienen un peso en su propio proceso, la hacen sentirse interpelada y tener todo un proceso reflexivo de qué parte del proyecto de estar en pareja y tener hijos, es un proyecto propio o algo que se le impone desde lo familiar. La respuesta social a salirse de la norma no siempre tiene como resultado una sanción. Como en el caso de Laura, esto se expresa en forma de preocupación por parte de la familia:

Laura

Les dije que me separaba era “¿y ahora qué vas a hacer? Y te vas a quedar sola, y ¿cómo te vas a mantener?”. Más allá de que inclusive en ese momento mi pareja ganaba menos que yo. O sea, por el tema de “qué vas a hacer, cómo te vas a mantener”, tipo mi amiga [con la que compartía apartamento] se iba el fin de semana, y me decían tipo “ay, estás sola”. Comentarios de mi madre, de mi padre

“¿y no querés venir para acá?” y no sé qué. Pero en ese sentido yo fui siempre como bastante fuerte, en el sentido de no darle relevancia.

La presunción de la familia de que la entrevistada no es capaz de mantenerse por sí misma, a pesar de tener mayor ingreso que su pareja, está presente también en la entrevista de Nadia.

Nadia

Además de que esa ruptura en lo familiar significó mucho, por ejemplo, en esto que te decía, de que mis padres querían que volviera, era como la esperanza de ellos "ahora que se separó se viene ¿qué se va a quedar a hacer?", de hecho, me lo decían, “pero ¿qué te vas a quedar a hacer en Montevideo?” ¿no? Como tu vida, "ya está, te separaste, volvete"... fue como una especie de bandera decir "no, yo puedo sola, yo tengo que demostrar que yo estoy acá no solo por J., que no es la única razón", también a mí me pasaba eso ¿no? Estuve 12 años de novio y entonces yo tenía que demostrar que no, *que yo no era solo esa pareja*, y no se me acababa mi vida, ni era la única razón por la que estaba en Montevideo [...] Demostrar que era una decisión mía [...] Entonces, para mí fue importante en ese sentido decir "no, yo me quedo acá porque yo tengo una vida acá, que sí, está bien, *J. tenía un porcentaje importante de esa vida, pero no es todo lo que me pasaba en mi vida*, digamos ¿no? *De hecho, profesionalmente siempre me fue mejor.*

Es interesante recuperar de esta última cita el hecho de que esta idea que se había visto anteriormente, de cómo el estar en pareja puede significar una cierta exclusión de lo propio, tiene una dimensión de reconocimiento social. Nadia siente la necesidad de afirmar su agencia, que al estar en pareja es asumida como accesoria de su pareja: “Tenía que demostrar que yo no era sólo esa pareja”, que en este caso implica afirmar su individualización frente a su familia.

Hay entonces una cierta dimensión social en ese aspecto subjetivo de sentirse un poco perdida en la relación, que tiene que ver con qué tanto la sociedad reconoce a la mujer como individuo o también la subsume a su pareja, algo que no pareciera ocurrir en el caso de los varones. Esto está también presente cuando Nadia señala que sentía que siempre la habían definido en función de otro. Cabe preguntarse si esto es evidencia de una nueva forma, agazapada, en que se da aquello que señalamos en la introducción a este apartado, que es esta idea de que la heterosexualidad obligatoria, o mejor dicho, el mandato de estar en pareja produce y reproduce la adultez de la mujer como una subjetividad relativa, accesoria al devenir masculino.

El testimonio de Delia agrega capaz de sentido a la interpretación que dan las mujeres a la trama de “crecer juntos”. En su caso, ella interpreta que, aunque ambos vivieron estando en pareja, las transiciones de vida más importantes para la adultez, su pareja no “maduró” de la misma manera que ella. Delia ciertamente identifica la adultez con la asunción de responsabilidades tanto en lo laboral como en lo familiar.

Delia

Como que en ese proceso maduramos diferente, en las responsabilidades, en cómo una piensa que tiene que ser la maternidad, el trabajo, la cooperativa, lo asumíamos de diferente manera. En algún momento *yo me encontré como sosteniendo una casa, yo sola, no solo en lo económico sino como en lo emocional*, dije: “yo sostener, tengo que sostener sólo a mis hijos”, así que me separé y le di el perro, lo digo como en chiste, pero fue verdad. Estábamos bien, pero se quedaba más en el trabajo de lo que debía, la cooperativa es muy cansadora tiene horas de asamblea, de muchas cosas, eso también no nos permitía vernos. Entonces, no acordábamos cosas para después, entonces si ya no organizabas la semana, era una desorganización permanente. *Terminaba ocupándome de todo, entonces me cansé, y dije esto se terminó.*

Lo que nos encontramos en esta entrevista es ciertas pistas sobre cómo la producción social o esperada de la adultez de la mujer difiere de la masculina, no tanto en volverse accesoria del devenir masculino (que en ese caso respondería a la producción de la adultez masculina relacionada con el padre proveedor), sino en que se espera de la mujer una maduración que la lleve a hacerse “responsable”, en palabras de Delia: de la maternidad, el trabajo, la cooperativa, etc. Por otro lado, su esposo no pareció sentir la misma interpelación para responsabilizarse por lo familiar, sino únicamente por el trabajo: “se quedaba más en el trabajo de lo que debía”. Delia menciona que hacía falta una mayor organización en la pareja respecto a las tareas, su percepción del tiempo en ese momento de sobrecarga de trabajo en sus hombros era de desorganización, lo que nos da muestras de que ella experimentó esto con estrés, al verse en la posición de “sostener una casa tanto en lo económico como en lo emocional”. Debido al poco tiempo que tenían para verse, se percibe una concepción de falta de negociación, que resultaba en una sobrecarga de trabajo en Delia, quien estaba más tiempo en casa que su ex pareja.

Si la adultez femenina en el marco del mandato heterosexual y reproductivo se caracteriza por la sobrecarga de labores y la obligación de desarrollar un sentido de responsabilidad para poder llevar a cabo tanto las labores del hogar como de cuidado, es

posible entender más a qué responde esta idea de que el proceso de “pensarse de a dos” pueda implicar una sensación de pérdida de una misma. En el caso de Delia, al tener hijos, tenía muchas cosas de las que ocuparse. No obstante, también en el caso de Carolina, quien contaba que se había dado cuenta al terminar su relación de cuánto tiempo había dedicado a su pareja en el marco de su terapia, ¿no es eso también un trabajo extra en la pareja relativo a la carga mental? El pensar a la pareja, trabajar en ella, etc. ¿Qué tanto ese “pensarse de a dos” no puede traducirse en un “pensar a los dos”, en contraposición a “pensarse juntos”?

Esto podría estar evidenciando como, a pesar del aparente mayor equilibrio de fuerzas de la narrativa de “crecer juntos”, y que parece tener la negociación como un elemento central (en contraposición al esquema de Beauvoir), los constreñimientos tanto culturales como materiales surgidos de la vigencia de la división sexual del trabajo, siguen poniendo a las mujeres en una posición en la que se ven en la situación de tener que sacrificar más tiempo, recursos y espacio mental.

En el caso de Delia, su decisión de separarse al reconocerse “cansada” tuvo como consecuencia que su ex pareja empezara a ejercer violencia hacia ella y sus hijos, tuvo que hacerle varias denuncias y él estuvo con restricciones para acercarse a ella y los niños. Esto también parece apuntar a que esas primeras actitudes de su pareja, aquella “irresponsabilidad” que los hacía divergir en ese proceso de “crecer juntos” era una primera expresión de violencia en la pareja, misma que se radicalizó al momento de la separación.

Nos damos cuenta que en estas historias, la convergencia temporal de la que habla Beauvoir no se da de la forma en que esta autora lo expuso. Estas mujeres no están encerradas en un tiempo circular como el mito de Sísifo, salen a trabajar, avanzan en sus carreras profesionales, además de hacerse cargo de los cuidados, el tiempo corre, pero quizá es posible pensar en que tal convergencia temporal está más ligada a un cierto correlato subjetivo de la adultez femenina que demanda la adquisición de actitudes y prácticas de sostenimiento y responsabilización por los otros y lo otro, y que implica en mayor o menor medida un abandono de ciertas actitudes y prácticas menos volcadas hacia los otros y más hacia sí mismas.

Vemos que en los relatos de las mujeres que se separaron la sensación de autonomía es expresada en términos de “dejar de hacer”, de abrir la posibilidad a “no hacer”, quizá de sentir más laxo aquel mandato de responsabilidad que acompaña de manera específica la adultez femenina:

Fernanda

En ese periodo descubrí cosas que están buenas, ser independiente, dormir hasta la hora que me den ganas, si cocino algo cocino, si como o no como...

Flavia

Puedo hacer lo que yo quiera, puedo entrar, salir, no sé, dejar algo ahí, venir y hacerlo si tengo ganas, si no tengo ganas, no.

Juana

Podía organizar el espacio como yo quería, organizarme yo, estar tranquila, yo que sé. Ir y venir cuando yo quisiera...

Nadia

Ahora quiero vivir sola, es otra la vida que tengo. Estoy como re tranquila, no tengo horarios.

Esto nos invita a pensar que en el Uruguay de la actualidad, las nuevas posibilidades de participación de las mujeres en el ámbito laboral no se han acompasado con una distribución de las tareas de cuidado y del trabajo no remunerado en general más equitativa entre los sexos. Esto ha derivado en una sobrecarga de trabajo de las mujeres (lo que se conoce como la doble o triple jornada), así como en una sobrecarga mental. Pensar en aquello que inhibe la agencia de las personas no pasa tanto ni por pensarlas como Tiresias, ni como Sísifo, por continuar con las metáforas elaboradas en la introducción al capítulo, si no por no tener la posibilidad de no hacer, de no actuar y no responder frente a esas responsabilidades sin sufrir una mayor sanción social que sus contrapartes varones.

Estas responsabilidades sin duda tienen que tener respuesta, pues de ellas depende la supervivencia humana, pero mientras sigan siendo la responsabilidad de sólo una porción de la población, estamos condenando a muchas personas a sentir que tienen que abandonar, por lo menos, un porcentaje de sí mismas. Sin duda, aquí se está hablando de dinámicas en parejas heterosexuales (pues no se tiene en este trabajo evidencia sobre qué ocurre en las parejas del mismo sexo o con configuraciones no monógamas).

Nos encontramos con una situación para la que parece más apropiado el mito de Prometeo. En esta historia, Prometeo siente compasión por la fragilidad y desnudez de los humanos y ofrece el fuego, un elemento vital para su desarrollo y su supervivencia. El fuego sirve, sin duda, como metáfora para el cuidado. Como castigo, Zeus lo condena a que un águila coma sus entrañas, que se renuevan todos los días como la voracidad del ave. Así, el mandato de responsabilidad de la adultez femenina que lleva a responder a

las necesidades de cuidado de la sociedad, de la que otros actores sociales (varones, Estado, mercado...) se deslindan, implica el devorar pedazos de sí mismas, otros caminos de individualización, no volcados a otros, y que son caminos manqués hacia sí mismas, hacia el descubrimiento de intereses, aspiraciones, aspectos de sus personalidades, etc. que podrían enriquecerlas.

El caso de Hilaria es paradigmático de lo que se está hablando y muestra claramente la conexión entre adultez-género-pareja-agencia. El caso de Hilaria es interesante para analizarse a la luz de lo que se venía diciendo en varios sentidos. Ejemplifica por un lado la ambivalencia entre soledad e independencia. La soledad es definida, por ella y otras entrevistadas, como algo que da miedo y tristeza, pero, a la vez, como un espacio de búsqueda y de desarrollo de una misma. De ese proyecto personal, podría decirse, que es la trascendencia, el yo como proyecto a construir, no dado. A partir de una crisis de pareja, Hilaria se hace consciente de esa necesidad de “encontrarse a sí misma” que es descubrirse en la praxis de una voluntad volcada no únicamente hacia los otros, sino también hacia sí misma. Lo que encontramos en esta historia es que Hilaria desarrolló varios procesos (involucramiento en la actividad sindical, búsqueda de terapia psicológica) para lograr sentirse segura para apropiarse de ese espacio propio que le permitió recuperar elementos de su identidad (a ella le gustaba leer, pero no encontraba el tiempo para hacerlo) y también identificar posibilidades perdidas, traumas de la infancia, etc., es decir, dialogar con su pasado y su futuro. En su relato, nos damos cuenta de que ella, en cierta medida, si se llegó a sentir en una especie de “presente pasivo”, parecido al que describe Beauvoir, esto queda marcado en su discurso por la repetición:

“yo trabajaba, trabajaba, trabajaba, no salía a ningún lado, no hacia ninguna actividad.

“me empecé a trabajar, a trabajar, a trabajar y a trabajar, la casa, el trabajo, la casa, el trabajo”

“yo vivía “sucuchada” en mi casa, el trabajo, el trabajo, el trabajo, no había otro tema que no era el trabajo, eso no es vida”

La casa, el trabajo, la casa, el trabajo... esta repetición da cuenta del presente pasivo de ese “mundo equivocado” en el que ella siente ahora que vivió gran parte de su vida adulta. Un “mundo equivocado” en el que ella considera que estaba debilitada como persona. Es interesante que también para ella todo esto es representativo de una falta de “adultez”, me parece sumamente enriquecedora esta subversión de la definición de adultez femenina que vimos hasta este momento. Aquí observamos que Hilaria subvierte

esto al identificarse como infantilizada, y señalar que ahora que ejerce su agencia “en negativo”, es decir, se da la posibilidad de “no hacer” y de “hacer lo que le da ganas”, se percibe por primera vez como una mujer adulta, y, por ejemplo, ella se refiere al viaje que va a realizar como una oportunidad para fortalecerse como mujer, dejando de estar tan al pendiente de su esposo e hija. Mujer en cierta medida en contraposición a niña, que era como se sentía en ese “mundo equivocado”. Esta subversión del sentido de la adultez femenina observada hasta acá, marcada por la responsabilidad y la fagocitación de pedazos de una misma, me parece rescatable porque abre una posibilidad interesante, ¿es posible que buscar adúlces de mujeres que se sientan dignas del disfrute y del ocio en una sociedad de dobles y triples jornadas sea un nuevo camino para construir agencia?

Es interesante, en cuanto a la experiencia del tiempo, como Hilaria reconoce el presente pasivo en que vivía, el tiempo circular y sin avance. Ahora, tras el proceso de reflexividad que ha emprendido, se lamenta de las oportunidades perdidas, los futuros que no fueron (“yo por ejemplo hoy sería si yo hubiera estudiado, hubiera hecho otra cosa, si no me hubiese quedado ahí como me quedé”), pero tras su cambio su relación con el tiempo se modificó en varios sentidos. En primer lugar, como mencionamos arriba, la reflexión sobre sí misma implicó un diálogo con su propia historia de vida, su vida anterior a estar en pareja y también sus perspectivas a futuro, lo que le ha permitido ciertas transformaciones positivas sobre su apreciación de sí misma. En segundo lugar, este caso hace explícito como el uso del tiempo y la experiencia de ese tiempo es clave para entender la construcción de la identidad adulta femenina volcada a otros.

Hilaria

Era de llegar a casa de trabajar y me ponía a cocinar, por ejemplo, o a limpiar, ahora no, yo no cocino más, te digo, que cocino cada tanto, pero en mi casa, no, los fines de semana, cocina mi compañero, a veces cocina J., pero casi siempre cocina él los fines de semana, a veces cuando tengo ganas yo cocino, limpiar cada uno se ordena su cuarto, sus cosas, cada uno en su actividad, no es que yo estoy todo el tiempo, no, no, eso también viste eso también ha hecho un cambio en mí, y dejar que el otro también haga cosas, porque mi gran defecto era eso, que yo quería hacer todo, yo abarcaba todo, que también es un error [...] pero también dar lugar a eso, porque yo no dejaba que hicieran nada, yo cocinaba, yo limpiaba, yo hacía todo, entonces ¿cuándo disfrutaba de la vida?, ¿cuándo me sentaba a leer un libro? porque a mí me encanta leer, no podía leer porque no tenía tiempo de leer, ahora sí, los fines de semana llego a mi casa y no trabajo el fin de semana,

yo me levanto tranquila, voy a la feria, hago esto, hago esto otro, me pongo a leer, si tengo ganas de limpiar, limpio; si no tengo ganas de limpiar, no limpio, hago lo que yo tenga ganas de hacer, y ese fue el gran cambio que tuve.

Ese mundo cerrado, de tiempo circular, del trabajo remunerado al no remunerado, tan lejano y a la vez tan cercano a lo que pensó Beauvoir sobre el “presente pasivo”, estaba pautado por una actividad intensiva donde su voluntad, aunque fantasmal estaba presente. No era que antes ella se sintiera obligada, constreñida, a hacer lo que hacía: “de llegar a casa de trabajar y me ponía a cocinar, por ejemplo, o a limpiar”. De hecho, ella señala que ella “quería hacer todo”, “abarcar todo”, es decir, ella se percibe con agencia en ese actuar, es sólo que su actuar estaba dirigido, volcado, enteramente hacia afuera, hacia otros, y hay un elemento clave que se ausenta: el disfrute. “Entonces ¿cuándo disfrutaba de la vida?, ¿cuándo me sentaba a leer un libro? porque a mí me encanta leer...”. Tenemos que no se trata de una experiencia del tiempo como lo describía Beauvoir:

...el tiempo no tiene para ella una dimensión de novedad, no es una explosión creativa, porque ella está condenada a la repetición [...] en este movimiento circular el único futuro es la lenta degradación. que roe los muebles y la ropa y deteriora el rostro (Beauvoir, (2014) [1949]).

No es la repetición, el avance lento hacia la degradación lo que causa la angustia de Hilaria. No es la condena de Sísifo. Es más bien el bienestar, o la ausencia de bienestar, lo que la hacía sentir encerrada, la ausencia de disfrute, del gozo que surge de llevar a cabo actividades volcadas hacía una misma cada tanto, como la lectura, la participación en el sindicato, el intercambio con otras personas, el viajar sola... en fin, actividades que le permiten mirarse a sí misma, valorarse.

El deseo, el reconocer las propias ganas de hacer o no hacer las cosas, pasa a tener una dimensión política al ser un elemento clave de la construcción de una subjetividad capaz de volcarse sobre sí misma, en una sociedad que espera de las mujeres adultas una entrega absoluta a la actividad frenética en favor de todos menos de una misma so pena de múltiples sanciones y de ser definidas como egoístas bajo la amenaza de encontrarse solas.

El deseo, el reconocerse como persona deseante, es Heracles liberando a Prometeo de su castigo, después de atravesar al águila de la culpa con una flecha. La experiencia del tiempo es, por lo tanto, un elemento constitutivo de la construcción de subjetividad y agencia. Una persona, como en el caso de Hilaria, puede sentir que es agente y a la vez

no sentirse libre del todo. Y esto es un elemento interesante explorar, la agencia no se puede asimilar a la sensación de ser libre.

Esto que se viene hablando también se percibe en la reflexión final de Abril (42 años), sobre su adultez y sus proyecciones a futuro:

Abril

Capaz que es solamente mi camino, pero bueno, de tratar de ir siempre hacia un lugar que sea como *tratar de ser más libre*. En algún momento, yo sentí que no me daba cuenta de lo que me gustaba, de lo que quería, orientada a tratar de descubrir y siempre ir hacia mi instinto, o hacia lo que quiero que ahora yo ya sé qué es lo que está bien para mí, y bueno eso, seguir ese camino y asumir lo que lleve ese camino.

En esta forma de expresarlo, la construcción de una subjetividad adulta está relacionada con una forma de representarse su propia agencia. En primer lugar, reconocer sus deseos, que debido a la construcción de la feminidad parecen ser menos claro y mucho más nebulosos de lo que se pensaría y, en segundo lugar, “asumir lo que lleve ese camino”, es decir, apropiarse de las consecuencias de actuar a partir del deseo.

Decir esto no es negar que hay un correlato material para que esto sea posible. Hilaria pudo acceder a un seguro de salud que le ofrece la posibilidad de atención psicológica, tiene en su familia personas que participan activamente en sindicatos y ha tomado cursos que la han hecho consciente de los derechos laborales que puede exigir, además de encontrarse trabajando para unos empleadores que los respetan y que incluso se preocupan por su bienestar (fueron ellos quienes le regalaron el dinero para su viaje a Cuba), y de que en su hogar hay un ingreso extra, el de su pareja. Sin embargo, abre interrogantes interesantes.

Esto es especialmente visible al tratarse la experiencia de estar en pareja y de maternidad, dos hitos importantes en la transición a la adultez. La pareja, como hemos visto en este apartado es un quiebre con una misma, en tanto que existe un cierto mandato hacía construir una identidad “de a dos”, un nosotros que, por veces, excluye el yo, pedazos del yo. Es por esto que no sorprende la siguiente cita de Estefanía.

Estefanía

No es que sea mala, pero agarrarme marido a esta altura es agarrar un problema (risas). Es agarrar un problema porque se enferma y yo tengo que cargar con eso. No soy egoísta, no soy nada, pero ya me pasó el cuarto de hora...

La postura de Estefanía se observa también en otras historias de mujeres, sobre todo de mujeres con hijos y sin pareja -aunque no exclusivamente-, en que no hay un deseo por volver a estar en pareja.

Flavia

Y después se fue desgastando la convivencia y cada uno por su lado. Y no quise tener más tampoco, quiero mi libertad, puedo hacer lo que yo quiera, puedo entrar, salir, no sé, dejar algo ahí, venir y hacerlo si tengo ganas, si no tengo ganas, no.

Candelaria

Me da aprehensión soltar algo de la libertad que yo tengo capaz [tras la pregunta de por qué no le gustaría volver a convivir con una pareja]

Alondra

Que no tengo que consultarle nada a nadie, de lo que vamos a hacer, de lo que vamos a comer, decidir entre los dos de esto o lo otro, nada, todo lo que vos quieras haces o no hacer. Desde todo, desde fregar, dormir, comer, o lo que quieras.

O incluso en mujeres que están en pareja pero que perciben que hay una cierta oposición entre estar en pareja y ser del todo libre.

Vanessa

Sí, lo tomé bastante bien capaz me hacía falta ya [unirse en pareja]. Viste que uno también, yo que sé. Está bueno, yo era muy independiente, pero bueno, llega un punto que depende tu cabeza, hay gente que no quiere formar nunca pareja y quiere vivir sola siempre y estar feliz y libre siempre. Pero no, nunca fue mi idea.

Frente a esto se abre la pregunta sobre qué pasa o cómo se experimenta el tiempo y la construcción de subjetividad cuando la cuestión de la pareja está ligada al bienestar o la estabilidad económica. En el siguiente apartado se analizarán los elementos en las entrevistas que dan pistas sobre el papel que juegan las condiciones económicas en cómo se experimenta el tiempo y la agencia en la pareja, así como los casos en los que nos encontramos con que hubo algún tipo de violencia de pareja.

A.2 La economía de estar en pareja

Algo que nos encontramos en varias entrevistas es una reflexión sobre cómo el iniciar a convivir con sus parejas afectó o modificó su situación económica, lo que da cuenta de la dimensión fenomenológica de algo que se ha hecho patente con estadísticas: la brecha salarial de género. De acuerdo a estimaciones del Banco Mundial utilizando datos de la Encuesta Continua de Hogares (2017), las mujeres uruguayas ganaban 7,6%

menos que los varones.³ Las parejas son un espacio en que estas brechas se experimentan directamente, permea las negociaciones de pareja y tienen un impacto en la manera en que se vivencia la vida en común.

Algo que está presente en algunas entrevistas es que la decisión de vivir juntos muchas veces es una estrategia para emanciparse de los padres, teniendo en cuenta que los precios de alquileres en Montevideo se presentan prohibitivos para gran parte de las y los jóvenes que desean empezar a vivir de manera independiente a sus padres. Es llamativo que en varias de las entrevistas nos encontramos con que la narradora señala no haber tenido el deseo de vivir sola, o que desde un principio se plantea como un proyecto que se hace en pareja.

En el caso de las entrevistadas que vinieron a la capital para continuar sus estudios o trabajar, hay un cierto lamento por dejar la casa de los padres y las comodidades que acompañan, como tener una cena lista al llegar a casa después de clases. Algunas perciben que esta salida de casas de sus padres las condujo a tomar responsabilidades adultas antes que aquellas personas de la capital que no tuvieron que hacer ese tránsito. Por ejemplo, Nadia hace la siguiente reflexión:

Nadia

Me parece que también es tremenda experiencia para crecer e independizarte y, de hecho, lo comparas con mis propios compañeros que son de Montevideo, que toda su vida vivieron en Montevideo. La transición a la vida adulta se les da de una manera absolutamente diferente porque, en general, viven con sus padres hasta que empiezan a trabajar o *hasta que se van a vivir con sus parejas*, no hay como una transición que si bien es obligada en realidad. Es obligado, no lo hubiera elegido, seguramente si hubiera tenido la posibilidad, elegía vivir con mis viejos hasta que me recibiera, en ese momento, sí, hoy no. De hecho me parece que la gente que tiene que vivir experiencias de este tipo, más allá de la dependencia económica, porque yo en realidad dependía económicamente de mis padres, te da una autonomía, o no sé cómo llamarlo, en las decisiones, en que si no me cocino, no hay nadie [...] acá se dice "te da calle", viste como esto de poder esto, te da independencia, en ese sentido que después obviamente la independencia

³ Lara Ibarra, G., & Mueller, M. (2020). Jugar un Partido Desigual: Diagnóstico de Género en Uruguay. Banco Mundial consultado en <https://documents1.worldbank.org/curated/en/305771601535010024/pdf/Jugar-un-Partido-Desigual-Diagn%C3%B3stico-de-G%C3%A9nero-en-Uruguay.pdf> al 01/05/2020.

económica ves vos cómo te manejas, pero me parece que para el crecimiento o para madurar, si bien es como un desprendimiento obligado y lo enfrentas, de hecho hay gente que no lo resiste, mi hermano se vino a estudiar en febrero y en marzo se volvió a Paysandú, porque no resistió vivir solo en Montevideo, pero creo que te da cierta ventaja frente a otro, también te dará desventaja ¿no?

Esta disparidad de madurez percibida entre las personas que se independizaron de sus padres durante los estudios es algo que supone un poco de dificultades a Raquel (35 años) y su pareja al momento de comenzar a vivir juntos.

Raquel: Sí, fue duro, fue como un año de mucho aprendizaje porque además no sólo, era la primera vez para los dos, pero mi compañero nunca se había ido de su casa de sus padres. Entonces, claro, en realidad yo tenía casi 10 años de vivir sin mis padres, más allá de las idas y vueltas, y él no levantaba ni un plato, no sé, no se lavaba ni los platos, entonces fue como un año, el primer año fue como duro, de bueno, creo que pusimos de los dos bastante, había cosas que yo no estaba dispuesta a ceder, es decir, la construcción iba a ser colectiva y bueno, los dos vamos a limpiar, los dos vamos a cocinar, los dos vamos a hacer mandados, como que hubo una especie de retroalimentación, aprendizaje porque él me decía: pero yo no sé, o sea, y digo: ¿cómo que no sabes? ¿no sabes que se compra para una casa? No, no sé ¿no sabes cocinar? no, no sé, unos panchos, fue así. A ese nivel, nos llevó como muchas discusiones, igual se potenció después ahora que nació nuestra hija, pero, como cuando uno pensaba que ya estaba todo bajo control, no, no estaba todo bajo control, pero también fue como re lindo ¿no?

Esto es algo que no sólo tiene que ver con salir de casa de los padres de más joven, sino que también está atravesado por asimetrías de género al interior de los hogares y del trato diferenciado que dan los padres a hijas e hijos. Esto se puede observar al contraponer la reflexión de Raquel a la de Diana, que vive la experiencia contraria. Ella, que es de Montevideo, se casa con un hombre que vino del interior a hacer sus estudios, y aunque reconoce que su marido sí se ha hecho cargo y responsabilizado de los quehaceres del hogar, ella no debe pasar por un proceso de aprendizaje, puesto que ya en su casa se ocupaba de esas actividades.

Diana

No, re bien. Porque él, es del interior, entonces él vivía solo hace mucho, desde los dieciocho años que se vino para acá. Entonces, es una persona que, hasta el día de hoy, no es que tenés que pedirle que haga las cosas y eso porque, porque sabe

hacerse todo, ¿entendés? No es, por ejemplo, mis hermanos son mucho más inútiles, les digo yo. Porque, claro, no tienen ni idea. Mamá siempre aparte es la típica de hacerles todo a los varones, y todo bien, y la nena es como que sos más de hacer. Pero, él se cocinaba, se ponía a lavar la ropa, se planchaba, se hacía la cama, se... todo. Re un equipo. Nada de que es un despelotado, nada. No, no. Un placer, re bien, re llevable. A ver, cocinábamos entre los dos, yo siempre fui re organizada, re ordenada. Me acuerdo que limpiábamos entre los dos, los fines de semana. No fue un cambio porque aparte mamá nos tenía muy entrenadas... como que nos enseñaba pila de cosas, la ayudábamos mucho a hacer la casa. Mismo los últimos años que capaz que había poca plata, y limpiábamos nosotras y todo. Somos cinco, tres nenas.

Sin embargo, tenemos algunos casos de entrevistadas que si vivieron solas desde los estudios a pesar de no ser del interior. Este es el caso de Helena que decide irse a vivir de manera independiente cuando su madre le dice que va a iniciar una convivencia con su pareja. Ella no desea vivir con él y se queda viviendo en el apartamento donde vivía con su madre mientras esta se va a otro lugar a vivir con su pareja. Algo parecido le sucede a Abril, también decide emanciparse por la misma razón, aunque en su caso se va a vivir con su pareja. Por su parte, Helena también considera que esa vivencia la hizo madurar, aunque reconoce sus claroscuros.

Helena

Me hizo crecer mucho, madurar mucho, porque inevitablemente me encontré sola, y me pasa ahora de que tengo amigos de 30 y, que recién se están yendo a vivir solos y están como en esta cosa de encontrarse con ellos mismos, y esa cosa yo la hice a los 20 años, o sea, tengo 32 años pero ya viví tanta cosa que internamente siento que tengo más, tengo un mundo interno muy... me conozco mucho, hace rato que vivo sola, después, bueno, he convivido en pareja, me he separado, pero sola, conmigo, ya me encontré hace... me conozco ese lenguaje, lo acepto, estuvo bueno, fue lo que me permitió crecer un montón, pero fue raro, tuvo su cuota linda y su cuota rara, a veces quería ser una de esas también que llegaba y tenía a la madre preparándole la comida, yo llegaba y me resolvía el alimento, no era tan chiquita, pero era raro, no era lo normal, era extraño.

Muchas de las entrevistadas refirieron que no es normal en Uruguay que los jóvenes se vayan a vivir solos durante los estudios, como lo señala Helena al describirlo como algo que no era “normal”, que era extraño. Otra entrevistada que vivió sola antes

de terminar sus estudios fue Carolina. Su madre era diplomática y cuando le dijo que otra vez sería movilizadada fuera del país, ella decide quedarse. Su madre la deja quedarse con la condición de que estudie o trabaje. Ella consigue un trabajo como animadora de fiestas y en promociones, un trabajo que ella percibe como “simbólico” para demostrarle a su madre su deseo de quedarse y comienza una carrera que después abandona. Sin embargo, esos años viviendo por su cuenta, son descritos como un tiempo algo angustiante, en el que se sentía muy confundida en cuanto a qué carrera elegir, un episodio que exploramos en el capítulo anterior, y en el que lamenta no haber tenido un sostén emocional, razón por la que ella explica haber tenido episodios de ataques de pánico que obligaron a su madre a regresar al país para estar con ella.

Carolina

Y al principio lo más bien, creo. Después con los años, porque ese como régimen, por decirlo de alguna forma, esa forma de vivencia, ese formato, duró los cinco años que mi madre estuvo en el exterior. Entonces. De mis 18 a mis 23. Entonces el principio estuvo bien, pero después entre toda esa crisis vocacional en que yo probaba carreras y dejaba, y no sabía lo que quería. Y eso de estar solo tan chico, tuve ahí como una crisis medio a los 21, 22; que, que creo que en gran parte se debió a un sostén que capaz emocional que creo que faltaba [...]

En el caso de Carolina, la cuestión económica y, sobre todo, la escasez económica no era un problema en ese momento de su vida, aunque debido a su carrera (gestora cultural) lamenta que su situación económica actual es inestable y sus ingresos “acotados”, aunque cuenta con el apoyo de su familia. El aspecto económico, por lo tanto, no pesó tanto en su pareja.

Por otro lado, tenemos casos en los que haberse unido joven representó para la entrevistada un alivio para la situación económica. Alondra es quizá el caso más representativo de esto. Ella cuenta que decidió ir a estudiar a Montevideo a pesar de que sus padres le advierten que no van a poder apoyarla más allá de mandarle viandas por encomienda y algunas ayudas puntuales. Ella consigue unas becas de alojamiento en casas de estudiante y de alimentación, para acceder al comedor estudiantil dos veces al día, y decide ir a Montevideo de todas formas. Esta experiencia resulta bastante angustiante, ella siente mucha angustia por su situación económica durante sus estudios, algo que afecta su desempeño académico. Tras su llegada, busca trabajos que pueda hacer compatibles con sus estudios.

Alondra:

Yo no era muy consciente de eso, yo quería venirme igual, y en realidad, tuve suerte, me presenté a las becas [...] yo elegí el comedor porque estaba bueno, estaba re barato y te daban pila, pila de comida. Y después estaba la beca de alojamiento, que esa la tiene como cada intendencia [...] Y me vine porque me dieron las 3 becas [...] Cuando me estaba yendo mal en las prácticas, me daba la tentación de agarrar trabajos como más duraderos de horarios y de tiempo, porque también agarré pila de trabajo, pero cualquier chiquitito, y en realidad, no me daba para vivir nunca. Y la beca nunca era suficiente, entonces, pasé pila de necesidades [...] Ese primer y segundo año, fueron los más duros, pero económicamente. A veces yo no les decía del todo a mis padres porque sabía que ellos no me podían ayudar, y como ellos me habían dicho, yo dije no, no, no puedo, y a veces me ayudaban, pero yo sentía que me ayudaban como re poco.

Aunque por la beca, Alondra tenía derecho a dos comidas del día, sólo podía aprovechar una sola, porque el comedor le quedaba muy lejos de su alojamiento, ya que estaba en lista de espera para el comedor más céntrico. Ella no tenía dinero para pagar transporte público, entonces debía hacer el recorrido caminando, lo que implicaba un riesgo a la noche, ya que, explica, en el camino había varios descampados.

Alondra

El comedor era solo para el mediodía, podías elegir de noche, pero me daba miedo ir caminando de noche [...]

Claro, entonces, iba solo al mediodía, y de noche te arreglabas con algo o no sé, no comías nada. A veces, me traía encomiendas, pila de veces me mandaban encomiendas, pero no alcanzaba.

[...] yo a veces sentía que me decían [sus padres]: te estamos mandando esto porque es lo que podemos, entonces yo sentía que no podía pedirles más. Tomé pila de estrategias. Por ejemplo, en el comedor, te daban dos panes y si comías uno te daban otro, entonces yo a veces comía uno para que me dieran dos más y me lo llevaba para mi casa. Te lo podías llevar decían, entonces yo pedía otro, y la fruta también, como te daban postre y fruta, yo me comía solo el postre y la fruta me la llevaba. Y caminaba todito, me caminaba a cualquier lado. [...] a veces traía, me da gracia, me traía papel higiénico de la terminal, enrollaba, enrollaba y me traía.

Esta situación y el deseo de dejar de vivir en casas de estudiantes y pensiones, la lleva a decidir irse a vivir con su pareja a los 20 años, mientras seguía estudiando. Alondra

considera que era “raro” para ella empezar esa convivencia, porque ella no se imaginaba viviendo en pareja a esa edad, pero si cuenta que esa unión significó una mejora considerable de su situación.

Alondra

Mi economía cambió también, porque él trabajaba [...] me sentí como re aliviada. Y en el trabajo a él le daban como siempre para que se llevara, y estaba de más, disfrutábamos los dos. [...] *Yo siento que cuando me vine a vivir con mi pareja, pila de preocupaciones ya me las quitó de la cabeza*, entonces me empezó a ir mejor en la carrera también, pero porque no sé, comida no me faltaba, entonces yo siento que todo eso [...] Entonces yo me despreocupaba, y como él se preocupaba también que tuviéramos los dos, yo estaba como re tranquila y todo el tiempo podía como estudiar, estar como concentrada nada más que en lo que estaba leyendo capaz.

En el caso de Alondra, irse a vivir en pareja tiene un efecto positivo en su situación económica, que le permite tener más tranquilidad y concentrarse más en sus estudios. En el momento de la entrevista, Alondra se acababa de separar hacía pocos meses. En la entrevista, se mostró un poco evasiva con el tema de la separación y se notaba que era muy reciente y doloroso para hablarlo, me dijo que estaba yendo a terapia y se sentía contenida. Lo único que me dijo al respecto es que hablando con la terapeuta se dio cuenta de que el deseo de ser madre era suyo y que su ex pareja no lo compartía, y señaló:

Alondra

Empecé a ver, que hay otros medios, no sé, fecundación in vitro, que en realidad si quiero ser madre no necesito porque bancarme a alguien que no quiera estar, o ser como de la época de nuestros padres que se bancaban igual estar con alguien con tal de [...] Entonces, también me lo estoy cuestionando de seguir adelante con *ese proyecto que en realidad era mío*.

En este extracto nos encontramos de nuevo con lo que habíamos visto anteriormente, esta idea de la pareja como un espacio donde los deseos propios se vuelven nebulosos, y la “soledad”, mejor dicho, “el estar sola” como un espacio de autodescubrimiento. Ella señala que en la época de su madre no había posibilidad de tener hijos sin pareja y que había que aguantar a alguien no siempre en las mejores circunstancias.

Karla también cuenta que empezar a vivir en pareja significó para ella una mejora en la situación económica. Antes de ir a vivir en pareja, fue a vivir con una amiga. Ella dice que disfrutó mucho de la libertad de vivir con su amiga, de poder entrar y salir a la

hora que ella deseaba, invitar a gente a la casa. Sin embargo, su situación económica empañaba esta libertad, y señala que hubiera podido disfrutar más de ella si no hubiera enfrentado esas dificultades.

Karla

Fue lindo, fue lindo, pero económicamente lo sentí pila, ahí empecé a adelgazar, yo siempre fui gordita, porque comía un montón, [...] pero ahí económicamente fue duro, teníamos que racionar pila la comida, ella [su amiga] igual su familia estaba mejor económicamente y la podían ayudar más, y yo solo estudiaba no trabajaba nada, nada, y ella sí, pero con ella nos llevábamos, la convivencia super bien, pero para mí fue más duro económicamente [...] tenía que racionar las galletas, 4 galletitas para el almuerzo, era como una carga emocional para mí ver cuántas galletas puedo comer porque si me como una de más, me quedo sin desayuno para mañana, no estaba tan bueno eso [...]

Es cuando se encuentra viviendo con su amiga que conoce a su ex pareja, quien era 10 años mayor que ella y tenía un buen trabajo. Al irse a vivir con él, pudo disfrutar de una mayor holgura económica y también señala que se le facilitaron los estudios.

Karla

Yo en ese momento tenía 24 y él tenía 34, entonces, él tenía su buen trabajo [...] y él sí podía hacerse cargo de alquileres y esas cosas, y yo aportaba lo que podía desde mi lugar y me permitió estudiar, me permitía digo la solvencia económica que teníamos, no era que tiraba manteca al techo, pero de alguna manera, yo dependía económicamente de él entonces, eso no estaba bueno, nunca más quiero depender económicamente de nadie

Sin embargo, la situación de depender económicamente de su pareja de entonces es una situación que no desea volver a vivir. Karla cuenta que un tiempo después, al terminar sus estudios, consigue un trabajo en una oficina gubernamental (su primer trabajo “importante”) con un buen sueldo, tan bueno como el de su pareja de entonces. Me cuenta que él no lo tomó bien:

Karla

No fue bien recibido eso, porque claro de alguna manera él tenía cierto poder en lo económico [...] era como que él me decía en qué gastar, que había que ahorrar y que esto y lo otro [...] y él perdió cierto poder ahí, que tenía sobre la relación en lo económico, *él sabía que yo hasta ahí no podía darme el lujo de dejarlo*

económicamente, o sea, poder sí porque me iba a vivir a cualquier lado, con alguna amiga o algo, pero claro no era tan fácil para mí.

Podemos observar que el dinero, la asimetría económica, en este caso, se convierte en un modo de control, que se expresa en el control que su ex pareja ejercía sobre el uso que ella hacía del dinero. Esta presión se vuelve aún más grande cuando él la comienza a presionar para tener hijos, aunque ella no lo deseaba, se sentía joven, que su carrera aún estaba empezando y deseaba viajar. Cuando se separa, debido a esta creciente incompatibilidad en sus proyectos de vida, y Karla se siente feliz.

Karla

Ay, la libertad, la libertad, estaba feliz sí, porque yo no estaba enamorada de él ni nada. [...] Aparte como te decía toda una presión por la economía, por esto y lo otro, yo todo ese tiempo que estuve trabajando, cuando rompimos, hacía un año y medio que estaba trabajando, y estaba tan tan controlada con el tema económico que tenía plata ahorrada; tenía, no sé, 4 mil dólares, no era la gran cosa, me fui de la casa de él a vivir con una amiga y me reventé esos 4 mil dólares, que no me digan ni en qué, en boludeces, porque era como plata para la vida, que alguien me obligó a juntar [...]

A Karla le costó poner en palabras el tipo de violencia que sintió que ejercía sobre ella su expareja, dice que ella sentía la violencia, se daba cuenta, pero le costaba ponerla en palabras. Cuenta un episodio que a su parecer fue la gota que derramó el vaso:

Karla

A mí me encantan las manzanas, vivo comiendo manzanas, la gente que me conoce sabe que me encantan las manzanas, siempre ando con manzanas encima, entonces, por ejemplo, mi ex me había hecho una planilla de cuánto había gastado en manzanas, que tenía que reducir el consumo de manzanas, ¿entendés?, era “what?!”, son manzanas, no eran drogas, era como muy loco, era ya un punto que decís ¡pará!, era demasiado, se fue al carajo con lo de las manzanas, creo que ese fue, lo recuerdo como decir eso no está bien, no me podés controlar las manzanas, pará un poco...

Algo que se desprende del relato de Karla, sobre todo de este episodio de las manzanas, es cómo al narrar la historias, se seleccionan ejemplos que sirven de metáfora. Karla hace énfasis en como su gusto por las manzanas era algo distintivo de su persona, un sello personal. Por lo que fue un tema en que esa violencia se volvió más evidente. Esto podría estar evidenciando, que la experiencia de control económico, como forma de violencia de

género, es experimentado como una forma de obstruir o impedir los procesos de individualización de la otra persona. La manera en que Karla experimenta el control que su pareja tenía sobre el uso que ella daba de su dinero, es como una forma de controlar un aspecto de su personalidad y limitar su autonomía, ella no podía hacer un uso de su dinero que reflejara sus propios intereses e identificaciones, y esto era posible por la asimetría de ingresos entre ambos: “él sabía que yo hasta ahí no podía darme el lujo de dejarlo económicamente”.

De esta manera, tenemos que la experiencia de dependencia económica es algo indeseable para la mayoría de las entrevistadas que tocaron este tema, dando cuenta de que ya no es algo que se espere que la mujer esté en situación de dependencia de su pareja. Por ejemplo, Berenice cuenta sobre un periodo en que estuvo desempleada:

Berenice

Sí, fue duro porque aparte...claro, como que perdés esa independencia económica, ¿viste? para mí era terrible tener que pedirle plata a él para comprarme algo ¿entendés? Era como ¡qué espantoso!

Asimismo, Georgina explica que ella espera a tener una situación económica estable para irse a vivir en pareja, ella señala que no es sólo una “cuestión económica” si no que evita las fricciones dentro de la pareja. Es interesante que ella señala que muchas mujeres de su generación tienen presente lo que le pasó a sus “antecesoras” que sí dependían económicamente de sus parejas y que debían soportar situaciones de violencia por no poder mantenerse solas y a sus hijos. Hay en la dependencia económica a los hombres un hábito de peligro que Georgina señala a pesar de no encontrarse en una relación violenta, es un riesgo que se conoce porque se vivió mucho en las generaciones anteriores.

Georgina

En realidad yo no quería como iniciarlo en ese momento, yo quería poder ser yo independiente, porque creo que eso influye en un montón de cosas, no me parece que sea solo una cuestión económica, también está esta cuestión de cómo se dan los relacionamientos, me parece que si todos, si los dos le damos para adelante con el trabajo remunerado, si los dos le damos para adelante con el trabajo no remunerado, si los dos, me parece que eso también minimiza las fricciones en una pareja, o sea, como que, es más sano me parece y yo nunca me planteo la posibilidad, ya te digo, de depender económicamente de una pareja, o sea, como que era algo que para mí no era deseable, no lo es, o sea, creo que también me

estresaría si me quedara hoy o mañana sin trabajo, querría como enseguida tener otro y ta y ser independiente, yo que sé, lo que pasa me parece que también hay todo una cuestión de las posibilidades, yo que sé, me parece que también es como que muchas mujeres de nuestra generación tenemos mucho el chip de un poco de todo lo que les ha pasado a nuestras antecesoras que no tendría que haber pasado, o sea, esta cuestión de que después, no sé, sus maridos, no funciona, y termina pasando que se quedó en el horno, o sea, ahora con 3 hijos está en el horno y qué hace, yo tipo no nunca quise que eso me pasara, por más que no sea una cuestión de que yo particularmente con la relación, yo piense que ¿entendés? que me dijera, que él me viniera a decir: “ah porque yo te banque”, no, no creo que eso pasara, yo tengo mucha confianza, pero en realidad tampoco quiero.

Este caso nos deja pensando un poco en la situación de Alondra y de Karla, y de otros casos parecidos, en que las entrevistadas nos contaron que el haberse juntado en pareja mejoró su situación económica. Quizá si hubiera más apoyos a las y los estudiantes del interior que van a vivir a Montevideo para continuar sus estudios, estas situaciones podrían prevenirse, ellas tendrían mayor margen de maniobra para decidir cuándo unirse. Sin embargo, nos encontramos con que la violencia no se da únicamente en situaciones de dependencia económica. Por ejemplo, en el caso de Ida, ella es la que es el sostén económico de la familia, ya que su esposo tenía trabajos intermitentes y no siempre aportaba a la casa. A pesar de esto, Ida sufre situaciones de violencia por parte de su esposo y de su suegra, con quien viven. Finalmente, se logra separar, con muchas dificultades porque en aquel momento no existían programas de apoyo a víctimas de violencia doméstica. Ida repite en varias ocasiones durante la entrevista que el trabajo es lo que le abrió la cabeza y que le sirvió como un refugio para el dolor.

Es interesante que Ida menciona en un momento que le dice a sus hijos: “No importa lo que te paguen, pero sí que respeten tu trabajo y que te valoren”. El trabajo es, en su historia, no sólo un medio para conseguir dinero. En realidad, por la manera en que es remunerado, Ida tiene que tener múltiples trabajos de manera simultánea y tiene poco tiempo para estar con sus hijos. Sin embargo, el trabajo si se presenta como un medio para obtener respeto y valorarse a sí misma, aunque esto sea a través de levantar la voz para exigir mejor trato. De hecho, en un momento concluye: “en mi vida todo fue aprendizaje a base de la experiencia fea de la vida ¿no? todo tenía un precio para mí”.

Lo que podemos extraer de esta entrevista, en cuanto a la relación de la pareja y el ingreso, es que la dependencia económica no es una condición necesaria para que haya

violencia dentro de la pareja, a pesar de que sí crea condiciones que dificultan que la mujer pueda terminar la relación.

Esta concepción del trabajo como un medio para desarrollarse como persona está también presente en la entrevista de Renata, quien tiene una edad y una situación socioeconómica que se podría considerar casi opuesta a la de Ida, y, sin embargo, reflexiona también sobre la importancia del trabajo y su frontera con lo familiar, con el tiempo que se dedica a la familia. Ella es emprendedora, me entrevisté con ella en la casa de sus padres, donde tiene su oficina. Ella se dedica a hacer coaching para personas que desean emprender.

Renata: [...] por un montón de aspectos, económicos, sociales, de desarrollo personal, de auto realización, considero que el trabajo es muy importante. En general y particularmente para la mujer y sí yo creo que en gran parte porque el límite en que el trabajo no sea tu vida, obviamente, yo siempre fui de poner límites. Pero creo que en gran parte nos construimos como personas y como adultos en nuestros espacios de trabajo, ¿no? [...] En mi caso que he logrado trabajar de lo que realmente me gusta, o sea, para mí ocupa un espacio importante en mi vida.

Ida: [...] seguía trabajando, para mí el trabajo fue un...el trabajo fue algo que me ayudó a crecer, me ayudó a aguantar el dolor, me ayudó... El trabajo para mí es algo...es como una terapia.

Por eso te digo, el trabajo a mí, en lo personal, me ha dado mucho, el poder conocer, el poder vivir el día a día, el poder... pero también me dio mucho en lo personal, a mí... Pero también perdí cosas, digo, como fue...hoy en día lo reconozco, el que mis hijos... no poder estar con mis hijos en ciertas cosas...

hoy en día lo que yo les digo a mis hijos les digo "bueno, está todo bien que es tu trabajo, que trabajes todo el día, lo que vos quieras, pero el tiempo de tu familia es de tu familia [...]".

[...] en los momentos más difíciles de mi vida, digo, para mí el trabajo fue muy importante, muy importante. Y también aprendí al estar en un trabajo a lo que yo pensaba, a escuchar al otro, a entender al otro y que el otro también me entendiera a mí. Digo, lo que no tuve con mis padres lo aprendí en lo que fue el trabajo, porque parte de mi vida la he pasado trabajando. Como te decía hoy, así como me dediqué a trabajar para que a mis hijos no les faltara nada, pero en la otra parte digo, se me fue un poquito de lado, bastante, el trabajo me ayudó a no enloquecer, cuando tuve las pérdidas que tuve. Porque entre que perdí dos hijos, perdí

hermanos, he perdido muchos seres queridos y digo, hoy en día podría decirte que sí, podría estar adentro de un loquero, a mi lo que me salvo fue el poder estar adentro del trabajo.

El trabajo, más allá de la independencia que propicia respecto a la pareja, es percibido como un espacio de desarrollo personal. Es interesante pensar el caso de Ida desde los desarrollos de Beauvoir, en su caso, las actividades que desarrolla en el trabajo tienen esa cualidad relacionada con el mito de Sísifo, limpiar lo que se va a ensuciar, en un ciclo inagotable, tiene esa estructura temporal. Sin embargo, en el relato que hace de su vida, no hay un encierro en el presente, su narrativa personal es una historia de superación de adversidades y de encontrar su propia voz, es una historia de autodescubrimiento y construcción frente a la adversidad, que representa en su vida la violencia doméstica que vive por parte de su pareja y la discriminación y malos tratos que experimenta en su trabajo. El trabajo tiene en esa importancia en su vida al convertirse en un espacio en el que ha sido capaz de levantar la voz y defender sus derechos. Tiene, por lo tanto, características ambivalentes que no se observan en la entrevista de Renata, pues es por un lado un espacio que ella identifica como clave en su vida (como vimos anteriormente), pero a la vez, en donde experimenta distintos tipos de discriminación. Ida reconoce haber sufrido discriminación y abusos debido a la estigmatización y la precariedad del trabajo de limpieza, pero cuenta su historia como un camino hacia ser capaz de levantar la voz y defenderse, algo que le da orgullo.

Ida: [...] Costó mucho el trato con la gente porque te discriminaban por el hecho de ser la limpiadora, que hasta ahora lo hacen

A: ¿Qué tipo de discriminación?

Ida: Como te voy a decir...el de ellos estar detrás de un escritorio o de estar en una oficina, es como que "ah, llamame a la limpiadora que limpie esto", o si te veían pasar "eh, limpiadora ¿me puede venir a..." y vos la mirabas, "a ver, perdón, tengo nombre" o señora. Siempre hubo que estar luchando contra esa discriminación, me paraba, los miraba, digo, porque siempre estuve dentro de todo...lo que llevo todo, todo esto de los trabajos y todo eso fue que, que sacó en mi algo que estaba muy guardado.

A: ¿Qué fue?

Ida: El rebelarme. El defender mis derechos. El decir lo que pensaba, porque no era justo que si vos venias a trabajar me dijeran "ah mira, no te puedo pagar porque no tengo plata", un día una de las patronas que claro, yo tenía trabajos paralelos

porque trabajaba en la empresa, pero también tenía otros trabajos, en una casa de familia. [...] Y tenía esa casa, esa señora de casa de familia que trabajé muchos años con ella. Y ta, y un día me dijo eso, entonces me salió así del corazón, la miro y le digo "no se haga problema señora si yo trabajo por deporte", la mujer quedó desubicada, hizo así y me quedó mirando, viste. Me di media vuelta y seguí, después ella vino, me dijo "ay Ida no era para que me contestara así", "pero no seas mala, yo acá vengo a trabajar, yo te llevo en hora, yo te cumplo, yo te hago el trabajo, ¿tu tenés alguna queja mi trabajo?" [...] Me dijo "no, disculpame que no te pude pagar", "No, yo te contesté lo que pienso". Y a partir de ahí ella me empezó a pagar como corresponde <risas>

A: Ese tipo de cosas fueron los que te fueron como...impulsando a sacar...

IJ: Sí, sí. Por eso te digo, el sentirte discriminada por los otros porque yo, por ejemplo, cuando trabaja en A., yo siempre fui muy coqueta, siempre dentro de lo humilde siempre traté de andar bien porque me regalaban ropa y me la arreglaban, me la ponía, la acomodaba. Claro, entonces me veían y dice "¿pero esta qué se cree que es? si es una limpiadora", un día lo escuché, me di media vuelta, los miré y seguí de largo, porque no daba para contestarles nada. Pero ¿por qué? porque yo había ido prolija, no sé, porque me vieron bien vestida, me dijo "esta yo no sé qué se cree si es una limpiadora". Entonces como que esas cosas te duelen, porque ¿qué? ¿no puedo andar prolija? ¿tengo que andar toda sucia? ¿manchada, mugrienta? No. Entonces siempre como que peleé con eso porque siempre sentí, de la gente que te contrata eso, sos eso y te quieren encasillar en eso, y no. Entonces siempre tuve como una pelea interna de demostrar que sí soy una limpiadora, pero tengo el mismo derecho que tenés vos y estoy aprendiendo el día a día.

Sin duda, es un tema a profundizar el peso que tiene en las narrativas de vida y en la construcción de identidad de las mujeres entrevistadas (Ida, Wendy, Hilaria, Estefanía, Flavia, Zelma) dedicadas al trabajo de limpieza la discriminación y la violencia experimentada en sus lugares de trabajo, así como de las estrategias narrativas para resignificar esas vivencias, algo que vimos en el capítulo anterior.

Retomando el tema de la independencia económica respecto a la pareja, podemos concluir que, en general, en las entrevistas, el depender económicamente de la pareja es algo que se percibe como indeseable y que pone a la persona en una posición vulnerable. Quizá el único caso en que encontramos una posición que se contrapone a estos discursos

es en el caso de Sandra. Al momento de la entrevista ella se encontraba desempleada, estudiando una segunda carrera, y dependiendo económicamente de su pareja. Ella decide dejar su trabajo como química en una importante tabacalera para acompañar a su esposo a realizar un posdoctorado en Alemania. Su plan inicial era seguir con la relación a distancia, para poder continuar en su trabajo, pero en un momento tuvo una especie de revelación, observando a una compañera de trabajo sin pareja ni hijos e insatisfecha con su situación laboral.

Sandra:

Me acuerdo que fue un día que yo estaba ahí, estábamos hablando con una compañera de trabajo, una señora mayor, del tema de los sueldos, no sé qué, no sé cuánto, ella estaba un poco preocupada por su sueldo, por no sé qué, y me acuerdo que me senté en la computadora a pasar datos de lo que había hecho en mi mesada y pensé, fue como un momento de revelación, así dije: che, pero yo al final voy a poner por sobre mi familia, mi familia hablo de él [señala a su esposo] ¿no? no teníamos hijos, pero nuestra familia, un trabajo, mira a E. que tiene doscientos mil años cómo está, yo estoy poniendo este trabajo como si fuera una carrera brutal, era tremendo laboratorio y tremenda empresa, pero igual pensaba, yo estoy poniendo esto como, no, no, tengo que cuidar este laburo y seguir acá, no sé qué y mira E. que hace trescientos años que trabaja acá, capaz que el día de mañana me arrepiento ¿viste? capaz no nos funciona la pareja a distancia y después termino como E. diciendo: “ay por qué no me subieron más el sueldo y no sé qué y ahora no me da y si me jubilo no sé qué”, y puse todo esto encima de nuestra familia, de nuestra pareja al pedo, y agarré, todavía me acuerdo de eso, no teníamos WhatsApp, mira lo que estoy vieja, entonces le mandé un mensaje de texto a él diciendo: “che, si te vas de posdoc, cuando te vayas de posdoc -le puse- me voy con vos [...] y me acuerdo que agarró y me dijo: “eh ¿qué pasó? contame qué pasó”, le digo: “no, no, nada, tuve una revelación, y lo hablamos después cuando llegue a casa”, de noche, él no podía creer, me dijo, pero él me decía, estabas re en: “no, yo no me voy, no sé cuánto, andáte, yo te espero y de repente pum, de la nada”.

Al reflexionar sobre la falta de independencia económica, Sandra comenta que no lo resintió tanto ya que se acompañaron de otros cambios, como, ir a vivir a un país extranjero. Señala que quizá si se hubiera quedado en Uruguay le hubiera pesado más.

Sandra

En lo único que sabes que lo siento, es una tontería, pero, por ejemplo, el otro día vino una amiga [...] y ella, por ejemplo, me decía: no, ahora que vienen las vacaciones y que los nenes no tienen guardería y no sé qué, yo lo invité a G., [...] lo invite a ir hasta Buzios, no sé cuánto, nos vamos a un Airbnb, algo re gasolero, barato, no una gran cosa, pero consigo unos pasajes baratos y nos vamos con los nenes, así descansamos una semana, cuando ella me dijo, yo lo invité, le regalé eso, yo pensé, “ay wow, claro, hace tiempo que yo no puedo yo regalarle”, cuando estábamos allá, yo era la que compraba los pasajes cuando nos íbamos a algún lado, o sea, yo era la que programaba los paseos, todo eso lo hacía yo, pero con el dinero de los dos, el dinero que gana él, pero el dinero del núcleo familiar, pero que vos digas, claro, ahí yo me acordé, fue como que me recordó que claro, cuando yo trabajaba acá yo también hacía eso, ¿viste? te compré esto, que él no podía tener idea porque no teníamos una cuenta conjunta, entonces yo lo hacía de mi cuenta ¿me explico? yo que sé, como por ejemplo, cuando venían los aniversarios yo agarraba y compraba para ir a algún lado, nosotros 2, a un hotel a tal lado, y era como: “mira, compré para que fuéramos a tal lado”. también le regalaba, ahora yo si compro algo o algo, bueno, aunque no se lo avise antes porque no le aviso de los gastos, está todo bien, sabemos cómo nos manejamos, él igual después lo ve en su cuenta, compre esto en tal lado, entonces. No es ese sentido de “yo le regalé” ¿me explico? es más “yo compré”, pero no es tanto “yo le regalé”, cuando me lo dijo ella el otro día dije: “ay, claro yo ahora que no le regalo a G.” desde que dejé de trabajar, como más de 3 años hace, ahí me di cuenta de eso, pero bueno, si dios quiere dentro de poco.

Al volver a Uruguay, Sandra decidió estudiar una segunda carrera de informática que le permitiera conciliar mejor el trabajo remunerado con el trabajo no remunerado del cuidado de su hija. Como señala, tiene ganas de reincorporarse al mercado laboral y no se plantea que esta situación de dependencia sea permanente.

Se puede concluir, a partir de lo visto en términos de la cuestión económica en la pareja es que las entrevistadas perciben una ruptura con otros momentos históricos en los que las mujeres estaban en una situación de vulnerabilidad respecto a sus parejas debido a la dificultad para trabajar y tener independencia económica. Tener un trabajo remunerado, contar con un ingreso propio permite mantener la estructura temporal de la persona, que no haya una ruptura con su pasado o una modificación de su futuro que sea total por el hecho de haberse unido. Sin embargo, se observa que esto no implica que el

dinero sea un método de control dentro de las relaciones o que la presencia de ingresos personales, por parte de la mujer, la libere por completo de sufrir algún tipo de violencia por parte de sus parejas. Hoy en día, la brecha salarial permea la pareja, se expresa en negociaciones y asimetrías que se reflejan en la identidad y en cómo se construye una identidad narrativa en el marco de una pareja heterosexual.

B. La maternidad en la construcción de identidades narrativas



Louise Bourgeois, “L’araignée et les tapisseries”

En su obra, “Ode à ma mère”, la artista plástica Louise Bourgeois representa a su madre como una araña, al recordarla largas horas dedicada al negocio familiar de tapicería, encorvada remendando cosas rotas. El trabajo de la madre marcó el imaginario de su hija, se convirtió en una forma de identificarla, lo que nos deja con la incógnita de cómo se representaba ella misma, horas dedicadas a su trabajo, a sus hijos, ¿cómo tejió esos ámbitos para imaginarse? Esta obra sirve de disparador de este capítulo en el que nos enfocamos en explorar la experiencia de la maternidad, cómo esta experiencia forma (e informa) la identidad y la agencia de mujeres que, lejos de encontrarse prisioneras del universo doméstico, como aquellas que Beauvoir tenía en mente, participan de manera activa en el trabajo remunerado, además de dedicarse al trabajo no remunerado.

Como se vio en el capítulo de contexto, las transformaciones sociales que se vivieron a lo largo del siglo XX en Uruguay, ha significado que las mujeres uruguayas sean objeto de exigencias nuevas y viejas, que atraviesan y resignifican su la interpretación de su identidad adulta y que no se distribuyen de manera homogénea en la población femenina. Por el contrario, sus vidas se desarrollan en el marco de estructuras de restricción (de género, de etnia, de ocupación ...) en las que ocupan una multiplicidad de posiciones y cuyo peso varía según contextos y tiempos. Esta diferenciación de los cuerpos feminizados da cuenta de lo que mencionan Batthyány, Genta y Perrotta: “Si bien existen rasgos comunes a todas las mujeres que tienen responsabilidades familiares y de cuidado, éstas no son un grupo homogéneo, pues sus responsabilidades dependerán de la

clase social a la que pertenecen, su pertenencia racial, la edad, el estado civil o el lugar de residencia” (2012:9).

Numerosos estudios muestran las diferencias respecto a las “estructuras de restricción” que enfrentan mujeres uruguayas en distintas coordenadas socioeconómicas, con diversos niveles de capitales educativo y social. Por lo tanto, es posible imaginar que hay maneras diversas de vivenciar las estructuras de género y de interpretarlas desde una cierta concepción de una misma. En esta investigación, interesa estudiar cómo se negocia la identidad respecto a las meta-narrativas de maternidad y género, en un contexto donde la participación en el mercado laboral, el acceso a la independencia económica y las exigencias de éxito laboral están más presentes que nunca en la historia en la vida de las mujeres uruguayas. Diversos trabajos han abordado esta problemática de manera más o menos directa. Se habla extensamente de las tensiones de compaginar dos identidades: “mujer trabajadora” y “madre-ama de casa”, una relación que es problemática sobre todo para las mujeres, debido a la vigencia de expectativas de género tradicionales sobre el rol socialmente construido como preponderante de la mujer en la reproducción.

La inadecuación entre las meta-narrativas asociadas al curso de diva familiar y laboral es un problema que afecta de manera específica a las mujeres pues, en la cultura patriarcal, la feminidad y la maternidad muchas veces se confunden. La posibilidad biológica de gestar pasa a convertirse culturalmente en el centro de la identidad femenina. Silvia Tubert (1996) señala que:

El desarrollo de las llamadas ciencias sociales o humanas, desde una perspectiva feminista, ha puesto de manifiesto que la ecuación mujer = madre no responde a ninguna esencia, sino que, lejos de ello, es una representación —o conjunto de representaciones— producida por la cultura. (Tubert, 1996:9).

Silvia Tubert señala que hay tres grandes aproximaciones desde el feminismo a la maternidad: (1) “afirmación de la mujer”: afirmar la existencia de la mujer con independencia del rol maternal (expuesto sobre todo por Simone de Beauvoir); (2) “revalorización de la madre”: critica la desvalorización social de la maternidad y su exclusión del ámbito público y busca revalorizarla como una fuente de conocimiento y poder específico de las mujeres (Julia Kristeva y Adrienne Rich); (3) “deconstrucción de la maternidad”: propone estudiar cómo se construyen las representaciones de maternidad y los procesos por los cuales producen y reproducen ciertas realidad (1996:9-10).

Alineándose con el último enfoque, Tubert va deconstruyendo capa por capa lo que ella llama la “ecuación mujer=madre”. Esta equivalencia resulta falaz en diversos

niveles. A nivel fisiológico, señala, la fecundación sólo es posible con la participación de un “principio biológico masculino”, o de una intervención médica, por lo que la mujer no es la única protagonista de la concepción. Por otro lado, las condiciones socioeconómicas y políticas (como las que hemos mencionado más arriba relativas a la distribución del uso del tiempo desigual, la división sexual del trabajo, etc) son las que designan a las mujeres como las principales responsables de la crianza de las y los hijos y la desvalorizan como práctica social. Por último, Tubert señala que, a nivel simbólico, las relaciones de poder dentro de la sociedad entre las figuras del hombre/padre y de la mujer/madre producen representaciones que consolidan un orden dominante donde prevalecen los discursos y prácticas que privilegian a los varones y ponen en situación de subordinación a las mujeres. Estos discursos codifican “el significado de características anatómicas y funciones biológicas que, en sí mismas, no significan nada” (1996:9).

Por consiguiente, las representaciones o figuras de la maternidad, lejos de ser un reflejo o un efecto directo de la maternidad biológica, son producto de una operación simbólica que asigna una significación a la dimensión materna de la feminidad y, por ello, son al mismo tiempo portadoras y productoras de sentido. Pero éste está también determinado por la lucha de fuerzas en juego tanto en la sociedad como en la cultura. (Tubert 1996:9).

Es por esto que en este capítulo vamos a explorar las experiencias y representaciones de la maternidad que pesan en la vida de las mujeres entrevistadas tanto de aquellas que tienen hijos como de aquellas que no los tienen, pero que se han sentido interpeladas por dicha figura al vivir en una sociedad patriarcal. En este capítulo se buscará contraponer a experiencia de mujeres que maternan con aquellas que no, tratando de identificar no sólo cómo perciben la maternidad y cómo se vive mujeres que han decidido maternar, sino también las experiencias, interpretaciones que tienen las mujeres que no tienen hijos y cómo ambos grupos de mujeres interpreta esta decisión en negociación con su identidad.

B.1. Diversidad de posturas alrededor de la maternidad.

Del conjunto de entrevistadas, 21 señalan tener por lo menos un o una hija, y las 12 entrevistadas restantes señalaron no tener hijos. Esta agrupación nos permite explorar la experiencia de (no) maternar. En el conjunto de mujeres que han tenido hijos, tenemos muchas posturas respecto a la maternidad. Están aquellas que llegaron a ella a través de un embarazo planeado y las que no. Las que maternan en hogares monomarentales y las que crían en hogares biparentales. Estas primeras aproximaciones ya nos hablan de una

enorme diversidad en las maneras de interpretar y vivir el maternar, que no hace más que incrementarse por las diferencias de edad y nivel socioeconómico (entre 31 y 65 años, con una mayor concentración entre los 31 y 42 años).

En el caso de las mujeres que no maternan, nos encontramos con testimonios en los que las entrevistadas señalaron estar buscando en ese momento o tener el proyecto de tener hijos algún día, otras señalaron no tener el proyecto de tener hijos. Sus visiones de la maternidad también presentan diferencias según se encuentran en pareja o no, sus edades (31 a 53 años, con una mayor concentración entre los 31 y los 33 años) y ocupaciones.

En este apartado identificaremos diversas posturas respecto a maternar expresadas por entrevistadas con y sin hijos, y las dimensiones identitarias que la maternidad interpela. Un elemento interesante identificado en las entrevistas es la naturaleza cambiante del deseo de maternar. A pesar de que sí se observaron posturas más firmes, en cuanto a que la entrevistada refirió siempre o nunca haber deseado tener hijos, también nos encontramos con descripciones de procesos de construcción del deseo de maternar (y de no maternar, que dan cuenta de una intermitencia y un juego cambiante entre las transformaciones de la forma de percibirse a una misma y la postura frente a la maternidad.

Una de las razones más presentes en los testimonios donde se presentaron cambios en el deseo de tener hijos fue la pareja, el deseo de la pareja de tener hijos y sentirse consolidados o, en el caso contrario, una ruptura importante como la razón para no desear hijos o romper con narrativas tradicionales sobre cómo debe darse la maternidad y abrirse a la posibilidad de formar un hogar monomarental.

Esto nos lleva a pensar que, a pesar de lo que se sostiene en la narrativa tradicional de género, que ve a la maternidad como el destino de la mujer y la expresión de un instinto natural, el deseo de convertirse en madre no es una constante, sino algo que puede cambiar a lo largo de la vida, y que se relaciona con otras vivencias de las personas a nivel laboral, personal, familiar, etc, y las identificaciones que hace la persona, es decir, es un deseo situado y cambiante.

Asimismo, al analizar entrevistas de mujeres sin hijos, se buscó identificar qué tipos de negociación se presentaban con las narrativas de maternidad como destino único y definitorio de la mujer. ¿Cómo las entrevistadas explicaban su decisión de no tener hijos? Fue posible identificar que las razones aportadas en estos casos pueden clasificarse en términos exógenos (condiciones económicas no propicias; inadecuación entre

dinámicas del espacio laboral y el familiar, a pesar de las políticas a favor de la “conciliación”), interpersonales (la pareja no lo deseaba o no sentía que fuera el momento apropiado, la pareja estaba desgastada) o personales, que representan la mayor parte de las respuestas. También fue posible identificar varias de estas razones en una misma narrativa.

La sombra del pasado y del futuro en la interpretación de la maternidad

Las narrativas de índole personal para explicar esto presentan marcadas dimensiones temporales, con diálogos con proyecciones tanto al futuro como al pasado. Por un lado, se expresaron preocupaciones sobre cómo sus proyecciones a futuro se pueden ver afectadas en un momento determinado por un embarazo (deseo de viajar, terminar los estudios, inadecuación entre dinámicas del espacio laboral y el familiar, a pesar de las políticas a favor de la “conciliación” (Georgina), estar consolidando una carrera profesional). Asimismo, por la sombra del pasado y el deseo de no repetir historias familiares. En este caso, resulta particularmente interesante lo que señala Karla. Ella me cuenta que las mujeres de su casa tenían muchos hijos, pero tenía una tía del corazón que era soltera y se convirtió en un ejemplo, ya que, al contrario de otras mujeres madres, parecía ser más feliz y autónoma:

Karla

...ellas son madres, cuidan a otros, y yo siempre vi ese modelo de madre, que mi madre no se compraba ni un calzón cuando yo era chica, no la recuerdo ni feliz ni haciendo absolutamente nada por ella, entonces como que ni loca, y en contraposición veía esta tía que es maestra sin hijos, claro, ¿cómo te digo? tampoco es que tiraba manteca al techo, pero dos por tres venía y decía: fui a una excursión allí y salí a bailar, y esto, y lo otro y yo quería eso y no quería lo otro y hasta ahora quiero, la maternidad nunca fue un eje.

En el caso de Karla, tenemos que, en su pasado, la maternidad fue experimentada de manera indirecta a través de otras mujeres en su familia como una pérdida de una misma, sobre todo a través de su madre que tuvo muchos hijos. A futuro, ella tiene la expectativa de no convertirse en *alguien que cuida a otros* y que no hace nada por ella misma, esa es una de las tramas tradicionales de la maternidad, la maternidad como sacrificio y abnegación. Karla rechaza este modelo de maternidad abnegado que enarbola la autonegación. En esta narrativa cultural, la Madre es representada como un sujeto sin deseos, o cuyos deseos son sólo cuidar, que vive para otros.

Esto se relaciona con otros testimonios en donde las mujeres señalan que no desean hijos: por temer perder el dominio de su uso del tiempo, perder independencia, verse limitada en sus decisiones. La maternidad es representada como una pérdida de agencia e incluso como una desapropiación del cuerpo, al menos por un momento. Nadia (33) menciona: “Ver que el embarazo y la maternidad implica que toda la vida de la persona, todo su cuerpo, todo su ser, pasa a ser de otra persona”.

Por otro lado, también hubo dos entrevistadas que refirieron tener ciertos “miedos” asociados a no tener hijos. En específico, el miedo de encontrarse sola en la vejez. De nuevo la contraposición libertad y soledad. Carolina menciona que solía pensar que si no tenía hijos estaría sola de vieja, pero que al hablar con amigas que no desean hijos, se tranquiliza pensando que se harán compañía entre ellas. Por otro lado, Georgina se refiere a la dimensión temporal de este péndulo entre soledad y libertad: “capaz que te imaginas de joven sin hijos, pero capaz que imaginarte de viejo sin hijos es como algo como un poco más, no sé...”. El significado de tener hijos cambia según el momento del curso de vida, y la perspectiva a futuro, de una vejez sin hijos parece pesar en el imaginario colectivo.

En algunas entrevistas nos encontramos con un cierto cuestionamiento sobre la “realidad” del deseo de ser madre. Hay una búsqueda por identificar en donde empieza el deseo personal y en donde la imposición. La “realidad” del deseo implica que este no parta de una imposición social. En este sentido, esta cita de Juana resulta ilustrativa:

Juana

Cambié prioridades. Como que empecé a cuestionarme ¿no? porque en mi familia también esta esto de “tenés que recibirte, tener hijos”, era como que no se cuestionaba el tener hijos. Y creo que me lo empecé a cuestionar. Era más como: ¿es real que yo quiero tener un hijo? O ¿es más real que yo quiero tener mi casa? Que eso si me lo he planteado y eso si es real que quiero. O si es real que quiero viajar, y es lo que hago cada año, dos o tres veces, cuando puedo. Y eso me llena el alma, y me encanta. Me encanta dormir. Cosas básicas que claro, vos pensás, tenés un hijo, vas a llegar y vas a tener que cuidarlo porque es bebé y necesita de ti. Y yo digo, ¿yo quiero eso? No, no quiero eso. Entonces ahí están las cosas mínimas que van sumando y decís no, no quiero.

Estas razones para no tener hijos, relacionadas con una percepción de pérdida de control sobre la propia vida, ligada al cuidado sobre todo por la dependencia de las infancias en los primeros años de vida, se complementan con razones más ligadas a ideas

sobre rasgos personales de la persona: no verse siendo mamá, no “sentirse para cuidar” un niño, no sentirse responsable para criar a un niño, no tener mucha paciencia y ser muy independiente. Vemos que en la reflexión sobre si se desea o no tener hijos, hay una proyección de la persona frente a una representación de la maternidad, con la que se sienten o no identificadas.

Hay un sentimiento de una imposición de etapas, Nadia identifica que no era suyo el deseo, sino la necesidad de seguir las etapas “que te vienen marcadas”. En un momento con su pareja sintieron: “Ya hicimos todo lo que teníamos que hacer” (y enumera: viajar, comprar casa), pero esa decisión fue lo que termina incluso cuestionando la pareja:

Nadia

¿vamos a tener un hijo porque queremos tener un hijo o vamos a tener un hijo porque es lo que viene? y era mucho más lo que viene y lo esperado, aunque no te lo digan. Y creo que eso nos cuestionó bastante y hasta hizo que nos separamos y que nos diéramos cuenta que en realidad ni siquiera deberíamos estar en pareja.

Esto nos da indicios de la vigencia del mandato de maternidad o reproducción y su centralidad en la construcción social del curso de vida. Los mandatos de género tienen una proyección en el tiempo, implican o se acompañan de una cierta idea normativa de cómo se tiene que organizar una trayectoria vital. Esta organización normativa de la vida está atravesada por las estructuras de género, en cuanto que ciertas vivencias pesan más en las biografías femeninas que masculinas. Por ejemplo, Nadia señala que las “mujeres tienen la responsabilidad social de la reproducción y no está bien visto que prioricen éxito profesional, educativo, o prefieran vivir solas o no desear casarse ni vivir con alguien, o no tener familia”.

“Si quiero ser madre, no necesito porque bancarme a alguien”

Una idea que se presenta, en el caso de las mujeres que desean tener hijos, como una forma de ejercer su agencia es la decisión de tener hijos por su cuenta. Esta posibilidad es reconocida incluso por aquellas que señalan que no tendrían hijos de esa manera. En el caso de Alondra (31 años), por ejemplo, después de una dura separación, el proceso de terapia la hizo darse cuenta de que el deseo de tener hijos era suyo, y que su pareja no lo compartía.

Alondra:

Igual hace poco estábamos hablando con la psicóloga que en realidad esto que me preguntabas de la maternidad, por más que siempre lo tuve, no sé si lo tuvimos en proyecto los dos, sino que lo quería yo. Entonces empezamos a ver, o empecé a

ver, que hay otros medios, por ejemplo, fecundación in vitro. En realidad, si quiero ser madre, no necesito porque bancarme a alguien que no quiera estar, o ser como de la época de nuestros padres que se bancaban igual estar con alguien con tal de, y en realidad, tengo pila de compañeras y veo pila de gente con las que trabajo o lo que sea, que pueden trabajar, tener hijos y hacer vida social. Entonces, en realidad, también me lo estoy cuestionando de seguir adelante con ese proyecto que en realidad era mío. Así que estoy viendo otros caminos.

En este testimonio se puede explorar la idea de que la amalgama de unión heterosexual y reproducción establecida por la visión normativa de las etapas de vida, que establece a la primera como condición de la segunda, puede representar una pérdida de autonomía para aquellas mujeres que desean tener hijos, pero no se encuentran en una relación o se encuentran en una relación no satisfactoria o, incluso, violenta. Esto es algo que algunas entrevistadas perciben como de otra época. “Tener que bancarse al marido”, “estar en el horno con hijos”.

Las mujeres entrevistadas tienen posturas distintas respecto a formar hogares monoparentales. Para la mayoría, es una condición del deseo de tener hijos estar en una pareja (Abril, Georgina, Helena, Juana, Karla, Olga...), para otras no (Alondra, Carolina, Nadia...). La monomarentalidad es presentada por varias como una posibilidad que se abre que en otra época no existía y que te obligaba a permanecer en una pareja no deseada (Alondra).

Maternidad como el curso natural

En cuanto a las mujeres con hijos, ¿qué percepciones hay de la maternidad?, ¿qué razones dan para haber decidido tener hijos? En cuanto a esta decisión, hay una cierta concepción de un curso “natural” que se sigue (algunas de las expresiones con las que se representa esto es: se dio naturalmente, decisión que ya se caía de maduro, es evolucionar, es la “ley de la vida”). Estas expresiones dan cuenta de una meta-narrativa sobre el curso de vida que tiene como un paso importante, después de consolidar una pareja, tener hijos.

Razones interpersonales: ¿una decisión que se construye en pareja?

Algo que se observa en las entrevistas es el carácter interpersonal de la decisión de tener hijos(as), como vimos anteriormente, la pareja conlleva una puesta en común de narrativas personales y la decisión de tener hijos es un elemento central de esa negociación. Como lo pone Karla, es una decisión de que se construye en pareja. En algunos de los relatos estudiados, es la pareja, el varón, el que sostiene y promueve la decisión de tener hijos y la mujer la que lo posterga. Por lo que las entrevistadas cuentan,

a pesar de que la mayor presión la sienten las mujeres, esta presión de seguir las etapas normativas se siente también como pareja, y, por lo tanto, se expresa en razones como: “estábamos bien juntos”, “era el paso que queríamos dar”, “hace mucho tiempo que estábamos en pareja”, dando cuenta de una cierta narrativa sobre la pareja como un proyecto destinado a la formación de familia. Dos testimonios ejemplifican claramente esto:

Raquel

Estábamos como los dos con buenos laburos, con buena posición económica, nos fuimos de vacaciones 20 días a Brasil, después nos fuimos a Europa que los dos queríamos conocer Europa, y en realidad ahí en las vueltas de Europa dijimos, bueno, bien, es ahora y bueno, ahí M. [su hija] vino enseguida.

Renata

Nosotros hicimos todo como bastante paso a paso con mi marido. En un momento decidimos que nos queríamos casar. Entonces nos casamos y, al año de casarnos, empezamos a hablar de todo el tema de tener hijos.

En algunos pocos casos, la decisión de tener hijes, a pesar de estar en pareja, es interpretada por la narradora como una decisión personal. Este es el caso de Hilaria (57) que cuenta en tono de confesión que la decisión de tener a su hija fue “egoísta”, puesto que ella lo decidió sin consultar a su pareja, que ya tenía hijos de un matrimonio anterior.

Decidir por razones médicas

Por otro lado, tenemos el caso de Zelma (42 años) quien decidió tener su primera hija a los 18 años por lo que ella llama un “problema de ovarios” que le producía dolores muy intensos. Ella explica de la siguiente manera su decisión de tener una hija:

Zelma:

No me gustan tanto los niños a mí, entonces, fue más bien porque tenía problemas de ovarios, sufría muchísimo, entonces el doctor que me trataba e incluso médicos, porque fui a Rivera y todo a hacerme estudios, me dijeron que era falta de maduración en los ovarios, que por eso me dolía. Era un dolor desesperante, no, no, era desesperante, que me ponía bolsa de agua caliente y me llegaba a hacer ampolla de la desesperación, por el dolor, y bueno, de ahí más bien fue por un apuro de eso, si porque a mí no me gustaban los niños. Sí [después del primer embarazo], se me fueron los dolores, sí, lo que me dijeron fue eso, de que, si tenía un hijo y no pasaba más el dolor ese, se iba a desaparecer y fue así.

Es llamativo que Zelma, sin desear hijos, se haya visto obligada a tenerlos debido a una condición médica. Cabe preguntarse si no sería posible que le hubieran ofrecido otro tipo de solución, que no implicara tener un embarazo no deseado y abre la puerta a cuestionar cómo el sistema médico sostiene también narrativas tradicionales de cursos de vida generizados. Así mismo, queda el pendiente explorar cómo es que en la práctica ginecológica en Uruguay se reproducen o no discriminaciones sexistas bajo el amparo de la autoridad de la figura del médico.

“Cuando deseo ser madre, lo fue y fue una excelente madre”

Zelma no es la única que señala no haber deseado hijos a lo largo de su vida. Se puede dividir a las entrevistadas con hijos entre aquellas que señalan nunca haber sido de ese tipo de mujeres que “juegan con muñecas”, que sueñan “con casarse y tener hijos”, o que señalan que no sentían mucha afinidad con los niños (Beatriz, Candelaria, Patricia, Renata, Sonia, Ursula), y aquellas que señalan que siempre desearon tener hijos (Berenice, Delia, Diana, Ilana, Maria, Raquel, Vanessa).

El siguiente extracto de Renata, aunque largo, resulta sumamente interesante para identificar ciertos juicios de valor asociados a estas posiciones, así como representaciones de la maternidad.

Renata

Acá se le dice “Susanita” a cuando la mujer siempre soñó con tener hijos y ser madre. Nunca fui como muy “Susanita” en ese sentido. Nunca fui como de esas mujeres que de jovencitas o de chicas soñaban con ser madres, eso nunca lo tuve. Pero en eso siempre me sentí respaldada y avalada por mi madre. Yo sé que mi madre fue igual, que mi madre no fue una mujer que de joven soñara con tener hijos. Y a veces creo que hay como una especie de vínculo de que la mujer que no siempre quiso tener hijos va a ser una mala madre ¿no? Me acuerdo que cuando yo era más joven, más jovencita, mis primas siempre me decían que cuando tuviera un hijo no le iba a dar bola porque voy a estar haciendo un emprendimiento. Como esa especie de dicotomía, que está en la sociedad, de o sos empresaria, estás en el ámbito de los negocios, o sos madre. Yo no comparto para nada eso y, en cierto modo, salvando las distancias, tuve la suerte de tener una madre que fue una gran profesional y también, fue una gran madre. Entonces, nunca sentí eso. Y que mi madre me diga “cuando era chica no soñaba con ser madre” eso para mí no significa que eso sea malo. Simplemente cuando deseo ser madre, lo fue y fue una excelente madre. Entonces, creo que en eso soy parecida

a ella. El hecho de no haber soñado toda la vida ser madre no significa que después, cuando lo fui, muy recientemente me cambió la vida completamente y amo a mi hijo.

En este testimonio, se hace referencia a la figura de Susanita (Ilustración 2 y 3) de la famosa historieta argentina Mafalda, que ya hemos visto mencionada anteriormente. Podemos identificar como hay un cierto juicio hacia las mujeres que no se alinean con un estereotipo de mujer que aspira a tener hijos o que expresan identificación con esa identidad de género y que, por el contrario, da prioridad a su carrera profesional. Renata señala que hay una cierta idea de que se trata de “malas madres”, una idea con la que ella discrepa ampliamente. Esta postura ambigua de las mujeres hacia la maternidad se describirá más adelante.

Ilustración 2.



Historietas creadas por Quino (1993)

Ilustración 3.



Historietas creadas por Quino (1993)

El estereotipo de la mujer “Susanita” da cuenta de una narrativa de curso de vida pues tiene de fondo una noción diacrónica. Susanita no es ya una madre con hijos de una familia de clase media, es una niña que aspira a ese estilo de vida y retrata las

identificaciones que acompañan ese estilo de vida. En las entrevistas se pregunto a las mujeres si ellas siempre habían deseado tener hijos. Esta pregunta dejó al descubierto como el deseo de ser madre se transforma constantemente a lo largo de la vida, pero como hay una cierta narrativa de género y de curso de vida que presupone un deseo constante, inequívoco, que se observa en la sanción que Renata identifica.

Correlato material de la dicotomía Susanita y mujer profesional: la inadecuación de los ámbitos de vida

La dicotomía de la mujer profesional como una antítesis de la mujer Susanita tienen como correlato las dificultades que relatan las mujeres entrevistadas cuando malabarean entre el trabajo remunerado y no remunerado de la crianza y cuidado de niños, notablemente, de menores edades. Podemos observar, en un nivel más material, el abanico de estrategias familiares que describen las entrevistadas para poder adecuar ambas responsabilidades, algo de lo que se habló en el apartado anterior.

- ❖ Pagar a alguien para que los cuide.
- ❖ Colegio a tiempo completo.
- ❖ Transporte escolar.
- ❖ Trabajar menos horas.
- ❖ Cuidado por madres y suegras.
- ❖ Cuidado por amistades y/o vecinas.
- ❖ Cambiar de trabajo a uno más flexible.
- ❖ Tener dos trabajos, uno para poder tener prestaciones sociales para los hijos.
- ❖ Sistema público de CAIF o guarderías privadas.
- ❖ Dejar el trabajo asalariado
- ❖ Trabajar de manera independiente.

Este es un listado de las diversas estrategias mencionadas por las entrevistadas para poder congeniar ambos trabajos (remunerado y no remunerado). En todos los casos, se dan diversas combinaciones de estas estrategias. En el siguiente extracto, Ilana relata cómo era la organización de sus días cuando su hija era chica y las estrategias que pensaba para poder realizar ambas actividades. En su caso, se trata de un hogar monomarental.

Ilana

Yo entraba a las 9 y salía a las 5, la levantaba del jardín y llegaba a las 6 a mi casa, yo dije: bueno que empiece a ir a un jardín de tarde, entonces de mañana tenía una niñera, yo me levantaba y me iba 8 y media, llegaba la niñera, tenía la niñera de mañana y de tarde iba al jardín privado, y con el dinero, con mi salario, yo pagaba

la niñera, el jardín y pagaba mis gastos diarios o sea, pero no tenía que pagar alquiler porque era la casa de mis padres, eso fue una ayuda, porque si yo tenía que pagar niñera, jardín y alquiler no había forma, pero por suerte, estaba la casa de mis padres.

Gisela describe a grandes rasgos la experiencia de congeniar ambas actividades de la siguiente manera:

Gisela

Más caótico, pero lo viví en el momento, después te olvidás. Lo vivís que tenés que organizar quién lo lleva, quién lo trae y cómo hacemos. Y qué cenamos hoy, yo venía de trabajar. Eso sí, comida y casa era yo. Era ama de casa y trabajaba afuera. Doble jornada.

Este tipo de jornadas sobrecargadas y con reorganizaciones constantes se acompañan de numerosas complicaciones que son relatadas con pesar por las entrevistadas y que por lo general construyen un escenario de marcado por la culpa, por ejemplo:

- Ver al hijo poco tiempo en el día.
- Tenerse que incorporarse al trabajo antes de lo deseado.
- Angustia (Candelaria)
- Yo sentía que tenía que estar con él/ella, anidando (Candelaria).
- Estrés.
- Cansancio crónico y privación de sueño
- Mal humor y reacciones explosivas
- Carga mental
- Sentir que no disfrutaba de cuidar a sus hijos que no tenía la mejor disposición.
- Tener que abandonar un trabajo.
- No estar presente en la crianza de los hijos.
- Privarse de momentos de la vida de hijos.
- Depresión posparto.
- Afectaciones en el embarazo por exigencia laboral.
- Tener que tener un menor desempeño que el deseado en el trabajo por el agotamiento.

Como se puede ver en esta lista, las consecuencias de la inadecuación entre las exigencias laborales y familiares, de la relación tensa entre ámbitos de vida, se dan en distintos niveles: a nivel personal e interrelacional. A nivel personal, afecta la salud física

y mental de la mujer, pero también son problemas que afectan sus relaciones laborales y familiares. A nivel familiar, nos encontramos con el lamento de no poder dedicar el tiempo que les gustaría a los hijos, de sentirse privadas de momentos importantes o de sentir que no participaron suficiente en la crianza. Por el lado profesional, nos encontramos con testimonios que hablan de la preocupación por no poder desarrollarse o desempeñarse de manera óptima, tener que dejar pasar oportunidades e, incluso, aceptar que no va a ser posible desarrollarse más que cierto nivel alcanzado, quizá, el conocido “techo de cristal”.

Ni Susanita, ni empresaria: “Multitasking”

La necesidad de organizar y desarrollar muchas actividades en paralelo, hace surgir con fuerza la identidad de género de la mujer “multitasking”. Úrsula menciona que: “la mujer es más multitarea”. Esta nueva construcción de la feminidad surge en estos tiempos de dobles (y hasta triples) jornadas. En la actualidad, mientras se observa un incremento sostenido de la participación de las mujeres en el trabajo remunerado, se mantienen las viejas estructuras en lo laboral y lo familiar, de un desequilibrio entre géneros de las responsabilidades de cuidados, así como de una asimetría entre actores sociales, con una tendencia a la familiarización (y, por ende, feminización) del trabajo no remunerado. Frente a esto, se crea y se promueve la formación de un sujeto femenino aparentemente capacitado para lidiar con múltiples tareas en paralelo, es un nuevo modelo de feminidad normativa cortado con la tijera de la época y sostenido por discursos científicos y pseudocientíficos, difundidos en los medios y redes sociales, que de nuevo sostienen un discurso biologizante de la identidad femenina. Vecslir (2017) señala que hay una vasta difusión de estudios neurocientíficos en los medios periodísticos que sostienen estos discursos generizados sobre la dimensión neuronal de la diferencia sexual que reproducen, no sólo las estructuras de género, sino que sostienen la gobernanza neoliberal del cuerpo:

En la producción de imágenes cerebrales y en la examinación que el neurólogo hace de esas imágenes se oculta el proceso de interpretación. La evidencia de la imagen no tiene réplica y el discurso de las neurociencias se vale de la imagen para configurarse como un discurso de —y con— poder. Sin embargo, advertimos que las investigaciones parten de comprensiones antro-po-sociales y culturales de los roles de género. Las neurociencias no sólo no reflejan, sino que crean y actualizan, los estereotipos de género y luego esa red discursiva es tomada en la cobertura periodística (Vecslir, 2017:99)

Lo que encontramos en las entrevistas, es que estas estructuras inequitativas son por veces sostenidas y reproducidas por las mismas mujeres. Por ejemplo, Delia que trabaja como educadora inicial en un CAIF (Centro de Atención de Infancia y Familia) señala:

Otra diferencia que tenemos con el Estado es que el Estado cree que debe cubrir la institucionalización de los niños desde muy chiquitos, nosotros creemos que no, que es un problema la crianza, pero la sociedad tiene que encontrar la forma de poder criar.

Aunque el comentario se opone a la participación del Estado en la respuesta a las necesidades de cuidado de la población, algo que reproduce la familiarización de los cuidados, la frase final resulta interesante en el sentido de que hace eco de lo que en este trabajo se llamó la mística de la carrera, esa construcción de género de la vida laboral basado en el esquema de hombre proveedor que cuenta con una mujer en casa ocupándose de todas las tareas del hogar y de cuidados, trabajo que se ignora y que no es reconocido como tal. Esta construcción de la dinámica laboral, que da por cubiertas estas actividades, da forma a una sociedad que no encuentra la forma de cuidar, aunque la solución a esto no está en las familias, como evalúa Delia, sino en un cambio más estructural. En este sentido, el concepto de “conciliación” resulta ineficiente para pensar las políticas de adecuación del mundo laboral y del mundo familiar y de cuidados. La conciliación implica adaptación, que da lugar a la necesidad de desarrollar habilidades de multitareas y al estrés laboral, y no, transformación.

Otro ejemplo nos lo da el comentario de Úrsula, 39 años, quien rechaza reconocer las actividades de cuidado de sus hijas como un trabajo:

Úrsula

Para mí no es un trabajo, ellas, se ve que las maestras les están metiendo conceptos, mi esposo se iba a trabajar y la chiquita le dice, “papá te vas a trabajar y mamá se queda”, y ella le dijo a la otra “porque cuidarnos a nosotros también es un trabajo” ¿viste?, y yo no lo siento como un trabajo, hay veces que estás cansado, pero yo no lo siento como un trabajo, es como que se lo merecen digamos, te nace ¿no?

En esta reflexión nos encontramos con que darle el valor de trabajo al cuidado de sus hijos significa, de alguna forma, “desnaturalizar” algo que para ella es algo natural, que le nace a la persona, y en específico, a la mujer. En su testimonio Úrsula señala que ella no deseaba tener hijos, pero que una vez que estuvo con la pareja adecuada y que maduró, sintió nacer el instinto, “disiparse el egoísmo”.

Úrsula

Yo de chica no fui de esas nenas con las muñecas, yo jugaba a la pelota, tirábamos con P. las muñecas desde arriba del apartamento y después las íbamos a buscar al bloque abajo. Estaba para otra, me gustaba leer, no, nunca, nunca, me acuerdo conversaciones con esta amiga que te contaba que las dos decíamos, no, somos muy egoístas como para pensar en hijos ¿no?, y ya te digo cuando me casé la primera vez, me acuerdo de haber sido durísima, yo no quiero hijos, por lo menos hasta que termine, pero en un momento, me sentí más segura, tenía a la pareja con la que los quería tener y empecé a mirar a la maternidad de otra manera, quede embarazada de S., y estoy sorprendida también, porque *es verdad eso del instinto*, me nació, más allá que uno a veces este cansado y grite un poco, pero lo haces con gusto [...] como que *no me sentí más egoísta*, porque fijate que siempre hablé de *yo, yo quiero terminar la carrera, yo quiero trabajar*, como que eso se movió, como que me sentí que listo, llegué a lo que quería hacer dadas las condiciones, y ahí como que me permití no ser tan robot, capaz que es la cosa, me liberé un poquito, me liberé, y ahí salió eso, me sentía bien en pareja y me empecé a dar cuenta de que podía tener las capacidades de cuidar a alguien [...] no estaba en mis planes ya te digo, se ve que tenía inhibido eso o no me sentía preparada, no lo tengo tan claro, pero pienso eso, de esa visión egoísta que tenía de mí misma se disipó un poco y que ya empecé a tener más tiempo, ya había terminado la maestría, ya bueno la carrera obvio, no estaba dando clases en mi facultad, lo de mi enfermedad estaba tranquilo, conocí a R., igual demoramos viste, fijate 2008 a 2011, 3 añitos.

Úrsula cuenta que ella no era de “esas nenas con las muñecas”, refiriéndose a aquellas mujeres que sí desean tener hijos desde chicas y al estereotipo de “Susanita”, ella contrapone a eso: jugar a la pelota y el gusto por leer, como actividades incompatibles y que prueban que ella no era ese tipo de niña. Ahora, viéndolo en retrospectiva considera que esa era una actitud egoísta, y que el “instinto materno” estaba inhibido, o no lo sentía porque no se sentía preparada para materner. Implica ser un poco un “robot”.

Esto es interesante porque hace eco de una dicotomía entre ambas figuras de feminidad (la mujer que prioriza el trabajo y la que prioriza la familia) expresada por Diana en su entrevista. Ella señala en un momento que a pesar de ser “Susanita”, siempre ha sido muy racional y no muy sentimental. Vemos que a esta representación de feminidad se le ligan los rasgos de irracionalidad y de sentimental. Regresando al

testimonio de Úrsula, podemos ver que ella considera que el desarrollo profesional implica una focalización en la individuación, un proceso que le parece “egoísta” y que contrapone a tener las capacidades de cuidar a alguien. Suponemos que es, a este tipo de creencias que se refiere Renata, a quien citamos anteriormente, quien indicó que hay un cierto estereotipo de la mujer que prioriza el trabajo como una mala madre.

Sin embargo, se considera que las posturas expuestas anteriormente, parten de una cierta homogenización de la maternidad, que no identifica las desigualdades y asimetrías al interior de la población que materna. Dentro del grupo de entrevistadas, se identificaron algunos ejes de diferenciación que resultan en condiciones de mayor precariedad en la experiencia de la maternidad: el nivel educativo, los recursos de la familia de origen, el tipo de ocupación, y la edad.

El nivel educativo y recursos de la familia de origen

Estos dos ejes de diferenciación actúan como un crisol en el grupo de entrevistadas. Nos damos cuenta de que se trata de un mecanismo de distribución de las personas en la pirámide social y ocupacional. Muchas de las entrevistadas señalan ser conscientes de esto. Algunas que no terminaron los estudios básicos se lamentan. Hilaria, por ejemplo, se pregunta que podría haber sido de su vida si hubiera seguido estudiando. Quizá uno de los ejemplos más claros de cómo actúan estas dos variables de diferenciación lo encontramos en la contraposición de las experiencias de materner en desempleo de tres mujeres que se enfrentaron a esto: Beatriz e Ilana.

Nombre	Tipo de hogar	Ocupación	Nivel educativo	Apoyo familia de origen
Beatriz	Monomarental	Secretaria	Secundaria	Medio
Delia	Biparental	Educadora inicial	Terciaria	Poco
Ilana	Monomarental	Analista de políticas públicas	Maestría	Alto

Nos encontramos con que la situación que enfrentan las dos mujeres de vivir en paralelo el desempleo y un embarazo se vive de manera muy distinta según el nivel de acceso a recursos, por la familia de origen, y según el último nivel educativo alcanzado.

Para Beatriz, la experiencia de estar cursando un embarazo estando desempleadas es narrada como una experiencia desafiante y dura.

Beatriz

Yo a los arquitectos, estos segundos que te estaba contando, entré a los 20 días de haber tenido a mi hija, así que imagínate. No tuve el tiempo porque necesitaba trabajar. Fue a los 20 días, sí. Después de la pasantía me fui a hacer la suplencia, después me quedo embarazada y ahí yo ya no tenía trabajo. Entonces yo en mi embarazo no tenía ingreso, entonces, tenía que conseguirme un trabajo porque tampoco me podían mantener [sus padres], vamos a decir, una casa y todo lo que requiere. Entonces a los 20 días consigo ese Tuve que madurar [...] Y a los 20 días tuve que salir a trabajar. O sea, no, no, no fue muy bueno. Porque yo les decía. Siempre digo lo mismo a todo el mundo. Ay me emociona, perdón (se le entrecorta la voz). Lo peor fue sacarle la teta a mi hija. Eso fue como, en el sentido que tuve que salir a trabajar para... (sollozos). Sí, sí, tenía 100%, el apoyo de mis padres, de mis hermanas. Si bien tenía el apoyo era difícil porque recién había parido una nena, un bebé. Y era sacarle la teta a mi hija en el período donde más me necesitaba. Entonces fue muy difícil. Ay perdón. (se le quiebra la voz) Es que lo sigo contando. Creo que por vida lo voy a seguir contando. Y es como que, es difícil.

Esta historia se contrapone a la narrativa de Ilana:

Ilana

Yo vine con 7 meses de embarazo, o sea, una panza así, lo que necesitaba en ese momento era un lugar donde no me tuviera que preocupar por salir a buscar trabajo porque hubiera sido muy difícil si hubiera tenido que salir a buscar trabajo con 7 meses de embarazo, nadie me lo iba a dar porque iba a parir en pocos meses, y por suerte no lo necesite, porque de nuevo mis viejos estuvieron ahí, claro J. nació en agosto yo me empecé a presentar a llamados, yo estaba en Paysandú y me presentaba por mail, empecé en mayo 2014, todo se dio tan bien que yo pude tener los primeros 9 meses de J. para ella, viste cuando decís, si lo hubiera planeado no me hubiera salido tan bien como me salió. J. nació en agosto de 2013, en enero de 2014 me llaman y me dicen mira quedaste en el trabajo, te vamos a avisar cuando entres, pero todo el trámite administrativo hizo que me dijeran hasta mayo empezás a trabajar.

Podemos observar que, en situaciones similares, de haber experimentado un embarazo no planeado y haber decidido seguir adelante con el embarazo (como lo enuncian ellas en sus entrevistas), las condiciones económicas de origen y el nivel educativo suponen importantes grietas entre las dos narrativas. Podemos identificar en estas historias que el nivel educativo y los recursos de la familia de origen, y el tipo de hogar (en menor medida), son claves para que la situación se viva con mayor o menor angustia y con mayor o menor precariedad.

Se puntualiza que el tipo de hogar (monomarental o biparental) no pesa tanto en el sentido de que, como vemos en estas historias, aunque Ilana y Beatriz tuvieron ambas un embarazo no planeado y el padre no dio ningún tipo de apoyo, Ilana tuvo la posibilidad de vivir sin un ingreso durante el embarazo y los primeros meses de su hija, y después, sus padres le dieron un apartamento en Montevideo de su propiedad para que fuera a vivir y trabajar. Adicionalmente, su título de maestría le permitió encontrar un trabajo rápidamente.

En el caso de Beatriz, los padres no tenían los recursos necesarios para darle el mismo tipo de apoyo, por lo que tuvo que empezar a trabajar a los pocos días de dar a luz, lo que la obligó a cortar la lactancia, algo que le duele profundamente. Cuando le pregunté porque no había pedido en su nuevo trabajo las prestaciones que le correspondían por ley (licencia maternal, medio tiempo para lactancia), ella me explicó que se sentía tan desesperada por tener un ingreso que no se atrevió a exigir sus derechos y poner en riesgo su trabajo.

Tipo de ocupación

El tipo de ocupación también tiene incidencia en cómo se vive el embarazo y la maternidad. Por muchas razones, las características de las actividades que se realizan, el tipo de horarios, la formalidad, entre otros. Podemos identificar que el grupo que enfrenta las mayores desventajas en lo que se refiere a la relación entre maternar y trabajo remunerado es el de las trabajadoras domésticas. Aunque no son las únicas que reportan haber sufrido algún tipo de abuso en el trabajo, sí son las que lo presentan de manera sistemática y en sus formas más graves.

Estefanía, Ida, Hilaria, Wendy y Zelma tienen experiencias parecidas y todas reportan que la mayor complicación de maternar y desempeñarse en el trabajo doméstico y de limpieza es estar ausentes en la vida de sus hijos, debido a los horarios intensivos y el hecho de que varias llevan en paralelo varios trabajos distintos. Esto lleva a que los hijos sean “criados” sobre todo por las abuelas. En el caso de Zelma, que vimos

anteriormente, podemos ver que, al separarse, y no tener ayuda de las abuelas, vivió una situación muy difícil al hacerse cargo de su hija adolescente, con problemas de salud mental, y su hijo de pocos meses.

En cuanto al tipo de actividad que se realiza, nos encontramos con que dedicarse al cuidado de niños puede significar una mayor presión y autoexigencia al momento de maternar. Este es el caso de Gisela, que sufrió de depresión posparto, en parte debido a esto:

Gisela

Y bueno, cuando tuve a mi primer hijo tuve (...) me anulé. Me anulé, porque lloraba mucho, porque no se podía alimentar bien, porque no sabía qué hacer, porque tenía un dolor de oído y no me daba cuenta. Entonces, así empezó a rayar mi perfección. Me estaba exigiendo algo como mamá porque era educadora de bebés. Y yo, realmente, me recontra manejaba con todos los bebés [...] Pero cuando me tocó a mí. Fue como, ya te digo, un día lloraba él, otro lloraba yo. Era chiquitito, bebuto, recién nacido, una semana tenía y ta, y él lloraba de hambre pobre [...] claro, cuando fui al control del pediatra había adelgazado más S. Entonces ta, ahí me senté, hablé con él, me dijo: “dale complemento, tranquila”, pero yo ya no estaba tranquila. ¿Cómo yo no iba a poder amamantar a mí hijo? ¿Entendes? Estaba todos los días diciéndole a las madres que amamantaran.

Podemos ver que las exigencias que hay para las madres dentro de estos espacios pesaron sobre ella de manera específica debido a su profesión.

Experiencias de la maternidad

Una vez vistas las diversas circunstancias en que se vivieron las maternidades que se expresan en este conjunto de entrevistas, es importante recuperar y describir diversas experiencias relativas al maternar, que nos dan información sobre representaciones de la maternidad en el Uruguay actual.

Casi todas las entrevistadas señalaron que el inicio del maternar significó un gran cambio en sus vidas. La mayoría de los cambios que señalaron las entrevistadas fueron a nivel personal, por ejemplo, “cambia todo porque la prioridad pasa a ser el hijo y vos pasas a segundo plano”, “todos los días estás aprendiendo algo nuevo”, “dejas de ser tan complaciente”. De aquí en adelante, recuperamos viñetas de las experiencias que nos parecen que suman elementos en nuestra búsqueda de construcción y reconstrucción de sentidos de vivencias y sentidos de la maternidad.

“Te cuesta adquirir el sentimiento de madre, de que te sentís madre”

Diana, quien es alguien que se considera desde siempre “muy Susanita”, en sus propias palabras señala que, en el primer embarazo y los primeros meses de su hija, le costó darse cuenta de lo que estaba pasando. Cuenta que se sintió “más madre” de su segundo hijo.

Diana

Por lo menos a mí, lo que me pasó. Hay gente que capaz que es mucho más. Yo, a su vez que soy re Susanita y eso que te contaba, soy re racional. Hay gente que capaz que es mucho más sentimental y lo siente a flor de piel desde que nacen. A mí, me costó. Si, ojo, ni ahí tuve un rechazo ni nada. Hay gente que tiene. O depresión posparto. De esas cosas, nada, ni cerca. Tipo la abrazaba, pero siento que fui mucho más madre desde el principio con el bebé. El bebé ya era desde el día uno “ay, que divino, que no sé cuánto”. Con G., “no entiendo, qué es esto, tengo un bebé adentro”. Claro, no entendés nada, es todo nuevo. Te re cuesta. Y habré caído capaz a los tres, cuatro meses de ella. Pero te cuesta darte cuenta que, adquirir el sentimiento de madre, de que te sentís madre.

La soledad como obstáculo de la lactancia

Gisela, que como vimos anteriormente, vivió en carne propia un cuadro de depresión posparto, señala que frente a su hijo recién nacido se sintió anulada. No se daba cuenta de que tenía hambre, ni de que le dolía el oído. En lo que respecta a la lactancia, señala que se sintió sola y desorientada.

Gisela

Pero, ahí sentí como que estaba, me sentí como sola. Sola en el sentido de que nadie, no tuve a nadie que se sentara conmigo. Por ejemplo, en la sociedad [médica] me tiraron con un intermediario, y me lo tiraron, no me dijeron como usarlo. Yo era madre primeriza ¿entendés?, entonces, así fue que tomó teta tres meses Sebastián nomás. Y fue una prima mía, que es enfermera, que me compró otro intermediario, me dijo como usarlo. Y después de eso le pude empezar a dar la teta.

“Ser algo más que madre”

Ilana cuenta que los meses en que estuvo sin empleo y dedicada enteramente a su hija recién nacida fueron duros, pues ansiaba regresar al trabajo. Se sentía asfixiada por la dinámica de cuidado. Ella señala que no se puede concebir no trabajando.

Ilana

Ya quería ir a trabajar porque ya me volvía loca dentro de casa. después de 9 meses con mi beba, yo quería trabajar, necesitaba salir de mi casa y trabajar, ser algo más que ser madre, entonces era lo que yo quería hacer. Sobre todo los primeros meses, cuando vos sos mamá y si no tenes que salir a buscar trabajo estas entre cuatro paredes para esa beba que depende de vos el 100 por ciento, los primeros tres meses toman teta cada dos horas entonces estás ahí, y llega un momento que decís, quiero ir a comprar la leche aunque sea, o sea el hecho de salir, el hecho de hacer otras cosas y sobre todo investigar, que era lo que yo quería hacer, claro yo no me imagino no trabajando, no puedo concebirme no trabajando o sea, entonces viene por ahí, ta 9 meses me sirvió porque ella creció sobre todo los primeros meses que son re jodidos para que ella creciera para no tener que, o sea a los 9 meses ella ya estaba más grandecita para ir a un jardín privado y yo volver a la vida laboral.

“¿En qué momento voy a recuperar mi tiempo?”

María señala que sintió, con el nacimiento de su hija, una pérdida de independencia importante. Esto se alinea con lo señalado por varias otras entrevistadas. La pérdida de libertad es puesta en términos de escasez de tiempo en el testimonio de María, pero también en el sentido de la carga mental que implica saber que hay una persona dependiendo enteramente de ella.

María

En realidad, el cambio lo sentí en que la libertad de uno se termina, totalmente. Porque ahora hay una persona que depende 100% de mí, obviamente que con el paso del tiempo uno se empieza a adaptar y a cambiar sus ritmos. Entonces acomoda su vida y sus horarios. Pero al principio yo me levantaba y pasaban 6 horas y yo seguía de pijama sin lavarme los dientes, sin poder ir al baño. Entonces, era decir “que horrible, ¿en qué momento voy a recuperar mi tiempo?”. Porque bueno hay que atenderla y lloraba, hay que cambiarle el pañal y hay que darle de comer y hay que dormirla. Entonces bueno, eso sí sentí: como una pérdida de la libertad, de la independencia, mejor dicho. Obviamente que de ahora en más todo lo que haga la involucra a ella. Sí, es verdad que puedo hoy o mañana juntarme con mis amigas a tomar un café o salir a tomar una cerveza y yo cuento, por su puesto, con mi compañero que se puede quedar con ella, no hay ningún problema. Pero no es lo mismo, yo salgo y estoy pensando que en mi casa hay una persona que depende de mí. Entonces no es lo mismo, todo lo que haga ya lo manejo de una manera distinta porque no soy yo sola.

La entrevista de Vanessa hace referencia a un sentimiento parecido:

Vanessa

Sí, es un cambio de vida muy importante. Dejas de vivir para vos mismo y pasas a estar como <...> si bien todas las revistas te dicen que podés, hacerlo la realidad es que no, te cambia mucho, estás como mucho más a merced de los niños, o sea, ya no es “me voy el fin de semana”, “me hago este viaje”, económicamente también tenéis un cambio muy importante.

Este testimonio da indicios de cómo las revistas y las redes sociales juegan un papel en la construcción de una trama ideal de maternidad.

“No saber qué hacer cuando la tuve en brazos”

Patricia cuenta, haciendo eco de otras entrevistas como la de Gisela y Diana, que una vez estando frente a su hija recién nacida, se llenó de incertidumbre de no saber exactamente qué hacer, de la duda sobre qué es correcto o incorrecto. Y señala que el apoyo de sus padres fue clave.

Patricia:

En mí cambiaron pila de cosas. En mí así interior cambió pila. Primero y... no saber qué hacer, cuando la tuve en brazos, qué tenía que hacer. Cómo que, qué era lo que debía hacer, si estaba mal o estaba bien, o esto, bueno ta. Y en sí, después que nació Mía los que tuve a mi lado fueron mis padres. Mi padre fue mi sostén.

“Cómo seguir siendo yo, pero ahora ser madre”

Raquel señala que lo que más le ha costado trabajo en la maternidad es congeniar su vida laboral con el cuidado. Ella no sólo siente culpa ligada a la maternidad, sino a la pérdida de productividad en el trabajo debida al cansancio.

Raquel

Fue como pesado el primer año y después a mí me costó, bueno, me cuesta todavía, es como que compaginar este nuevo rol digamos de cómo que seguir siendo yo, pero ahora ser madre y lo que implica en términos de responsabilidad, de culpas, de decir, no puedo hacer tal cosa, o no quiero, o que te gane el cansancio porque me encantaría presentarme a esta consultoría de no sé qué, pero quiero dormir, entonces, no me presento, como que ahora recién creo que estoy retomando, ya tiene 2 y medio.

Esta convivencia incómoda de su identidad con la maternidad es vivida como una pérdida de individualidad relacionada con la carga mental, algo que hace eco del testimonio de Patricia y otras entrevistadas más. Podemos observar que la carga mental no implica sólo

un desgaste en términos de estrés y angustia, sino que se vive como una pérdida identitaria, también, porque impide separarse del “rol” de madre.

Raquel

Yo creo de las cosas que más me costó de después del nacimiento es perder la individualidad, es decir, tener a alguien 100% dependiente de mí y el no tener casi que respiro, físico, capaz en los primeros meses, que es sumamente desgastante, pero después mental, es como no lograr salir un segundo de ese rol de madre, eso sí me costó un montón y me sigue costando.

“Era como que le pasaba a otra persona”

Al igual que Diana y Patricia, Sandra relata la sensación de vivir una especie de despersonalización, de desdoblamiento, al momento de tener a su hija en brazos. Todos estos relatos de incertidumbre y desdoblamiento parecen poner en duda la idea de que existe un instinto materno innato. La relación madre/hija(o) se va construyendo en el tiempo.

Sandra

Yo no me hice la idea hasta que la tenía en brazos, después la tenía en brazos y tampoco me hacía la idea, te digo, no sé, todo el mundo es diferente. Primero que por mucho yo ni me acordaba a veces de que estaba, era como que le pasaba a otra persona.

La lactancia

Como vimos en el testimonio de Gisela, la lactancia es una fuente de frustración para muchas mujeres. Esto nos recuerda el ensayo de la experiencia personal con la lactancia de la escritora colombiana, con residencia en Argentina, Margarita García Robayo, donde señala que la lactancia materna “es un terreno lleno de máximas flojas y fotos edulcoradas que se articulan con el prejuicio: todo el mundo lo hace, cómo no voy a poder hacerlo yo”. La frustración con la lactancia, y el no saber frente a un episodio de fiebre, originan en Úrsula sensaciones de impotencia, vulnerabilidad y miedo.

Úrsula

Al principio no era fácil, ella me acuerdo que no se prendía al pecho y ahí te frustras, [...] vos ya no sabés qué hacer y que te sentís impotente, esa sensación no me gusta digo cuando no sabes qué hacer, después pasa ¿no? pero ahí te sentís vulnerable también, no sé cómo decirlo, tenés miedo.

Maternar en colectivo: “no soy madre de mis propios hijos, pero hay otras formas de vivir la maternidad”

Algunas entrevistadas se refieren a hijos de amigas o hermanas a quien sienten cercanos y que cuidan de manera próxima.

Flavia

Nunca quise [tener hijos]. Me encantan los chiquilines, todo lo que quieras, tuve sobrinas que como mis hijas son, ahora tienen 30 años, las dos más o menos 35, 31. Pero más no, nunca quise.

Helena se refiere a la experiencia de acompañar otras maternidades como una forma de vivenciar la maternidad de manera indirecta.

Helena

Tengo muchas amigas maternando en estos momentos y es como conocer también el mundo no ideal de la maternidad, y viendo que es hermoso, y también tiene unos desafíos tremendos, entonces tengo muchos sobrinos del corazón, bueno mi ahijada, y de alguna manera también estoy rodeada de niños y la experiencia de acompañar otras maternidades también está buenísima o sea que no es que bueno no soy madre de mis propios hijos, pero hay otras formas de vivirla, hoy es esa la respuesta, bien si viene re lindo y sino también va a estar todo bien.

Delia (que sí tiene hijos) habla de su experiencia en una cooperativa de vivienda donde hay muchos lazos entre la comunidad.

Delia

Podía tener dos hijos, pero tenía amigos que venían, además nosotros vivimos en una cooperativa y eso y está lleno de niños, entonces yo digo que tengo otros hijos que son hijos de la vida, que son hijos de mis amigas y de mis amigos que se criaron juntos, mis hijos tienen amigos desde siempre, que van a mi casa, abren la puerta sacan cosas que no son muy habituales, y además para vivir en una cooperativa también nosotros vivimos como en otra sociedad por decirlo de antes, donde los niños juegan en la vereda, los vecinos se conocían, es como, ellos se criaron en esa forma y eso es como muy agradable”.

O esta, el caso de Estefanía que maternó al hijo de la familia donde trabajaba como trabajadora doméstica.

Estefanía

Ellos tenían un chico que era divino, que era autista, el chico era muy apegado a mí. [...] Viste que ellos como que se encariñan, asocian algo con vos y ya son

divinos, porque tener una mente brillante como la de ellos no es fácil. Yo creo que los especiales somos nosotros, entre ellos y nosotros. Lo llevaba, lo llevaba a mi casa, los fines de semana, él se quería ir a mi casa. Todo el tiempo quería estar conmigo y con mi hijo. [...] Tenía todo para ser feliz, pero él no sentía que eso lo llenaba, entonces él prefería ir a mi casa, que era una casa humilde. Que yo agarraba una botellita con agua y lo llevaba a la placita a correr, lo subía en un tobogán y él era feliz con eso [...]

Mi patrón estuvo una vez preso, durante un año por evasión de impuestos, gente muy rica, gente muy millonaria, no tenían una necesidad. Y yo lo cuide al hijo mientras estaba en la cárcel, como si fuera mi propio hijo. En la comida, la ropa, todo era. Porque cuando están en la cárcel todos de calladito, los que entran los que salen. Y yo hice esos trabajos que, prácticamente, lo hace una madre, no lo hace mucha gente [...] Yo como llegué a quererlo, me encariñé, veintidós años son una vida, viví más con ellos que con mi familia.

Conclusión: Agencia en la maternidad y la pareja

En este apartado, se exploró cómo se expresa la agencia en la maternidad, en términos de reflexividad e intencionalidad. Siguiendo la definición de agencia de Emirbayer y Mische (1998), aquí se considera la agencia como inseparable de la dimensión temporal, estos autores la describen como “un proceso” que “se informa por el pasado” (experiencias pasadas), se orienta al futuro (proyectar escenarios futuros) y se concentra en el presente (en tanto que las personas tienen que contextualizar ese pasado y esas expectativas a futuro en situación concretas del presente) (1998:963). Esta definición de agencia enriquece la idea de agencia como expresión de reflexividad e intencionalidad. Como se mencionó antes, Beauvoir señala que, al momento de casarse y formar una familia, la mujer cae en una especie de limbo, en el que se ve cortada de su pasado y carente de futuro, en tanto que no tiene el poder de hacer proyectos con su propia vida y tiene una existencia accesoria a la de su pareja masculina.

Es importante que se tenga en cuenta el contexto en el que escribió Simone de Beauvoir. En la posguerra, el Estado francés inició una política de recuperación demográfica, haciendo campañas de promoción de la maternidad, incluso incentivándola económicamente, y criminalizando el aborto (Tubert, 1996:25). Frente a esto, Beauvoir denuncia una narrativa pública de maternidad donde no caben ni el deseo ni el placer, tan sólo una rutina opresiva, una condena a la inmanencia (Tubert, 1996). Lo que Beauvoir logra con su denuncia es descentralizar a la mujer del materno. Si la mujer es oprimida

por la maternidad, esta no puede ser una expresión básica e instintiva de su naturaleza, como lo propone la trama patriarcal que hace equivalente la feminidad y la maternidad. El mito instinto materno se presenta entonces como una herramienta de la opresión.

En lo que vimos en las entrevistas, nos encontramos con que el contexto desde el que hablan las entrevistadas dista mucho de aquel páramo histórico desde el que nos llega la voz de Beauvoir. La distancia temporal y geográfica queda evidenciada en tanto que, de todas las mujeres entrevistadas, sólo una hizo referencia a la narrativa de la maternidad como el destino único femenino. En general, los términos en los que se narra el maternar reflejan procesos de reflexividad e intencionalidad, son un paso dentro de un plan personal o de pareja, como se puede ver en la siguiente reflexión de Renata:

Renata

Me pasaba estando en pareja, de novia o casada, y la gente “¿y bueno van a tener hijos?” y la gente te lo pregunta con una liviandad que no corresponde. Primero que no saben si tú querés tener hijo. Segundo que nada, no saben si querés y no podés tenerlos. Entonces me parece que es un tema que va mucho por la intimidad de la pareja ¿no? Eso, primero que nada, creo que *una mujer no define su feminidad por ser madre*. Eso lo tengo clarísimo. Después si uno decide ser madre y, si después que lo decide, puede ser madre. Porque tampoco es tan sencillo”.

Renata señala, como otras entrevistadas, no pensar que una mujer se defina por el hecho de maternar. Reconoce que esto debe surgir de un acto de decisión y que, incluso así, hay situaciones en las que no es posible maternar. Sin embargo, no se puede sostener tampoco, que el mito que asimila feminidad y maternidad esté del todo erradicado de las narrativas de las entrevistadas o que no se exprese en nuevas formas. Silvia Tubert señala que:

El ideal de la maternidad proporciona una medida común para todas las mujeres, que no da lugar a las posibles diferencias individuales con respecto a lo que se puede ser y desear. La identificación con ese ideal permite acceder a una identidad ilusoria, que nos proporciona una imagen falsamente unitaria y totalizadora [...] De ahí la necesidad de desconstruir los ideales, las identidades, que obturan ilusoriamente la singularidad del sujeto, para abrir un espacio donde se pueda resituar la maternidad en relación a la dimensión del deseo —de la multiplicidad de deseos— opuesta a una identidad que no puede sino ser mítica (1996:10).

Lo que se observa en el extracto de Renata es que ella cuestiona una narrativa unitaria de llegar a ser madre y reconoce que hay una multiplicidad de escenarios posibles y que todos son válidos.

Algo que se encontró en las entrevistas es que la experiencia de la maternidad parece estar atravesada por la presión de hacer congeniar la vida laboral con las responsabilidades de cuidado, en este caso, específicamente de cuidado de niñas y niños menores, con un nuevo modelo de maternidad intensivo que abreva de los discursos de la ilustración, cuando se comenzó a enarbolar la figura de la madre. El bombo a la lactancia materna, la crianza en brazos, la crianza con apego, técnicas para el sueño, para la alimentación, etc. que implican una dedicación absoluta, continua de un adulto, en específico, la madre, en el cuidado de los hijos, so pena de causar un daño irreversible y profundo, no sólo en los niños, sino incluso en el mundo.

En un artículo publicado en el Diario AR, Alexandra Kohan⁴ señala que: “hoy en día hay instrucciones para la maternidad como nunca antes y hay cada vez más mujeres llenas de culpa por no poder cumplir con todo [...] Ni hablar que muchas de esas instrucciones resultan impracticables ahí donde son indicaciones destinadas a cierta clase social.” Si estos discursos resultan en un incremento de la culpabilidad materna, de las formas de fallar al deber ser de Madre, para todas las personas gestantes, implican también una estigmatización de las maternidades periféricas, marginalizadas, que no cuentan con los privilegios que deben existir para que todas estas técnicas e instrucciones sean mínimamente asequibles.

A esto le llama Sharon Hays, la ideología de la “maternidad intensiva” (1996) o también denominada, la “nueva domesticidad” (Matchar, 2013). Hays identifica una serie de características de este nuevo paradigma de maternidad: se centra en las necesidades de las infancias, recurre al saber científico (expert-guided), altamente demandante a nivel emocional, demanda intensiva de trabajo y requiere gran disponibilidad de recursos económicos (1996:8). Además, este nuevo discurso vuelve a poner en el centro de la responsabilidad por la crianza a las madres. Como señala la escritora Guadalupe Nettel, pareciera que: “en nuestra sociedad los hijos se adjudican a los padres optativamente y a las madres por obligación”.

Este nuevo paradigma se da en paralelo a lo que se llama el modelo de la doble presencia que es, siguiendo a Solé y Parella (2004), el modelo de familia nuclear con dos

⁴ Alexandra Kohan, “La maternidad en cuestión”, *Diario AR*, consultado en https://www.eldiarioar.com/opinion/maternidad-cuestion_129_9572587.html a 2 de mayo de 2023.

salarios, que como vimos en el capítulo de contexto, es el más difundido en Uruguay actualmente. Un modelo que, como bien señalan las autoras, no es una novedad en la sociedad, ya que las familias de menores ingresos han tenido este tipo de arreglo desde hace mucho tiempo, pero sí se observa una nueva tendencia de estos arreglos en las clases más altas, sobre todo, en la clase media. Esto tiene como consecuencia algo que observamos en varias de las entrevistas: jornadas extenuantes, culpabilidad, negociaciones, renuncias en uno u otro ámbito de la vida.

El tiempo es una dimensión clave para comprender la opresión de las mujeres en la sociedad contemporánea y el por qué la maternidad continua siendo un espacio donde esta se expresa de manera más evidente. Ya no se trata, como observó Beauvoir en su tiempo, de una alienación del tiempo, de una separación de la mujer de su pasado y de su futuro. Si no, por el contrario, como ambas dimensiones crean presión en su presente. Por un lado, el pasado con todas las ideas y expectativas tradicionales que siguen pesando sobre las mujeres, como vimos en los extractos de entrevistas, muchas veces expresados por la familia de la entrevistada.

Nadia

Lo que me parece que nos pasa a los que no tenemos esas vidas, o no elegimos tener esas vidas es que nos sentimos como más herejes porque el resto nos mira como mal. No puede elegir eso porque en realidad se espera que las mujeres elijan casarse y tener hijos. Me preguntan "¿cuándo vas a tener hijos?" ¿no? Es como una cosa que está dada de antemano porque yo estoy rompiendo las reglas porque a mi edad las mujeres ya tienen que tener hijos. Y yo voy y les digo "¿yo hijos? no, nada más lejos de mí que un hijo".

Y, por otro lado, el futuro, pesado, de cargar con todas las posibilidades de fallar como madre a las y los hijos que se exponen y se repiten incesantemente en los discursos y actores con autoridad de expertos sobre crianza que sostienen esta narrativa de la maternidad intensiva. Así, como con todas las presiones de vivir en sociedad neoliberales que enarbolan el crecimiento profesional, la competitividad y la productividad como medios de realización sabiendo que la maternidad dificulta el desempeño y compromiso en la vida laboral.

Sin embargo, a pesar de que no se niega la veracidad de estos discursos expertos, sí es posible identificarlos en un contexto social, económico, y cultural específico. Como señala Isabel Aler (2006), citada por Pilar Medina Bravo et al. (2013):

Si bien es cierto que lo mejor para la madre puede ser circunstancialmente la opción más propia para la criatura [...], eso no implica que todo vale lo mismo para el pleno bienestar presente y futuro de la criatura humana. Así, las ideas expertas sobre las pautas de crianza y socialización que van haciéndose dominantes [...] son engañosas cuando se presentan como lo que no son (mejoras en la calidad de la crianza) y se oculta lo que realmente son (mejoras para la adaptación del adulto de hoy y de mañana al mercado capitalista de trabajo y del consumo) (Aler, 2006: 36 en Medina et al, 2013:491).

¿Qué significa esto para la agencia de las mujeres entrevistadas? Podemos observar que la percepción de falta de agencia, más que expresarse en términos de evitar hacer, pasa por “hacer hacer”, no poder no hacer. Hacer para responder a estos discursos que crean objetivos imposibles de alcanzar, objetivos frente a los cuales no queda más posibilidad que fallar.

De acuerdo a Badinter (2010), las mujeres de hoy en día, tienen frente a esto tres posibilidades: adherirse, rechazar o negociar (2010:8). Adherirse a su función materna intensiva y renunciar a sus intereses personales. Rechazar el maternar, no tener hijos, pero vivir eso de lo que habla Nadia y varias más, de ser cuestionadas continuamente. O negociar, vivir en el conflicto continuo entre ambas exigencias, e ir “escogiendo” qué batallas perder, una a una, como lo hacen muchas de las mujeres que se entrevistaron para esta investigación. Es quizá, en esta negociación que se expresa su agencia, sin que perdamos de vista que es también esta negociación continua que alimenta las brechas de género en Uruguay y el mundo, pues sin duda tiene un correlato material.

Sin embargo, se considera que si no se toma en cuenta los diferentes niveles de recursos con que cuentan las mujeres para “activar” o ejercer esta negociación se está omitiendo una dimensión importante para poder hablar de agencia. Al hablar de cómo el desempeñarse en el trabajo doméstico, con todas las condiciones de vulnerabilidad que caracterizan a esta ocupación, representa para las mujeres entrevistadas un obstáculo para el ejercicio de la maternidad que desean ejercer. En condiciones precarias, la posibilidad de negociar entre identificaciones se ve afectada. Otro ejemplo es el de Beatriz, que tenía tal necesidad de tener un ingreso, que tuvo que empezar a trabajar a los 20 días de que naciera su hija, en contra de lo que ella deseaba y viviendo una experiencia que le es dolorosa hasta el día de hoy.

Esta negociación continua de las mujeres entrevistadas se expresa en la ambivalencia presente en las vivencias de maternidad. Delia, dedicada al cuidado de niños en la primera infancia, reflexiona:

Delia

Hay como una idea que la maternidad es todo divino, y no es verdad, la maternidad no pasan solo cosas preciosas, pasan cosas que no son tan lindas y uno tiene que poder dejar que eso pase para que sea más real, porque si uno idealiza tanto de que todo es divino cuando no es, se cae, al saber que no es divino y que va haber momentos que no son tan malos, ya te vas preparando para eso, pero la sociedad no te cría, no te educa para pensar que la maternidad tiene claros y oscuros, siempre es todo divino la mama divina, el amamantamiento divino, no nunca te dice que no, que querés salir corriendo, que querés llorar, que los pelos se te paran, entonces, bueno poder preparar a las familias para esa maternidad mucho más real, ta los prepara y poder vos que sos como una imagen y que estás diciendo no, en realidad, este momento va a pasar, le contas: “no, yo también lloré atrás de la heladera como una loca”, y eso ayuda, y saber y poder entender hacer empatía con la familia.

Raquel habla de lo positivo y lo negativo de su experiencia de maternidad.

Raquel

Yo lo conversaba mucho con mis amigas ¿no? con amigas que son parecidas a mí, otras que son distintas siempre me decían, a vos ser madre te va a costar porque sí a mí me preguntan qué hago o qué quiero hacer, yo te digo no, quedarme en mi casa, leerme un libro y vos estas todo el día que tengo un congreso acá, que tengo una ponencia acá, que me voy a presentar en el coso acá, como en esta cosa de la multitarea, de la multifunción, de estar generando, de estar pensando, y claro, eso lo ves sumamente limitado y sí para mí es difícil, a su vez, por otro lado, es como que ya no me puedo imaginar sin, es como lo más increíble que me pasó en la vida y es como te pone a prueba todo y vos decís: ay yo me estresaba por no entregar un trabajo y hace una semana que no duermo y, sin embargo, sigo viva, trabajo, hago las cosas, limpio, cocino y, más o menos, acá estoy en pie [...]no se trata de volver a ser la individualidad que era antes de ser madre, porque no, porque no me puedo desprender de ser madre y ni quiero hacerlo porque yo siempre les digo cuando me preguntan: ¿Y bueno que es la maternidad? y la maternidad es todo lo

que pensás y todo lo que te dijeron en extremo, para bien y para mal, todo lo bueno en extremo y todo lo malo en extremo, ta es como una cuesta límite..

La ambivalencia se presenta como la marca indeleble de la práctica de maternar, atravesada por la doble presencia y los discursos de la maternidad intensiva. Esta negociación continua entre intereses personales, laborales y familiares que acompaña la sobrecarga de trabajo supone una forma de acceder y experimentar la adultez que puede ser considerada específica de la experiencia femenina y que se forja en el cruce de múltiples identidades. La Madre está siendo descentralizada de la identidad femenina adulta, e incluso aquellas que maternan, reconocen que ese papel no engloba toda su identidad. En esa búsqueda de equilibrio, como lo describe Raquel, hay también una especie de lucha por mantener una cierta concepción individualizante frente a los discursos arrolladores y homogenizantes de la maternidad tanto de la maternidad intensiva como de la mística de la carrera, que se expresa a partir del mantenimiento y expresión de deseos propios, de los espacios donde la agencia es permitirse “no hacer”, y también en colectivizar.

Conclusión

El modelo de curso de vida industrial sufre importantes transformaciones a lo largo del siglo XX. El espacio de las mujeres en la sociedad, restringido a la esfera privada fue puesto en cuestión de diversas maneras, en distintos contextos. Estos cambios trastocaron la matriz cultural de género instaurada, producida y reproducida en la Revolución industrial europea. No fue un cambio súbito, y está lejos de haber finalizado, pero en este siglo se observaron varias transformaciones graduales. Entre ellas destacan: el incremento de la visibilidad y de la ubicuidad de participación femenina en la fuerza laboral (incluso, en trabajos no “feminizados”); el aumento de los niveles de escolaridad alcanzados por dicha población; así como el paso de relaciones familiares con un modelo autoritario y patriarcal hacia modelos más democráticos y verticales. Como se vio en el capítulo de contexto, Uruguay muchas veces estuvo en la punta de lanza de estos cambios a nivel regional.

Todas estas transformaciones dieron lugar de procesos históricos de individualización que marcaron una expansión de posibilidades para elegir y para definirse como sujetos sociales, pero también de percepción de incertidumbre e inseguridad en la sociedad (Rojas, 2016:77).

En paralelo a esto, la emergencia de los movimientos feministas implicó un creciente cuestionamiento de la matriz cultural de la división sexual del trabajo, pues permitieron exponer y teorizar las relaciones de poder ligadas a la diferencia sexual, e impulsar movimientos sociales reclamando mayor igualdad. Todo esto implicó una transformación de las relaciones sociales que involucra un “debilitamiento de las estructuras e instituciones tradicionales y patriarcales, tales como el género, la Iglesia y el parentesco, que gobernaban la vida y las opciones de las personas y de las familias” y fomentan “una creciente autonomía individual y la emancipación económica de las mujeres” (Rojas, 2016:77). Uruguay no fue ajeno a estos procesos.

En términos poblacionales, sobre todo a finales del siglo XX, se observó una mayor postergación de la primera unión, incremento de divorcios y de parejas en cohabitación, mayor presencia de familias reconstituidas, etc. Lo que ocurre sobre todo en las sociedades de los países más industrializados y, de manera predominante, en los estratos con mayor educación y nivel socioeconómico, una grieta de la que hacen eco las entrevistas aquí realizadas, donde observamos distintas experiencias de adultez en

distintos niveles socioeconómicos. Estas transformaciones parecen enfrentarse a mayores obstáculos en los países menos desarrollados, con mayores niveles de desigualdad.

No obstante, se observa que las construcciones tradicionales de género para organizar la vida social siguen teniendo vigencia ya que aún persisten en el imaginario colectivo, y se expresan en brechas de desigualdad material y simbólica entre los sexos. Esto pone en evidencia cómo las instituciones sociales responden de manera más lenta a los cambios sociales. Para el caso de Uruguay, resulta ilustrativo de esto que a pesar del aumento considerable y el avance de las mujeres en la educación y en el ámbito laboral, estos cambios conviven con ideas más tradicionales sobre su rol protagonista en el cuidado directo. Como señalan Batthyány, Genta, y Perrotta (2012) al analizar la Encuesta Nacional sobre Representaciones del Cuidado, “el “deber ser” del cuidado” que “predomina para las madres” es “la obligación del cuidado directo”, mientras que para los varones, el “deber ser” respecto del cuidado de los padres es el de “garantizar el cuidado”, es decir, aún ligado a funciones de proveeduría (2012:27).

Aunque en la segunda ola del feminismo, hubo un fuerte cuestionamiento de la “mística femenina”, esa narrativa pública que proponía que la domesticidad era la única vía de realización para las mujeres. Las críticas dejaron intacto el carácter generizado del mercado laboral. Moen y Roehling (2015) denominan la “mística de la carrera” (“career mystique”) a una cierta organización del trabajo remunerado en estructuras de tiempo completo y de dedicación intensiva que responde a las circunstancias del “hombre/proveedor” y dan por sentada la presencia de alguien dedicado a las labores de cuidado y de sostenimiento de la vida. Esta forma de organizar el trabajo remunerado se vuelve especialmente problemática hoy en día, cuando la participación masiva de las mujeres en el mercado laboral incrementa aún más la tensión entre las exigencias del trabajo remunerado y no remunerado.

De esta manera, la incompatibilidad entre distintos ámbitos de vida se vuelve cada vez más difícil de ignorar. Las tensiones al interior de los hogares, la doble o triple jornada laboral de las mujeres, las crisis de cuidado, el envejecimiento de las sociedades y la estratificación atención de los cuidados, se presentan hoy en día como problemas sociales acuciantes. Esto ha puesto en la agenda pública la idea de la buscar una mejor “conciliación” entre ámbitos. Para esto, se diseñan e implementan políticas que ayudan a adecuar el mundo laboral con el familiar, aunque como vimos en la investigación, la conciliación implica sólo una adaptación, pero no cuestiona la mística de la carrera ni promueve una transformación de la estructura temporal del mundo del trabajo.

Este desfase implica que las mujeres que se desempeñan en el trabajo remunerado, como las mujeres que compartieron sus historias para esta investigación, se encuentren en un lugar incómodo. Debido a la persistencia de la división sexual del trabajo, caracterizada por la falta de colectivización y de reconocimiento de las actividades de sostenimiento de la vida, nos encontramos con que las mujeres deben de construir sus narrativas personales de adultez en dialogo con narrativas culturales e institucionalizadas, con valores, creencias y dispositivos de control muchas veces en tensión, aquellas relacionadas con su rol tradicional de cuidadoras, y las narrativas relacionadas a la mística de la carrera.

El enfoque narrativo nos permite abordar estas tensiones, ofreciéndonos una ventana a cómo los ámbitos de vida, sus estructuras temporales, exigencias y valores, se articulan en la experiencia de las personas. Las narrativas personales dan cuenta de tramas complejas de relaciones sociales, e informan la identidad a través del acto narrativo, que se define por construir significados conectando eventos, ámbitos, discursos en el espacio y el tiempo, articulándose en un “entramado causal” que refleja las identificaciones de las personas con ciertas identidades sociales y sus marcos evaluativos. Esto lo vuelve un enfoque muy útil para estudiar la interacción en la experiencia de personas entre dos campos sociales “en pugna”: el laboral y el familiar.

En este sentido, las narrativas personales de las entrevistadas retoman creativamente las narrativas culturales e institucionales, y les adjudican tramas personales para procesar e interpretar sus propias experiencias. En estos actos de interpretación personales, las mujeres narradoras dialogan con narrativas culturales de género que destacan el peso del matrimonio y la maternidad para la realización de las mujeres, y con las narrativas ligadas a la mística de la carrera que se centran en el éxito laboral y la acumulación de ingreso para la realización personal.

Debido a las características de diseño de la presente investigación, los hallazgos son factibles de generalizarse en términos teóricos, como señala Maxwell (2005), en el sentido de que pueden trasladarse en forma de hipótesis a nuevos casos y dar luz sobre nuevos caminos de investigación a desarrollar en el futuro. Los siguientes apartados dan cuenta de distintas áreas en las que dichas generalizaciones pueden hacerse a partir de esta investigación.

Líneas de fuga

Viejas y nuevas identidades adultas generizadas con marcadas grietas de clase

En las narrativas personales de las mujeres entrevistadas, la tensión entre las narrativas culturales de género y de la mística de la carrera en sus relatos de transitar a la adultez es patente. Estas mujeres construyen tramas, entre fabulaciones y reconstrucciones de la vida, que buscan comunicar una identidad, una identificación con alguna de estas narrativas. Nos encontramos en las entrevistas con la identificación de la figura de “Susanita”, una identidad social femenina que refleja, no sólo los valores de género tradicionales, sino que se ve renovada por los discursos actuales de maternidad intensiva. Igualmente, nos encontramos con la representación de la figura de la mujer “empresaria”, la que se dedica a los negocios y no le importa la familia. Es interesante destacar que, en el discurso, esta figura no se construye necesariamente como una mujer que opta por no tener hijos, sino que le da prioridad a la vida laboral por encima de la familiar y que genera sospechas sobre si es o no una buena madre. También, se descubre la figura de la mujer multitasking, capaz de malabarear con altos niveles de tensión las exigencias de ambas narrativas.

Lo que nos encontramos en las narrativas de las entrevistadas, en específico, en aquellas que se desempeñan en trabajos con características más estables y con mayor reconocimiento, y que cuentan mayor capital social en términos educativos y familiares, es que ninguna se identifica totalmente con estas identidades. Hay una negociación continua, un juego de prioridades que se van transformando a lo largo del curso de vida, pero también en la interacción inmediata con los ámbitos de vida. Un día se le da prioridad a una cosa, otro día a otra, y en algunos momentos de la vida, una se siente más interpelada por las exigencias de un ámbito y está dispuesta a dar concesiones en otro, a perder, a bajar las expectativas, a recalibrar sus perspectivas a futuro. El pasado y el futuro, abrevaderos de la identidad, están en continuo cambio, se interpretan desde miradas siempre cambiantes.

Nos encontramos con que la experiencia de la tensión entre los ámbitos familiar y laboral, en contextos sociales privilegiados, implican procesos con marcada reflexividad e intencionalidad de negociación con la tensión, en donde no se alcanza nunca una solución, y parece que esta tensión es un elemento definitorio de la adultez de las entrevistadas, ya que, al proyectarse la vejez, disminuye o desaparece porque se tiene la perspectiva del retiro, y de la emancipación de los hijos.

Por otro lado, en lo que respecta a las narrativas presentes en los relatos de mujeres en posiciones sociales menos privilegiadas, nos encontramos con tramas de superación

de adversidades y la búsqueda de caminos para enfrentar sus efectos negativos, tanto materiales como subjetivos, en sus demandas de individuación. La identidad adulta se relaciona en estas historias con el desarrollo de la capacidad de hacer frente a situaciones de abuso, de rebelarse y de buscar caminos, con un fuerte componente colectivo, para reclamar el reconocimiento de su valor como personas y como trabajadoras. Este posicionamiento respecto a lo laboral, se acompaña de narrativas culturales respecto a las trayectorias familiares que reproducen discursos normativos y tradicionales que, en parte, reflejan los constreñimientos en términos de recursos que enfrentan al momento de buscar soluciones para la tensión entre los ámbitos laboral y familiar desde ocupaciones con mayores niveles de precariedad y en donde la capacidad de negociar y desarrollar estrategias para adecuar ambos ámbitos se encuentra restringida por la escasez de recursos.

Identities que se construyen al transitar a la adultez desde ocupaciones con poco reconocimiento material y simbólico

En el caso de las trabajadoras domésticas, además, la perspectiva a futuro, la interpelación por la vejez, no siempre implica un abandono del trabajo, varias tienen la perspectiva de seguir trabajando, pero sí hablan de bajar la intensidad y se ve como un momento en donde van a dedicarse más a la familia, algo que se ve muy limitado por las características intensivas y precarias de su actividad laboral. Esta grieta en las narrativas de las entrevistadas nos remite a las reflexiones que hace bell hooks (2017) respecto a la clase y el feminismo.

Las narrativas de las mujeres entrevistadas dedicadas al trabajo doméstico tienen tramas alrededor de la vida laboral que se distancian de las tramas que encontramos en historias de vida con trayectorias laborales en áreas más privilegiadas. En estos casos, se relatan vivencias de violencia en el trabajo, que no se observan en otras entrevistas. Experiencias de abuso, explotación y discriminación son relatadas al hablar del trabajo y confrontan e interpelan de manera muy íntima la formación de identidades que muchas veces tienen como trama principal la superación de estas adversidades, y de los daños sufridos en el trabajo.

Estas narrativas se construyen como contranarrativas de las narrativas normativas y en ellas se construyen identidades que no reflejan las mencionadas anteriormente. Algunos elementos que distinguen estas identidades construidas en la subalternidad y que se identificaron en la investigación se enumeran a continuación.

La historia de transitar a la adultez se construye alrededor de la trama de fortalecer la dimensión subjetiva de la agencia, es decir, de ser capaz de decidir sobre la propia vida. En esta trama, la adultez se desprende de las coordenadas etarias y se relaciona más bien con la toma de consciencia. Por ejemplo, Hilaria considera que ella no se sintió verdaderamente adulta hasta los 52 años, muchos años después de haber vividos los “hitos tradicionales” de adultez: dejar estudios, empezar a trabajar, unirse, tener hijos. Momento en que empezó un proceso terapéutico. Otro elemento interesante es que ella liga a la adultez con una cierta noción de autocuidado, se sintió adulta cuando se percibió como “merecedora” de descanso y de disfrute.

Otra trama de transitar a la adultez desde posiciones de mayor desventaja social tiene que ver con la militancia y la participación en instancias que buscan lograr una transformación de las condiciones en las que se desarrolla el trabajo doméstico. Después de un despido que es vivido de forma traumática, Estefanía tiene un punto de giro en su vida que le permite romper con una narrativa que difuminaba su identidad de trabajadora. Confundía las fronteras entre la familia y la empleada, y que permitía justificar la sobrecarga de trabajo, el evadir impuestos, etc. Este punto de giro le hace posible construir una contranarrativa, que implicó reconocerse como trabajadora con derechos, un cambio de narrativa para el que fue clave su acercamiento al sindicato. En el caso de Estefanía, su narrativa de adultez es, en parte, el relato de cómo logró hacerse oír y salir del aislamiento a partir de su participación en el sindicato y la escritura de sus memorias.

Ella utiliza la forma circular en que las arañas tejen sus telas como metáfora para identificar la forma en que trabajan las mujeres y la importancia de lo colectivo en su identidad adulta. La circularidad, en contraposición a la linealidad, hace referencia a cómo las mujeres deben desempeñarse en varios ámbitos de vida (trabajo y familia) de manera paralela. Esto es interesante si tenemos en cuenta que Simone de Beauvoir (1979), al reconstruir la fenomenología del “llegar a ser mujer”, encuentra que esta temporalidad estructura el tiempo femenino hasta convertirlo en un espacio sin tiempo, sin trascendencia, gobernado por la inmanencia. Sin embargo, en la metáfora de Estefanía hay una revalorización de la circularidad temporal que, cuando rompe con el miedo y el aislamiento, es decir, con la opresión de la división sexual del trabajo, tiende a la politización y colectivización. Esa circularidad se convierte en una puesta en común de las acciones y experiencias, en una posibilidad de entrelazarse con otras personas con reclamos similares, e impulsar luchas políticas.

Por su parte, en trayectorias marcadas por las desventajas, también se encuentran narrativas que valoran el trabajo, a pesar de las experiencias de precariedad e incluso de violencia, como un medio para lograr tener una cierta independencia económica y un “espacio propio”, un lugar donde escapar de situaciones tristes como la pérdida de un hijo o de una familiar cercano, o de situaciones de violencia doméstica.

Como vimos, Ida valora el trabajo como un refugio de situaciones difíciles experimentadas a lo largo de la vida, sobre todo en el ámbito familiar, pero también un espacio para crecer y aprender, a pesar de que se trasluce de su historia, que fue un trabajo precario, informal, inestable, sin garantías y sin descanso. Por lo tanto, parte del aprendizaje que tuvo en el trabajo fue el de desarrollar la capacidad de “sacar la voz”, a “rebelarse”, de empezar a defenderse. Su transición a la adultez está definida por esta trama, el desarrollo de la capacidad de defender sus derechos, de hacer frente a la discriminación y exigir lo propio.

La militancia de Ida por defender sus derechos, a pesar no estar encuadrada en acciones colectivas, está presente todo lo largo de su historia y es una dimensión muy importante en su formulación de una identidad adulta.

Dimensión fenomenológica de la clase y su peso para la construcción de la identidad

Se identificaron varios elementos sobre la vivencia de clase en las narrativas estudiada. En primer lugar, que, aunque la adultez esté marcada por el ingreso al mundo laboral, no todos los trabajos tienen el mismo estatus, ni se les otorga el mismo nivel de respeto. Por otro lado, también hay evidencia de la dimensión performativa de la clase, como las etapas de vida y el género, por ejemplo, al arreglarse, Ida reporta haberse sentido sancionada por no adecuarse a su rol de “limpiadora”, y por “desviarse” de lo esperado de la presentación personal de una limpiadora. En este sentido, esto nos remite a la conceptualización de la dimensión performativa de la clase desarrollada por West y Fenstermaker (1995) que señalan que, sin negar que las clases son el resultado de un acceso diferenciado a recursos económicos, políticos y sociales, es posible observar en la interacción diaria maneras en que la clase se presenta como “a situated accomplishment” (1995:26).

¿Qué caracteriza las identidades adultas sujetas a exigencias contradictorias entre ámbitos de vida?

Algunos otros hallazgos que se hicieron en la investigación se relacionan con la inadecuación de los ámbitos laboral y familiar. Las distintas imbricaciones entre ambos configuran las experiencias definitorias de la adultez para las entrevistadas. A pesar de la

doctrina de la separación de esferas y de que ambos ámbitos se presentan como ajenos entre sí, nos encontramos con que en la experiencia son inseparables, hay un movimiento continuo de las personas entre lo laboral y familiar. Este movimiento implica que hay una pugna por diversos recursos, tanto materiales como simbólicos. Recursos de tiempo, monetarios, de energía, de atención que están fluyendo continuamente entre los dos ámbitos según los cambiantes marcos evaluativos que sostienen las personas. La construcción de identidades se da en esta decisión continua sobre la distribución agénica de recursos. Las personas al contar sus vidas, reconstruyen sus historias recuperando aquellos episodios que mejor responden a las percepciones que tienen sobre sí mismas y con estas identificaciones explican y justifican las decisiones que implicaron “perder” en uno u otro ámbito.

Percepción y aprovechamiento de políticas públicas e institucionales de conciliación trabajo/familia

En cuanto a las políticas públicas e institucionales que buscan dar solución a la tensión entre las exigencias del trabajo remunerado y no remunerado, fue posible identificar en las entrevistas alguna evidencia de cómo son percibidas y aprovechadas.

Llama la atención que las políticas organizacionales y estatales diseñadas a dar respuesta a esta problemática en términos de exigencia de cuidado de infancias, parecen apearse a narrativas normativas de cómo se gesta, se cuida y ocurre la maternidad. Estas narrativas latentes hacen poco flexibles los instrumentos frente a situaciones que transgreden el desenvolvimiento esperado de los eventos.

Hay una tendencia en estos instrumentos a reproducir esquemas institucionalizados del curso de vida que dejan en un espacio de desprotección situaciones que salen de la norma. Dichas políticas tienen detrás narrativas normativas de cómo deben ocurrir y en qué condiciones deben ocurrir ciertos eventos que ponen en tensión la interacción entre ámbitos, como la maternidad. Algunos elementos de desfase entre ambos se enumeran a continuación:

- Las licencias de lactancia que implican el medio tiempo y la reducción de horario, a veces, no se acompañan de menos carga laboral, por lo que se experimenta como tener que realizar el mismo trabajo en menos tiempo y, por lo tanto, mayor estrés, sobre todo en puestos con mayores niveles de responsabilidad.
- A pesar de que las leyes establecen garantías para las personas gestantes, las actitudes y los ambientes laborales varían en la forma en la que reciben estos

eventos y hay formas de sanción informal, en las que la mística de la carrera sigue sancionando y reproduciendo las estructuras generizadas del trabajo remunerado.

- Frente a eventos como dificultades para gestar, partos con complicaciones, eventos de prematuridad en el recién nacido o de enfermedades, entre otros, las políticas se presentan poco flexibles para garantizar la mejor adecuación entre ámbitos.

Esto es interesante y nos permite abrir una cuestión para explorar en el futuro: ¿para quiénes están pensadas las licencias maternas según sus características y a quiénes benefician más y a quienes excluye? Y ¿es posible pensar en un sistema de seguridad social diferenciado que garantice realmente sus derechos a todas las mujeres teniendo en cuenta las características de sus ocupaciones, su nivel de responsabilidades tanto en lo familiar como en lo laboral, etc.?

Diversidad y tensión de narrativas institucionales para resolver la tensión entre ámbitos familiar y laboral

Otro punto a tener en cuenta, es que la institucionalidad que busca responder a las necesidades de cuidado de las familias para permitir una mejor adecuación entre los ámbitos de vida, no está exenta de tener en su interior una pluralidad de marcos evaluativos, por veces contradictorios, sobre cuál es la mejor respuesta a las necesidades de cuidado y si es mejor el ámbito familiar o institucional. Hay cierta evidencia de que podría haber posturas dentro del universo de los centros CAIF que se oponen las políticas de desfamiliarización del Estado, que buscan una distribución más equitativa de los cuidados en la sociedad, evitando la sobrecarga de trabajo en las familias, y, por lo tanto, de las mujeres. Los centros CAIF son centros de atención a la primera infancia, se trata de una política pública intersectorial que involucra al Estado, Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC), e Intendencias Municipales y que tiene como objetivo garantizar la protección de los derechos de los niños y las niñas desde su concepción hasta los 3 años, dando prioridad a familias en situación de pobreza y/o vulnerabilidad social. En el universo de actores de los CAIF podría haber posiciones encontradas, en el que algunos discursos siguen sosteniendo, con prácticas y discursos, el familiarismo, en contra a los esfuerzos del Estado.

Los discursos normativos sobre las prácticas de cuidado de menores que sostienen en parte la postura familiarista da cuenta de lo que Sharon Hays (1998) denomina “la maternidad intensiva”. Esta ideología revive y enarbola los discursos tradicionales sobre

maternidad y feminidad. En esta ideología, la maternidad es de nuevo vista como uno de los elementos centrales de la identidad femenina y promueve la lactancia exclusiva y prolongada, la importancia del apego del bebé, la dedicación de tiempo y pienso a la crianza. Se trata de una ideología generalizada, sobre todo en redes sociales, que tiene como principales rasgos tratarse de un enfoque centrado en el niño, en el que la madre es de nuevo considerada como la responsable principal del cuidado infantil y se reproduce la generización de la crianza y cuidados de menores.

La maternidad como un punto de giro en la trayectoria laboral

En cuanto a la maternidad, nos encontramos con que las mujeres entrevistadas, aquí nos referimos sobre todos a las mujeres con perfiles más privilegiados, señalan tener que procesar y aceptar las nuevas limitaciones que acompañan la maternidad y que implican pérdidas en el ámbito laboral, ya sea de horas de dedicación, de energía, de nivel de compromiso, es decir, todo lo que implica un espacio laboral generizado construido alrededor de la figura del padre proveedor, que se dedica de tiempo completo al trabajo y tiene cubierto el trabajo no remunerado por la mujer/ama de casa.

Se identifica una cierta ubicuidad de esta trama en las narrativas, sobre un proceso de desapego respecto del trabajo a favor de la vida familiar después de tener hijos, en las narrativas de mujeres con un cierto perfil: (1) un nivel socioeconómico medio o medio alto, en algunos casos, con varios ingresos en el hogar, y empleo formal y (2) acceso a una multiplicidad de soluciones más bien extrafamiliares (es decir, que no implican a otros familiares) para cumplir con las exigencias de cuidado de las y los hijos (contratar cuidadoras, jardines y escuelas de tiempo completo, transporte escolar, etc.). Estos elementos compartidos construyen una trama en la que las entrevistadas pasan a dar prioridad a su familia por encima de la mística de la carrera, y toman decisiones que implican costos para su crecimiento laboral con el fin de bajar las tensiones entre los ámbitos. Es interesante, que estos “ajustes a la baja” de perspectivas laborales se dan en las trayectorias con mayores privilegios y donde se observa una disponibilidad de recursos que expande la gama de soluciones.

De estas historias queda claro que hay una competencia entre los ámbitos de vida por los recursos y el tiempo de la persona, esa competencia se resuelve en parte en el continuo reacomodo de marcos evaluativos, que van dando más o menos prevalencia a cada ámbito en cada situación y en distintos momentos de la biografía. La negociación entre ámbitos y la distribución de recursos entre estos se resuelve en un espacio

fenomenológico de formación de prioridades y esto puede derivar en distintas transformaciones, algunas de las identificadas en las entrevistas fueron:

- Percepción de menor inversión, compromiso o autoexigencia en el trabajo.
- Cambio de perspectivas a futuro, por lo general, bajando la proyección de crecimiento laboral.
- Cambio de trabajo, ocupación o tipo de ejercicio (asalariado o independiente), por lo general, a posiciones menos ventajosas o atractivas.
- Transformación de la autopercepción como trabajadora.
- Abandono del trabajo remunerado.
- Transformación de la percepción instrumental del trabajo, pasar de verlo como un fin en sí mismo, como un espacio de construcción de una imagen deseada de sí mismo, a un medio para alcanzar otros objetivos.
- Transformación en las preferencias respecto a las características del trabajo, no sólo valorar la remuneración, sino otras características, principalmente, su flexibilidad en cuanto a su apertura para permitir cumplir con exigencias de cuidado.

Varias de estas respuestas pueden estar mostrando el aspecto más reflexivo y agéntico de las estructuras que reproducen el techo de cristal y la creciente ausencia de mujeres en cargos de mayores rangos jerárquicos. Es evidente que este crecimiento tiene costos mayores para ellas en términos de su balance en el reparto de recursos entre ambos ámbitos de vida, pues como vimos reflejado en varias narrativas, a mayores responsabilidades, la mística de la carrera se hace más fuerte y disminuye la flexibilidad laboral.

Mayor necesidad de negociar, mayor reflexividad

Esta negociación continua que hacen las mujeres entre ámbitos de vida se modifica a lo largo del curso de vida, debido a las transformaciones de las exigencias en los ámbitos, de su interacción, las dinámicas de cuidado, a la acumulación o pérdida de recursos, y también a la transformación de sus marcos de evaluación surgidos de identificaciones cambiantes. El resultado de encontrarse en una localización pivote entre dos narrativas contrapuestas, pero en su caso paralelas (la mística de la carrera y las narrativas generizadas del curso de vida), promueve la formación de un margen para la reflexividad y la intencionalidad.

Resulta interesante retomar este hallazgo para explorar en futuras investigaciones si es que en las narrativas de los varones hay un menor margen de reflexividad e

intencionalidad al momento de tomar decisiones sobre su balance entre el ámbito laboral y familiar o cómo se expresa y surge. La evidencia indirecta que surge de las narrativas de las entrevistadas, en los dos casos en los que se contó que la pareja experimentó algún revés laboral, sugiere que las entrevistadas no identifican una mayor dedicación o identificación de sus parejas con el ámbito familiar frente a la pérdida laboral, por el contrario, indican que la relación de su pareja con el ámbito familiar se ve afectada negativamente, por lo general, afectando el ambiente familiar en mayor o menor medida.

Fin de la historia

Finalmente, una de las contribuciones de la presente investigación es la de recuperar los aportes del enfoque narrativo para la teoría de género para comprender la formación de identidades. Este es un enfoque poco utilizado en la literatura feminista en la región y, en específico, en Uruguay.

El principal propósito del estudio fue explorar las diversas expresiones de la agencia en la formación de identidades de género en negociación con narrativas de curso de vida socialmente construidas para organizar la vida humana. Para ello se utilizaron tres herramientas conceptuales fundamentales que guiaron la investigación: identidades de género, cursos de vida y agencia. Estas categorías teóricas permitieron plantear las preocupaciones del estudio y comprender la información empírica relevada para dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿cuáles son las tramas de las narrativas de transitar a la adultez de mujeres con distintas trayectorias?, ¿qué nos dicen esas interpretaciones de las identidades de género que se están produciendo en la sociedad uruguaya actual? ¿cómo se relacionan las narrativas personales con estructuras sociales más amplias?

Hay dos ejes organizadores de las narrativas normativas de cursos de vida en las sociedades industriales: el trabajo y el género. Esto da lugar a la construcción de una concepción de la adultez generizada, en la que las tramas de cómo se espera que las personas lleguen a ser adultas expresan valoraciones distintas, enfatizan ciertos eventos más que otros, y en general, cuentan versiones distintas de la misma historia (la adultez) y generan sujetos sociales diferenciados.

A grandes rasgos, las narrativas de transitar a la adultez plasmadas por las entrevistadas, y que se pueden ver a detalle en la reconstrucción de algunas de las narrativas en el anexo 2, dan cuenta de que la adultez y el género no terminan nunca de fijar sentidos de identidad en las personas, que esto es algo cambiante y que se reconoce en como las entrevistadas identifican cambios de opiniones, de perspectivas a lo largo de sus vidas. Sin embargo, sí es posible identificar que las coordenadas de las personas en

las estructuras sociales (ocupaciones, educativas, etarias, de género), amalgamadas en la experiencia, configuran las tramas que las mujeres entretejen en sus narrativas y que dan sentido a su identidad adulta.

Las narrativas culturales de género y de curso de vida constituyen redes de interlocución en las que las mujeres entrevistadas construyen activamente sus identidades y las interpretan de forma narrativa constituyendo tramas. Este concepto se refiere a los sentidos que surgen de la narrativa, la moraleja o el punto que subyace, la respuesta a la pregunta ¿de qué trata mi historia? En contraposición a la lógica causal, no se busca develar cómo ocurrieron “realmente” los eventos, sino el sentido que crean. Es imposible sostener que las narrativas de las entrevistadas construyen todas las mismas tramas, sin embargo, si se puede identificar similitudes en razón de sus coordenadas sociales. Nos encontramos con una grieta importante en las tramas, relacionada con el nivel socioeconómico y el tipo de ocupación.

Las narrativas reconstruidas dan pistas de cómo la tensión entre el mundo laboral y familiar ponen en juego la identificación de género, ya que es un horizonte de evaluación. La identificación con ciertos discursos de género permite tomar decisiones, marcar prioridades en un esquema en que la competencia de recursos entre ambos ámbitos implica un juego continuo entre perder y ganar. Sin embargo, esta identificación no es constante. Por ejemplo, a pesar de sentirse más identificada con la figura de Susanita, y aunque esta identificación estructura la narrativa total, nos encontramos con episodios y reflexiones que dan cuenta de cómo se priorizó en ciertas situaciones lo laboral por encima de lo familiar, sin que esto ponga en cuestionamiento la identificación inicial. Esto podría dar pistas sobre la intermitencia del género, de la que se habló en el marco teórico. Y como sostenía Lois McNay, quien pugna por reconocer la agencia incluso en la “conformidad”, nos encontramos con que la identificación de género cumple en cierta medida la función de facilitar decisiones y el establecimiento de prioridades.

El sentido de la identificación de género para la identidad adulta es cambiante. Se transforma en distintos momentos de la vida, al enfrentarse con exigencias versátiles en cada ámbito (por ejemplo, etapas de crecimientos de los hijos, distintos niveles de responsabilidad en distintos puestos laborales, encontrarse cerca del retiro o iniciando la vida laboral, etc.). Cambiante, pero nunca silencioso.

ANEXO 1. Resumen de características de las trayectorias de los casos

En el anexo 1, se presenta el tipo de trayectorias y cuadros con un resumen de sus características principales.

1. Educación terciaria, convive con una pareja y tiene hijos.

Caso	Edad	Tipo de unión	Número de hijos	Edad primer hijo	Último nivel de estudios	Ocupación
Diana	31	Casada	2	28	Licenciatura	Escribana
Raquel	35	Casada	1	33	Maestría	Evaluación de políticas públicas
Renata	35	Casada	1	34	Maestría	Consultora independiente
Sandra	37	Casada	1	33	Licenciatura	Bioquímica sin actividad remunerada
Úrsula	39	Unida	2	32	Maestría	Funcionaria pública
Vanessa	40	Unida	2	35	Licenciatura	Contadora pública
Sonia	41	Casada	2	26	Licenciatura	Química farmacéutica
Yolanda	41	Unida	1	36	Magisterio	Coordinadora de CAIF ⁵
Berenice	42	Unida	1	35	Maestría	Funcionaria pública

2. Educación terciaria, convive con una pareja y sin hijos.

Caso	Edad	Tipo de unión	Último nivel de estudios	Ocupación
Georgina	32		Licenciatura	Trabajadoras y asistentes sociales de nivel medio
Karla	32		Licenciatura	Trabajadoras y asistentes sociales de nivel medio
Laura	33		Tecnicatura	Maestras preescolares

⁵ Los centros CAIF son centros de atención a la primera infancia, se trata de una política pública intersectorial que involucra al Estado, Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC), e Intendencias Municipales y que tiene como objetivo garantizar la protección de los derechos de los niños y las niñas desde su concepción hasta los 3 años, dando prioridad a familias en situación de pobreza y/o vulnerabilidad social.

Abril	42		Licenciatura	Profesora de idiomas
-------	----	--	--------------	----------------------

3. Educación terciaria, no convive con una pareja y tiene hijos.

Caso	Edad	Número de hijos	Edad primer hijo	Último nivel de estudios	Ocupación
Ilana	32	1	26	Maestría	Especialistas en políticas de administración
Patricia	34	1	29	Tecnicatura	Técnicos y asistentes farmacéuticos
Candelaria	43	2	30	Maestría	Especialistas en políticas de administración

4. Educación terciaria, no convive con una pareja y sin hijos.

Caso	Edad	Último nivel de estudios	Ocupación
Alondra	31	Licenciatura	Profesionales del trabajo social
Carolina	31	Maestría	Otras profesionales de nivel medio en actividades culturales y artísticas
Fernanda	31	Licenciatura	Maestras preescolares
Helena	32	Magisterio	Maestras de enseñanza primaria
Juana	32	Licenciatura	Profesionales del trabajo social
Nadia	33	Licenciatura	Especialistas en políticas públicas
Olga	33	Licenciatura	Profesionales de la enseñanza no clasificados bajo otros epígrafes

5. Educación básica completa, no convive con una pareja y tienen hijos

Caso	Edad	Número de hijos	Edad primer hijo	Último nivel de estudios	Ocupación
Delia	46	1	29	Liceo	Maestras preescolares

6. Educación básica completa, convive con una pareja y tienen hijos

Caso	Edad	Número de hijos	Edad primer hijo	Tipo de unión	Último nivel de estudios	Ocupación
María	33	1	33	Unida	Liceo	Empleadas de agencias de viajes

7. No finalizó la educación básica, convive con una pareja y tiene hijos.

Caso	Edad	Número de hijos	Edad primer hijo	Tipo de unión	Último nivel de estudios	Ocupación
Gisela	56	2	30	Casada	Primaria	Maestras preescolares
Hilaria	57	1	34	Unida	Primaria	Limpiadoras y asistentes domésticas

8. No finalizó la educación básica, no convive en pareja, y tiene hijos

Caso	Edad	Número de hijos	Edad primer hijo	Último nivel de estudios	Ocupación
-------------	-------------	------------------------	-------------------------	---------------------------------	------------------

Beatriz	31	1	23	Secundaria	Secretarias (general)
Wendy	40	2	21	Primaria	Limpiadoras y asistentes de oficinas, hoteles y otros establecimientos
Zelma	42	2	18	Primaria	Limpiadoras y asistentes domésticas
Estefanía	52	1	29	Secundaria	Limpiadoras y asistentes domésticas
Ida	65	4	18	Primaria	Limpiadoras y asistentes de oficinas, hoteles y otros establecimientos

9. No finalizó la educación básica, no convive en pareja, y sin hijos

Caso	Edad	Último nivel de estudios	Ocupación
Flavia	53	Primaria	Limpiadoras y asistentes de oficinas, hoteles y otros establecimientos

ANEXO 2. NARRATIVAS

Diana **31 años**

Viví siempre en Montevideo. Mi madre es bióloga, pero ejerció muy poco sólo de recién recibida y un poco ya siendo madre y después ya dejó. Después hizo un millón y medio de cosas, pero nada relacionado con eso. Mi padre se dedicó igual mucho a nosotros, fue mucho ama de casa. Y mi padre es ingeniero agrónomo. En realidad, no se recibió, pero siempre trabajo de eso. Tiene un escritorio rural y después, empezó con las exportaciones de ganado en pie y eso.

Arranqué a trabajar a los 16 años, dando clases de inglés. Primero porque siempre fui muy independiente y porque lo necesitaba sí. Y mis padres ahí, en realidad, cuando tenía catorce o quince años, se separaron. Entonces como que también lo ameritaba. Nosotros somos cinco hermanos. Y entonces, arranque con eso, porque viste que en realidad tener, al tener poca experiencia, ya que era re chica a los dieciséis, y como que mucha cosa tan diferente, no podés hacer. Y me acuerdo que tenía re buen inglés del colegio y me gustaba dar clases a niños.

Me sentía orgullosa de tener mi propio ingreso. Era como que te sentís bien que estas tratando de contribuir con tu casa, porque siendo cinco hijos, era bastante. Siempre fui como que muy responsable, muy de pensar “mamá como haría para...”. Entonces, me hacía sentir bien que por lo menos estaba ayudando en algo.

Y estuve pila. Habré estado tres, cuatro años dando clases de inglés, pero lo dejé cuando empecé la universidad. Ahí estuve un año solamente estudiando. La elección de la carrera de escribanía fue muy básica. es muy básica en realidad mi elección, muy básica. En realidad, a ver, ahora sí me encanta, pero en ese momento no sabía mucho. Y mamá que sí me conocía mucho, me dijo “Diana, vos que sos bien Susanita, que te encanta tu familia, escoge escribanía que es algo que va a ser bien compatible, para ti y cuando te hagas tu familia”, y la verdad que fue tal cual. Y, aparte, no sé cómo es allá, pero acá es, la verdad que es una carrera bien de nena, o sea, de mujer. Mismo vas a la facultad y somos casi todas mujeres.

Susanita acá le decís a las personas que le gusta... A ver, bien de mujer, bien de eso de que te gusta tener tu familia, tus hijos. A ver, no sé cómo decirlo. Desde un principio como que no era la que me iba a importar mi trabajo, mi trabajo y chau. Igual, hoy día lo disfruto muchísimo. Me encanta, me encanta lo que hago. Me encanta, me plantearía dedicarme totalmente a ellos si alguno tuviera un problema, pero ahora están yendo al colegio y todo, y como que ellos también necesitan sus espacios. Me parece sano, aparte también. Y además llego a las 16:30, y ahí estoy toda la tarde con ellos. Pero más allá de eso, es eso de que te gusta la familia, te encanta. No tanto el estereotipo de chica que es más profesional, más dedicada a su carrera. Y para mí la familia ha sido siempre mi objetivo principal. Obviamente, me encanta trabajar y lo disfruto muchísimo y también, es una forma de realizarse. Pero para mí, mi objetivo principal es la familia.

Y la verdad es que escribanía sí es re compatible. Y aparte una vez que empecé a estudiar me encantó, a mí me encanta el derecho. O sea, seguí derecho y no sabía dentro de esa rama qué hacer. Son seis años. Hasta cuarto es tronco común, y después son dos años en que se separa cada rama. Después, unos arrancan a estudiar todo lo que es los escritos

judiciales y nosotros empezamos a estudiar todo lo que son las escrituras, las compraventas, certificados, testimonios, todo.

Al arrancar la carrera, estuve un año sin trabajar. Al año empecé a trabajar con unos corredores de bolsa. Por eso, al principio, no adquirí mucha experiencia en todo lo que es escribanía. Trabajaba en la parte legal, pero era más bien lo que es *compliance* hoy en día. Todo lo que es la parte de los bancos, prevención de lavado de activos, todo eso. Entonces trabajaba todo con eso. Y ahí estuve, estuve como tres años. Hasta que me pidieron hacer ocho horas, y creo que estuve un año más haciendo ocho horas y me di cuenta que no me recibía más, y chau, me fui.

A ese trabajo llegué por una amiga que estaba en la Universidad de Montevideo, me dijo que había una vacante. Yo en realidad fui a la facultad pública y no sé allá cómo se maneja, pero acá, las financieras, y más estas que son bastante familiares como en la que yo entré, se manejan mucho con bolsas de trabajo, de gente conocida o más chica, eso. Y mandaron a la Universidad de Montevideo. Entonces esta amiga mía me comentó que estaban buscando y, él que sería el jefe, yo lo conocía porque era hermano de una que conocía porque había estado en el colegio y eso. Entonces, mandé y quedé.

No me acuerdo tanto que significó porque van pasando los años y te vas olvidando. Pero, tampoco me lo cuestionaba mucho. Yo tenía que trabajar y chau. Yo soy muy responsable. Muy de lo que tengo que hacer y hay que hacer y chau. No me planteaba no trabajar. Yo soy muy exigente, muy exigente conmigo misma. No me planteaba otra cosa. Me parecía que tenía que trabajar y estudiar y chau. Mismo para ayudar en casa o para mí. Soy muy exigente. Que dicen que no está muy bueno, pero... Sí, soy re exigente. siempre, es como que siempre estás desconforme, porque nunca llegas a... Digo, te hablo a grandes rasgos, obviamente hoy día te puedo decir que estoy feliz con todo lo que hago. Pero hay veces que me gustaría no ser tan exigente. Y en ese momento, tenía que hacerlo y chau. Lo veía como que no tenía otra opción también.

Además, acá estudiar y trabajar es re común también. A ver, la gente que se recibe sin haber trabajado es rarísimo y le cuesta el triple conseguir trabajo que a alguien que se recibió trabajando, pues como que ya vas agarrando experiencia. Es como que son dos cosas paralelas. Te da todos los conocimientos, pero el trabajo te da la calle, te da todo. Te da el saber lo que es un juzgado, saber lo que es una escritura, lo que es ir a DGI y liquidar un impuesto que, lo podés haber calculado, pero no es lo mismo, ni cerca.

Y bueno, iba a la facultad toda la mañana y luego trabajaba seis horas en Ciudad Vieja. Terminaba llegando a mi casa a las siete y media, ocho. Iba a facultad de ocho a doce. Entraba doce y cuarto, doce y media, porque me iba del Centro a Ciudad Vieja. Y después salir de Ciudad Vieja a las seis, seis y media, terminaba llegando siete y media a la casa, porque el tránsito en ómnibus está salado. Y, aunque yo soy muy organizada, obviamente que me estresaba, pero era un estrés lindo. Cuando me empecé a sentir mal, era cuando arranqué ocho horas. Ahí si era como, “ta, chau, no me voy a recibir más”. Tampoco me veo toda la vida acá, la realidad es que no voy a ser escribana acá adentro. A no ser que me quiera dedicar a esto, y no me veía.

Poco después de empezar con ese trabajo me ennovié con un chico con el que estuve seis meses como mucho. Estuve poquito. Y después salí con alguna otra persona, pero hasta conocer a mi esposo pasó bastante. Lo conocí hasta los 25 en una fiesta.

Hasta que me casé viví en casa de mi madre. Nunca me planteé irnos a vivir juntos con mi pareja antes de casarme por cuestión de principios. Además, sabía que ya venía el paso o de nos dejamos, o me caso. O sea, como que ya sabía medio por donde venía la mano.

Y esperé ahí un tiempo hasta que nos casábamos, y a los dos años nos casamos. Como que tampoco tuve tanto tiempo, si me decís que llevábamos un noviazgo más largo, pero fue re rápido. Nos casamos a los dos años de empezar a salir.

Yo me esperaba la proposición de matrimonio, no fue una sorpresa. Como que lo veníamos hablando y todo. Y quieras o no es cuatro años más grande que yo. Ya capaz que estaba como para otra cosa. Tenía veintinueve, treinta, cuando yo lo conocí. Entonces, como que, capaz que, si me hubiera ennoviado antes, si capaz que demorábamos un poco más. Y él ya conociéndome, sabiendo cómo pensaba y eso, sabía que era o eso, o alargarla un poco más, o ta, y terminamos hablando y poniéndonos de acuerdo. Él sabía que mi proyecto era casarme, tener familia. Mi proyecto siempre fue casarme y tener una familia. Hay veces que es difícil, que no encontrás a la persona adecuada, o a la persona que tiene tus mismos intereses. O capaz que compartís todo, pero no tiene tus mismos valores, entonces por más divino y bueno que sea, si no compartís como cosas básicas es como que, para mí es re difícil. Para mí, no es que tenés que compartir todo, de hecho, con mi marido somos bastante distintos en, o sea, tenemos distintas visiones de la vida muchas veces o, no sé si de la vida. Pero si lo básico lo compartís, entonces ta. Eso es lo que me lleva a decir sí, realmente, más allá de que pienses en esto blanco y negro, como que, si compartís tu ideal de vida, crea que está bien. Los dos queríamos casarnos, formar una familia, tener una familia grande, Más allá de si lo podemos lograr o no, porque económicamente este país es muy difícil, pero como es importante tener los dos el mismo proyecto. Después si se puede lograr o no es otra cosa.

Comenzar a vivir con mi esposo fue un cambio muy importante. Para mí estuvo salado, porque aparte nunca había convivido con nadie así, tipo pareja. Después, aparte, soy re de mi familia, y al principio extrañaba pila, estaba feliz y chocha, pero extrañaba pila. Nosotros, imagínate, somos cinco hermanos, él trabajaba pila y yo había veces que capaz que llegaba antes, entonces extrañaba, estar sola en la casa era como raro. Pero obviamente que estaba chocha y feliz, pero obviamente es todo nuevo.

En cuanto a la vida cotidiana, fue todo muy bien. Mi esposo es del interior, él vivía solo hace mucho, desde los dieciocho años que se vino para acá. Entonces, es una persona que, hasta el día de hoy, no es que tenés que pedirle que haga las cosas, y eso porque, porque sabe hacerse todo. No es, por ejemplo, mis hermanos son mucho más inútiles porque no tienen ni idea. Mamá es la típica de hacerles todo a los varones, y todo bien, ¿eh?, la nena es como que... sos más de hacer. Pero, él se cocinaba, se ponía a lavar la ropa, se planchaba, se hacía la cama, de todo. Nada de que es un despelotado, nada. Cocinábamos entre los dos, y yo siempre fui re organizada, re ordenada. Me acuerdo que limpiábamos entre los dos, los fines de semana. Como que por ese lado todo fue muy bien. Porque aparte mamá nos tenía re entrenadas. Nos enseñaba pila de cosas, la ayudábamos a hacer la casa. Mismo los últimos años que capaz que había poca plata, y limpiábamos nosotras y todo. Somos cinco, tres nenas. Entonces, imagínate, una pasaba la aspiradora, la otra pasaba el plumero y la otra no sé, aparte me gustan las tareas del hogar.

A los tres o cuatro meses de casarme me embaracé. Fue enseguida. Todos chochos. Primero, la sorpresa porque supuestamente a mí se me iba a dificultar un poco quedar embarazada porque tenía no sé qué malformación, viste que siempre te dicen y después terminas quedando al toque. Y, en realidad, queríamos probar, porque yo soy operada del corazón. A los tres meses me operaron de bebé en Estados Unidos, porque acá no me operaban tan chiquita. Y había un cardiólogo que me había dicho que por ahí me costaba mucho el embarazo, y que me podía llegar a cambiar los valores, y tenían que operarme

de vuelta. Entonces, fue todo un tema ahí. Y por lo menos quería probar para sacarme, en vez de probar a los treinta y seis años por primera vez, que capaz que la pasaba mal. Y yo sabía que un hijo solo no quería, por lo menos darle un hermano al otro y chau. Obviamente, si podía tener más mejor. Pero siempre, por lo menos dos, y la verdad que por suerte pasé bárbaro, re bien. Después quedé del gordo, me costó un poco más, porque también era más grande, el bebé en sí, y yo estaba con G ya, que quieras o no, es como me decía la ginecóloga, no es lo mismo estar embarazada y no tener ningún niño de que ocuparte que estar embarazada y ya tener uno.

En mi familia yo fui la primera en casarme y tener hijos. Fui un conejillo de indias yo. Después los que se fueron casando, ahora solo falta uno casarse, después todos se fueron casando. Mi hermana mayor tiene una hija que es tres meses más grande que mi bebé. Y después mi hermana más chica está embarazada. Pero les re costó. Mismo en el tema de relacionamiento, todo, les re costó. A mis padres mismo al ser separados era la primera vez que los unía algo de vuelta, era un bebé, un bautismo, un cumpleaños, como que algo que los unía de vuelta. Porque nunca más se tuvieron que ver por nada. Fue como que ahí. Después, los últimos, mamá la llevó de taquito, era una genia, pero claro, el primero era todo un no sé qué. Entonces fui medio un conejillo de indias. Me hubiera gustado no serlo.

En el momento de casarme yo ya me había ido del trabajo de ocho horas, ahora trabajaba en un estudio en temas de prevención de lavado de activos. Ahí me mantuvieron un horario de seis horas para continuar con mis estudios y poder terminarlos.

Recibirme fue muy importante. En mi casa mismo. Primero porque fue de las carreras más largas de casa, por ejemplo, mis hermanos fueron a facultad privada cuatro años. Y fue todo tipo, encima que eran seis años, creo que me llevaron siete o siete y medio, ocho, para recibirme. Entonces fue tipo “no lo puedo creer”. Fue todo un logro. Como que se recibieron todos conmigo, Mismo por lo sacrificado que es la facultad mismo. Hay veces que tenés parciales de ocho horas en los que teníamos que hacer escrituras, estaba salado. Era demencial. Eso es algo como un atraso, algo que tienen que cambiar, porque evidentemente nadie puede razonar ocho horas seguidas.

Después de recibirme, sentía que no estaba haciendo lo mío o lo que me iba a dedicar, porque no hacía nada de escribanía. Después, dejé ahí y me fui a otro estudio que fue el último que estuve antes de largarme sola, y la verdad que fue re mala experiencia. Mi jefa era una persona mala y de pocos valores. ¿Viste esas personas que igual siendo mujer y siendo madre como que no cuida la familia, la mujer? Más allá de que está tu trabajo, por delante tenés mujeres, y tenés mujeres que están formando sus familias también, y como que ella lo único que le importaba era laboralmente crecer, crecer, que su estudio creciera y chau. Y por suerte me terminé yendo, porque me sentía horrible.

Porque era una persona que no me apoyaba para nada. Pero, así como no me apoyaba a mí, no apoyaba a nadie, dejaba a todas llorando porque, como que era una persona que ni siquiera te dice cuando haces las cosas bien. Te marca lo malo, entonces te llama y te decía de todo, de arriba abajo. Y es un estudio que sigo hablando con las chicas que están ahí y no hay quien la esté pasando bien. O sea, no es un lugar agradable para trabajar, tiene mala energía.

Tuve a mis dos hijos trabajando ahí. A G. la tuve de 28 años y al otro gordo de 29 y poco, re seguidos. La maternidad fue un cambio. Me costó mucho ¿no? soy muy complaciente, cumplida, tipo de llevar al nene para que lo vean. Y al final dije, si voy a vivir así toda, mi vida va a ser, voy a vivir haciendo el cumplido. Y ahora soy más de agarrar los nenes

e ir a hacer un programa yo, no sé cuánto. Pero era claro, que todo el mundo los disfrute, y que todo el mundo no sé qué. Entonces creo que yo cambie un poco con ellos en ese sentido, y no ser tan complaciente o complacerlos. Ellos capaz que sintieron ese cambio conmigo. Como que te posicionas desde otro lugar yo creo, ¿no? Desde ya teniendo una familia y tener que darles bola también a otras personas que dependen de ti. Creo que se da todo un cambio ahí, sí. Inevitablemente.

Tener un hijo fue divino. Al principio me costó darme cuenta. Por ejemplo, me sentí mocho más madre en seguida con el gordo que con mi primera hija. G. era como que la mirabas y es divina, pero no entendía si era mía, del vecino, de quién era, era como que no entendés. Por lo menos a mí me pasó. Hay gente que capaz que es mucho más maternal. Yo, aunque soy re Susanita y eso que te contaba, soy re racional. Hay gente que capaz que es mucho más sentimental y lo siente a flor de piel desde que nacen. A mí, me costó. Si, ojo, ni ahí tuve una depresión posparto, un rechazo ni nada. Hay gente que tiene. Esas cosas, nada, ni cerca, divina. Tipo la abrazaba, pero siento que fui mucho más madre desde el principio con mi segundo hijo. Mismo los embarazos fueron distintos. El bebé ya era desde el día uno “ay, que divino, que no sé cuánto”. Con G. era “no entiendo, qué es esto, tengo un bebé adentro”. No entendés nada, es todo nuevo. Te re cuesta. Y habré caído capaz a los tres, cuatro meses de ella.

No fue mucho tiempo, pero cuesta darte cuenta, adquirir el sentimiento de madre, de que te sentís madre. Igual no hubo un momento que me diera cuenta, se fue dando. Con el bebé lo sentí desde el día uno. Capaz que fue en el sentido, yo también lo pienso para atrás, de que fue todo tan rápido que me casé, que me embaracé, que capaz que no me dio el tiempo de meditar nada ni de pensar, “Ay estoy casada”, “Ay tengo un hijo”. También, no tenía ningún sobrino, o sea, sentimientos parecidos, porque yo veo que mi hermana, por ejemplo, muere con ellos, se derrite con ellos, me dice “no puedo creer que ser madre sea más que esto”. Claro, entonces a mí me toco todo muy rápido y encima como que la primera. Entonces como que no tenía ningún sentimiento parecido como para compararlo. Fue en este trabajo que no me gustaba, en ese tuve al segundo bebé. Creo que, es más, no me estresé tanto en quedar embarazada, en el sentido que ni siquiera era el trabajo que quería, no quería saber de nada. Sabía que quería tener otro hijo, y no me importaba cuidar ese trabajo. Sabía que para mi jefa no era bienvenido ningún bebé. Más allá de que acá son tres meses de licencia maternal y estás de vuelta. Tampoco es tanto tiempo, y esos tres meses en realidad te los paga el BPS, no el empleador, puedes pagar una suplente. Pero no estresé, sabía que no quería seguir ahí.

Sabía que ocho horas no quería trabajar. Sabía que no quería, ni podía dejar de trabajar, también, porque es la realidad, hoy en día. Pero también sabía que no quería eso. La realidad es que venía re estresada por el tipo de trabajo, por la energía que había ahí adentro, por todo. Entonces venía y todo lo que me había largado mi jefa capaz que me daban ganas de matarlos a ellos, porque venís con poca paciencia, venís cansada, venís agotada, venís con todo. De que no es sólo todo lo que tenés que hacer en el trabajo, sino escribirle a M., que es la que los cuida cada tanto, cómo van, o “acordate de mandarle el regalo, que G. tiene un cumple en el jardín” o no sé cuánto. Compra el queso rallado para cocinar tal cosa o tal otra. Son como muchas, muchas cosas y llegas y decís “no los disfrutaba”. No es esto lo que quiero. Ojo, conozco gente que sí que es lo que quiere, pila de madres que lo llevan así, que trabajan ocho horas y que es lo que les gusta. Conozco algunas que trabajan ocho horas y que les gustaría trabajar mucho menos, pero por ahora no pueden. Como que hay de todo un poco.

Y ahí fue cuando me tiré independiente, aunque no tenía nada. Y ya medio que conocí a una escribana que alguna cosa me pasaba. Pero la realidad es que con eso no iba a poder vivir yo sola. Mi marido, fue una decisión de a dos, banquemos unos meses a ver cómo me va, bécame a ver si puedo empezar de a poco. Acá todo el mundo te dice que es una experiencia mandarte, esta bueno, pero tiene sus, que podés pasar un año, un año y medio piloteándola. Como que no es así de fácil, no es que te tiras y estas lleno de trabajo y todo, porque también hay muchísimos estudios. También hay pila de crisis, entonces la gente está achicando, y lo primero que achicas es no me compro una casa, no me compro un auto. Haces un certificado, cosas así, pero no es lo que, no es lo que más te va a dar plata o te va a servir para vivir.

Por suerte se me dio esa posibilidad, encontré a esta persona. Que fue medio que nos jugamos y después me salió bárbaro. Espero que, yo no quiero que se jubile el año que viene, en el sentido de que quiero seguir por lo menos aprendiendo bastante más de ella. Capaz que uno o dos años más. Y me veo ejerciendo de independiente, con ella, pudiendo tener eso. Lo bueno que tiene es que si yo me quiero levantar a las cinco de la mañana y trabajar hasta las diez de la mañana seguido, y después no sé, dedicarle a ellos cuatro horas a ellos a media mañana, almorzar con ellos y después seguir de tarde puedo hacerlo. Eso es lo bueno. Entonces es ideal. Y en lo que me veo es eso. Y poder crecer para por lo menos tener para, como yo le digo a mi marido, las comodidades medias. O sea, ni ahí pretendo, ninguno de los dos, creo, ganar plata para viajar o no sé qué, no sé cuánto. Lo único que nos interesa es tener una familia, lo que queremos es tener una familia grande si podemos, y si no, nos quedamos por acá. Pasa que claro, yo le digo a mi marido, él tiene tres hermanos, y para él tres está bien. Y yo le digo “para mi tres no es nada”. Porque claro nosotros somos cinco, yo vengo de esa mentalidad. “Diana ubícate”, me dice, ahora cinco es un disparate. Cinco puede ser mucho, si yo misma queriendo trabajar, creo que no me gustaría tanto. Pero capaz que tres, cuatro, me gustaría.

En cuanto a seguir estudiando o hacer una maestría, acá en Uruguay, lo que tenés es bastante básico. Tene todo lo que es la Universidad de Montevideo, la Universidad católica, pero la verdad que no son muy buenos. Mismo ahora mi marido que está haciendo uno. Yo lo que hago siempre es tratar de hacer cursos de actualización. Como que siempre estas estudiando, siempre. Pero la verdad que somos mucho más prácticos y por lo menos, no es lo que aspiro ahora, a corto plazo, que ellos son chicos. Capaz que en dos años más, y que mi marido ya termino el otro, puedo decir capaz que ahora puedo dedicarme dos tardecitas a ir a clase y hacer algo. Pero lo veo más en el sentido, capaz que la gente lo hace, es por tener ese otro escalón, que hoy día no lo estoy necesitando porque esta señora con la que trabajo tiene muy buenos clientes, y lo estoy cubriendo con todo lo que son cursos intensivos de tal cosa y tal otra.

Viendo todo esto, pues sí, obviamente que me considero re adulta. Y para mí la adultez es un poco de cambio de perspectiva, de ver la vida, de madurar, de hacerte tu responsable de tus cosas. Más allá de que formes una familia o no, creo que es mirar la vida desde otra perspectiva. Cosas que dependen de ti, el tener una casa, el que tengas que hacer funcionar esa casa. Desde lo económico hasta lo que conlleva todo. Es como que, es totalmente distinto.

Y me considero re adulta porque siento que me fueron pasando pila de cosas. Tipo, el tema de la separación de mis padres, capaz que a los quince fue como un, tener que salir a trabajar, y todas esas cosas. Es más, hay veces que me hubiera gustado no ser tan, o sea

no quemar tantas etapas, y ser como que... siempre fui bastante madura y adulta en ese sentido.

Vanessa

40 años

Soy contadora pública y soy contadora central de F, es larga la historia porque en la Universidad en sí, ingresé como estudiante de ciencias económicas, como becaria en la Facultad de Derecho y después de sucesivos concursos, una vez que me recibí este ingresé con cargos de asistente, después concursé para cargos de ingreso de contador y, a lo último, empecé a ejercer el cargo de dirección que es este: Dirección de Departamento. De alguna forma le llamamos acá como Subrogado, es decir, te asignan las funciones, pero no tienes el cargo titular ganado por concurso todavía, pero como no hay nadie que lo pueda hacer, no hay titulares disponibles, se le asignan las funciones a gente que se entienda que lo puede realizar. Así estuve muchos años y hasta hace dos años que realmente hubo un concurso titular que lo gané, a hora sí tengo el cargo de Dirección efectivo, digamos.

Yo no soy de Montevideo, soy del interior. Mis padres son comerciantes. Ninguno es profesional, se dedicaron toda la vida al comercio y todavía tienen un comercio en el pueblo donde viven. Y siempre me gustaron los números, pero no tenía tan claro qué quería estudiar, o sea, me parecía muy lejano en realidad en su momento venir a estudiar a Montevideo, no estaba como en mis planes en el inicio.

Yo tenía novio en Minas que es en la ciudad en la que hice el liceo, que hice los últimos años y yo quería seguir dándome con las amistades y todo. Yo quería seguirme quedando ahí, para seguir en esa misma cuestión de salir y yo que sé, pero surgió la posibilidad de que existían becas de apoyo a estudiantes. Yo tenía una amiga muy cercana con la que siempre estábamos siempre juntas.

Allí como que me empezaron a insistir, más que nada en su momento fue mi cuñada actual, la esposa de mi hermano que ya se había venido a estudiar y decía “¿por qué no se viene a Montevideo?” Y yo me acuerdo que fui a un lugar que hay en Minas que se llama la de la Cultura y allí estaban todas las carreras que había, porque en aquel momento uno iba al liceo y la verdad que nadie te informaba “existe esto y aquello” no, “vayan ahí que ahí los listados de carreras que existen”. Y creo que fue como más que nada por descarte que dije “en cualquier caso haría esto”.

Siempre me gustaron los números, no me gustaba la historia, nunca me gustó como esa parte, entonces siempre estaba más abocada a esto. Y bueno, ahí empezó como la etapa de convencer a mi amiga porque era como cuando tienes una amiga muy cercana de la que no te quieres separar. Traté de convencerla de que también viniera conmigo ¿no? Y ella estaba como en condiciones económicas realmente muy ajustadas, entonces, si no tenía un apoyo extra no iba a poder venir. Y bueno, averiguamos de las becas que existían de apoyo y me acuerdo que la convencí y nos vinimos a estudiar acá.

Mi madre siempre quiso que estudiara, mi padre no tanto, él yo que sé, no sé, pero en general mi madre fue la que más quiso que siguiéramos estudiando y mi hermano que también que es un poco más grande que yo, si bien todavía él en ese momento no había podido venirse para Montevideo a estudiar. Después sí, hoy por hoy ya es ingeniero y se vino un poquito después que yo por temas laborales. También por ese lado me incitaron

a venir y la verdad que para mí en realidad era muy lejano. No me imaginaba entrando a la facultad, no sé.

Implicaba que obviamente, más allá de que es cerca, para nosotros eran dos horas de viaje y un costo en pasajes que en aquel momento no era como algo viable como para viajar todos los días, era ya como que venir como a quedarte, al menos en la semana.

Y nos venimos y acá existen los hogares estudiantiles, que le llaman, que son como hogares residenciales que reciben a chicos del interior. Como que son subvencionados por las autoridades departamentales, por los gobiernos departamentales de alguna manera, la mayoría de los gobiernos departamentales tienen una casa que, si vos vas y hacés una solicitud y mostrás que sos de recursos medios o bajos, y solicitás poder venir y realmente pagás muy poco. Yo ahora no sé, pero en su época realmente era muy poco. Casi que no pagabas nada por el alojamiento. Y estabas con otra gente que ya estaba hace más años y entre todos se ayudaban como a aprender, porque en general, la mayoría que veníamos no habíamos venido mucho a Montevideo antes, muy poco, no conocíamos. Siempre andabas con más gente. Yo ahí conocí a mis mejores amigas de hoy. Allí, en ese hogar, estudiábamos lo mismo y te hacías de tu grupo y bueno, ahí te movías, en general siempre te movías con alguien, no te movías solo.

Yo ya había salido antes de casa de mis padres, porque ellos no vivían en Minas, sino a 20 km que no es nada, pero, en cualquier caso, los últimos tres años de liceo los hice en un hogar estudiantil que había en la capital para estudiantes de Minas. Entonces, mi primera salida de casa fue a los 14 años. Ahí me costó un poco, pero era por un tema de horarios de ómnibus que para viajar tenía que irme tipo a las 8 de la mañana y volverme a las 6 de la tarde, entonces me era más conveniente quedarme en la semana allí. Al principio si extrañé, pero después me sentí libre.

Ya era muy independiente entonces el hecho de venirme para acá no me cambió mucho. No es que extrañé mi casa en sí, quizás extrañar un poco sí, más que nada estar en el lugar, en Minas y si, la verdad que en los primeros era Minas y si, la verdad que en los primeros tiempos era venirme en el último ómnibus posible el lunes e irte cuando terminaras la última clase. Nos veníamos el lunes, me acuerdo, a las 5 de la mañana para no venirme en domingo y tener que pasar la noche del domingo acá. Estábamos sí, toda la semana.

Yo particularmente fui como muy independiente siempre ¿no? como que siempre me resolvía mis cosas y siempre fui como de no requerir la opinión de mis padres o de alguien para resolver situaciones en general. Aunque siempre me fui moviendo con los mismos amigos que fuimos viviendo las mismas.

En realidad, en esa época que estuve allí en Minas, me acuerdo que cuidamos unos niños con unas amigas, que yo no puedo creer que esas madres nos dieron esos niños para cuidar a nosotras. Nosotras me acuerdo que con tal de tener algo extra para comprarnos alguna pavada tomamos el trabajo, fue como muy informal y muy poco tiempo.

Fue mi primera experiencia de trabajo, de tener una responsabilidad de ir a cuidar, íbamos de a dos me acuerdo y después creo que yo estuve no me acuerdo cuánto fue un tiempo sola y eran como dos o tres niños y yo no sé qué hacía ahí, porque hoy que tengo dos hijas, te juro que no sé cómo me hacía cargo de esos niños. Ahí tenía 15 o 16, no me acuerdo. Dementes los que nos contrataban para cuidar a sus hijos.

Y era tan poco lo que ganaba, pero me parece que era feliz de comprarme algo, ropa, que era producto del trabajo, pero ta, fue muy poco en realidad, después fue esa experiencia y después ya no trabajé.

En los primeros años acá ya teníamos el apoyo de la beca, y yo no trabajé hasta el 2000. Ahí ya entré a un banco, una pasantía en un banco, fue mi primer trabajo que la verdad que ahí el ingreso era bastante. Y ahí seguía estudiando. Es muy característico de los estudiantes de esta facultad, empezar a trabajar antes de recibirse. Eso es una característica bastante, que se repite bastante, porque hay bastante demanda de trabajo para estudiantes, por lo menos ahora como que la carrera se hace más rápido y no sé si es tan así, pero por lo menos en la época nuestra la carrera era un poquito más larga y costaba un poco más recibirse, tomaba más años.

Me recibí en el 2004. Pasa que las carreras eran 5 años, más una monografía de hacer a lo último y sí, yo tuve un año unos temas personales ahí, que no seguí estudiando mucho, que hice pocas materias. Entonces, ponele que me llevo 7 años en total. Yo me acuerdo que empecé el trabajo final una vez que terminé todas las materias, entonces fue como un año y pico, y entre que se extendió que me aprobaran la mesa y no sé qué, terminé tardando como un año y pico más.

Ahí ya trabajaba. Empecé a trabajar en el tercer año de la carrera. Fue la primera experiencia que me encontré en una oficina. Era en un banco, entonces era como una pasantía. Me acuerdo que para los funcionarios, vos eras el pasante y te ponían a hacer una cosa así muy... Me acuerdo que me mandaron a un barrio de acá de Montevideo muy complicado al principio, estuve un mes y medio lejos, en el Cerro, que es un barrio complejo, entonces, me implicaba ir en ómnibus y todo, igual, me fue bien allá. Y después un mes y medio más en una casa central que me pusieron a hacer un trabajo muy mecánico y pagaban muy bien.

Ahí yo me acuerdo que lo ahorré, ese ingreso lo ahorré, lo ahorré, pensando en una vivienda o en algo. Porque aparte ya te digo, a su vez tenía la beca, y eso lo ahorré. Porque aparte ya te digo, a su vez tenía la beca, vivíamos en aquella época, vivíamos entre 4. En ese año ya nos habíamos mudado a un apartamento con amigas. Y mi hermano que ya se había venido. Entonces era barato y pagábamos entre todos y me daba como para ahorrar. El cambio al apartamento fue muy positivo en realidad porque yo ya venía de convivir con tanta gente. Yo para estudiar no tenía problema porque siempre fui de concentrarme sin problemas, viste que cada uno tiene su grado de concentración y su dificultad, y mucha gente sufría más que nada eso ¿no? Poder concentrarse viviendo con tanta gente en una sala de estudio que había 20, 30 personas. Pero yo más que nada sufría el dormitorio. Los primeros años lo compartimos como con los propios compañeros de la facultad, entonces ahí nos hicimos esa amistad y compartís los mismos horarios de clase y todo, pero el último año recuerdo que hicieron una experiencia de mezcla de facultades en los distintos dormitorios, dormíamos de a 6, de a 7, y era un desastre, y ese año dije “no ya está, yo acá no vivo más”.

Ahí ya era más grande y como que ya estás un poco más ducho de estar en Montevideo y demás y uno tiene su límite también para vivir en tanta comunidad. Ahora creo que la experiencia de vivir con tanta gente estuvo buena, fue una linda experiencia, no me arrepiento para nada haberla vivido.

Cuando nos fuimos a vivir juntas con amigas no fue difícil, ya estábamos acostumbradas, porque ya en el hogar tenías tus deberes para hacer, se te marcaba cuándo le tocaba limpiar a quién y eso. Eso ya como que lo teníamos incorporado, mismo el respeto por el otro, de no invadir los espacios, de tener el respeto eso, ya como que al vivir siempre en convivencia lo tenés incorporado, como que, si vos viviste toda tu vida en tu casa, solo y en tu cuarto, no te das cuenta que hay cosas que al otro lo pueden

molestar y las tenés que respetar. Uno como que ya de tanto vivir en comunidad incorporás como propio, para siempre, para tu vida en general, hasta en tu propia casa.

El mismo año que me mudé, empecé a trabajar y de ahí no paré más. La pasantía en el banco fue la primera experiencia, después fui a una oficina de trabajo que tenía un programa de inserción laboral donde uno se presentaba a las distintas propuestas y me presenté para acá, y tuve suerte era una beca en la en la Facultad que habían pedido estudiantes y bueno, me presenté con mis méritos y quedé. Quedó un muchacho y yo, me acuerdo que entramos juntos y a mí me tocó ser como la asistente de la contadora, que es el cargo que yo hoy tengo, entonces trabajaba muy directo con ella ¿no? Y aprendí pila, ella era una contadora veterana que después se jubiló enseguida. Y bueno, de ahí ya era bastante conveniente porque eran becas, eran 6 horas de trabajo, con 30 días hábiles de licencia de estudio anuales. Entonces tenías como muchos beneficios, y el salario, en aquel momento, no era fantástico, pero era conveniente.

Poco después de ir a vivir con mis amigas y mi hermano, me fui a vivir sola. Bueno, primero mi hermano ya se fue a vivir con mi cuñada. Otra amiga que estaba complicada económicamente, ellas estudiaban derecho, entonces no conseguían trabajo como conseguíamos nosotros. Entonces bueno, una me acuerdo que se fue a trabajar, no siguió estudiando. Después volvió y se vino a vivir conmigo. pero en esa época se había ido a vivir para afuera y creo que mi otra amiga también se fue para otro lado o también tuvo un ínterin ahí, después se fue a vivir con el novio, una cosa así, y yo dije “yo me voy a vivir sola. Ya no estoy para andar viviendo con cualquiera que no tengo ganas de vivir” y tenía como ciertas opciones, pero viste cuando decís “ya no quiero estar bancando a nadie, ya es suficiente”. No estuve tanto tiempo porque después esta amiga que se había ido volvió y vivió unos años conmigo otra vez y ahí vivimos las dos.

Siempre para mí fue como un hotel estar acá en Montevideo porque yo siempre me iba para afuera. Era como que estaba todo el día trabajando o en la facultad y no sé qué, iba a casa y no era como mi casa, era el lugar donde dormía, me bañaba. Llegaba el viernes y yo me iba. No incorporé mucho la vida en Montevideo, hasta ahora que tengo una familia e hijos, aunque igual me quiero ir muy seguido, si pudiera mucho más. Pero antes la verdad que no la incorporé nunca, siempre me gustó irme y me siento ahogada en Montevideo. Igual, nunca me planteé la idea de irme del todo, de volver, primero por un tema laboral que esta oportunidad no la tenés allá. Pero a su vez si vos me lo decís te diría que no, pero sí me gusta tener ese contacto e ir muy seguido.

Estuve 3 años en ese trabajo en la facultad, y allí me surgió la oportunidad de irme para el área de auditoría interna de la universidad. Mi jefa no quería mucho que yo me fuera, pero a mí me habían dicho que estaba mejor y decidí irme. Ahí estuve mucho tiempo, casi 9 años, en la parte de auditoría interna. Ahí viví todo el resto de mis concursos hasta que subrogué este cargo.

Y a su vez nosotros tenemos un viaje, no sé si has oído hablar del viaje de ciencias económicas, yo me recibí y creo que ya al otro año me enganché en el grupo del viaje, así que eso como que forma parte de tu vida, son como dos años o tres casi, entre que te anotás y te vas, que estás dedicado 100 % a eso. A vender las rifas, a planear tu viaje. Fue una experiencia muy importante. Más que nada en mi casa y en el de unos amigos que fuimos en un grupo más pequeño, era un grupo grande, pero uno siempre hace subgrupos y se arma su viaje. Si bien cumplís con ciertas cosas comunes al grupo que son como 300, 400, depende, somos una banda, a veces se hacen subgrupos y uno define sus particularidades en el viaje o decidís viajar siempre junto con esa gente y hacés tu viaje

libre y no te acoplás a las excursiones del grupo. Nosotros hicimos un poco eso. Y el grupo era homogéneo, éramos los que no habíamos viajado antes, no habíamos tenido la oportunidad de viajar en avión casi ninguno de los que fuimos, creo yo, no sé si alguno, entonces fue una gran experiencia. Y viajamos 4 meses y medio, hicimos Asia, hicimos Vietnam, Tailandia, Singapur, Malasia. Después seguís de Tailandia, te vas a Nepal, India, Egipto.

Fue una experiencia de apertura muy importante porque uno ve otras culturas muy diversas y te abre la cabeza, obviamente viajar a todos nos abre, pero viajar a esas culturas, particularmente, hay gente que capaz solo te va a Europa y a Miami y de ahí no los sacás. Y ahí es como que vos ves mucha cosa y bueno, después toda una convivencia durante el viaje, es mortal ¿no? Es mucho, 4 meses es mucho tiempo. En general, nosotros particularmente íbamos re justos de presupuesto, entonces era todos los días estar pensando en cómo acomodar el presupuesto y a su vez siempre estás acordando cosas, pero nos fue bien.

Yo ahí ya trabajaba donde te conté, en la parte de auditoría interna, y como es un viaje que se declara de interés nacional, los organismos públicos, acá, mismo Udelar hay diferencias de criterios, yo no sé ahora, pero por lo menos en mi época te podrían llegar a dar licencia con goce de sueldo para que viajes, porque es un viaje declarado de interés nacional. Así que yo tuve la suerte de viajar cobrando el sueldo. Ahí no me puedo quejar de la Universidad. Después mis amigos también éramos todos funcionarios públicos, te diré que la mayoría. Hay mucha gente que le pasa que tiene que renunciar y volver a buscar.

Y se dio que justo en el año en que viajé, en el 2006, hubo un concurso grande en la DGI, me acuerdo, que yo me presenté, había quedado muy bien evaluada en méritos, pero no llegué a dar la prueba porque estaba de viaje. En ese momento, de acuerdo a la situación que tenía, me hubiera interesado y es muy probable que me hubiera ido, a la Dirección General Impositiva ¿no? Ahí se fueron un montón de compañeras mías que no habían viajado ese año, o no viajaron, o viajaron en otro año. Incluso una amiga muy personal mía también. Entonces después volví y justamente por haberse ido tanta gente y quedar yo y otra compañera más, tuvimos como una oportunidad de ascenso más rápida y la oportunidad de hacer un posgrado al año siguiente que nos lo pagó la propia Universidad, entonces, fue lo que un poco hizo que me terminara quedando.

Hice un posgrado de especialización en administración, es como un diploma de una año y medio, dos. No llegué al nivel maestría, lo tengo pendiente algún día, cuando mis niñas crezcan.

En el momento de hacer el posgrado, yo tenía además otro trabajo en un estudio particular. Tuve doble empleo durante mucho tiempo. Cuando hice el posgrado, casi no llego al fin de año. Yo empecé por una amiga que me recomendó para hacer auditorías puntuales, pero después se fue mi amiga y quedé, casi iba todos los días. O sea que trabajaba pila, tipo de 7 de la mañana a las 7 de la tarde, pero era muy joven, te la bancabas.

Ese año particularmente en diciembre ya no sabía ni dónde estaba, porque claro, empezaba de mañana, iba al estudio hasta las 6, entraba a clase a las 6 y media, que son módulos muy exigentes, tenés clase toda la semana de lunes a jueves y después los trabajos o proyectos, y había exámenes por cada materia de posgrado digamos, entonces, es muy intensa la carga horaria. No tenía vida, iba a trabajar todo el día, después el posgrado, dormía, me levantaba al otro día. Y así hice el posgrado. No me arrepiento porque hoy por hoy con niños chicos es impensable hacerlo.

Ahí vivía con mi amiga, mi amiga estaba conmigo. Ese tiempo del posgrado lo viví con mi amiga. Después ella ya se fue para Minas y yo quedé sola un tiempito más, un año más creo yo.

Ese periodo fue bastante difícil, me fue muy bien, digo, logré todo, pero era como bastante... por eso te digo, no me arrepiento de haberlo hecho porque capaz que era realmente el momento de mi vida para hacerlo. Fue una oportunidad porque no tuvimos que pagarlo, nos lo pagaron, que hoy por hoy eso no pasa en la Universidad. Tuvimos como una suerte de momento y de un montón de cosas que se dieron para que nos pagaran el posgrado y lo pudiéramos hacer en ese momento. Fue como que dijimos “es ahora”, pero significó un esfuerzo importantísimo. Después que terminé el posgrado dije “chau, no estudio más. déjame un tiempo” porque quedas con el cerebro fritado y cansada.

No te dan gran puntaje por tener un estudio de posgrado, pero sí me sirvió porque uno también con el posgrado sos distintos al estudio de grado, tenés otra perspectiva, lo haces en grupos más diversos. Porque en ese posgrado no iban solo

contadores, puede ir un médico, o sea, gente que no es tu área y bueno, los debates y eso, el hecho de exponer los trabajos y hacer investigaciones también te ayudan a crecer bastante desde el punto de vista académico. O sea que, por ese lado, lo valoro, súper positivo más allá del esfuerzo, pero al nivel del trabajo, no sé si te hace la gran diferencia.

Respecto a mi familia, yo siempre seguía yendo, pero tampoco era muy de consultar estas cosas con mi familia. Yo decidí hacer el posgrado y no era que llamaba a mi madre y le decía “mirá, mamá”, no. Por eso siempre fui muy independiente en mis decisiones. Quizás mi mayor confidente era mi hermano más que en sí mis padres, pero siempre estuve en contacto, siempre yendo los fines de semana y ocupándome de lo que hubiera que ocuparse, pero mi vida siempre la llevé muy independiente.

A mi pareja actual lo conocí porque me lo presentaron, era un amigo de un amigo. Yo ahí tenía 30, 31 años, y se fue dando, hoy tenemos 2 hijas. No nos casamos nunca, no hemos dado ese paso, siempre lo postergábamos porque primero vino la niña y después ya una vez que tenés hijos ya hay cosas que uno deja como de lado. Capaz que tendríamos que retomarlo.

La decisión de ir a vivir juntos se dio naturalmente. Yo ya vivía en un apartamento grande, sola, entonces, como que él también estaba en una etapa de transición de su vida, se había divorciado hacía un año o dos, entonces como que también había vuelto a la casa de sus padres. Me hizo muy bien ese paso. Capaz que me hacía falta ya. Viste que uno también, yo que sé, yo era muy independiente, pero llega un punto que... depende tu cabeza porque hay gente que no quiere formar nunca pareja y quiere vivir sola siempre y estar feliz y libre siempre, pero no, nunca fue mi idea.

Mi primera hija la tuve a los 35 años. Lo pensamos y se dio rapidísimo. Lo viví muy bien. Yo ya trabajaba, ya tenía este cargo. No tuve ningún problema, los tiempos, nada, todo bien. Y lo que se te hace difícil después, o sea, te dan una licencia maternal de 3 meses más o menos, es el medio horario que, si bien nosotros tenemos medio horario un año por lactancia, en realidad, no es que tenés la mitad del trabajo, o sea, nosotros tenemos un cargo que a nosotros si no estamos, nos tienen que cubrir. O sea, no puedo estar yo un mes sin venir y que no haya nadie en mi lugar porque todo requiere la firma del contador central, para pagar el sueldo, para pagar un proveedor, para un montón de cosas. Entonces tenemos un sistema que nos cubrimos entre nosotros, entre los contadores centrales de las distintas facultades y algunos que trabajan en las oficinas centrales nos

tenemos que cubrir, y nos cubrimos gratis. No es que a mí me paguen porque el contador de Comunicación está de licencia y yo lo voy a cubrir.

Y si yo me quiero ir de licencia tengo que resolver quién me va a cubrir para poderme ir. Es un sistema que está un poco perverso y bueno, no llegamos todavía a tener una solución. Entonces lo hablé con mi directora, tenemos una contadora general que nos nuclea, y le digo “quién te parece que me va a cubrir en mi licencia” y ella me sugirió a alguien y vino quien me cubrió, pero cuando volvés es todo el trabajo, pero la mitad del horario, te volvés loco.

Yo aparte me acuerdo que me puse re nerviosa, como que uno lo piensa. pero no lo espera, en realidad. Yo siempre quise tener hijos, siempre pensé en tener. Nunca fui negada, capaz que me costó como madurar y decir “me puedo hacer cargo de un niño” porque me gustaba salir, me gustaba ser independiente y sí es un cambio de vida muy importante, súper. En todo. Dejas de vivir para vos mismo. Si bien todas las revistas te dicen que no, que podés hacerlo, la realidad es que sí, te cambia mucho, estás como mucho más a merced de los niños, ya no es “me voy el fin de semana”, “me hago este viaje”, económicamente también tienes un cambio muy importante.

Yo personalmente cambié, no sé si sigo tan enfocada en la parte profesional y demás, sigo teniendo el mismo ímpetu, no es que ahora soy madre, pero sí me doy cuenta de que estoy limitada, por ejemplo, lo que te digo, capaz que si no hubiera tenido hijos ya estaba en una maestría, es muy probable. Ahora lo veo muy lejano porque no puedo hacer más cursos y eso me gustaría y realmente lo veo limitado por un tema de horario con los niños. Y la cabeza ya, estoy cansada. Los niños chicos te agotan bastante. Y en la vida personal es un cambio muy importante, pero lo valoro como positivo porque tiene sus cosas y siempre quise tener hijos, así que no me quejo.

En mi segundo embarazo, también me fue muy bien, no tuve ningún problema, y el medio horario me volvió loca igual.

En cuanto a los cuidados, nosotros tuvimos suerte, desde que la más grande era chica, tenemos una niñera que es ella la que nos ayuda y tuvimos mucha suerte con ella y es la que nos ha apoyado pila, yo me voy tranquila y sé que quedan con ella y es como si estuviera yo. La conocemos desde la primera hija, nos la recomendaron y la verdad que tuvimos mucha suerte con ella y eso es re importante. Más allá de que vayan al jardín también, tener a alguien en tu casa, que de repente se enferman y se pueda quedar un rato más. Hoy, por ejemplo, me cubrió ella, la chica está enferma y yo no puedo estar faltando a trabajar todo el tiempo. Menos ahora. Capaz que, si tuviera otras responsabilidades, pero con éstas menos. Entonces ahí, malabares entre mi marido, la niñera, que se queda un poco más de tiempo. Pero es complicado. Yo que sé, anoche yo no dormí casi nada y tengo que estar acá [la entrevista fue en su lugar de trabajo].

Esa compatibilización de responsabilidades con los niños chicos, es complicado. Pero bueno, uno se agota, pero pasa. Esta etapa de esta más chica yo sé que pasa porque tengo otra más grande que ya tiene 4 años y medio, cumple 5 en octubre, y ya es otra cosa. O sea, si bien te demandan desde otro sentido, ya eso de enfermarse tanto, de no poder dormir de noche, y eso ya no, ya no pasa. Entonces bueno, uno sabe que pasa, es una etapa. La grande no es tan dependiente y ya el hecho de poder dormir toda la noche es como una victoria absoluta, pero todavía no la canto hasta que no crezca la más chica.

Con la adultez aprendí muchas cosas. Primero a manejarme, yo capaz que durante los primeros años siempre tipo seguía teniendo un cierto apoyo económico de mis padres porque con los sueldos en un principio, no te da y qué se yo, un poco es plantearse

tu vida con tu trabajo, tu presupuesto. En este país, la vivienda es una cosa muy compleja, entonces tratar de hacer una planificación a futuro de decir: “bueno, quiero tener mi casa, mi auto”, yo que sé. Y a su vez, organizar tu vida de alguna manera y seguir y para mí siempre ha sido importante seguir en contacto con mis padres y a su vez ayudarlos porque ya son mayores y se enferman. Entonces uno tiene como que compatibilizar todo eso sin dejar de atender esa situación ¿no? Siempre. Como que llegó un punto que como que cambiamos roles, como que mi hermano y yo somos los que los organizamos un poco más a ellos. Desde bastante jóvenes ha sido así en realidad, somos dos personas, mi hermano también, muy de tomar decisiones y de ordenar la cosa y como que siempre se dio como vuelta la tortilla.

Mi adultez yo entiendo que fue muy temprana, mi maduración fue muy temprana. Desde muy joven porque ya el irte de tu casa que significa un montón de cosas, uno empieza a hacerse solo, a valerse por sí mismo, a cocinarse, a todo. Eso no me costó porque siempre tuvimos que ayudar en mi casa y mi madre de repente no tenía tiempo y me enseñó a cocinar, cuando yo tenía 12 años y yo ya ahí cocinaba para todos.

Para mí la adultez es independencia, no sé cómo definirla.

Úrsula **39 años**

Soy economista, trabajo en el ministerio de industria desde el año 2003, hace ya casi 16 años. Hice la carrera de licenciado en economía, entré en el año 98 y me recibí creo que, en 2006, por ahí, si yo me acuerdo porque cuando nos tiran los huevos y eso, me acuerdo que hacía frío. Después hice una maestría en economía internacional que terminé en 2008. Así que tengo la maestría terminada en economía internacional y organización industrial de Facultad de Ciencias Sociales.

Mi padre era empleado bancario y desde chica me preparaba para la prueba de ingreso que iba a hacer en algún momento, a partir de los 14 años, las vacaciones las pasábamos haciendo ejercicios de matemáticas financieras, me acuerdo, y practicando escribir a máquina, preparándome para eso y siempre se me puso en la cabeza que quería ser contadora ¿no? que tampoco sabía mucho porque ninguno de mis padres hizo terciario. No hicieron ninguna facultad. Y entré a facultad, y me gustó más la economía y se lo planteé a mis padres y mi padre en el banco hizo alguna averiguación con algún economista, el economista era como un bicho raro en aquel momento, a mí me gustaba mucho porque tiene teoría, tiene explicación de los modelos de vida, por decirlo de alguna forma, mucho más que algo aplicado como es la contabilidad. Me dijeron: “no, mira, no hay trabajo para eso”, esto era el año 98, 99, entonces, empecé a hacer las dos carreras a la vez.

El primer año es común, pero segundo año ya se divide y ahí ya empecé a hacer las dos carreras y en tercer año decidí volcarme en economía, conseguí un trabajo como estudiante de contabilidad y mientras tanto arreglé con mis padres que seguía economía a mi riesgo, como tenía trabajo, no me embromaban, y tuve suerte, estuve 3 años trabajando en una consultora mientras estudiaba.

Antes, a los 18 años trabajé en un supermercado haciendo conciliaciones bancarias, pero me quedaba muy lejos y se me complicaba facultad, entonces estuve 6 meses y me fui, trabajaba de las 8 de la mañana a 6 y media, entonces no llegaba a ninguna clase y bueno

hice lo que pude y decidí dejar, y a los 2 meses conseguí igual en otro la OSE, ahí trabajé en el departamento de costos, haciendo trabajos también vinculados a la contabilidad, hice varias cosas. Después, entre en la consultora donde estuve 3 años y conseguí un trabajo en la intendencia de Montevideo trabajando con pymes, era plena crisis acá, era la verdad que una situación muy embromada del país, y al poquito tiempo, me salió el trabajo donde estoy trabajando ahora, y ahí seguí con mi carrera.

Mi papá trabajaba en un banco, que es un banco estatal de acá, y mi mamá era ama de casa, ella trabajaba en la industria del cuero en la parte de marroquinería, pero era lejos y yo era chiquita, le salía más caro alguien que me cuidara que su sueldo, entonces decidí dejar de trabajar, supongo que es algo de lo que se arrepintió toda la vida. Mi padre hacía más horas extras, yo me acuerdo que no lo veíamos mucho, pero por lo menos yo estaba con mi madre. Tengo una hermana que es 5 años menor que yo, ella es escribana y trabaja en un estudio.

Yo desde chica, por ejemplo, no sé, iba a la feria los sábados a repartir volantes y me pagaban, tenía como esa necesidad, quería aportar a mi casa, sentía que estaba aportando y disfrutaba hacer cosas. Me acuerdo de ir al supermercado a repartir mi currículum siendo chica, tenía 16, 17 años, nunca me llamaron, siempre me quedó como eso ahí. Cuando empecé a trabajar aportaba en casa, yo pasaba algo de dinero, no mucho ¿no?, pero era más el gesto, como ser parte del colectivo, tenía las capacidades para poder estar trabajando y quería portar a mi casa, tampoco sobraba, hubo distintos momentos ¿no?, los momentos más duros creo que no tenía consciencia, igual nunca me faltó nada, pero en esos momentos a mi papá le habían cortado las horas extras en el banco entonces quería aportar y fue básicamente eso, además de que me gustaba probarme.

Y yo más bien atesoraba eso, no era el ingreso, lo que me quedaba, lo ahorra, porque como que me transmitieron esa mentalidad de que bueno hay que tratar de guardar, porque no sabes en el futuro lo que puede pasar y más vale tener un colchoncito. Ya te digo, en el año 99, ya Uruguay estaba en una situación entrando como en una recesión, ya en enero habíamos tenido algún problema, Brasil había tenido una crisis y la situación se veía medio mal, entonces yo pensaba tener algo guardado, que no era mucho, tener la experiencia laboral, porque no iba a ser lo mismo después en un mercado laboral más deprimido ingresar por primera vez, que ya tener una experiencia, si bien es lo mismo trabajar en un supermercado, es distinto pero bueno esta bueno saber que podés funcionar en un trabajo, y aportar a mi casa también, creo que pagaba el teléfono y no mucho más. Yo no sé si mis padres lo valoraban, era más por mí, después si comparo con mi hermana que no tuvo esa óptica, nunca lo tomaron como un diferencial. Mi hermana no trabajo, empezó a los 30, una cosa así, y no aportaba, vivía con mis padres, todavía y ella no aportaba, cada uno, pero nunca escuché a... mamá falleció hace 3 meses, pero a ninguno de los dos nunca los escuché hacer un comentario. Me acuerdo que al principio no me querían dejar darles la plata, y me dijeron, “bueno, paga el teléfono”, eso me acuerdo, pero también debe haber un tema de, no es machismo, pero mi padre estaba acostumbrado a poner el jornal, la plata.

Yo no ganaba mucho, y me decía “no, no, quedátelo” y al final dijo: “bueno páganos el teléfono y alguna cosa que surja”, me decía. Fijate que yo ya tenía la mutualista paga por trabajar, eso también ayudaba, pero si lo valoraron positivamente, nunca me hicieron una devolución.

Trabajar y estudiar nunca fue un peso, pero trataba de usar los tiempos libres para tratar de equipararme, porque me daba cuenta que quedaba un poco rezagada, nunca me había

pasado, yo siempre era bastante de seguir las cosas o llevar las cosas preparadas, y eso cambió, pero empecé a estudiar con compañeros, también, varios que trabajaban. Entonces nos juntábamos y estábamos para eso, y uno había ido a tal teórico y otro, entonces como que era más comunitario por decirlo de alguna forma, grupos chicos no muy grandes.

Y en algún momento pensé en dejar de trabajar y dedicarme a estudiar, porque en la época de los exámenes que viste que te sentís como agobiado, igual en la consultora esta nos sacaban el jugo, te exprimían, pero aprendías mucho también, porque había capacitaciones semanales, y dentro de todo, ellos tenían días por estudio y me los daban, o sea que tenía al año 10 días, una cosa así y me recontra servía, igual en esa época viste me acuerdo de estar muy cansada, de hacer fiebre todos los días, yo supongo que era cansancio. Hacía febrícula, se le llamaba, me acuerdo ahora estoy haciendo memoria, que algunas veces terminé en la mutualista porque tenía fiebre un mes, 37.8, no llegaba a 38, pero era como, entonces yo me sentía cansada, al final no resulto nada. Cuando pasó eso tuve 2 semanas de licencia médica para recuperarme, porque era el ritmo era fuerte. Ahí decidí dejar contabilidad, porque con todo no podía.

Yo sabía que quería ser economista. Para mí era el estudio la prioridad, siempre fue el estudio, pero nunca rendí menos en el trabajo por eso, no, yo estaba ahí y hacía todo lo que tenía que hacer, me costaba irme en hora, eso me acuerdo, por la propia dinámica de ahí, que te pones mal y sentís que no podés decir que no, y sabes que tenés que llegar a estudiar, eso sí me acuerdo, pero dentro de todo yo que sé, lo llevé bastante bien.

Mira viéndolo así, en retrospectiva, yo conseguí mi trabajo actual gracias a haber trabajado en el otro, porque qué pasa, ahí hacía trabajo contable, pero trabajo de impuesto, y por más que era pinche, llevaba los trámites, de a poquito fui teniendo alguna tarea más importante, y básicamente hice mucha calle y empecé a saber cómo se liquidaban los impuestos, eso me ayudó mucho y fue diferencial para que me tomaran en el trabajo siguiente, y en el trabajo siguiente si trabajé de economista y eso también me ayudó a meterle más para terminar mi carrera, entonces pienso que me hizo ganar práctica, conocimiento de la calle, en casa, siempre me solucionaban todo. Ahí era el empleado público que me decía que no me iba a recibir eso, y yo tenía un cheque de 30 mil dólares que tenía que poner sí o sí porque si no les cobraban multa, y tenía que encontrar la forma, rebuscarse ante esas eventualidades que te hacen más versátil, más fuerte. A mí me sirvió, me sirvió mucho, y hasta hoy me sirve haber tenido esa complementariedad por lo menos práctica como contador. Yo creo que esas experiencias me fortalecieron, me dieron más cancha, más calle, no es que sea una experta, pero yo era muy aniñada y eso como que me hizo enfrentarme a resolver determinadas cosas fuera de mi control.

Para tener este trabajo, hubo un proceso de selección como de 200 personas, un disparate, porque era un momento que no había mucho trabajo, en el año 99 creo que fue, no había mucho trabajo, y al final entramos 6, me acuerdo, pruebas de todo lo que se te ocurra, me acuerdo que eran libros y libros de pruebas psicológicas, y cosas en grupo, entrevistas grupales y no sé qué, si eso fue bastante desgastante, y bueno la alegría cuando me tomaron, porque además yo era bicho raro, porque siempre me sentí bicho raro en eso, porque ahí eran todos estudiantes de contabilidad y yo era estudiante de las dos cosas, pero sabía que me gustaba más lo otro ¿no? porque siempre tuve claro de que quería terminar la carrera de economía, y esto era contable, pero dentro de lo contable, lo tributario es distinto, como que genera mayor creatividad, en realidad, es encontrarle la vuelta para optimizar tu pago ante el fisco, me gustó mucho, me gustaba, por más que me

quejara, y a veces volvía llorando porque estaba cansada, porque me tenía que haber ido dos horas antes, y seguía ahí y tenía que estudiar, pero me dejó mucho.

Concurse ahí porque no habían llamados. Era lo que había, no había muchos llamados, y el perfil de economía explotó después, pero cuando entré al ministerio, fue muy difícil. En ese caso creo que eran 80 porque no había llamado, no era un perfil demandado por el mercado, digamos, después si como que se puso de moda, como en el 2010, y hasta hay llamados de economista que vos decís porque tiene que ser economista, no te queda claro que haya una correlación entre las tareas y el bagaje que te da la carrera. Hubo como un boom, pero eso fue después, por eso mis padres al principio se oponían a que siguiera la carrera esa sola.

Lo que si me pasó en esas primera experiencias es que me di cuenta que no estaba preparada para enfrentar situaciones donde me involucraba emocionalmente, porque en la intendencia, el trabajo era con un público muy vulnerable, ponele, en ese momento, era gente que no tenía para el boleto, se iban caminando hasta el cerro y venían con ideas para hacer cosas y en la desesperación del momento, de rebuscársela, porque habían perdido todo y ahí yo salía todos los días llorando, amargada, ahí sí me sentí impotente, entonces cuando me salió lo del ministerio fue como un escape, porque estas en otro ¿no?, no estás en la trinchera, ahí peleándola, ahí me di cuenta que para eso no, sí que me sentía impotente, y ahí también sentís que tu decisión es, por más mínima que sea, para el otro podía llegar a ser, vos ahí decías si le podías dar un préstamo de, como si te dijera ahora 5 mil pesos a alguien, y había gente que después no lo podía pagar y venía con la mejor intención, y era vos decirle que no directo o decirle que sí y después ganarte un problema muy grande, y de que tampoco tenías las herramientas para saber qué era lo correcto si sí o si no, porque había un tema fortuito, o a mí me faltaba el bagaje, el olfato como para saber, entonces para mí era horrible, lo que más disfrutaba de ahí, no es lo menos comprometido pero no tenía que jugármela así era que se hacían talleres, me acuerdo para los que venían con ideas y cómo la bajaba a tierra, armabas un flujo y ayudarlos desde ahí, pero lo que precisaban era otra cosa, como que dentro de las posibilidades de trabajo que habían, agarré para ese lado, pero me sentía en esa situación permanentemente, no lo disfrute, al contrario. Estuve sólo dos meses.

Y a es que, además, yo cuando me fui para ahí, también con la oposición de mis padres, yo pasé a ganar cuatro veces menos y no tenía cobertura de mutualista, porque era el régimen de pasantía, entonces no tenía mutualista y yo me estaba por casar. Empecé ahí en setiembre o en agosto y yo me casaba en febrero y en el medio, me salió lo del ministerio que era más trabajo de lo que yo pensaba, que era un trabajo más de economista, era seguir sectores industriales, cuantificar herramientas e instrumentos a ver qué impacto podrían tener. Siempre fue lo que me gustó más, me salió eso, me parecía más interesante, me pagaban la mutualista y me pagaban más, bastante más, no tanto como venía ganado, entonces entre que no disfrutaba lo que estaba haciendo y no tenía cobertura, decidí dejar la Intendencia e irme al ministerio.

Ahí, eso fue en 2003, todavía estaba estudiando, no me acuerdo en que año estaba, creo que en cuarto o en quinto. En febrero 2004 me casé y me fui de la casa de mis padres. Conocí a mi pareja en un boliche, en un pub que había cerca de la facultad de derecho. Yo soy casada por segunda vez. La primera vez me casé a los 24 años. Me casé porque yo también quería un poco irme, él varias veces me dijo de irnos a vivir juntos, y yo quería independizarme. Mi familia, si bien no es católica ni nada así, es como bastante tradicional, entonces como también es la salida fácil, y bueno era un buen compañero él,

y, entonces, nos casamos. Yo quería más libertad, que no me controlaran, por ejemplo, yo llegaba, era bastante buena cumpliendo con los horarios y todo, yo llegaba a la 1 y si llegaba a las 2 era a veces como medio dramático, entonces como que quería eso, yo había empezado a dar clases en facultad, entonces salía tarde y quería ser más libre. No me planteé vivir sola

Al año nos divorciamos. El divorcio salía rapidísimo, y ahí mis padres me dijeron “venite a vivir con nosotros de vuelta” y ahí yo dije que no, ahí sí me parecía que podía ser un retroceso, además vivía a 20 cuadras de facultad, yo daba clases de noche, entonces me venía bárbaro, y mi trabajo era a poquitas cuadras también.

Ahí ya enseguida empecé con la maestría, porque yo me divorcié en 2005, y terminé la carrera, y empecé la maestría que estaba en una facultad que me quedaba cerca, todo ahí en la vuelta, eso me ayudó mucho a poder terminar todo.

La variable de ajuste fue la pareja, la variable de ajuste fue esa, porque yo tenía, mis prioridades eran otras, si lamentablemente o no era la pareja, quería dar clase, quería terminar mi carrera, incluso siempre dije hasta que yo no termine mi carrera y la maestría, yo no voy a tener hijos, eso siempre estuvo ahí sobre la mesa. Independientemente de lo que fuera, sabía que si las cosas terminaban, había que terminarlas en serio, mi ex no se hubiese divorciado enseguida, yo soy media... enseguida la hermana de una amiga me salió de abogada y yo me quedé sin un peso también ¿no? porque en esos momentos, yo en el ministerio había sido contratada por un organismo internacional, la OIM, y en ese momento nos propusieron pasarnos a funcionarios públicos, pero nos bajaban el sueldo, entonces me bajaron el sueldo en un 30 por ciento más o menos, y ahí mismo me separé, entonces ya el mes siguiente me veía con todas las cuentas, porque mi ex no me pasó por el mes siguiente, ahí ya fue el primer cimbronazo, y esos primeros meses fueron duros. Pero, bueno yo divorciarme, me tenía que divorciar, era creo que más complicado para los demás, era todo un drama, pero no me importó, no había otra cosa para hacer, pero al final salió bien.

A mis padres no les pareció muy bien que me casara esa primera vez. Creo que pensaban que era muy joven y veían a mi pareja que no tenía las mismas aspiraciones que yo. Él estudiaba arquitectura y trabajaba, pero tenía un trabajo que iba dos veces por semana, después yo lo ayudé, lo acompañaba, me acuerdo a llevar currículum a ver si conseguía algo más estable, pero como que siempre le costó, no se recibió, tampoco, me acuerdo de estudiar con él, estabilidad. Entonces mis padres veían eso, como que no tenía los mismos intereses que yo.

Cuando me fui a vivir sola, igual ellos me ayudaban, yo me acuerdo que me traían comida o los domingos yo iba a comer con ellos y me llevaba vianda, y siempre me decían, “abrigáte, negrita”, pero nunca lo tomé como que no me veían grande digamos ¿no?, yo creo que la distancia me ayudó a llevarme mejor con ellos, sobre todo con mi mamá, peleábamos mucho, y después lo que me pasó fue que yo me enfermé cuando me casé, empecé con un problema autoinmune y llegué hasta el extremo de no poder caminar, y eso también me acercó desde otra perspectiva a mis viejos, entonces, cuando yo me separé me dijeron vení a casa, así te cuidamos, y yo insistí en que no, pienso que eso también los ayudó a ellos, y a mí, a que me vieran un poco más fuerte y a yo sentirme un poco más fuerte también.

Con la enfermedad, tuve unos episodios de licencia por enfermedad, estuve internada varios meses, creo que un mes de continuo estuve una vez, y en esos episodios fue que tuve dos o tres meses más de licencia. El trabajo siempre muy bien, siempre muy bien,

mi jefa era bárbara y yo siempre tuve compromiso con el trabajo, entonces ellos también me apoyaron mucho con todo eso, y cuando me separé, también empecé alguna medicación alternativa y empecé a mejorar y bueno y mejoré muchísimo y no tuve más episodios hasta el 2016 que tuve uno más leve digamos que ya fue distinto.

La enfermedad fue algo progresivo, yo empecé de a poquito a darme cuenta, empecé con problemas para apretar los palillos cuando iba a colgar la ropa, empecé a tener problemas para caminar, en los escritos de facultad no podía agarrar el lápiz, no podía escribir, y era como que nadie sabía bien qué era lo que tenía, el médico en un momento incluso le dijo a mi padre que yo estaba inventando. Hasta que al final me acuerdo en un escrito de finanzas, se me cayó el lápiz y lo quise agarrar y me caí y ahí me llevaron a internar, me hicieron todos los estudios, detectaron qué era lo que tenía y uno piensa ¿por qué a mí? pero bueno, me llegaron a decir que no podría caminar, que no iba a poder tener hijos, todo me lo dijeron, pienso que esas cosas son las que después te dan como perspectiva. No pensé dejar el trabajo porque pienso que era peor, igual en este empleo público tuve flexibilidad ¿no?, si me hubiese pasado en el sector privado no sé cómo hubiese sido.

Desde entonces estaba en el mismo lugar trabajando que ahora. En el 2010, mi jefa habló con el que era el subsecretario de aquel momento, que él precisaba un economista para que lo ayudara y pasé para ahí dentro del ministerio, digamos, de 2010 a 2015, con el cambio de gobierno, me devolvieron a mi sección, donde estoy desde octubre 2015, que yo pedí incluso volver también, porque no me terminaba de hallar tampoco con el perfil que se necesitaba con la nueva autoridad, igual seguí conectada pero más en mi área. Mientras tanto hice la Maestría en economía internacional y organización industrial.

Después, en 2008, conocí a mi esposo actual, y nos casamos en 2011, a mis 29 años. Era amigo de un amigo. Estuve mucho tiempo sola ¿no?, porque mi ex primer esposo fue mi primer novio también, fue mi primera pareja, entonces tuve ahí como entre los 25 y los 28 tiempo para salir, mis amigas, para estar, para vivir sola, yo nunca me hubiese imaginado viviendo sola y lo quise hacer. Por mi personalidad, me parecía que no era para mí, y los primeros días fueron difíciles, sobre todo porque venía de divorciarme, después lo empecé a disfrutar tanto que, al contrario, decía “me voy a quedar sola”, te acostumbras a no negociar con nadie nada ¿no? es como que la comodidad de que se hace lo que yo tengo ganas, pero al final las cosas se van desarrollando, en marzo de 2008, conocí a mi pareja actual y en agosto ya se estaba mudando a casa y después quedé embarazada de S. Ella nació en enero de 2012, y la otra nació en 2014.

En el segundo matrimonio, fue totalmente distinto. Estaba terminando la maestría, me faltaba poco, estaba haciendo la tesis, creo, no me acuerdo mucho, pero sí creo que estaba haciendo la tesis, y ahí ya lo conocí a él, le faltaba una materia para su maestría, a mí me faltaba un poco más, y él después estuvo años con esa materia. Él es ingeniero en sistemas, y cuando lo conocí estaba terminando la maestría. Él trabajaba, él tiene una empresa de software, en aquel momento eran 3, entonces me entendía también que tenía que estudiar, que tenía que hacer tal cosa.

Se empezó a quedar en casa y un día me dijo, bueno, me mudo. Los tiempos no son los mismos cuando uno tiene 20 años o menos, que cuando ya tenés casi 30, las cosas van un poco más rápido, por lo menos en mi experiencia, enseguida vos más o menos sabes si vale la pena o no vale la pena. Y tener hijos, medio que se venía como pensando también ¿no?, yo ya tenía 31, él también, él no tiene mucha familia, no la tenía en ese momento, y él quería, así que fue una alegría cuando vino S.

Para mí nunca había sido una prioridad la maternidad. Yo de chica, viste esas nenas con las muñecas, yo jugaba a la pelota, tirábamos con mi vecina, las muñecas desde arriba del apartamento y después las íbamos a buscar al bloque abajo. Estaba para otra, me gustaba leer, me acuerdo conversaciones con esta amiga que te contaba que las dos decíamos, no, somos muy egoístas como para pensar en hijos, y ya te digo, cuando me casé, la primera vez me acuerdo de haber sido durísima, yo no quiero hijos, mira que no, por lo menos hasta que termine, pero en un momento viste, supongo que es que me sentía más segura, tenía a la pareja con la que los quería tener y empecé a mirar a la maternidad de otra manera, quedé embarazada de S, y estoy sorprendida también, porque es verdad eso del instinto, porque me nació, más allá que uno a veces esté cansado, y grite un poco, pero lo haces con gusto, para mí, no es un trabajo. Ellas, se ve que las maestras les están metiendo conceptos, mi esposo se iba a trabajar y la chiquita le dice, papá te vas a trabajar y mamá se queda, y ella le dijo a la otra, porque cuidarnos a nosotros también es un trabajo, y yo no lo siento como un trabajo, hay veces que estás cansado, pero yo no lo siento como un trabajo, es como que se lo merecen, te nace ¿no?

En el trabajo no tuve problemas con el embarazo. Tenía buenas compañeras también, yo ahí estaba en otro lado del ministerio, tenía dos compañeras mujeres también, era un grupo multidisciplinario, digamos, una era química farmacéutica, y la otra agrónoma, entonces también como que nos apoyamos mucho, y a mi jefe le debe haber molestado, como todo ¿no? bueno vos tenés a alguien y no está, pero bárbaro, dos veces me quedé embarazada así que ya estaba curado de espanto.

Al principio no era fácil, me acuerdo que no se prendía al pecho y ahí te frustras, pero después, son unos días y pasa. Lo que sí me pasó en algunos de esos días que se agarran esa fiebre de 40, que vos ya no sabes qué hacer y que te sentís impotente, esa sensación no me gusta cuando no sabes qué hacer, después pasa. Ahí te sentís vulnerable también, no sé cómo decirlo, tenés miedo, porque no es uno, son cosas muy puntuales, pero tocamos madera y no pasan.

Respecto a la maternidad, como que hice un clic y no fue un “bueno, está bien”, fue que lo quería. Yo creo que pasaron esas dos cosas, como que no me sentí más egoísta, porque fijate que siempre hable de yo, yo quiero terminar la carrera, yo quiero trabajar, como que eso se movió, como que me sentí que llegué a lo que quería hacer dadas las condiciones, y ahí como que me permití no ser tan robot, capaz que es la cosa, me liberé un poquito, me liberé, y ahí salió eso, me sentía bien en pareja y me empecé a dar cuenta de que podía tener las capacidades de cuidar a alguien, además viste que hay personas que siempre están buscando un niño que ya de chicas, yo no, tuve a mi hermanita con 5 años de diferencia y sé que ayudaba pero después no tuve contacto con bebés, incluso bebés de amigas, poco, porque yo estaba siempre en la mía, en facultad, dar clases, mi trabajo, estaba como en lo que tenía que hacer para estar en las condiciones. Igual no estaba en mis planes ya te digo, se ve que tenía inhibido eso o no me sentía preparada, no lo tengo tan claro, pero pienso eso, de esa visión egoísta que tenía de mí misma se disipó un poco, y que empecé a tener más tiempo, ya había terminado la maestría, no estaba dando clases en mi facultad, lo de mi enfermedad estaba tranquilo, conocí a R, igual demoramos 3 años en tener hijos. Yo tuve a mi primera hija a los 32 y a la segunda a los 34, y no quiero tener más hijos, son divinos, pero no.

Mi familia, mis padres, respetan las decisiones con las nenas, nunca se metieron, viste que hay abuelos que opinan, en general no. Ahí sí veo diferencia con mi hermana, ella siempre fue más dependiente, entonces buscaba permanentemente en mamá, por ejemplo,

el qué hago, qué no hago, que ahora un poquito me lo hace a mí, porque justo no está, yo no.

Si me preguntas si yo alguna vez en todo este periodo sentí alguna discriminación por mi género, nunca, yo nunca me sentí menos o que tenía un techo por el hecho de ser mujer. En mi casa nunca hubo un estereotipo de género, si bien había y vos podés pensar una concepción de que mamá se queda en casa, fue más una decisión de practicidad y siempre estuvo sobre la mesa que no había sido una muy buena decisión, y siempre para mí, desde la exigencia, tenían planeado que yo lograra determinadas cosas que eran concebidas como logros, siempre se me respetó, nunca me embromaron con que queremos nietos, en ese sentido a mí me dejaron libre. Entonces siempre me sentí en pie de igualdad, si las cosas no se me daban era porque no me había esforzado lo suficiente, o porque no tendría las mismas capacidades de los otros que me ganaban en los otros trabajos que no ganaba, o no me había preparado lo suficiente, yo que sé.

Sí pienso que, igual la mujer es más multitarea, y me gusta serlo, por ejemplo, en mi trabajo yo llego a determinada hora porque quiero estar con las nenas, un hombre a veces sí, a veces no, pero en general la mayoría se descansa en que está la mujer en la casa, entonces eso te puede llegar a traer alguna diferencia en el compromiso al trabajo como se ve tradicionalmente. A mí no me importa, como que llegué a este nivel, en otro momento, capaz que sí me hubiese importado, a mí no me importa, con esto no te estoy diciendo que hay veces que me tengo que quedar fuera de hora y ando como loca a ver quién las puede levantar, pero por ejemplo yo de hace unos años nunca se hubiese pedido dos semanas para cuidar a las nenas por las vacaciones, pero ahora me siento como tranquila, pero estoy a la orden, me escriben, me llaman, me preguntan, no tengo problema. La Úrsula de antes no, tenía que estar ahí, tratar de todo el tiempo hacer lo mejor, y ponía eso por sobre la familia, ahora no, los trato de compaginar con equilibrio. Para mí ser adulto siempre fue hacerse cargo de las consecuencias de los actos, ser consciente de las consecuencias y tomar decisiones en función de eso, yo nunca me sentí niña en realidad, muy niña. Siempre con algún canal de inmadurez, por algún lado uno tiene alguna salida, pero nunca me sentí muy niña, es esa la verdad, desde que tenía la diferencia con mi hermana en mi caso, entonces siempre tuve que tener un rol más de cuida a tu hermana, limpia la casa, ayuda a tal cosa, medio que en **toda la vida tuve ese sentimiento de adultez** y si lo tengo que definir ahora que sí lo soy, ser adulto es actuar habiendo evaluando las opciones y después, hacerte responsable, ya sean buenas consecuencias o malas consecuencias.

También tiene que ver con la autonomía. No pido permiso, puedo negociar con mi esposo, eso sí, sin dudas, sobre todo cosas de las nenas, pero hay cosas que las decido yo sola, no sé, en mi trabajo sí noto que he progresado y que tengo menos miedos y menos dudas al tomar determinadas decisiones, independientemente de que sé que me puedo estar equivocando, pero pienso que no tomar decisiones es peor a tomarlas, con ciertos recaudos y después hacer frente a lo que venga. Ahí sí me siento más adulta, en mi vida en general no, en mi vida en general creo que siempre lo fui y con las nenas creo que me manejo bastante bien, si bien no logró que coman frutas y verduras, y sigo trabajándolo, creo que lo hago bastante bien, hasta que a veces me pasé un poquito, tengo que ser un poquito más descontracturada, pero en el trabajo si noto una evolución hacia eso.

En cuanto a perspectivas a futuro, yo no soy una persona adversa al riesgo, no tengo miedo a tomar riesgos entonces me gustaría que cuando ellas sean más grandes estudiar algo más, eso sí me gustaría, complementar mi carrera con herramientas más prácticas

que me ayuden, yo ahora si bien no gané el concurso, mi jefa se jubiló y estoy haciendo un poquito ahí, de coordinadora del área donde estoy y somos como 16 personas, entonces me gustaría como fortalecer esa parte, esa formación, y me gustaría actualizarme en algunas temas puntuales de economía, que me parecen que me hacen falta como para no quedarme atrás, pero mi proyección es en el ámbito público, no me imagino yendo al sector privado, incluso por la enfermedad que tengo, dios quiera que no vuelva, pero si vuelve, no es lo mismo trabajar en el sector público que en el sector privado, pero además me gusta lo que hago, no es que me quede, hace poquito hacía tiempo que no me pasaba que me ofrecieron un trabajo y opté porque no, porque me siento bien donde estoy, no es el mejor lugar del mundo, pero capaz que en poco tiempo puedo aportar para que esté mejor ese lugar, tengo buenos compañeros, entonces también disfruto de ese buen clima laboral, cuando hay que ponerse a trabajar en conjunto nos ponemos, así que no, en realidad me imagino donde estoy.

Raquel **35 años**

Yo soy licenciada en ciencia política, y actualmente, estoy trabajando en el Instituto..., en el área de evaluación..., particularmente en lo que tienen que ver con digamos cómo se desarrollan algunos aspectos de participación, convivencia y abordaje de derechos humanos en centros educativos. Acá estoy trabajando desde el 2014, ya hace 5 años, yo entré a mediados del 2014 y ahí fui como desempeñándome en distintas tareas del instituto, siempre vinculada a la evaluación de programas, y me fui perfilando para esta parte del componente que lo que intenta aproximarse es a las percepciones de los adolescentes y de los niños en relación a las prácticas participativas escolares, a las formas de convivir en el aula, los vínculos con sus docentes, con sus padres, la participación familiar, bueno todo eso.

Yo soy de Canelones, que es un departamento aledaño a Montevideo, queda a 50 kilómetros, pero yo me crié en el medio rural en realidad, si bien es cerca de Montevideo. Se llama Canelón Chico y que tiene como referencia estar cerca de la capital departamental que es Canelones. Mi madre es veterinaria jubilada, ya se jubiló y mi padre también es jubilado y fue como mucho más fluctuante en términos de su trabajo, en una época trabajaba de forma dependiente como cobrador de un club deportivo, y después antes de jubilarse nos dedicamos a la producción familiar agropecuaria, a la cría de ganado vacuno y de chanchos.

Yo me fui por las ciencias políticas porque desde la adolescencia mis padres militaban bastante los dos y siempre me interesó mucho, el vínculo entre lo político-partidario y la política, la hechura de las políticas, y por ahí a los 16 años, estaba en el liceo y tuvimos una profesora de sociología muy buena, una veterana muy “crac” que nos propuso hacer un proyecto de investigación y con un grupo de compañeras decidimos investigar, en aquel momento había 4 mujeres en el parlamento uruguayo y nos propusimos investigar eso, cómo estas mujeres se insertaban en la vida política desde una carrera política partidaria y eso fue como un primer acercamiento, eso y algunos profesores de historia con los cuales también discutíamos estos temas. No sólo de la política, sino de la hechura de las políticas ¿no? que es como la parte que más me interesa y por eso más o menos siempre he tratado de estar vinculada a la evaluación o a la implementación o a la evaluación de la implementación de la política pública, desde ese lugar.

Mi madre siempre nos dijo que no importa en qué, lo importante es que estuviéramos formados y eso era como su mensaje, que teníamos que estudiar y que nos teníamos que formar. Mi padre es un poco más conservador, quería que fuera maestra y que me quedara, porque, en realidad, por las características del transporte, las distancias de donde yo vivía y como cuando yo arranqué la facultad, el ciclo inicial sólo era en la noche, entonces, si yo me quedaba en casa de mis padres, era como todo una traza por lo que yo a los 18, yo me vine a vivir acá. Entonces, creo que un poco mi padre en esto de no querer mucho que yo me viniera para acá me decía: “no, hacé magisterio acá en Canelones, y te quedas acá”, pero igual siempre apoyaron el hecho de seguir estudiando.

Tengo 4 hermanos, somos 5, 3 son del primer matrimonio de mi padre y son bastante mayores, con mi hermana me llevo 15 años y después del matrimonio de mis padres, tengo un hermano 2 años y medio mayor que yo, que ya estaba en Montevideo cuando yo me vine, él vivió antes de que yo viniera. vivió en pensiones y después ya alquilamos un apartamento entre nosotros dos y un amigo.

Y fue un cambio grande porque, para mí, Montevideo era un caos, era como la ciudad, los autos, la despersonalización. Yo venía de un lugar donde conocía a 15 kilómetros a la redonda a todos mis vecinos, todos se saludaban, me subía al ómnibus y el chofer me conocía, todos mis compañeros de liceo o de otros liceos, por más que no fuéramos, al mismo, nos conocíamos. Llegar acá fue como la despersonalización total porque vivía en un edificio donde no entendía cómo la gente, te cruzabas todos los días y no te saludaban o cosas así, y después, me molestaba el ruido de las sirenas de los garajes, porque no podía dormir, vivía sobre 18 de julio que para alguien que viene de tipo del medio del campo es muy ruidosa.

Nunca trabajé formalmente hasta después de empezar a estudiar, sí teníamos actividades propias de la vida en el campo, que tenían que ver sobre todo con la etapa de producción, bastante asentada a la división de género. Yo me encargaba más que nada de las cosas de mi casa, mis padres los dos trabajaban acá, entonces nosotros, hasta mis 12 años, tuvimos una persona que se encargaba de cuidarnos y de ayudar con las cosas de la casa y, después, cuando ya empecé el liceo, ahí medio que ya la situación económica no era tan buena, no podíamos sostener una persona, entonces, nosotros entre mi hermano y yo, nos hacíamos cargo como de las cosas de la casa y del campo, sobre todo, yo de la casa y él del campo. Después los dos colaborábamos con todo lo que se tenía que hacer según la época. A veces para consumo y otras para la venta, hacíamos para navidad y año nuevo, venta de lechones y hacíamos chorizos, y eso era como un trabajo. Es decir, no era un trabajo, no era vivenciado como un trabajo, pero si uno le ve objetivamente, era un trabajo. Eran más bien como parte de las rutinas familiares, había una época que era de trabajo, después siempre venían las vacaciones y nos íbamos a la playa, y ahí nos daban una plata para el gasto de las vacaciones.

Hasta que empecé la universidad no trabajé. En realidad, el primer año mis padres me pidieron que no, yo quería trabajar, porque salís de facultad, te vas a tomar una cerveza o lo que sea, y no quería gastar la plata que mis padres me daban para la casa, porque todo lo que tenía que ver con el apartamento lo pagaban ellos y quería tener, aunque sea, mi plata para salir los fines de semana. Ellos me dijeron que el cambio era muy grande, que preferían que no trabajara, un poco también por miedo a que, si trabajaba, dejara de estudiar. Querían que me dedicara a estudiar y capaz más adelante, el segundo año podría empezar a trabajar y ahí, creo que sí fue, yo entré en 2002, que además era plena crisis económica del país. Me vine para Montevideo y en el 2003 empecé a hacer las primeras

experiencias. Tuve una experiencia en una actividad concreta que era un expo rural, que era un puesto de venta, donde simplemente mostraba una serie de productos agropecuarios para visitas de niños, escuelas y hacían ventas de plantas, arbolitos de frutas, y eso, y después ya empecé a trabajar en encuestadoras, ya como estudiante de ciencia política, pagaban por encuesta, trabajaba o los fines de semana o en algunos periodos una semana, encuestas puerta a puerta, encuestas telefónicas. Tenía 19 años cuando empecé a trabajar.

Cuando recién llegué, pasaba mucho en facultad, porque además de las clases, fue un año coyunturalmente particular, la universidad estuvo en huelga, entonces participaba bastante, milité bastante en el centro de estudiantes de facultad, participé en conjunto con compañeros de facultad en grupos de extensión que implicaba intervención, tipo una propuesta de intervención, acción en una escuela, también de Canelones, lejos de mi casa, pero dentro del mismo departamento. Los fines de semana siempre me iba a mi casa, los primeros 6 meses casi que no me quedaba en Montevideo, de hecho, el viernes a veces hasta faltaba a alguna clase para irme antes. Después fui encontrando mi lugar, en el periodo militancia y la huelga, la ocupación y muchas marchas y armamos grupos de discusión, tertulias con compañeros más grandes y ahí hice redes y ahí ya me fui quedando, como más concentrada en Montevideo. Fue un cambio radical, si bien nosotros siempre fuimos criados como con cierto grado de independencia dentro de la dinámica familiar, porque mis padres no estaban acá, entonces no había una figura. Nosotros teníamos las rutinas claras, íbamos a la escuela, volvíamos, no estaban pendientes todo el tiempo de dónde estábamos, qué hacíamos. Nosotros llegábamos a nuestra casa, hacíamos las tareas, nos íbamos a la casa de algún vecino, volvíamos, aun siendo niños, y después en la adolescencia también, pero claro venir acá era como una independencia total. Ser totalmente autónomo en relación a que nadie te iba preguntar si estudié o si no estudié, o si había hecho lo que tenía que hacer, o si había dormido 3 horas o 5, y también para gestionarse en la comida, en cocinar, más allá de que yo siempre, desde muy chica, asumí algunas tareas domésticas, fue un cambio.

Creo que los primeros meses fueron difíciles. Difícil hacerme un espacio acá, sentía todo como muy ajeno, en esto que te decía antes, como que no entendía la lógica de Montevideo, no entendía la lógica de ciudad, no entendía nada, la gente me parecía super fría, porque había una proximidad que ya no tenía más, en el cotidiano ¿no? en decir, conozco al chofer, pero, por otro lado, y yo veía otros compañeros que estaban en la universidad y que todavía vivían con sus padres, y tenía una libertad muy grande, para moverme, para hacer, para decidir. Siempre con un ojo ¿no? ahí como de costado, que más o menos preguntaban, pero igual, era muy distinto a mis compañeros que seguían viviendo con sus padres.

Para el segundo año, estaba adaptada, empecé a trabajar, seguí militando en la asociación de estudiantes y la llevaba bien, porque las encuestas eran en general fines de semana, que era a lo sumo de viernes a domingo, que era donde más rendía porque encontrabas a la gente y, por decirte algo, 2004 fue año electoral, entonces ahí hacíamos encuestas como previas a las elecciones, boca de urna, como todo ese tipo de trabajos de encuesta, que se intensificaban más en los meses previos a las elecciones, pero no era una cosa diaria, entonces, en realidad en el diario se me iba en las actividades más de militancia, extensión y después el cursado de materias.

En cuando a la militancia, con el grupo, nos juntábamos 2 veces por semana, una vez por semana íbamos a una escuela, y hacíamos talleres. En la huelga del 2002, por el tema de

la crisis, hubo mucho proyecto interinstitucional y hubo mucha demanda de generación de proyectos de huerta orgánica para que los centros educativos tuvieran como un elemento autosustentable, entonces, a partir de una demanda de esas, con un conjunto de gente de agronomía y de psicología y de sociales, se armó un proyecto más de intervención que se fue ampliando a la comunidad, entonces, por ejemplo, trabajamos en la construcción de una plaza, hicimos talleres sobre derechos del niño con los niños de la escuela, eso fue 2002, 2004, después como que por distintos motivos el grupo fue desintegrándose, los compañeros que ya estaban en años superiores o fueron terminando o fueron empezando a trabajar formalmente, no teníamos financiación y eso hacía que tuvieran que optar por el trabajo formal. A partir del 2004 fue como una época más de juntarnos a discutir, pero más a nivel de tertulia y no tanto a nivel de intervención, discutir, yo que sé, desde autores específicos, textos específicos o más, no sé, sistema educativo, en fin, o la vida del cangrejo, ya en un momento fue más etéreo, digamos, no estuvo tan centrado en la propuesta de intervención.

Yo creo que el proyecto de extensión e intervención fue una de las cosas que más me marcó para decir que quería trabajar en el área de la educación. Después, mi trayectoria laboral me fue llevando para lados que capaz en ese momento no los pensaba pero sí, desde el lugar en que yo estuviera, intentar darle voz a los niños, niñas y adolescentes en relación a su ser y estar en la escuela, eso me marcó un montón, poder compartir con niños, sus experiencias, experiencias de vida muy distintas, muy jodidas, porque trabajamos con un conjunto de gurises que tenían situación muy vulnerada, de abuso, y también, por otro lado, ver con impotencia las burocracias del sistema, eso creo que fue una de las cosas que más me determinó para trabajar en la línea de investigación de políticas educativas.

En el secundario, primero estudié todo público y el secundario, los primeros años, los hice en un privado católico, no por convicciones católicas de mi familia, sino por entender que era una propuesta más contenida para una etapa particular de la vida, de la adolescencia ¿no? En esto que mis viejos no estaban, estaban todo el día acá en Montevideo, como que querían asegurarse de una propuesta que nos tuviera más contenidos. Y entre las oportunidades que tuve ahí en el secundario, una de esas fue ser parte de un grupo de animación y recreación de jóvenes, eso nunca lo conté como trabajo, pero participé desde el 99 al 2002, e intenté mantenerlo un poco más. Implicaba acompañar a actividades a las clases más chicas en secundaria, yo en cuarto con 16, acompañaba a los grupos de primero que tenían 11, 12, en distintas actividades, algunas vinculadas al componente religioso del liceo, retiros, y otras más recreativas, campamentos, se hacían jornadas del día del niño, entonces se iba a clubes de niños o a hogares de INAU y se hacía una actividad recreativa con los niños de INAU y con los niños del liceo.

Siempre me gustó eso y aparte siempre me pareció importante que los gurises tengan espacio para poder expresarse como yo lo tuve siendo adolescente, como tener a alguien que te escuche del otro lado, me parece como re importante, entonces cuando viene a Montevideo necesitaba como un lugar donde pudiera seguir con eso, creo que desde un lugar con mucho más pienso, como mucha más consciencia, en términos hasta epistemológicos, desde dónde ver al otro. Lo que empezó como algo más recreativo, lúdico, se tornó algo más político en el sentido más puro del término, y eso para mí siempre ha sido importante.

En su momento no me di cuenta, creo que después fue como algo bien importante para construir un perfil de investigación, lo mismo los trabajos en las encuestadoras. En su momento era lo que me permitía tener una plata que era mía y de la cual yo podía disponer y podía decir con esto en enero me voy 20 días a Punta del diablo, con esto me tomo una cerveza, o me compro un libro o me voy al Foro Social Mundial. El fin era meramente utilitario, no era que el trabajo me llenara. De todas maneras, creo que me ayudó, primero a entrarle a Montevideo, en el sentido de conocer el territorio, porque caminaba, me tocó ir por muchos barrios y hay algo que a mí... digamos, yo llegué y me movía, la facultad queda en el centro y me movía 10 cuadras a la redonda y hacer encuestas me permitió abrirme a conocer la ciudad y eso estuvo re bueno, eso con el tiempo me ayudó a apropiarme, a conocer, a caminar, a andar en ómnibus, a recorrer la ciudad desde otro lugar y eso estuvo bueno.

A mis padres les costó un poco que empezara a trabajar. Capaz no tanto las primeras experiencias, pero ya en 2005 ya empecé a trabajar 8 horas, entonces ahí sí tuvimos algunos problemas. Yo el tercer año, lo partí, dejé algunas materias pendientes porque no me daba, y quería empezar a trabajar más fijo.

Sí había una razón, estaba en pareja en esa época, y la idea era irnos a vivir juntos y mi compañero estudiaba ingeniería y trabajaba, y yo quería como también tener un ingreso para aportar. Después igual, esa relación no prosperó, pero era un poco la intención y por eso fui con una amiga que me dijo que estaban pidiendo encuestadores para un cargo fijo de 8 horas para una consultora de medios de comunicación, en realidad, nada que ver con lo que venía haciendo y pedían gente mayor, de 25 para arriba, yo tenía 22, pero me presenté, me llamaron y quedé.

Ahí empecé a trabajar y tenía como toda una parte de relevamiento de hogares, era esto que te ponen el aparatito para medir el rating de la televisión, de lo que miran las familias, entonces teníamos como distintos periodos de trabajo, uno era relevar hogares, es decir, hacer un censo de hogares, simplemente caminando y registrando todas las casas, para que después sobre ese censo se hacía un sorteo para muestrear hogares, ir a hacerle la encuesta y después había otro equipo que les vendía el aparatito, y ahí sí me empecé a mover en zonas más periféricas de la ciudad y tuve algunas discusiones con mis padres, en relación a la inseguridad, “son barrios violentos que no puedes andar sola”, pero después, se la bancaron igual.

Ahí cuando empecé tiempo completo, no me anoté en algunas materias y las dejé para el año siguiente, entonces lo que tendría que haber hecho en 2005, lo hice entre 2005 y 2006, trabajando y participando en algunas instancias de militancia, pero ya no tanto porque trabajaba 8 horas y tenía clase de noche. Ahí mi vida medio que se... al principio fue agotador, aparte claro, los relevamientos, a veces hacíamos trabajo de oficina, pero a veces, estaba 6 horas caminando, o entre transporte, pero sí fue muy agotador, Por eso dejé materias, tenía 4 materias en el semestre que no las podía hacer, porque no me daba para ir a trabajar, ir a clase y estudiar lo suficiente, entonces ¿qué hacía? Tenía dos días que iba a clase y otros tres que estudiaba y todos los días trabajaba, pero después de trabajar no tenía que ir a clase todos los días, entonces, lo podía usar para estudiar. Y así estuve casi dos años, no llegué a estar dos años, ahí en algunos momentos empecé a trabajar en supervisión y algunas tareas más de gestión, administrativas, vinculadas al

campo, pero en oficina estuve un tiempo trabajando también, y después, cuando estaba terminando de cursar en 2006, surgió un llamado para hacer un intercambio en Brasil, en la Universidad federal de Santa Catalina y me presenté y quedé.

Entre tanto en mi pareja no había prosperado lo de irnos a vivir juntos. Básicamente, yo estaba súper convencida de que sí, de que nos íbamos a vivir juntos, se suponía que mi pareja también, empezamos a buscar casa y ninguna casa, todas tenían problema, ninguna convencía y, después, mi suegro en ese momento le detectan cáncer, y mi pareja se tiene que volver a su casa, y bueno, yo no sé si fue un poco que lo sintió así o si fue un poco excusa para sacarle un poco el culo a la jeringa, pero la cuestión es que con ese contexto familiar, ya no prosperó lo de irnos a vivir juntos y eso en términos de pareja fue como un desgaste medio agónico, que duró como 2 años más, hasta que nos terminamos separando pero seguimos juntos un tiempo más, tipo de novios pero, nada, yo hacía como mis cosas acá, los fines de semana me iba para allá, él venía a veces, pero como en una relación muy light.

Y entonces yo quedo segunda para el intercambio en Brasil, porque era un concurso por nota, por escolaridad y antecedentes, y yo había dejado algunas materias, entonces, eso me dejaba como un poco más abajo y quedo segunda, y la persona que quedó primera desistió de la beca y, dije, yo me voy. Creo que tuvo un poco que ver con esto desencantamiento a nivel del proyecto de irme a vivir con mi pareja, porque la postulación fue en 2006, pero todo 2005 yo había estado con estas idas y vueltas de nos mudamos, no nos mudamos, juntamos plata. Ahí tenía 23 años.

Y claro, fue como una de las cosas que también creo que se las debo a mi madre. Mi madre viajó mucho por laburo y, en general, como que siempre tuvo esta cosa de que viajar te abre la cabeza, si ustedes pueden viajar, aprovechen, está bueno. Entonces, me pareció que era algo que estaba bueno, que era la posibilidad de conocer otra realidad, estuve viendo los programas de la Universidad Federal de Santa Catalina que casualmente quedaba en Florianópolis, que es una zona balneario, turística, muy importante de Brasil, entonces era como: playa, verano, sol, como que prometía mucho y además, tenían como un énfasis más de antropología social, que era lo que me parecía más vinculado a la sociología, que yo veía que a nivel de formación me faltaba, porque la ciencia política acá es muy clásica, está el enfoque bastante centrado en el sistema de partidos, partidos, estado, teoría de la democracia. Entonces, me parecía que eso iba a estar bueno y, efectivamente fue así, porque en realidad, me re abrió la cabeza en términos de esa complementariedad, tenía otro enfoque. Yo hice una materia de metodología, una materia en teoría social, una materia de movimiento sociales y una materia en teoría política, entonces, como que encontré una complementariedad, empecé a conocer otro lado de la ciencia social, vinculado no sólo a los clásicos de la sociología, sino a los contemporáneos, y me hizo como un clic que estuvo bueno, más allá de la experiencia de vivir en otro país.

Esa experiencia de vivir en otro país estuvo increíble, de hecho. Fue como el primer clic de decir, somos minúsculos y muy autorreferenciales, tenemos que abrir la cabeza para conocer el mundo. Hay que abrir la cabeza a otras realidades, conocer qué pasa en otros lugares, ahí también estuve vinculada al centro de estudiantes, participé de dos encuentros de estudiantes, uno regional y uno nacional, porque me quedé un tiempo más después,

éramos yo de Uruguay, seis argentinos de distintas provincias de argentina y una paraguaya, entonces ahí hicimos como un núcleo de familia que estuvo bueno, de hecho, hasta el día de hoy mantengo vinculo, 12 años después con algunos de ellos. El intercambio duró seis meses. Me fui en febrero y me quedé un poco más, porque también nos hicimos muy amigos con un grupo de brasileros que compartimos residencia y nos quedamos después en San Pablo y en Río y entonces, me fui en febrero y volví en agosto, 6 meses, más o menos.

Y ahí pude ir al encuentro regional de estudiantes de ciencia sociales, conocí un campamento del movimiento sin tierra, un campamento de ocupación urbana, pude hacer también actividades con niños en situación de calle, para mí siempre la pata en lo social, de hecho a veces, ahora que no tengo mucho tiempo, la extraño, y conocer la cotidianidad de las personas que viven realidades ajenas a la de uno, es como importante, y fue una experiencia sumamente enriquecedora y después obviamente que también hubo fiestas, bailes, capoeiras, encuentros culturales de danza afro, uno con 23 años.

Después de que volví y empecé a trabajar de nuevo, ya tenía todo pronto para recibirme, tenía todo cursado y tenía que hacer la tesis. Volví sin trabajo y, en realidad, no podía pensar en trabajar, quería viajar porque había encontrado que hay todo un mundo y necesitaba conocerlo, y ahí, en realidad, con una amiga presentamos un trabajo que habíamos hecho en la licenciatura a una jornada de jóvenes investigadores en Paraguay y al final conseguimos financiación para una, pero ella ya trabajaba formalmente y tenía como otras responsabilidades, y yo estaba re al pedo y fui yo. Yo llegué en agosto y en octubre me fui a Paraguay, y después volví, y esta amiga con otras amigas me dicen: “nos vamos a hacer un viaje en el norte argentino, Bolivia, Perú y Chile, a pasear” y dije: “me prendo”, y me fui a pasar año nuevo a Tucumán, a la casa de una de mis amigas que había conocido en Brasil, y estuve 45 días viajando. Eso lo hice con ahorros de cuando llegué a Uruguay, de nuevo hice encuestas y con eso ahorré la plata para irme y cuando estaba trabajando, ahí empecé a trabajar en un proyecto que era en una consultora privada, que era sobre políticas de tabaquismo en el centro, bueno no me acuerdo de las siglas, y cuando me estaba yendo me dijeron que precisaban un supervisor, que valoraban el trabajo, yo les dije: “bueno yo me voy, si vuelvo vemos”.

Y ahí ya estaba separada, en el medio, ahí me separé. En realidad, fue como raro porque al principio de allá, me fui como con la idea de fortalecer, de que la distancia nos iba a fortalecer, nos íbamos a extrañar, y estando allá me di cuenta que estábamos como cada vez más lejos y de hecho mi pareja fue allá y estuvo un tiempo. A Brasil, a Santa Catalina, y hablamos mucho y apostamos a que sí, a reconstruir, a re empezar y todo, pero la realidad era que no, que estábamos juntos, porque siempre estábamos juntos y porque éramos novios desde adolescentes, desde los 17 años, pero no y ahí fui yo que le dije que terminaríamos.

Ahí sí fue todo un drama familiar, porque no entendieron mucho, creo que no entendieron el momento, porque creo que todos esperaban que cuando no salió lo de la casa, fuera como el momento de terminar. Mis amigas después, con el tiempo, me decían, en realidad estiraste algo que era inestirable, fue como que no te animabas a cortar y el viaje y todo, fue como lo que terminó, fue decir vamos por caminos re distintos. Mis padres ya lo veían como algo dado, que nos íbamos a casar. Sobre todo, mi padre, mi madre desde que pasó

lo de la casa, ya entendió que ese era el quiebre y que en algún momento iba a suceder. Mi padre era más, aparte como él fue a Brasil, dijo: “lo hiciste ir a Brasil”, y yo le dije “yo no obligué a nadie, aparte, pasamos bárbaro”. Después, en algún momento, me hizo el clic de que estaba intentando como sostener algo que no era sostenible, porque no era una relación de pareja, eran dos personas que sí todo bien, estaban juntas, la pasaban bien, pero no era lo que yo esperaba de un compañero.

Ahí me separo y empiezo a viajar a Paraguay, después al norte argentino, a Brasil. Hago encuestas, hago encuestas, y vuelvo a viajar. Y después, cuando yo me estoy por ir a Argentina y todo este viaje, me habían ofrecido la supervisión y cuando vuelvo, dije: “hola, volví, necesito plata”, y ahí me dijeron, sí obvio, más que bienvenida, y ya empecé a supervisar, es decir, a tener menos trabajo en campo de hacer encuestas, o sea, algunas supervisiones en campo, pero después ya a tener más contacto con la planificación, la gestión de trabajo de campo, la capacitación de los encuestadores, la redacción de los manuales, más trabajo de oficina, digamos.

Mientras tanto demoré un montón en recibirme. Sólo me faltaba la tesis, en realidad, a no ser por el año que partí en dos, terminé en 5 años, pero la tesis no la hice hasta como 4 años después, es decir, en el medio me fui de intercambio, volví, viaje, volví del viaje, empecé a trabajar y empecé a trabajar bastante. 10, 12 horas, porque, sumado a este trabajo de supervisión, iba agarrando como otras cosas, también vinculadas a la encuesta o a la supervisión de encuestas, y en 2008 nos presentamos con un conjunto de amigas colegas a un fondo concursable para desarrollar una investigación sobre tecnologías e inclusión educativa que duró 8 meses. Ahí como que tenía mi trabajo y además eso, que no trabajaba 8 horas, creo que trabajaba 6, pero el proyecto también nos llevaba bastante, y después cuando estaba terminando el proyecto sobre finales del 2008, inicios del 2009, me contactan de una organización sin fines de lucro para coordinar a través también de una de estas colegas con las que armamos el fondo concursable para coordinar una evaluación de un programa del Ministerio de Desarrollo social que se llama Infamilia, de infancia, adolescencia y familia, ya como coordinadora de campo, es decir, como que en el tercer escalón de encuestas, supervisión, coordinación. Y ahí acompasé un tiempo los dos y, después, ya me dediqué full time a ese, con algunas otras consultorías más chiquitas, vinculadas también a programas socioeducativos.

Trabajé un tiempo también en un relevamiento que hacía la Junta Nacional de drogas en centros educativos y ahí ya empecé como a perfilarme dentro de lo socioeducativo, lo educativo más propiamente, y eso es 2008, 2009. En 2010, empiezo a trabajar en facultad, primero empecé como coordinando un proyecto no como coordinadora general de proyectos, sino como asistente, pero coordinando todo lo que tenía que ver con la aplicación del campo, la elaboración del cuestionario, después toda la coordinación del campo y bases de datos, o sea, llegar como a las primeras líneas del informe sobre movilidad social en Montevideo y después a partir de ahí, me presenté a un llamado a un grado 1 para trabajar con el seguimiento de la corte de los evaluados por PISA, un estudio de seguimiento de corte.

En realidad, cuando fui a México, en ese ínterin que también trabajé con algunos proyectos de evaluación educativa a nivel de primaria, desde el departamento de ciencia política, es decir, trabajaba en el departamento de ciencia política y en el departamento

de sociología de la Facultad, y ahí, en la mitad de eso, me recibí, armé a partir de uno de los proyectos en los que estaba trabajando la tesis y me recibí. Uno de mis jefes me atomizaba con que yo tenía que dejarme de joder y terminar la tesis y hacer una maestría. Y ahí fue cuando dije, es ahora. Justo yo estaba trabajando en un proyecto de necesidades y oportunidades educativas post primaria en una zona de Montevideo y en el 2007, se empezó a implementar un plan nuevo en educación técnica profesional de UTU y dije voy a hacer un análisis de implementación de esta política, me hice mis entrevistas, puse observaciones y que se yo, y pude acompañar como que el campo en todo ese proceso.

En esa época, en 2009, me puse de novia otra vez y en 2010 me fui a vivir con mi actual pareja, a los 27 años. Lo conocí en un boliche, fue como todo lo que uno nunca espera de una noche cualquiera, lo conocí ahí, quedamos en hablarnos, seguimos hablando y surgió, y en 2010 nos vamos a vivir juntos. En el medio mis padres se separan y mi madre se viene a vivir con nosotros, con mi hermano y conmigo.

En ese tiempo yo había estado viviendo con mi hermano o con amigos o con una amiga mía, pero en realidad antes de que yo me fuera a Brasil, mis padres ya estaba ahí, que iban y venían, mi madre alquilaba otro departamento, en donde ella estaba parte del tiempo, pero ahí claro yo me fui a Brasil y cuando vuelvo, mi hermano estuvo 6 meses en Europa también, entonces como que no coincidíamos y llegó un momento, 2008, 2009, que estábamos viviendo los 3, y en un momento mi madre en 2009 está en pareja con un ex compañero de trabajo y nos dice que se va y yo ahí, digo, la convivencia con mi hermano siempre fue en buenos términos, pero sufrido, tenemos códigos bastante diferentes de cómo hacer las cosas, de quién hace qué y todo eso, entonces, yo le dije a mi madre que no iba a volver a vivir solo con mi hermano porque de última mientras estaba ella, la lógica era distinta, porque era como el adulto mediador. Si no, mi hermano se la pasaba organizando fiestas, haciendo desmadre cuando yo quería estudiar y trabajar. Para mí fue bastante conflictivo ese vínculo con mi hermano, entonces dije: yo no quiero volver a esto y estábamos muy bien con mi pareja, aunque en su casa tampoco estaban muy afines con la relación.

Él vivía con su mamá y su hermana, y había ahí como una... no sé, nunca la entendí mucho a mi suegra, después nos pusimos en buenos términos pero, claro yo que sé, yo creo que era un perfil de mujer distinta a la novia que él había tenido, que había sido una novia como de mucho tiempo y como muy vinculada con la familia, la típica que va al shopping con la suegra y hacen cosas, y yo era como medio hippie, de izquierda, sin mucho afín, tipo sin mucho vínculo con los temas que nos podrían nuclear, cero shopping, cero estética, como ese estereotipo ¿no? Entonces, como que había un montón de prejuicios ahí que, que la llevaban como a tener una mirada de desconfianza y era como su nene.

Y bueno, ahí entre que mi madre se iba y que en lo de mi suegra ya era medio insostenible, porque no podíamos ir a la casa porque siempre pasaba algo y, entonces, nos fuimos a vivir juntos y medio una mano atrás y otra adelante, en términos de ingreso, al mejor contigo pan y cebolla, que es un dicho que dice: contigo, pan y cebolla, como sin un mango, sin plata, pero juntos. Y eso fue 2010.

Fue la primera vez que conviví en pareja y fue duro, fue como un año de mucho aprendizaje, porque era la primera vez de convivir para los dos, pero mi compañero nunca

se había ido de su casa de sus padres. Entonces, yo tenía casi 10 años de vivir sin mis padres, más allá de las idas y vueltas, y él no levantaba ni un plato, no se lavaba ni los platos. Entonces fue como un año, el primer año, como duro. Creo que pusimos de los dos bastante, había cosas que yo no estaba dispuesta a ceder, es decir, la construcción iba a ser colectiva y los dos vamos a limpiar, los dos vamos a cocinar, los dos vamos a hacer mandados... Hubo una especie de retroalimentación, aprendizaje porque él me decía que no sabía hacer cosas y yo digo: ¿cómo que no sabes? ¿no sabes que se compra para una casa? ¿no sabes cocinar? no sé, unos panchos, a ese nivel. Nos llevó como muchas discusiones, igual se potenció después ahora que nació nuestra hija, cuando uno pensaba que ya estaba todo bajo control, no estaba todo bajo control.

Pero también fue re lindo ¿no? fue como que construir, teníamos una casa re chiquita y la pintábamos, la arreglábamos, le pusimos como mucho ahí entre los dos y, en un momento, yo seguía en esto de trabajar 12 horas y cuando se me estaba terminando un proyecto, me ofrecen otro adentro de facultad también y dije que no porque me tenía que recibir, y ahí lo hablamos porque económicamente no era que sobrara y mi pareja me dijo dale nos manejamos, y yo entonces trabajaba 6 horas y ahí pude como dedicarle más a la tesis y me terminé recibiendo en 2011.

Con el incentivo de un profesor que me dio pila de oportunidades fue que me animé a la maestría, a inscribirme a la maestría y ahí mi compañero me dijo que... nos reíamos, porque al principio de la maestría siempre estuvo que iba a ser en Brasil y teníamos toda una idea, porque mi compañero es músico, entonces, estaba re copado con Brasil como destino, pero finalmente le dije es en México DF, ¿qué hago? ¿me postulo? ¿no me postulo? Él me dijo: mira yo creo que es juntos o esto se disuelve, esto de “vos te vas, yo me quedo”, no, y yo le dije que para mí era juntos y que nos fuéramos y veíamos cómo nos organizábamos allá.

Yo había ido con la visa de estudiante y nos habían dicho que mejor que él entrara como turista, y después allá tramitara una visa de trabajo, que tenía un conocido que le iba a hacer una especie de contrato de trabajo y ya le quedara la documentación, pero al final cambiaron los requisitos y tenía que tener una carta vía consulado, que dijera porque te contrata a vos y no a un recurso nacional, y tuvo que ir de México a Costa Rica para renovar la visa y ahí en realidad averiguamos con un tipo de la embajada que la mejor forma es que nos casáramos, y ahí nos casamos, en 2013.

Ahí fue que nos casamos, nuestra idea no era casarnos, en realidad, digo ninguno de los dos estaba como muy afin, pero parecía como la solución menos problemática, si no tenía que estar entrando y saliendo, y era una plata. Mi suegra en esto de las formalidades y las lógicas, cuando nos llamamos, me dijo: “Ah, ahora si sos mi nuera”, y yo le digo: “gracias... todos estos años”, pero el casamiento fue como anecdótico. De hecho, ni siquiera es como una fecha que celebremos, por decirte algo, tipo celebramos la fecha en que nos fuimos a vivir juntos, que es como el hito que consideramos como la decisión de compartir nuestra vida juntos.

Después la maestría, fueron dos años sumamente intensos. Fue como raro, porque al principio, los primeros 3 meses fue todo increíble, nuevo, disfrutando eso, la novedad, cuando empezamos a hacer rutina, en un momento dije: ¿qué hago acá? ¿por qué me vine a este país? está lleno de gente, no entiendo, es un hormiguero, hay gente por todos lados,

ruidos por todos lados, y después de que pasó eso, también, hicimos un grupo de gente, sobre todo extranjeros, también mexicanos, pero muchos de los extranjeros que estaban haciendo la maestría, que también logramos continentarnos, en ese sentido y como compartir, una colombiana, un argentino, un costarricense, es decir, como desde la diversidad, porque ninguno estaba en su país, y otros uruguayos que también estaban allá, y ahí como que logramos una cohesión que estuvo re buena y a partir de ahí yo creo que pude empezar a disfrutar más México, y a olvidarme, porque también estaba eso ¿no? como vivir en México pendiente de lo que pasaba en Uruguay y en un momento medio que me perdí, me desenchufé de Uruguay y empecé a disfrutar México, y, en parte, la maestría fue como un volver a la adolescencia, pero si como una etapa de sólo estudiar, más allá de la intensidad de estudiar la maestría, fue como no tener esa presión de trabajar, de la plata, de gestionarte, y también en un momento donde en Uruguay, yo que sé, mis amigas empezaban a ser madres, de hecho, yo volví y todo el círculo cercano ya era madre, ya teníamos 30, yo volví de la maestría con 30. Y yo volví tipo re adolescente, tipo, voy a tomarme unas chelas. Y la vuelta fue como un shock. Para mi compañero más, porque él estuvo más tiempo sin trabajar, yo llegué y ya tenía trabajo, donde estoy trabajando ahora.

Yo me presenté al llamado para ver qué onda, si competía básicamente, porque estuve un año y medio afuera, había un llamado, me lo mandó este jefe de facultad que me había incentivado a hacer la maestría y dije me postulo para ver si algún día quería volver a Uruguay qué pasaba y era como un cargo fijo, estable, de un tiempo limitado que no era volver a esa lógica de proyecto, proyecto, proyectito, de trabajar quinientas mil horas, sino, voy 8 horas, vuelvo, me voy a mi casa, y quedé.

Cuando quedé era febrero de 2014 y yo estaba en pleno proceso de tesis y entonces les dije, no, miren yo hasta junio estoy acá, si me esperan yo el primero de julio puedo llegar, y fue así, me dijeron que sí, que estaban muy interesados y, fue una demencia porque entregué el 17, defendí el 25 y viajé el 30, y el 2 estaba trabajando. No entendía nada, no sabía por qué estaba en Uruguay, de nuevo y me llevó un tiempo volver a uruguayizarme. Era muy raro todo ¿no? volver a tener horarios, tener que hacer productos para otros, que no fuera yo, o no los productos de estudiar, yo creo que me llevo como todo el 2014 para terminar de adaptarme, y F [su compañero] estuvo más tiempo, fue poco en realidad, para lo que podría haber sido, pero estuvo 3, 4 meses sin trabajar. En algún momento se nos pasó como posibilidad quedarnos, sobre todo porque F armó una banda con otra gente y parecían surgir algunos proyectos para hacer cosas a nivel artístico en México que claramente tiene más oportunidades que Uruguay y ese es como su gran sueño, poder dedicarse y vivir de la música y era como una posibilidad que acá es mucho más difícil, por un tema de mercado, yo tenía algunas posibilidades de trabajar en algún proyecto vinculado a Flacso, pero después surgió esto otro y también, las ganas de volver, y esto era mucho más estable, era de planta y con un buen sueldo, después algunas cosas no salieron como parecía que iban a salir, pero igual es un buen lugar para trabajar. Ahora estoy en un proceso más de salida, en realidad.

Terminé como con un nivel de especialización muy grande en la evaluación educativa que está bueno, pero es demasiado chiquito, entonces, estoy con ganas como que de abrir un poco el paraguas e ir a cuestiones que tengan que ver más con infancias, con juventud y con laburo más en territorio, como que estoy extrañando un poco ese contacto con la

realidad y construir desde otro lugar, ahora lo que estoy haciendo desde el año pasado, porque, en el medio nació nuestra hija, es decir, volvimos en 2014, yo empiezo a laburar enseguida, él empieza a laburar a fines del 2014, en 2015 aprovechamos para hacer algunos viajes, 2015, 2016 y bueno después planificamos la llegada de M, que nació en diciembre del 16.

Siempre quise tener hijos, se me complicaba un poco el cuándo. Siempre, siempre quise tener hijos y desde que estamos juntos siempre fue un proyecto, de hecho, en algún momento lo hablamos antes de irnos a México y después, creo que fue una sabia decisión no hacerlo porque no estábamos tan sólidos como ahora, salió lo de la maestría, y eso quedó como en un segundo plano y al volver, es lo que te decía, todo mi círculo estaba como en este plan maternidad, paternidad, al cual dije no, ni en pedo, me veía en conversaciones que terminaban hablando de pañales y de mamaderas, yo lo veía muy lejano a esa post adolescencia, como bien contrastante y bueno, todo el mundo ahí empieza a decir, ahora ya volvieron, ya se casaron, ya hiciste la maestría, ya tienes trabajo, claro, ya hiciste check list.

Nosotros lo conversamos mucho y dijimos, sobre todo yo, en realidad, F siempre quiso ser papá, o siempre tenía como muy presente esto de querer ser padre, que creo que eso hizo que se concretara en un momento dado porque a mí me pasaba eso, siempre quise ser madre, pero nunca era el momento oportuno. Ahí lo conversamos bastante, lo planificamos bastante, yo soy bastante estructurada, igual, tenía como experiencia diversas de mis amigas de decir dijimos que capaz nos dejamos de cuidar, y nos dejamos de cuidar y después dije, ay no, no, y en eso quedé embarazada, entonces, fue una cosa que conversamos pila, fue: el día que decidamos no importa si es en un año o en un mes, pero va a ser porque ya estamos convencidos que es ahora, y ahí fue como que lo fuimos hablando, aprovechamos que estábamos como los dos con buenos laburos, con buena posición económica, nos fuimos de vacaciones 20 días a Brasil, después a Europa, que los dos queríamos conocer Europa. Y ahí en las vueltas de Europa dijimos es ahora, y ahí M vino enseguida.

El embarazo fue perfecto. La verdad que no me puedo quejar, no me sentí mal, no tuve muchos vómitos, no aumenté mucho de peso, seguí la vida bastante rutinaria, los primeros meses. El primer año de M fue complejo, a ver, primero que nosotros tomamos la decisión que queríamos ser nosotros los que nos encargáramos de su cuidado y eso implicó, cruzarnos los horarios, entonces, yo tenía 3 meses de licencia, que es lo que tenés por maternidad, y después medio horario, entonces yo trabajaba de 8 a 12 y él trabajaba de 1 a 10, y eso implicaba que la mayoría del tiempo, es decir de la 1, yo salía de trabajar a las 12 a los pedos y llegaba a casa y me quedaba con la gorda de 1 a 10, hoy después de que ya pasó todo eso, creo que no fue una, creemos los dos en realidad, que no fue la mejor de las decisiones porque casi no nos veíamos, porque además yo me veía sumamente recargada de la jornada como más larga con ella, tipo que llegaba un punto de decir: ah, te la tiro, no la quiero ver ni en foto, y nos exigimos mucho, entonces creo que, como que nos costaba también, en esto de que tenemos que ser nosotros, nosotros somos los padres, nosotros la tenemos que cuidar, nosotros nos tenemos que hacer cargo, como que nos cerramos mucho.

Fue como pesado el primer año y después, a mí me costó, me cuesta, todavía, compaginar este nuevo rol, cómo seguir siendo yo, pero ahora ser madre y lo que implica en términos de responsabilidad, de culpas, de decir, no puedo hacer tal cosa, o no quiero, o que te gane el cansancio, porque me encantaría presentarme a esta consultoría de no sé qué, pero quiero dormir, entonces, no me presento, como que ahora recién creo que estoy retomando, ya tiene 2 y medio, nació en diciembre del 16, y el año pasado y ya en lo que va de este salir, hacer cosas, juntos y separados, como que eso sí eso es un cambio drástico.

El embarazo yo lo viví muy bien, pero yo creo que de las cosas que más me costó después del nacimiento, fue perder la individualidad, es decir, tener a alguien 100% dependiente de mí y el no tener casi que respiro físico, capaz en los primeros meses, que es sumamente desgastante, pero después mental, es como no lograr salir un segundo de ese rol de madre, y estar todo el tiempo, sí me costó un montón y me sigue costando.

Yo creo, lo conversamos pila, lo trabajamos un montón, tratamos de generarnos como días o momentos para tener actividades cada uno, nosotros. Yo lo conversaba mucho con mis amigas ¿no? que son parecidas a mí, otras que son distintas y siempre me decían, a vos ser madre te va a costar porque si a mí me preguntas qué hago o qué quiero hacer, yo te digo: quedarme en mi casa, leerme un libro y vos estás todo el día, que tengo un congreso acá, que tengo una ponencia acá, que me voy a presentar en el congreso acá, como en esta cosa de la multitarea, de la multifunción, de estar generando, de estar pensando y eso lo ves sumamente limitado, y sí para mí es difícil.

A su vez, por otro lado, es como que ya no me puedo imaginar sin mi hija, es lo más increíble que me pasó en la vida y es como que te pone a prueba todo y vos decís ay yo me estresaba por no entregar un trabajo y hace una semana que no duermo y, sin embargo, sigo viva, trabajo, hago las cosas, limpio, cocino y más o menos acá estoy, en pie.

Estamos buscando el equilibrio ¿no? todavía, el año pasado me fui, pero me llevó un año y un cacho, me fui un fin de semana, un par de días a Buenos Aires a un curso, ahora me voy, me voy 3 días con amigas. Tratamos de generar, a veces, en el día a día es difícil, pero yo con mis amigas me juntaba todas las semanas a merendar, bueno todas somos madres, eso es difícil pero tratamos, aunque sea una vez por mes seguir juntándonos, a veces más con ellos, tipo con los peques, pero juntarnos nosotros para nada, yo que sé, como para también recuperar ese espacio de nosotras, que a veces no es fácil y tampoco se entiende mucho, no digo que se mire mal, pero como “ah ta, para qué te juntaste”, y digo yo que sé, para conversar, para hablar de otra cosa, para hablar de política, ponerme a discutir sobre las elecciones con los pibes, o para hablar de cómo matarías a tu pareja cuando te dice tales o cuales cosas.

Que no se trata de volver a ser la individualidad que era antes de ser madre, porque no, porque no me puedo desprender de ser madre, y ni quiero hacerlo porque yo siempre les digo cuando me preguntan: ¿Y bueno qué es la maternidad? y la maternidad es todo lo que pensás, y todo lo que te dijeron, en extremo, para bien y para mal, todo lo bueno en extremo y todo lo malo en extremo, es como una cuesta límite.

Creo que ahora me puedo considerar adulta con todas las letras, un ser vivo que depende de vos, antes lo único que tuve era una planta y funcionaba hasta que se murió. Yo creo

que la responsabilidad sobre otro ser total, compartida ¿no? es lo que sí, cambia la visión de todo, porque cambia la visión, vas a hacer algo, decís: ah voy a hacer esto, y bueno ¿y si me pasa algo? ¿qué pasa? no puede pasar nada porque tengo una hija, no me puedo enfermar, cosas como que no me puedo enfermar porque si no, y aun siendo dos, es como otra construcción, porque vas con el otro, no sos responsable del otro, te complementas y cuando uno no puede, el otro puede.

Es así, intentamos de que sea así en la corresponsabilidad de la crianza, pero al final siempre vas a tener la responsabilidad por ese ser y todo lo que pasa y lo que hace y lo que no hace, M nació con bajo peso y no engordaba y es chiquita, nosotros somos chiquitos, pero todos los meses era como ir a la balanza y decir, no come ¿que estoy haciendo mal para que no coma? Y en la pareja fue también, reiniciar negociaciones, de estas que te decía de las cotidianas y de otras que no tenías ni idea.

Primero, nosotros teníamos una forma de vivir nuestras familias muy independiente, por decir algo, nunca pasamos una navidad juntos hasta que no nació M, porque los dos teníamos, yo qué sé, yo en mi familia tengo la tradición de que en navidad nos juntamos con mi abuela y toda la parte materna y yo no quería perder eso, y él también, su padre vive en Estados Unidos y viene para las fiestas, entonces tampoco quería perder eso, digo que es algo muy anecdótico, pero da cuenta de cómo nos cambió y ahora en realidad, M nació en diciembre así que el primer año pasamos solos los 3, eso también fue bastante cuestionado, pero ella era chiquita, tenía 15 días, tenía bajo peso, no tenía vacunas.

Y les dijimos me importa tres carajos lo que piensen, nosotros nos vamos a quedar los 3, aparte el 31 yo hice una mastitis, estaba con 39 de fiebre, no le podía dar pecho, fue como caos, menos para estar mirándole la cara a mi suegra, pero claro cambio como en eso ¿no? en ese vínculo que vos tenés como nuera, con la familia del otro, que ahora en realidad son los abuelos de tu hija, es decir, y lo van a ser para toda la vida, independientemente de lo que pase con nosotros como pareja y eso, cambia el vínculo, y después el que ellos te vean a vos como padres, que yo no sé qué chip se les ajusta pero, yo a mi madre a veces le digo, “bo ¿qué pasó? tipo que paso con mi madre que no me dejaba mirar televisión, ni comer caramelos y ¿dónde está?” porque les viene el chip de abuelos y, entonces, déjala ver tele, pero dale un caramelo, dale coca cola ¿por qué no le vas a dar coca cola? yo que sé, con un montón de cosas que como ellos como padres, no sé, esa cosa de estar desde roles distintos también.

A mí con mi madre me tensionó en un montón de cosas, del vínculo, como en esto de está todo bien lo que vos pensás y todo, pero déjame que yo haga lo que yo creo y acéptalo porque yo digo que va a ser así y eso me costó construirlo, porque mi madre siempre fue, desde un lugar como sumamente respetuoso, pero siempre como decir: ¿y no te parece? ¿no te..? y capaz yo también le daba como esa cabida en mis decisiones, y ahora como que me puse más radical en ciertas cosas, que yo creo que conciliamos entre nosotros, y nosotros somos los padres, nosotros somos los que vamos a decir que es lo que sí, que es lo que no, cuándo, cómo, que al principio empezás muy estricta y después vas aflojando.

De a poco nos vamos construyendo todos, en nuevos roles, pero yo creo es, sobre todo a partir del nacimiento de M. Más allá que desde antes, nosotros somos independientes económicamente, emocionalmente, pero es el quiebre de decir, las decisiones sobre mi

vida y sobre la vida de este ser, que es tu nieta, las tomo yo y las podrás compartir o no, pero las tomo yo.

Y yo creo que es, no sé, a ver, como sintéticamente diría que la adultez es, y sin intentar llevarlo a una definición conceptual y no meterme en lo que son trayectorias de vida y todas esas cosas que uno conoce de la teoría, pero sería la asunción de responsabilidades, y yo creo que no sólo la asunción de responsabilidades sobre actos propios sino esto de asumir responsabilidades sobre la vida de otro y tener presente las consecuencias, que por ahí yo antes de que naciera M te decía: bueno si somos adultos, tomamos decisiones y obviamente ¿no? sobre nuestra propia vida, formación, trabajo, educación, pero ahora es todo lo que haga de ahora en más, no solo va a repercutir en mí, sino va a repercutir en ella, y va a tener consecuencias, que no sé cuáles van a ser, pero para mí eso es lo que termina definiendo este lugar adulto.

Por decir algo, nosotros siempre estamos convencidos en que teníamos que intentar que se expresara mediante el lenguaje lo más rápido posible, primero porque estábamos podridos de oír gritos y llantos, y segundo, porque era bueno para su desarrollo y ahora estamos viendo cómo con 2 años y medio, está pudiendo expresar un montón de cosas, es decir, no es sólo asumir responsabilidades y tomar decisiones sobre la vida de otro sino que entender que eso tiene unas consecuencias y hoy son estas y son muy en el corto plazo.

Y yo creo que eso es la bajada a tierra en relación a decir, bueno, somos adultos, somos responsables de nosotros mismos y de alguien más y de las consecuencias que tienen nuestras decisiones en el otro.

Renata 35 años

Hoy en día soy consultora, o sea, tengo mi empresa de servicios profesionales. O sea, trabajo como profesional independiente. Así se le dice acá en Uruguay y trabajo como consultora, como docente y como tutora en modos de emprendimiento e innovación. Eso es lo que hago actualmente.

Empecé a trabajar cuando tenía 18 años. He trabajado gran parte de mi vida y ya hace unos años que estoy vinculada en sí con el eco sistema emprendedor uruguayo. Ahí fue mi primer contacto con el eco sistema emprendedor uruguayo, que tenía 22 años, y me di cuenta que me sentía que me encantó lo que hacía. Fue también como una sorpresa para mí, porque yo había, estaba estudiando en la Universidad. Yo soy licenciada en dirección de empresas de la Universidad Católica del Uruguay. En ese momento quería especializarme en la parte de marketing y era como que quería eso. Y sin embargo cuando entré en la fundación y vi todo ese ambiente emprendedor fue como que yo siento que fue como, cambio claramente mi vocación. Entonces, un poco mi experiencia para mí en esa fundación fue fundamental porque fue como un punto de inflexión para darme cuenta de que quería ir por otro lado.

En realidad, yo siempre fui como muy pro activa desde chica, desde joven. Y sin que mis padres me dijeran “andá a trabajar, tenés que empezar a generar ingresos” yo tenía claro que cuando cumpliera 18 años iba a empezar a trabajar para tener mi propio dinero,

aunque sea poco. Entonces a los 18 años empecé a trabajar e hice promociones y eventos. La altura me ayudaba <risas> entonces hice dos años de eso que es bien un trabajo que te permite estar estudiando, no es algo fijo, pero te permite generar tus propios ingresos.

Para mí el trabajo es fundamental. Es algo claramente dignificante que nos permite la independencia, la independencia económica, pero que también lleva a otros aspectos. Ya sin irnos a temas como más profundos es sabido que a veces algunos problemas que tienen otras mujeres, más vinculados a la violencia muchas veces parten de una dependencia que muchas veces comienza siendo económica, y esa dependencia genera otras cosas. Porque una persona no se puede escapar de determinadas situaciones porque depende económicamente de la persona que tiene al lado.

En realidad, tengo como un buen ejemplo, me parece que eso es fundamental, de mis padres. Mis padres los dos son profesionales del ámbito de la salud, nada que ver con lo que hago yo. Mi padre es médico y mi madre es nutricionista. Siempre fueron, más allá de ser profesionales, siempre fueron trabajadores y me enseñaron un poco de la importancia del trabajo y bueno siempre también con muchos valores ético-morales. No solo de trabajar y pasar por arriba, sino también desde otro lado. Pero <...> tanto para mi hermano como para mí, que somos dos hermanos, siempre el trabajo fue importante. Mi hermano a los 18 años también empezó a trabajar y siempre siguió trabajando, también es un gran emprendedor. Ha tenido una empresa, después tuvo otra. Entonces, como se dice acá, como que mamamos de chicos eso y si, considero al trabajo un factor importante en la vida de las personas.

Siempre hay que lograr el ocio, el equilibrio, con la familia que es fundamental, con los amigos, pero si considero que el trabajo es un factor como muy importante y que contribuye, más yendo como a esto de la adultez, a la maduración. Yo me veo, por ejemplo, que ya tenemos todas 30 y pico, pero, en su momento, cuando yo empecé a trabajar con 18 años, era la única de mis amigas que trabajaba. Mis amigas empezaron a trabajar no mucho más, pero capaz que ya a los 20 y picos largos y ahí se notan algunas cosas como más de madurez que te da el trabajo. Esto de cumplir un horario, de cumplir un trabajo, de tener responsabilidades, de tener que reportar a una persona que es tu jefe o jefa.

Yo tengo amigas hace muchos años, y compartimos las cosas más importantes que son valores comunes, ¿no? Pero si muchas, por ejemplo, tomaron una orientación diferente. Por ejemplo, muchas esperaron a terminar de recibirse para después empezar a trabajar o recién en los últimos años de la carrera empezar a trabajar. Entonces, en eso yo fui como la primera que dijo “no, quiero empezar a trabajar más de joven”. Y capaz que no es tanto en una madurez tan directa, pero capaz que si en esa cosa de que cuando uno no trabaja tiene más flexibilidad, puede salir más, entonces, si capaz que sí en algunas cosas yo a nivel personal sentí que había dado un paso que, bueno, que mis amigas por diferentes razones no lo habían dado.

Para mí es fundamental, para mí es fundamental. Por eso, más allá de que uno sea profesional o no, porque uno puede tener sus ingresos y tener su trabajo sin tener una formación de grado. Para mí como que el trabajo es naturalmente dignificante. Dignifica a las personas, es un factor social. Cuando trabajamos estamos en sociedad, compartimos

con nuestros pares, con nuestros jefes. Si tenemos gente a cargo, con nuestros subordinados o colaboradores –que es una palabra más feliz-.

Y creo que es un factor, primero que nada, económico, el primer aspecto, nos guste o no nos guste trabajamos porque recibimos un sueldo a cambio y eso es una parte muy importante porque es lo que nos permite vivir, ¿no? Económicamente hablando. Además, acá, Uruguay es un país caro. Entonces, en cualquier lugar hay que trabajar para vivir y en Uruguay capaz que un poco más. Entonces, bueno, eso, por un lado. Y después tiene todo este factor vinculado con lo social, con tener un espacio que es propio de uno.

Es lo que siempre hablamos con mi esposo, me acuerdo que hace unos años hablamos con mi esposo que se había abierto como un llamado de una posición en su trabajo vinculada un poco más con mi área. Era como más de marketing y él me había dicho si yo no me quería postular, lo habíamos llegado a conversar. No fue que me dijo “dale, presentate”. Y algo que conversábamos era ‘no, a mí no me gustaría trabajar contigo’, que no tiene nada de malo, hay pila de parejas que trabajan juntas. No estoy criticando eso, simplemente que, para mí, el espacio de trabajo de mi marido es su espacio de trabajo y me gusta que él también tenga su espacio de trabajo.

Por un montón de aspectos, económicos, sociales, de desarrollo personal, de auto realización, considero que el trabajo es muy importante. En general y particularmente para la mujer y sí yo creo que con el límite de que el trabajo no sea tu vida, obviamente, yo siempre fui de poner límites. Pero creo que en gran parte nos construimos como personas y como adultos en nuestros espacios de trabajo, ¿no?

Yo entiendo que eso puede ser diferente para una persona que capaz que hace un trabajo que, llamémosle, es más administrativo que conozco gente que es así y es totalmente respetable “yo voy, trabajo, hago mis 8 horas” y no le importa. Está perfecto, son visiones. En mi caso que he logrado trabajar de lo que realmente me gusta, o sea, para mí ocupa un espacio importante en mi vida.

Mi primer trabajo era muy básico, porque era esto que hacía como promociones y eventos, y siento que capaz que económicamente era poco, pero a mí me generó, en ese momento, a los 18 años en los que vivía con mis padres, que viví hasta bastantes años después. Y como en esas cosas pequeñas de la vida, de decir “papá, mamá dame plata para esto, mamá, papá, dame plata para lo otro” como hacemos cualquiera cuando somos adolescentes o jóvenes, a cosas que me las cubría yo.

Yo de por sí nunca fui una mujer, no lo soy hasta ahora, una persona gastadora. No lo soy. Ni soy muy consumista con la ropa, ni nada. Pero sí para mí era muy importante eso “voy a salir con mis amigas y me quiero tomar una Coca-Cola o una cerveza y me la pago yo”. Me quiero comprar algo y me lo compro yo. Entonces en lo que era como mis gastos personales, empezar a tener esa independencia, y no sentir que estaba como siempre pidiéndole a mis padres. A mí me dio como una especie de empoderamiento, eso de tener como mis propios ingresos.

Y después, a medida que fui teniendo trabajos como más desafiantes, ya pasa por otro lado, bueno, esto de tener responsabilidades, desafíos. En el caso de fundación, yo era muy jovencita, tenía 22 años y tenía gente a cargo. Para mí fue un tremendo desafío, ya ahí todo esto que te cuento se vuelve como a significar, más allá de tener un ingreso, sino

de tener responsabilidades, de tener desafíos, de cumplir con las expectativas que también tienen de vos.

Después de dos años dejé porque, más allá de que a mí me gustó muchísimo el trabajo que hice en la fundación, la estructura de la fundación era muy chata, se podría decir ¿no? Es una estructura muy horizontal. Y en realidad, al otro cargo al que yo podría haber llegado a aspirar era al de director ejecutivo, pero justo era la persona que me dijo de postularme. Ella estaba hace años en la fundación y la ascendieron a directora ejecutiva. Entonces, ella era súper joven, estaba empezando recién como directora ejecutiva, era un cargo en el que probablemente estuviera años allí. Porque tenía un montón de cosas para desarrollar, entonces, yo también sentía que más allá de lo linda que había sido la experiencia como que llegué a un techo. No había más espacios para crecer. Y yo en eso si tengo mucho de que soy capaz que muy inquieta o proactiva y sentí que ya no tenía más para seguir creciendo en la organización.

Y capaz que un poco por ser terca, yo tenía la cabeza de que había estado en la facultad y había estudiado la licenciatura en administración de empresas y que había hecho énfasis en marketing y había elegido todas las optativas que podía en marketing, y como que quería hacer algún tipo de experiencia en marketing. Entonces ahí me fui, después de hacer el proceso de selección, a Reebok y entré a trabajar ahí en un cargo que era “analista de producto”. Estaba encargada de lo que es el calzado, la indumentaria deportiva y accesorios deportivos y no me gustó, no me gustó nada, trabajé 9 meses y me fui.

No me gustó en general como el ambiente más corporativo así, más competitivo, más allá de que siempre hay competencia en el ámbito empresarial, no me estoy haciendo la santa. Pero no me gustó el ambiente y no me sentí cómoda en la empresa. Más por un tema de ambiente.

Yo estoy convencida de que en una empresa cuando hay un director, dueño, gerente, lo que sea que esté como arriba, con determinadas características, eso baja. Sean buenas o malas, bueno yo no comparto ningún tipo de valor con el dueño. Son personas medio déspotas, que no respetan a la gente, hacían comparaciones entre los empleados, todo lo que no se puede hacer en materia de recursos humano, ellos lo hacían. Yo no esperaba que me tuvieran en una cajita de cristal, pero no me sentí valorada, no sentí que respetaran mi trabajo, no me gustó, no me gustó.

En el área en la que yo estaba, que era la de producto, éramos todas mujeres. Ahí no era tanto en ese sentido de discriminación, aunque yo sí creo que los jefes eran, son realmente hombres machistas, pero en ese caso puntualmente no había una comparación de un compañero hombre con una mujer, ahí éramos todas mujeres en el área. Pero me di cuenta de que no era mi lugar, no quería seguir estando ahí.

Y cambié mucho de trabajo, no es que sea bueno, pero nunca estuve más de 3 años en un lugar. De ahí me fui y volví como al eco sistema emprendedor a una organización. Y es una organización sin fines de lucro que tiene como una estructura muy chiquita, pero ahí entré como directora ejecutiva y formé, con todo lo que había aprendido, un programa de pasantías y empezaron a trabajar diferentes personas en roles voluntarios. Esa fue mi idea y la empezamos a implementar. Y aprendí mucho, fue interesante, pero también, ahí trabajé un año y medio, fue poco tiempo. Pero, bueno, para mí fue una experiencia de

construcción interesante y también de tener gente a cargo que es algo que me gusta mucho.

La maestría de innovación y emprendimiento la hice en el 2016 y 2017, la terminé hace un año y medio más o menos y, en realidad, fue una maestría online, físicamente la hice desde acá desde Uruguay. La hice en OBS que es la Escuela de Negocios Online de la Universidad de Barcelona y fue una experiencia súper enriquecedora porque tenía compañeros de distintas partes de Latinoamérica, también había algunos españoles obviamente porque la maestría es española. Para mí era importante hacer un estudio más de posgrado que avalara esa experiencia y que me diera también conocimiento que no tenía. Toda la maestría la hice trabajando en el último trabajo que tuve antes de largarme ahora como profesional independiente. Que fue cuando trabajé en ANII, que es la Agencia Nacional de Innovación e Investigación, que ahí trabajé 3 años.

De la casa de mis padres me fui grande, me fui a los 28 años. En Uruguay igual, bueno no tengo estadísticas, pero capaz que por esto de que somos un país caro, es común que la gente se vaya grande de la casa. No es como en estados Unidos que los ves que a los 18 se van de la casa. Pasa mucho en el interior del país que la gente se va de la casa para Montevideo y ahí hay como una emancipación obligada de que se van cuando terminan el liceo porque se vienen a estudiar a Montevideo, pero la gente de Montevideo, no tengo estadísticas, pero que es muy común que la gente se quede hasta los veinte y picos largos. Conozco a más de uno que con 30 y pico sigue viviendo con los padres. Yo me había puesto como límite que a los 30 y pico no podía estar viviendo con mis padres. Me fui a los 28.

Desde el punto de vista del ideal, a mí me hubiera gustado irme un poquito antes, por temas económicos no lo pude hacer, yo sentía que tenía que dar como ese paso, si en muchas cosas siempre me sentí como una mujer independiente, ¿no? Como en la toma de decisiones y proactiva y sentía que tenía que tomar el paso de independizarme económicamente. Perdón, de independizarme de la casa de mis padres.

Viví con una amiga que conocí en la fundación. Hasta el día de hoy somos muy amigas. Viví con ella un año y medio, tuvimos una excelente relación como concubinas, nosotros le decimos concubinas en broma. Yo ya estaba en pareja con el que hoy es mi esposo y después me fui a vivir con él. Sola, sola, nunca viví, o viví con mis padres o viví con mi amiga, pero aparte tuve una excelente experiencia de convivencia.

Una decisión muy importante que tuve que tomar, yo lo digo, así como que fuera muy profundo y no es muy profundo, puede parecer una pavada, pero para mí era importante. Cuando yo tenía 23 años, con mis ahorros, me compré mi primer auto. También fui la primera de mis amigas que tuvo auto, yo fui muy independiente. Claro, aprendí a manejar muy joven, a los 19 años había sacado la libreta y a los 23 me compré mi primer auto y yo era feliz. Iba a trabajar con mi auto, volvía, salía. Cuando salíamos pasaba a buscar a todas mis amigas, las dejaba a todas en la casa. Era como la motorizada y, cuando decidí, cuando dije “me tengo que ir de la casa de mis padres”, económicamente, yo siempre fui muy organizada con los gastos, sabía que no me iba a dar para mantener el auto y vivir sola. Y vendí mi auto. Que puede ser una pavada, pero para mí fue una decisión que me llevó un tiempo procesar.

Y bueno vendí mi auto, me fui a vivir con mi amiga, nunca me arrepentí, igual. Fue una decisión más que positiva y la vida me cambió porque, pasar de donde uno nace a otra lógica como de convivencia familiar, cambia mucho ¿no? pero tengo muy lindos recuerdos de la etapa de convivencia con mi amiga y después en pareja y, ya te digo, para mí fue un paso que tenía que dar.

Porque ya estaba grande y yo siempre hablo de que, por lo menos es como yo lo describo, yo siempre hablo de que yo funciono como con clics. Como que capaz que hay situaciones que no me tienen muy feliz, pero capaz que por un tiempo las mantengo y, pero llega un momento en que algo me hace clic y digo “ta, hasta acá llegué”. Y hace tiempo decía “me tengo que ir de mi casa”, de la casa de mis padres. Y se ve que en un momento me hizo “ta, ya está”. Y, no fue que haya pasado nada en especial, fue más un tema mío de la adultez, de los años, de tomar la decisión y fue el clic y decir “bueno, ¿qué tengo que hacer para lograrlo?”. No fue que pensé eso y me fui al otro día. No, yo soy muy organizada, no es que suelo hacer cosas sin planear, fue “tipo, bueno, ¿qué tengo que hacer para irme a vivir sola? ¿vender el auto? Lo vendo”.

Como empezar a hacer acciones para lograr algo. Y concreté lo que tenía que hacer; obviamente, con mi amiga, lo que uno tiene que hacer cuando se muda, buscamos una casa, un apartamento que podíamos las dos pagar y para mí fue importante y fue una linda etapa de la vida.

En cuanto a la dinámica de quehaceres, así como te digo que mi madre siempre fue una mujer independiente, trabajadora, todo, mi madre hacía la mayor parte de las tareas del hogar. Obviamente, tanto mi hermano como yo hacíamos nuestro cuarto, después yo la ayudaba a cocinar, y cosas así, pero todo eso recaía mucho en mi madre. Y tampoco mi madre, yo la critico desde el amor, pero tampoco pedía ayuda porque ella lo hacía. En ese sentido, más allá de algunas cosas de cocinar y eso, yo me enfrenté con muchas tareas del hogar cuando me fui a vivir sola tuve que hacer. Y lo asumí con naturalidad ¿no? Porque es parte de la vida.

Con el tema de la comida yo ya estaba como más acostumbrada porque siempre, más o menos, supe cocinar y me defiendo. Soy muy práctica, en ese sentido, aprendí mucho de mi madre de ser muy práctica. Entonces tengo algunas cosas y me hago la vianda para el trabajo, no me gusta comprar comida afuera todos los días. Entonces con eso fue lo que menos me costó. Capaz que lo otro, con la limpieza.

El orden, yo siempre fui organizada, más que nada con la limpieza y eso siempre fuimos organizadas con mi amiga de decir “bueno a ver, vamos a limpiar la casa tal día”. Entonces nos dividíamos para limpiar la casa tal día y si una semana una no podía la limpiaba la otra. Pero creo que en eso lo fundamental es que mi amiga y yo somos muy parecidas y en las reglas de decir qué vamos a hacer con esto, qué vamos a hacer con lo otro. Y dejamos algunas cosas conversadas desde el principio. Eso hizo que después terminaríamos teniendo la menor cantidad de roces que podés tener conviviendo con alguien.

Con mi pareja ya estaba hace un tiempo en ese momento, con el que hoy es mi esposo. Cuando yo me fui a vivir con mi amiga yo ya estaba de novia, lo que pasa que no estábamos desde hace tanto y yo sentía que no era el momento para irnos a vivir juntos.

Pero se fue construyendo, yo con mi amiga viví un año y medio, ya hacía un tiempo que estábamos con mi novio y teníamos ganas de convivir. Fue como una decisión, no te digo que muy pensada, pero lo pensamos y dijimos “vamos a hacerlo”.

Lo que sí hice, en esto que te digo te hablo de las reglas con mi amiga, que fuimos las dos muy respetuosas en eso. Como que nos habíamos dicho, cuando empezamos, que, si alguna de las dos en algún momento se iba, por el motivo que fuera, como tratar de tener respeto la una a la otra y avisarnos con el suficiente tiempo posible. No es “bueno ta, la semana que viene me voy y te dejo tirada con el alquiler”. Entonces bueno, me acuerdo que se lo dije como 3 meses antes a mi amiga. Y como que también yo siento que hice las cosas bien, no fue que faltó tiempo para que ella pudiera arreglarse de otra manera y todo. Y bueno, salió todo bien por los dos lados.

Con mi pareja, los dos trabajábamos. Mi esposo es un hombre que sabe hacer de todo. En eso le agradezco a tu suegra, muchas veces se lo digo. Es un hombre que sabe hacer de todo: plancha, limpia, cocina. Cocina muy bien, nunca sentí ningún tipo de diferencia con mi esposo en las tareas del hogar. No tengo nada que decir de eso, y eso que mi esposo ahora está mucho más tranquilo en el trabajo. Pero trabajaba muchas horas. Tenía un trabajo fijo, un estudio contable con otros dos socios, y aparte es docente en facultad. Entonces trabajaba muchas horas, pero aparte, a pesar de eso, siempre fue como muy justo con las tareas del hogar.

Tenía más de 30 cuando me fui a vivir con mi esposo. O sea que era toda una mujer, por eso creo no recuerdo haberlo vivido como con muchas vueltas. Fue como algo de “bueno, nos vamos a vivir juntos con R”. como un proceso que ya venía natural en esto que se estaba dando en mi vida ¿no? Entonces, en ese sentido, si me preguntas conscientemente no siento que yo haya sentido algo diferente vinculado como con mi familia y mi adultez. Creo que yo ya era grande, tenía ganas de compartir, o sea de convivir con mi novio y lo hicimos como de manera natural.

Creo que hay todo un tema de la mujer y los 30. No sé por qué. Me acuerdo que yo tenía como muchas compañeras de trabajo, en ese momento, no sé cómo está ahora esa empresa, porque ya pasaron unos años, pero era un lugar donde había mucha gente joven. Yo entré con 28 y me acuerdo que era de las más grandes de la empresa. El promedio de edad no sé si era de 23 o 24 años. Los que estábamos como en veinte y pico o 30, éramos como los veteranos. Entonces cuando estaba por cumplir los 30, mis compañeras, por lo general, más chicas me decían “se te vienen los 30, se te vienen los 30”. Y yo pensaba “¿qué hay con esto de la mujer y los 30?” y parece que toda esa cosa vinculada a si estás casada, si no estás casada, si tenés hijos, si no tenés hijos y si estás desarrollada profesionalmente y si estás desarrollada en todos los aspectos de la vida ¿no?

Y como esa cosa de que hay una especie de paradigma que a los 30 tenés que tener la vida resuelta, como un cambio de década que significa mucho. Y yo por suerte no lo viví, me agarró en un muy buen momento de mi vida a los 30, ya viviendo con mi novio o no me acuerdo si ya viviendo con él, pero muy bien en pareja, con lindos proyectos. En ese momento yo estaba contenta con el trabajo. Me agarró en un buen momento de la vida y no los sufrí. Pero si creo que a veces hay un tema con eso.

Ahora tengo un bebé, F, que va a cumplir 8 meses la semana que viene. Nosotros hicimos todo como bastante paso a paso con mi marido. En un momento decidimos que nos queríamos casar, casarnos por casarnos, porque nosotros no somos religiosos. No sé si sabés, pero Uruguay es uno de los países menos religiosos de América Latina y, más allá de que hay mucha gente religiosa, mucha gente se casa solo por civil, acá. Pero te explico esto, porque a mucha gente que le decís que te casas se piensa que te casas por Iglesia. Pero en nuestro caso era porque nos queríamos casar.

Yo tenía 33. Mi esposo es 5 años más grande que yo, y yo me casé con 33 recién cumplidos, porque cumplo en octubre y me casé en noviembre. Entonces nos casamos y, al año de casarnos empezamos a hablar de todo el tema de tener hijos y demás. Lo habíamos hablado otras veces, pero nunca fue como un tema, nunca fui como muy acá se le dice “susantita” a cuando la mujer siempre soñó con tener hijos y ser madre. Nunca fui como muy “Susanita”, en ese sentido. Pero si lo habíamos hablado con mi esposo y a mí me da mucha ternura cómo es él con sus sobrinos y, un poco todo ese lado de la posible paternidad. Y fue algo como que lo fuimos conversando y en un momento tomamos la decisión y vamos a buscar ser padres.

Nunca fui como de esas mujeres que desde jovencitas o de chicas soñaban con ser madres, eso nunca lo tuve, pero en eso siempre me sentí respaldada y avalada por mi madre. Yo sé que mi madre fue igual, que mi madre no fue una mujer que de joven soñaba con tener hijos. Y a veces creo que hay como una especie de vínculo, no sé, como la mujer que no siempre quiso tener hijos va a ser una mala madre ¿no? Como decir algo así. Me acuerdo que cuando yo era más joven, más jovencita, mis primas, yo tengo un vínculo muy unido con mis primas hermanas, que una tiene mi edad y la otra, 4 años menos que yo, siempre me decían cuando tuviera un hijo no le iba a dar bola porque iba a estar haciendo un emprendimiento. Está esa especie de dicotomía en la sociedad, como esa cosa de dicotomía de: o sos empresaria, estás en el ámbito de los negocios, o sos madre.

Yo no comparto para nada eso y, en cierto modo, salvando las distancias, tuve como la suerte de tener una madre que fue una gran profesional y también fue una gran madre. Entonces, nunca sentí eso. Y que mi madre me diga “cuando era chica no soñaba ser madre” eso para mí no significa que eso sea malo. Simplemente cuando deseo ser madre lo fue y fue una excelente madre. Creo que en eso soy parecida a ella. El hecho de no haberlo soñado toda la vida ser madre no significa que después, cuando lo fui, muy recientemente, me cambió la vida completamente y amo a mi hijo.

Yo creo que, con la maternidad, ¿no? cambia mucho el tema de los roles. Nunca lo había pensado o nunca pensé que podía llegar a ser así antes de ser madre. Es como que más allá que yo, obviamente, mi esposo, mi compañero, sigue siendo mi esposo, es como que a veces hablas con tu hijo y aunque no te entiende, obvio, “bueno, ahora papá tal cosa” “ahora mamá tal cosa”. Como en tercera persona, y tus padres pasan a ser los abuelos, y mi hermano pasa a ser el tío, y como que hay todo un cambio con los roles que es súper interesante.

Y si nunca me imaginé ver a mis padres como los veo hoy en día, como abuelos felices y babosos. Bueno mi madre es la que hoy en día, mi suegra y mi suegro cuidan a mi hijo y 3 veces por semana lo cuida mi madre. La otra semana, que te había dicho que no me quedaba muy bien, es el único día que no tenemos quién nos cuide a nuestro hijo. Pero

como yo trabajo independiente es el único día y me arreglo. Uno cuando tiene un trabajo fijo tiene que ir a trabajar. En mi caso, como tengo independencia, lo manejo yo. Pero como que cambia, se da vuelta la vida. Eso es así. Pero es como una linda vuelta.

Yo creo que una mujer puede perfectamente no ser madre y no por eso va a ser más o menos mujer. Yo soy muy cuidadosa porque hay veces que la gente es muy irrespetuosa. Me pasaba estando en pareja, de novia o casada, y la gente “¿y bueno van a tener hijos?” y la gente te lo pregunta con una liviandad que no corresponde. Primero que nada, no saben si tu querés tener hijo, segundo, no saben si querés y no podés tenerlos. Entonces me parece que es un tema que va mucho por la intimidad de la pareja ¿no?

Creo que a una mujer no define su feminidad por ser madre. Eso lo tengo clarísimo. Después si uno decide ser madre y, si después que lo decide, puede ser madre. Porque tampoco es tan sencillo. Si creo que te cambia la vida ¿no? Como mujer yo siento que me cambió la vida, pasas a tener una persona que depende, en los primeros años de vida, porque después va a ser una persona independiente. Pasas una persona que depende 100% de vos y para mí es como re difícil de explicar y como re loco, eso de pensar que una persona que antes no estaba en tu vida pasa a ser lo más importante. Esa es una sensación súper intensa, que, salvando las distancias, creo que te pasa cuando estás en pareja con alguien y te das cuenta que, no sabés, pero en principio querés estar con ella el resto de tu vida y al principio no estaba en tu vida y después pasa a estar y decís “wow que importante que es esta persona para mí”. Creo que esa sensación es súper intensa, como de tu hijo.

Y creo que como madre y bueno ahí lo que cambia es, al estar todo el proceso del embarazo, tenés 9 meses a ese ser adentro tuyo, y hay como un vínculo, una simbiosis que es súper intensa. Es algo como totalmente diferente a todo, el hecho de todo el embarazo, el parto ni que hablar, el puerperio, es como una bomba hormonal. Ya nos vamos de tema, pero es algo que vive la mujer que es distinto a todo lo que había vivido antes.

Yo, por eso, ahí capaz que volviendo un poco a lo otro, yo no siento que sea una cosa vinculada a estar más completa así. Hoy en día soy madre, pero creo que ya como mujer, como adulta, como todo, creo que eso ya estaba cumplido, no sé cómo decirlo. En mi caso la maternidad, se me hace difícil como definirla, pero no el vínculo con la adultez. No sé si estoy siendo clara. La vinculo con otras cosas de la vida.

Hoy en día, me siento realizada, sí, me siento bastante realizada. En este camino independiente que opté por tener después de la experiencia en ANII, en la agencia, que fue hace un año y algo, no mucho. Claro, siempre cuando uno empieza a trabajar como persona independiente no es como empezar de 0, pero sí es como un volver a empezar. Cuando trabajas independiente como profesional, tenés que volver a hacerte. Entonces yo hoy en día trabajo con diferentes organizaciones, soy docente en una universidad y como tutora en otra universidad. Hago consultorías independientes, entonces uno tiene que volver a armarse y a trabajar independiente y es un camino que, aunque yo hace muchos años que estoy en el eco sistema emprendedor, de manera independiente hace muy poco tiempo que estoy. Entonces, es un camino nuevo a recorrer que implica volver como a construirse desde ese lado ¿no? en ese sentido todavía me falta mucho por desarrollarme. Pero no me puedo quejar de que, desde que estoy trabajando como independiente, nunca

me faltó trabajo. Más allá de que siento... yo soy muy auto exigente, más allá de que siento que todavía me queda por afianzarme como profesional independiente del eco sistema emprendedor, sí me siento realizada, siento que he logrado muchas cosas.

Si voy al ideal, y más teniendo en cuenta el mundo en el que vivimos, con esto de la tecnología, para mí se ha roto mucho esto del paradigma de “tengo que ir a la oficina y trabajar 8 horas y si no estoy acá no puedo hacer mi trabajo”. Ya en eso este último trabajo que tuve como dependiente en la ANII ya era flexible en ese tipo de cosas, trabajabas en la laptop, a veces tenías reuniones, volvías. Si tenías algún tipo de inconveniente podías trabajar desde tu casa. Todo dentro de ciertos parámetros, pero tenían flexibilidad. Me acuerdo que había migrado todo a los servidores en la nube, cosas que eran como modernas y creo que eso ha ido rompiendo un poco esto del paradigma del trabajo ¿no? Yo puedo estar trabajando acá y puedo estar de pijama, igual. Vos no me vas a ver y puedo ser una excelente profesional, igual.

Entonces, capaz que, basándome en esto, si voy a un trabajo ideal de la mujer, también del hombre, pero si me enfoco más en la mujer, creo que sería el trabajo que le permita a la mujer ser buena en lo que hace. En su trabajo poder desempeñarlo con flexibilidad. Flexibilidad, en todos los sentidos, si es madre que pueda atender a sus hijos y darles el espacio que entiende que necesitan. Por lo menos para cosas básicas como poder acompañar al hijo al médico, llevarlo a la escuela o no sé. Como para otra flexibilidad desde otros aspectos de la vida. No solo la maternidad, salir a comprarle un regalo a una amiga, no sé, cosas como que a veces cuando estamos en un ámbito más estructurado no se permiten tanto.

Cuando estuve en trabajos en los que me sentía como apretada, una de las cosas que yo más sufrí fue tenía que entrar a las 9 de la mañana. Tenías que marcar tipo tarjeta a las 9 de la mañana. Más allá de que tengo un problema personal de que no me fascina madrugar, me generaba como un conflicto interno que yo decía “a ver, yo no atiendo público”. Si vos tenés un horario de atención al público y tenés que llegar a tal hora, tenés que llegar a tal hora. Pero yo tenía que hacer un trabajo de oficina, tenía que hacer de 9 a 6, siempre me iba fuera de hora, nunca me iba a las 6 de la tarde: 6 y cuarto, 6 y 20, 6 y media. Y como que me daba bronca que me estaban como atrás, ¿no? “entraste a las 9 y 10, entraste a las 9 y cuarto” y como esa cosa. Entonces si me doy cuenta de que hace años que ya esas cosas a mí como que me rechinaban, me hacían ruido. Entonces, sí, es como algo que lo vengo pensando hace años.

¿Qué es ser adulta? Ser adulta es encarar. Mirá que es una pregunta que nunca me la hice. Creo que es encarar la vida o enfrentar la vida, llamémosle con determinado nivel de madurez, por decirlo de alguna manera. Y yo pienso que, si, cuando decimos “ser adulto” como en contraposición a un niño, un bebé. ¿Qué es lo que no puede hacer un niño? Ser independiente, auto valerse. Entonces, si lo pienso por contraposición creo que la adultez es, no significa que dejemos de jugar y divertirnos, no significa que perdamos esas cosas, pero creo que implica poder llevar la vida de la mejor manera que podemos. Poder mantener, ser independientes y mantenernos en los diferentes ámbitos y sentir como que vamos dando pasos o transitando como la vida y también disfrutando de las diferentes etapas ¿no? Porque en las diferentes décadas, los diferentes años vamos pasando cosas diferentes, pero siempre hay que aprender a disfrutar de las etapas.

Hoy te decía de los 30, yo tengo muy lindos recuerdos de niña, de la adolescencia, que es una etapa compleja, lindos recuerdos de la juventud 18-20, tengo lindos recuerdos de finales de los 20 y los 30 y, bueno, hasta ahí llegué porque tengo 35. Pero como eso ¿no? Como ir recorriendo la vida y disfrutarla, siempre pretendiendo ser felices. Creo que el fin último es ser felices.

Sonia
41 años

Soy química farmacéutica, de la Universidad de la República, ¿cómo decidí estudiar química farmacéutica?, bueno en realidad en el secundario, en la escuela siempre me fue bien, pero como que no tuve ninguna preferencia por ninguna materia así en particular, como facilidad normal para todas, después en el liceo, en el secundario si me gustaba mas todo lo que era matemáticas, la ciencias, biología, química, tenía más facilidad y siempre fui estudiosa, como que me gustaba que me fuera bien, pero no me daba placer estudiar historia, filosofía, y prefería mucho más hacer ejercicios matemáticas o hacer ese tipo de química, de física, y ahí tuve un profesora muy buena en tercer año de química, muy buena, creo que en tercer es el primer contacto con la materia química, en el liceo, y ahí me fue bien y me gustó, pero como una materia muy general todavía, química muy general, y después decidí hacer la orientación quinto científico y sexto de ingeniería, y ahí me fue más o menos bien, y no sabía mucho qué carrera iba hacer. Tenía una amiga que hizo todo el liceo conmigo que estudiamos juntas, y eso facilitó porque las dos entramos a la misma facultad y eso facilitó porque ya veníamos con un ritmo de estudio juntas de todo el liceo.

Iba yo a la casa de ella a estudiar y estudiamos todas las materias y era como una hermana, y ella también empezó a hacer química, finalmente hizo entró a química conmigo hizo el ciclo básico junto con el mío, pero después ella hizo otra carrera, porque hay como, hay un ciclo básico y después distintas opciones, hice quinto científico, sexto de ingeniería, y ahí no estaba recontra segura de la carrera, pero me pareció que podría saber una buena, sin saber mucho que química pero bien con que me iba a encontrar.

Mis padres nada que ver, mi padre trabajaba en un laboratorio farmacéutico, pero nada que ver, él entró en un área que no tenía nada que ver con la química, en la parte más comercial, como que no influyó nada que él trabajara en esa parte porque de hecho él no era, ni siquiera era profesional, él fue como que entró de jovencito de cadete y siguió haciendo carrera ahí, hasta que terminó. No estudio una carrera y mi mama trabaja en una mutualista en servicios médicos, en la dirección técnica, como en la secretaría, como en la parte administrativa, una administrativa sería.

Ellos sabían que en la escuela me iba súper bien, en el secundario también, no tenían que ocuparse de nada ellos, estudiaba sola y me iba bárbaro, cualquier carrera que eligiera iba a estar bien, y los primeros años yo no trabajaba, no trabajé, vivía en casa con mamá, mis padres ya estaban separados, y vivía con mi hermano y con mamá.

Los primeros años yo solo estudiaba, que la facultad de química tiene una particularidad, que es muy demandante, como que requiere que estés, no es muy compatible, ahora hay un plan nuevo que es mucho más flexible para aprobar todas las materias y para elegir los cursos, para todo, pero yo, el plan correspondiente a mi edad digamos, que es el plan 80,

el plan 80 era un plan muy exigente, que requería mucha carga horaria, mucha dedicación, no era muy compatible, si querías hacerlo más o menos fluido, tenías que estar casi que exclusivamente, porque además de toda la parte de las clases teóricas, hay todo los laboratorios y más muchas horas de estudio, muchas horas para poder rendir los parciales para ganarte el derecho a dar después los exámenes, es una carrera como exigente.

En el liceo, tuve una experiencia laboral, pero era muy sencilla, era una doctora conocida de la familia que necesitaba una persona, una gurisa que le ayudara a dar las horas, entonces yo cumplía un horario, iba a la casa de ella que me quedaba la vuelta de casa y cumplía un horario que llamaban los pacientes y yo les agendaba las consultas, eso fue lo que hice en ese momento. Y yo estaba en el liceo, tendría 17. Ella me lo ofreció y me quedaba super, era a la vuelta, era una cosa totalmente sencilla, amigable, era un rato que yo estaba hi, atendía el teléfono, anotaba a los pacientes y me llevaba unos pesitos para después usar yo para mis gastos, cosas mías, no nada para guardar, para nada en particular.

Después sí cuando empecé facultad, yo no me acuerdo bien en qué año, empecé, entré a una cátedra, que en realidad fue una cátedra que se inició, cuando yo arranqué, arrancó también. La facultad de química tuvo como un cambio en lo que fue todo lo que es seguridad, porque a raíz de algunos accidentes, es una facultad peligrosa por todos los riesgos en los laboratorios, y había mucho desconocimiento y también mucha infraestructura de los laboratorios que no estaba, no estaba adecuada y hasta que no pasara algo como pasó, no estaba preparada y fue a raíz de ese accidente que hubo en la facultad, como que se empezaron a generar, en realidad, la misma persona que lo sufrió empezó a generar como una movida, y como concientización, ahí como que juntó gente para iniciar con esa unidad que terminó siendo como una cátedra seria, que se encargó de toda la parte de seguridad y de implementarlo en la currícula como algo obligatorio, y yo entré en ese equipo, y estuve unos cuantos años trabajando con un cargo docente. Y entre porque fue como un curso como que el docente era muy llegador en las clases, y fue un curso que a todo el mundo le encantó y como que se abrió un llamado para ayudantes honorarios y yo me presenté y quedé.

Ahí en paralelo seguía mi carrera y bueno y trabajaba ahí, pero la facultad te exige que participes como en todas las áreas, no sólo la parte docencia, y a mí no era algo que me gustara, entonces, fue como que ahí yo le fui poniendo el freno, se lo fui poniendo yo, yo ya tenía claro que ahí no quería seguir.

En la carrera en si no lo tuve tan claro, porque tiene un ciclo básico en el cual es como química general, y después vos podés agarrar, ahora hay otras opciones, pero en ese momento las opciones eran, o agarrar para el lado de ingeniería en alimentos, o agarrar para farmacéutica, o agarrar para ingeniería química, eran esas tres opciones, o quedarte en lo que sería el bachillerato, que son los tres años cumplidos del ciclo básico, que en realidad, no te sirve para nada, te dan un título intermedio, pero no tiene mucho uso, ahí hasta tercero yo no tenía bien claro qué era lo que iba hacer, lo más novedoso ahí era alimentos, que era un carrera como que estaba recién creada, pero no me convencía, a mí me gusta más lo relacionado con la salud y la parte de más de ingeniería no me convencía tanto.

Ya sabía que el ambiente después de trabajo es mucho más, es un ambiente más masculino el de la ingeniería química, si bien hay un montón de mujeres, yo tengo amigas que fueron

para el lado de la ingeniería química, y trabajan en industrias químicas, pero me gusta mucho más lo relacionado con la salud, por eso me fui por la parte de farmacéutica, y pila de materias me gustaron mucho.

Y ahí concursé para una beca, que es de la intendencia, en el laboratorio de higiene ambiental de la intendencia, que está en el faro punta carretas, que haces todo el tratamiento de agua, aire, tierra en el faro, allá bien en el ángulo de punta carretas, y hay un laboratorio que hace todo el tratamiento de aguas y ahí podés aspirar a una beca por un año paga, y ahí yo me presenté.

No había terminado la carrera, pero estaba casi terminando, me faltaba poquito, ya había cursado todo, me faltaba rendir algunos exámenes finales, y ahí entré y trabajé todo ese año en la intendencia, en el laboratorio de higiene ambiental, fue una experiencia que estuvo buena, porque es algo totalmente distinto, hacemos todo el muestreo de las playas, toda la habilitación de las playas, que es algo como que, no es algo habitual, durante todo el año se muestrea la playa, para ver cuáles playas de Montevideo estaban habilitadas para baño, todo el muestreo de esa agua durante todo el año, después cuando hay partimientos después de la lluvia, y después toda la calidad del aire de Montevideo, y del agua, aire, agua y suelo, plomo en suelo y eso, estuvo bueno porque aprendimos bastante.

Ahí seguí con el grado 1 en la facultad, ahí hacia las dos cosas, cumplía el horario de la beca de la intendencia, más todas las horas que tenía en la facultad, que mi jefe sabía que no me gustaba la parte docencia, tenía algunas cosas que eran obligatorias que sabía que las tenía que hacer, y las hacía, por más que no me gustaban y trataba de poner más horas en otras cosas que me gustaban más

Y seguía tomando clases, estaba con las tres cosas, preparando los exámenes para recibirme. Ese año yo ya sabía que en la facultad no iba a seguir, pero seguía porque era mi ingreso, la beca se me terminaba también ahí porque era de un año, y ahí me presenté a un llamado, no me había recibido todavía, me presenté a un llamado en un laboratorio, que fue donde entré, no entre en ese momento que yo me presenté, entraron otras personas, pero quedé en la base de los que se presentaron y después a los meses me llamaron, y ahí entré a este trabajo que es en el que sigo hasta hoy, hace 15 años cumplí ahora, en junio cumplí 15 años en el mismo lugar.

Es un laboratorio privado, muy importante y ahí decidí dejar, la beca se me terminó, decidí dejar el trabajo de la facultad, todo ya era imposible, porque el horario de la industria, lo que es trabajar en la industria farmacéutica por lo menos es un trabajo de tiempo completo, 9 horas, no hay flexibilidad horaria, es un horario de marcar dedito, no se negocian los horarios, no hay flexibilidad, es como una cosa muy rígida, entonces es incompatible, prácticamente incompatible con cualquier otra actividad laboral.

Ese fue el año que nosotros con F nos casamos en el 2002, ese fue el año que yo terminé la beca de la intendencia, y en el 2004 fue que entré a trabajar en el laboratorio. Ahí me quedarían 2 o 3 exámenes para recibirme, que los di estando trabajando ahí.

En ese momento, no había horas de estudio. Tenía que estudiar en mis horas libres, y de hecho yo tuve F, que es el más grande, lo tuve también ahí, estudiando así que los últimos 2 o 3 exámenes los di embarazada de F y trabajando todo el día, todo el día y sin un solo

día de estudio, la empresa no tenía obligación como ahora de darte los días de estudio, eso cambió después que yo me recibí, si fue, eso fue duro.

Antes de casarme, yo vivía con mi mamá, mi hermano y F, también vivía con nosotros, que, en realidad, él vivía en su casa, supuestamente, pero su casa era muy lejos entonces, vivía más en mi casa que en la suya. Empezamos a salir a los dos años que yo empecé en la facultad, si en el 98 y en el 2002 nos casamos, en el 2002 ya vivíamos solos, y entre el 98 y el 2002 éramos novios de casas separadas y los últimos años F vivía en mi casa con mi madre y mi hermano.

Y la llevábamos bien, F trabajaba todo el día, él hacía su trabajo, mi hermano también trabajaba, mamá también trabajaba, así que tipo nos veíamos, compartíamos los gastos, porque mamá también estaba sola, no era que mamá nos bancaba a todos, nos repartíamos los gastos de la casa, nosotros colaboramos con esto, mi hermano con esto y mamá con esto, nos repartíamos las tareas de la casa.

Hasta que decidimos casarnos en el 2002, y nos buscamos un apartamentito que lo conseguimos antes, buscamos con tanta anticipación que lo conseguimos y para no perderlo nos quedamos con él antes de casarnos, entonces nos fuimos a vivir a él porque ya lo teníamos y en el 2002, nos fuimos a vivir los dos solos, no nos habíamos casado todavía pero ya sabíamos que unos meses nos casábamos

F fue mi primer novio, estaba todo bien, éramos novios, vivíamos juntos, no lo pensamos mucho, sabíamos que queríamos estar juntos, y nos casamos, pero si no nos hubiéramos casado también hubiera estado todo bien, no fue algo que, a mí no me cambiaba el compromiso para nada, pero lo decidimos como que sí, que estaba bueno y nos casamos.

Cuando nos vamos a vivir juntos en el 2002, yo estaba terminando la beca, y en la facultad y F había empezado a trabajar, tenía un reparto en una camioneta que tenía, y él también quería dejar ese trabajo, y ahí fue que él cambió de trabajo y entró en su actual trabajo que es en un colegio, y nos fuimos con lo justo, apenas nos daba para llegar a fin de mes, con lo justo, pero nos alcanzaba.

Fue bárbaro, era en la esquina, o sea, estábamos a una cuadra, así que el barrio todo, para mí, no cambió nada, estábamos muy cerca, yo siempre fui como muy independiente y no me costó para nada el cambio, al contrario. Era independiente, no era de gurisa, de niña chica, de adolescente y de todo muy demandante, como que estaba bien, no necesitaba como tanto contacto, no tenía tanta dependencia hacia mis padres, así afectivamente de nada, ni materialmente, ni nada, como que siempre me manejé sola bien, estaba acostumbrada a que mamá trabajaba todo el día, y yo funcionaba, fluía bien con todo. No era un tema de ser unidos o no ser unidos, no era por ese lado, sino porque como que nos manejábamos bien, yo tenía mi cuarto en mi casa, mi espacio, a veces los roces que más teníamos no eran con mi madre eran con mi hermano, que estaba en un a edad difícil. Era mayor, pero viste que los hombres, algunos maduran después, mi hermano maduro mucho, pero después, en ese momento era medio difícil convivir con él y convivir con tu novio también en la casa como que no es la situación ideal, entonces por más que nos llevamos todos bien, no había problemas de convivencia, era mucho más cómodo que tuviéramos nuestro espacio.

Nosotros felices, felices, fue re lindo el momento de buscar casa, de proyectarse. Sabíamos que económicamente estábamos medios jugados, pero el casamiento ya lo teníamos decidido, nos mudamos a mitad de año, y nos casamos en diciembre. Mi madre lo ama a F, lo re quieren a él, todo bárbaro, impecable, además estábamos super cerca, en la esquina de casa, era la situación ideal, eso lo llevamos impecable, y yo acostumbrada a hacer en casa todo, porque a la mamá no estar, cocinábamos nosotros y los mandados, limpieza y hacer las cosas. Yo soy muy maniática de la limpieza, del orden, así que no se me complicó para nada irme a vivir sola con F, al contrario.

Yo todavía no lo he vivido, porque todavía tengo a los niños dependientes, totalmente dependientes, pero veo crecer a F [hijo mayor], F es el más grande, cumple 14, y cómo se maneja, como hace 2 años había que llevarlo y traerlo a todos lados y como ahora va y viene solo a todos lados, se queda acá en casa solo, y esos son tremendos pasos que en un año ves cómo cambian y cómo maduran, así que me imagino que lo debe haber visto así mi madre, y mamá ya sabía que yo me estaba por recibir, que me mudaba con mi pareja a mi propio espacio, era todo positivo.

Entre los dos apenas llegábamos a cubrir los gastos, no teníamos tremendo sueldo ni nada, apenas llegábamos a fin de mes, pero sabíamos que nos daba, los dos somos muy planificados así que no lo hubiéramos hecho si sabíamos que no iba a ser posible, en todo caso lo peor que pudiera haber pasado hubiera sido que yo no dejara la facultad, que era algo que yo quería dejar, por el tema que te contaba de que no me gustaba la docencia, pero ese cargo era mío, lo tenía seguro, fue una decisión mía dejarlo.

Ahí fue que ingresé a la industria farmacéutica, que es mi actual trabajo, si bien físicamente no es el mismo porque fue cambiando un poco el laboratorio. En ese momento fue todo nuevo para mí, porque el trabajo en facultad es distinto, es como más descontracturado, por más que mi jefe era muy exigente, pero los horarios, la flexibilidad de horarios, nada que ver con el régimen de un laboratorio farmacéutico que es una cosa mucho más rígida y exigente.

Y yo a los 6 meses más o menos fue que quedé embarazada de F, cuando había entrado, y no me había recibido todavía, yo me recibí cuando F tenía unos meses, yo quise dar el último examen antes que él naciera y no me dieron los tiempos y no lo pude dar, así que los últimos dos exámenes los di embarazada.

Tenía 26 años cuando quedé embarazada de F. Lo de tener hijos ya lo habíamos decidido, decidimos como que íbamos a empezar a buscar, el ginecólogo nos había dicho que no lo pensáramos, que en general no es algo que suceda enseguida, que hay que tener paciencia, que lleva mucho tiempo, nosotros no teníamos apuro de nada, pero quedé en el primer mes, no me dio tiempo de nada, no podíamos creerlo, era como bueno, vamos a empezar a buscar y quedé enseguida, apenas el primer mes, así que eso fue medio shockeante, y más que yo acababa de entrar en el trabajo. Igual tuve un embarazo re bien y no falté un solo día de todo el embarazo, no falté un solo día al trabajo, hasta el último día, salí en lo último, lo más tarde que te dejaban salir, con 38 semanas de embarazo.

Salí y lo tuve a la semana siguiente con 39, mi jefe no se puede quejar, porque en general no es algo que sucede, hoy en día las mujeres, yo lo he visto en mi trabajo, son muy pocas las que cursan todo el embarazo trabajando, la mayoría se certifica, no sé si siempre son

causas médicas o si hacen un acuerdo con el ginecólogo, desaparecen, yo lo he visto este último año en mi trabajo, embarazadas desaparecen, son muy pocas las que se bancan todo el embarazo trabajando, yo en el caso de F trabajé del primero al último día sin faltar un solo día.

A mí me costó decir en el trabajo que estaba embarazada, porque mi jefe era bastante histeriquito, muy conservador, pero para todo, no solo para eso, me costó un poco decirlo, pero su reacción estuvo muy bien, me felicitó y, al no darle problema, porque no falté nunca, ni le pedía días, lo máximo fue que algún día le podría haber llegado a pedir para llegar un poco más tarde, porque me tenía que sacar sangre para algún análisis, o una ecografía que no conseguía hora después del horario de trabajo, pero tenía un ginecólogo que atendía de nochecita y para la consulta regular no tenía que pedir para salir ni nada, en ese sentido, no tuve ningún problema, lo que sí fue duro fue que me tuve que recibir embarazada.

Di los últimos dos exámenes, embarazada, uno apenas estaba de pocos meses, pero igual fue difícil porque estaba con todas las náuseas y los vómitos, ese fue horrible, hacía un calor, no me olvido más, porque hacía pila de calor y yo estaba con vómitos, pero me lo tenía que sacar de encima, ese lo di embarazada, y el otro lo di ya dando lastima, con la panza así, ya era déjenme salir porque yo ya no quiero nada, déjenme pasar primero, por lo menos, así me voy, y después me quedaba el último que no lo pude dar porque no me dieron los tiempos, y lo di cuando mi hijo tendría 8 meses.

Yo nunca fui de querer tener hijos. Para nada, de hecho, no tenía mucho trato con niños ni mucho *feeling* con niños, teníamos unos sobrinos que son un poquito más grandes que F, y yo le decía siempre a la madre “¿verdad que cuando uno, que cuando son tuyos uno los va a querer más? ¿no? ¿los va a aguantar, les va a aguantar todo esto?”, porque no tenía instinto, cero instintos maternales, nada, cero, no lo tenía tan claro, F sí, recontra quería y yo la experiencia sí la quería vivir, uno seguro, después vemos si el segundo, que de hecho fue todo un tema el segundo, pero en realidad con F fluyó todo divino, todo salió redondo, el embarazo estuvo redondo, él estuvo perfecto, nació divino, no tuvo ningún problema, nada, tuvo una niñez divina, no tuvimos ningún problema. Él nació por parto natural, cero problemas tuve con él.

Lo más duro fue después la vuelta al trabajo porque cuando te reintegrabas, te reintegrabas con horario completo, no con medio horario, eso empezó después. Yo me tuve que reintegrar a trabajar con Francisco con dos meses, a trabajar todo el día, que eso es como un cambio grande. Primero, porque era lejos, tenía como una hora de viaje al trabajo, más toda la jornada y nada, tenía que ordeñarme en el trabajo, que no estaban las condiciones dadas, todo esto cambió muchísimo, hoy no sabes, tenemos tremenda sala de lactancia, tenemos de todo lo mejor que se puede tener, pero todo eso llevo un tiempo, cuando yo tuve a F todo eso no sucedía, tenías para sacarte la leche, se te reventaba las mamas, tenía que ir al baño, a los vestuarios, donde estaba todo el mundo, tenías que sacar la leche para que tuviera para el otro día, meterla en la heladera donde guardaban todo, nada que ver a lo que es hoy en día eso, y eso fue lo más duro.

Mi esposo tenía bastante más flexibilidad horaria y trabajaba mucho más cerca, entonces él estaba más horas con F que yo, porque yo no tenía la hora esa de lactancia por un año,

podes salir una hora menos, y él era super chiquito, con dos meses y medio, yo ya me tuve que reintegrar.

Con mi hijo, cambió todo, porque antes era vos tus tiempos, tú, vos manejabas todo y ahora, todo giraba en torno a él. Sí, cambia, fue duro, no digo que lo viví como una depresión posparto ni nada de eso, porque nada que ver, pero sí nos pasaba de repente de noche que nos sentábamos los dos muertos y nos poníamos a llorar los dos, y decir: ¿quién nos mandó hacer si nosotros estábamos tan bien?

Y fue todo demasiado rápido. Como que no me dio para asimilar la idea. Sin embargo, el embarazo fue divino, porque él no tuvo ningún problema, además era un niño buenísimo, dormía toda la noche, y fue un niño que hizo todo rápido, a los 10 meses ya caminaba, es brillante, intelectualmente anda volando, es buenísimo, educado, no me puedo quejar de nada de lo que fue él, todo su desarrollo y sus primeros años.

No tuvimos ninguna complicación de nada. Sí te cambia todo, porque las prioridades, todo lo tenés que pensar en función de él y ya tu libertad, tu libertad y medio que tus tiempos ya no existen casi, y encontrarte el lugar para vos, reencontrarte, físicamente volver a estar igual, asumir el tema de que ya no vas a dormir como antes, las cosas que querés hacer, ahora tenés que consultarlas, tenés que meditar todo más. Me cambió salado, yo no sé si estaba, yo me sentía todavía un poco chica, capaz hubiéramos tenido que esperar un poquito más, hoy yo lo veo del otro lado y ahora está bárbaro, yo tengo amigas que ahora recién están teniendo a su primer hijo y yo ya tengo un adolescente que ni loca volvería a tener ahora a un hijo, ni ahí, después que como que pasas toda la etapa de los primeros años y cuando ellos empiezan con esas libertades, podes hacer otras cosas como familia, y te podes ir, salir de viaje, de paseo y no estar pendiente de las cosas de los niños chicos.

En mi familia, no sé si se imaginaban que iba a ser tan rápido, pero nosotros tampoco. Mi familia era mi mamá, mi hermano y, en ese momento, mi abuela, que en ese momento vivía mi abuela, mi papá falleció cuando F era bebé, papá en ese momento ya estaba mal, él vivía en un residencial y no fue algo que le cambiara a él, no estaba tan en la realidad, sí era parte de mi familia, pero la familia cercana era mamá, la abuela y mi hermano, y después mis suegros, y los hermanos de F.

En el sentido de la madurez, no sé si me cambió mucho la maternidad, yo siempre fui súper responsable y en ese sentido, no sé si me cambió mucho, siempre fui una persona responsable, no era para nada de ni salidora, fiestera, ni nada, como era nena, como que era re tranquila y tomaba la responsabilidad de todo, de tener de mis estudios, del trabajo, esto yo lo tomé también con todas las responsabilidades.

En cuanto a las dinámicas de cuidado, como que siempre tuvimos claro por ejemplo que no queríamos que ninguno de los abuelos fuera el cuidador porque eso envicia un poco, si bien hubo un momento en unos meses, hasta que conseguimos que alguien cuidara a F y que conseguimos una chica que es la que hasta hoy en día viene a cuidarlos, mi suegra lo cuidó unos meses, pero porque ella se había quedado sin trabajo y nosotros le pagamos por eso, bajo nuestras condiciones, fue como: “vos te quedaste sin trabajo, a nosotros nos sirve”, una situación que sabíamos era momentánea y nos servía a ambos, pero yo no pienso que los abuelos cuiden sea lo ideal, para mí, los abuelos son abuelos y tienen que

ser abuelos, pueden venir todo lo que quieran o ir a la casa todo lo que quieran, pero no son los responsables del cuidado, porque para mí, envicia el cuidado y genera roces: “porque tu madre tal cosa, tu madre le hace tal otra o la tuya” y trabajar con alguien de la familia es complicado, si vos querés que se cumpla tu propia manera de cuidar, querés que las cosas se hagan de determinada manera y es difícil decirle a tu suegra que no lo haga o a tu madre, o para tu pareja estar intermediando en que no lo haga de tal manera, decile a tu madre que no haga, que no le ponga el chupete, decile que no lo acueste de costado o que no le corte las uñas, que lo tiene todo el día mirando la tele, eso te lo evitas si elegís otro tipo de cuidado. Para mí eso era fundamental.

Además, mi mamá no lo iba a cuidar, ya me lo había dicho: “yo, abuela, todo lo que quieras, voy todo lo que quieras a tu casa, me lo traes todas las veces que quieras, pero yo no cuido”. Mamá trabajaba en ese momento, no se había jubilado todavía, era imposible que se dedicara a cuidarlo, y yo tampoco quería que lo hiciera, pero dio la casualidad que dimos con alguien que empezó a cuidarlo a los 6 meses y sigue hasta el día de hoy, así que no en ese sentido no tuvimos problema.

Así nos arreglamos, la idea era que no fuera a ningún jardín ni nada al principio, para que estuviera lo más posible en casa, hasta los 2 años, por lo menos, porque sabíamos que se iba a enfermar un montón, al final lo largamos antes al jardín, tengo que reconocerlo, a los 18 meses, teníamos un jardín cruzando la calle, un jardincito de barrio chiquito, y F era una cosa de energía, 18 meses tenía, una cosa que te desbordaba de energía, de actividad, necesitaba salir del apartamento porque te volvía loca, yo volvía del trabajo y me volvía loca, de repente había dormido toda la tarde y cuando yo llegaba, yo llegaba muerta, y él tenía una energía que nos volvía locos, y estaba necesitando un poco de actividad entonces adelantamos la ida al jardín y a los 18 meses empezó a ir a este jardincito de barrio, no nos habíamos mudado todavía para acá, fue el año anterior a mudarnos a esta casa. Cruzábamos la calle, la señora que lo cuidaba venía de mañana, hacia todas las rutinas habituales y cuando se iba lo cruzaba al jardín y después de tarde lo pasábamos a buscar nosotros, por lo menos, ya había gastado un poco de energía, hecho un poco de actividad porque era tremendo, eso estuvo bien, y ya había pasado el invierno que si no viven enfermos y ya era primavera. Después nos mudamos para acá que fue cuando compramos este apartamentito y empezó a ir un jardín de barrio que está acá, divino jardín, y ahí hizo todo el jardín, hasta que después fue a la escuela.

Y después, a los cuatro años de F, tuvimos a R, que es el otro. Todo lo que pasó con F de una manera, pasó absolutamente al revés con R, R fue prematuro severo, yo rompí la bolsa con 30 semanas y nació, estuvo en CTI, complicado, todo complicado, el embarazo no fue complicado, pero a las 30 semanas yo rompí la bolsa, hasta las 30 semanas fue normal, un embarazo común y corriente, no tenía ningún inconveniente, a las 30 semanas yo rompí la bolsa y ahí me internaron y estuve en quietud tratando de que él permaneciera algunas semanas más adentro, pero a los dos días salió, me tuvieron que hacer una cesárea de urgencia y marchó para el CTI derecho, y ahí estuvo unos cuantos días, en recuperación de peso, para llegar a 1 kilo y poco.

Yo tenía 31 años. Ahí fue complicado porque fue de golpe ¿no? ahí me paso lo mismo, el embarazo bien hasta las 30 semanas, hasta ese día, yo trabajé hasta el viernes, estaba tomando clases de manejo, ese fin de semana fuimos al cine, todo, y de golpe rompí la

bolsa, así que fue todo como medio brusco, y ahí quedé internada, y después, él estuvo un mes internado hasta que llegó a los 2 kilos, que hasta que no pesa 2 kilos no te lo dan.

Ahí estuvo bravo porque, además, se cumplía ya el tiempo de volver al trabajo, pero él ni siquiera estaba en casa, entonces ahí fue complicado. Y ahí, en la empresa ya habían cambiado las cosas, había como un departamento de responsabilidad social que tenía un programa que se llamaba "querido bebé", que fue la primera empresa privada que implementó un montón de beneficios para las madre, y para los padres, porque dependía, era para los dos, vos tenías beneficios, el más importante era el medio horario hasta que el bebé cumpliera los 6 meses, que eso después salió por ley, pero la empresa nuestra lo implementó mucho antes de que fuera obligatorio.

En mi caso hicieron una excepción porque R no estaba ni siquiera en casa, yo no podía volver, él volvió a casa y enseguida se agarró una neumonía y volvió al CTI, y ahí era cuando yo me tenía que reintegrar y me prolongaron un tiempo la licencia, pero fue como algo especial, como un tratamiento especial por ser un caso especial, y ahí fue distinto también porque estaba esto del medio horario, hasta que él bebe cumpliera los 6 meses, que eso cambia un poco las cosas, por lo menos no es tan brusco el caso, y más si tenés un niño que no tiene el peso de un bebe a término, cuando yo lo tenía acá en casa, R tenía 34 semanas, o sea, ni siquiera debía haber salido, y ya había estado en el CTI, ya había estado en engorde en la habitación y cuando lo trajimos para casa de alta tenía 34 semanas apenas, todavía tenía un montón más para estar adentro.

Imagínate que con él fue todo lo contrario que con F, todo complicado. Además, a raíz de todo esto que fue prematuro, no se recuperó como se esperaba que se recuperara. Después de un montón de estudios que le hicieron, salió que tiene una discapacidad porque tiene en un cromosoma una alteración en unos genes que hace que tenga una cierta discapacidad, por eso está ahora en la clínica, va a una clínica donde tiene psicopedagoga y fonoaudióloga, también hizo pila de fisioterapia, la terapia la vamos cambiando según la evaluación que hace la neuro-pediatra, todos los años.

Todo eso fue como que fuimos cayendo de apoco, a lo primero como que nada, había que encarar, no sabíamos mucho que pasaba y es como que no entendíamos nada, de golpe, no fue como que era un embarazo que venía mal, y que te vas haciendo ideas o podés tener una idea de lo que va a pasar. No, esto fue de golpe, onda, no sabíamos mucho nada que iba a pasar, si iba a estar todo bien, si iba a estar todo mal, si se va a salvar, si no se iba a salvar, cómo iba a quedar, ni que tenía, porque de hecho cuando él nació no sabíamos que él tenía algo, en principio, era prematuro nomas, que si ya de por sí es complicado, porque trae un montón de complicaciones de la prematurez, y que las tuvo todas, independientemente de esto otro que él tiene, que es independiente de la prematurez, entonces, fue después de un tiempo de ver que no se recuperaba. Hay un tiempo en el que los prematuros tienen como que igualar a lo que se espera para la edad, cuando eso no sucede como que empiezan a buscar a ver dónde puede estar el problema, y esa búsqueda también es engorrosa, deambular por médicos hasta tratar de dar más o menos con un diagnóstico, pero él la va llevando re bien.

A lo primero no hubo mucho tiempo para meditar ni nada, había que encarar y chau, como que con los años como que hemos ido procesándolo, cada uno a su manera y viendo cómo va respondiendo, él es divino de trato, es super cariñoso, muy dado, entonces, como que

por un lado te compensa todo, es dedicado, va al colegio todo el día, y después va y trabaja 2 horas en la clínica así tipo mano a mano, trabaja en el colegio con un acompañante, un acompañante pedagógico, que le hacen la ecuación curricular y eso también es un desgaste, estar en el colegio, tener una persona que está encima tuyo, y el loco encara todo y es muy fresco, le encanta el contacto con la gente, es muy dado y cariñoso, entonces compensa todo eso, todo eso que tiene que le falta por un lado, porque a veces lo querés matar porque le tenés que repetir 500 veces las cosas porque no las retiene o no se acuerda, pero por otro lado se manda una que vos decís de dónde sacaste esto, no puede ser.

Mientras tanto yo he seguido trabajando en la misma empresa, porque en realidad es una empresa, la tenés que pensar para irte, y hoy en día yo lo pienso y tengo amigas que se han ido que trabajaron y cumplieron su ciclo y se fueron, y les está yendo bien en otros lados, yo no digo que no te pueda ir bien, pero tenés que tener claro que te estas yendo del mejor lugar donde podés estar hoy, que después que te fuiste, te fuiste, ya no vas a volver al mismo. Entonces, salvo que sea algo que sea seguro, hay que jugársela porque una cosa es jugártela para cambiarte cuando tenés 20 años cuando todavía no decidiste ni siquiera capaz bien que es lo que querés y otra cosa es cuando tenés una casa que bancar, dos hijos, los colegios que pagar, la señora que los cuida, un niño que tiene requerimientos especiales que nos cuesta un montón de plata su tratamiento, que en parte lo cubre el BPS y también tiene una pensión, pero es plata y además, en el trabajo me pagan parte del tratamiento también.

Entonces, no es tan fácil irte, salvo que te vayas con algo, con una propuesta muy concreta y que es difícil, no la veo tan viable, me he presentado a algunos llamados, pero claro siempre de donde te llaman es para en lo que yo más tengo experiencia que es toda la parte regulatoria, que es donde no quiero laburar, porque justamente ya más se, entonces por ahora estoy en etapa de aprendizaje, estoy aprendiendo, todavía tengo un montón para aprender del nuevo sector al que me cambié dentro de la misma empresa, así que estoy como tranquila.

El cambio fue duro de área fue duro, porque me separé de mi mejor amiga, que íbamos codo a codo, que nos conocimos ahí, pero ella se transformó en mi mejor amiga y en mi compañera de nada, de todo, de trabajo, además vive acá en la esquina de casa, era como una hermana para mí y me separé de ella y fue lo más difícil, como que nos apoyábamos pila emocional y laboralmente. Ya ni siquiera estamos en el mismo edificio, compartimos la misma camioneta porque vive acá en la esquina, entonces le toca la misma camioneta que a mí, y en la parte laboral también compartimos. No se perdió el contacto, de hecho, yo elegí mantener el horario del almuerzo con ellas, es todo un grupito de chicas, así que como que soy la única de mi sector que no como con mi sector, como con ellas, en el horario del turno de ellos, así mantengo ese rato de interacción con ellas y eso, pero no fue fácil para mí, el año pasado no la pasé muy bien, estuve como todo el año con ataques de pánico y estuve bastante estresada, estoy recién ahora saliendo de eso.

Fue muy brusco el cambio capaz, yo como que en ese momento no lo procesé muy bien, fue una mezcla de todo, supongo parte habrá sido el cambio de trabajo, yo creo que gran parte fue el cambio de trabajo que me sacudió como la estantería un poco, también asumir el tema de R, todo eso también, hasta que en un momento mi cuerpo habló, y dijo:

“ocúpate un poco de vos”. Me puso el freno sí. Fue el año pasado que empecé como con los primeros ataques de pánico y recién ahora como que estoy mejorando.

Ahora estoy haciendo terapia, primero empecé a ir a un psicólogo que era como una experiencia que nunca había tenido, que me costó aceptar. Me costó aceptar que podía ser otra cosa que no fuera física, que yo insistía que lo que me pasaba era algo físico, que, seguro que tenía una enfermedad, que, seguro que podía ser, y como que me llevó unos meses encarar eso, y después pensar un poco qué es lo que pasa, la suma de un montón de cosas no procesadas en el momento, como tratar de encontrar, de pensar un poco, en qué cosas pudieron ser las que desencadenaron que mi cuerpo hablar y el trabajo fue una de esas.

Creo que todo eso me cambió en pensar un poquito más en mí, en qué quiero, en mis tiempos, en escucharme un poco más y no estar tan en modo automático y ver cuáles son las cosas más importantes para mí, aprender a modular un poco eso, y no tanto, mi objetivo, en realidad, nunca fue ser jefa, si eso llega a venir, estaría bien, pero no quiero que venga con todo el estrés que yo le veo, no sé si hay otra manera, si es que la empresa no lo está haciendo bien todavía o que no ha logrado a llegar a un equilibrio para que sus jefes, encargados, coordinadores estén en un estado más saludables del que están y yo prefiero no estar en esa responsabilidad y estar en la que estoy, por lo menos por ahora y no tener esa responsabilidad con ese grado de estrés, por lo menos en mi situación ahora actual familiar y de salud y de todo eso, prefiero estar así, que de hecho lo veo con esta amiga que te digo, mi amiga que ahora es la jefa, quedó como jefa del sector porque se dieron un montón de cambios y ella quedó como jefa, y yo veo lo que es su estrés, que hace 2 años era igual que yo, y ahora la veo en un grado de estrés. Su salario se triplicó, pero capaz que no está bueno como está pasando en otros aspectos, entonces, por ahora no es lo que quiero, no es mi prioridad por ahora.

Cuando arranqué con la primera psicóloga, ahora estoy con otra ¿no?, pero cuando arranque con la primera me preguntó una cosa: ¿te molestó o te afectó mucho cumplir 40? Y, en realidad, me di cuenta que sí me había re contra molestado. En realidad, en ese momento, le dije algo como más jocoso, le dije: “no sé si me molestó a mi cumplir 40 o que las que tengo alrededor hayan cumplido 25, una de las dos” pero sí me ha costado asimilar un poco, el tema de la edad, veo a la gente, mismo a la gente que entra en el laboratorio ahora, y entran y tienen 25 y digo “ay estos podrían ser mis hijos”, yo no puedo creer, no puedo creerlo esto.

Por ahora lo vivo bien, o creo que lo vivimos bien, tenemos una familia constituida firme, dos hijos que están creciendo bien los dos, tenemos trabajo, él se está por recibir, trabaja de lo que le gusta, y piensa también seguir estudiando y trabajar de lo que está estudiando, yo trabajo de lo que estudié, nos gustaría poder disfrutar del tiempo libre, de los tiempos, poder hacer viajes. Ahora, priorizamos la educación de ellos y R tiene requerimientos de educación que lamentablemente la escuela pública no se la podemos dar y él tiene que ir a un colegio privado, pero lo hacemos con gusto, como que la educación de ellos es prioritaria para nosotros, así que tenemos proyectos de que podamos tener una casa más grande, donde podamos estar todos más cómodos. Me parece que yo miro la edad que tengo y lo que he logrado esta todo bueno, lo veo bien.

La adultez la veo en el sentido de la independencia, que nosotros solos nos manejamos con todo, nuestras familia nos colaboran afectivamente y en presencia, pero no dependemos de ellos económicamente para nada, las decisiones y todo, todo lo tomamos entre los dos, solos entre los dos tomamos todas nuestras decisiones, somos totalmente libres e independientes, acordamos entre nosotros, y de las responsabilidades también, somos los dos re contra responsables con los gurises, con ellos, con todo, con las cuentas, con todo, en el mismo estilo los dos, así que bueno lo veo como responsabilidad y como independencia las dos.

Sandra
37 años

Tengo 37 años. Yo soy bioquímica, pero en el momento no estoy trabajando de eso, de hecho, no estoy trabajando, estoy estudiando nuevamente, estoy estudiando analista programador, o sea, programación, es una tecnicatura de lo que sería la carrera de ingeniería en sistemas, es decir, como un título intermedio a ingeniero en sistemas. Para estudiar eso tenía muchos motivos, yo que creo que uno de los motivos es que yo iba a curar el cáncer y muchas enfermedades, tenía todos esos ideales, que iba a cambiar el mundo. Y me gustaba mucho la química, particularmente, también las matemáticas, física, y eso, pero la química me gustaba mucho, me gustaba todo el tema de los virus, de las bacterias, y también me gustaba el reto ¿no? de lo que era estudiar una carrera que era científica, que era distinta, que no eran las tradicionales.

Mis padres nunca se recibieron de nada, pero papá estudió, papá estudiaba en la línea de la economía, pero nunca terminaron y mamá había empezado derecho, lo que pasa que se casaron jóvenes, lo cual creo que en ese momento era muy normal de veinte y poco, y quedó embarazada de mi hermano mayor y ya después, no retomó al estudio de Derecho.

Papá trabajaba en ese momento, o sea ahora cambio de trabajo, como jefe de recursos humanos en una empresa constructora. era un puesto de cierta importancia ¿no? de cierta jerarquía. Mamá después de que nació mi hermano, ella, sin saberlo, quedó embarazada de nuevo, cuando mi hermano mayor era bebe, de 7 meses de mi hermano, quedó embarazada de nuevo, entonces, nunca más retomó y después fue ama de casa, hasta el día de hoy no, alguna vez trabajó cuidando una persona enferma o algo así, pero nada muy, nada de un trabajo formal.

Mi elección de carrera no les gustó, no les gustaba por varios motivos, el primer motivo era ¿de qué vas a trabajar? y la segunda pregunta que yo creo que le tenían un poco de reticencia era que seguramente me iba a tener que ir al exterior cuando me recibiera porque acá no le veían mucha salida a nada, entonces era como decir te querés ir de acá y te vas y no te vemos mas ¿no? más o menos, luego se les fue pasando, al principio, fue como medio chocante en eso y me lo dijeron un par de veces y ¿después de que trabajan? ¿qué hacen? acá no hay campo laboral, pero luego se le fue pasando, digo ya cuando llegué a terminar sexto de liceo, ya sabían que iba a hacer eso y me fui a anotar a esa facultad y todo bien.

La carrera fue sufrida porque es una carrera que tenés clase todo el día, o sea, no hay turno matutino, turno vespertino, turno nocturno. Entonces, no había manera alguna de tener un horario claro, bueno voy en este horario y a tal hora estoy afuera, o me organizo

para trabajar o me organizo para lo que sea ¿no? entonces era como que te tomaba mucho tiempo, era una carrera que había mucho que estudiar, todos los exámenes son obligatorios. Lo viví con bastante estrés, durante el semestre a veces no tanto, pero siempre en la época de parciales o exámenes, me llenaba de sapitos ¿viste? aftas, me bajaban las defensas, era un agotamiento, yo también me estreso mucho, capaz que hay gente que es naturalmente más tranqui y no le pasa.

Después empecé a trabajar, no cuando recién arranque, después empecé a trabajar por un tiempo en una imprenta de vendedora de los productos de la imprenta, yo salía caminando, iba a vender tarjetas de presentación hasta lo que fuera, ahí tus horarios son tuyos porque cobras simplemente a comisión de lo que vendes, después eso lo dejé, yo entré como ayudante honoraria en un laboratorio de investigación de la Universidad, de la misma Facultad de ciencias, que eso aunque parezca chiste, porque es honorario, no te están pagando, es tipo todo un evento, tenés que rendir para poder entrar.

Yo el trabajo de la imprenta lo tomé en el momento en que en Uruguay había una especie de crisis económica. Era 2002, había una crisis económica, de todas maneras, cuando uno tiene ya cierta edad te pica un poquito ese bichito de que querés ser independiente, de que querés tener tu dinero y querés salir con tus amigos y hacer otras cosas, pero en ese momento había una crisis económica, estaban un poco complicada las cosas en mi casa, entonces fue como una manera de por lo menos solventarme mis gastos ¿no?

En el laboratorio estuve mil años, porque después fui grado 1, tenía a veces extensiones horarias, el cargo base era 20 horas, después tuve otros trabajos dentro de ese mismo laboratorio por proyectos que se llama, entonces tenía un grado 1 Udelar 20 horas y luego por proyecto tenía 40 horas, y me fui en 2008.

En 2008 nos conocimos con mi esposo. Fue muy loco, yo fui por un proyecto de cooperación internacional, un proyecto que ganamos, a Canarias, a Tenerife más particularmente a la ciudad de La Laguna, que hay una Universidad, la ULL, la Universidad de La Laguna. Fui por este proyecto a hacer una estancia, fui en dos oportunidades, en la segunda vez que estuve ahí, que ya era la última estadía, hubo un día una cosa que ellos le llaman chuletada, es decir, era como una parrillada acá. Entonces había una chuletada y había otro uruguayo en la chuletada, si bien era el mismo campus, él trabajaba en química orgánica y yo trabajaba en la facultad de química, entonces nunca nos habíamos visto. Y ahí nos conocimos, yo tenía 26 años, terminamos siendo amigos y ahora nos casamos y tenemos una hija.

Me fui de la universidad porque no habían llamados para grados 2 o 3. Además, mi jefe era una persona tan difícil que sinceramente era momento de alejarme, en ese momento al menos yo no conocía el termino mobbing que hoy en día que está super de moda, si hubiera sido eso hoy, lo habría denunciado todo el mundo, de hecho, alguna denuncia tuvo.

Mi pareja, creo que ya estábamos saliendo en ese momento, no me acuerdo, o fue antes que saliéramos, me animó mucho, me decía: no te quedes acá, no te encierres. Entonces empecé a tirar currículos para todos lados, no es que yo estaba seleccionando donde me gustaría. Me acuerdo que el penúltimo día de trabajo mío, el grado vencía en cierto momento y yo ya había avisado que no lo iba a re-concurrar, ya sabía hasta que día

trabajaba, y ahí me llamaron de un colegio para dar clases de química. Ahí trabajé 2 años y después empecé a trabajar en una empresa.

También me fui porque el sueldo era pobre, entonces también hay un punto que hay una cierta frustración, yo ya no era una niña y quería hacer ciertas cosas, entre ellas independizarme. Si me hubiera ido con ese presupuesto, o sea, iba a pasar hambre, me podría haber mudado como muchos hacen, pero para pasar mal, o sea no, no existía, la única manera de hacer algo con ese dinero era vivir con mis padres, no había otra, que igual estaba cómoda, pero esa es la realidad. Entonces era frustrante si y el simple hecho de no tener un sueldo más o menos bueno que te permita un ahorro genera que no avances en otros aspectos de tu vida, como decir, podrá ser una vivienda, o sea, podía viajar, pero cosas chicas, poco y siempre como limitándote mucho de no gastar ¿no? cualquier cosa desequilibraba tu

presupuesto, cualquier pavada, entonces no, tampoco, por ahí tampoco rendía, igual yo creo que si mi jefe hubiera sido otro tipo de jefe capaz que yo aguantaba más tiempo, siempre esperando que existiera un llamado a otro y pudiera entrar ya más en la carrera ¿no? pero bueno ta, ninguna de las dos ayudaron y luego cuando yo estaba en el colegio, si bien cuando yo estaba en el PreU estaba muy cómoda, es sueldo no era malo y estaba contenta con estar ahí y con lo que hacía, mi motivación de ir a, de irme a esta otra empresa que me llamaron era también un poco trabajar más en laboratorio, con las manos en laboratorio, aprender otras cosas, en otra compañía, luego me arrepentí, después de que me fui porque en realidad yo decía bueno, el sueldo al final no era tanto más, que dijeras, yo no me acuerdo ahora cual era la diferencia pero no era una cosa que dijeras, ¿duplique mi sueldo de la noche a la mañana? no, y claro, si bien ser docente tiene su desgaste porque vos en tu casa, tiene sus horas, no es solo las horas que das clases tenes que preparar clases, tenes que corregir, vos estarás enterada de todo eso ¿no? es así, no es solo lo que uno hace cuando da la clase, era muchísimo menos exigente que la empresa, yo trabajaba en el laboratorio de una tabacalera Monte Paz se llama, es la empresa que hace Nevada; todas estas marcas y claro, el ritmo es muy fuerte, la exigencia es otra, el estrés con el que se trabaja es otro y por supuesto como cualquier trabajo privado vos tenes 20 días de vacaciones al año, que las tenes que coordinar y ver cuando las podes tomar y cuándo no, no es lo mismo que dar clase en un liceo que tenes las semanas de vacaciones de julio, semana santa.

Estuve 5 años trabajando ahí. Deje de trabajar ahí, me fui porque G ganó una beca para ser un postdoc en Alemania por dos años y dos meses, entonces nos íbamos juntos y bueno entonces renuncié a mi trabajo en la tabacalera ¿no? les avise con meses de antelación, entrene a otra persona para que quedara en mi lugar y bueno luego me fui, pero todo quedo bien, quedamos todos re amigos porque bueno me fui por ese motivo, todos contentos.

Nosotros nos casamos en 2013, G no se quería casar nunca ¿no? yo recuerdo que cuando nos conocimos, él me dijo que después de muchos años de convivencia, que tus hijos te llevarán los anillos, hacías una fiesta, me acuerdo que decía, a él le gustaba la fiesta. A mí la fiesta no me importaba mucho, a mí me era importante casarme, no por el papel, es que yo soy cristina, a diferencia de él que él era ateo, entonces, yo le decía a mí me gustaría el hecho de decir voy y pido la bendición de Dios sobre mi unión, no preciso el

papel del registro civil, para mí era ir y pedirle a alguien que bendiga la unión y me voy. La picardía es que acá, en Uruguay, el único matrimonio reconocido es el del registro civil, de hecho, no hay iglesia alguna, no hay cura, pastor, que, por más que sea una ceremonia nada más, no hay nadie que te haga esa ceremonia si vos no llevas tu papel de que te casaste en el registro, de hecho lo tuvimos que llevar, la libreta de matrimonio, el día que te vas a casar ¿no? porque de hecho es ilegal, entonces sí se sabe que alguien hizo, aunque sea como un acting, hizo una actuación de ceremonia y vos no te casaste por registro, es ilegal, tiene un problema legal, o sea, los denuncian. En Uruguay vos tenés que estar casado por civil sí o sí. Entonces, él me dijo en cierto momento que no le molestaba, me dijo: “yo no hice fiesta cuando me recibí ni nada, me gustaría hacer una fiesta, invitar a todos y divertirme y bailar”.

Entonces, alquilamos donde nos íbamos a mudar, alquilamos en abril, nosotros nos casamos en mayo, lo alquilamos en abril. Él enseguida se fue a vivir, yo ni en pedo, no teníamos calefón, él fue a empezar a poner luces, incluso si bien era alquilado puso como más enchufaditos ¿viste? Yo ni en pedo me iba a un lugar que no había calefón, no había estufa, no había aire acondicionado, no había nada, él vivía como un bicho, es más, al principio, no sé en qué dormía porque después le llegó la cama ¿viste? para mí, era deprimente, yo le decía: “no vivas así, andate a tu casa, no te quedes a dormir ahí” pero él estaba chocho y allá él. Me mudé después, cuando volvimos de la luna de miel, y me acuerdo que fui ahí y yo dije: ay, yo me quiero volver a mi casa, era un apartamentito chiquitito, deprimente, pero después, me acostumbré y estaba contenta, era mi casita, pero al principio yo decía: ah, esto es un desastre.

Al principio me costó porque extrañaba a mi familia. Yo soy la más chica, mis hermanos se fueron años, muchos años antes que yo, por varios años fuimos mis padres y yo nomas, igual yo vivía con mis padres, pero es más una idea de vivo con mis padres porque no te ves nunca, uno sale, el otro llega, te vas antes de que se levanten, el otro trabaja hasta más tarde y vos ya te acostaste cuando llego, o sea, ni te ven ¿no?

¿Sabes qué pasó? Yo me había ido meses a trabajar afuera en distintas oportunidades, estuve en Bariloche en Argentina, en otros lados más, no me acuerdo, pero una cosa es eso y vos saber que volvés ¿no? como que cuando me fui al apartamentito este, que también para mí era raro porque alquilábamos, para mí, mi casa siempre había sido mía, y eso no era mío, era como todo raro, lo sentía raro, yo sabía que no volvía a mi casa, entonces como que extrañaba mi casa, extrañaba mis costumbres, mi lugar, no sé, llegar y hacer esto o aquello, extrañaba horrible, al principio extrañe pila, me acuerdo que yo le decía a él, cuando nos íbamos a acostar, pero esto solo yo, no creo que a ninguna persona le pase, nos íbamos a acostar no sé qué y yo decía, aparte se acuesta y se duerme, yo me acuesto y empiezo a hablar y yo me acuerdo que me acostaba y decía: esta no es mi casa, yo extraño mi casa, yo me quiero ir a mi casa, y él me decía: sí, yo sé, y se dormía, ni pelota me daba ¿no? después, se me pasó.

En cuanto a vivir en pareja, yo creo que nosotros nos peleamos tanto estando de novios que se ve que agotamos todas las peleas que podés tener en la vida de pareja, te juro, porque de novios nos peleamos y cortamos una cantidad de veces. Capaz que realmente todo ese proceso de tantas discusiones y de conocernos, de ver las cosas que a él le jodían, que a mí me jodían, cómo podía cambiar yo para que a él no le jodiera, porque también a

veces nos peleábamos y dejábamos porque era esto yo no lo negocio y él era yo tampoco. No era solo por pelea de enojo. sino que eran cosas que sentíamos que era un terreno propio, y luego lo fuimos trabajando, nosotros mismos ¿no? Creo que eso ayudó a que cuando nosotros fuimos, todo el mundo me lo decía: “ay la convivencia es terrible”, y todo el mundo convenía en eso, que era muy difícil la convivencia, y nada, desde que nos mudamos juntos, yo creo que ya justamente nos habíamos conocido mucho en todo el proceso, nos habíamos disgustado, habíamos trabajado en cuál era su terreno sagrado, cosas que no las había a cambiar o que no le gustaba, incluso también en desdramatizar las cosas ¿no? porque, yo que sé, porque al principio yo tenía cosas que era no, con esto no te metas o él tenía cosas como que esto no me digas, no recuerdo ahora para dar un ejemplo, y creo que después cada uno aprendió a respetar ese terrenito de esa persona que le jodía.

Antes de irnos juntos, yo no había vivido sola nunca. yo nunca, no me había independizado, etcétera, por un tema económico también ¿no? pero yo no es que estaba deseando salir de lo de mis padres porque me llevara mal, o porque me sentía ahogada o no me sentía independiente ahí, no, y por el otro lado también yo soy muy apegada y yo creo que vivir un tiempo sola esta bueno pero después yo me habría sentido un poco sola, tal vez estoy diciendo esto y capaz que después vivía sola y te decía: uy es lo más, que pelotas lo que te dije antes, nada que ver, pero yo no me veía, no soy el tipo de persona que se ve viviendo sola, si tuviera que hacerlo lo hago, pero no es que, qué deseos tenía de irme a vivir sola y no podía realizarlo no, ni ahí, es más como te digo, dudo, pienso que en algún momento me sentiría un poco sola, me imagino que no estaría tanto en mi casa o que estaría todo el tiempo invitando gente o todo el tiempo yendo a algún lado ¿me entiendes? entonces ta que eso creo que me pasaría, soy más del tipo de persona que se mudaría con un roommate o algo así antes de mudarse sola, pero bueno, no es que me quede con un debe, no es que me habría gustado hacerlo, no. Hay muchas chicas que conozco que sí, morían por vivir solas, no es mi caso.

El proceso de dejar el trabajo e irse a Alemania, fue bueno y malo, fue lo mejor y lo peor a la misma vez. Desde que, a mi esposo, él había arrancado el doctorado, porque el antes trabaja en un laboratorio de farmacéutica y después se puso a hacer el doctorado, él siempre soñó con la carrera académica y, por ende, hacer un postdoc, también, o sea seguir creciendo, yo desde que lo conocí sabía que ese plan estaba en su cabeza y en su corazón y a mí me parecía copado ese plan.

No es que irme a otro país era mi plan per se, pero me gustaba, digo, me encanta viajar, las veces que viví afuera, meses nomás, pero me manejé bárbaro y me encantó la experiencia, también tiene su reto ¿verdad? vivir en otro lado y más en otro idioma.

Desde que nos casamos, él siempre tenía la idea esa de hacer el post doc y yo estaba super de acuerdo, igual la idea era diferente, porque la idea era que iba a pedir una beca de un año en donde fuera, y la idea mía, que habíamos hablado y estábamos los dos de acuerdo, era que yo no renunciaba al trabajo, porque no valía la pena y me tomaba toda las vacaciones juntas, que sería como un mes y lo iba a ver, o sea, pedir especialmente que hicieran eso porque no es lo común en las empresas privadas, y lo iba a ver ese mes. Vivía con él ese mes y así cortábamos a la mitad de su doctorado ese mes conmigo y después volvía, esa era la idea.

Pero me acuerdo que un día yo estaba ahí hablando con una compañera de trabajo, una señora mayor, del tema de los sueldos, ella estaba un poco preocupada por su sueldo, y me acuerdo que me senté en la computadora a pasar datos de lo que había hecho en mi mesada y pensé, fue como un momento de iluminación, así dije: che, pero yo al final voy a poner un trabajo por sobre mi familia, mi familia hablo de mi esposo ¿no? no teníamos hijos en ese momento, mira E que tiene doscientos mil años cómo esta, yo estoy poniendo este trabajo como si fuera una carrera brutal, era tremendo laboratorio y tremenda empresa, pero igual pensaba, yo estoy como que tengo que cuidar este laburo y seguir acá y mira a E que hace trescientos años que trabaja acá, capaz que el día de mañana me arrepiento ¿viste? capaz no nos funciona la pareja a distancia y después terminó como E diciendo: “ay porque no me subieron más el sueldo y ahora no me da si me jubilo y puse todo esto encima de nuestra familia, de nuestra pareja al pedo”, y entonces le mandé un mensaje de texto a él diciendo: “che, si te vas de posdoc, cuando te vayas de posdoc, me voy con vos”. Me acuerdo que agarró y me dijo: “¿qué pasó?” y le dije: “no, nada, tuve una revelación” y lo hablamos después cuando llegué a casa de noche él no podía creer. Todo por E, pasó por E, y entonces le dije yo me voy con vos.

Y la idea era irnos un año, y cuando empieza a preparar el proyecto, él viene y me dice un día que nos habíamos ido para Punta del Este un fin de semana, me dice: “che ¿a vos te jodería si en vez de un año nos vamos dos?” y ahí yo le dije: “mira, si tenemos que desarmar la casa, entregar el apartamento, ver qué hacemos con los muebles, más vale hacerlo por dos años”. Y bueno, él estaba seguro de que no la iba a ganar a la beca y la ganó.

Toda esta historia es porque vos me decías si estaba contenta con irnos, si lo quería o no lo quería, por un lado, yo estaba como re agarrada a ese trabajo, lo quería mantener, pero por otro lado era super estresante, por los ritmos de trabajo. Ese es el laboratorio mejor equipado de este país, era un trabajo estrella, que es muy difícil de ganar esos trabajos, en nuestro país no es México que es inmenso y tiene millones de industrias. Fue como un trabajo once in a lifetime, entonces era como decir, irte ahí era, y es una empresa que paga bueno sueldos, super estable, muy difícil que te echen y había posibilidades de crecer a largo plazo.

Por eso fue que me costó la decisión, y por eso te cuento toda la historia, porque en realidad, yo estaba super segura que no me iba, hasta cuando él ya estaba mandando las cosas, fue que decidí que sí, si le hubiera salido algo antes, yo no habría ido con él ¿me explico? O sea, si hubiera llegado esa revelación ya tarde.

No le daba muchas fichas a Alemania, no pensaba que era un muy copado, además íbamos a una ciudad que es mayoritariamente universitaria, que cuando busque en internet porque no sabía nada de esa ciudad, decía 130 mil habitantes, yo dije esto debe ser un pueblito pedorro, que no debe tener nada para hacer, y que no me jode, porque no me muero, pero me lleve creo que una valija entera de libros y aparte el Kindle ¿no? porque yo pensaba que iba a tener el tiempo para leer libros y resultó que era una ciudad con muchísimo para hacer, con muchas, realmente estimulante, con muchas cosas y no nunca me dio el tiempo para leer.

Cuando recién llegamos, la beca de él no daba tanto a él como a mi dos meses de cursos de alemán en el Goethe ¿no? él tuvo que empezar a trabajar y luego yo seguí haciendo

cursos porque bueno, es un idioma complicado, bastante complicado si, y bastante distinto de lo que uno esperaba, yo recuerdo que mucha gente me decía: es muy parecido al inglés chau no te preocupes y no, nada que ver, eso fue una cosa que me sorprendió mucho y un poco me frustraba ¿no? que yo pensaba que en tres meses estaba hablando en alemán por todos lados, y había pensado capaz, justamente, como nosotros nos fuimos con toda la idea de si o si volvemos, no teníamos idea de quedarnos ahí, no nos importaba nada.

Teníamos la idea de volver. Incluso en mi laburo más de uno me dijo varias veces: “bueno podrías volver”, yo después de que me fui vi lo que era yo, estresada en el día a día y lo que era yo sin ese estrés, dije no, prefiero no volver. Me di cuenta que cuando vos, aunque no te sientas que estas nerviosa o no te des cuenta, hay un ruido de estrés basal muy grande, las cosas te caen diferente, alguien te dice una pavada y la misma pavada la tomas de la misma manera pero reaccionas diferente ¿verdad? y eso afectaba también mi vida en casa como en todo ¿no? entonces yo después que me vi, que me tomaba las cosas distintas, que no me afectaban de la misma manera o que me salía una reacción mucho más tranqui, me empecé a dar cuenta que aunque no me sentía nerviosa, estaba mucho más estresada. No creo que nadie se diera cuenta que estaba mal, es que pensaban esa es su reacción, pero luego de que me fui, me di cuenta que no era mi reacción, que podía tener distintas reacciones, no tenía problemas con nadie ¿no? pero no sé cómo explicarlo.

Nos fuimos hace tres años, cuando tenía 34 años, y volvimos hace un año. Y justamente el segundo año que estuvimos ahí, él ya había hablado conmigo de tener bebés y yo, bueno vamos a arrancar porque yo pensaba que no quería tener hijos ¿no?

Mi perspectiva de la maternidad pasó por muchos estadios, yo creo que cuando era muy chiquita como que me imaginaba, porque también era lo que uno veía, que un día me iba a casar, iba a tener nenes, pero después de adolescente cambié de opinión, luego, en algún momento, yo me acuerdo que había pensado, en un momento estaba re podrida, había tenido un problema con mi novio y habíamos dejado mal, que yo había pensado que si me gustaba tener nenes tampoco hoy en día es obligatorio tener una pareja para tener un hijo, o sea, existen métodos, la ciencia nos ayuda para que no tengamos que ni buscar un tipo de víctima, ni tener que estar obligadas a estar con un banana. Si vos querés ser mamá, podés ser mamá, y yo recuerdo que, por mucho tiempo, incluso cuando lo conocí a él, yo tenía ganas de, en algún momento, cuando me estabilizara económicamente, encarar eso, de ser mamá soltera, después se me pasó.

Como que tenía la idea de que quiera ser madre, pero no estaba interesada de nuevo en toda la historia de generar una pareja, me rompía mucho las pelotas, conocer a la familia y de nuevo toda la historia, no tenía ganas. Después se me fue yendo eso.

Y después, amigos tuyos empiezan a tener hijos, esto lo otro, y vos los ves y los ves como que, depende que amigos, porque hoy en día tengo todo tipo de amigos padres, los veías mal, estresados, que dejaban de hacer cosas, amigos que tuvieron hijos y que después no salían nunca más a comer nada, ni siquiera a la casa de un amigo, no estoy diciendo un restaurante, nosotros igual hoy en día con V, vamos a un restaurant si hay que ir, sin estrés, pero veíamos amigos que tenían un hijo y ya no vivían ellos, era el hijo.

Puede sonar muy egoísta lo que estoy planteando, pero veía esas cosas y en cierto momento dije: “ay no para, eso no es para mí, esto no es lo que yo, no es lo que puedo afrontar hoy en día y no es lo que quiero para mi hoy en día ni mañana, yo quiero poder vivir mi vida, si no tengo ganas de ir a comer a ningún lado no voy, si no tengo ganas de salir no voy”, cada vez estoy más vieja y tengo menos ganas, te digo, pero no porque como tengo un hijo, en la época que uno usaba mucho el teléfono fijo, nosotros teníamos unos amigos, amigo de él de facultad que cuando tuvo el bebé a las 8 de la noche desconectaba el teléfono, no los podías ubicar nunca, porque claro como trabajaban de día no estaban y cuando llegaban a la casa a la media hora desconectaban el teléfono.

En ese momento no todo el mundo tenía celular o, si tenían apagaban, no me acuerdo como era la historia, pero me acuerdo por meses no supimos si vivían, si habían muerto. Pasaron de todos los días vernos, a cada dos por tres o todas las semanas vernos a que no supimos si vivían, entonces yo veía esas cosas y decía: “ni en pedo”.

Yo pensaba que eso era la maternidad, no pensaba que eran elecciones que hacían esas personas, creía que tener un hijo te implicaba todo eso y esos sacrificios, y no lo quería, y yo pasé a decir: “no quiero hijos”, y me acuerdo que G con cualquiera de esas cosas estaba bien, no le jodía, pero en cierto momento, yo me acuerdo particularmente cuando K, una amiga de él del trabajo que nos contó que estaba embarazada y todo, que empezó hablar de nuevo del tema, él ya estaba buscando postdoc, me acuerdo, empezó a decirme: “che pero mira, pero no sé qué, no sé cuánto”, y ahí nosotros teníamos otros amigos que los habíamos conocido después que ya tenían 2 nenas y tienen vida y viajaban, que a mi es algo que me gusta mucho, que iban a comer afuera, y no se moría nadie, entonces me empezó a decir: “mira a ellos, mira, no es un tema de ser padres, es un tema de cómo lo encaran”

En ese tiempo, él estaba ya buscando postdoc, yo me acuerdo que dije: mira, vos estás buscando postdoc, no sé si te sale o no te sale o si capaz que te sale y mañana nos vamos a Polonia, ahora no me parece que sea el momento de encarar este proyecto, que no sabemos cómo va a hacer, entonces le dije: prefiero que ahora no nos metamos en camisa de once varas, no sabemos cómo sale, y el otro punto que también era un punto, vos laburando en laboratorio y mesada, con los productos que yo laburaba, si vos tenés sospecha, porque estas buscando bebé que podrías llegar a estar embarazada, no podés hacer mesada, o si quedas embarazadas, vos no podés hacer mesada, en mi trabajo yo no podía hacer mesada, desde el momento que estaba embarazada o podría estar hasta por lo menos cuando estas amamantando, demanda como hasta los 6 meses de pibe, imagináte, bueno de hecho ninguna del laboratorio tenía hijos, 60 años, 47 años, ninguna tenía hijos, decisiones de ellas de vida ¿no? por supuesto ellas lo decidieron, nadie les vino y les dijo, no vayas a tener un hijo, pero eso también influía.

Yo le dije: no lo veo muy compatible con esto, me voy de licencia maternal y cuando vuelvo ¿qué hago? barro el piso porque hasta los 6 meses no voy poder tocar esos productos. Era tremendo asunto, era tremendo asunto, yo le dije, no creo, esto no me beneficia en nada.

Justo se da otra casualidad, nosotros, se nos había terminado el contrato y nosotros no lo renovamos, entonces vos tenes un año de gracia, en Uruguay los contratos de alquiler normalmente son 2 años, si vos querés, a los 2 años lo renuevas, y por 2 años más, si no

lo renuevas, normalmente hay un año que le llaman de gracia, que quedas fuera de contrato, en el cual vos en ese año te podés ir de un mes a otro, solamente avisando.

La situación es que, no era una cuestión lo de tener un hijo, cuando fuimos me acuerdo que lo volvimos a hablar, cuando salió el postdoc, bueno ahora que no voy a trabajar en y que tengo otro tiempo, y entonces era bueno, capaz que se puede encarar eso. Veamos cómo nos sentimos de acá a un año ¿no? las cosas pueden cambiar, vos no sabes en un año que te puede salir y más si no estás en tu país, todo es diferente, pero yo le dije, yo el primer año, primero no hablo el idioma, quiero aprender el idioma, quiero que lo disfrutemos, que conozcamos el sistema, que nos sintamos cómodos y que paseemos, que aprovechemos todo lo aprovechable, cuando venga el segundo año, la última etapa, ahí de repente, si tenemos ganas, podemos encarar, pero el primer año no, y él estaba re de acuerdo, porque si, los dos teníamos ciertas expectativas ¿no? de viaje y él también a la vez tenía que trabajar y rendir, no sabía cómo iba a ser el sistema, y vos sabes que el segundo año fue así, nosotros dijimos, bueno, capaz que dejamos de cuidarnos, en enero dejamos de cuidarnos y vemos qué pasa, y pum, cuando estaba terminando enero no me vino el periodo, me hice un test y estaba embarazada, fue así.

Fue rápido, yo no me hice la idea hasta que la tenía en brazos, después la tenía en brazos y tampoco me hacía la idea, te digo, todo el mundo es diferente. Vos sabes que yo ya lo presentía, no sé por qué, para mí que estoy embarazada, esto tiene que ser algo, porque esta panza en punta de donde salió, no existe esto, y vos sabes que después busque en Google y decía, que uno de los primeros síntomas de embarazo es hacer mucho pis, muchísimo pis, claro el metabolismo anda como loco y no sé qué, yo dije, para mí estoy embarazada, entonces cuando ya, cuando no me vino el periodo de una fui al super, o sea, estaba en el super haciendo otras compras y ya agarre un cosito de estos y ya está, y cuando me enteré era como, claro si, ya sabía, fue así, y cuando le dije a él, ¿viste que uno siempre ve en las películas todo lo romántico y que preparan algo y que ahora somos tres y no sé, se abre un globo y cae una guirnalda? Yo pensé ¿cómo le digo? Aparte, que te conviertas en padre es una vez sola ¿no? después podrás o no tener más hijos.

Yo dije, estaría bueno hacer algo especial para acordarnos, no me ocurrió nada, entonces, yo había hecho dos albumcitos de fotos, ese día los había pasado a levantar cuando fui al super, porque tanto los padres de él como los míos nos habían ido a visitar en distintos momento, entonces había armado dos albumcitos de fotos porque se los íbamos a mandar nuestros padres, uno cada uno, y ese día lo iba a buscar, entonces, en el mismo super donde compre el coso, hice las compras y todo, entonces agarré y lo llame, che te podes venir un momentito, él agarro y dijo: ¿ahora? cosa rarísima en él porque normalmente me hubiera dicho no, ni en pedo, y le digo: si, mira te quería mostrar algo, bueno ta dale voy. Normalmente me habría dicho: ¿lo que? no, para, estoy trabajando ni en pedo, no sé si él se presentía algo o se lo veía venir, no sé, y cuando vino yo le deje adrede arriba de nuestra cama, le digo: mira, anda a la cama, le había dejado una cajita, linda, amarillita, que la compre ahí en una tienda, adentro estaba la prueba, pero al lado de la cajita estaban los dos álbumes, la idea era jodiendo, que el viera los dos álbumes, que abriera la cajita y viera la prueba, entonces viene y me dice: ¿me llamaste para mostrarme los álbumes? Los veía de noche, y le digo: no, ¿no viste la cajita? Ah sí, ¿qué tiene? Le digo: abrila, y cuando la abrió, no sabía lo que era, aparte, claro, dice, hay un cuadradito que dice schwanger, que quiere decir embarazada, que es un circulito, ahí marca una línea, y el

otro dice nicht schwanger, o sea, no embarazada, y tenía la línea en el embarazada, yo le dije que no lo podía creer ¿nunca viste una peli? ¿no miras un reclame? no tenés que haberte hecho uno para saber.

Encima lo leía y él no sabía lo que quería decir schwanger, claro, habíamos hecho cursos, yo había hecho muchos más que él, él hablaba menos alemán que yo, entonces me dice, pero ¿qué quiere decir? Es un test de embarazo, “ah y ¿es positivo?”, claro que sí, no voy a poner un coso que no estoy y te llamo a verlo, le digo. Y se quedó todo así y me dice: “bueno, si es para cosas así, llámame nomas, bueno, me voy a trabajar de nuevo” y se fue, dije: “pero que hijo de puta, ¿esta fue la reacción? yo tampoco sabía bien cómo reaccionar y creo que él tampoco, y luego ninguno de los dos fue muy novelero respecto al tema de, viste que por lo menos por lo que muestran en las películas, se ve que los yanquis son, ay estas embarazada y te hacen un culto a la panza.

El proceso de embarazo era como que había momentos que yo ni me acordaba de que estaba, era como que le pasaba a otra persona, no me sentí nunca mal, lo que sí tuve, que te empieza a pasar cuando estás un mes o antes capaz de saber, no me acuerdo si antes de saber pero enseguidita, es que te cansas de una manera, te dormís en todos lados, te dormís parada contra un cactus igual ¿viste? te pinchas toda la cara y seguís durmiendo, porque la progesterona da mucho sueño, entonces en esos primeros dos meses por lo menos estás todo el día con sueño y en cualquier situación, te dormís, cosa que en mí no era común, yo no soy de agarrar sueño fácil, entonces, ese fue el único síntoma y hacer mucho pis al principio, nada más, luego no me sentí mal en ningún momento y después como que sabía que estaba embarazada pero no, capaz que fue porque no me sentí mal que no lo interiorizaba, era como que estaba otra persona, pero mi vida no cambió en nada.

Igual en mi familia nadie es muy novelero ¿no?, probablemente si yo hubiera estado acá rodeada de mi gente, en mi idioma, primero que habría sido más tema de charla con todo el mundo, segundo que si hubiera estado con mi vieja capaz que salíamos de vez en cuando a ver cosas para bebés, cosa que allá no hice, y si salía a hacer algo de eso, iba sola o alguna vez cuando él no trabajaba, pero estaba mucho trabajando, íbamos juntos, pero fue ya cuando estaba por nacer que teníamos que elegir un par de cosas porque las precisábamos, no fue tanto antes.

Pero yo lo viví muy contenta y muy bien, mi situación es que yo no tengo otro ejemplo para comparar, he tenido muchas amigas que han sido medias histéricas que dicen: ay yo a mi madre y a mi suegra no las dejo tocarlo, no las dejo opinar, hay mucha gente que es así ¿viste? te dicen: todo el mundo te da consejos y vos no los pedís, me han dicho, a mí me encanta que la gente me de consejos, siempre que sean en una buena obvio, porque capaz que no me sirve de nada tu consejo como capaz que sí, o sea, yo eso se lo dije a dos amigas, me sirven todos y no me sirve ninguno, o sea capaz que de tu experiencia agarro algo y digo: ay pucha mira, esto le pasó a X capaz que por ahí, como capaz que nada, no me aplica a mí, entonces yo no sé si me hubiera jodido tener más familia cerca, no sé si me hubiera jodido, si me hubiera sentido molesta, y tampoco tengo nada para comparar si yo hubiera tenido un embarazo acá.

Lo que sí sentí que me dio lastima y que fue por lo que decidimos a volvernos, porque luego hubo posibilidades de quedarnos allá y estábamos muy encariñados con Alemania, una cosa que si nos pasó fue que nuestros padres, tanto los de él como los míos, parecía

joda, no pudieron ir después de que V nació, en teoría iban a ir y todo se complicó, mis padres iban a ir para las fiestas, que habían ido justo en las fiestas anteriores y resulta que después los pasajes eran como 2 mil euros cada pasaje un disparate, y era en el momento que podían ir por el trabajo de mi padre y los padres de él iban a ir y se complicaron los temas de laburo, se complicaron papeles y cosas que tenían que estar acá sí o sí, entonces no pudieron ir y fue el hermano de él en febrero y fue mi prima en octubre.

Pero la cuestión es que, él me dijo: si nosotros nos quedamos acá nuestros padres la van a ver re pocas veces a V, por la edad que tienen, son mayores, y fue una de las razones para venirnos, eso me dio pena por ellos, o sea, si los hubiera tenido cerca, yo chocha de tenerlos, pero no es que los extrañe pero si los hubiera tenido, chocha, hubiera aceptado todas sus ayudas, pero no es que los extrañe o los precisé, pero sí me dio lástima que se perdieran, vivían pidiéndome fotos de la panza, además tanto él como yo somos un queso sacando fotos, no sacamos nunca y entonces era una vez cada mil años, porque ya me rezongaban.

Me acuerdo que un día mi madre me preguntó cómo era cuando lloraba la carita de ella, una pavada, porque no es que la quiera ver llorar, pero me dijo: ay si en algún momento se pone a llorar y vos tenés el celular en la mano ¿vos no le sacas una fotito para ver cómo es la cara de puchero de ella? Es una pavada, es super estúpido, pero, yo ahí me daba cuenta que ella se perdía todas esas cosas, se perdieron agarrarla, los dos la conocieron a los 6 meses y algo cuando llegamos acá, y claro, no es lo mismo, ya se sentaba, se había empezado a sentar allá, es otro bebé, que no es el mismo bebote de recién nacido y son pavadas, pero pavadas que los abuelos les hubiera encantado vivir y no pudieron, eso fue lo que me dio más lastima, yo creo que sí habría sido diferente, porque mi mama por ejemplo en su principio quería ir para la época de parto, me dijo: así te ayudo y yo recuerdo que le dije: no, venite más adelante porque ahí sí capaz que precisaba a alguien que me cuidara al nene, que lo fuera a buscar al colegio, que me ayudara con la comida, pero a lo que era una sola bebe y dormía y cocinaba yo, y estábamos los dos. No era un conflicto, entonces no es que me faltó ayuda.

Cuando nos volvimos, yo no había podido concretar el plan de estudiar algo allá, entonces cuando me volvía estaba la incógnita de qué voy a hacer allá, y una de las ideas era estudiar esto de programación, pero veníamos con toda la duda de cómo nos vamos a manejar con un sueldo solo, con una nena, que nosotros antes teníamos dos sueldos buenos y no teníamos bebe, y quedó todo medio en espera y estuvimos viviendo en lo de mis padres, y mi tío me ofreció este apartamento, que él tiene muchas propiedades y este apartamento lo tenía vacío y no le interesa alquilarlo, para que viviéramos el tiempo que quisiéramos, pero había que hacerle unos arreglos, algunos temas con el agua y pintar y todas esas cosas obvio ¿no? entonces, nosotros nos encargamos de eso. Y ya que mi tío nos ofreció esto, me inscribí a programación.

Y busqué un horario que fuera compacto, es de 8 a 11, ya teniéndola a ella no quería tener una clase de mañana y una de tarde, es diferente mi realidad en eso, y bueno entonces mi mamá la cuida hasta los jueves y mi suegra la cuida los viernes, que, si bien la cuidan, para ellas es un disfrute cuidarla, y yo estoy generalmente en la tarde, y bueno, habíamos pensado en ponerla en jardín, pero todavía es muy chiquita, de repente el año que viene que ya por lo menos arranca con dos años.

Yo no sé si me cambio tanto la maternidad, capaz que eso habría que preguntárselo a alguien que me conociera a mí, que te pueda decir, yo lo que creo es que me hace entender muchísimo más a gente que tiene hijos, antes yo los entendía, aparte yo era tía y había cuidado muchísimo a mi sobrino de chico y todo, pero creo que después de que vos tenés a tu propio bebé, empezás a entender, cómo cada fiebre te preocupas y piensas, será una gripecita nomas o, capaz que es una gripe tonta o capaz que, bueno, hay algo más. Empecé a entender un poquito más eso, igual nosotros no somos dramáticos en nada de eso, pero como que antes yo lo entendía como “ay chau, tiene fiebre tendrá un poco de gripe”, pero ahora capaz que llamo al médico para estar tranquila y saber que está todo bien ¿viste? esas cosas.

De repente ¿sabes en qué cambié? yo siempre fui muy sensible a lo que le pasa a un niño, siempre, como que soy muy empática en eso de cuando hay desgracias, me angustio pila, por eso ni miro el informativo, porque no me quiero enterar te juro, pero por ejemplo, yo recuerdo haber visto las fotos de ese nene sirio ¿vos te acordas? que se ahogó y me acuerdo que me angustiaron horrible, y yo decía, ay pobre nene, pobre familia y qué situación, y me angustiaba pila, pero por ejemplo, yo ahora supe de este papa con su nena de 2 años que se ahogaron. Antes me daba un dolor espantoso lo del nene ese sirio, pero creo que ahora que tengo a V hasta me puedo imaginar la desesperación del padre de otra manera, antes me la imaginaba, pero ahora me imagino la desesperación del padre de ver que la nena se ahoga, de otra forma. Creo que te sensibiliza aún más la maternidad, si vos no eras sensible, te sensibiliza, en mi caso yo ya era sensible, pero es impresionante, pensé que no se podía, pero se agudizó más la sensibilidad en eso.

En cuanto a mis perspectivas de trabajo ahora para mí la etapa de la química es una puerta que cerré, por las posibilidades laborales que, aunque yo estuviera en Alemania que la industria química es importantísima, prefiero no tener, por ejemplo, yo ahora que ella sigue amamantando, cosa que nunca me imaginé, yo no soy de esas muchachas que: el amamantamiento hasta los 2 años y super activistas de eso, yo no tenía ninguna posición, ni me importaba, se dio así porque se dio así, ella lo pide, y yo ahora estaría con restricciones laborales, ¿entendes? a nivel de mesada, esto y lo otro, no quiero tener que estar preocupada por esas cosas, me gustaría mucho más, todos los trabajos tienen sus pro y sus contras, pero me gustaría mucho más lo que sería un trabajo de oficina, de escritorio, que vos sabes que lo que estás haciendo y termina ahí, y que si estas embarazada es un problema tuyo y no se lo tenés que contar a nadie hasta que no te ven con el bombo, ¿no sé si me explico?

Mis perspectivas ahora no sé si decir profesionales, serían estudiantiles, son terminar esto en tiempo y forma, hasta ahora mi escolaridad es buena, pero de todas maneras quiero terminar esto en tiempo y forma, eso es lo más importante ahora para mí, y luego de terminar, que esto empiece a generarme un rédito. Yo no sé si me encanta la programación, pero tiene dos cosas, primero, que el mundo es tu mercado, o sea, vos podés trabajar acá, y si el día de mañana tienes que irte, capaz que vos podés seguir trabajando para el mismo dueño de tu empresa, misma empresa, porque puedes trabajar online desde otro lado ¿no? como que si Uruguay mañana cae en una crisis, explota todo y no hay más trabajo, vos podés trabajar para Estados Unidos desde acá, es lo mismo, eso de que el mundo sea tu mercado te abre muchísimas puertas, que no es lo mismo que depender de una institución que esté en un lugar y lo segundo, que podés hacer home

office más de una vez, dependiendo el trabajo donde estas, el lugar en donde estas y el nivel de crack que tenés, eso me gusta porque me habría encantado cuando yo salía abajo de la lluvia a ir a trabajar, yo decía, qué divino poder quedarse en casa, trabajaría lo mismo, pero desde casa y no mojarme toda, y más teniendo un bebe, está útil porque si un día está enfermo y no puede ir a la escuela, no es lo mismo poder laburar de tu casa que no tener esa opción. Hoy en día gracias a Dios tanto la madre de él como la mía están re disponibles, pero si el día de mañana por enfermedad o lo que sea, no pueden, tenés que salir buscar a alguien de abajo de las piedras.

Otra ventaja es que acá el tema de software es lo que piden todo el tiempo, gente en todos lados, eso está bueno, el poder trabajar en un lugar que vos decis, estoy cómoda me siento bien y estoy contenta, y no decir, uy, pucha este jefe, no estoy pasando bien, pero igual me tengo que quedar. Está bueno tener opciones, creo que tener opciones es importante en la vida ¿no?

Igual tengo que aguantar un tiempo sin tener mi propio ingreso. Al principio no sabía cómo manejar eso muy bien, igual G fue un genio en todo ese proceso porque él la tuvo clara desde pique, fui yo la que no, yo no me imaginaba como moverme sin mi dinero, ya hacía tantos años que tenía mi dinero, y él desde el vamos la tuvo clarísima. Eso surgió allá en Alemania, allá en Alemania al principio nos daban los cursos estos de alemán y nos daban lo que se llama pocket money, que era como una especie de beca que le daban tanto él como a mí, entonces teníamos los dos algo de dinero, de todas maneras, nosotros abrimos una cuenta sola en el banco, era donde nos depositaban porque no tenía razón de ser pagar 2 cuentas y ya ahí empezamos a manejarnos con la tarjeta de débito en Alemania. Y sacábamos cierta cantidad de dinero y la tenemos ahí, y agarra para lo que quieras, entonces normalmente iba con plata en efectivo a los lugares, entonces sacábamos x para la semana y muchas veces, si yo sabía que no sabía cuánto iba a gastar porque iba a algún lado o algo, el me daba la tarjeta. Muchas veces se la llevaba él, pero si no, si yo por ejemplo alguna vez decía, ah mira capaz que mañana voy a ver algo de ropa para comprarme o elegir y no sabía si iba a gastar 10 euros o si iba a gastar 200, entonces, ya agarraba y me daba la tarjeta.

Así lo hicimos, no fue difícil por esa historia ¿viste? Y siempre tenía 20 euros en el bolsillo, que igual 20 euros allá te rinde mucho más que en Uruguay, porque Uruguay es más caro como país, comer allí es más barato y la ropa también, y eso, entonces claro, siempre andaba con algo así, y en casos particulares o yo me llevaba la tarjeta de débito o si no le decía, che mira, surgió esto, que me paso una vez, paso hasta ahí, me iba en bici, como era una ciudad chica igual estaba todo bien, me iba en bici hasta la facultad que estaba el, me esperaba en la puerta, me daba la tarjeta y me iba ¿viste? cosas así, no había mucho estrés porque era una ciudad chica, capaz si hubiéramos estado en Berlín ahí si se complicaba la historia. Acá en Uruguay si tiene sentido, yo tengo una y el otra, de la misma cuenta de él ¿no? pero allá no tenía ningún sentido. Entonces, como que se dio muy natural, de una se dio muy natural.

En lo único que sabes que lo siento, es una tontería pero, por ejemplo, el otro día vino una amiga y me decía: “no, ahora que vienen las vacaciones y que los nenes no tienen guardería y yo invité a mi pareja a ir hasta Bucios, nos vamos a un Airbnb, algo re gasolero, barato, no una gran cosa, pero consigo unos pasajes baratos y nos vamos con

los nenes, así descansamos una semana”, cuando ella me dijo, yo lo invité, le regalé eso, yo pensé: “ay wow, claro, hace tiempo que yo no puedo regalarle cosas”. Cuando estábamos allá, yo era la que compraba los pasajes cuando nos íbamos a algún lado, todo eso lo hacía yo, pero con el dinero de los 2, el dinero que gana él, pero el dinero del núcleo familiar.

Ahí yo me acordé, fue como que me recordó que cuando yo trabajaba, yo también hacía eso, ¿viste? te compre esto, que él no podía tener idea porque no teníamos una cuenta conjunta, entonces yo lo hacía de mi cuenta ¿me explico? yo que sé, como por ejemplo, cuando venían los aniversarios, yo agarraba y compraba para ir a algún lado, nosotros 2, a un hotel a tal lado, y era como: mira, compré para que fuéramos a tal lado, también le regalaba, ahora yo si algo compro o algo, aunque no se lo avise, porque no le aviso de los gastos, está todo bien, sabemos cómo nos manejamos, él igual después lo ve en su cuenta. Yo ahora que no le regalo a G algo desde que dejé de trabajar, como más de 3 años hace, ahí me di cuenta de eso, pero bueno, si Dios quiere dentro de poco.

Nosotros ahora nos manejamos bien, y estamos bien porque también en ciertas cosas somos frugales, pero la idea es que yo pueda dentro de poco estar trabajando para que podamos ahorrar y hacer otras cosas también ¿no? entonces claro, en cierta forma, yo lo espero con ansias el momento, pero no me pondría a trabajar antes.

En esto te surgen posibilidades de trabajar antes, porque hay tanto pedido de gente que ya podría si quisiera, estar trabajando, pero no lo hago, no me sirve por V. De hecho, me surgió una oportunidad de trabajo, que ya me pasaron por segunda vez de ese lugar, pero era de 9 a 18, claro, como es normal ¿verdad? un horario completo, pero yo tendría que ir a la ORT si quiero terminar esto y tener un diploma. Tener un título de que terminaste algo aporta, no es lo mismo que saber y ya está, pero después del horario completo, tenía que ir de 18 a no sé cuánto a clase ¿y cuando la veo? no se va a acordar de mí, y, además, tengo cuidarla, criarla, estar con ella, no puedo encajársela a otro y desaparecer, entonces me acuerdo que los dos lo hablamos y decimos, pucha, si esta oportunidad, me hubiera tocado cuando ya hubiera terminado dentro de un año y medio...

Pensando más que nada todo lo que hablamos, y de si antes vivía con mis viejos y si vivía sola, creo que mucho de ser adulto tiene que ver con pararte 100% sobre tus pies, al punto tal de hasta poder tener dependientes de vos, cuando hablo de dependientes de vos, hablo 100% dependiente de vos, porque siempre a la corta y a la larga, hay alguien dependiente de vos ¿no? ejemplo, si vivís con tu pareja y entre los dos pagan los gastos, también hay una codependencia, pero primero que nada poder pararte sobre tus pies, o sea, poder vos solventarte ¿no? pero sobre eso también poder tener una persona dependiente de vos 100% y poder llevarlo adelante eso, esto es un punto de vista muy material, lo que estoy hablando, pero creo que tiene mucho que ver con ser adulto, es algo que nunca podrías hacer antes y que creo que si sos adulto y no lo podes hacer, creo que la frustración tiene que ser terrible, y creo que de ahí también, entre otras cosas, vienen todas esas migraciones como las de estos hondureños que iban caminando y eso es un motivo para emigrar grandísimo, creo que también tiene que ver con poder solventarte y solventar a tu familia ¿no?

Hay dos cosas que son las que queremos dar ¿no? a nuestros seres queridos, aunque sea tu hermano, tu padre y son paz y trabajo ¿no? pero un trabajo, digo, remunerado que rinda,

no una ayudantía honoraria, claro, no una ayudantía honoraria o que cobre 5 mil pesos por mes y no puedas pagar la luz.

Creo que paz y trabajo es lo más importante que tenemos que brindar a todos, y si no, trabajo digno, y si no podés lograr esas cosas como adulto te sientes muy frustrado, porque desde otro punto de vista, para sentirte un adulto completo ¿no?

Pero otro punto de vista sería obviamente el etario, adulto es tener la edad de adultez, otros puntos de vista podrían ser realizar ciertas metas, pero creo que, aunque no las realices, suponete, el que quiso estudiar, poder haber terminado sus estudios, vos podés estar super frustrado porque, aunque quieras ser médico, tenes que ser albañil por tu situación, porque no pudiste estudiar, pero si vos, en tu hogar, podés brindar paz y el pan, yo creo que no es malo. Es un debe que no te jode tanto, es un debe, ojalá hubiera podido ser distinto, pero no te jode tanto.

Tener una familia entre otras cosas, pero hay gente que decide realmente y se mantiene en no quiero tener hijos, no como yo, que fui y vine, yo que sé, no quiero tener hijos y soy yo y voy a ser yo, solo o mi pareja y yo, y los dos somos adultos sanos que podemos trabajar, pero sí, el no poder ahorrar, sea tu familia unitaria, seas vos sola o sea, vos,| tu pareja y tu perro, o vos, tu pareja, tu perro y tus hijos, lo que sea, el no poder proveer paz y trabajo en tu casa, y por supuesto ahorrar como te digo, porque también, si vos provees el pan y todo y no podés ahorrar en lo más mínimo es prácticamente una situación de esclavitud ¿no? en la que, si las necesidades básicas están cubiertas, pero no hay manera de progreso o proyección, creo que esas cosas serían las que definieron para mi ser un adulto.

Yolanda **39 años**

Tengo 39 años. Estoy trabajando como maestra coordinadora acá en el centro, esa es mi tarea de coordinación. Yo soy de Salto, vine en el 2008, con 28 años, estuve acá terminando magisterio y haciendo algunas suplencias. En Salto trabajé en un jardín privado y en una casa cuidando una niña.

Mi papa trabajó toda la vida en empresas de construcción, él es carpintero de oficio, y toda la vida trabajo afuera, y mi mamá hubo un tiempo que estuvo fuera de casa y después como doméstica, y también como niñera. Mi padre desde que yo me recuerdo trabajo toda la vida afuera, era como el padre de fin de semana, porque al trabajar afuera los fines de semana que tenía libre, se iba a casa, trabajó por todo el Uruguay, se conoce todo el Uruguay, y estábamos como más a cargo de mi mamá, y mi abuela que vivíamos con mi abuela también, cuando falleció mi abuela si ya éramos grandes nosotros.

Hice la escuela, después hice el liceo, después tuve un año que no sabía que iba a hacer y arranqué a hacer UTU e hice administración de empresa, después hice dos años de administración de empresa y después me decidí a hacer magisterio, terminé unas materias de sexto que me faltaban y ahí arranqué con la carrera que la tengo hasta ahora.

Al principio fue intenso, hice tres años de corrido y fue muy intenso, y después como me habían quedado materias lo había hecho de a poco, hice la doble titulación, vamos a decir, porque hice común e inicial, en ese año hacías tres años de común y hacías un año más y

hacías inicial, y cuando me decidí venir para acá para Montevideo, era porque mi compañero estaba acá, mi pareja y vine a terminar algunas materias que me faltaban, que me quedaban tres, cuatro me quedaban, y me instalé acá, pero también fue porque claro cuando yo estaba en magisterio haciendo la carrera, trabajaba y estudiaba también, y aparte de eso, segundo año ya arrancas con la práctica, entonces era practica de mañana, de tarde trabajaba, y de noche magisterio, era como una rutina pesada.

A los 20 empecé a trabajar como niñera en una casa de familia. Yo busqué y justo también era una persona conocida, que la conocía a mi mama, entonces me sugirió ir allí, y coordinamos y empezamos, creo que fue un mes a prueba que tuvimos, e hice buen vínculo con la niña y la madre estaba conforme y ya arranqué y ahí estuve 4 años trabajando.

Empecé a trabajar por necesidad económica de la familia, porque mi también mi papá, así como trabajo por todos lados, también estuvo en el seguro de paro y yo también estudiaba, necesitaba fotocopias, necesitaba cosas, materiales, y somos 4 hermanos entonces, necesitaba solventarme de alguna forma mi carrera y alivianar a mi familia también.

Es primera experiencia laboral fue buena, la familia era muy bien y como mi primera experiencia, me sentí cómoda. Al principio, como arrancaba y no sabía mucho, me pagaban, creo que en ese momento, me pagaban bien porque no eran muy pocas horas, después, a medida que vas trabajando y te vas informando un poco más, digo por ejemplo el primer año no pagaron salario vacacional, ni licencia, ni aguinaldo, entonces fueron pasando los años y fui dándome cuenta de esas cosas, y diciéndole a la familia que yo trabajaba y me correspondía y ellos también se fueron acomodando y fueron haciendo las cosas por la ley, porque aparte me pusieron en caja, entonces como que también ellos se acomodaron, no sé si al principio era por viveza o qué, pero capaz que toman a una gurisa porque es joven y necesitan y a veces se descansan en eso.

Al principio, trabajaba de mañana, de 8 y media a 12 y media, una cosa así, y dependiendo de los horarios de ella de trabajo, a veces cambiaba la mañana por la tarde, y como yo estaba haciendo las materias en el nocturno del liceo, entonces tenía disponibilidad horaria también y después, cuando ella empezó el trabajo fijo, fueron de mañana siempre, cuando yo empecé con la práctica, ahí ya empezó a hacerse más complicado porque yo necesitaba hacer la práctica.

La práctica de magisterio es que vas a la escuela, estas en un grupo con una maestra que te tutorea, es tu maestra adscriptora, y planificas la clases, y con la planificación de la maestra, ellas te van dando algunos temas que vos tenés que armar y exponer y trabajar con los gurises, y ahí fue cuando empecé a decirle que ya no podía sostener, porque yo tenía la práctica de mañana, la tarde la ocupaba en cuidar a la nena, pero eran muy poquitas horas, y después de noche tenía magisterio, clases normales, entonces, se me complicaba mucho y ahí fue cuando dejé, en 2004.

Con mi compañero estamos desde hace una vida, desde el 2000. En realidad, nos conocimos desde que íbamos a la escuela, porque fuimos a la misma escuela, vivíamos a tres cuadras de casa, pero nunca habíamos como encarado tener nada, porque cada uno por su lado, y nos encontramos un día charlando en un baile y empezamos a salir y ahí se

dio, y conocernos un poco más porque nos conocíamos de hola y chau, aparte él en su familia tenían un comercio e íbamos a comprar, entonces, y bueno de hecho estamos todavía juntos, tenemos un niña juntos, si toda una vida.

Yo viví con mi familia hasta 2008, toda una vida. Nunca me planteé vivir sola por no podía sostenerme y aparte tenía muchas cosas, estudio y trabajo, eran muchas cosas y con el trabajo que tenía, no llegaba a cubrir un alquiler y no quería dejar la carrera entonces, no.

Entonces mi pareja se vino en el 2006 o 2007, no me acuerdo, se vino él con un grupo, una amiga y su amiga vino con su hermana y el novio de su hermana, vivieron juntos acá en una casa y yo venía de paseo, de visita.

Él vino a la facultad de economía y arrancó un año y medio hizo y después dejó, él es docente de matemática, profesor de matemática y vino recibido, se recibió y vino para acá y entre idas y venidas, era insostenible la relación así y él me propuso venirme, y yo también quería venirme.

Así que nos juntamos ese 2008, porque aparte el grupo de amigos que estaba viviendo con él también se fueron, una para salto por un problema familiar, se tuvo que ir y su hermana sí se quedó con el novio acá, pero también se fueron a vivir en otros lugares entonces, nos quedamos juntos nosotros ahí, un año en esa casa y al año siguiente nos mudamos, y ahí en esa otra casa estuvimos 4 años y después nos mudamos para el Sauce que es donde estamos ahora, Canelones, y en Canelones estuvimos 4 años en una casa alquilada, y ahora el año pasado logramos comprar una casa ahí, entonces ya estamos instalados allá.

El tema de venirnos a Montevideo, yo creo que por parte de H, fue como un escape porque la idea de su padre era tenerlos en ese comercio familiar, y fue como un escape venirse para acá, y en realidad en mi escape también fue venirnos para acá, porque siento que en Salto era todo muy chato, no iba a crecer más que siendo maestra, y muy cuadrada la metodología de trabajo y todo eso, entonces, fue como un respiro de la familia, estamos solos, solos, si nos vemos muy complicados con la nena ahora, pero nos organizamos, de alguna forma u otra nos organizamos.

Nosotros decidimos en cuanto a crianza de la niña, qué es lo que queremos, eso facilita mucho, porque si sentimos que íbamos a estar invadidos con la familia por como son, los queremos mucho, pero esa distancia ayuda en otras cosas también.

Cuando llegué a Montevideo, me quería morir, me quería morir el primer año, esos primeros meses que estaba en casa sin hacer nada, yo llegaba de una rutina que estaba todo el día afuera en casa, todo el día, y venir a un lugar, aparte de Salto, que es todo cuadradito, son todas las calles así y así, no te perdés, pero acá en Montevideo, tenés diagonales así que no sabes para donde agarrar, a mí me pasó eso de venir de allá y si conocer 18, pero venir y salir sola me generó, me ponía media, me daba un poco de angustia, si no me hacía el planito antes no podía, y aparte pasaba todo el día adentro de casa, eso me mató, y H trabajaba muchas horas y llegaba muerto y yo lo esperaba a tomar unos mates, por lo menos y el loco estaba muerto, cansado y se dormía.

También yo soy una histérica con la limpieza, porque estaba haciendo solo eso al principio, esos dos meses fueron mortales para mí, fueron mortales, y después cuando empecé a hacer, mira ahora me acorde, hacía suplencias acá y también estaba haciendo como maestra particular de un niño acá en Montevideo. Yo iba a la casa del niño, entonces, era mi salida, que tampoco era toda la semana, eran 3 veces a la semana, eso me ayudó. Una amiga que estaba acá, que vinimos las dos juntas en el mismo año y ella estaba muy complicada y no podía sostenerlo, me lo pasó. Con esta chiquilina hicimos practica juntas, hicimos prácticas en magisterio, y justo un día salgo del super con H y ella estaba en la vereda y nos encontramos y fue como wow, alguien conocido, fue muy gracioso y ahí arrancamos el vínculo, aparte ella vivía a 3 cuadras de donde estábamos viviendo nosotros, entonces, fue como una salvación. Aparte había otros amigos que también veíamos los fines de semana, porque todos los gurises trabajaban toda la semana.

Yo además tengo una tía acá que es la que ahora siempre vamos a ver, pero también ella vivía muy lejos, y yo como no conocía nada, no me animaba a salir, ella trabajaba porque es maestra jubilada, entonces estaba como media sola, media no, estaba sola directamente, y me conformaba con el llamado por teléfono todos los días a casa, pero después de esos dos meses que empecé a ser la maestra particular de este niño y venir a hacer algunas suplencias acá [su lugar de trabajo, donde tuvo lugar la entrevista], fue lo que me salvó, porque vos no sabes lo que era, hacía manualidades de todo tipo ya no sabía más qué hacer.

Mi mama ya sabía que mi idea era venirme a Montevideo. Fue bravo decirle a mi papá. Cuando me vine, mi padre era como que se imaginaba que yo saldría de mi casa casada, con todas esas cosas de creencias, entonces cuando lo planteé, le dije mira papá yo me voy a ir a Montevideo a vivir con H, no te estoy avisando ni pidiendo permiso, no estoy pidiendo permiso, te estoy avisando, onda porque soy mayor de edad. Al principio le chocó mucho y se angustió y lo charlamos y él al final entendió y me dijo que hiciera lo que yo quería y si me sentía cómoda y feliz que él me apoyaba, igualmente es como, cuando íbamos para Salto es algo que tenía con H, era como, no una distancia, pero había como una resistencia, pero después se fue aflojando, es que papá es así, se estabiliza, coraza, y después como que va aflojando de a poco. De mi mamá yo sentí mucho reconocimiento. Mi madre le contaba a todo el mundo que estaba chocha, estaba feliz, porque ella se sentía así desde que yo le conté.

Me vieron más adulta, es más cuando hay alguna cosa que plantear o alguna cosa que decidir, siempre me llaman, también porque soy la mayor de mis hermanos. Con mis hermanos, mi padre es más flojo, es diferente el vínculo que tiene, de hecho, están todos en mi casa con mis padres, viven ahí, soy la única que se fue de casa, porque mi hermano también él es como que trabaja en empresas. Mi hermano trabajaba afuera y es la misma dinámica que papá, ahora está en casa porque está trabajando allá en Salto, pero es diferente, y sí yo siento que cuando hay alguna cosa o alguna opinión que necesitan o algo, siempre me están llamando y avisando y preguntando, hay como un reconocimiento, yo siento que si es como un reconocimiento eso.

T después de los primeros dos meses, que me pude enganchar con algunas cosas fue como que pude aflojarme de algunas cosas también yo, porque estaba mal, estaba como muy obsesionada con la casa, por ejemplo, y como allá estaba en una dinámica que estaba todo

el día afuera, en contacto con personas y acá encerrada en una casa, que podía perfectamente salir, pero yo con mis miedos a perderme o de no conocer, también me encerraba yo.

Y a mí el trabajo me da energía, así lo siento, igual que ahora por ejemplo cuando estoy en casa, digo yo necesito salir un ratito como para mí, así sea mi trabajo o lo que sea, pero si necesito como ese espacio para mí, no podría estar todo el día en mi casa por ejemplo, soy una personas que no pueden estar todo el día en su casa, si bien yo tengo cosas, hago cosas en costura por ejemplo, y me gusta y si tengo ese espacio en mi casa solo para mi genial, pero si tengo que estar en casa yo que sé cocinando, limpiando, no, necesito salir.

Y buena, acá empecé con suplencias. Una compañera me pasó el teléfono porque estaban pidiendo, ella se enteraba porque estaba terminando magisterio, y viste que acá es muy cerca, entonces se ve que deben haber puesto el teléfono, antes se estilaba poner en magisterio algunos teléfonos, y creo que, de ahí, ella sacó el teléfono y me lo pasó, entonces yo llamé y me ofrecí para suplencias y ahí arranqué. Un día vine, se ve que gusté, porque yo acá estoy desde el 2008, o sea que desde que llegué estoy, pero al principio eran muy poquitos los días que tenía que venir, dependiendo de la gente que faltara, que era lo que cubría, no era fijo, por ejemplo, una semana trabajaba un día, en dos meses trabajaba otra vez.

Y después, al año siguiente me llamaron para compartir el grupo con otra educadora de dos años acá, y yo estuve trabajando juntas, después estuve, al año siguiente, sola con un grupo de dos, y ahí arranqué a trabajar acá después tuve tres años al siguiente año y al otro año creo que tuve al grupo de dos años compartido con otra educadora. Trabajé ese año, como no me dijeron nada, empecé a buscar, y ahí trabajé en un privado un año, que me quedaba lejísimo.

Allá tenía un familístico, acá era un grupo solo de dos años o de tres, allá tenía tres, cuatro y cinco años y un grupo de 30 niños sola, era un montón, y aparte planificar para las diferentes edades, porque no es lo mismo, y ahí estuve un año y me llamaron y me preguntaron si estaba trabajando y les dije que sí porque ya había empezado a trabajar ahí, y ese año quedo, y les dije bueno pero si quieren el año que viene, estoy disponible, y dejé abierta esa puerta, resulta que sí, cuando me llamaron, les dije sí sabes que sí, y ahí me vine y seguí con tres hasta que se fue la maestra coordinadora, y me ofrecieron las horas de maestra coordinadora, y ahí estoy trabajando, no sé desde cuándo.

A O la tuve en 2016, a los 36 años. Ya estaba en la coordinación. Ya hacía muchos años que estábamos juntos y en realidad, yo sentí que ya era el momento de tener hijos, de haber ya postergado mucho, porque si era por mi compañero, ya hubiera sido padre hace mucho antes, pero yo no sentía que era el momento, porque estaba como muy a flor de piel con el laburo, estaba perfeccionándome, terminando cosas que había empezado, entonces me focalicé en terminar, y sentía que quería disfrutar más de la pareja, era como un combo, entonces cuando estuvimos de acuerdo los dos, dijimos es este verano el momento, y fue ahí que quede embarazada.

Por parte de las dos familias había mucho presión, sobre todo de mi familia, porque es la primer nieta entonces había mucha presión siempre y yo creo que también fue cuando aflojaron ellos porque ya de tanta insistencia le decíamos que era el momento que

nosotros quisiéramos ser padres, no era algo que iba a ser, entonces creo que cuando ellos aflojaron nosotros dijimos bueno ahora es el momento, sí porque había mucha presión si, y también por amigos, mira que hay amigos que también tienen familia, tienen hijos y también era, che y ustedes para cuando, bueno ya va a ser el momento, ahora no, pero si, es un temita, la maternidad y la paternidad es un temita, interfiere en todos, pero bueno.

Antes de buscar, yo estuve un año cuidándome, haciendo dieta, estoy más gordita ahora, pero estaba muy flaca como cuidándome para recibirla, si me hice muchos controles antes, estaba todo bien, entonces es también, fue consciente, fue algo buscado consciente siento yo, y tuve un embarazo divino, ella nació bien, soy un poquito así, organizadita.

El primer embarazo lo viví con mucha incertidumbre en algunos momentos fue como una extensión de lo que hacía en el trabajo, pero con más responsabilidad ¿no? porque es tu hija, acá estas cuatro horas con los gurises y tratas de que sea lo mejor posible para ellos y tratando también de transmitir cosas, entonces, es totalmente diferente, porque desde que te levantas hasta que te acostas estás transmitiendo entonces es más responsabilidad, y de hecho así lo tomamos con H, porque ante alguna duda que consideramos ver que es lo mejor para ella y que le conviene, siempre lo estamos hablando y discutiendo antes, y en esto por suerte llegamos a acuerdos siempre y sino tenemos que remediando entre los dos, en eso si digo yo pienso que lo estamos haciendo bien. Por haberlo postergado, yo creo que hay cosas que no hubiera sabido resolver antes, más joven, que ahora, por ejemplo, si tiene fiebre salir disparando para un médico, bueno no, tiene fiebre, vamos a bajarle, vamos a poner un pañito y si no baja entonces sí. Ese pánico, que yo siento que algunas familias jóvenes lo tienen, y tenemos tiempo para leer cosas, vamos informándonos, y después, vas filtrando, muchas cosas de las que lees vas filtrando.

Fue la primera nieta hasta el año pasado, en setiembre, nació un sobrino por parte de mi hermano, que también se entera dos meses antes de tenerlo, entonces fue muy movilizante, estuvo con una muchacha, quedó embarazada, y ella le dijo dos meses antes de tenerlo y nos cayó esa noticia a todos, igualmente fue bien recibido en casa, igual el niño, él decidió reconocerlo y hacerse cargo de ese niño, de mi sobrino, cosita que no tiene la culpa, hubo un buen recibimiento, de hecho en mi casa están chochos con su nieto, pero si ahora es el segundo nieto.

Al ser mi hija la primera nieta, mi madre como que extrema los cuidados, digo nosotros íbamos a la casa de mis padres cuando íbamos en vacaciones y tirábamos un colchón en el piso y dormíamos, y cuando voy embarazada, mis padres me dieron su cuarto, es como de cuidado me parece a mí, de hecho, ahora cuando hemos ido también con O, mi padre también, mi padre el vínculo con H cambió mucho y hubo también otro acercamiento viste, yo que sé, también juega la edad, mi padre fue como muy serio, las rutinas, las creencias de antes, y se fue como amoldando mucho y hay cosas que vos lo ves que no lo hacía nunca antes, y que ahora será por la edad, influye mucho eso también, pero si hubieron cambios, en mi casa, porque mis suegros ya son abuelos hace rato, y ya tienen nietos adolescentes entonces lo siento más desde el lado de mi familia.

En el trabajo, yo me pedí licencias todo lo que pude para estar con ella, y siempre fueron licencias médicas, siempre fue avisado acá y creo que nunca hubo problema, porque siempre estaba mi otra compañera, que sí hace el mismo rol que yo, si estuvo sobrecargada, y estuvo sobrecargada bastante y cuando llegue me acoplé bien, con

muchas ganas de trabajar, no, siento que se pudo sostener desde acá esas licencias, porque yo arranqué a trabajar con los 8 meses de O que yo tendría que haberme reintegrado a los 3 meses, o sea que estuve 5 meses pidiendo licencias, viste, y ta después lo que si me angustió un poco fue dejarla en el jardín, que yo fui la que me encargue de buscar un jardín que estuviera habilitado, que me sintiera cómoda, que fuera cerca, y lo encontré, H también confió en mí también en el lugar donde íbamos a dejar nuestra hija, igual fuimos los dos juntos a hacer las entrevistas, pero ese momento fue muy angustiante, porque sentía que era muy chiquita, sí era lo que queríamos, no queríamos pagarle a ninguna persona que fuera a casa o dejarla en una casa, consideramos que la educación, que tuviera contacto con otros niños siempre, por una cuestión de creencia de que es lo mejor para ella, en esto de pagarle una persona a que fuera casa y no estimularla eso me generaba más angustia, lo hablamos con H y llegamos los dos a acuerdo, en eso siempre no hubo ningún problema, llegamos a acuerdos, siempre estuvimos en eso bien, y como me quedaba cerca, eran dos días que iba nomás al jardín, así que era los días que yo la traía y la llevaba, no fue tan grave.

Disfrutaba mucho el venir a trabajar, disfrutaba mucho, era necesario ya, era raro porque tenías esa sensación de que está buenísimo de que ella vaya, pero a la hora de dejarlo tenía muy bien armado la cabeza, pero lo emocional jugaba también, te daba una cosita dejarla tan chiquita, era una bebe, una bebe entonces como que ta, pero bueno, y el año pasado también hizo el jardín ese, y este año está haciendo acá, hay dos días que viene conmigo y se va conmigo y hay dos días que viene con el papá y se va con el papá, en eso tratamos siempre con H de organizarnos, mitad, mitad.

También vino mamá cuando nos mudamos, estuvo como un mes entero con nosotros y siempre contamos con el apoyo, si alguien tiene que venir de Salto a darnos una mano o pasear la que siempre viene es mamá y que yo también me siento más tranquila por las condiciones en que esta, mi suegra que está más, siempre está como más enferma, los huesos yo que sé, mi madre es como la más ágil en eso y que nos puede dar como más la mano viste con O, sobre todo, que tiene dos años y media, es chiquita.

Y de perspectiva a futuro, si fuera por mi seguiría por ejemplo trabajando acá y vería donde O, o sea cuando terminé Borocotó, yo estoy pensando el año que viene cuando cumpla tres, este año cumple tres, pero el año que viene egresa de acá entonces pensando en función de ella a mi lo que me gustaría es seguir acá, pero si soy consciente de que tenemos una hora y media casi, una hora 20 de ómnibus. Todos los días, entonces la idea es trasladarnos para allá, porque ella está quedando más grande, los vínculos los está haciendo aquí, y ella vive allá, entonces es como contradictorio por ella, en función de ella vamos a tener que modificar nuestros trabajos, seguro, y eso me genera un poquito de tristeza, porque yo acá estoy cómoda,

Hay otros centros CAIF allá, claro, pero no es lo mismo, porque B es diferente, es totalmente diferente a otros CAIF y la impronta, la metodología, la forma de trabajo, sé que es diferente, entonces eso es lo que me genera un poco más de tristeza, y bueno lo vamos a hacer por ella, igual que H, desde que se mudó a Montevideo está trabajando en los mismos lugares y también sé, que no lo dice, pero le genera un poco de nostalgia o lo que sea, pero si vamos a tener que modificarnos eso porque ta, nos pasa a nosotros, conocemos muy poca gente del pueblo, y la gente que conocemos también es de gente

que las vemos en el parque cuando llevamos a O a jugar, es muy poca la gente que conocemos, tenemos un amigo allá, que por eso es que fuimos a vivir a allá, pero es como ir a dormir y ya, no queremos eso, yo que si se invitara a un amigo a jugar O, ahora para allá y sino es que venga a jugar acá y esperarla en algún lado para que juegue con sus amigos, es como muy loco, si es muy pesado y aparte, H tiene otra movilidad porque él maneja entonces en el auto es otra movilidad, yo no manejo todavía, porque me da un poquito de miedo, entonces, igualmente más allá después de que hayamos organizado de que yo pueda manejar y eso es medio loco, es medio loco vivir allá y trabajar y vivir acá, los dos lugares, entonces, la idea es como modificarnos, pero bueno, yo trato de no pensar mucho en eso, es lo que pensamos ahora también, por ahora es lo que planificamos

Ay, para mí, la adultez, como lo siento, es de responsabilidad, ya a esta altura es responsabilidad con otros, porque antes era una responsabilidad que asumías para vos pero ahora ya hay otro en juego, por ejemplo mi hija, lo pienso en mi hija, no en H obvio porque él también es adulto, pero lo siento con, siento como eso una responsabilidad y viendo un camino recorrido, y de poder transmitir también ¿no? a otras generaciones nuevas porque yo te digo esto porque justo me toca ahora que mi hermano fue padre y es muy joven, y entonces vuelco la experiencia que tuve, lo volcás a otros, así lo siento.

Pensar en la adultez desde mi experiencia, es movilizante ¿no?, porque digo haces como un recuento de todo lo que viviste, es eso, es movilizante, por el recuento de lo vivido y disfrutado, lo siento así, de la vida que tuve de cómo la tuve, la disfrute, lo bueno, lo malo, si fue un crecimiento. Creí de pensar casarme, tener un hijo, o sea, un crecimiento de venir a vivir a un lugar que no conocía, a no estar casada porque no estoy casada, hacer todo lo que había planificado cuando adolescente, por ejemplo, que ahora en la adultez no la hice, salvo tener un hijo, romper esquemas. Es una historia que la hice yo, no seguí patrones, y tampoco trato de seguir esos patrones con mi hija, por ejemplo, en esto de bueno de ver que es lo mejor para ella, ¿ponerle caravanas es bueno, es malo?, ¿me entendés?, desde ese lado.

Berenice
42 años

Tengo 42 años. Cambié de trabajo en marzo a la dirección nacional de minería y geología. A una división dentro del Ministerio de Industria, yo estoy como administrativa, concursé el año pasado y empecé este año. Pero profesionalmente soy otra cosa, yo soy bióloga, hice una licenciatura y después, una maestría, trabajé muchos años en facultad de ciencias hasta que después me llamaron para trabajar en una empresa minera y después mi vida agarró otros rumbos porque dentro de la biología me especialicé en paleontología, es un área donde tuve que hacer muchas materias de geología y bueno, a raíz de un contacto me llamaron para trabajar en una empresa minera y trabajé en dos empresas mineras hasta que la segunda cerró y ahí me mandaron a seguro de paro, estuve un año desocupada y buscaba trabajo en cualquier cosa, porque necesitaba trabajar y buscaba en lo que fuera. Y bueno, estuve un año sin trabajar y lo primero que conseguí después de eso fue en un

hogar de ancianos, como coordinadora del área médica, o sea, que mi vida agarró otros rumbos.

Desde chica siempre me gustaron las ciencias y me gustaba mucho la biología, empecé la carrera con la idea de hacer genética, después, mi idea fue cambiando, trabajé muchos años en facultad, pero el sueldo era muy bajo. Cuando me surgió esa posibilidad de ir a una empresa minera que era mejor pago, si bien me costó mucho en su momento tomar la decisión de dejar la facultad porque le había dedicado muchos años a eso, en cierta manera fue un alivio, porque acá la facultad es complicada, el egresado de la facultad de ciencias casi siempre trabaja en la propia facultad, hay pocos lugares afuera para trabajar. Y la carrera académica es complicada, muy competitiva, son muchas personas concursando para pocos cargos, y no había mucha posibilidad de acceder a un cargo efectivo. Yo estaba en proyectos de investigación de corta duración, eran por un año o por dos, y después que se terminaba el proyecto era la agonía de ¿y ahora qué hago? ¿ahora que viene? Me costó en su momento tomar la decisión, pero después me sentí bien, de cierta manera aliviada, de haber salido de ese ambiente así.

Mis padres no estaban muy contentos con mi decisión de carrera porque es una carrera poco tradicional acá. Mi padre era abogado y mi madre ama de casa. Y yo vengo de una familia donde hay muchos médicos, muchas carreras tradicionales, mi hermano mayor es abogado, después el segundo es médico, el tercero no hizo carrera profesional, terminó el liceo y no siguió estudiando. Entonces veníamos de carreras muy tradicionales, mucho no les gustó, más que nada cuando dije que me iba a dedicar a paleontología, cuando yo entré con la idea de hacer genética, si bien no era una carrera muy tradicional, les gustaba la parte de genética, pero cuando yo dije que iba a estudiar paleontología, no entendían nada. Pero bueno, uno es responsable de sus propias decisiones.

En la licenciatura en biología, los tres primeros años son iguales para todas las orientaciones y en cuarto, te tenés que especializar, yo hice la especialidad, me recibí ya trabajando en la cátedra de paleontología y después hice mi maestría en la cátedra de paleontología.

En el medio pasaron muchas cosas, por ejemplo, un divorcio de mi anterior pareja, cuando me separé yo abandoné la tesis, después la retomé, me costó mucho terminar la tesis de maestría, pero la quería terminar. Si bien yo ya no estaba trabajando en facultad, yo ya me había desvinculado, no me gusta dejar las cosas a medias, y ya había hecho casi todo el trabajo de campo. Era sentarme a redactarla. Me llevó mucho tiempo, pero logré terminarla. La defendí y bien.

Mi primer trabajo como moza de un restaurante a los 21 años, durante la universidad. Ya estaba grande, quería tener mis ingresos y bueno, me metí en un restaurante que trabajaba los fines de semana, viernes, sábado y domingo, cosa de poder seguir con la facultad. En ese momento, me bancaba todos mis gastos y también me permitió ahorrar para un viaje a Chile que quería hacer. A mi padre no le gustó nada de que yo trabajara de moza, nada le gustó en su momento, por esa cuestión de "ay ¿cómo mi hija mujer va a trabajar de moza?" yo que sé, esos prejuicios de los padres no sé, machismo, no sé cómo llamarlo. Pero bueno, se la tuvo que bancar. Un año trabajé ahí. No me gustaba mucho el ambiente, al principio la llevaba bien, después ya se acercaba el viernes y yo ya me empezaba a

sentir re mal de "uh tengo que ir al restaurante". Era un ambiente medio complicado había como muchos problemas internos entre las mozas, entre las encargadas de cocina.

Después de ahí yo trabajé en un shopping de vendedora de un local de venta de mochila y artículos de camping. Trabajé ahí unos meses y después ya empecé en la facultad, a trabajar en la facultad. Al principio estaba como honoraria, después sí tuve un trabajo o un grado 1 por proyecto de investigación, hacíamos muchas salidas de campo me gustaba mucho, ganaba poco, esa era la contra. Pero fue una experiencia muy buena, aparte vino el que después fue mi tutor de maestría y me dice "tenemos un trabajo para ofrecerte", lo tomé muy bien, me gustó mucho, fue como un reconocimiento a todo el esfuerzo.

En ese momento, yo estaba en pareja con mi ex marido, que era biólogo, nos conocimos en la facultad, yo estuve de los 20 a los 30 con él, desde el 96' al 2006. Después nos separamos en el 2006 y al año, en el 2007, conocí a mi actual pareja, al papá de mi hijo. Con mi ex pareja sí estuvimos casados, con mi actual pareja no, convivimos desde hace más de 10 años, pero sin casarnos. Con mi ex me casé a los 28 años.

Estuve un tiempo en Chile porque él estaba haciendo un doctorado en Chile. Entonces íbamos y veníamos, también vivíamos un tiempo en la casa de los padres de él. Fue ahí que salí de casa de mis padres, para mí fue natural. No fue nada difícil. Mis padres de hecho estaban separados ya, sí, estaban separados. Mi padre vivía en su casa, yo vivía con mi madre y se dio muy natural, porque yo ya hacía tiempo que me quedaba en la casa de mis suegros de ese momento.

Yo me casé legalmente a los 28. De hecho, este apartamento lo compré cuando yo tenía 24 años con mi ex pareja, pero, cuando nos entregaron la llave llegamos a vivir un mes no más acá, porque a él se fue a Chile a hacer el doctorado y lo pusimos en alquiler, para que se fuera pagando la cuota. Y ahí fue que después que estábamos yendo y viniendo y el tiempo que estábamos acá, vivíamos en la casa de los padres de él, fue media rara esa parte de mi vida que iba y venía.

Ahí, estaba en facultad y unos meses que estuve en Chile, yo estaba con la beca de la maestría, estaba haciendo la maestría, que también aproveché a hacer un trabajo en el museo de historia natural de Santiago de Chile, también aproveché el tiempo que estaba allá en eso.

Después entré en la empresa minera en el 2006, yo ya me había recibido hacía muchos años, sí. Estaba con la maestría, la maestría sí la terminé después, en el 2009. Yo en el momento del divorcio, estaba trabajando en una empresa minera, en la primera de las dos que estuve, en ese momento estaba bien yo económicamente, que eso estuvo bueno que justo eso me pasara en ese momento, porque me podía mantener yo sola, si me hubiera pasado en otro momento de mi vida no me podía mantener sola.

Nos separamos porque él estaba con el doctorado y le ofrecieron cosas allá en Chile, como para quedarse allá y la idea que teníamos era otra. Y fue un desgaste ahí natural de la pareja. En ese momento teníamos este apartamento alquilado, después que se fue la inquilina, resolvimos que yo me quedaba en el apartamento, le pagué a él lo que le correspondía de su parte y me quedé acá. Ahí viví un año sola, hasta que conocí a mi actual pareja. Y al tiempito él se mudó conmigo.

Al principio fue bastante triste porque yo recién me había separado de mi marido, de hecho, hubo un par de meses que me fui a vivir con mi madre por la angustia que yo tenía. Y ahí estaba en un apartamento en el centro. Este todavía estaba ocupado, por la inquilina. Estaba viviendo en el centro, que era un apartamento de mis ex suegros. Cuando este se liberó a los meses yo les devolví aquel apartamento a mis ex suegros y me vine para acá en setiembre del 2007. Y después de la separación los primeros dos meses yo estaba muy mal anímicamente y me fui a vivir con mi madre, porque no estaba en ese momento como para vivir sola. Y mi madre fue terrible apoyo, la verdad que me vino bien estar con ella en ese período, pero igual yo sentía esa necesidad de estar sola, porque uno cuando se independiza quiere estar solo, quiere sus cosas, sus ritmos, le dije "bueno mamá"... algún día a la semana yo iba a dormir allá en el centro, hasta que a los dos meses le dije bueno mamá yo ya estoy mejor, ahora me vuelvo para mi casa, me volví para allá para el centro.

Me pesó el divorcio también porque me parece que la sociedad te juzga por el hecho de haberte divorciado, yo lo sentí así. No me acuerdo de alguien específico, pero es como que "ah si sos divorciada", "¿por qué te divorciaste? ¿qué habrá pasado? que..." como que, yo creo que al día de hoy todavía se juzga un poco a la persona divorciada.

Fue una separación muy dolorosa. Muy dolorosa. Pero bueno, salí adelante, salí adelante. En su momento para mí, fue el fin del mundo, pensé que nunca más me iba a volver a enamorar, todo dramático, pero salí adelante conocí a A, nos enamoramos y formamos una familia.

Decidimos tener hijos al año y medio de estar juntos. Una cosa así. Lo que pasa es que no fue tan fácil, tuve que hacer tratamientos por diferentes motivos. Yo siempre quise tener hijos, me hubiera gustado tener más, pero bueno, no se pudo.

Nosotros empezamos a buscar el embarazo y como no se lograba naturalmente, ahí consultamos a los médicos y los especialistas nos mandaron a hacer los estudios del caso y ahí se detectó cuál era el problema. Y nos dijeron cuál era la posible solución y enseguida resolvimos hacer el tratamiento y tuve la suerte de que quedé embarazada de entrada.

En ese momento, lo viví bien porque funcionó de entrada, o sea, pasó poco tiempo en realidad, desde que se detectó el problema hasta que quedé embarazada, pasaron pocos meses. Lo que sí sufrí cuando fue cuando buscamos al hermanito, que el hermanito nunca llegó, hicimos varios tratamientos y nunca más. O sea, sí, quedé embarazada y lo perdí, pero después nunca más logramos otro embarazo, hasta hace poco que lo intentamos por última vez. Entonces el embarazo de L fue divino, fue soñado, quedé embarazada enseguida, un embarazo bárbaro, nació él super sano, divino. Lo sufrimos más con la búsqueda del hermanito que nunca llegó.

En el trabajo, fue complicado porque yo no quería decir en mi trabajo lo que estaba haciendo, entonces tenía que inventar excusas de porque llegaba tarde o porque tal día falté, porque los tratamientos cuando son de alta complejidad tienen muchas etapas y no te queda otra que llegar tarde al trabajo o faltar.

No quería decir porque era algo muy personal, ni siquiera a mi familia le quería decir yo cuando estábamos inmersos en ese tratamiento. Aparte la gente, sin darse cuenta, pero a veces opina y, a veces no está bueno. La primera vez que buscamos al hermanito de Lucas

lo dijimos, estaba todo el mundo muy expectante y todo el mundo decía "ay, vas a quedar enseguida, si con L quedaste de entrada embarazada, esto va a ser una pavada" y después no fue una pavada y tener que decir que no, que no había funcionado. Y después la gente se pone ansiosa ""¿y?" no sé qué y, viste, para evitar todo ese tipo de cosas directamente no decíamos.

Con el embarazo de L yo ahí estaba en otro trabajo cuando hice el tratamiento, sí ahí le dije a un par de compañeras lo que estaba haciendo, pero no a mi jefe. Y cuando quedé embarazada sí, fue una gran alegría para mis compañeras que me apoyaron en el tratamiento, era otro ambiente de trabajo al que estuve después que hice los otros intentos que era totalmente diferente. Mis jefes eran muy particulares y yo nunca les dije en lo que estaba metida.

Eran muy especiales y yo no me sentía cómoda con ellos y no quería decirles. Me parecía que era algo muy personal, que no tenía por qué decirlo y las veces que tuve que faltar trataba de presentar un certificado médico y no tenés porque decir cuál es el problema médico por el cual vas, y trataba de ampararme en eso.

Los geólogos de Uruguay no alcanzaban, tenían que traer geólogos de otros países Brasil, Argentina, Chile. En ese momento estaba muy bien la minería acá. La primera empresa minera que yo estuve del 2006 al 2010, yo estuve los primeros tres años trabajando en una oficina acá en Montevideo, pero el último año me mandaron a Minas de Corrales que es en el departamento de Rivera, donde estaba la mina mismo. Y ahí yo tenía un régimen de trabajo que era medio complicado, yo trabajaba de 9 días en la mina y venía 5 a Montevideo. 9 allá y 5 acá, entonces era complicado como que iba a trasmano del resto del mundo y ahí era cuando queríamos tener una familia y en ese ritmo, en ese régimen de trabajo era imposible formar una familia y yo ahí me conseguí trabajo en la otra empresa minera que era un trabajo acá en la oficina de Montevideo.

Tener hijos se dio naturalmente, estábamos bien juntos y como que era un paso que los dos queríamos dar, formar la familia. Empezamos a buscar en el 2009, yo tenía 33 años, cuando empezamos a buscar. Después el embarazo, quedé embarazada a los 34 y él nació cuando tenía 35.

Y después de tenerlo, fue un cambio de vida importantísimo. Además, yo me quedé sin trabajo cuando Lucas tenía 1 año y poquitito. L nació en el 2011, yo me quedé sin trabajo en 2013 y recién conseguí trabajo en febrero del 2014, estuve un año trabajando ahí y después conseguí en mi anterior trabajo que era como administrativa en una empresa de equipamiento gastronómico, ahí estuve 4 años hasta que entré acá. Eso fue complicado.

Cuando nació fue divino. Ahí estábamos felices. Y ya te digo, nunca me imaginé que al año me iba a quedar sin trabajo, en ese momento. Y lo que pasa es que te cambia todo, porque tu prioridad pasa a ser tu hijo, es como que vos pasas a un segundo plano... No es que el resto de las cosas no tenga sentido, pero es como que tu prioridad pasa a ser tu hijo. Es medio difícil de transmitir, pero es un amor tan grande, tan grande que vos estas dispuesto a dar la vida por esa criatura ¿entendés? tu prioridad pasa a ser tu hijo.

Antes mi prioridad era mi pareja, mis amigos, mi familia. El trabajo no, era más valioso lo humano. Sí era muy importante el trabajo, pero no era mi prioridad.

En mi familia, no sé si me vieron distinto, depende de quién. Yo soy la menor de hermanos, y después vengo yo, que soy la única mujer y la menor. Mi hermano mayor, por ejemplo, me sigue viendo como una nena, no asume que tengo 42 años y que soy una madre, independiente. Él me va a seguir viendo como una nena siempre, es como una relación difícil que tengo con él. En parte porque tengo mucha diferencia de edad con mi hermano.

Mi padre lamentablemente falleció antes de que naciera L, eso fue como algo que me quedó atragantado, de que mi padre no conociera a mi hijo porque le hubiera encantado, la verdad que sí. Y para mi madre fue una gran alegría, fue como el nieto que... mi madre tiene 8 nietos, mi hijo es el menor de los 8 y tiene 7 años. Todavía no los cumplió, los cumple en diciembre. Y a mi madre fue como que la lleno de vida L, porque ella justo estaba pasando una etapa complicada de salud y emocionalmente, y como que el nacimiento de L la llenó de vida.

Yo con mi madre tengo momentos que me llevo bien, otros no tanto, cuando convivíamos sí de repente discutimos, después que me fui de mi casa como que las discusiones bajaron, se hicieron más esporádicas ya raíz de L no hemos tenido grandes problemas.

Para la pareja, el nacimiento de L fue divino para los dos, fueron maravillosos los primeros años, después A, mi marido, empezó a tener unos problemas en su trabajo que a él lo afectaron mucho, y como que él cambió un poco y pasó a estar medio ausente y a mí eso me empezó a doler, ver que L le decía "papá, papá, papá" miles de veces y A estaba en otro mundo y como que no le daba mucha bola en ese momento. Eso ahí me empezó a chocar, a jorobar un poco. De hecho, pasamos una crisis a raíz de eso, también fue una sumatorio de cosas ¿no? Los trabajos... Yo perdí mi trabajo, después él empezó a tener problemas en su trabajo, después el tema de estos tratamientos que yo te dije que tuvimos varios que no logramos el resultado que esperábamos también afectó. Fueron varios duelos que fueron afectando, haciendo mella en la pareja y tuvimos una crisis importante a fines del 2017, que estuvimos separados unos días, 45 días separados estuvimos, que él se fue a la casa de los padres allá en Progreso, yo me quedé acá con L. Y después por suerte hubo reconciliación y lo charlamos bastante, incluso fuimos 1 año a terapia de pareja y pudimos volver a estar juntos y bien.

Y quedarme sin trabajo para mí, fue duro, porque perdés esa independencia económica. Para mí era terrible, tener que pedirle plata a él para comprarme algo ¿entendes? ¡Era espantoso! Yo era independiente. Siempre fui muy independiente, entonces perdés esa independencia, tener que pedirle a él plata para algo. Tuve unos meses de seguro de paro. Pero pasaron esos meses y yo seguía sin conseguir trabajo. Tenía lo del despido guardado, pero trataba de tenerlo ahí como reserva porque yo no sabía cuánto tiempo iba a pasar hasta conseguir mi próximo, mi siguiente trabajo. De hecho, estuve un año desocupada, me costó conseguir, no fue fácil.

Aproveché para hacer unos cursos que te da INEFOP cuando estas desempleado, hice los cursos de gestión de calidad y estaba enfocada en la búsqueda de trabajo. Y aparte L era chiquito, tenía 1 año y pocos meses, yo tampoco podía agarrar cualquier cosa, porque cambiaba mi sueldo por el de una niñera, fue medio complicado. Y bueno después que conseguí un trabajo horrible, el primero que conseguí, en un hogar de ancianos. Yo que sé, montón de detalles que hacían que yo estuviera a disgusto, cosas que a mí no me

parecían correctas que yo no estaba de acuerdo. Y me banqué un año y ya después no pude soportarlo más. Renuncié y a los días empecé en la empresa que estaba antes que era la de equipamiento gastronómico, ahí estuve 4 años y después ya empecé en el trabajo actual.

Con L nos arreglamos así. Tenemos una niñera que nos ayuda con L, porque L va a un colegio que va a doble turno, pero igual él sale a una hora que nosotros no estamos en casa todavía. Entonces viene en camioneta y está una niñera un rato hasta que yo llego. Bueno ahora trabajo menos horario, pero hasta marzo de este año yo llegaba a las 7 de la tarde a mi casa.

Sí del equipamiento gastronómico, yo llegaba a las 7 siempre, todos los días. Y era complicado porque bueno, lo veía muy poquito a L, yo ya llegaba a ver que hacíamos de cenar o a veces la niñera cocina porque le gusta cocinar, si nosotros le dejamos las cosas ella cocina. Entonces era bueno, este, y si no era ver que hacíamos de cenar y ya que cenara, bañarse y acostarse. Prácticamente yo llegaba para esa rutina ¿entendés? porque como él va muy temprano a la escuela y va todo el día se tiene que acostar temprano. Entonces yo ya llegaba a meterme en esa rutina, cena, baño, dormida. Trabajaba 9 horas por día y además tenía una hora para venir, una hora de ida y una hora de vuelta. Yo estaba 11 horas fuera de mi casa.

El año pasado fui concursando por este llamado, sin decir nada en mi trabajo, y cuando me llamaron, firmé contrato el 28 de febrero y ahí al otro día yo fui y renuncié. Y estoy contenta. No tiene nada que ver a lo que yo hacía antes. Porque yo en las empresas minera lo que hacía era como un ayudante de geólogo, procesaba la información de los geólogos traían del campo, hacía mapas, trabajaba en base de datos. No, el trabajo que yo tuve en las empresas mineras me encantaba. Eso sí. Nada se compara a eso. Fue el mejor trabajo que tuve, los de las empresas mineras, eso fue lo mejor. Pero bueno, esto es lo segundo mejor por decirlo de alguna manera. Si bien no es algo que me fascine la tarea en sí, gané en calidad de vida porque trabajo menos horas, tengo todos los feriados libres, tengo beneficios de empleado público, económicamente estoy casi igual que el trabajo que yo tenía antes, pero gane en esa característica. Económicamente nunca llegué a igualar al sueldo de las empresas mineras, ahí fue donde gané mejor. Nunca llegué a equiparar eso. Pero bueno, ahora estoy muy bien y gané ya te digo en esos aspectos.

Aparte la estabilidad también. La seguridad que tenes. Salvo que pase algo muy raro sabes que el trabajo lo vas a mantener. Yo en la empresa que estaba antes, en ésta la última, la de equipamiento gastronómico ya era una empresa que se venía achicando, ya habían cerrado el segundo local. Yo no sé, no sé cuánto tiempo más va a durar esa empresa.

Y voy a seguir ahí, yo ya creo que de acá me jubilo.

Ser adulto trae aparejado muchas responsabilidades. Pero bueno, también se tienen muchas satisfacciones ¿no? el ser independiente, el formar una familia, todo eso te da mucho.

Algo que sí noté fue ya más grande, a los 40, yo dije "no, los 40, un año más, un año más ¿qué tiene de especial?" Sin embargo, no sé si fue coincidencia o no que me pasó que a los 40 dije "ta, de ahora en adelante hay determinadas cosas que no las voy a tolerar más", como que puse ciertos límites en relaciones familiares más que nada. Se me agotó la

paciencia para determinadas cosas, ya elijo con quien pasar mi tiempo, en eso cambié un poco, dije "ya tengo 40, ya estoy en la mitad de mi vida", como que decidí en ese momento que yo era dueña de mi tiempo y yo elegía con quien pasarlo y tenía que poner ciertos límites en algunas cosas. Sí me pasó eso. Por ejemplo, en ciertas relaciones familiares, algunos conflictos o cosas que antes yo tenía más paciencia y permitía, dije "no, no, ¿por qué? hay cosas que no las puedo permitir más". Creo que fue la edad, la experiencia de vida, no determinada actividad o no, la experiencia de vida que uno va ganando con los años. Más que nada eso. Estoy pensando en mis hermanos principalmente. No, no sé si lo manejé de la mejor manera, yo capaz que tendría que haber conversado algunas cosas de diferente manera.

Ya te digo, capaz que de afuera no se percibe lo que es ser la menor de 4 hermanos y la única mujer, pero, el que lo vive, ta, cada familia es un mundo ¿no? Cada experiencia de vida es diferente, pero, en mi caso no fue tan fácil ser la menor después de 3 varones. Yo, desde que tengo recuerdo deseaba tener una hermana mujer con la cual hacer equipo, con la cual congeniar, porque yo era...yo contra ellos ¿entendés? Éramos como...y yo no tenía a nadie de mi lado ¿entendes? Era difícil.

Mi hermano mayor me lleva 12 años, después el segundo me lleva 10 y el tercero me lleva 7. Claro, hay bastante diferencia de edad, que capaz que de afuera uno piensa "ay es la mimada de la familia, la chiquita", no, no, no es tan así. Somos los 4 muy diferentes, pero el mayor es como muy sobreprotector en algunas cosas, siempre está pendiente de sus hermanos menores todo el tiempo, pero llega un punto que es como demasiado y no se da cuenta hasta qué punto se mete demasiado en la vida de los demás.

Me hizo un clic como de decir "no, hasta acá llegué" mi paciencia en determinadas cosas se agotó, no voy a seguir tolerando estas cosas, aparte sí, a raíz de algunas discusiones que hubo por una enfermedad de mi madre que, si bien los 4 nos ocupamos de ella, por suerte, porque a veces pasa que "ah, no, vos que sos mujer ocupate vos", yo sé que pasa mucho.

Por suerte mis hermanos en eso no, ellos se ocupan, nos dividimos. Mi madre ha estado varias veces internada, y tiene un servicio de acompañante, pero el servicio de acompañante tratamos que vaya durante el día porque nosotros todos trabajamos y nosotros vamos y nos quedamos de noche con ella. Entonces nos turnamos, una noche cada uno, bueno, y en ese sentido esta bueno que seamos varios y que todos estemos presentes. Pero igual, pese a eso, hubo ciertas discusiones y eso a mí me marcó mucho y me hizo poner ciertos límites y poner alguna distancia.

Carolina
31 años

Soy de Montevideo, viví en el exterior también, pero de niña. Mi madre es diplomática y mi padre es comerciante. Él vivió separado. Nunca se casaron. Él siempre vivió en Argentina, y yo siempre viví con mi madre. No siempre viví en Uruguay. Yo llegué de Sudáfrica, donde viví de los 11 a los 16 años, llegué a hacer el bachillerato acá. Llegué a hacer los últimos dos años del liceo. Y ahí como que yo tenía un poquito de desnivel en

matemática y en filosofía. Filosofía no había tenido, y matemáticas estaba como un año atrasado, por más que en Sudáfrica yo había tomado la materia como extra-matemática, una cosa así, sabiendo que estábamos un poco atrasados. Y bueno, y ahí en realidad fue que elegí la orientación humanística, porque un poco me asustaron cuando llegué acá con científico. Yo quería hacer en un principio arquitectura. Pero me aterraron un poco con la exigencia académica de Uruguay. Entonces hice eso. Yo que sé, siempre me iba más o menos bien con los números, pero elegí Humanístico. Y después, en quinto año de liceo, elegí orientación economía.

Volver a Uruguay fue más fácil que ir a Sudáfrica, porque ya era algo conocido. Sudáfrica era algo un poco más incierto. Y fui al final de los 90, entonces era un momento de libertad de las personas que antes capaz no, era la primera generación que fue educada en libertad. Claro, mi generación empezó en primero de escuela en el 94, que es cuando Mandela fue presidente. Pero volví a Uruguay. Y fue bastante más fácil que ir para Sudáfrica. Igual, bueno, mi madre me mandó a un colegio religioso de un muy buen nivel académico. Entonces era exigente académicamente. Socialmente fue difícil porque quizás era un poco más conservador de lo que yo estaba acostumbrada. Mismo en Sudáfrica, fui a un colegio como bastante progresista para lo que era ahí. El primer colegio en recibir chicos de todas las razas. Y mismo Sudáfrica, todo verde, precioso, y el liceo este era en el Centro, todo gris. Ahora Montevideo me parece una ciudad verde, igual, pero en ese momento cuando llegué y vi ese bloque de gris. Era un seminario de curas antes, imagínate.

El primer año, cuando llegas a un país a vivir, el primer año es más difícil obviamente. En la adolescencia extrañas a tus amigos y sos raro. Sos, yo qué sé, todos son raros. Todo el mundo es raro. Pero de a poco ahí me fui haciendo amigos. Acá también hice muchos vínculos con mis primos, que soy como la del medio, entonces tengo primos más grandes y más chicos.

Y acá había como otra libertad, por ejemplo, con respecto a salir a la calle, y todo eso, el uso de transporte público que allá no era una opción, la forma en que se mueven los jóvenes, ya que es relativamente seguro salir a la calle y estar en la calle, ¿no? Eso fue algo que me gustó también.

A veces pienso que tengo una visión de Uruguay que relativiza algunas cosas como esto de la cultura de la inseguridad, que de repente, acá viste los medios te mandan eso de que “¡Ay, es imposible salir, no se puede salir!”. Y salís, y sabes que no es así. Obvio me han robado, me han pasado cosas o distintas situaciones de violencia de género. Sucede obvio, pero no es cómo en otros países. Y después también, ahora, hay un poco más de diversidad cultural en Uruguay, con la inmigración y con la globalización, y con que ahora nos llega un poco más de información. Pero cuando yo fui a Sudáfrica, a finales de los noventa, no era así. Entonces cuando recién volví, capaz que eso fue en el 2003, todo era mucho más chato. Eso gris que yo veía en el colegio, existía en la ciudad en general. Después, el mundo cambió.

Terminé el Liceo a los 17. No sé, lo normal. Lo que debería, lo que el sistema propone que sea normal. Y después hice todo un viaje ahí de carreras. Empecé a estudiar Economía, no me gustó. Hice Relaciones Internacionales, no me gustó. Hice Marketing, Bellas Artes, no me gustaron. Hasta como a los 22, 23, me crucé con Gestión Cultural, que arrancaba en Uruguay en 2010, y dije “Bueno, esta es la última cosa que pruebo y si no, la carrera universitaria no es para mí”. Y probé y me gustó. Y me recibí en 2013.

Duré un mes en Economía. Hasta que tuve mi primera clase de matemáticas en la que me dijeron “¿Ustedes conocen las derivadas? Bueno, como los integrales, es lo mismo, pero al revés”. Y yo miré. Y esa fue la última clase que tuve, no volví más. Ya era tarde para anotarme a otra facultad. Pero mi madre se estaba yendo al exterior de vuelta y yo no me quería ir porque ya había viajado, ya quería quedarme un poco estable en algún lado. Hacía recién dos años y medio que estaba en Uruguay, o dos años, le dije que yo me quedaba. Y ahí me dijo “Bueno, pero si te quedas no podés no estudiar, tenés que trabajar” y ahí empecé a trabajar.

Primero, como acto de rebeldía total, con mi madre diciéndome que no iba a conseguir un trabajo así de fácil, al otro día estaba repartiendo volantes y animando cumpleaños. Para mí significó el poder decir libremente “no, yo no me voy, no me voy contigo a Italia”. O sea, yo no me voy, si a vos te parece que yo tengo que estudiar o mantenerme, lo que sea, sí me mantengo, obvio. Me quedo y hago lo que sea, desde repartir folletos o lo que sea. En mi caso igual tenía una estructura atrás que me lo facilitaba. Porque igual tenía una casa a donde ir, si yo con ese dinero hubiera tenido que pagar un alquiler o una habitación o lo que sea, hubiera sido mucho más complicado, pero por suerte mi familia me lo daba.

Eso de que yo nací acá, a los tres me fui a Argentina, a los 8 volví acá, a los 11 me fui a Sudáfrica, volví. Ya era como: “bueno, ahora quiero elegir yo y puedo, y ya está. Tengo 18 años, vos te vas, yo no”. Pero claro, era un poco también poner el límite por parte de ella. Tipo “Está bien, te querés quedar, pero no te vas a quedar; si dejas la facultad no es que te vas a quedar haciendo nada, algo tenés que hacer”. Es como algo medio de los dos me parece.

Y después al mes empecé a trabajar en un estudio contable, como cadete, de un tío. Y ahí estuve todo ese año. Ponele que eso fue en mayo. Y ahí estuve todo ese año hasta fin de año, que fui a pasar las fiestas con mi madre y dejé de trabajar. Y al año siguiente empecé otra carrera, relaciones internacionales.

También, en octubre del año siguiente, tuve mi primer trabajo así mío, buscado más por mí y no en el estudio de mi tío, que fue en Sabre, que es un call center de un sistema de reservas para aerolíneas y para aeropuertos y para reserva de hoteles y autos. Y el perfil de la gente de ahí era que fueras bilingüe. Estuve como un año y medio. Estaba muy bien remunerado para mi edad y la época. O sea, hoy no es tanto, pero eran entre 700 y 1000 dólares, variado según si agarrabas horas de nocturnidad o no. Yo no estaba muy segura de lo que estaba estudiando, y el trabajo me consumía muchísimas horas. Eran ocho horas, más una hora de ida y una hora de vuelta. eran como 10 horas ocupadas en eso. El ingreso significó tener algunas cosas propias. En el trabajo en Sabre me compraba, todos los meses, algo para mí, tipo, una ropa, unos lentes. Con mi primer sueldo me compré unos lentes de sol. En ese momento, era ahorrar para viajes que quise hacer, capaz que eran cosas más inmateriales las que más pesaban, pero bueno, sí, básicamente es eso, poder pagarse sus cosas uno, trabajar por sus cosas uno.

Y no era que las opciones de lo que ya estaba estudiando me apasionaban. De hecho, después de más grande, haciendo Gestión Cultural, por ejemplo, trabajé en un hotel que también era en Carrasco, y yo vivía y estudiaba en el Centro. Y eso era en Carrasco de las 3 de la tarde a las 11 de la noche. Entonces yo iba a la Facultad de mañana, almorzaba, me iba al hotel y llegaba a las 12 y poquito. Y a las 7 o 7:30 me levantaba para ir a facultad. Y eso sí lo hice. Pero ahí yo ya estaba en mi segundo año de facultad y ya sabía que eso era lo que me gustaba.

Cuando mi madre se fue, yo me quedé viviendo con mi abuela, pero mantenida por mi madre también. Porque cuando llegamos de Sudáfrica, ella se pudo comprar una casa, y eso lo alquilaba, y eso me quedaba a mí, para pagar mis cuentas, para comer yo. Así que, si bien físicamente no vivía con mi madre, mi hogar sí dependía de ella.

Y vivía con mi abuela, pero ella a veces se iba a Italia con mi madre unos meses. Entonces a veces vivía sola. La realidad era que vivía los 6 meses del invierno sola, y mi abuela se iba a quedar el verano allá. Y después en verano ella volvía, y a veces estaba y a veces se iba a la casa de mi bisabuela, que es en la costa de acá.

Era la primera vez que vivía tan independiente. Al principio lo más bien. Después con los años... porque ese como régimen, por decirlo de alguna forma, esa forma de vivencia, ese formato, duró los cinco años que mi madre estuvo en el exterior. De mis 18 a mis 23.

Entonces al principio estuvo bien, pero después entre toda esa crisis vocacional en que yo probaba carreras y dejaba, y no sabía lo que quería. Y eso de estar sola tan chica, tuve ahí como una crisis medio a los 21, 22, que creo que en gran parte se debió a un sostén emocional que creo que faltaba.

Creo que a todos los jóvenes les pasa igual. No a todos, pero a muchos les pasa de que sos muy chiquito cuando tenés que elegir la carrera. O cuando te dicen que tenés que elegir. Y yo por lo menos no sabía realmente qué es un trabajo. O sea, sabes lo que es el trabajo, pero no sabes realmente qué hacen en cada trabajo.

En esa etapa, yo me administraba súper bien. Había un entorno igual familiar con tías y tíos que apoyaban y eso. A los 19, estuve estudiando marketing y buscando trabajo y eso. Y sé animé un par de cumpleaños y cosas así, pero como más mi sostén económico era otro. Después ahí al final fue que entré a Sabre, que estuve como un año y medio. Ese tercer año no estudié, estuve solo en Sabre. Y el cuarto año empecé relaciones internacionales. Y dejé Sabre. Tenía tendinitis además de trabajar en la computadora y eso. Y dejé sabré. Y ahí empecé Relaciones Internacionales. Hice seis meses de la carrera y ahí fue que tuve esa crisis de ataques de pánico y dejé. Estuve seis meses sin nada. En eso fui a la psicóloga, no sé qué.

Ahí es cuando yo creo que tenía como una falta de contención de haber vivido tan chica sola, porque empecé a fumar mucho porro, me distraía, de repente estudiaba fumando. Lo peor que me pasó fue que me fue muy bien en un parcial habiendo estudiado fumando. No me tendría que haber ido bien, porque yo pensé “¡Ah fantástico! sirve, no pasa nada”. Y bueno, ahí se mezclaron las cosas. La libertad de tener 22 años y tener una casa propia; tener cierto ingreso fijo, que era muy poquito, pero era seguro, más allá que después yo laburé de alguna otra cosa como animando cumpleaños o yo qué sé, más allá de eso había una base como que yo tenía. Tenía a mis amigos todo el tiempo en mi casa, de los 18 a los 22 era la que tenía la casa sola, yo la pasaba bárbaro. Pero después... Yo creo que el consumo de marihuana fue un facilitador a tener los ataques de pánico, pero que en realidad fue algo como que hizo más evidente una situación que estaba ahí, que no estaba pudiendo manejar. Obviamente las drogas acentúan cualquier depresión, cualquier estado de ánimo. Entonces creo que estaba muy desorientada, estaba sola y sin un referente demasiado claro. Y con mucha presión. Mi madre me había dicho “Vos no me vas a visitar hasta que no termines una carrera universitaria”. Como que era mucho.

Después de esa crisis pude pensar un poco más acompañada en esto del qué hacer. Creo que a mí como a muchos otros jóvenes de clase media alta y con muchas

libertades, se les dificulta que las opciones son muchas. De hecho, cuando yo tuve esos ataques de pánico, mi madre vino y yo me acuerdo que ella me decía, era tipo, “¿qué quieres hacer?, ¿quieres ser artista? ¿quieres irte a estudiar a otro lado? o ¿qué quieres?” Y cuando las opciones son tantas, tantas, no sabes qué hacer, y creo que a mi generación un poco le pasa un poco eso, mi generación y dentro de un cierto círculo económico y educativo y qué sé yo. Yo hoy realmente puedo hacer lo que quiera, puedo estar acá o puedo irme a poner un chiringuito a una playa del Playa del Carmen y vivir de eso o irme a trabajar en un hostel a otro lugar y gozarme así. O podría también haber elegido, y lo puedo elegir, ser arquitecto o contadora o lo que sea, y está bueno. Obviamente prefiero la libertad de opciones a que me las acoten, pero es difícil de manejar, y creo que, si no hay una guía clara o una contención, eso lo dificulta. Y empecé a ir a la psicóloga, que sé yo, que me dijo que tenía una crisis de crecimiento básicamente, una adolescencia tardía capaz. No sé exactamente ahora cómo fue ese proceso, verdaderamente que es lo que pasaba por mi mente.

En ese tiempo de cambios de carrera, la relación con mi familia era malísima. Siempre era un drama si yo empezaba una cosa y dejaba. Para mí era muy frustrante porque yo les quería decir “No es que lo dejo a propósito, porque no quiero, es porque realmente no me gusta”. Y me dicen “Bueno, pero para qué empiezas una cosa si no te gusta”, “es que yo no sé si no me gusta hasta que no empiezo y veo”. Eso era un poco dramático. Fue dramático al punto de que después de que yo fui a visitar a mi madre, después de ese primer trabajo. Después de que yo dejo Marketing, mi madre me dijo: “Hasta que vos no termines una licenciatura no me vas a visitar nunca más” Yo dije “Bueno, ta” y es como un desafío. Creo que era adolescente todavía espiritualmente. Y le dije “Bueno, joróbate, tú lo vas a sufrir más que yo”.

Capaz que ya no tanto con los jóvenes de ahora, pero en ese momento era mucho lo que hay que hacer y el deber ser, ¿no? Como mucho más marcado. No era una opción no estudiar. De hecho, hasta que yo no tuve esa crisis, después de que ya no sabía más nada que hacer, nunca fue una opción no hacer una carrera universitaria. Si no lo hacías, te ibas a morir de hambre y no sé qué. De hecho, durante esos cinco años que mi madre estuvo afuera, yo la fui a visitar una vez al principio y una vez al final de todo cuando ya había hecho todo un año de gestión cultural y ya estábamos súper segura de que me gustaba.

Creo que hoy en día eso es un poco distinto me parece. No todo el mundo es igual ¿no? Pero tengo una percepción ahí de que, de a poco los padres van viendo que es más importante que tus hijos sean felices o que tengan algunos medios como para poder manejarse e intentar ser felices, que como esas cosas.

Y al fin de ese año de la crisis, fue que vi como los anuncios de esta carrera de Gestión Cultural. Y dije “Bueno ta, voy a intentar eso”. (Baja la voz) Y ahí empecé con Gestión Cultural. Después yo de grande me di cuenta de que todas las carreras que había hecho: Economía, Marketing, RRII; todas tenían como un poquito de algo, o sea no me terminaban de convencer, pero Gestión Cultural tiene en realidad un poquito de cada una de esas. Mirado muy optimistamente, de una manera, desde una mirada muy optimista tiene un poco de lo que yo buscaba.

Estudié en una universidad chiquita, era el primer año que empezaba esa carrera. Eso fue bastante simpático. Como que llegué a un lugar que era una casita, de hecho, nuestra clase era lo que antes era un garaje. Éramos una clase chica, de 25-30 alumnos, éramos de un perfil muy parecidos todos, medios bohemios como “con respaldo”, como

te decía. En cuanto a edades era bastante heterogénea. En las nuevas generaciones ahora ya son más gente recién salida del liceo. Pero en ese momento había gente que ya trabajaba en el medio cultural y que buscaba profesionalizarse, o que buscaban un título que avale eso. Ponele que yo tenía 23 y la mitad de la clase era más grande que yo y la mitad más chica.

Las clases me resultaban súper interesantes. Tuve un recuerdo de que una vez en el liceo había anotado en un cuaderno Sociología de la cultura o algo así, y dije “Ta, capaz que era por ahí”. Me sentí cómoda, me interesaban las materias. Ese primer año no trabajé en nada vinculado a lo cultural. Si trabajé en algo, trabajé en algo muy insignificante, tipo changuita. El segundo año sí, trabajé en este hotel unos meses, hasta que después me llamaron a hacer unas pasantías. Y después de la segunda pasantía, me llamaron del Festival de Jazz y ahí es como que empecé a tejer las redes dentro del mundo de la cultura.

El primer año de la carrera seguí viviendo en casa de mi abuela después volvió mi madre, y yo me volví con mi madre y estuve dos años y medio con ella. Y después ella se volvió a ir y yo me quedé en la casa, pero ya no dependiendo económicamente de ella.

En 2013 yo me recibí. Fue un poco sacarse una mochila de arriba. Ya en el cuarto año era “Ta, quiero terminar esto”, si bien yo había disfrutado mucho la carrera, viste al final, cuando empezás a contar lo que te falta. Estuvo buenísimo terminar, toda la familia súper contenta, yo también. A veces jorobamos con algunos compañeros de que en realidad no sé si fue una carrera tan desafiante. Como que debe estar mucho mejor recibirse de médico o de arquitecto, que padecen bastante la carrera. Como que estaba contenta, y sé que a momentos me esforcé durante mi carrera, sí me esforcé, igual un poco me quedó eso, de que no lo padecí tanto. Capaz que es como la mezcla también de que lo disfrutaba. Tengo una amiga bióloga, capaz que a ella la pones a estudiar eso y se muere.

Pero después de recibirme era más grande, era como un poco más adulta capaz, ya no dependía económicamente de mi madre, tenía las paces hechas también, porque ya me había recibido y había cumplido con todo eso, entonces en ese sentido estaba un poco más calmo.

Cuando terminé la carrera, seguí trabajando en el festival de jazz todos los años en noviembre. Y el trabajo cultural es bastante por proyectos. Entonces, cuando me recibí, me salió un trabajo en un balneario, en la Pedrera, que era para gestionar un Club social y cultural que tenían ahí. Antes había trabajado en la Dirección Nacional de Cultura el último, que fue el 2013, trabajé para “Boliches en Agosto”, que era un proyecto. Después en octubre quedé en esto del Club, y después, trabajé en el Festival de Jazz.

En lo del Club de la Pedrera lo que yo tenía que hacer era cultural, consistía básicamente en todo lo que terminé haciendo después, que es como buscar apoyos, organizar eventos, exposiciones, recibir a los artistas, ver qué cosas faltan. Por ejemplo, lo del Club tenía sus cosas desafiantes porque técnicamente estaba muy escaso de recursos. Las condiciones para la gente que trabaja en temporada no siempre son las mejores. Estuve bastante nómada, pasando de carpas a cuartos compartidos y todo ese tipo de cosas; yendo a buscar a veces cosas a otros balnearios, cosas de ferretería, un cable. En una iba a tocar Buenos Muchachos y precisábamos hacer una bajada de luz, que UTE y la Intendencia no lo hacían a tiempo, entonces llamamos al electricista de la

vuelta, hizo la bajada de la luz, pero para eso teníamos que ir a comprar un cable de 15 metros, que era una plata que terminábamos sacando después de las entradas. Está buenísimo. Hoy lo haría de vuelta, pero con otras condiciones de vivienda.

No me acuerdo en que empecé a trabajar al volver a Montevideo. Estaba con algunas cosas de música independiente y eso. Mucho trabajo independiente en cultura. después empezamos con un grupo de amigos una especie de productora. Hicimos algunos festivales y eran más proyectos nuestros, que cuando trabajas en cultura para proyectos de otros, ya sea en música, teatro o qué sé yo, es distinto el poder de decisión que tenés. Si son tus proyectos hay algunas cosas que decidís vos, y si son de otro hay cosas que no. Si bien muchas veces el espíritu suele ser bastante cooperativo dentro de, de la cultura acá en general, del ámbito cultural.

Ahora me dedico a gestionar un espacio que es una Cooperativa de trabajo principalmente vinculada a la cultura. Entonces como que mis ingresos son bastante acotados. Hay talleres, eventos y también un espacio de alimentación saludable o que intenta serlo. Empecé con esto a principio del año pasado que me llamó un amigo que estaba con este proyecto, que precisaba una mujer, que eran cuatro pibes y que les parecía que tenía que haber una mujer y qué sé yo. Y ahí yo le dije “¡Qué bien! Bueno, ¿qué tengo que hacer aparte de tener pepa?”, y no la tenían muy clara. Y arranqué desde el principio, de hecho, no teníamos la casa todavía cuando arranqué.

Y yo ahí trabajaba en una Fundación, que trabaja para la inclusión laboral de personas en situación de discapacidad. Y todavía no había terminado la maestría. Entonces todo el año pasado estuve con la maestría, con la fundación y con esto, que también tenía unas jornadas ahí, y encima salía a correr de mañana. No sé cómo hacía eso. Y aparte trabajo en producciones artísticas. De teatro, de música.

Quería hacer una maestría de Turismo sustentable, de Economía y turismo sustentable, que abría en Facultad de Economía de la Udelar, pero no abría ese año, así que averigüé en la UBA, en Buenos Aires. En un momento me dejaron de contestar y no me moví demasiado más. Y terminé haciendo Políticas Públicas en la Católica. Fueron dos años más la tesis. Enseguida que arranqué, estábamos a pleno con dos festivales y como que dije que la iba a dejar, y medio que, desde la Facultad me dijeron “No lo dejes, hace menos materias”. Entonces al final estuve, hice ese primer año, que hice poquitas materias, 2015. Después cursé realmente primero en 2016, segundo en 2017 y en 2018 hice la tesis. O sea, en realidad fueron cuatro años.

La maestría me gustó bastante, sentí que aprendí mucho por la carrera de la que yo venía. Si bien había gente de muchas carreras distintas, capaz que era la más ajena. No venía de algo científico, no venía de una ciencia, no venía de las ciencias sociales en sí, entonces en todo lo que era metodología me costaba un poco más. Yo, en general, la disfruté bastante, sí me fue un esfuerzo grande. Y aparte ahí no fue como con la licenciatura, que el trabajar capaz que era algo que podía ser más inestable, ahora tenía más exigencias. Pero, bueno, lo hice.

Empecé la maestría porque, más allá del trabajo independiente que yo generaba, no conseguía trabajo dependiente, como estable, y necesitaba algo más. Lo que me pasó fue que, cuando terminamos con la productora, yo necesitaba, quería estabilidad, quería un trabajo de 8 horas, o de 6 idealmente, que me diera un sueldo fijo y no tener que estar convenciendo gente de que esta bueno lo que vos haces para que te apoyen. Las oportunidades laborales para el rubro Gestión Cultural son muy acotadas acá. Con la maestría de políticas públicas, mi intención era hacer algo diferente y algo nuevo para

ver si me podía abrir puertas. Entré a la Fundación ya haciendo la maestría, por ejemplo, que ahí un poco sentí que me las abrió. Estuve un año y medio. La estabilidad me gustó. Eran muchas horas, nueve horas con una hora de corte en el medio. Eso era un poco exigente, sobre todo, porque yo nunca deje de hacer lo cultural.

El trabajo era más importante que la maestría. No tenía beca para la maestría de ningún tipo. Hoy sí te diría “Sí podría estudiar y no trabajar, pero si tuviera alguna especie de beca o de apoyo de la ANII, o de lo que sea, para estudiar”. Pero más importante en cuanto a que era una prioridad para mi vida, capaz que emocionalmente fuera más importante. Pero ahora estoy pensando en estudiar otra maestría por la poca estabilidad laboral que sigo teniendo acá.

En paralelo de esto me he presentado a otros trabajos. El año pasado, a fin de año, salieron un montón de llamados en el MEC por ejemplo. Había uno que era para asistente de producción, asistente de producción, un trabajo que yo ya había hecho en “Boliches en Agosto” en 2013. Ya había hecho ese trabajo con esos como contratos artísticos que hacen en las instituciones públicas, que no sos funcionario, pero estas ahí, como tercerizado, pero que no tenés que facturar, que no tenés BPS, que no tenés nada. Me presenté a esos llamados, no quedé.

Los privados en general son proyectos de impulso propio. Es muy difícil entrar a algo en que realmente tengas un potencial de crecimiento o de proponer cosas. Después hay como un lado muy comercial, que no me gusta, de la publicidad y de lo audiovisual, y todo eso, que no me interesa tampoco meterme por ahí. Y después están los trabajos que me encantan y que me he presentado también, pero no doy con el perfil que son, por ejemplo, asesorías a emprendimientos en el interior, más enfocados a lo turístico, que sé que las personas que han quedado en eso o son de Turismo o tienen el perfil de Antropología. Creo que sigo en mi crisis vocacional desde siempre, capaz un poco más tranquila.

En cuanto a mi vida personal, yo no estuve en ninguna relación hasta los 25, que fue el último año de facultad, ahí me puse de novia con un chico del cual me separé el año pasado. Cuando nos fuimos a La Pedrera, nos fuimos juntos. Él fue a trabajar en la parte de comunicación. Y cuando nos volvimos a Montevideo, como yo tenía el apartamento ese y a él se le terminaba el alquiler, nos fuimos a vivir juntos. Y vivimos juntos cuatro años.

De mis 18 a mis 25, yo veía que mis amigas tenían novios y qué sé yo, si salía con chicos igual, no era que no hacía nada, pero yo ahí me empecé a cuestionar cosas, tipo “¿hay algo mal conmigo? ¿por qué todas tienen novio y yo no?”. Entonces no es que necesariamente era importante, pero si me llamaba la atención o me interesaba vivir esa experiencia.

Al principio obvio, todo es mucho más fantástico y precioso. Creo que algo que está bueno de convivir con gente en general, ahora vivo con una amiga, es aprender cómo la gente tiene distintas costumbres dentro de los hogares, ¿no? Como quién usa qué para qué, quién usa el repasador de tal manera para limpiar esto, y que sé yo. Criterios de orden y limpieza, están buenos de observar. Que no necesariamente que sean distintos llevan a un conflicto, sino que son cosas que a mí me resultan interesantes ver y aprender, me gusta aprender como nuevos piques de cosas. Ponele en la cocina me pasa pila eso, de que todo el mundo sabe detallitos de cosas, de que “no esto se salta primero porque no sé qué” o “esto si lo cortas de esta manera”, “si al cabito de la cebolla no le cortas el piquito, no se separa cuando la estas cortando”. No sé, cosas así

(risa), eso siempre me divierte aprender. Y bueno, y un poco ahí cuando se fue mi madre, poder amueblar la casa y eso, que fue más de a poco también porque tampoco teníamos tanta plata, entonces.

Para mi familia, todo bien que nos fuéramos a vivir juntos. Mi madre no se había casado así que no me podía decir nada. Ya sabes que Uruguay no es tan conservador en ese sentido, como otros países de América Latina. Mi familia no es particularmente conservadora en eso tampoco. Seguro mi madre la tuvo mucho más difícil con mis abuelos cuando a ella le toco todo eso. Pero no, en ese sentido no hay problema. Y de hecho los jóvenes en Uruguay, nadie se muda, nadie no, pero muy poca gente se muda solo de una, yo de hecho ahora vivo con alguien porque es imposible vivir, las cosas son súper caras, y justo se da que culturalmente, los uruguayos, está bien visto decir que sos humilde y no gastas, pero, bueno, a los inmigrantes les pasa pila que vienen y capaz que, o se esperan una forma de vida que no podés acceder. Yo vivo bastante justa y con todo contado. Tampoco tengo tantos ingresos, podría tener más para la educación que tengo, pero no es el caso.

La separación con mi pareja fue decisión mía, entonces creo que fue bastante más fácil para mí. Obviamente fue un proceso, ¿no? Uno no toma esa decisión de un día para el otro. Yo creo que hubo como muchos intentos para ver como podíamos arreglarla, hasta que no se puede. Y después, en mi vida, me gocé. No, re bien, bueno, al principio uno siempre está triste y no está bueno. Estaba segura de que era lo que quería, pero a uno igual le da pena, igual querés a la persona, porque, yo qué sé, no había nada mal como puntual así, sino no, no quiero más esto. Entonces, nos separamos, dejamos de vivir juntos, yo me quedé en la casa esta que era de mi madre. Y ahora volvió mi madre después de cinco años, así que yo me fui a vivir con una amiga y estoy contenta.

Me fui con mi amiga porque económicamente tampoco es que yo me puedo llegar a pagar un alquiler completo con esto.

En cuanto a tener hijos, no lo tengo claro. puede que sí o puede que no. Creo que, si sucediera, me gustaría, pero hoy en día no lo visualizo como algo tangible ni que vaya a suceder, entonces como que pienso mi vida; la puedo ver buena de las dos formas, con y sin hijos. Yo aparte no visualizo la necesidad de tener hijos estando en pareja, capaz que porque vengo condicionada por mi historia de vida. Si igual pienso que tendría que estar por lo menos un tiempo en pareja para que suceda, no es que tengo la necesidad tan grande de ser madre que le pediría a un amigo “che, vamos a tener un pibe así soy madre”, no. Como que siento que, si se diera que tengo hijos, es porque estoy con una pareja y se da o porque tuve un accidente, que puede suceder, y elija no abortar; y la otra opción es que no, y no veo mal esa opción tampoco. Vengo con un chip de cuando éramos más chicos y decir “Y qué si no tengo hijos y toda la gente a mi alrededor sí, y después quedo sola”. De hecho, mis tres más amigas, una es mi prima que es más chica, y ella dice que no quiere tener hijos, y mis dos más amigas, una creo que no quiere y la otra capaz que sí, no sé. Y son más grandes también. Entonces eso te genera un poco de calma también cuando vez que “bueno ta, no es que necesariamente voy a estar sola en el mundo, voy a poder tener 60 años y viajar codo a codo, si es que es así”.

Y tener hijos igual, se me hace muy difícil proyectar en general. Es casi que lo mismo que una pareja. Yo qué sé si voy a tener. No es que no quiero tener pareja mañana, ni a seis meses ni a un año, pero trato capaz de que no sea algo tan central en mi vida ahora. Tener pareja formal, estable. Tipo igual salgo.

Justo estamos en un momento muy particular para ser soltero. Como que hay una habilitación a imaginarse las relaciones de otra forma. Me siento como mucho menos presionada, quizás es la palabra, o que las relaciones no tienen por qué tener determinada estructura. Pero no siempre te encontrás con gente que lo piense así.

Tengo varias amigas con las que hablamos y nos replanteamos esas cosas, como quitarles el peso quizás, social o formal, a las relaciones de pareja, y que no son más que conocer y compartir con gente. A la vez intentar, al llevar esas relaciones que son como abiertas o libres, se hace difícil que sean como afectuosas o con cariño. Eso es lo que más confusión nos genera hoy en día a las personas. Como que, si de repente yo llego a una relación, salgo con alguien y mi forma de actuar con esa persona es afectuosa o cariñosa, eso puede generar una confusión. Entonces si yo trato a una persona, porque obviamente si salgo es porque me cae bien, porque me gusta, qué sé yo, si yo lo trato de una manera afectuosa, eso puede generar dos cosas: o que piensan “pah esta mina esta re enganchada, ¿qué onda? ¡pará, flaca!” o puede significar “ahh, sí, me ama, vamos a ser novios”. Y es interesante ver como las distintas personas lo entienden, o no lo entienden, o lo entienden para un lado o lo entienden para otro.

Igual, tampoco son tan liberada. No me visualizo teniendo una relación formal abierta. Se acercan más a amistades ese tipo de relaciones, que a una pareja estructurada. No es que esté en ninguna relación de ningún tipo ahora. Sólo salgo con pibes, pero estoy en ese momento de cuestionarme. Conociendo cosas nuevas. Después de estar en pareja cinco años, de los 25 a los 30, soy un poco otra persona. Me pasaron un montón de cosas en el medio, tipo de, me recibí estando en pareja y terminé la licenciatura, la maestría casi que estando en pareja, también. O sea, si bien la defensa del proyecto fue después, terminé el proyecto estando en pareja. Y toda mi vida laboral dentro de cultura ha sido en pareja también. Mi vida más adulta, en general. Adulta pos-recibirse, si lo tomas como un quiebre. Y me he reencontrado con cosas lindas.

Como poderse centrar más en uno. Antes, como yo nunca había estado en pareja, me costaba mucho pensar de a dos, y después me acostumbré mucho a pensar de a dos, y a tener en cuenta al otro. Y ahora me estoy dando cuenta, me pasa en la psicóloga, de todo el tiempo que uno dedica al otro cuando está en pareja, que está buenísimo que sea así, no lo critico, me parece que esta demás y que tiene que ser así. Pero claro, yo pienso y lo hablé con la psicóloga: “¿te das cuenta, tipo, que un año y medio de lo único que hablaba era de esto?”. Hablaba un poco de mí también, de mi abuela, de mi madre, de esto, de algunas cosas familiares, pero no sé, el 80% del tiempo que le dedicaba a las terapias era a esto. Y ahora hablo de mi carrera, de mí. Pero realmente era mucho más el tiempo que le dedicaba a hablar sobre mi pareja y mi relación, que ahora que puedo hablar como de miedos, o cuestionamientos, o experiencias de niña. Cosas más tuyas, que no son de a dos; o eso de que capaz que quiero estudiar algo más, o de qué voy a hacer.

En cuanto a ser adulta, creo que ¡estuvieron mintiendo todo este tiempo de lo que era la adultez! Viste cuando vos sos chiquito y decís: “no, cuando yo tenga 25, voy a tener esto, esto y esto” o “no, cuando yo tenga 30 voy a tener esto, esto y esto”. Y, de repente, tengo 31, estoy viviendo con una amiga, apenas llego a fin de mes. Pero todo eso fueron opciones.

Pero no es que nos mintieron, es que el mundo cambió y siempre va a estar cambiando, ¿no? Y entonces hay cosas que yo antes creía que eran malas, o que no eran aceptadas y que ahora pueden serlo, y está buenísimo que así sea. Como tengo 31 años,

y usar este buzo y trabajar en un lugar así. Cosas como de repente, lo más estructural, lo más conservador, lo puede cuestionar un poco más, y ahora puede ser un poco más aceptado. O quizás yo no lo veía como posibilidad y en realidad ese mundo ya existía. Pero creo que no, o que es un poco de las dos capaz.

Como que de niño estas mucho más condicionado a tu entorno y a lo que te toca, y cuando sos más grande, cuando sos adulto, podés elegir vos más que hacer. O sea, todos tenemos limitaciones, más allá de las nuestras también las de nuestro contexto ¿no? Pero de ahí vas eligiendo cosas. Por ejemplo, elegir darle a otro o darle a la sociedad porque yo creo que eso va a contribuir a algo, es una elección que parte de uno y que cuando vos no sos un adulto, esas cosas por lo general te vienen más impuestas. Idealmente y en el contexto donde vivo yo, por suerte, para mí significa eso, la libertad. También están las responsabilidades, que son las que van acotando tu libertad, ¿no? O eventualmente ampliándotela más aún. Vos decís, yo. Porque sí, si bien las responsabilidades te pueden quitar libertad, si yo asumo el “me quiero seguir profesionalizando, no sé qué”, es una actitud medio responsable, pero que eventualmente me va a dar más libertad. Y es normal que los niños y los adolescentes tengan un esquema pautado, porque, si no se vuelve un caos para los pobres individuos.

Pero, lo malo es la dificultad del mercado laboral y de que hay cosas que no sabes. Nunca me imaginé que yo iba a terminar la licenciatura y que iba a sentir, no que no me sirvió para nada, aprendí un montón, pero que no me abre puertas laborales. Que las puertas laborales, o las tengo que hacer yo a pulmón o, no sé. En el ámbito privado es súper difícil, tienes que ser independiente; y en el ámbito público, o es muy acotado o es para funcionarios y para estar ahí, no sé qué hay que hacer, si te tenés que meter en política, o qué, pero no quiero hacer eso. No sé, es como más complicado. Como que antes, o sea, vos pensás, “bueno, con una licenciatura, va a ser todo más fácil”. Ya sabemos todos que no, que no todo es más fácil con eso. No necesariamente, es que precisas algo más. Ahora terminé la maestría y nada. Y a veces pienso, tipo “Y ¿me meteré a hacer otra?, ¿me servirá para algo?”. Pero bueno, capaz que sí. Sé que no quiero hacer un doctorado, porque no sé si tengo tanto ese perfil de investigación.

Lo de estar gestionando cosas todo el tiempo no sé si era algo que ya estaba en mí y yo no sabía y de repente lo vi, o si fue construido, no lo sé. Pero el organizar ciertas cosas, el moverse, el ir para adelante, el ser productivo, bueno hay que llamar acá, y hay que llamar y hay que ir, hay que moverse, eso lo hago todo el tiempo y me encanta, lo disfruto. Creo que un poco de las dos, que algo habría en mí que también lo aprendí.

Cuando haces trabajo independiente es difícil, porque si procrastinas un poco o si no tenés ganas, lo padeces. Si yo estoy, hoy justo fue un día súper productivo, hoy justo estuve en mi casa trabajando un montón y estuvo buenísimo, pero si yo no hubiera tenido ganas. No era una opción no poder, tenía que sacar un montón de cosas para una obra de teatro y así cuando depende de que otra gente haga cosas, tenés que estar atrás. Pero otros días, yo capaz podría haber avanzado algo de lo de hoy y no lo hice, y yo ahí lo que padezco es el estar “bueno, yo ahí no puedo no hacer nada”, y estas sentado ahí, y en el fondo estoy sufriendo porque sé que podría estar, que tendría que estar haciendo eso, entonces no terminas de disfrutar porque sabes que tenés cosas para hacer que no estás haciendo. ¡Ay eso lo sufro tremendamente!

Desde que dejé la fundación, me separé, entregué el proyecto de la maestría, como que pasaron un montón de cosas; y recién ahora me estoy empezando a ordenar

de vuelta en esa rutina de trabajo independiente que te exige que vos hagas eso “bueno, me levanto 8:30 y a las 9:30-10 estoy con la computadora y estoy laburando, y paro para almorzar y vuelvo, y trabajo, y a las 5 corto”. Que en realidad me encanta poder hacer eso.

Esa forma de trabajo me gusta, el tema es que tenés que ser muy cuidadoso con los proyectos que agarras, con no errarle, porque si te agarras un proyecto que no te motiva o que no te termina gustando, o que la gente no, eso a mí me resulta desmotivante y después terminas haciendo un mal trabajo que no está bueno tampoco. Ahora justo estoy con dos proyectos que en general me motivan.

En general, creo que he tenido logros, y buenos, pero como que a veces siento que no me es suficiente, y que lo económico que siempre tiene ese peso. Pero, sí siento que he tenido muchos logros que están buenísimos. Desde lo económico, desde lo humano, también. Por lo general, con la mayoría de gente con la que he trabajado mantenemos un buen vínculo, eso me parece súper importante.

Alondra 31 años

El trabajo social me gustó desde niña, como desde la adolescencia, no sé. En realidad, me gustaba ayudar, no sabía que existía esa carrera, y fui como delineando qué era esto, y me daban rabia pila de injusticias, pero no sabía qué se podía hacer, y fui como creando mi camino para terminar en la carrera de trabajo social, o enterándome que existían esas cosas.

Antes de venirme a Montevideo, estuve pila de tiempo en una ONG como voluntaria, en mi adolescencia. Tenía una compañera de liceo que estaba, y me invito y ta. Mis padres me dijeron que, si no bajaba las notas, podía ir. Y el que llevaba a cabo la ONG era trabajador social, entonces ahí lo llenaba de preguntas, me encantaba todo lo que hacía.

En la ONG tenían merendero, apoyo escolar de los deberes y a veces juegos, como rondas, campamentos a veces en verano y en vacaciones de julio, tipo los scouts, parecida, pero más católica. a veces hacíamos tortas fritas o empanadas para juntar fondos, para sustentarnos nosotros, porque como teníamos control de deberes y eso, y cuando iban a darle la leche, a veces teníamos donaciones del INDA o del molino para que hiciéramos las tortas fritas o la leche o lo que sea, y a veces. teníamos que buscar fondos para darle la leche a los gurises. En una, presentamos un proyecto y nos financiaron juguetes para los niños y teníamos pelotas y cosas para entretenerlos los sábados, y ya no había deberes les dejamos libre para juegos.

Yo veía que los padres de los niños capaz que no tenían nivel educativo suficiente como para poder ayudarlos con los deberes, y mi padre que tenía taller, a veces venían los hijos de los vecinos a que mi padre los ayudara con los deberes, mientras mi padre lijaba les ayudaba. Entonces, me parecía que también estaba bueno ayudar con los deberes a más niños, teníamos 10 a veces, que capaz en la casa no los podían ayudar con los deberes, y ya aprovechaban a merendar porque a veces cuando iban al comedor de la escuela, era lo único que comían, entonces me parecía que estaba bueno para los niños que no tenían.

Además de participar en la ONG, trabajé desde el liceo. En realidad, mis padres siempre tuvieron un negocio, pero era por las vacaciones o por temporada digamos que se llama, que es de diciembre a marzo, después de turismo. Mi madre era secretaria y mi padre pintor, pero en realidad con la temporada tenían eso, entonces siempre ayudaba, tuvieron como 10 u 11 años seguidos, y no sé si se considera trabajo, pero estaba pila de rato.

Después a los 15 años, mis tíos se presentaron en sociedad, mis padres un tiempo no se presentaron, cuando yo tenía 12, no se presentaron más, y entonces fueron dos tíos en conjunto que se presentaron y me contrataron o algo así. Yo iba como a cubrirlos al mediodía, nada más. A veces, iba de tardecita, no siempre, tipo desde las 12 hasta las 3, entre que se iban unos y volvían los otros, ahí tuve algunos conflictos familiares. Porque, en realidad, uno me iba a pagar de una manera y otro me iban a pagar de otra, y yo sentía que se estaban aprovechando, y en realidad unos me pagaban mejor que los otros. Un mes me pagaba uno y el siguiente otro, pero cuando me pagaba uno me pagaba mucho mejor que el otro. Y a mí me daba pila de rabia, porque yo iba porque me habían ofrecido pagarme algo, no porque yo quisiera, o sea que yo quisiera ir a ayudarlos. En realidad, me servía que me pagaran algo. Estaba bueno para tener una plata para salir los fines de semana.

Verás la equivalencia del peso, eso fue como en el 2002 o 2003, y ponele que, en total en toda la temporada, me habrán pagado 1000 pesos, 800 pesos. Yo sentía que era re poquito. A veces me pagaban, 100 pesos. Una vez me pagaron pila, porque me fui de vacaciones con una amiga, me fui una semana, y me dieron 500 pesos, uno de los tíos más buenos, porque como me iba de vacaciones. Y me compré un toallón para llevarme, un pareo, un shortcito, cosas así, que me servían para llevarme, y me llevé plata para comprarme cosas, no sé, helados. Imagínate que con eso no hacía mucho, pero, como mis padres no me daban plata para salir, me servía.

Y después a los 16 si, ya empecé en un trabajo fijo como cobradora de los socios de un club de fútbol. Me entere que llamaban, mi padre me dijo que estaba eso, y me daba vergüenza presentarme, pero justo mi padre conocía al que era presidente del club y llamo y quedé... fue medio acomodado, digamos. Había una cola gigante que daba la vuelta a la manzana para presentarse y a mí me daba pila de cosa porque con un llamado yo quedé. Y en realidad los cobradores no tienen sueldo, ganan solo por porcentaje de socios, pero la gente lo precisaba, como era la salida de la crisis de 2002, la gente lo quería para vivir y yo para unos gustos. Pero ta, fui cobradora de los 16 hasta los 18.

Yo me organizaba con mis estudios, y si a veces tenía escritos no iba, en realidad no me llevaba mucho tiempo, porque Durazno es chiquito, cuando mucho me llevaba una hora. Tiempo no me quitaba, quizás a principio de mes cuando la gente cobraba que tenía más socios, pero los socios no eran muchos, serían 50.

A mis padres les parecía bien que trabajara. Ellos también habían trabajado desde chicos. Yo de grande fui cambiando la visión porque, aunque ellos lo transmitieron como una herramienta para que yo aprendiera a administrarme, también me parece que era deber suyo, darme lo que necesitaba sin yo tener que andar revolviéndome. Pero son de la vida y creo que no lo hicieron de malos.

Al terminar el liceo, me vine a Montevideo. No tenía duda de que eso era lo que deseaba hacer. En Durazno no estaba la carrera de trabajo social, sólo podía hacer magisterio. Ahora sí hay una UTU, pero en ese momento, sólo magisterio. Yo tenía claro que quería venirme a Montevideo. Cuando me vine, me planteé como varias carreras

además de trabajo social, me gustaba diseño de interiores, pero me parecía al pedo, porque quería hacer algo por la sociedad, no iba a cambiar el mundo yo sola evidentemente, pero me parecía que no tenía sentido, entonces sólo mantuve el gusto de pintar como hobby. No me dedicaría a eso, sentía que estaría perdiendo mi vida haciendo eso.

Mis padres me apoyaron, pero a la vez, me advirtiéndome, que no me podían apoyar económicamente mucho. Y yo no era muy consciente de eso, yo quería venirme igual, y en realidad, tuve suerte, me presenté a las becas. Acá hay 3 becas de estudios para los del interior. Una es económica, que es la del Fondo de Solidaridad; la otra es Bienestar universitario, que tiene beneficios, descuentos de pasajes, tiene alojamiento y tiene el comedor universitario, vos podías elegir de las 3 cosas, yo elegí el comedor porque estaba bueno, estaba re barato y te daban pila, pila de comida. Y después estaba la beca de alojamiento, que esa la tiene como cada intendencia, entonces tienen como un hogar estudiantil acá. En ese momento el hogar de Durazno había cerrado, pero igual te pagaban como un alojamiento, había uno para las mujeres y otro para los varones. Y me salieron las 3 becas, porque como nunca había perdido ningún examen en el liceo y mi escolaridad estaba bien. Y me vine gracias a eso.

Hacía 6 años que no venía a Montevideo cuando me vine, desde 6to de escuela que habíamos venido con mi madre a visitar a un tío y cuando me vine a anotar y nada más. Me vine con una compañera de la ONG que era de un pueblo de Durazno, entonces coordinamos y nos vinimos juntas, porque ella también venía al Hogar. Nos encontramos en la terminal y nos trajimos las cosas, poquito nos traíamos, una olla, un plato, un cubierto, un vaso, y algo de ropa. Cuando llegamos al hogar me pareció gigante, porque vivíamos 60, en ese momento. Y teníamos colchón a estrenar, estaba bueno. Igual yo el primer año me fui casi todos los fines de semana porque, como seguía en la ONG, querían que por lo menos siguiera participando los fines de semana allá. Yo me fui desenganchando, como no estaba entre semana allá, me fui como desmotivando, pero en su momento me servía.

Me servía porque como me pagaban el pasaje para ir, yo aprovechaba para ir a la casa de mis padres. Por un año, seguí yendo y como que no extrañaba tanto, como iba todos los fines de semana, algún fin de semana que otro me quedaba, cuando estaba con parciales y esas cosas. Igual lo que más extrañé fue a mi barra de amigas, fui la única que me vine, y eso sí fue lo que más me costó. Éramos re unidas toda mi barra del liceo, pero apenas terminaron cuarto o quinto. Nadie hizo sexto. De mi barra, yo era la única que seguía yendo al liceo, las otras ya habían desertado.

Yo no sentí tentación de dejar en el liceo, pero en la carrera, cuando me estaba yendo mal en las prácticas, me daba la tentación de agarrar trabajos como más duraderos en Montevideo, duraderos de horarios y de tiempo, porque también agarré pila de trabajos, pero chiquititos, y en realidad no me daba para vivir nunca. Y la beca nunca era suficiente, y pasé pila de necesidades.

El primer y segundo año fueron los más duros económicamente. Sentí el cambio en lo económico, por salir de casa de mis padres, eso de que algunos días, no tenía para desayunar o para cenar, y en la casa de mis padres tenía siempre, mal o bien, alguna cosa siempre había. A veces, yo no les decía del todo a mis padres porque sabía que ellos no me podían ayudar, ellos me lo habían dicho, yo dije no puedo decirles. Pasé mal, ellos no lo supieron, hasta que después que me recibí les conté todas mis hazañas. A veces me ayudaban, pero yo sentía que me ayudaban muy poco, un libro en la facultad te sale 200

pesos, y me daban 300 para toda la semana, entonces, los 100 pesos los tenía que repartir en mil cosas.

Cuando me recibí les conté a mis padres todo lo que había pasado, estaban orgullosos de todo el esfuerzo que yo había hecho y se sentían un poco mal de que no les hubiera contado, pero yo sentí que ellos me mandaban lo que podían, entonces no podía pedirles más. Entonces yo tomé pila de estrategias, por ejemplo, en el comedor, te daban dos panes y si comías uno te daban otro, entonces yo a veces comía uno para que me dieran dos más y me los llevaba para mi casa. Te lo podías llevar, entonces yo pedía otro, y la fruta también, como te daban postre y fruta, yo me comía sólo el postre y la fruta me la llevaba. Y ta, caminaba todito, me caminaba a cualquier lado. A veces traía, me da gracia, me traía papel higiénico de la terminal, enrollaba, enrollaba, y me traía.

El comedor era sólo para el mediodía, podías elegir de noche, pero me daba miedo ir caminando a esa hora. Hay dos casas de comedor universitario, que funcionan al mediodía o de noche, o podés ir a los dos. Pero, en realidad, había uno acá en el centro y les quedaba bien a todos, de cualquier facultad, pero ese se re llenaba, y tenía cupos, entonces, mientras estabas en lista de espera, ibas a otro que quedaba más lejos. Queda cerca del estadio, y yo vivía acá en el centro, me iba y me venía caminando desde allá. Entonces de noche, ya no me animaba a ir, a mí me daba miedo, no sé si ahora me animaría tampoco, porque hay pila de descampados. Y la cena era de 8 a 10 de la noche, y para el medio día, tenías de 12 a 2 de la tarde para ir. Iba sólo al mediodía, y de noche, me arreglaba con algo, o no sé, no comía nada. A veces, me traía encomiendas, o me las mandaban, pero no alcanzaba o no me gustaban.

Mi primer año no trabajé. Creo que fue el segundo año, ahí me pierdo un poco, que estuve en un call center en la torre del Gaucho, pero estuve cuestión de un mes o dos meses, mientras el receso. Hacía 4 o 5 horas, no me acuerdo. Me re agoté, porque no daba abasto con las clases, tenía a cualquier hora. Perdí un parcial y dejé el trabajo. Después vi que no podía, y agarré uno trabajo de cuidar niños, me pareció que me pagaban muy poco y me cansaba mucho. E, inconscientemente se ve, porque me olvidé que estaba yendo, me puse clases de mañana, y le dije no puedo seguir viniendo, porque tenía clases y, en realidad, las clases las había elegido yo para ir de mañana. Se ve que no quería cuidar más a esos niños que eran insoportables. Fue solo un mes. Tenía que ir a las 7 de la mañana, levantarlos, darles el desayuno, traerlos en el ómnibus hasta la escuela, se portaban horrible en el ómnibus, y tenían que llegar en hora a la escuela porque iban al comedor de la escuela. Y me pagaban 80 pesos la mañana, y yo sentía que a mí me tomaba toda la mañana, porque cuando llegaba, estaba agotada en casa y quería sestar, me pareció que no valía la pena por tan poquito.

Después, al año siguiente, a través de la ONG me postularon, como yo ya estaba estudiando, y creamos un proyecto, si fue en 2008 o 2009, el proyecto, que era un de realojo para los inundados. En Durazno hubo inundaciones grandes. A mis padres los sacaron, también. Y era un proyecto de realojo, estaban funcionando 3 refugios, y el proyecto era, desde ayudar a la gente que buscaba trabajo que estaba en el refugio hasta ayudarles a ver cuándo les iban a otorgar las viviendas. Entonces, algunos trabajaban con los adultos del refugio, y otros con los niños. Yo, como tenía algo de experiencia, preferí trabajar con los niños.

Viajaba todos los fines de semana. Duró 3 meses, después no sabían si nos aprobaban de vuelta la renovación. Ese año yo no había renovado las becas, porque había perdido 2 materias, y necesitaba el 60% y me faltaban 2 materias para el 60 %, entonces

fue que me agarré todo esto. Entre ese tiempo que no nos respondían si podíamos renovar el proyecto de realojo, agarré en el Call center, como volvió el proyecto realojo, volví al proyecto y renuncié. Estuve 3 meses más en el proyecto y de vuelta lo mismo, nos demoraban en hacernos la liquidación y todo eso, pero como además yo hacía prácticas de lo mío, porque teníamos que hacer informes y todo eso estaba bueno. No me servían como prácticas que me contaran para la carrera, pero a mi si, como práctica personal. No como curricular, pero si fui agarrando experiencia, como aprendizaje.

Y después agarré muchos trabajos chicos, hice promociones. Me llamaban de la agencia y me preguntaban si podía, si estaba en parciales les decía que no. Ahí pude renovar las becas entonces tampoco sentía que tenía que estar atada a agarrar un trabajo sí o sí, entonces si no agarraba algo de lo de las promociones que me llamaran, no pasaba nada, sabía que no me iba a faltar mucho. Agarré en un super, después repartir folletos, no sé, otro de aldeas infantiles, recolectando fondos. Después, telepeaje también, el telepeaje estuvo bueno porque fue en turismo entonces no perdí de clases ni de parciales ni nada porque era todo turismo.

Después estuve en uno de promociones que sí me pusieron en caja, pero poco después me llamaron para lo de la intendencia y ya renuncié. Y esa me embolaba un poco porque tenía que maquillarme, no me gustaba mucho, viste que acá somos más sencillos, y tenías que usar taco y todo, pero igual iba.

Lo de la intendencia fue una pasantía, estuve seis meses como trabajadora social en alguna división de la intendencia o en alguna policlínica. Mientras hacía eso seguí con otros trabajos. Hice encuestas. Participé en las encuestas de PISA dos años, en 2012.

En lo que se refiere al alojamiento, estuve viviendo dos años en el hogar de estudiantes. Como perdí la beca, me fui a una pensión, que no me gustó porque nadie estudiaba, escuchaban música todo el día, y al final venía a facultad a estudiar, entonces yo decía que estaba pagando en un lugar solamente para ir a dormir. Y no estaba cómoda, compartía con 4 el cuarto, por más que en el hogar ya compartía con 4, pero había salas de estudio, entonces era distinto, porque no tenías que estar en el cuarto para todo, y en esta pensión sentía como que no tenía lugar donde estar.

Y después vine a otra pensión a una cuadra de facultad, y ahí estuve un tiempito. Después, me volví para el hogar porque las dueñas se encariñaron conmigo, nos llevábamos bien, me ofrecieron beca, yo tenía que pagar el 50%, y yo acepté, me sentía cómoda ahí. Estuve 6 meses y me volví para la otra pensión porque yo me había ennoviado y esta era mixta. Como el hogar era femenino, no lo dejaban entrar, teníamos que hacer vereda y acá nos empezaron a cobrar porque yo venía y me quedaba. En el hogar tenía que firmar un cuadernito a la hora a la que llegabas, a donde ibas a estar, la hora que te ibas y cuando llegabas. Si no llegabas quedaba una rayita, y no te sancionaban, pero te observaban. Yo ya sentía que tenía que rendirles cuentas de todo, tener que decir a dónde iba a ir.

Ahí tenía 20 años, y entonces me fui a vivir con mi novio a la pensión. Vivimos en ese lugar durante seis años, hasta que me recibí. Aunque estando ahí, nos cambamos de cuarto varias veces. A lo último ya estábamos en uno que tenía entre piso, entonces arriba estaba el cuarto y abajo, la cocina y comedor. Y ahí ya no nos controlaba la dueña, y yo hacía grupos de estudio con mis compañeras, como quedaba cerca de la facultad, cuando queríamos repasar para los parciales íbamos ahí, me sentía mucho más cómoda.

Yo no me imaginaba viviendo en pareja tan joven, fue raro. Pero mi economía cambió. Él trabajaba también. Económicamente me sentí muy aliviada. En el trabajo, a él le daban siempre algo que se llevara y estaba de más, disfrutábamos los dos.

Nosotros después fuimos ahorrando para comprar una casa. Como a los 2 o 3 años empezamos a ahorrar, y yo, aunque hiciera pocos trabajos, o trabajos que pagaran poco igual siempre guardaba algo, me guardaba como una parte para ahorrar, y abrimos una cuenta en el Hipotecario, y hace 4 años salimos sorteados en un programa de la Agencia Nacional de Vivienda, hace 4 o 5 años, en 2015, nos mudamos, si 2015. Yo me recibí un año después. Cuando me recibí y compramos la casa, mis padres sintieron que estaba realizada.

Me recibí en 2016 de trabajadora social, a los 28 años. Estuve 3 años con la tesis, cuando estuve trabajando en las encuestas, 6 meses estuve sin tocar la tesis, porque además fue el tiempo que estuve en 2 trabajos, y ese tiempo como por 9 meses no le contestaba a la tutora, o sea, si le contestaba, le decía que no estaba pudiendo, y prometía que iba a leer, pero en realidad no, entonces, le pedí para hacer los trámites a la tutora, porque acá te corren los tiempos una vez que haces los tramites, así yo tenía una presión también, porque si no, se me iba para más largo. Y ahí la saqué más rápido, tenía más plazos, en abril sí o sí defendía.

Cuando me recibí, nunca había visto tan emocionado a mi padre. Era la primera en mi familia ampliada que obtenía un título. Ni mis tíos, ni mis primos, nadie. Y eso que mi padre tiene 11 hermanos, ¡imagínate! yo no lo veía, no lo había visto hasta que lo hablé en la terapia, porque para mí sólo había terminado, como fui viviendo todo el proceso nunca lo valoré tanto, pero mirando en perspectiva pienso que con razón estaban tan orgullosos. A mí un poco me pareció una exageración. Porque yo fui viviendo como fue, salvaba un parcial e iba al examen siguiente, al año siguiente, es como que estaba en la rosca, tipo es lo que tenía que hacer, yo sentía que era lo que tenía que hacer. En mi defensa, estaba nerviosa, quería salir de eso, me saqué una carga. La defensa la sufrí pila, no quería hablar delante de todas las personas, era más estrés que otra cosa, porque a veces era un poco exigente conmigo y yo quería haber salvado la defensa con más nota y no me gustó la nota, pero cuando me entregaron el título, ahí sí dije ¡ay sí!

Y mis padres básicamente estaban emocionados también del esfuerzo que habían hecho ellos y del que había hecho yo. En el momento me molestaba, sentía que ellos no habían hecho mucho esfuerzo, pero después comprendí que hicieron su mayor esfuerzo posible, por más que no me hayan ayudado como yo quería que me ayudaran, tenía compañeras de facultad que les alquilaban un apartamento, yo decía que quería vivir en un apartamento. Yo tenía a veces enojos, pero uno después comprende.

La defensa fue el día antes del cumpleaños de mi padre, entonces yo me fui con ellos porque después lo íbamos a festejar, y me habían hecho una fiesta de recibimiento sorpresa, y mi padre había pintado un nylon que decía bienvenida, y lo habían colgado todo en la reja de mis padres, y fueron todos mis tíos, mis primos y cada uno llevaba para comer y para tomar, y llovía, y en la casa de mis padres pusieron lonas por todos lados para poder estar todos en el patio. Es muy gracioso, yo me emocioné más de todo lo que me habían armado que del recibimiento en sí.

Todas estas experiencias, el combo de todo, de haberme venido, de trabajar, del estudio, de sobrellevar pila de cosas, me marcaron. El sacrificio, el valorar, el perseverar, porque en realidad me llevó pila de tiempo la carrera. A veces no me iba bien, si no hubiera terminado antes, y a veces eso me martirizaba, pero, en realidad, yo pensaba en

cómo están mis padres, si están preocupados, o preocupada por cosas, o simplemente porque me acostaba angustiada porque no comí nada, o ponele cosas así.

Yo siento que cuando me vine a vivir acá con mi pareja, con G., pila de preocupaciones ya me las quité de la cabeza, entonces me empezó a ir mejor en la carrera también, pero porque comida no me faltaba, entonces yo siento que todo eso ayudó. Yo me despreocupada, y como él se preocupaba también que tuviéramos los dos, yo estaba como tranquila y todo el tiempo podía estudiar, estar concentrada nada más que en lo que estaba leyendo.

Comprar la casa fue un momento importante. Se sintió que había tenido de vuelta otra casa, porque pila de tiempo intenté con ayuda de mis padres o con G., irme a un apartamento, porque en un momento en la pensión ya estaba cansada de compartir cuarto, el baño y esas cosas. Era bárbaro tener todo el espacio para vos, era como estar de vuelta en una casa.

Ahí mi padre vio como que yo no me iba a volver de vuelta para Durazno, porque ellos hasta ese momento tenían la esperanza de que yo me volviera. Yo con el tiempo me fui dando cuenta de que no iba a volver. Después de avanzada la carrera, a los 2 o 3 años, ya me había hecho otro grupo de amigas, sentía que por lo menos hasta que terminara de recibirme no me iba a volver, y después ya agarré este trabajo y estaba contenta, y después ya tenía mi pareja y es como que vas estableciendo como otras cosas acá: el lugar donde vivís, el trabajo, la familia, amigos, tu círculo donde te moves, y fui viendo que no, y me fui copando con otras cosas, no solo laborales, allá siento que vas y es una muerte, no hay nada ni siquiera para hacer de diversión. Sigo en contacto con 1 o 2 amigas de allá, pero llevamos caminos distintos, están con muchos hijos, y yo ni ahí, todavía.

No tengo hijos, pero es algo que sí quiero. Siempre he querido, pero en los últimos años capaz que tenía más en la mente eso de la maternidad, pero porque me fui poniendo metas antes, me quería recibir, quería tener un trabajo estable, la casa, yo que sé, después que me recibí, tuve como 2 años que no quería hacer nada, sólo disfrutar, ir a yoga, esas cosas, la tarde libre, leer otra cosa que no sea de estudio, entonces fue como que “ay que alivio”. Es más, me anoté en unos cursos de educación permanente.

De parte de mi familia hubo algo de presión por tener hijos en un momento, pero después de que mi hermana quedó embarazada, me quitó la presión de encima. Mi hermana se vino a estudiar acá, pero se fue al toque porque quedó embarazada en el año que se vino, así que ta, vive allá, con mis padres, o sea no vive con ellos, pero vive en la misma ciudad.

Yo hace dos meses me separé de G. por cuestiones de la vida. Estuvimos diez años juntos. Estoy en proceso de replantearme cosas. Él se quedó con la casa y ahora yo me alquilé un apartamento. Después tenemos que resolver la separación de bienes con el abogado y eso. Pensé que vivir sola iba a ser peor, pero no está siendo tan malo. Pensaba que no iba a encontrar qué hacer, que me iba a embolar, pero no, hago cosas, las mismas cosas que ya hacía, porque en realidad, yo siempre me había ido de un lugar al otro, y nunca viví sola, ni siquiera cuando recién me vine. Entonces, en parte me intrigaba, pero en realidad de lo que he estado mal es más por la situación que por vivir sola en sí. No tengo que consultarle nada a nadie, de lo que vamos a hacer, de lo que vamos a comer, decidir entre los dos de esto o de lo otro, nada, todo lo que vos quieras hacer o no hacer. Desde todo, desde fregar, dormir, comer, o lo que quieras.

Por ahora tengo pocas perspectivas a futuro, estoy viendo. Estoy yendo a terapia, estoy bastante contenida, no me voy a desmoronar. Incluso, hace poco estábamos

hablando con la psicóloga que, sobre esto de la maternidad, por más que siempre lo tuve, no sé si lo tuvimos en proyecto los dos, sino que lo quería yo. Empezamos a ver, o empecé a ver, que hay otros medios como la fecundación in vitro y que, si quiero ser madre, no necesito porque bancarme a alguien que no quiera estar, o ser como de la época de nuestros padres que se bancaban igual estar con alguien, y en realidad, tengo pila de compañeras y veo pila de gente, con las que trabajo o lo que sea, que podés trabajar, tener hijos y hacer vida social. Entonces, también me estoy cuestionando seguir adelante con ese proyecto que era mío. Así que estoy viendo otros caminos.

Por ahora trabajo en el Ministerio de Desarrollo Social, desde hace cinco años, soy asistente de campo en un programa. Me presenté tres veces al llamado para trabajar ahí hasta que quedé. Entre antes de recibirme, como estudiante avanzada, y aquí sigo. En otro momento me gustaría cambiar de trabajo, pero no ahora. A veces pienso en cambiar de área, para otra de más intervención, porque acá sólo hacemos entrevistas puntuales y nos vamos, pero recién este año me regularizaron porque estaba tercerizada, soy efectiva desde marzo, hasta ese tiempo no nos podíamos mover de área, entonces, lo tengo para futuro.

Además, milito en el sindicato que me insume tiempo extra también, pero me gusta, y he conocido otras áreas. Yo evalúo moverme a una que no sea un caos. Estoy como en un momento que quiero todo paz, entonces cada área tiene su mundo, y como conozco pila de otras, digo mejor me quedo en un mundo conocido que otro que ya es un caos, entonces meterte en un caos nuevo no sé si quiero. Me cansé de lucharla tanto, y quiero estar así tranquila.

Ser adulto significa para mí, responsabilidades nada más, no, y también poder elegir. La libertad de poder elegir lo que quieras, hacer laboralmente o de tu vida. A pesar de que lo vas formando a lo largo de tu vida, yo creo que, en esta etapa de adultez, uno cuando adquiere la independencia total si se puede decir, adquiere como esas herramientas para poder elegir, como tu camino digamos profesional, laboral y en general. Se llega a la independencia cuando dejas de depender de tus padres o de alguien, yo creo que la independencia es más bien económica.

Yo creo que mi independencia se dio paulatinamente. Cuando llegué no me sentía independiente, pero un clic importante como para sentir mi independencia, como mi entrada a la adultez, fue cuando mi padre se enfermó y lo operaron de urgencia, estuvo en CTI en otro departamento, en Tacuarembó, y fue el mismo año que yo terminaba la práctica, y en ese año ya no me mandaron más encomiendas, entonces yo sentí como que me habían cerrado las puertas, y ahí como que me tenía que revolver yo, y estuvieron como pila de meses seguidos sin ayudarme con nada económicamente, y por más que era re poquito, yo lo sentía, entonces yo decía ahora tengo que pensar yo qué voy hacer.

Eso fue a fines del 2013 y yo estaba rindiendo el examen final de la práctica, tipo todo fue en el mismo mes, entré a la pasantía, lo operaron a mi padre y estaba terminando la práctica. Y tuve que ordenar cosas en mi mente para priorizar, y dije voy a estudiar solamente y después veo como hago, y justo me surgió lo de la pasantía que entré a trabajar en ese mes, fue como que me vino como anillo al dedo y decía voy a trabajar de lo que estudié y tengo el sustento. No me pagaban tanto, pero me daba mucho más que con las becas y las promociones. Ese momento que mis padres dejaron de ayudarme me dolió pila, porque no me sentía preparada todavía, y un poco que me había enojado, y un poco entendí que la situación no daba para que estuvieran apoyándome. Sí me deseaban

suerte y estaban pendientes de cómo me había ido y esas cosas y siempre me daban para adelante para que no dejara y siempre me decían dale, es un empujoncito.

Yo me siento adulta desde hace un par de años. Por la independencia, no sólo económica sino también de decidir y no rendir cuentas a nadie, ni a mis padres, ni siquiera estando en pareja rendía cuentas. Por más que estuviera estudiando, yo sentía que les contaba cómo me había ido, que me preguntaban esto o lo otro, o sea un poco es como un cierto deber que uno tiene para con los padres también, entonces capaz que después de que me recibí, era como libre total en todo sentido, entonces ahí yo sentía que era madura, adulta, madura no porque en realidad la madurez es otra cuestión, pero sí un poco más realizada en otros ámbitos. Siento que soy otra persona de la que llegó a Montevideo, me siento más empoderada y con más confianza, porque la pasé mal y lo superé.

Beatriz

31 años

Hice la primaria completa, después hice secundaria. Me quedé en 4° de liceo, y me fui a estudiar a la UTU, Secretariado comercial. Cuando estaba en 4° como que llegas a una etapa donde no sabes que es lo que querés hacer. Yo no tenía decidido que iba a ser de mi vida profesional. Y bueno, creo que también es como parte de la familia, tengo una hermana mayor que siempre trabajó de secretaria, y en la parte administrativa también, entonces como que me fui para esa rama de lo administrativo. Más que nada por el ejemplo de mi hermana, porque no tenía en esa edad definido que quería hacer, y cuando me empapé en el tema de estudiar secretariado me gustó, y ahí es como que, que me abrí de mi hermana, vamos a decir, y dije “Ta, esto también es lo mío y me voy por este lado”. Pero se inició por ese lado.

Entonces me fui a estudiar Secretariado Comercial, me gustó pila y después seguí cursos de gestión. Después reforcé el secretariado, una actualización. Como que todos los años estoy haciendo algo. Me recibí de secretaria y me quedó pendiente 5° y 6° de Educación Media, que lo estoy terminando ahora con un plan que se llama Libre Asistido, y que te requiere una vez a la semana concurrir a clase y después trabajar a distancia. Pero recién ahora pude retomar esa parte de estudios para poder finalizar y después seguir. Pero he hecho, digo, todos los años estoy haciendo como cursos y actualizaciones de formación de secretaria o de gestión, o cosas así. Pero no puedo seguir avanzando a una Tecnicatura o algo que quiero hacer porque estoy ahí terminando secundaria.

A los 15 años empecé a trabajar siendo promotora. Trabajaba para una agencia que hacía promociones. ¿Viste cuándo vas a un super y te regalan Pepsi? Me acuerdo que una era, de las que trabajé, era regalando Pepsi Light cuando había salido la Pepsi Light, e iba a los supers, trabajaba pocas horas, eran 4 horas. Estaba en una etapa donde tenía 15 años, tenía que salir. El único ingreso en casa era el de mi padre porque mi madre era ama de casa. Entonces no siempre tenía dinero como para poder darme para poder salir. Entonces más que nada fue como para independizarme un poco por ese lado, para mis gastos: el tema de ropa, de salidas. Y por eso, digo, no hice muchas promociones.

Mis padres me apoyaban en trabajar. Yo con mi familia, hasta el día de hoy que ya soy madre, tengo una relación muy buena. Y muy buena que a veces es demasiado, yo soy muy independiente, pero hasta el día de hoy seguimos avisando con mis hermanas a dónde vamos, así que imagínate. Salimos por decirte a Florida y avisamos que fuimos a

Florida. Tenemos esa relación, entonces siempre hubo mucha confianza, entonces si yo les decía a mis padres que iba a trabajar a una promoción sabían dónde estaba, sabían a la hora que entraba, sabía a la hora que volvía, digo, en ese sentido siempre me apoyaban. No era una adolescente rebelde, vamos a decir. Sabían también en qué gastaba la plata, ayudaba a mi casa también con esa plata.

Siempre fui muy independiente. De la familia, soy la persona que tiene el carácter más importante, soy muy directa. A veces yo digo que es un defecto y a veces es una virtud porque en lo laboral también soy así. Y claro, era como que empecé a ser independiente en el sentido de que empecé a trabajar en las promociones. Si bien ayudaba en mi casa también, le daba plata a mi madre, no le pedía plata para salir porque usaba de ahí. Me la gastaba en cosas que ellos sabían, vamos a decir. Como que siempre fui, por ese lado, muy responsable e independiente

Y seguía estudiando. Después de las promociones me fui a trabajar; trabajé cuidando un nene. Me fui de niñera cuando entré a la UTU porque claro, el curso duraba dos años. Entonces, sí o sí tenía que pagar boletos, mantenerme también yo, porque también era la etapa donde salía. Después me fui a cuidar un niño y después de ahí me fui a trabajar, hice una pasantía en la Intendencia por la UTU, pero no era remunerada, era experiencia nomás. Después de esa pasantía, me salió otra pasantía paga por la UTU, en una facultad. Esa fue como mi primera experiencia laboral grande, vamos a decir. Estuve dos años ahí porque la pasantía requiere, viste que hay una ley que es la ley del pasante que es como si tienen un contrato y tiene una fecha de inicio y una de finalización. No puede ser más de dos años, porque la idea es que esa persona esté estudiando o siga estudiando, por eso se llama “Pasantía primera experiencia laboral”, para que, bueno, pueda seguir estudiando. Y tenés ahí un régimen laboral que tenés que trabajar 6 horas, no podés trabajar más, para que vos tengas tiempo para estudiar y no dejes, porque la idea es que porque vos tengas un ingreso no dejes de estudiar. Y tenés también carga horaria: no pueden ser más de seis horas diarias, y también una remuneración acorde a esas responsabilidades, que no es que yo ganaba lo mismo que un funcionario de la Udelar. Era menos por ser pasante.

Y bueno, ahí fue una experiencia muy linda. Me gustó pila. Me gustó todo lo que hacía. La tarea que hacía era administrativa y estaba volcando lo que venía estudiando, y por eso me gustó pila. Fue mi primera experiencia laboral fuerte, en el sentido de que trabajé muy a gusto con todo. Mismo mis cartas de recomendación de la Facultad son muy favorables, siendo mi primera experiencia laboral, que eso también viste que suma. También lo que había sucedido es que cuando me voy a trabajar al Instituto de Historia, el director de ese Instituto elevó un expediente para solicitar que se me pueda contratar permanentemente. Pero bueno, después hubo cambio de jefes, y se cayó. Pero me fui con tres cartas de recomendaciones diferentes y eso me abrió pila de puertas después que empecé a trabajar.

Después, me fui a hacer una suplencia de automotores, de motores navales, donde estuve un tiempito, 4 meses, 5. Ahí me fui a secretaria. Y no me gustó mucho la forma de trabajo. Era un lugar chico, muchos hombres. No me gusto en el sentido que no me sentía a gusto. Viste que hay lugares que vos estás cómoda, y otros en los que no estás tan cómoda, pero te adaptas. Esto era así. Yo sabía que era una suplencia, como que no me adapté nunca, vamos a decir. Pero por la forma de trabajo que tenían. Y bueno, después de ahí se me presentó una propuesta para ir a trabajar como administrativa a la Sociedad..., me fui para ahí a trabajar.

Ahí estuve dos años. Dos años estuve, pero no fue tampoco una muy buena experiencia laboral. Es un lugar muy chico, con pocos empleados, pero hubo denuncia al Ministerio por acoso laboral. Digo, estuvo medio complicado. Yo y el grupo hicimos la denuncia porque había una jefa que te hacía persecución constantemente. Fue inspección, fuimos al ministerio. Yo me fui cuando ya estaba terminando todo el asunto. No fui la única que me fui, después se fue otro compañero también de ahí. Creo que quedó una sola de las que también participó de la denuncia. Quedó ella y ahora no sé, perdí un poco la comunicación. Pero bueno, después me fui de ahí. Fui para un estudio de abogados, que ahí estuve poco porque después me vine para acá.

Actualmente trabajo como secretaria y administrativa de este instituto paraestatal. Llegué por concurso público que salió en El País. Y concursé y no entré en la primera etapa, pero se armó una lista de prelación. No entre en los primeros ingresos de ese llamado, pero sí poco después. Yo entré a la recepción, una de las chicas de recepción pasó a trabajar en otra sección, entonces quedó ese cargo vacante, y yo estaba segunda en la lista. Hace cinco años que trabajo aquí, empecé en 2013. Me interesaba entrar a trabajar acá porque, no por el instituto en sí, sino porque yo siempre dije que me gustaría trabajar en tres lados. Uno era en el LATU. En el Palacio Legislativo. O en Zona América. Viste cuando tenés esas cosas de decir “Me gustaría trabajar en estos tres lados”. Y bueno, era como una de mis metas que yo quería alcanzar, que siempre había dicho. Era una meta personal.

Mientras tanto, viví en casa de mis padres hasta los 23 años, cuando quedé embarazada. Me fui a vivir en pareja un tiempito corto, después me separé. Y soy mamá soltera, si bien tiene el padre, todo lo que quieras, pero crio a mi hija sola, crie a mi hija sola. Tuve a mi hija sola.

Ahí estaba saliendo del trabajo de la facultad, estaba terminando la pasantía. Y al trabajo en la Sociedad... entré a los 20 días de haber tenido a mi hija, así que imagínate. No tuve tiempo porque necesitaba trabajar.

Después de la pasantía me fui a hacer la suplencia, después me quedo embarazada y ahí yo ya no tenía trabajo. Entonces en mi embarazo no tenía ingreso. Ahí es cuando me fui a vivir con el padre de mi hija, hasta los 7 meses de embarazo. Y después de los 7 meses, me separo y me vuelvo, no a casa de mis padres. Mis padres negociaron para alquilar un apartamento arriba de la casa de ellos y me fui a vivir para ahí. Entonces, sí o sí tenía que conseguirme un trabajo porque tampoco me podían mantener, vamos a decir, una casa y todo lo que requiere. Entonces a los 20 días consigo ese trabajo y comencé ahí a trabajar. El embarazo fue muy complicado por la instancia por la que pasé, porque no era lo que uno sueña.

No siempre quise tener hijos. Me gustaban los niños, pero no era como un deseo. Viste que hay mujeres que sí desean casarse, que juegan a las muñecas y todas esas cosas. Yo no. Mismo cuando quedé embarazada, estaba en una de mis etapas menos serias. En las que salía siempre, me iba de vacaciones con amigas. Como que estaba en una de mis mejores etapas. Veinte y pico de años, como qué no. Pero no era un no rotundo. Pero yo creo que si yo lo hubiese programado no era para esta edad, vamos a decir. Para los 23 años cuando queda embarazada. No. Lo hubiese estirado. Sí. Porque no tenía pareja estable en ese entonces. Estaba en otra.

Si bien la pareja que tuve la tenía hace muchos años. Estuve 5 años en pareja. Lo conocí a través del primo de una amiga cuando tenía 19 años. Me embaracé en un momento que estábamos peleando. Y bueno, ahí, a tomar la decisión de a ver qué iba a

hacer. Yo dije que no, que iba a seguir adelante. Yo ya había finalizado la relación con él cuando me embarazo, entonces era todo como nuevo. Si bien nos conocíamos y las familias se conocían, y teníamos una buena relación entre nosotros, era como muy rápido como encarar todo junto. Todo algo nuevo vamos a decir. Y nos fuimos a vivir juntos; si bien de novios pasábamos toda la semana juntos, uno se quedaba en la casa, después un fin de semana nos quedábamos en otra, viajábamos juntos, en familia, nos juntábamos, era todo viste cuando decís ideal. Y después tuve una decepción, no encaró, era muy inmaduro, entonces, me separé a los 7 meses de embarazo.

Durante el noviazgo, en la semana, pasábamos pila de tiempo juntos porque yo iba a quedarme a la casa de él. Vivíamos muy cerca también. Él venía a mi casa. No era que me cambió, yo sabía a lo que me podía enfrentar porque ya nos conocíamos. Pero no. Muy inmaduro. No fue una buena experiencia esos 7 meses, vamos a decir, de convivencia. Nos peleamos mucho. Hasta los 7 meses no pase un embarazo muy lindo, cómo se podría llamar. Entonces tuve que tomar la decisión después de que yo no podía seguir así porque no era yo sola, tenía una nena adentro. Entonces era como que tenía que tomar una decisión de que esto ya estaba, y tenía que seguir encarando. Ahí me separé. Me separé. Me fui. Me fui a vivir para el apartamento arriba de mis padres. Como yo no tenía los ingresos, mi hermana del medio, que también es mamá soltera, accedió a vivir conmigo. Entonces íbamos a repartir los gastos. Si bien teníamos a mis padres abajo, era un momento muy especial, muy sensible. Yo estaba desesperada por conseguirme un trabajo. Entonces como que, era como que se me vino todo junto y estaba sola. Sola en el sentido de que no iba a faltarme ni plata ni comida, pero no era el ideal.

Fue un momento de crecimiento personal. Tuve que madurar. Si bien yo siempre fui una persona muy consciente de todo lo que hacía y muy independiente, tuve que aprender a ser mamá y papá a la vez. Porque estaba sola. Me enseñó mucho, esa etapa. Mucho. Hoy en día lo veo reflejado en mi hija, de lo que es, en lo divina que es. Pero no la pasé bien sinceramente. Imagínate que vos escuchas una familia. Y yo estaba sola. Iba al médico sola, me han dejado sola. Y a los 20 días tuve que salir a trabajar. O sea, no, no, no fue muy bueno. Porque yo les decía. Siempre digo lo mismo a todo el mundo. Ay me emociona, perdón (se le entrecorta la voz). Lo peor que fue sacarle la teta a mi hija. Eso fue como, en el sentido que tuve que salir a trabajar para, para...

Al entrar al trabajo, hubiera podido pedir una licencia maternal, pero en ese momento lo único que necesitaba era trabajar. Tampoco lo planteé. Estaba como bloqueada. Necesitaba. No podía pedirles nada. Era por eso. Hoy en día, después con los años lo aprendí. Y me di cuenta de que a través de la ley podría haberlo pedido. Podría haber sido de otra forma. Pero en ese momento sentía que no podía pedirle nada a la persona que me estaba dando trabajo. Pero era porque estaba ciega.

Si bien tenía el apoyo de mis padres, de mis hermanas, era difícil porque recién había parido una nena, un bebé. Y eso. Era sacarle la teta a mi hija en el período donde más me necesitaba. Entonces fue muy difícil. Ay perdón. Es que lo sigo contando. Creo que por vida lo voy a seguir contando. Y es difícil.

Hoy en día sigo viviendo arriba de mis padres. Mi hija tiene 8 años y hace 4 años que vivimos solas ahí. Mantengo el apartamento yo. Cuando se fue mi hermana el cambio no me costó mucho. No es que sea millonaria ni por el estilo. Vivo como todo el Uruguay remándola siempre. Con un sueldo solo es todavía más complicado. Cuando vos tenés una familia constituida, hay otro ingreso.

Si bien yo me separé a los 7 meses, cuando E nació, yo le avisé que estaba en el hospital. Más que nada por un tema personal, para que mañana no se me recriminara, que mi hija no me recrimine que no le había avisado al padre, ni nada por el estilo. Y si bien él estaba en el hospital, yo parí sola. No me cambió nada que él esté ahí o no esté. Entonces cuando nació Emma. Si bien él estaba, seguimos separados, él no apareció. Yo le avisé. Mis padres fueron a hablar con los padres de él porque, para tramitar la cédula después de que nace un niño tenés 15 días corridos para poder anotarla en el registro. Sólo ese plazo que te dan. Y mis padres fueron a hablar con su familia a ver si sí se iban a hacerse cargo y si le iban a dar el apellido. En su momento le dijeron que sí. Y entonces quedaron “bueno, bueno nos comunicamos”. Porque hay que ir al registro civil a anotarla. Y no apareció. Y fui yo a anotarla. Los dos primeros años fue reconocida por mí sola y mismo en la partida queda claro. La reconocí yo con mis apellidos.

Hasta los dos años me llega una notificación judicial para hacer un reconocimiento de paternidad. Ahí mediante abogados tuvimos que contestar. Y lo que se solicitaba para el reconocimiento de la paternidad era que nos teníamos que hacer el ADN, la nena y yo. Eso corría por cuenta del padre. Nos fuimos a hacer el ADN, dio positivo, y todo eso encadenaba a qué, como él había aparecido e iba hacer un reconocimiento de paternidad, después sí o sí tenía que reconocerla. Y después de ahí se desencadena todo el tema de la pensión alimenticia, los cuidados, la coordinación de visitas, viste.

E no había visto a su padre, no lo conocía, era muy chiquita. Entonces, pasé por todo eso también horrible. Pasé por todo eso horrible. Después que dio positivo el ADN, la fue a reconocer él. Tuvimos que sacar cédula de nuevo con los apellidos de los dos. Y de ahí se desencadenó una pensión alimenticia y un convenio de visitas. Todo eso mediante abogados. Se tuvo que dar un convenio de visitas mínimo porque, claro, tenías que empezar como de cero. Y bueno la pensión alimenticia, qué es un porcentaje que se le hace como a su ingreso, que es automático. Eso todos los meses me lo depositan a mí. Él trabaja del empleo público entonces automáticamente todos los meses yo tengo la pensión alimenticia.

Actualmente no estoy en pareja. Siempre le digo a todo el mundo, si estoy sola, sola en el sentido de que no mantengo una pareja estable, es porque yo quiero, porque pasé muchas cosas. Entonces, no es que estoy negada, ni estoy asustada, ni tengo miedo. Pero tuve que superar todo sola. Como que hoy en día no me llama la atención. Me acostumbré también a la vida que tengo. Me mantengo yo sola, mantengo a mi hija, hacemos lo que queremos, vamos a donde queremos, digamos a donde el recurso monetario da. Pero no me veo como volviendo a convivir con alguien más. No lo veo. Eso no quiere decir que mañana me encuentro un compañero y pueda estar en una relación.

Pero lo que tengo claro es que va hacer tú en tu casa y yo en mi casa, eso lo tengo clarísimo, porque estamos en unos tiempos en donde está muy complicada la sociedad. Hoy en día hay son muchos abusos. Muchos abusos de familia, de familia interna estamos hablando. ¡Ni familia externa ni amigas ni amigos, estoy hablando mismo de la gente interna! Todo eso es algo que yo trabajo con mi hija. Que tenga mucha confianza, porque es una nena y no es que habló de abuso con ella, por supuesto que no, pero vamos trabajando en el sentido, de bueno, en la escuela qué hiciste, que no hiciste, sabes que no te puedo de sentar arriba de nadie, cuando te bañas las partes íntimas te las toca tu sola. Muchas cosas que vengo trabajando con ella. Independientemente a mis miedos. Porque eso es un temor que yo tengo por supuesto. Por las cosas que están pasando hoy. Eso es

una de las cosas a las que yo le tengo mucho miedo. Meter a alguien a mi casa, aunque sea el mejor del mundo, aunque sea el más bueno, tengo una desconfianza tremenda con todo el mundo.

Creo que la experiencia por la que pasé también me llevó a ser muy protectora de mi familia. Mi familia es ella y yo, entonces como que estoy como siempre pendiente de todo. Aprendí a estar pendiente de todo. Aprendí a ser multitasking, incluso gané el premio a multitasking el año pasado (risa). Es algo que aprendí por todo lo que viví. Y si bien siempre fui muy independiente, la situación por la que pasé me hizo madurar muy de pronto. Y aprendí a hacer todo yo. Hoy en día sí mismo alguien me quiere decir “te ayudo”, contesto en automático: “no, no, yo puedo”. Eso lo aprendí. Y estoy contenta de ser como soy. Digo, no es que voy a negar una ayuda, por supuesto que no si estoy con 20 bolsas.

Cómo explicarte. Lo elegí yo. Hoy en día estoy sola. No tengo una pareja estable, pero porque yo quiero. No es que no me siento capacitada. Yo salgo, tengo amigos. Estoy sola porque sí, porque yo quiero. Estoy contenta con la vida que estoy llevando.

A futuro, yo quiero seguir evolucionando. Profesionalmente. Y como persona también. Viste que hay lugares donde vos tenés como un ciclo, como que llega un momento donde vos querés o cuando empezás a pensar en otras cosas. Yo estoy cómoda acá. Me gusta lo que hago, si bien seguimos trabajando a través del sindicato para que se regularice la situación de varios compañeros que hacemos tareas que exceden a nuestro cargo y no se nos están pagando, estoy cómoda. Eso no quiere decir que, si mañana me sale una propuesta mejor, no me vaya a ir. Yo en eso siempre estoy abierta. No tiene que ver sólo con la remuneración. Va en una remuneración, en la carga horaria, en otro lugar físico. Porque si bien estamos lejos, porque estamos en un lugar alejado digamos del Centro. Yo vivo en la otra punta, pero cuando vos trabajas en un lugar cómodo, un lugar lindo, donde tienes buenos compañeros, donde tenés flexibilidad. Porque si yo mañana tengo a mi hija enferma, no vengo y si tengo a mi hija enferma, tenemos unos días por si tenemos que pasar por eso y no te descuentan del sueldo. Tenés beneficios en ese sentido. Entonces si yo mañana tengo que ir a la escuela de mi hija, por decirte, a una actividad, sé que no tengo problema, que en otros lugares hay problemas.

No tuve una experiencia que diga: “No, no vas y te quedas”. Pero cuando trabajé en el estudio era como más, más fuerte todo. No era sencillo decir: “Hoy no vengo por tal cosa. Hoy me voy a la escuela y después vuelvo”. Hay lugares en donde no tenés flexibilidad laboral para poder hacer otras actividades o para cumplir o ir al médico o no sé. Todo esto suma. Hoy en día estoy bien. Si bien es lo que te digo, seguimos peleando con el sindicato para que se reconozca el trabajo de los compañeros. Estoy cómoda.

Y a nivel formativo, en este momento, estoy terminando el Liceo. Arranqué con este plan el año pasado. Me quedan quinto y sexto entero. Arranqué el año pasado y lo que tiene este plan también es que se divide en dos cuatrimestres. Es como un plan especial. Primero porque no entra cualquiera porque tenés que tener, hay requisitos. Tenes que tener menores a cargo. Tenés que estar trabajando. Ellos te hacen como, te evalúan todo eso. Y las clases son de pocos alumnos. Más que nada ves gente adulta, gente que no terminó secundaria y entonces precisamente usa este plan para eso.

Esto es una decisión que me costó tomarla, en el sentido de planificación de mi vida. Porque mi hija ya tiene 8 años, está en tercero de escuela, pero, como me manejo sola, tengo que coordinar, dejarla con mis padres. Es toda una coordinación. Y llego tarde. Ese día ya no la veo. Tengo que dejar comida, tengo que dejar ropa para que se bañe. Esta

fue una decisión difícil en ese sentido. Pero por suerte mis padres me apoyaron como siempre. Gracias a Dios que los tengo. Estoy terminando y si todo va bien el año que viene ya estaría terminando, culminando con este plan.

Y después quiero hacer una tecnicatura en gestión. Si viene ya puedo ingresar porque te piden cuarto para que puedas ingresar. Pero no, ahora estoy con esto. Quiero terminar esto. No voy abandonarlo porque me costó retomar los estudios secundarios. Pero mi idea es seguir estudiando, me tengo que seguir formando porque hoy en día el país está muy competitivo. Para conseguir cualquier cosa la formación es alta. Entonces, mi idea es seguir formándome.

Decidir retomar los estudios fue algo personal, en un momento me di cuenta que ya mi hija está grande. Podía entender la situación de que no me va a ver en todo el día. Como que ella sepa dónde estoy y tome conciencia de la situación. Que no sea “¿dónde está mi madre? me abandonó”. Mismo cuando me ve estudiando para los exámenes, ella sabe y entiende y apoya, que es lo más importante. Si bien es una niña, es consciente. Pero la decisión fue como ese combo. Fue personal y fue el momento en donde me di cuenta que lo podía hacer. Porque tenía que coordinar estas dos cosas.

La adultez es una etapa que tenemos que pasarla todos. Algunos la pasan de una mejor manera. Otros luchándola de otra. Pero, si bien tengo 31 años, me siento joven. Porque me siento joven. Y a la vez me siento muy adulta por las responsabilidades que tengo en lo personal, en lo laboral. Mi vida diaria. Soy una laburante más. Madre de tiempo completo. Pero no me arrepiento de las etapas que pasé, de todas las cosas que pasé para verme hoy como adulta. Como que estoy orgullosa de la persona que soy.

Fernanda

31 años

Yo soy del interior, de Artigas, es un departamento que es frontera con Brasil, al norte de nuestro país, nací ahí y viví ahí hasta los 18 años y me vine a Montevideo a hacer la facultad, porque allá no hay facultad.

Hice toda primaria, secundaria, y cuando tenía que elegir la orientación, porque en Uruguay elegimos cuando pasamos a 5to de bachillerato entre biológico, científico o humanístico. Yo sabía que iba a hacer letras, algo con letras, pero no sabía bien qué. Hice humanístico y derecho, en ese momento, cuando más o menos estaba eligiendo, mi idea era hacer profesorado de literatura o de filosofía, y esa era como mi prioridad, y después cuando empecé, se hizo el momento de realmente decidir y ver qué quería hacer. Empecé a informarme de que cosas más había, y me interesó trabajo social. Había en Salto, que es una ciudad que está cerca de Artigas, a 4 horas más o menos de distancia, que es menos que Montevideo, pero yo ya tenía una hermana que vivía acá, y mis amigas que también terminaban el bachillerato en ese momento venían a estudiar acá también y eso me hizo inclinar la balanza para Montevideo, ahí me vine a los 18.

Mis papás siempre me dieron la libertad de elegir. Mi papá es panadero, ya es jubilado, y mi mamá trabaja en un comercio que tenemos en casa, un almacén, y ahora mi papá también. Mi hermana es maestra, y después tengo una hermana que es enfermera. Mis papás nunca incidieron ni en mí ni en mis hermanas de decir que querían que hiciéramos, ellos decían, estudia vos elegí, lo único apoyar y acompañar, siempre. Entonces, cuando les dije que me iba a Montevideo, me ayudaron a ver dónde vivía, cómo

me venía para acá y todo, pero fue muy difícil, por ejemplo, el día que me vine con todo fue sólo mi papa a llevarme a la terminal donde tomé el bus y todo, porque mi madre estaba tan mal que me despidió ahí en la vereda. Ahí me vine y después, ella tuvo problemas de salud y todo, porque yo soy la hija más chica de ellos, entonces quedaron con el nido vacío conmigo, y yo extrañé pila, un montón, inclusive hice primer año de facultad, segundo y cuando tenía que hacer el cuarto semestre, me volví a Artigas. Hice todo el primer semestre, y perdí todo el segundo y la práctica, porque no aguanté más y me fui, y después regresé de nuevo.

Yo sufrí pila porque allá nosotros somos un pueblo chico, o sea una ciudad chica, yo tenía pila de libertad para salir, para andar con mis amigos, y acá, inclusive me vine a vivir a Canelones el primer año, tenía una hora de viaje hasta Montevideo, y para mí era todo enorme, recuerdo que fui a la facultad por primera vez y después toda la primera semana no fui, porque dije que era mucha gente, que había gente grande, un montón de cosas y no fui. No era lo mismo salir, por ejemplo, tener esa libertad de salir, entonces no salía tanto, eran otros horarios, otra exigencia y ahí se complicó. Después, me fui haciendo compañeros que estaban en la misma situación porque también venían del interior a vivir solos y fui conociendo más la ciudad, manejándome sola, porque al principio me perdía también, me costaba saber para donde tenía que tomar el ómnibus y todo, y ahí de a poco.

Llegué a vivir con mi hermana, estuve dos años con ella y después me fui a vivir sola. Extrañaba mucho, lloraba un montón, inclusive un tiempo trabajé en una fotocopiadora y siempre se reían: vienes horrible cuando vas a visitar allá. Era todo en realidad, porque tu casa, estás en tu casa, tenés tus cosas, salías y llegabas y tenías la comida, estabas con tus padres, yo tenía mucha independencia porque desde chiquita mi papá me enseñó a manejar, entonces yo agarraba la moto o lo que sea, me iba para un lado o para el otro, y acá fue de un momento para el otro sola, porque además mi hermana también tenía sus cosas, estudiaba, trabajaba y yo pasaba todo el día sola, y en mi casa, en Artigas, yo estaba con mis padres, con mi abuelo y como es una comunidad, mi barrio es una comunidad muy unida, y con mucha cosa, siempre había gente en mi casa, vecinos, esto y lo otro, bueno está el comercio, siempre iba gente a comprar, y bueno, fue como un cambio bastante importante.

En términos de las tareas del hogar, de los quehaceres, no fue difícil porque eso ya lo tenía incorporado. En mi casa también siempre ordenaba, cocinaba, todo, pero siempre en compañía, no fue tanto la dinámica de cómo me organizaba, sino el llegar a la casa y estar sola. Y como vivía lejos, no podía ver tanto a mis amigos, fue como una adaptación, en mi experiencia difícil, después sí me adapté, me gustó, ahora vivo sola y estoy bárbara, pero, en ese momento cuando me vine del interior, no.

En el cuarto semestre me volví a Artigas. Fue como un proceso de la adaptación que no fue nada fácil y que, si bien seguía estando me costaba, y en ese momento, yo vivía con mi hermana y con mi cuñado, que mi hermana en ese momento estaba en pareja y ellos se estaban separando en una situación bastante compleja y yo me sentía incómoda, entonces tenía que mudarme, iba a mudarme a una residencia estudiantil y fue como todo, otra vez mudarme que ya me había costado pila venirme de Artigas, y huir fue la opción que tuve. Nunca pensé en dejar la carrera, pensé en irme, me voy y después veo, y pasé re mal, lloraba allá todo, después me repuse y volví, fue por eso que volví. Volví a una residencia estudiantil, donde viví un tiempo, casi 4 años. Ahí ya fue en Montevideo, venía

caminando a la facultad, y fue otra dinámica, viví un tiempo y después empecé a vivir sola, viví en pareja en realidad, primero, y después ya viví sola.

Mi primer trabajo fue en la fotocopiadora, ahí cuando regresé. Lo único que había hecho antes, uno de mis hermanos tiene un comercio de comida, y a veces, cuando se le complicaba quien atendiera la caja, yo lo atendía, pero cuando tenía ya 16, 17, 18, iba algunas noches y atendía la caja, manejaba algún dinero, pero puntual a darle una mano a mi hermano. Mi hermano me pagaba. A mí me encantó, me compraba ropa, juntaba lo que ganaba ahí con mi hermano, e iba a algún lugar y me compraba ropa, nada más, y me sentía bien.

El trabajo en la fotocopiadora lo odié. Llevaba dos años en Montevideo, fue cuando regresé. Había un receso en facultad, y yo tenía que dar exámenes y dije voy a trabajar, así junto plata, y me puse a trabajar. Y no me gustó, porque yo tengo un problemita con la autoridad, no me gusta que me den ordenes, que me manden, y siempre tengo esta cuestión de estar reclamando, por ejemplo, nos pagaban 2 pesos y si no había tarea, nos mandaban a contar las gomas, entonces si no había nada para hacer, ah bueno mirá, no sabemos cuántas gomas hay en stock hay que contar, y tenías que contar gomas y yo me re quemaba, nos pagan 2 pesos. Menos mal que elegí esta carrera donde no tengo que tener, si bien tengo algún coordinador o algo, es más horizontal la cosa. Además, era sacar fotocopias y tenías que limpiar, barrer la vereda, esto y lo otro, y yo soy bastante rebelde, y ahí trabajé un tiempo, y después empezaron las clases de nuevo y me fui. Estuve 4 o 5 meses más o menos, porque era durante el receso de 3 meses de facultad, que teníamos que dar exámenes, yo tenía tiempo libre.

Después, empecé a trabajar en una consultora cuando ya estaba por recibirme, una consultora de mercado que hacía investigaciones para saber el consumo de la gente de diferentes productos, trabajé un tiempo ahí como un año capaz y después, comencé a trabajar ya como trabajadora social, no me había recibido, aún me faltaba la tesis y ya arranqué a trabajar como trabajadora social.

En la consultora me sentía bien. Estuve un año, porque enseguida conseguí trabajo en un centro juvenil. Era trabajar con encuestas, a veces hacíamos encuestas telefónicas, sobre lo que te imagines, de whisky a queso, y después corregí encuestas de las personas que hacían calle, encuestas en calle, recibía, contaba cuantas traían, esto y lo otro, y después había grupos de discusión, focus groups, que hacían también, y bueno, ahí coordinaba una psicóloga los grupos pero yo hacía el tema de las invitaciones, la recepción, el tema de los premios que se le daban a las personas y a lo último, cuando estaba por irme, hacía encuestas en supermercados, íbamos con un grupo y alguien como que supervisaba y me sentí bien, me gustó, pero quería trabajar en mi carrera, trabajo social.

En trabajo social, todas las prácticas las hice relacionadas a territorio, porque en parte también elegí la carrera por obviamente mi experiencia personal, cada uno elige por algo. Mi papá y mi mamá, los dos, tienen mucha participación barrial, ahora ya no, porque ya están grandes, pero yo crecí en un barrio donde había un grupo de vecinos organizado del que mi padre hacía parte, era como una comisión. Tenía como el objetivo, era como el cuadro de fútbol del barrio, pero eso nucleaba y hacía pila de cosas, por ejemplo, si un vecino necesitaba algo siempre se hacían cosas para darle una mano, para ayudar, para recaudar plata, por ejemplo, ellos hicieron el cuadro de fútbol, armaron la comisión, se constituyeron como persona jurídica, después pidieron un préstamo al ministerio de vivienda para hacer la sede. Se hacían pasteles para vender,

olla comunitaria... Yo tengo muchos recuerdos de ser chica y estar siempre en ese contexto, en ese entorno. De que fuera de noche y los amigos de mi padre estuvieran contando el dinero, haciendo actividades, planificando, haciendo reyes, papa Noel para los gurises del barrio. Cuando fui adolescente, yo era muy de salir, sábado, domingo, a bailar, todo, y había sábados, por ejemplo, que yo no salía con mis amigas porque me iba con mi papá y con los amigos de mi papá a pelar cebolla, papa y todo porque al otro día teníamos una cazuela, y teníamos que vender para recaudar plata porque necesitábamos tal cosa para el barrio, ¿viste? Y mi mamá estuvo siempre en una comisión, no había saneamiento en ese momento en el barrio, entonces los vecinos se unieron para poderla pedir, y mi madre estaba en esa otra comisión, estaba apoyando a mi padre siempre en esa movida, pero a la vez ella también trabajaba como en otras cosas, pero en el barrio. Y ahí al lado de mi casa hay una capilla que es capilla San Miguel, el barrio se llama San Miguel, y esa capilla hace cosas comunitarias, entonces, el grupo de las religiosas de la capilla, más el grupo de los vecinos del barrio que era con mi padre, más el club de fútbol, que tenía de niños hasta adultos, y era como una escuela y era todo a pulmón, y después, allá hay una cultura de carnaval brasilero y había una escuela de samba en mi barrio, y también todos trabajaban juntos.

Mucha ,mucha actividad comunitaria, explícita, implícita, porque desde muy pequeña recuerdo andar en eso, mis hermanos, también, toda mi familia somos devotas de San Miguel porque hay mucha identidad con el tema del barrio, yo tengo un San Miguel ahí, y claro cuando empecé a hacer la facultad, que tiene un montón de eso que viví, siempre elegí las prácticas que tenían que ver con territorio, la primer práctica la hice en El Cerro, con temas también de políticas urbanas, de entender el barrio, su historia, qué políticas habían ahí, todo eso. Después, elegí una práctica que tenía que ver con una cooperativa en el barrio Peñarol. Dos barrios que tienen muchísima historia, y el tercer año otra vez hice territorio en El Cerro de nuevo, y elegí eso porque me encanta, y después, en realidad, la vida te lleva a otras cosas y mi primer trabajo fue con adolescentes, nada que ver con lo que me había formado.

A los 24 años, un compañero de facultad trabajaba en una ONG que gestionaba ese centro juvenil y me avisó que necesitaban un trabajador social, mandé currículum, me llamaron a entrevista y quedé. Trabajé dos años ahí. Estuvo bueno, fue como mi primer trabajo, ahí sí me vinieron pila de dudas, no de la profesión sino del cómo intervenir, de cómo llegar a los gurises, a las familias y todo. Aprendí un montón de mis compañeros, pero me fui por dos cosas, una por cuánto me pagaban, que me pagaban muy poco y yo ya empezaba a tener que mantenerme sola, porque ya estaba por recibirme y eso. Y lo otro como yo tenía tan poca diferencia con los gurises que intervenían, porque había gurises de 18, y yo tenía 24, 23, 24, por ahí, yo no me sabía cómo llegarles. Y por esas dos cosas decidí irme, después hubo un llamado para el CAIF donde estoy ahora, también me presenté y quedé, y bueno la vida, el trabajo me llevó a primera infancia y me gustó mucho, y empecé a estudiar eso, infancia, adolescencia, que no me había especializado en la carrera. Hice el curso en un instituto privado que ya no está más, que se especializaba en primera infancia, que tenía docentes psicomotricistas, psicólogos, fonoaudiólogos, todo.

Dos años antes de terminar la carrera, me fui de la residencia de la residencia de estudiantes a vivir con quien era mi novio en ese momento, cuando trabajaba en el centro juvenil. A mi novio lo conocí en la facultad, estudiaba la misma carrera. Empezamos a ser novios, y cuando yo estaba terminando la carrera y él también,

decidimos buscar un lugar e ir a vivir juntos, y fuimos a vivir nosotros y un amigo y alquilamos algo más grande y después, quedamos viviendo juntos y después nos separamos. Después que pasó y terminó la historia, me cuestioné si esa decisión fue consciente o fue llevada por cosas de la vida. Se dio así, vamos a vivir juntos porque estamos en esta, pero después que pasó el tiempo, yo me pregunté: ¿será que ese era el momento de ir a vivir juntos? porque éramos muy chicos. Yo tenía 24 años. Estuvimos en pareja 8 años y vivimos 3 años juntos.

A mis padres nos les gustó que nos fuéramos a vivir juntos. Esa fue la primera vez en la vida que no les gustó mucho. “Si para vos es mejor, bueno, dale”, pero eso no les gustó mucho: “¿estás segura?” Y como yo no les doy importancia por esto de que ellos me dieron libertad siempre, me chupó un huevo, hablando mal y pronto, y me fui a vivir. Me preguntaban si estaba segura, me dijeron que me seguían ayudando y que viera otra opción para vivir, pero no, no, yo además ya no quería depender de mis padres tampoco. Aunque el primer tiempo que vivía en pareja, igual me ayudaban un poco económicamente ¿no? porque recién estaba trabajando ahí y el sueldo no era mucho en el centro juvenil.

Al principio de vivir juntos estuvo bueno porque yo ya estaba muy cansada de vivir en la residencia. Cansada de compartir, porque éramos unos cuantos estudiantes, tenías que compartir la cocina, compartir el baño, compartir esto y yo ya no quería más eso, como que se había cumplido su tiempo. Y, al ir a vivir en pareja, como que tenía pila de miedo porque era la primera vez que me iba a hacer cargo de un alquiler, de las cuentas, de esto, lo otro, más allá de que había gastos compartidos, pero fue un alivio porque ya estabas como más independiente ¿no? Porque en lo otro compartías, vivías en comunidad, y bueno, fue bueno con relación a la pareja, en los primeros años de vivir solos estuvo bueno, y después ya no tanto. La división de quehaceres no fue problemática. Mi compañero era bastante... no había como problema. Por ejemplo, yo odio lavar y tender ropa, él lavaba la ropa, la cocina, era ordenado, en ese sentido de compartir las tareas no había como rispideces en la convivencia, porque nos entendíamos, él hacía, yo hacía. En un momento yo trabajé de noche en un refugio nocturno para personas en situación de calle, salía a las 12 de la noche, y mi pareja llegaba antes y hacía la cena él.

Terminé algunas materias que me quedaban ya trabajando en el centro juvenil, en realidad, me quedaba una materia que la di como tres veces, porque me trancó, que era derecho y después hice la tesis y terminé. Yo me tranquilé un año con esa materia, entonces ahí como que sufrí, y cuando la aprobé, la tesis la hice en 6 meses, porque yo ya tenía la idea, sabía cómo la quería y todo, y la hice rápido, la tutora que en ese momento me ayudó, le mandaba y me decía sí, está bien, y yo decía, pero esta mujer no me corrige nada, y eso me daba inseguridad, entonces yo tenía un profesor que había sido mi profesor en investigación que no pudo ser mi tutor porque se fue a hacer una maestría a España, entonces le escribí un mail, me está pasando esto, yo no sé si esta bueno o no, pero a mí me gustaría que vos me leyeras la tesis, y él me dijo sí, plantéale a tu tutora y yo no tengo ningún problema, y desde España me corrigió la tesis, y si me dio sugerencias, cosas, esto lo otro, y la fui como arreglando y ahí sí me sentí más segura. Recibirme no me cambió mucho. Fue como ¡genial! me recibí y ¡vamos´ arriba!, me ensucié, compartí con mis amigos y al otro día, todo igual.

Después de tres años de vivir en pareja, a mis 27 años, nos separamos. Fue difícil. Me separé porque mi pareja me engañó, y yo no me lo esperaba, nosotros nos

llevábamos, o yo por lo menos pensaba, que nos llevábamos bien, no teníamos mucha complicación en la casa, nos entendíamos bien y un día, me enteré que él me estaba engañando y fue doloroso. Decidí irme de la casa, terminar con la pareja, pero lo seguía queriendo. Entonces, cuando tomas una decisión racional, pero el sentimiento no va acompañado, porque más allá de que yo no quería eso y no iba a seguir después de eso, yo lo seguí queriendo pila. Y ahí tardé bastante tiempo para recuperarme emocionalmente y estabilizarme. Fue muy difícil, lloré mucho, me iba a mi trabajo llorando hasta la esquina, me limpiaba las lágrimas y entraba a trabajar.

Me vine a vivir sola acá, yo elegí vivir en este lugar porque mi hermana vive a una cuadra y, en ese momento, quería estar cerca de alguien, y al principio cuando me vine a vivir acá, me ponía un millón y medio de actividades, no me daba el día, las 24 horas no me daban, iba a trabajar, después hacía esto, esto, lo otro, como para no llegar y estar sola, porque era la primera vez en mi vida que iba a vivir sola, porque imagínate, toda mi vida en Artigas con un montón de gente, con todas esas actividades que te conté. Entonces hacía de todo, estaba agotada porque no me daba la vida para no sentir, para no pensar, y después de a poco fui como, bueno, voy a decorar, voy esto, pongo esto lo otro.

Mis padres a pesar de toda la vida en pareja en su casa, con sus hijos, a mí no me cuestionan para nada, porqué vivís sola, por qué no tenés hijos, los amo porque no me dicen ¿no vas a tener hijos? ¿por qué no tenés hijos? que yo sé que hay amigas que les pasa eso. Mis padres no, para ellos está todo bien, si yo estoy bien, ellos están bien, y mis padres, capaz que no me rompen las pelotas para que tenga hijos porque ellos ya tienen nietos. Y sobre vivir sola tampoco, sí les gusta que yo viva cerca de mi hermana ¿viste? que está bueno porque si ella necesita algo y yo necesito algo, estamos cerca y no está bueno que yo me vaya a vivir lejos, eso sí, pero que viva sola, no. De la maternidad tampoco.

En ese momento seguía trabajando en la ONG, en el centro juvenil, y había entrado a trabajar a INAU. En ese momento me gustó más, por esto que te decía, con los adolescentes como que no me encontraba y ahí cuando empecé a trabajar con primera infancia compartía con los niños y demás, pero yo trabajaba más con sus papás, con los adultos o con los referentes y me sentí más cómoda, mucho más cómoda.

Después en el INAU y en otro trabajo, empecé a trabajar con gurises más grandes inclusive con adolescentes y sí me fui sintiendo mejor, pero ya tengo 31. Ahora me gusta trabajar con chicos hasta 17 y con la familia, no me iría a trabajar en vivienda, seguiría trabajando acá, en vivienda y territorio no. Igual, hago pila de territorio porque cuando los chiquilines no van o pasa algo voy. O la organización en la que yo trabajo, que me vine hoy antes, hace, por ejemplo, una ludoteca callejera, entonces eso lo trabajamos con las familias y todo, con la comunidad, con otros, trabajas con la policlínica, con el liceo, con la escuela, con esto, haces territorio, es muy variado.

Sobre yo tener mis propios hijos. No tengo hijos, hoy no siento ni las ganas ni el deseo de ser mamá y no es algo que me preocupe tampoco, hoy no siento ganas y si en un momento siento ganas de ser mamá y no están las condiciones, tampoco creo que me vaya a quitar el sueño, no soy muy “ay capaz que un día sí quiero ser mamá y no tengo pareja, capaz me hago una inseminación esto, lo otro”, no, nada de eso, me gusta más lo natural, entonces, si no se da, prefiero no serlo. Yo nunca he sido de “ay sí me encantaría ser madre”, ni cuando estaba en pareja.

En algún momento salió el tema, de que podríamos ser papás, y si no, veíamos, pero ahora que estoy sola, no me quita el sueño, en este momento no quiero, y no sé si en algún momento quiera. Y después si me planifico, no es algo que en el futuro quiero tener, no sé, no sé si quiero tener hijos.

Ayer por ejemplo salí con una amiga y hablábamos eso, yo digo no sé por qué, primero, que me encanta dormir y no voy a poder dormir si tengo un hijo, si me levanto para ir a trabajar tengo que arreglar a la criatura y tengo que arreglarme a mí, ¿cómo hago?, no sé si me veo siendo mamá, en este momento no quiero y en un futuro no sé si me veo, capaz que sí, capaz que no. En el trabajo me encanta cuidar niños. Me encanta, pero que sean de otros, no míos. Me encantan los gurises, siempre estoy pila con ellos, me encanta trabajar con los papás con el tema del vínculo y todo, pero yo en mí, no.

Es que además del INAU y la ONG, estoy en un proyecto de abrir una cooperativa para abrir un CAIF. Fue con unas compañeras que trabajamos en el centro juvenil, una psicóloga, una profesora y una educadora y yo, que teníamos ganas de seguir trabajando juntas, pero no dependiendo de alguien y entonces empezamos a pensar en una cooperativa, también todas teníamos como una idea, una experiencia, nos gustaba cómo funciona y bueno, ahí empezamos a juntarnos para ver, empezamos a asesorarnos en todo lo que es legal y ahí fue que surgió, logramos tener el estatuto y ahí empezamos a ver qué posibilidades de cosas teníamos para hacer, salió el llamado del CAIF, nos presentamos pensando que no íbamos a ganar, nos presentamos como para tener la experiencia de hacer un pliego, de escribir algo y salimos, y dijimos: bueno ¿y ahora? ahora vamos a encarar, y estamos gestionando. Hace un año es un nuestro primer proyecto, tenemos ganas de hacer otras cosas, hay pila de ideas, se tienen que materializar y estamos en eso.

Mis perspectivas a futuro a nivel laboral, uf cambié muchísimo, por ejemplo, cuando estuve en INAU tuve la posibilidad de hacer carrera ahí adentro, de cambiar, de concursar, de hacer dirección y todo, y en un momento pasó por mi cabeza y me gustó, y después, hoy por hoy creo que me quedaría trabajando en territorio, compartiendo con mis compañeros así en la horizontalidad, por un tiempo después más adelante no sé, pero ahora sí. Con la cooperativa me siento super cómoda, me gusta por donde vamos. Tenemos ideas, bueno de otras cosas, y en este lugar donde trabajo ahora me gusta también el perfil de la organización civil, el territorio donde trabajo, comparto pila con compañeras que viven en el barrio, porque tienen una historia ahí de la creación, me gusta.

Y por ahora no me he planteado volver a Artigas, pero yo siempre digo que acá no me voy a morir. Inclusive estoy pensando comprar un terreno allá, para edificar algo y alquilarlo y eso, pero tener algo y cuando ya esté algo más vieja, volverme.

Después de la separación no he vuelto a tener pareja estable, ni conviví con alguien. Y hasta el momento yo quería estar sola, hasta el momento, no quería tener pareja, ni eso, quería como este tiempo, pero ahora ya tengo ganas de volver a enamorarme. Fue un proceso de cicatrización, me parece, no era que me gustaba estar sola, era que me estaba como recomponiendo sentimentalmente, y en ese periodo, descubrí cosas que están buenas, ser independiente, dormir hasta la hora que me den ganas, si cocino algo, cocino, si como o no como, no sé, hay cosas que están buenas, pero ahora tengo como ganas de estar con alguien, no sé si vivir con alguien, pero sí de poder estar con alguien un poco más. He salido ¿no? con personas, pero no más que eso.

Para mí, de separarme y vivir sola, aprendí mucho. Aprendí mucho, de poder, de saber, de darme cuenta que podía sola, yo me mudé, dejé todo en mi otra casa, todo. Le pedí a él que se fuera, y como veía que no y no, y ya conocía más o menos el paño, conseguí este apartamento, agarré mi ropa y me fui. Dije, yo así no puedo seguir, era como un velorio, mi casa era como un velorio, entonces, agarré mi ropa, mis zapatos y fue con lo único que salí, Sí, me compré desde papel higiénico hasta la heladera y la cocina, absolutamente todo, empecé a pagar el alquiler, esta cuestión de que si vos estás con alguien, decís, si un día me pasa algo, por lo menos sabemos que está la otra persona y si me baja el sueldo tenemos para compartir, o esas cosas, una seguridad capaz y cuando estás sola, decís, si me pasa algo ¿qué hago?, me tengo que volver con mi padres ¿o qué? y ese miedo está, pero después que vas caminando, te das cuenta que, ah no, puedo, puedo y pude y me encantó.

Gané seguridad en mí misma. Por ejemplo, algo pelotudo, pero también simbólico, yo tenía libreta de conducir y no me animaba a conducir en Montevideo. En Artigas de chica manejaba, pero acá no me animaba en nada, y entonces cuando me separe teníamos un auto y yo lo manejaba muy poco, no me animaba a ir a lugares muy lejos o cuando había mucho tránsito. Entonces ¿qué hacemos? negociamos el auto, se lo quedó él, me dio la plata, todo, pero en ese momento que no sabíamos yo me quedaba con el auto un mes y él un mes, y dije yo no lo voy a tener parado, entonces, un día me levanté y me fui a trabajar en el auto y ahí empecé a manejar acá en Montevideo, entonces, fue como que me empoderé en un montón de cosas.

La adultez es un tema. Sí, obvio soy adulta. Primero por la edad, no sé si adulta o joven, bueno ahí tendríamos que pensar. Me estás haciendo pensar, es como muy serio “adulto”, adultez, capaz relaciono la adultez con una edad un poco más avanzada que la mía, o no me puse a problematizar eso, suena como serio o no quiero dejar de ser joven. Significa ser independiente, por suerte tengo la dicha de ser independiente realmente, de poder decidir lo que quiero, de poder elegir dónde estoy y con quien estoy, en mi experiencia ¿no? porque capaz podemos abrir la gama y hay personas que, que están en otra situación por más que sean adultas, pero mi adultez, la relaciono con eso, con decidir, con ser, con estar donde quiero, con quien quiero, de ser independiente.

Ilana

32 años

Soy de Paysandú que es uno de los departamentos al norte del país, una ciudad como de 80 mil habitantes, soy de la capital del departamento, ahí hice primaria, secundaria, bachillerato, y a los 18, me vine a estudiar a Montevideo, porque en ese momento era el único lugar para poder estudiar la universidad. Tenías que venirte a Montevideo. Igual vengo de una familia con padres profesionales, tengo cuatro hermanos, todos mis hermanos estudiaron en la universidad, entonces era natural. Es más, yo desde que tenía 15 sabía que quería hacer investigación y sabía que quería ir a la universidad, entonces a los 18 me vine, mis hermanos estaban acá.

Decidí que quería dedicarme a la investigación a los 15 años. En realidad, fue así: pasaba a cuarto de liceo que es el inicio de bachillerato, y viste que, en quinto acá, en Uruguay, tenés que elegir entre humanístico, científico o biológico. Yo no tenía preferencia, por mí, quería hacer las 3 cosas, las 3 cosas me gustaban, yo no tenía mucha

idea. Entonces terminé en la biblioteca buscando las carreras que había y viendo lo que más me gustaba, y justo en los libros que encontré en la biblioteca siempre decía docencia o investigación, y yo decía: docencia no, me embola, yo quiero investigar. Siempre me gustó estudiar. Para mí nunca fue un esfuerzo ponerme a leer, o ponerme a buscar cosas o sea siempre lo tuve, desde que iba al liceo, era la más nerd de todas, y bueno, en realidad entre a ciencias sociales haciendo trabajo social, que era como lo que más conocía porque mi hermana estaba haciendo esa carrera.

El primer año es tronco común con las otras dos licenciaturas, con sociología y ciencia política, y ahí me enteré que haciendo una materia más de ciencia política después podía derivar en hacer ciencia política, y empecé a hacer esa materia también, además de las otras que iban de tronco común, y me gustó, y empecé haciendo las dos carreras, o sea primero segundo y tercero hice las dos carreras al mismo tiempo, tenía como materias complementarias, pero algunas que eran diferentes, y después en tercero dije trabajo social me aburre, no es lo mismo, yo sigo con la ciencia política. Dejé el trabajo social y seguí con la ciencia política y ahí encontré una rama de la ciencia política que eran las políticas públicas que era la parte que a mí más me gustaba, no me gustaba la parte de sistema de partidos, porque estaba muy trillado, era como ya está todo investigado y la parte de las políticas públicas era como lo más verde, lo que menos sabía.

Entonces terminé la facultad, la hice de recorrido, arranqué en 2005 y la terminé en 2010 que entregué la tesis, y en 2009, cuando estaba terminando las materias, haciendo la tesis, me presenté a un grado 1 en facultad para un proyecto de políticas educativas, se habían abierto muchos llamados de grado 1 y como todavía no te recibís, los posibles trabajos que podés tener como estudiante son hacer encuestas, entonces los primeros 3 años hice encuestas, y cuando se abrieron estos llamados a grado 1, que ya estaba en cuarto de facultad o estaba terminando, dije yo me voy a anotar a todos, y me anoté a muchos, justo a este de políticas educativas había que hacer alguna especie de ensayo, algo así que complementaba el concurso, o sea, tenía que entregar méritos y una especie de ensayo. A mí no me llamaban mucho la atención las políticas educativas, me parecían más bien aburridas, pero hice el ensayo y concursé y quedé en el grado 1 y cuando me metí a investigar ahí, me encantó todo el tema de la educación, me encantó, me encantó, me encantó. Trabajé dos años en ese proyecto con una investigadora de grado 5 de ahí, que fue como una madrina para mí, porque ella fue quien me abrió la puerta en la facultad y después, se te abren otras puertas también ¿no?, una vez que tenés un trabajo más formal en la academia, tenés otras posibilidades, entonces, trabajé dos años ahí con M., en 2009.

Y en 2010 me recibí. Yo ya sabía que me quería ir al exterior, es más, desde que arranqué la facultad sabía que me quería ir al exterior, sabía que con el grado en ciencia política no me iba a alcanzar para tener un buen trabajo y que tenía que seguir estudiando y no quería hacer el posgrado acá porque en políticas públicas no había. La Universidad Católica y la Facultad de Ciencias Sociales lo abrieron después.

En 2010 cuando yo apliqué al CIDE en México, no había ningún posgrado en políticas públicas y la opción era hacer maestría en Ciencias Políticas y era como más de lo mismo, entonces dije, no, yo me quiero ir, y ahí empecé a hablar con compañeros, yo me quiero ir. Entonces claro la primera pregunta era ¿a dónde te querés ir? Entonces yo dije Europa, no, Norteamérica, no, yo quiero quedarme en América Latina ahí entre a pensar bueno ¿en qué países podían tener más desarrollo académico en esto? y los que más me gustaban, Chile podría ser, pero Chile no me gustaba, y eran Brasil o México.

Entonces en 2010, mientras entregaba la tesis preparé el proceso de selección para el CIDE, y al mismo tiempo iba a clases de portugués, por si tenía que preparar el proceso de selección para Brasil. Yo presenté la tesis en agosto 2010 y el proceso para entrar al CIDE recién arrancaba en ese momento.

En ese momento era 2010, hace 9 años, yo tenía 23 años. Me habían hablado del CIDE algunos colegas acá, que alguno había ido ahí, pero sobre todo más FLACSO y Colmex, y la percepción del CIDE era que era como la academia yanqui en México y que era un proceso de selección de mierda, pero bueno, entonces para eso, para aplicar a Brasil necesitaba esperar hasta el siguiente año, pero para aplicar al CIDE ya podía empezar el proceso de selección, entonces ahí apliqué al doctorado y apliqué a la maestría, hice los dos proceso de selección al mismo tiempo. Y pasé a la fase de entrevistas de la maestría.

Entre tanto, mi grado 1 terminó, empezó tipo en junio 2009 y terminó en mayo 2011 cuando yo me fui, o sea terminó el proyecto y yo me fui. Igual el grado 1 en 2010... mira, yo arranqué con el grado 1 que tenía 12 horas semanales y ganaba 3 mil pesos. Obviamente me mantenían mis padres porque entre las encuestas y los 3 mil pesos del grado 1, no había forma de pagar las cuentas. Pero mis padres siempre me apoyaron para que yo terminara la universidad y pudiera seguir.

Mi mamá viene, en realidad, mis papás vienen de tradición católica, y cuando yo dije que quería hacer trabajo social era ¡sí vamos!, y cuando dije que quería hacer ciencia política dijeron bueno... de hecho, el otro día hablando con mi madre me dice: “si cuando vos me dijiste que querías hacer ciencias políticas, yo pensé bueno vamos a ver de qué conseguís trabajo”, pero como hacía las dos carreras al mismo tiempo, igual ellos nunca nos dijeron nada de “esto no lo estudies”, pero bueno sí hay profesiones que son mejor valoradas y hay otras profesiones que generan más dudas, ciencias políticas era una de las que generaba duda, pero nunca me dijeron no estudies eso, igual como yo estaba haciendo las dos carreras al mismo tiempo no me podían decir nada, el trabajo social si estaba como más expandido en 2009 sobre todo en 2005 cuando empezó el gobierno del FA acá mucha gente empezó a hacer Trabajo Social, porque el gobierno empezó a necesitar trabajadores sociales para los programas sociales.

Venir a Montevideo no fue difícil. Primero porque yo lo tenía en mi cabeza desde siempre. Ponele, tengo amigas que se iban todos los meses y llegaban y lloraban todo el tiempo porque estaban en Montevideo extrañando. A mí no me pasó, porque yo sabía que quería estar acá, que quería estudiar acá, y, por otro lado, si bien mis padres viven en Paysandú, mis abuelos, mis primos, mis tíos, mis hermanos mayores estaban acá, toda mi familia estaba acá, menos mis padres y mis hermanos chicos que todavía no habían venido, y siempre de chica viajamos mucho a Montevideo. No te digo que conocía la ciudad cuando llegué, pero más o menos. Ese proceso no lo viví mal, y aparte a mí me gusta viajar, me gusta moverme, y antes de ser madre, más todavía, yo te viajaba por todos lados, entonces no fue algo que, yo lo vi re bien, como una expansión, sabía que estaba creciendo, yo no tenía problema en vivir en Montevideo, a mí me encantaba vivir en Montevideo y, de hecho, no voy a volver a Paysandú, primero, porque no hay posibilidades laborales, y segundo, porque me aburro mucho.

Cuando llegué a Montevideo viví en un apartamento que mi papá había comprado, porque tengo cuatro hermanos, somos cinco, yo soy la del medio y mis dos hermanos mayores estaban estudiando acá, entonces cuando yo llegué, vivía con mis hermanos más grandes en el apartamento de mis padres. Esa experiencia para mí estuvo buenísima.

Empecé a hacer cosas que antes en la casa de mis padres no hacía: cocinar, lavar la cocina, tender la cama, limpiar el baño, todas esas cosas en la casa de mis padres, yo no las hacía porque había una persona contratada para que se encargara de la casa, porque como éramos tantos. Pero tuve la ventaja que de que... ponele, yo tengo amigas que desde primer año de facultad tuvieron que salir a trabajar 8 horas y hacer facultad al mismo tiempo, y eso a mí no me pasó, mis padres me dieron la posibilidad de poder ir a facultad y dedicarme a estudiar, si uno empieza por lo menos en segundo de facultad, en primero te adaptas, y en segundo uno empieza a sentir la necesidad de tener sus propios ingresos. Ahí empecé a hacer las encuestas que tampoco ganaba una millonada de plata, tampoco, pero, por lo menos, tenía mi dinero mínimo, que no lo usaba, no era un dinero que yo usara para pagar las cuentas, era un dinero que yo usaba para fotocopias, para boletos, para salir a bailar alguna vez. Arranqué en segundo a hacer encuestas y en tercero fue cuando más hice encuestas, incluso entré en una consultora que hacía encuestas, después, empecé a coordinar campos en la consultora entonces ahí ya tenía más horas, pero fue como algo que yo fui buscando, no fue una obligación de tener que ponerme a trabajar.

Antes de los 18 años no trabajé, pero, ponele, a los 12, mis padres tienen como una cultura de laburar, laburar, laburar, maquinita, entonces a los 12 años, mi tío vendía libros en el interior y a partir de los 12, yo cobraba los libros que se vendían en cuotas, eran enciclopedias, entonces cobrabas los libros que eran 10 cuotas de 120 pesos y tenía que recorrerme la ciudad de Paysandú para cobrar las cuotas y ahí sacabas una comisión, pero era un dinero que yo tenía para mis gastos, porque todas las otras necesidades básicas no me tenía que hacer cargo.

Al principio, ese trabajo de las enciclopedias, fue como un pedido de mi padre y después, me terminó sirviendo a mí, yo me di cuenta de que me servía y, de hecho, laburamos todos. Era algo que le servía a mi tío porque necesitaba a alguien que cobrara en Paysandú porque mi tío vivía acá y a los 3 más chicos de los 5, yo, M. y mi hermano más chico nos servía también para tener nuestro dinero, porque mis padres nunca nos dieron plata como para nuestras cosas, era: “vos tenés todas las necesidades cubiertas, no tenés que tener plata”, capaz que alguna familia les da plata a sus hijos para sus gastos superfluos sus gastos. Ese trabajo era una forma de que nosotros tuviéramos nuestra plata, que tampoco era una cosa enorme, y como que mis padres siempre fomentaron la cultura de trabajar, trabajar, trabajar. Entre los 12 y los 15, eso me sirvió para pagarme parte del viaje a Bariloche. Acá, cuando tenés 15 te hacen, a veces te dicen: ¿querés una fiesta o querés ir de viaje a Bariloche?, entonces mis padres me hicieron la fiesta y yo cobraba y juntaba la plata para ir a Bariloche, y después de que terminé la cobranza, cuando me vine para acá, el primer año no hice nada y el segundo año sí empecé a hacer encuestas.

Mis padres no me dijeron nada de que trabajara, me iban preguntando cómo me iba, si me gustaba. Por otro lado, también sabía que no podía, en mi cabeza, no podía estudiar sin empezar a trabajar antes, porque yo sabía que, terminando el grado en Ciencias Sociales, sólo con el grado y sin tener experiencia de nada, iba a ser muy difícil entrar en el campo laboral, sabía que la forma de trabajar en Ciencias Sociales era haciendo encuestas, y era algo que me gustaba porque no tenía horario fijo, las encuestas las hacía puerta a puerta, iba haciendo las encuestas en los horarios que yo podía, si llovía, no salía y no pasaba nada. Más bien dependía del tiempo que yo le dedicara, entonces podía estudiar y hacer las encuestas y tener mis ingresos, y ahí hice encuestas puerta a puerta, de telefonía, hice encuestas de autos, había una encuesta que tenía que conseguir dueños de autos, personas que habían comprado autos en los últimos 5 años, y me iba a los garajes

de los shopping a preguntarle a la gente, hace cuanto que compraste el auto para ver si te puedo hacer la encuesta, me echaron del shopping, vinieron los de seguridad del shopping y me dijeron “no podes hacer esto”, bueno, está bien, y me fui. Y después empecé a coordinar campos en otra consultora ya era como un trabajo más fijo, y ahí ya estábamos en tercero o en cuarto de facultad, y no sé si el grado 1 me salió después y me salió ahí, pero el grado 1 era de 12 horas, entonces no eran tantas horas, 12 horas semanales. En las encuestas estaba en negro, y el primer trabajo formal que tuve fue el grado 1.

Era lo máximo. Entré al instituto de ciencia política de grado 1 en julio 2009 y yo me recibí un año después. Era lo máximo, entrar al instituto de ciencias políticas era genial, porque empezabas a codearte con los grados 2 y los grados 3, como que, si mi perspectiva era hacer investigación y hacer vida académica, entonces, entrar ahí era buenísimo porque te pagaban mejor que en las consultoras, no tenías que matarte tanto, y empezabas a hacer investigación, estaba muy bueno.

Yo viví en la casa de mis padres, porque eran ellos los que ponían la plata para mantenernos, hasta que me fui a México en 2011, que incluso una vez hubo alguna pelea, ya no me acuerdo ni por qué, no porque me fuera, por temas míos con mi padre, por temas de convivencia, temas de obligaciones que había asumido y ellos no se habían dado cuenta, o cosas que yo me había cargado mucho y nunca lo había conversado con él. Como de administrar. Por otro lado, después cuando hacés el análisis, decís: “eras tremenda pelotuda”, pero si como estar pendiente de que mamá, depositame porque me quedo sin plata, era como un embole esa llamada, mamá, me quedan 100 pesos depositame, era horrible. Después lo hablé con mis padres, y mis padres como de qué me estás hablando, y para mí era mucha carga y hubo un momento justo antes de irme que exploté, vomité todo lo que tenía, y después, decís, sí los entiendo y después por suerte también lo pude decir yo, era como la dificultad de tener un grado 1, no me permite mantenerme y, por otro lado, siento la presión, aunque ellos nunca me lo dijeron.

Mi problema era el tema de la independencia económica, yo quería ser independiente económicamente, pero en ese momento no podía, porque no tenía muchas posibilidades con un grado 1. No me podía ir de la casa de mis padres a vivir sola, en realidad, nunca me planteé vivir con amigas, esa posibilidad nunca me la planteé, la ventana de oportunidades era vivir con tus hermanos y estaba bien, y no implicaba costos vivir con tu hermanos en términos económicos, pero hubiera sido muy bueno tener la posibilidad de vivir con amigas, porque vivís otras cosas también, pero para eso necesitaba la independencia económica, y la independencia económica la tenía que ganar yo por mis propios medios, ellos no me la podían dar, yo quería ganar mi plata y poder mantenerme yo. Si bien, cuando hubo un momento que yo tuve cuarenta horas en el grado 1 y ganaba como 16 mil pesos que, en ese momento para mí, era ganar millones, pero tampoco me planteé vivir con amigas, y me parece que hubiera estado bueno, en términos de autonomía, de tener mi espacio.

Entonces irme significó eso, significó lograr mi independencia económica, porque cuando yo me fui, hice el proceso de selección, hice la prueba, la entrevista, me fui en mayo y en mayo me iba a México a hacer un propedéutico que si perdía el propedéutico tenía que volver al Uruguay, no entraba a la maestría, eran 3 meses de propedéutico, éramos cuarenta y de los cuarenta quedamos veinte, por suerte el gobierno de México nos financiaba, nos daba becas de manutención para hacer el propedéutico, a los extranjeros incluso, yo era la única extranjera en mi generación, entonces, y me fui a México porque me quería ir, me generaba esa independencia al menos por los 3 meses que durara el

propedéutico, después si entraba a la maestría, mi independencia iba a continuar, al final continuó, pero fue un momento en que me fui y fue como que logré eso, independencia económica, autonomía, ese sentimiento de libertad de puedo hacer lo que quiero, estoy en mi casa, viví con amigas, cuando estuve en México sí viví con amigas, porque fui a compartir apartamento, fue tremenda experiencia. Me fui en mayo 2011 y regresé en julio 2013, estuve 2 años.

Esa experiencia fue increíble, después de tener a mi hija, fue lo mejor que me pasó en la vida. Era eso que yo estaba intentando conseguir, porque me mantenía yo, tenía mi casa, compartía con mis amigas, no tenía que llamar por teléfono y decir mamá me quedo sin plata. Si bien mis padres vivían en Paysandú, y yo vivía en la casa de mis padres en Montevideo, era como simbólico si querés, y bueno me fui, México me recibió muy bien. Por suerte, el año anterior, conocí un mexicano acá en Uruguay que había venido de intercambio y conocí un grupo de América Latina había chilenos, brasileros, argentinos, que habían venido de intercambio, lo conocí a Jorge el mexicano en Paysandú. Después nos vimos acá en Montevideo y nos hicimos re amigos, y le dije “George, me voy, ¿me puedo quedar en tu casa una semana mientras me busco apartamento?”, sí, venite, no sé qué, re bien, re bien la verdad, me recibieron súper bien, me quedé dos semanas en lo de Jorge mientras buscaba apartamento y después me fui a vivir a Cuajimalpa, allá cerca de Santa Fe, 6 meses y después dije “necesito vida”, y me fui para el centro, ahí me fui 6 meses más, y después el CIDE me daba la chance de hacer un intercambio en otro país el tercer semestre, la maestría tenía cuatro semestres, yo viví dos semestres en México y al tercer semestre yo me podía ir, entonces me fui a Río de Janeiro 6 meses, de nuevo, tenía una amiga uruguaya que vivía en Río, me contacté con ella, cuando estaba en México, “mira me voy a Río”, “si venite buscamos apartamento”, viví una semana en un hostel en Río de Janeiro mientras buscaba apartamento, después conseguí apartamento, conocí un montón de gente latinoamericana.

Río de Janeiro fue el desbunde, el desbunde literal. Porque yo vengo de una familia de tradición católica, bautismo, comunión, confirmación y antes de irme, tenía un novio, tenía 3 años de novio y yo me pensaba casar con él y después me di cuenta que él pensaba otra cosa y me separé y me fui a México. También cuando terminé con mi novio, con mi ex, fue como que me saqué otra mochila, y también le prendí a la tesis y la entregué 6 meses después, empecé el proceso de selección y me enfoqué en eso, entonces fue como una liberación también.

Yo vengo de una familia de tradición católica entonces mi cabeza antes de irme para el extranjero, era de la típica gurisa de estudio, estudio, estudio, termino mi carrera, conozco a alguien, me caso, tengo hijos y esa va a ser toda mi vida. Cuando me fui, dije “no, hay muchas otras posibilidades en la vida”, entonces pasé de tener un novio en Uruguay, a salir mucho, en Río de Janeiro, salía de jueves a domingo, todas las semanas, y en una de esas salidas, conocí a S., el padre de J. [hija], salimos 3 o 4 veces, no había ningún plan de nada, se rompió el condón y quedé embarazada en Río de Janeiro.

Con S. no había un plan de nada, estábamos divirtiéndonos nada más, incluso, fue casi al final del semestre, fue en diciembre que tuve ese accidente, él supo que habíamos tenido el accidente, pero a mitad de diciembre él se regresó a Lima, yo regresé a Uruguay, y me enteré que estaba embarazada en Montevideo, después lo busqué a Santiago y le dije, mira pasó esto, y él dijo: “no te puedo ayudar”. Y yo: no me importa, entonces, yo ahí decidí que la iba a tener. Sabía que tenía que regresar a terminar la maestría, y en realidad, me daba bastante bien, porque a principios de enero, yo tenía 5 semanas de

embarazo, y tenía que hacer todo el semestre, y tenía 8 meses para hacer la maestría, así que todo cerraba.

Cuando me enteré, para mí fue como: ¡la puta madre qué pasó acá! Cuando primero me enteré, me di cuenta de todos los síntomas, tenía todos los síntomas de un embarazo, sensibilidad a los olores, me crecieron los pechos, dormía 12 horas diarias, me acostaba a las 12 de la noche, me levantaba a las 12 del mediodía, me despertaba y seguía con sueño. Todos, todos, los síntomas los tenía, no tenía náuseas, lo único que no tenía y entonces, ahí dije, ¿qué me está pasando? y me junté con mis dos mejores amigas y les dije y me dijeron “vamos a hacer una prueba” y dio positivo, e hice un análisis de sangre, también dio positivo. Cuando tuve el análisis de sangre les dije a mis padres, y justo en el 2012, se había aprobado la ley de interrupción voluntaria del embarazo, mi madre no estaba de acuerdo con esa ley, no estaba de acuerdo con que una mujer interrumpiera su embarazo, y yo justo había decidido tener a mi hija, así que mi madre estaba orgullosa de mí sabiendo que la iba a tener sola.

Fue como un proceso, el accidente lo tuve como el primero de diciembre de 2012, yo el primero de diciembre de 2012, sabía que el condón me había quedado adentro, entonces yo ya lo sabía, pero me hice un test a la semana o a los 10 días que no dio nada, porque eran 7 días, entonces, estaba con el miedo, pero dije vamos a pensar que no pasó nada, y como que lo entré a procesar en ese momento y lo fui pensando, lo fui pensando.

Cuando llegó el momento en que me hice el test en Montevideo, estuve una madrugada entera con mis amigas viendo por qué sí, por qué no, qué dirán los demás, el qué dirán los demás pesó pila, y mi madre, y si yo interrumpo y mi madre se entera que yo interrumpo casi que me deshereda más o menos y, por otro lado, decía, yo en ese momento tenía 26 años, y la maestría la podía terminar, la puedo terminar antes. Vuelvo al Uruguay con una maestría abajo del brazo, no tengo 15 años, ya hice toda mi carrera o la que quería hacer hasta ahora, porque después no quería agarrar un libro más, o sea fue suficiente. Cuando terminé el CIDE dije: “no te piso un doctorado ni en pedo en ningún lado”, entonces dije, oportunidades tengo, oportunidades de conseguir trabajo tengo, y dije ¿porque no?, porque yo no sé si después voy a conocer al amor de mi vida y voy a tener el plan ese que se espera de una mujer, capaz que no te pasa o capaz que te pasan otras cosas, entonces dije bueno tengo 25 años, la maestría la voy a terminar ¿por qué no? y por el otro me daba el peso de los miedos del que dirán y si interrumpo y mi madre se entera y si interrumpo y después no puedo volver a embarazarme, y si y si y si...

Yo cuando era chica sí deseaba tener hijos. La tenía súper clara, yo sabía que quería ser madre y que quería tener hijos, y quería tener más de un hijo, en realidad, yo tengo 4 hermanos, mis hermanos son lo mejor del mundo, tengo tremenda relación, aunque tenemos nuestras peleas como todos los hermanos.

Le dije a mi madre que estaba embarazada y que la iba a tener, mi madre se puso en un mar de lágrimas, yo me puse en un mar de lágrimas, mi padre se puso en un mar de lágrimas, todos se pusieron emocionados porque yo había quedado embarazada, y le dije “bueno, mamá, yo me tengo que ir”. Yo estaba acá en Montevideo, porque justo era en el medio de los dos semestres, y me dijo: “vamos a la ginecóloga de Paysandú, te hacés los primeros estudios acá”, y allá yo con la beca pagué una ginecóloga privada para hacerme los controles, y dije “mira no tiene por qué pasar nada, yo voy a estudiar y nada más”.

La panza fue creciendo y creciendo y creciendo, y yo tenía que ir de Viaducto a Santa Fe y trataba de evitar las horas picos en el subte, me iba bien temprano o me iba a las 3 de la tarde y volvía para evitar las horas pico, fue re tranquilo el embarazo, y vivía

en ese momento con cuatro chicas que eran re bien, las mejores amigas que tuve en México fueron las gurisas con las que viví, desde que se enteraron re bien también, tuve dos babyshowers en México, mis compañeros de la maestría me hicieron babyshower, mis amigas en México también, el embarazo fue tranquilo, no tuve ningún problema de nada, nada de nada, y pude estudiar y terminar. El CIDE tenía un plan que vos en julio tenías que entregar, y en parte, estaba bueno porque yo arranqué a formar mi proyecto de tesis antes de irme a Rio, en Rio hice las entrevistas antes de embarazarme, y cuando volví al último semestre sólo tenía que transcribir y escribir y analizar.

Todo cerró al punto tal de que yo volví en julio con 7 meses de embarazo y que, si me esperaba un mes más, ya no me dejaban viajar, no podía volver, entonces, fue como anillo al dedo, y cuando volví mis padres me estaban esperando, volví a la casa de mis padres con el título abajo del brazo, a buscar trabajo y con un embarazo de 7 meses. Incluso fue un momento en que mi abuela terminó en la casa de mi madre también, porque mis abuelos estaban muy viejitos, entonces a mi madre le tocó un combo de cuidar a su madre muy viejita y a su hija embarazada, entonces tenía a su madre, a su hija y a su nieta en la misma casa, emocionalmente para mi madre fue salado, y mi abuela la conoció a J. y falleció meses después, J. nació en agosto y mi abuela murió en marzo del siguiente año, pero cuando volví tuve todo el apoyo.

Desde que yo decidí que la iba a tener, sabía que iba a ser así, la voy a tener, ya sé que la voy a tener sola. Yo ya sabía que iba a volver a México a terminar la maestría, iba a volver al Uruguay la iba a tener, e iba a buscar laburo, o sea, ella ya estaba integrada en mi vida, desde que yo dije sí, incluso yo le hablaba a mi panza desde que era chiquita, desde que estaba adentro, le hablaba, ya era parte de mi vida. Claro es un antes y un después, una cosa es el embarazo y otra cosa es cuando la beba está fuera de mi panza.

Entonces, vine con 7 meses de embarazo y lo que necesitaba en ese momento era un lugar donde no me tuviera que preocupar por salir a buscar trabajo, porque hubiera sido muy difícil si hubiera tenido que salir a buscar trabajo con 7 meses de embarazo, nadie me lo iba a dar, porque iba a parir en pocos meses, y por suerte no lo necesité, porque mis viejos estuvieron ahí. Después de que J. nació, yo me empecé a presentar a los llamados, yo estaba en Paysandú y a los llamados me presentaba por mail, era todo por web. Empecé a buscar, en octubre viajé para una entrevista, volví, en diciembre tuve una entrevista y en mitad de enero me avisan que quedé. Era un trabajo en el gobierno, en el área de planeamiento y presupuesto. Me dijeron que quedé en enero, pero eso se demoró un poco y empecé en mayo, así que todo se dio tan bien que yo pude tener los primeros 9 meses de J. para ella, si lo hubiera planeado no me hubiera salido tan bien como me salió.

Tener la maestría fue la diferencia, y yo tenía un grado 1 y había empezado a trabajar en otro proyecto dentro del instituto, pero para mí, lo que hizo la diferencia fue tener la maestría porque en 2013 cuando yo volví no hay mucha gente que tuviera esa maestría, en específico, justo había un montón de llamados.

Volví entonces a Montevideo, de nuevo al apartamento de mis padres, ahí estaba M., mi hermana, con dos amigas. Justo en ese momento, una de las gurisas se iba, entonces quedaba un cuarto libre y ahí yo me mudé y ahí fue empezar a armar todos los horarios. Yo vivía en el Buceo, mi oficina estaba en el Centro. J. tenía 9 meses, yo dije: “bueno que empiece a ir a un jardín de tarde” y de mañana tenía una niñera, yo me levantaba, me iba a las 8 y media, llegaba la niñera, tenía la niñera de mañana y de tarde iba al jardín privado y con el dinero, con mi salario, yo pagaba la niñera, el jardín y mis

gastos diarios, pero no tenía que pagar alquiler, porque era la casa de mis padres, eso fue una ayuda de nuevo, porque si yo tenía que pagar niñera, jardín y alquiler no había forma, pero por suerte de nuevo estaba la casa de mis padres.

En el nuevo trabajo fui a hacer investigación, que era lo que quería hacer y lo que me había preparado a hacer, las herramientas que tenía a partir de la maestría, y después de 9 meses con mi beba yo quería trabajar, necesitaba salir de mi casa y trabajar, ser algo más que ser madre, entonces era lo que yo quería hacer.

Sobre todo, los primeros meses, cuando vos sos mamá y si no tenés que salir a buscar trabajo, estas entre cuatro paredes para esa beba que depende de vos el 100 por ciento, los primeros tres meses toman teta cada dos horas entonces estás ahí, y llega un momento que decís, quiero ir a comprar la leche, aunque sea, o sea el hecho de salir, el hecho de hacer otras cosas y, sobre todo, investigar, que era lo que yo quería hacer.

Yo no me imagino no trabajando, no puedo concebirme no trabajando, entonces, 9 meses me sirvió porque ella creció, pasaron los primeros meses que son re jodidos y ya a los 9 meses ella ya estaba más grandecita para ir a un jardín privado y yo volver a la vida laboral. Y empecé con ese trabajo de tiempo completo, eran 8 horas, entraba a las 9 y salía a las 5, la levantaba del jardín y llegaba a las 6 a mi casa. Y ahí estuve trabajando 4 años y después vine a este trabajo donde estoy ahora, como analista de políticas de educación.

El tema de la vivienda fue otro proceso. Cuando me vine a trabajar a Montevideo, viví en el apartamento de mi padre y mientras tanto, esto [lugar en donde tuvo lugar la entrevista, apartamento actual de la entrevistada] es una cooperativa de vivienda, que de nuevo es un proyecto de mi padre, en 2008 mi padre decide meterse en una cooperativa de vivienda para tener algo más fijo para que vengan sus hijos, para que venga él. Mis padres viajan todos los meses a Montevideo, todos los meses, incluso dos 2 veces o 3 y eso fue toda la vida así, desde que me acuerdo, siempre fue así y siempre tuvieron un lugar donde quedarse, primero fue en lo de mi abuela, después mi padre compró el apartamento, entonces él se metió en la cooperativa, pero como él vivía en Paysandú y nosotras vivíamos en Montevideo, nosotras íbamos a las asambleas mientras se armaba el proyecto arquitectónico. Nosotras íbamos a las asambleas, porque mi padre me bancaba entonces yo no le podía decir no, tenía que ir igual, pero nunca fue un proyecto que yo considerara, y ninguno de mis hermanos consideraba, hasta que lo necesité, esta cooperativa se termina de construir en diciembre 2015.

En 2016, yo tengo que tomar la decisión de si ella entra en el sistema público de CAIF o sigue yendo a privado, el tema es que la cobertura de dos años de CAIF es muy chiquita y es muy difícil entrar a un CAIF en nivel 2 años, entonces en ese momento yo me vi enfrentada a la decisión de decirle a mi papá, “mira, a mí me sirve el apartamento, yo puedo asumir todas las obligaciones del apartamento, de ir a la asamblea, de pagar la cuota, de todo, pero si es mi casa, van a ser mis reglas”, entonces eso fue como de nuevo como cortar el cordón umbilical, decirle: “mira soy una adulta, me puedo hacer cargo de esto”, y para mi padre fue también complicado porque era el proyecto de él, porque es raro, es el proyecto de él, pero él no vive acá, viene una vez al mes, entonces es pero no es, entonces dije: “yo me hago cargo completamente de esto pero va a ser mi casa”. Ahí fue una discusión de nuevo, pero yo le dije vos podés hacer lo que vos quieras, si querés, yo me hago cargo o si no, hacete cargo vos, y yo me voy a alquilar”. Si J. no entraba al jardín, yo tenía el jardín privado, la niñera y el alquiler de un apartamento del que me tenía que hacer cargo, por suerte mi salario fue aumentando y, en ese momento, conseguí

el CAIF y J. pudo acceder al sistema público entonces de las 9 horas que yo tenía que cubrir de cuidados, 4 horas fueron de sistema público de CAIF. Y ahí fue bastante alivio. Ahí mi padre me dice: “bueno, sí, hacete cargo”, entonces yo cambie más o menos la cuota del jardín privado, por la cuota del apartamento y a mí me servía que mi hermana siguiera viviendo conmigo y a mi hermana le servía vivir conmigo, así que nada, seguimos viviendo juntas.

En cuanto a mi vida personal, me pasó que después de que quedé embarazada, los primeros años estuve muy enfocada en ella y tampoco salía mucho, no se fue como que me cerré a conocer a alguien. Hasta este año empecé a salir de nuevo, o sea, empecé a salir más, pero hasta el momento no, como algo más formal, no. Sí me gustaría encontrar a alguien que asumiera como el rol paterno, digamos, porque aparte ella me pregunta, y yo le digo bueno tu papa vive en otro país, tiene otra familia, ella lo acepta bastante bien, yo trato de naturalizarlo, pero ella se da cuenta de que hay alguien que no está, pero por ahora no estoy en pareja.

En cuanto a perspectivas laborales, por ahora estoy bastante cómoda donde estoy, porque es lo que me gusta, y si me pongo a soñar me gustaría trabajar en un organismo internacional, pero sé que eso puede implicar irme del país de nuevo, que, si no tuviera hija, me iba sin ningún problema, pero ahora tengo una hija, entonces, consideras otras cosas, no. Por ahora, yo soy investigadora a, me gustaría en unos años avanzar a investigador b, ver de poder evaluar algunas otras políticas, hay que ver qué pasa, al instituto entré hace 2 años y por ahora no me aburrí, así que yo qué sé, hay que ver qué pasa, el año que viene hay cambio de gobierno de nuevo, pero por ahora estoy como cómoda donde estoy.

¿Qué es ser adulto? Tener independencia económica es fundamental, hacerme cargo de mis decisiones, y poder tener la libertad para decidir qué hacer, cuándo hacerlo, cómo hacer lo que quiero hacer. Sí básicamente eso, que implica obligaciones ¿no? implica tener cierta seguridad laboral, tener un ingreso que te permita costear la vida, y por eso la parte de la independencia, pero que te permita también disfrutar, y bueno saber que cuando te viene una decisión así, cabrona, como la de vas a tener una hija, bueno, crecer también es eso, decir bueno sí dale e ir para adelante con lo que haya que ir.

Wendy **40 años**

Tengo 40 años. Soy auxiliar de servicio, de limpieza, de una cooperativa, porque nosotros somos una cooperativa, no una empresa, nos formamos como cooperativa a raíz de que éramos muchas mujeres con limitaciones y decidimos organizarnos y formar una cooperativa. Somos todas mujeres.

Entré a trabajar en una ONG que se llamaba la Casa de la Mujer de la Unión, ahí había unos convenios que la ONG tenía con ANEP que son los liceos, y con Intendencia de Montevideo y nosotros entramos al convenio de ANEP a trabajar de limpieza en liceos de acá, de Montevideo. Y, después a raíz de eso, la misma ONG nos propuso formarnos como cooperativa y nosotras nos independizamos de la ONG, para seguir trabajando y conseguir más lugares de trabajo, pero siempre manejándonos nosotras. Nosotras como socias manejamos en el tema de los trabajos, de los presupuestos y todas esas cosas. Ellas nos dieron un apoyo, nos dieron todas las herramientas, nos dieron clases para poder

formarnos como cooperativa y después de eso, ya nos conformamos, hicimos el estatuto, todo, nos inscribimos...nos dieron para poder ir a inscribirnos como cooperativa y ahí surgió. Ahora somos muy pocas las fundadoras digamos. Yo soy una de las socias fundadoras de la cooperativa, a su vez hay mujeres que se van, nuevas que entran y todo así.

Yo soy de Montevideo. Tengo primaria completa, después secundaria hasta 5to año de liceo. Hice un curso en la UTU de peluquería y después de eso, nada. Lo de la UTU fue para tener algo, una herramienta laboral para más adelante. Pero después como que lo dejé porque obviamente conocí una persona, te quedas embarazada y dejas de estudiar ¿no? entonces dejé, yo tenía 20 años, tuve mi primera hija a los 21.

En ese momento, vivía en mi casa. después me mudé a la casa de mi ex pareja, porque ya no estamos juntos, y estuvimos un tiempo ahí. Después yo conseguí un trabajo también de limpieza, en una empresa. Después de haber tenido a mi hija. Y ahí entré a trabajar en una empresa de limpieza. Que estuve un tiempo nada más porque me sentía incomoda porque M. era chica, tenía 1 año más o menos, un poquito, como que no quería dejarla mucho tiempo y el horario era de dos de la tarde a diez de la noche. Encima era horrible, trabajaba en una dependencia del INAU, del Instituto del Menor, cuando los nenes quedan abandonados, o los padres no pueden hacerse cargo, los mandan para ese instituto, y justo estaba ahí y eran de niños de 0 a 11 años de edad, entonces, yo veía cómo estaban esos niños y yo decía "uy, tengo a la mía allá" o la experiencia de que te cuentan las cosas que pasaron esos niños. Entonces, yo que sé, no me gustó y decidí renunciar. Dejé de trabajar.

Hasta que mi hija estuvo un poco más grande, que pudo entrar a un jardín, ahí sí tenía más disposición de tiempo para poder entrar a trabajar en cualquier lugar. Viste que cuando tenés bebés es como que te restringe un poco, porque tenés que estar con ella. Después tuve a mi otro hijo, tres años después.

Ese primer embarazo fue medio complicado porque, al ser joven, la familia pretende que vos estudies y que avances, y que no te embaraces tan tempranamente, pero sucedió. No gustó. Después sí porque yo en sí enseguida que quedé embarazada yo quedé un tiempo en mi casa y ahí estuve un tiempo hasta poder mudarnos para la casa de él. Entonces pasé todo el embarazo en mi casa. Después del nacimiento de M. también estuvimos un tiempo ahí, y ahí cuando ya organizamos todo, ya me fui para la casa de él. Sinceramente, te limita, yo encantada estaba con mi hija y obviamente, la disfruté, la sigo disfrutando, pero si me preguntas, ahora si no te hubieras embarazado, capaz que yo no estaría trabajando de limpiadora y hubiera seguido estudiando.

Capaz que uno porque se embarazó piensa "ay no, no voy a seguir estudiando, me voy a dedicar a mi hija" Lo que pasa es que ahora de grande a veces me planteo de volver a estudiar, pero con la edad que tengo, no tengo ganas. Sigo igual pendiente de mis hijos, o sea, el trabajo, y estoy pendiente de ellos. No veo que, sinceramente, no veo que me haya afectado en mucho de haber tenido a M., de haberme quedado embarazada tan joven, por decirlo así. Y que me haya afectado en algo no. No mucho.

El cambio de irme a vivir con mi pareja sí fue importante porque como que no estaba en mi espacio, ni en mi ambiente y pasar a otro lugar, que tenés como que acostumbrarte a otras personas. Yo a los padres de él, ya los conocía porque ahí vivíamos con sus padres

y sus hermanos, nosotros teníamos nuestra parte, pero igual, era una convivencia general ¿no? Muy restringido en el sentido de que ellos...sinceramente soy una persona de mi familia, grande. Y la familia de él era una cosa chica, en el sentido de que eran sus padres, sus hermanos y más nadie. No había tíos, no había primos, no había cosas así. Entonces en mi familia sí, mi familia era grande y había de todo, relacionamiento con los vecinos, ellos no lo tenían. Fue un cambio, la verdad que muy grande. Y yo después, cuando M tenía 3 años, ahí quedé embarazada de nuevo, tuve a A. Y yo veía que M ya iba al jardín y no me adapté a no tener relacionamiento con demás gente. Había dejado de ir a los cumpleaños de mis sobrinos o de mis hermanos, viste, ya como que me estaba apartando de mi familia y conviviendo con ellos, y era solamente ellos. Y no me gustaba.

Es que ellos no tenían relacionamiento con los vecinos ni nada, una sale a la puerta y conversa con su vecino, ellos no. Eran ellos y su casa, viste, solo ellos. Mi ex pareja tiene dos hermanas, en ese momento eran chicas, estudiaban, iban al colegio y todo y nunca vi que ellas trajeran gente a la casa, eso es otra cosa. Nunca traían a nadie a la casa. Entonces era como un ambiente medio...medio raro, y que no me podía adaptar. Además de otras complicaciones, fue cuando ahí yo me separé, decidí separarme y me volví para mi casa y ahí sí como que me sentí cómoda.

Mi ex pareja tenía problemas de adicción y tomaba. La verdad que sinceramente nunca tuve problemas de ¿cómo se dice? de violencia doméstica o de lo que a veces pasan las mujeres ¿no? Que a veces yo decía qué horrible cuando escuchaba a las demás conversar y yo digo, nunca llegué a eso, nunca pasó eso. Además de alguna discusión, pero nunca la violencia de un golpe o de algo así.

Entonces sinceramente yo qué sé, yo pienso que tomé una decisión madura ¿no? de que mis hijos no vivieran eso, esa convivencia. O que vean al padre drogado o borracho. Y también, a raíz de eso por eso también decidí irme, porque no quería que vieran eso, que pasaran la infancia mal y tampoco de que no tuvieran relaciones con nadie, o sea, relacionamiento con otra gente. Además de sus compañeros de jardín que tenía M, A era chiquito, tenía 1 año y algo, y M tenía sus compañeros de jardín, entonces, solamente eso, después no tenía más nada, y era ese ratito cuando ella estaba en el jardín. Y yo nunca tuve eso, yo siempre tenía amigos en el barrio. Entonces como que no quería que ellos pasaran de no tener nadie con quien jugar, un amiguito a quien puedan traer, porque como que era medio limitado.

Cuando me separo, a los 25 años, no estaba trabajando. Había dejado de trabajar, mi pareja sí trabajaba, en el Hospital Militar y él sí estaba trabajando. Después de que me separé mi pareja no me pasaba nada. Entonces tenía todo un drama porque lo que él cobraba se lo gastaba, se lo consumía, entonces era todo un tema. Lo que yo siempre recibí el apoyo de los padres de él, y el padre de él me dijo "hace la retención", dice "hacelo, yo te ayudo, te averiguo todo" que no sé qué...y a través de él hice todo lo legal para hacerle la retención y le retuve. Hasta el día de hoy, le sigo cobrando la manutención de M y de A ¿no? Pero sí, al tener lo mío propio porque la verdad que sinceramente en aquel tiempo que te daban, me acuerdo que me daba 500 pesos y yo con 500 pesos no se hacía nada acá, con 500 pesos...y actualmente tampoco haces nada, pero, era peor, era horrible, no sabía qué hacer. Entonces claro, recibir tu plata y que podés alimentarlos, vestirlos, darles un gusto, sacarlos a pasear a los gurises.

Ahí fue cuando entré en la ONG. Me anoté en un llamado que había para hacer barrido otoñal en las calles, salí sorteada, fui a la reunión esa, porque tenías que ir a una reunión y había un montón de mujeres ahí y cuando estábamos ahí en la reunión, la coordinadora nos dijo que cada una empezara a contar su historia, más o menos, de quienes eran, su educación y todas esas cosas. Que se presentaran, dijeran más o menos. Y yo cuando iba escuchando a las mujeres que iban diciendo su tema, su vida, su educación y yo digo "pa, yo no pasé nada por eso", decía yo. Como que me sentí fuera de lugar, como "¿qué hago yo ahí?" porque no tenía problemas de violencia, tenía una casa, mis hijos dentro de todo estaban bien, tenía escuela terminada, tenía hasta 5to de liceo y estas mujeres ni siquiera habían terminado la escuela, o hasta 6to de escuela habían hecho, menos. Entonces cuando me tocó, obviamente no voy a mentir, porque no me salía y dije que yo no tenía problemas ni nada y la coordinadora me observaba y me miraba. Cuando terminó la reunión la coordinadora me llama aparte, me dijo que esperara uno o dos días y que pasara por la ONG. Entonces ahí fui para la ONG y me dijo "mira, para ahora no tenemos nada, pero hay un curso de pintura y de albañilería, si querés podés realizarlo, se te pagan viáticos", que no sé qué, que no sé cuánto. Y le digo, "bueno sí, dale, antes de no hacer nada, al menos tengo practica en algo", digo yo. Y ahí entré, hice el curso, por un mes, porque ya estaba terminando, encima ya estaba terminando el curso, no sé por qué me lo ofreció, porque ya estaba terminando el curso y de ahí de ese curso se hizo convenio con la Intendencia.

Como era de pintura y algunas cosas de reparación, entonces con ese grupo de mujeres que éramos pocas, éramos 8 no más, empezamos a trabajar para la ONG. Para la ONG que tenía convenio con la Intendencia. Entonces éramos un grupo de 8 mujeres que íbamos a las placitas a pintar las hamacas, los toboganes de los niños por todo Montevideo, y ahí volví a entrar oficialmente a trabajar, digo, en otra cosa que no era limpieza, pero era de eso. Ese convenio creo que era por 8 meses, 8 meses creo que fue, después lo extendieron 2 meses más y ahí sí, nos mandaron a seguro de paro. Y después, la coordinadora me volvió a ofrecer para trabajar en los liceos, y ahí dice "salís del seguro y entras a trabajar en los liceos" y ahí conocí a otro grupo de mujeres y de ahí empecé a trabajar en los liceos de Montevideo, cerca de todos lados, con este equipo de mujeres, éramos 13 mujeres.

E convenio este era por 1 año. Casi terminando, finalizando el año, ahí la ONG nos dice "nosotros tenemos que renovar el grupo de mujeres, año a año, porque es para que todas las mujeres puedan participar, pero si ustedes quieren, se forman como cooperativa y siguen 4 años más y en ese proceso, mientras se van conformando van teniendo clases y todas esas cosas, siguen trabajando en los liceos", o sea que de ahí estuve, no sé, en ese convenio como 4 años más, hasta que ya nos conformamos y tuvimos nuestra contadora, o sea, que ya estábamos listas formalmente para salir. Ahí la ONG nos trasladó acá [la entrevista tuvo lugar en el lugar de trabajo de la entrevistada], nosotras hace 8 años que estamos trabajando acá, la cooperativa.

Empezamos a trabajar acá porque ahí ya nos habíamos conformado y teníamos que ir a lugares y presentarnos como cooperativa a licitaciones del Estado, entonces justo surgió esto y nos presentamos, y por suerte, ganamos y acá seguimos todavía después de 8 años. Entramos en el 2011, acá a trabajar, y por ahora seguimos.

Mis padres fallecieron y yo vivo con mis hermanas y hermanos, y somos un montón. Ahora que vivimos en casa mis hijos tienen a los primos, festejan los cumpleaños, tienen vecinos, amigos del barrio, amigos de la escuela. O sea, ese ambiente que uno le quiere dar a los hijos, no tenerlos encerrados, ni que no anden con nadie, que no tengan relacionamiento con nadie.

Cuando A era chiquito yo lo dejaba con mis hermanas. Ahí cuando yo vivía en la casa de él, esa era también mi tranca, porque no tenía quien me cuidara los gurises. En mi casa ahí tenía más gente y más probabilidades. Tenía una hermana que ella como no trabajaba ni nada, era tipo más ama de casa, entonces me cuidaba los gurises, y yo ahí podía salir a trabajar. Entonces por eso no tenía drama.

Además, en un tiempo, cuando yo trabajé en esa primera empresa de limpieza que entraba a las 2 de la tarde y salía a las 10, yo llevaba de la casa de él a mi casa a M, la dejaba ahí y me iba a trabajar, después de noche volvía, la levantaba y me iba a la casa de él. Era todo un trasmano, una vuelta que había que dar, y también, eso fue una de las cosas que dije "no, ta, deajo" porque no, no puedo estar todos los días yendo y viniendo, con ella para allá y para acá. Entonces ahí había dejado de trabajar, igual tenía trabajo él...sigue trabajando hasta el día de hoy, ahí en el Hospital Militar, pero...Entonces ta, como que no lo sentí una necesidad tampoco de salir a trabajar si teníamos el ingreso de él, pero ta, es todo un tema.

En un momento dado me gustó quedarme en casa, como que estaba "ta, me quedo acá en casa y no hago nada", pero era estar todo el día ahí sin hacer nada tampoco, como que no me siento bien de estar encerrada en mi casa. Y eso, no tener con quién conversar, con quien estar o yo que sé. Cuando estaba allá ¿no? que no conversas ni con los vecinos ni con nadie, entonces no. Realmente prefiero trabajar y a las 4 y media de la tarde, ya estoy en mi casa y espero que lleguen mis hijos.

La cooperativa estuvo buena en ese sentido, porque conoces a otras personas y aprendes mucho, porque a su vez había cosas que no estaba informada o no sabes, entonces como que son cosas nuevas que aprendes y formas grupo de compañeras. Yo sinceramente no considero a nadie amiga, yo no tengo amigas, todas para mí, son compañeras.

Yo desde chica, de adolescente, tenía 2 amigas nada más, que ahora formamos familia, mantenemos un contacto, a veces, nos vemos, pero poco. Esas son amigas. Después, si conozco a otra gente o mis compañeras mismo, yo voy a sus casas, a veces nos juntamos, nos reunimos, pero yo no siento que sean amigas. Siento que son más compañeras. Es lo que yo siento. Pero, la verdad que éramos un buen grupo, nos llevábamos toda bien, no teníamos muchas diferencias. O sea, siempre igual en el grupo hay diferencias. Entre los grupos hay, en este hay un montón, pero... ¿cómo te puedo decir? era un ambiente en que me gusta estar con gente y trabajar y conversar, pero, no me pidas amistades porque yo no.

Pero estar en cooperativa es mejor que estar sola porque, por ejemplo, con K es con la que voy a todos lados, que cuando sale algo, vamos las dos juntas, si vamos a ver algún trabajo, vamos las dos juntas, si tenemos que llevar papeles, o traer, o lo que fuese. Y también con las otras, también se puede contar. Es muy diferente sí. Es diferente.

Mis padres fallecieron cuando yo tenía más o menos 5 o 6 años. Sinceramente nunca pregunté sobre sus ocupaciones. Creo que mi madre era ama de casa y mi padre creo era chofer de ómnibus, al menos por papeles y documentos que viste que uno guarda, que mis hermanos mayores guardan. Y los dos fallecieron de cáncer, primero falleció mi padre, después mi madre. Así que de chiquitita me criaron mis hermanos. Hermanos y hermanas ¿no? Porque somos un montón, somos en total 13 hermanos entre mujeres y hombres. Y mi hermana mayor que es Isabel, es con la que vivo actualmente.

Yo tengo dos hermanas, yo tengo 40, tengo una hermana de 41 y una de 42. Seguidas de edad. Entonces, la de 42 queda embarazada joven, porque ahora actualmente mi sobrino tiene 22 años, por ahí. Después mi otra hermana de 41 también quedó joven embarazada, y ahora actualmente L que es mi sobrina tiene 16 años. Entonces, como que a mí me quisieron proteger de que no quedara embarazada y también, ahí, sentí la presión de mi familia. Como que yo tenía novio en ese momento y como que no me dejaban salir a ningún lado, entonces estaba ahí en la puerta de mi casa y "no vas para ningún lado" y como que me cuidaban que no se acercara nadie ni nada. Era todo un tema.

Después conocí a mi ex pareja a través de una compañera de la UTU, eran amigos del barrio, y yo iba a la casa de esta compañera y ahí lo conocí. Y ahí en vez de ir a estudiar iba para la casa de él. Igual eso de la UTU, yo creo que lo hice más bien como obligación para que no estén atrás mío, porque había dejado el liceo ¿no? Entonces, "bueno, tenés que hacer algo" y dije voy a la UTU y estudio peluquería o una cosa así, pero después nada. Después dejé a raíz de todo lo que pasó después. Mi pareja, quedé embarazada, todo eso.

Cuando volví a casa de mis hermanos, me sentí en casa, ya no me fui, ahí crecieron mis hijos. Creo que mis hermanos si me vieron más adulta, "ahora tenés que ayudar, colaborar en la casa, hay que trabajar", ya como que te toman como que sos mujer, sos mamá, bueno hay que asumir responsabilidades. De eso nunca me asusté digamos, porque la verdad que sinceramente nunca me asusté de las responsabilidades ¿no? Así que lo asumí bien.

Y en mi casa también, en principio hubo un poco de molestia, cuando quedé embarazada, pero después ya como que te ven de otra manera y como que ya te toman en cuenta, porque a veces puede que no te tomen en cuenta en opiniones o en algo que tenga que ver con la casa o no. Como decías, sos la chiquita de la casa y ahora estas grande. Ya como que puedo...están ahí conversando y me puedo meter en la conversación y opinar y dar ideas o cosas así en mi casa.

Hilaria **57 años**

Me llamo Hilaria, soy de Tacuarembó de una ciudad el interior de Uruguay. A los 10 años decidí irme para Montevideo. Fue una decisión mía de cuando quedé embarazada y tuve a mi hija, mi única hija, dejar de trabajar en una confitería, entre otras cosas que trabajaba todo el día, de lunes a domingos, para trabajar como trabajadora doméstica.

En un principio fue muy complicado, porque me tocó estar con gente muy mala, con personas alcohólicas trabajando con maltrato, fueron 10 años de horror, así te digo, de

horror. Por eso, después de ahí, yo decidí estar en el sindicato para poder ayudar a otras compañeras, a entender que, si no estamos organizadas, si nosotras no conocemos nuestros derechos, va a ser muy difícil poder avanzar.

En mi caso, personalmente, vine para acá y trabajé 10 años como trabajadora doméstica, hasta que al final me terminé yendo porque hasta abuso tuve, digo, era insoportable, digo era acoso más que nada, acoso, después estuve haciendo ferias, porque tenía que sobrevivir, con hija.

Tengo una pareja, que ya 26 años en pareja que estoy y él también estaba con poco trabajo, entonces, yo decidí volver a trabajar de doméstica, una amiga me dice mira hay una casa y me vine volando, y divino, hasta el día de hoy estoy en esta casa, la verdad que tengo empleadores divinos, del primer momento hasta ahora son geniales, son esas personas que yo la verdad los quiero un montón, y también tuve discrepancia con el sindicato por ese tema, yo soy consciente que soy trabajadora doméstica, ellos no son mi familia, pero si yo tengo un buen trato, me pagan un buen sueldo, a ver qué tengo que hacer yo, maltratarlos, no, son dos personas adultas, adulto mayor, tienen 85 años, entonces, yo les tengo mucho cariño, aparte ellos me respetan, desde el primer momento. Igual, yo sé que yo di todo de mí, porque la casa es enorme de grande y cuando empecé era yo sola, hoy a esta altura yo soy ama de llaves, yo tengo gente a mi cargo.

Yo creo que a veces tengo ese choque con mis compañeras que salen a hablar que el empleador es así, y yo siempre digo lo mismo tenemos buenos empleadores y malos, como hay buenas compañeras y malas compañeras trabajadoras, porque no es todo perfecto, yo tengo una compañera que está con nosotros trabajando que ella vive todo el tiempo sentada, entonces hay que decirle, chica tal cosa, fulanita hay que hacer tal cosa, y ella ahora voy, da media vuelta y se sienta, entonces el trabajo de las otras compañeras es el doble, digo no son compañeras, entonces es ahí donde yo discrepo también, y M, mi patrona, que es divina no dice nada, déjala que estará cansada, y ella es una mujer de pagar muy bien sueldo, ella paga muy bien los sueldos, de todas nosotras estamos todas en cajas, aporta al BPS, tenemos seguro, la verdad que yo de mi parte me siento re feliz en mi trabajo.

Te cuento, mira, yo me críe en una chacra, con mis abuelos afuera, en Tacuarembó, en un barrio que se llama Centenario, pero es para afuera, porque era una chacra del campo, ahí me críe con mis hermanos en aquel momento tenía dos hermanos, pero mi mamá se casó dos veces, tuvo a mi hermano mayor, y después me tuvo a mí y a otro más, pero mi mamá falleció con 29 años, tenía una enfermedad del riñón y falleció, entonces me críe con mis abuelos, con mis tíos, con mis primos, era una familia muy grande.

Yo tenía 3 años y medio cuando ella falleció. A los 14 años fallece mi abuela, que era mi sostén, era todo para mí, entonces ahí fue todo más difícil, porque si bien tengo un papa, cambiar de venirme desde el campo, que era divino, a mí me encantaba, yo era re feliz ahí, venir a la ciudad, cambiar el liceo, hacer todos esos cambios que no son fáciles, y conocer a mi padre, y hasta el día de hoy, mi papa sigue vivo tiene 89 años, pero la relación no es muy buena, yo lo adoro a mi padre, pero es una persona que no habla, que siempre fue igual, él te decía ¿precisas algo? yo te doy, pero no era de darte afecto, cariño, nada, eso para él nunca existió, y yo no lo juzgo porque también veo

cómo fue criado él, con esos padres que trabajaban, muchos hermanos. Sin embargo, mi mamá fue diferente, mi mamá era cuidada como un cristal, ella no podía tener hijos, ella igual muy caprichosa se casó dos veces, tuvo tres hijos, y se murió, cuando yo nací a los 3 años y medio, se murió porque no aguantaba más su riñón.

Después de ahí me fui a vivir a la ciudad, cambié el liceo, fui una persona que nunca tuve amigas. Después, la hija de la esposa de mi padre tenía un supermercado, eran explotadores 100 por ciento, mi propia familia me explotó de los 17 hasta los 30 años. A los 17 años, yo estudiaba y trabajaba ahí. Desde los 17 años hasta los 30 y pico era todo maltrato en el trabajo, porque en ese trabajo trabajé 11 años, cuando me fui, dije me voy porque de acá porque si no, termino en un centro psiquiátrico, porque era todo acoso, era maltrato, era gritos, y era la familia ¿eh? Entonces, lamentablemente fue mucha angustia, y mi autoestima allá abajo, digo, tenía 30 años, pero parecía una mujer de 15, madurez 0. Yo no era madura para nada, era madura en cuanto al trabajo, a mí me mandaban y yo era como viste esos caballitos de batalla, que vos vas, vas, vas, y no escuchas, no razones, no piensas, yo he tenido un gran cambio en estos últimos 11 años, que yo a veces ni me conozco del cambio que he tenido.

Trabajé ahí hasta los 30 años y empecé a trabajar a los 17, ahí mismo, siempre en el mismo lugar, después me vine con unos primos acá a Canelones donde yo vivo ahora, y al otro día que llegué, bueno yo tenía un apartamento en Tacuarembó que lo perdí al final porque no lo pude pagar y me lo remataron, y todas esas historias, entonces me puse a trabajar en una confitería, trabajé 3 años y pico en esa confitería, pero trabajaba de lunes a lunes, no tenía días de descanso no tenía nada, era horrible, y también me despidieron por política, porque mi empleador era del partido colorado acá que es de lo peor, y él escuchó una conversación entonces dijo usted es una comunista, no sé qué cuanto, y me echó a mí y a otra, nos quedamos en la calle, ahí a buscar trabajo.

Después de eso, que me fui de ese trabajo, empecé de trabajadora doméstica, trabajé en una casa que era alcohólica la señora, que era un maltrato horrible, y después conseguí este trabajo que tengo ahora, y ahí empecé con terapia.

Busqué ayuda porque yo tengo una hija de 23 años, yo tengo 57 años, la tuve muy mayor a mi niña, pero también cuando quedé embarazada, era porque me sentía muy sola, a pesar de que tenía mi pareja, mi pareja era divorciado tiene dos hijos grandes, y yo me sentía muy sola, muy mal, era una cosa espantosa, era mucha angustia, y quedé embarazada, dije yo quiero tener una hija, pero cuando tuve a mi hija, yo no tenía un referente, no tuve una mujer referente como mamá, entonces con mi hija tenía muchos conflictos, muchas peleas, siempre fue una relación muy muy rara, sin violencia, pero yo era de gritarle, de no entenderla, y mi hija es un ser muy inteligente, es una mujer muy creativa, entonces, ella después a mí me daba consejos, con 14 años me hablaba, hablábamos, y ella me hablaba como una mujer grande, y yo me sentía tan pequeñita al lado de ella, porque yo tenía 36, y J tenía 14 años, y yo era una mujer grande, adulta y con una adolescente hablaba y me decía, pero mamá esto es así, pero mamá, entonces ahí yo me di cuenta que necesitaba ayuda, entonces conseguí una psicóloga.

Fui a un centro de psicólogos donde ellos te consiguen un psicólogo que está en tu zona de trabajo, entonces conseguí acá en Palermo, divina la psicóloga, no sabes cómo me ha ayudado, he tenido un cambio gigante en todos los sentidos, desde mi autoestima que la pude elevar, mis valores, mi trabajo, mi familia, mi hija, entonces al yo tener ese cambio

tan profundo, cambió la relación con mi pareja, cambió la relación con mi hija, por ejemplo, este fin de semana nos fuimos de paseo, nos fuimos a Atlántida a pasar un fin de semana, ahora el lunes me voy a Cuba, me voy dos semanas, si me voy sola porque fue una decisión mía de hacer un viaje sola, para poder fortalecerme más como mujer, no estar siempre pendiente de mi hija, pendiente de mi marido, no, digo fue una decisión todo eso dentro de la terapia, cuando yo le dije a mi psicóloga que iba a viajar, no lo podía creer, el cambio que di, el paso que di, porque yo no me animaba, como que yo no puedo ir, yo no tal cosa, entonces fue una decisión mía de decir yo quiero ir a tal lado porque yo puedo, eso fue lo que fui cambiando, de a poco fui cambiando.

Cuando tuve a mi hija, estaba acá trabajando, pero trabajaba menos horas, trabajaba 3 veces por semana, pero el problema era que era tan horrible el trabajo que tenía, tan mal, mal pago, era todo gritos, que yo llegaba a mi casa estresada, mal, que en vez de estar con mi hija y darle todo ese amor, y ese afecto, al contrario, era como un rechazo, entonces mi hija vivió años así, pero años con esa violencia mía de gritarle, si salíamos siempre yo le decía no, tal cosa, todo así por el estilo, mi compañero si, era muy, es muy calmo, y bueno, ella por eso a su padre lo adora, porque son sus ojos, porque siempre el papá estuvo con ella, cuando ella precisaba, siempre estaba su papa, y después yo empecé la terapia y empecé a cambiar, empecé a valorarme más, a pensar, y vivir el hoy y el ahora.

En el primer trabajo, me pagaban, pero me pagaban un mínimo, pero yo vivía con ellos, la mujer esta, la hija de la esposa de mi padre, empezó a decirme que me fuera vivir con ellos, que era mucho mejor, entonces, yo abría y yo cerraba el negocio, y esas cosas yo no me daba cuenta, después quería dejar de estudiar, que me decían vos no podés estudiar porque estás viviendo acá y nos tenés que trabajar, le digo bueno pero yo quiero terminar de estudiar, entonces, volví a la casa de mis padres, ahí sí fue una actitud como que me entró dije no puede ser que yo deje de estudiar el liceo, porque esta señora se le antoja porque me llevo para su casa. Era por su conveniencia, no es porque me quería mucho, no, y después por ejemplo yo le pedía un préstamo o plata adelantada, y nunca podía dármele, yo no tengo, yo no puedo, y podían, porque estaban con mucho dinero, hicieron mucho dinero con el negocio, hasta que llegó un momento que dije basta, pero también para yo hacer ese cambio, yo empecé hacer yoga, yo tenía que mentir. Hasta donde yo llegué al extremo de horror en mi vida, yo tenía que para salir a hacer gimnasia o hacer yoga, y tenía que mentir porque si no me decía a dónde vas y por qué vas a ir, y qué vas a hacer y todo así, era todo negativo, todo negatividad, así que yo desde que tengo uso de razón de mis 14 años que perdí a mi abuela, que me daba todo, que era la nieta la más chica, la más consentida, un extremo al otro, me fui a una familia totalmente violenta, explotadora, y sufrimiento, de pasar un 25 de diciembre sola, llorando, porque no tenía a nadie.

Con mis hermanos, dejé de ir a la chacra durante 7 años, dejé de ver a mis hermanos, me bloqueé totalmente, tuve bloqueos de mi niñez, bloqueos totales, con la terapia esos recuerdos me están viniendo a la mente otra vez, pero bloqueos mal, de no acordarme por ejemplo de cuando empecé el liceo, viste que yo te dije yo fui al liceo, eso no me acordaba de nada, era como si me mente se me hubiese cerrado, eso me pasó durante muchos años, y fue muy duro para mí, ahora no me afecta, pero cuando empecé la terapia era llorar toda la terapia y salir en un mar de lágrimas, y no quería ir mas a terapia, no quería ir mas a terapia, y después mi hija: “no, mamá, tenés que seguir, te hace bien”, y la verdad que le agradezco a mi hija y a mi compañero el apoyo que tuvo para sostener, porque te digo

que otra persona se hubiera, no digo suicidado porque yo nunca, nunca paso por mi cabeza eso, yo para mí la vida vale mucho más que todo lo demás.

Cuando tenía 18 años tuve un novio, y resulta que este muchacho era muy humilde, pero tenía un tío que trabaja en el campo que tenía mucho dinero, hoy en día tiene mucha plata ahora, porque él trabajó en esa estancia, y ellos con tal de que yo no me fuera, que me fuera de la casa, empezaron a darme manija en contra de él, y que era esto y que era esto otro, viste cuando te dan manija, manija y manija, y lo terminé dejando, y hoy me doy cuenta, del daño que le causé, porque el soñaba que se iba a casa conmigo, él estaba enamorado de mí, su mamá fue a hablar conmigo.

Después de él, tuve otras parejas, pero no conviviendo ni nada, mi primera pareja de convivencia fue el que tengo ahora, mi compañero, que lo conseguí enseguida, mira es increíble. Yo llegué un 11 de setiembre del 92 a Canelones, y me acuerdo que era, yo era muy coqueta, me gustaba arreglarme el pelo, me vestía bien, yo vivía en la ciudad, y digo es distinto vivir en un barrio, cuando vine para ahí era un barrio de calles de tierra, sin luces, era horrible, para mí era una cosa espantosa, pero me empecé a adaptar para vivir ahí, entonces todo lo que yo había traído de ropa y zapatos empecé a regalar porque esa ropa yo no la usaba, porque me daba cosa ponerme un buen vestido en una casa de tierra por ejemplo, no sé, y fue como que me fui de lo que yo era, me fui tirando abajo, en vez de ser, entonces ahí ves mi autoestima como que empezó a decaer y mi compañero iba por la ruta en bicicleta, me para para tomar un café, y salimos y nos arreglamos ese día y nos juntamos al mes, vos te das cuenta, es una cosa de locos, él tiene sus cosas, pero es buenísimo, es una persona muy buena, muy honesta, muy tranquila. Yo ahí tenía 30 años.

Ahí cometí un error, yo me aferré mucho a él, me aferré como si él fuera, y eso es un error, porque dejé de hacer cosas mías, que podría haber seguido estudiando, podría hacer un millón de cosas y, sin embargo, no, me empecé a trabajar, a trabajar, a trabajar y a trabajar, la casa el trabajo, la casa el trabajo, entonces un día dijo: “bueno negra, andá al sindicato, hace algo, no estés todo el tiempo limpiando”.

Él se iba al sindicato, porque es sindicalista, y yo me acuerdo que me quedaba en casa los fines de semana, él se quedaba en actividades, ocupando fabricas o algo, y yo estaba en casa y después nació J y después menos, pero fue un error porque uno no tiene que dejar ser cosas, sería diferente hoy me parece si yo hubiera estudiado, hubiera hecho otra cosa, no me hubiese quedado ahí como me quedé, entonces veo que eso a mí me fue como debilitando como persona.

Mi compañero, H, con todo ese amor, ese cariño, me fue conquistando, porque yo no confiaba en nadie, llegaba un día tarde y yo ya me enojaba, fue una desconfianza total.

Cuando yo les dije que me iba, todo se pudrió, me dijeron que era una mal agradecida que con todo lo que me habían dado, no me dieron nada, que me dieron, porque si vos me decís, me vine con una mano atrás y otra adelante, sin un solo peso, no tenía nada, porque ni siquiera me dieron una plata, decir mira Hilaria trabajaste 11 años, nada, no me dieron un solo peso.

Las hijas de ellos eran mis sobrinas, porque yo las adoraba, y me decían tía y yo las cuidaba, las sacaba a pasear, pro después yo me contacte con ellas, y me dijeron mira tía

te adoramos, pero no quiero contigo porque me trae mal recuerdo de mi familia, entonces, cortamos la relación hace años ya, hará como 10 años que no sé nada de ellas,

Yo tengo 57 años, yo hace 12 que estoy trabajando en esta casa, y terapia hará 5 años que estoy haciendo, y vos fijate que yo hasta el 2011 vivía en un mundo totalmente equivocado, yo trabajaba, trabajaba, trabajaba, no salía a ningún lado, no hacia ninguna actividad, y ahí fue cuando empecé el sindicato, y ahí fue que dije no, Hilaria, así no podés seguir.

A mí el sindicato me ayudó en cantidad de cosas, empecé a conocer gente, hicimos un taller de caja de herramienta por la facultad de ciencias sociales pero lo hicimos en la facultad de veterinaria, todos los jueves, yo no falté ni un solo jueves durante el año, durante todo el año hicimos el curso, hicimos de propaganda, hicimos de cómo organizar un sindicato, fue precioso, con cantidad de gente de otros sindicatos, estuvo precioso, eso fue también lo que me ayudó a verme de otra manera, a valorarme un poco más, pero lo que a mí en sí me ayudó fue la terapia.

Yo veo dos cosas diferentes en mí, en el trabajo siempre fui muy responsable, era una mujer responsable 100 por ciento, pero en la familia y en la pareja era como una niña, esa es la diferencia, no maduraba. Porque ¿qué pasa? mi compañero estuvo casi por dejarme, en el 2011 tuvimos una crisis bastante fuerte, estuvimos separados un tiempo, ya con mi hija de 15 años, porque yo vivía en ese mundo, él era un hombre sindicalista, presidente del sindicato, estaba con muchas mujeres, andaba por todos lados, yo vivía sucuchada en mi casa, el trabajo, el trabajo, el trabajo, no había otro tema que no era el trabajo, eso no es vida, si íbamos a un lado: “ah no, yo me aburro, me quiero ir”, si íbamos al cine veía media función y me iba, si iba una obra de teatro, salía por la mitad de la obra de teatro, o iba por ejemplo a ver rock, ya me iba porque me aburría, eso me llegó a pasar, de darme esas crisis y me voy y me voy y me iba sola, entonces después eran todos bloqueos que yo tenía, eran todos problemas de la falta de afecto, del maltrato, porque siempre era el maltrato, pero también creo que uno busca esos lugares, como que uno, parece que lo lleva a eso.

Cuando conseguí este trabajo último que tengo ahora, cuando encontré esta gente tan divina, yo no lo podía creer, que hasta el día de hoy no lo puedo creer, viste ellos por ejemplo ahora me hicieron un regalo de plata para el viaje, una carta divina que me hizo llorar, de agradecimiento, y eso ¿con qué lo pagas? con nada, entonces digo esos cambios que vos decís, yo ahora digo sí pero yo me lo merezco también, yo me merezco poder viajar, me merezco vivir mejor, me merezco vivir dignamente, porque yo he trabajado toda mi vida, y toda mi vida he trabajado, yo tenía 18, menos, yo tenía cuando empecé a trabajar en el supermercado tenía menos, tenía 17 años, hasta el día de hoy no paré de trabajar, yo tengo aportados 34 años aportados a la caja, me falta edad para jubilarme, pero trabajé toda mi vida, no tenía un descanso para nada, y ahora sí, ahora que estoy en este trabajo tengo mis vacaciones todos los años, salgo de viaje, este es el primer viaje que hago así afuera lejos, siempre iba a la vueltita, iba a Buenos Aires, a Brasil, pero irme así a un viaje largo no, pero también digo porque yo me traté.

A ver, para mí ser adulta significa mucha cosa, porque primero si el día de mañana, pase lo que me pase, yo sé cómo enfrentarme a la vida de otra manera, no solo por el trabajo, sino mi familia, tengo la mente más abierta, puedo ver más cosas que en otro momento no veía.

Siempre me sentí como inferior, eso, más que otra cosa, inferior, siempre como un escalón más bajo de otras personas, ahora no es una envidia, sino simplemente, yo veo mujeres cómo se arreglan, y digo que lindo, siento una fascinación cuando veo esas mujeres que se arreglan, mujeres que tienen actitudes, esas cosas a mí me encantan de ver porque yo no lo puedo hacer, hay algo en mí que no me deja hacer esas cosas, pero ya hace un tiempito que dije voy hacer lo que yo tenga ganas de hacer, porque, en el sindicato, cuando había una asamblea me decían tenés que hacer tal cosa, o tal otra, no porque, porque yo no puedo analizar lo que están diciendo, y decir no yo voy a votar en contra, o voy a votar a favor o voy a abstenerme, porque tengo que votar lo que otros quieren que vote, por ejemplo, entonces yo cuando decidí dejar el sindicato que hace un año que lo dejé, decidí irme, fue por todas esas cosas, porque vi esto como un engaño, porque si bien son compañeras que están luchando para ayudar a otras compañeras, dentro de la interna de ellas es todo un lío, cada cual quiere tener el poder, cada cual quiere ser la mejor.

Yo cuando estuve en el sindicato no sabes todo lo que trabajé, sacamos los boletines, hicimos lo de propaganda, hicimos de todo, yo dejé el sindicato y la propaganda se tranco, no existe, todo lo que yo hice fue porque realmente lo sentía, pero no lo hice por interés de un cargo, estaba en la directiva sí, pero no quería ni ser la presidenta ni nada por el estilo, porque a mí eso no me interesa, yo quería ayudar a mis compañeras.

Hoy por hoy me siento una mujer totalmente diferente, totalmente diferente, me siento una mujer adulta, que, si tengo x problema, lo sé resolver, que no necesito del otro para resolverlo, sino yo lo puedo hacer, que antes no me animaba.

Si te soy sincera, la maternidad fue una cosa totalmente egoísta de mi parte, porque yo no consulté para quedar embarazada de mi hija, fue una decisión mía, yo le dije estoy embarazada, él no me dijo nada, porque tiene dos hijos, pero digo no fue una cosa planificada, en otro momento, me hubiera gustado si me hubiera gustado hablarlo, mira estaría bueno tener un hijo, pero fue una decisión mía, egoísta.

Yo deseaba tener hijos porque yo tenía muchos conflictos con los hijos de él, que también una cosa que no tendría que haber pasado, que no me tendría que haber metido, porque son hijos de él, no son mis hijos, tienen su madre, tienen todo, entonces yo no tendría por qué haberme metido en cosas que me metí, entonces había muchos conflictos, y me sentía mal, él no me entendía. Yo me llevaba bien con sus hijos, hasta que empezó a interferir la mamá de ellos. Entonces un día yo llevé a N a la peluquería que es divina, ahora es maestra, aparte es periodista, a cortarse el pelo, divina quedo, y la madre después le dijo te quedó espantoso, porque esta mujer te llevo, entonces le empezaron a dar manija en contra de mí, empezaron unos líos, la mujer empezó a llamarme por teléfono a insultarme, y aparte yo a H cuando lo conocí estaba hace 3 años separado de la mujer, estaba para divorciarse, yo no tengo nada que ver con esa relación, si él estaba casado te podes imaginar que ni me acercaba, si hay cosas que yo no estoy de acuerdo es la infidelidad, y yo no la tolero, y más allá que mi compañero en algún momento me fue infiel, estoy segura que sí me fue infiel, yo no lo haría porque me parece que es una falta de respeto, y por eso yo tengo muchos conflictos con muchas mujeres que están en un sindicato, que están en género, pero ellas son mujeres que andan con tipos casados, cosa que a mí no, yo no soporto eso, no lo soporto.

Yo sé que tengo una parte de responsabilidad también, porque él me invitaba, vamos al sindicato, no yo no quiero ir, vamos a una actividad, yo no quiero ir, entonces si vos te opones a todo, nada quieres hacer, es como un poco infantil de mi parte, a eso voy yo, a eso me refiero yo a la parte infantil mía, decir no yo no quiero ir, como una niña chica, entonces hoy no, él me dice vamos a tal lado, sí vamos, y todo así viste, siempre estoy que si vamos a tal lado, o yo lo invito, como que ahora me animo, como que es eso, me parece que es eso que uno ve de otra manera, también quizás sea por lo que me ha pasado en la vida, todo esos golpes, mucho sufrimientos, porque digo fueron todo muertes de mi mamá, muy chica, después mi abuela, después mi abuelo, después mi otra abuela, fue así en el año se me fueron todos, en un año así como si hubiera pasado una cosa y no sé, todo perdí, y después ahora hace 4 años mi papá, perdió a su señora también fueron muy horribles para mi papá, porque fue muy triste, ella murió de cáncer.

Mi gran problema es el miedo a la soledad, ahora también es algo que aprendí que también estar solo, no es solamente soledad, porque uno puede estar viviendo solo y podés encontrar otras cosas, hacer otras cosas y te sentís como, uno se encuentra a sí mismo, a mí me ha pasado, cuando yo me separe hace tiempo de mi compañero, sufrí muchísimo, muchísimo sufrí, era algo que, quede muy delgada, llegue a pesar 40 kilos, no sabes lo que era, era hueso y cuero.

En el 2011, estuvimos separados dos meses, fue poquito tiempo, pero yo me vine a pique, no podía comer, mi trabajo no te puedes imaginar, divinos conmigo no sabes cómo me apoyaron como me cuidaron, era algo yo te cuento y me emociona porque era como si fueran mis padres, no sabes cómo me abrazaban, bueno veni vamos a charlar, veni no hagas nada hoy, buenos salíamos a caminar con ellos, era eso, esa cosa, esos dos meses que estuve mal ellos me dieron todo el respaldo, tuve todo el respaldo de esa familia, entonces como puedo estar yo más que agradecida a la vida, entonces yo siempre digo ellos son como mi segunda familia, yo si lo puedo decir, ella me pago una terapia primero, buen me llevo a una psicóloga amiga que me trato un tiempo, después me pago las flores de Bach que tome durante un año, me banco todo eso, porque viste que eso tiene un costo, pero me lo pago porque ella quería regalármelo, después cuando volví, bueno después con H nos reencontramos otra vez, decidimos estar juntos de vuelta, él ya tuvo un cambio, el ya empezó como a ser más compañero conmigo, dejó el sindicato porque se dio cuenta que estaba todo el día fuera de casa, todo el día, no estaba conmigo, no estaba con J, no estaba los fines de semana, no estaba nunca, entonces ahí como que la cosa empezó a cambiar.

A partir del 2012, la cosa empezó a cambiar, y ahora es otra cosa, hoy en día nuestra relación está mucho más firme, más segura, hay más comunicación, pero yo te digo volviendo para atrás mi miedo era, y es, porque creo que a muchas personas les pasa eso es la soledad, sentirse solo viste, pero que pasa yo estoy, a veces ellos se van o él va a algún lado o eso, y yo digo ay qué suerte así estoy sola, viste, como que siento la necesidad de estar un fin de semana sola, ponerme a leer un libro, eso entendés, buscar, o hacer meditación, o pensar un poco más en mí, eso yo me estoy descubriendo en mí, que no solamente la soledad no es que ay que horrible voy a estar sola y que voy a hacer, no, puedo hacer mil cosas, pero si a mí por supuesto si yo tengo que elegir mi familia, mi hija, mi marido, si me encanta estar con ellos, eso sí viste, pero también dejar que el otro tenga su libertad, por ejemplo mi hija con 23 años ya ha viajado porque a ella le encanta viajar, ella estudia ella trabaja, entonces ella tiene su vida, entonces un día me dice mamá ya tengo 23 años, porque yo siempre estaba ay J tal cosa, ay J cuidate, mamá por favor

para sos una mujer grande me dice, entonces ahí también como cortar el cordón umbilical, entonces J tenes razón, esas cosas que a veces viste uno no se da cuenta, pero en eso también me ayudó mucho, todo la terapia, la terapia me ayudo un montón.

Aparte es valorarme más como persona, el respeto hacia mí, porque qué pasa, yo por ejemplo era de llegar a casa de trabajar y me ponía a cocinar por ejemplo, o a limpiar, ahora no, yo no cocino más, te digo que cocino cada tanto, pero en mi casa no, los fines de semana cocina mi compañero, a veces cocina Jazmín, pero casi siempre cocina el los fines de semana, a veces cuando tengo ganas yo cocina, limpiar cada uno se ordena su cuarto, sus cosas, cada uno en su actividad, no es que yo estoy todo el tiempo, no, eso también viste eso también ha hecho un cambio en mí, y dejar que el otro también haga cosas, porque mi gran defecto era eso, que yo quería hacer todo, yo abarcaba todo, que también es un error, porque yo digo uno tiene que, a ver, si vos quieres que te respeten respeta, pero también dar lugar a eso, porque yo no dejaba que hicieran nada, yo cocinaba, yo limpiaba, yo hacía todo, entonces cuando disfrutaba de la vida, cuando me sentaba a leer un libro, porque a mí me encanta leer, no podía leer porque no tenía tiempo de leer, ahora sí, los fines de semana llego a mi casa y no trabajo el fin de semana, yo estoy me levanto tranquila, voy a la feria, hago esto hago esto otro, me pongo a leer, si tengo ganas de limpiar limpio si no tengo ganas de limpiar no limpio, hago lo que yo tenga ganas de hacer, y ese fue el gran cambio que tuve

A mí me hubiera gustado si tuviera que volver para tras, me hubiera gustado haber estudiado una carrera, a mí me gusta mucho a sociología, me encanta, me encanta todo lo que sea social, la parte social me encanta, es algo que está en mí, siempre me gusto, habían dos cosas que me gustaban, la sociología y la psicología, yo tuve profesores muy bueno de sociología, pero brillantes cuando estudiaba, entonces me quedo eso grabado, me encanto, pero fue una cosa, pero no estudie porque fue un capricho mío, digo yo no tengo ganas de estudiar y no quiero estudiar, fue una cosa como que yo no me lo merecía, entonces digo eso sí, mi hija si la amo y es lo máximo que tengo en la vida, no la cambio por nada y la volvería a tener de vuelta, y después la otra es, a ver, no ser tan, yo me siento como una mujer muy apagada, eso, me gustaría ser más dinámica, en cuanto, no al trabajo, sino como mujer, animarme a hacer cosas, animarme a hacer un proyecto, animarme, no sé, yo últimamente estoy como saliendo un poco más, ahora estuvo Ángela Davis y fui al Solís, fui a la facultad. Impresionante, impresionante, brillante, me encanto, me emocionó hasta las lágrimas.

Estefanía

52 años

Empecé a trabajar muy jovencita en Artigas. Hice un poco ahí de trabajo doméstico y después me vine con veintiún años a Montevideo, en el año 1987. Hice tercer año de liceo. Después, me vine a Montevideo, conseguí un trabajo con cama, con patrones muy buenos, digo, porque hay de los dos. Y ahí estuve con cama ocho años. Para mí fue todo nuevo. Me venía de un pueblito que es realmente, Artigas es grande, pero la ciudad es chica, no hay mucha, mucho trabajo en sí. Por eso uno sale con la expectativa de “voy a mejorar mi vida”, la voy a cambiar, voy a poder superarme, lograr cosas. Y me vine acá, a Montevideo, busqué un trabajo con cama. Este, mis referencias las hice yo, porque yo cuando vine de Artigas no sabía que me iban a pedir unas referencias. Hice mis referencias, y presente eso en el trabajo. Era muy joven. Y la señora que me iba a contratar justo se iba de viaje y me dijo que yo era una niña al lado de sus hijas. Ella me dijo que

yo era muy jovencita, que ella tenía que irse de viaje cuarenta días, y yo tenía prácticamente la edad de las hijas. Una tenía dos años menos que yo y la otra un año mayor.

Entonces, la señora de la agencia, que era una agencia clandestina porque cuando fui a ese lugar fue pensando que era la casa donde iba a trabajar y me encontré que usaban eso, agencias clandestinas para no pagar impuestos. Para evadir los impuestos lo ponían en el diario como casa de familia. Ella agarró e insistió de que yo me quedara con la señora, porque soy una buena persona. Y la señora agarró y me dijo que iba a probar una semana porque ella tenía que viajar y no estaba en condiciones de estar cambiando de persona todos los días. Y ahí me quedé ocho años. La verdad que ocho años muy bien, con mucho trabajo, tres adolescentes también. Había trabajo. Eso no lo niego, mucho trabajo.

La carga de trabajo, de cocinar, las responsabilidades, encargarme de todo no. Y ahí estuve, hasta ahora tengo una buena amistad con ellos. Y después me fui de ahí porque yo hice un curso de chapa y pintura de auto, y me fui para mejorar. Después me lastimé la rótula de la rodilla, y dejé. Después, trabajar tenía que seguir trabajando. Volví a lo que yo sabía hacer, el trabajo doméstico. Y ahí me quede hasta el año 2017, que fue cuando me despidieron.

Hice el curso porque me mandaron a estudiar ellos, mis patrones. Y a mí la peluquería no me gustaba y eso, y fui a una UTU a averiguar y había chapa y pintura, y me anoté en ese curso, sufrí el maltrato psicológico de los compañeros. Porque eran todos varones. Eso fue para mí una experiencia muy linda porque logre llegar a eso de decir no sólo los hombres pueden hacer chapa y pintura. Así me costó, me costó hasta pelearme, pelearme de puñetazos, entendes, y mostrar que la mujer no era sólo para lavar la ropa y cocinar. Claro, ellos no aceptaban a una mujer haciendo el mismo trabajo, con buenas notas también. No es típico. Pero yo como fui y me gusto, daban teórico y práctico. Fue una cosa muy linda, fue una experiencia muy buena de mi vida viste.

Pero me rompí la rodilla, y yo tenía necesidad de trabajar, tengo necesidad de trabajar. Tenía que vivir y pagar alquiler entonces algo tenía que hacer. Y empecé a cocinar y a trabajar como limpiadora otra vez y después ya me fui quedando y me fui olvidando de la chapa y pintura, fue una experiencia muy interesante, muy buena. Estar todo el tiempo con varones, con profesores, había muchachas también, profesoras, pero fue una experiencia muy dura, pero a la vez muy buena. Terminó, muy bien, una buena relación con todos. Siempre uno se da cuenta después de lo que pierde. Yo me di cuenta, ahora si tuviera que volver atrás mi vida, no cambiaría mucho, pero una cosa sí, seguiría estudiando y quizás fuera una abogada porque a mí me gusta la abogacía, siempre me gusto ser abogada.

Lo de escribir un libro no estaba en mis planes. La vida me obligo, pero es algo que yo no sabía que podía hacerlo, no. La vida me golpeo de ese modo y bueno, es algo que ya estoy haciendo estos libros, porque me di cuenta que me gusta escribir.

Después de la rotura de rodilla, volví a este trabajo y estuve trabajando veintidós años. Entre embarazada ahí. Mi hijo se crió prácticamente al lado de mí. En esa familia no me toco patrones como los anteriores. En realidad, gente que pagaba bien, pagaba bien, pero era un maltrato psicológico. Este, el abuso de tratarte mal, de hablarte mal, de gritarte. Que yo lo permití también.

Porque después de entrar en el sindicato me di cuenta, aprendí mucho. Para mí que me gritaran ya era una costumbre, estaba ahí, ya no me molestaba, como que era normal el grito, para mí era normal. Ahora me doy cuenta que no es normal que un patrón te esté gritando, te esté dando el plato de comida si no lo quiere, esas cosas. Y otros maltratos de chicas que cuentan que fueron hasta... unas historias realmente brutales que yo gracias a Dios no pase por esas.

Yo cuando entré ya le dije a ella que yo estaba embarazada y ella me acepto embarazada. Cuando tuve para tenerlo me fui. Es más, cuando yo estuve durante el embarazo ella no aportó por mí en la caja. Aportaban otras patronas que tenía. Ella particularmente no aportó. Y yo como estaba embarazada no podía exigir mucho. Porque nadie te toma así, viste. Igual tenía caja, tenía aportes para él.

Y después, el día que me iba si le dije, ella me preguntó “¿volvés de la licencia?”, y yo le dije “vuelvo con mis derechos”, y volví. Volví con mis derechos. Después de veintidós años me entero que no estoy en caja desde el día que volví, sino que después, diez años después me puso en caja. Evadió impuestos durante diez años. Porque yo ya estaba en otra caja, yo ya tenía sociedad médica, entonces no, nunca me preocupé por corroborar si o estaba en el BPS o no. Hasta el día que me despidieron, que me empezó a dar los recibos de sueldo siete meses antes, y ahí miro el recibo de sueldo y decía una fecha que, en el 2006 y yo había entrado en el '96.

A mi hijo lo tuve, lo críe sola, porque no soy casada. Y mi madre me ayudo a criarlo mientras yo trabajaba, ella se quedaba en casa. Ella también trabajó, porque yo lo mandaba al jardín privado y ella se fue y se empleó en el jardín para estar cerca de él. Y fue una vida bastante. Yo pagaba todo, pagaba alquiler, pagaba la luz, agua, el colegio del nene. Tenía que trabajar, y muchas horas. Trabajaba hasta dieciséis horas al día. Así que la crianza de él fue prácticamente mi madre, la que estuvo todo el tiempo.

Si, yo era madre y padre. Y era la que sustentaba la casa. Y tenía veintinueve años, veintinueve años cuando lo tuve a él. Por el trabajo me prive de muchísimas cosas de la crianza de él. De llevarlo a la escuela, de llevarlo al fútbol, de llevarlo a la clase de inglés. Muchas cosas te perdés. Perdés muchísimo. Y ahí se fueron pasando los años, pasando, hasta ahora que él esta, es enfermero. Tiene veintidós años, está trabajando de enfermero. Este, yo me siento realmente orgullosa de que podía haber sido una persona que no estudiara, yo veo esos casos en otras familias que están todo el día afuera y que los hijos se pierden no. Digo, por eso tengo que estar agradecida de que no se perdió. Ni en la droga, ni en nada de eso. Hasta ahora, ¿no?, porque uno nunca sabe, no hay edad para esas cosas, es un minuto y tu vida puede cambiar. En un minuto, en un segundo.

Ahí cuando nació mi hijo, sentí que ya mi vida había cambiado totalmente. Tener un hijo es tener una responsabilidad muy grande. Ya era madre, era padre, tenía que llenar todo ese espacio. No solo con trabajo, sino que darle amor también, y todas esas cosas. Y fui madurando a través de los años. Las cosas iban cambiando cada vez más, no. Digo, porque cuanto más grandes se ponen, más gastos tenés, más responsabilidades, más cuidados.

Con esta familia trabajé hasta hace dos años atrás. Y bueno, con el trabajo yo siempre me dedico. Cuando yo me comprometo a una cosa lo hago, y creo que todas las personas lo

tienen que hacer. Si me están pagando un sueldo le tengo que cumplir a la gente. En ese sentido yo no tengo nada que, no es que voy a hacerle hora a nadie, yo cumplo con lo que tengo que cumplir. Y con ellos cumplí, di más de lo que tenía que dar. Yo siento que di muchísimo. Hice cosas por la familia que, muchísimo, muchísimo. Mira, ellos tenían un chico que era divino, que era autista, el chico era muy apegado a mí. Yo lo llevaba, entre todo el trabajo que tenía, yo lo llevaba a la profesora porque él quería estar conmigo. Viste que ellos como que se encariñan, asocian algo con vos y ya son divinos, porque tener una mente brillante como la de ellos no es fácil. Yo creo que los especiales somos nosotros, entre ellos y nosotros. Lo llevaba, lo llevaba a mi casa, los fines de semana, él se quería ir a mi casa. Todo el tiempo quería estar conmigo y con mi hijo. Me decía que quería tener una vida normal como la mía porque la de él no era normal, él lo veía así. Del auto al shopping, del shopping al auto. Tenía todo para ser feliz, pero él no sentía que eso lo llenaba, entonces él prefería ir a mi casa, que era una casa humilde. Que yo agarraba una botellita con agua y lo llevaba a la placita a correr, lo subía en un tobogán y él era feliz con eso. Esa fue otra de las partes lindas, experiencias lindas de aprender, estar tanto tiempo con él, si a mí me llegara a pasar hoy, si estuviera tan cerca de un chico así sabría porque ahí aprendí muchísimo cómo tratarlo.

Mi patrón estuvo una vez preso, durante un año, por evasión de impuestos, gente muy rica, gente muy millonaria, no tenían una necesidad. Y yo cuide al, lo cuide al hijo mientras estaba en la cárcel, como si fuera mi propio hijo, entendés. En la comida, la ropa, todo era. Porque cuando están en la cárcel todos de calladito, los que entran los que salen. Y yo hice esos trabajos que, prácticamente lo hace una madre, no lo hace mucha gente. Yo tenía una compañera ahí que dijo “esto no es para mí, me voy” y se fue, porque no era un trabajo para ella, ella no estaba, dijo que no era un problema de ella y que no quería meterse. Yo como llegué a quererlo, me encariñé, veintidós años son una vida, viví más con ellos que con mi familia. Con mis propios padres. Entonces digo, cuando me pidieron para cocinarle a él en la cárcel, yo acepte.

Le llevaba otra persona, venía el portero y se la llevaba, pero yo tenía la ropa, tenía el desayuno, el almuerzo, la cena. Eso era un trabajo, toditos los días viste. La puntualidad. Y así con un montón de cosas más. Día de la madre que estuve, día del padre que estuve trabajando en vez de estar en mi casa, dediqué muchísimas cosas. Y en el momento de reclamar lo que es mío, mis derechos, mis cosas, a la gente no le gustó. Yo creo que fueron, desde mi punto de vista, injustos en ese sentido.

Cuando yo cumplo los cincuenta. Estaba por cumplir, había cumplido cuarenta y nueve. Y le dije, “bueno, el año que viene cumplo cincuenta”. Ellos ya me estaban aportando, pero me aportaban por un sueldo mínimo. Y yo ya entraba en la etapa de la jubilación. Un error, es un error lo que yo hice. Entonces le reclamé que me pusiera por todo el sueldo. Yo tenía un muy buen sueldo ahí. Te digo bueno, dentro de todo, uno de los mejores sueldos de acá del país. Y entonces dije, quiero este sueldo para que mi jubilación sea una jubilación digna. Entonces a él no le gustó y me bajó el sueldo, una suma bastante importante, me bajo las horas de trabajo y después de ahí se rompió la relación. Porque yo ya vi que tocando el sueldo las cosas quedaron mal. Me sentí mal porque me sentí usada, manoseada no, cuando reclamas lo tuyo. Para dar, dar, dar estoy ¿y cuando quiero que me ayudes? Que no me estas ayudando con nada que no sea mío. No me estás dando nada, me estás dando lo que es, lo que me corresponde. Bueno, me bajo el sueldo y yo también trabajaba en verano con el hijo de él, durante el verano, en temporada hacía un asado y surgió un problemita ahí con uno de los nietos y bueno ta, yo ya no respondí de

mí. Estaba mal, ya me habían tocado el sueldo y aguantar el atrevimiento que aguanté, no. Fue muy grosero y aparte grosero ni siquiera por algo, grosero por una molleja. ¿Sabés lo que es una molleja? Una grasa que se come asada. Entonces a mí me molesto que me faltara el respeto por una molleja y abrí mi boca y dije todo lo que pensaba de ellos, y ahí se rompió la relación porque ya era demasiado.

Había muchos invitados y el muchacho se puso a pelear por una molleja, y no daba para eso. Entonces yo me sentí realmente humillada. Me había levantado a las cinco de la mañana para hacerte un asado y que me vengas a las dos y media de la tarde a molestar por un pedazo de grasa. Ya no estaba. Aparte de que la relación ya venía mal no. Y bueno, aprovecho la situación ahí, y a los dos días me sentó, me habló y me despidió.

Me liquidó, me liquidó correctamente, como corresponde. Pero no pasa por la liquidación, pasa por todo lo que pasas, por la angustia. No sé si entendés que fueron veintidós años dedicados. Si me hubiese corrido por vieja o por ladrona todavía, pero no por reclamar lo que es mío. Que es un error nuestro, que eso se aprende en el sindicato, yo aprendí muchísimo ahí en el sindicato.

Cuando escribí mi libro fui al Sindicato, me afilié y fui a presentar mi libro ahí, a decirles que estaba escribiendo un libro. Conocí el sindicato a partir del libro. Me acerqué al sindicato porque me parecía importante llevar esa historia. Llevar la historia al sindicato, porque yo no los conocía mucho. Hoy por hoy, veo que hay compañera que están hace años ahí, que trabajan muy bien. Gente que trabaja muy bien, que dedica mucho al sindicato. Y cualquiera de ellas lo pudo haber escrito porque muchas pasan por cosas peores. Pero yo fui la elegida, yo digo que fui elegida porque me despertó la mente. Cosa que yo no esperaba, volcar todo eso para visibilizar nuestro trabajo, porque después de estar en el sindicato veía también esas historias. Veía chiquilinas, muchachas, señoras que llegaban despedidas, con ataques de nervios, gente que estaba queriendo matarse, suicidarse, por la presión que hay en el trabajo.

Yo creo que, yo nunca me consideré de la familia porque para mí, ellos sabían que tenía una madre, un hijo, y no sabían más nada de mi vida interna porque yo no soy de andar contando las cosas de dentro de mi casa. Ni llevar los problemas de ellos para mi casa. Porque si yo llevara los problemas de ellos a mi casa, se matan todos. Porque yo lo aguantaba ahí y me iba. Cuando cerré la puerta, me olvidé de lo que había pasado, porque la vida de la gente que es muy rica, que tiene mucho poder es desastrosa. Es lamentable. Y nosotros pensamos, muchas veces, capaz que vos, yo, dice “ay quiero tener lo que tienen estos”. Yo que conozco de adentro, no quiero tener nada de eso. Quiero tener lo suficiente para vivir cómoda, tranquila y feliz. Que la felicidad en esas casas no entra nunca.

Yo venía con referencias de otra casa, y ellos sabían lo que tenían en las manos. Porque ellos son personas muy especiales también, y viste que siempre están cuidando sus cosas. Ellos sabían que era trabajadora, honesta, porque venía de un familiar indirecto, pero era familiar, eran consuegros, y entonces ellos sabían con quién estaban tratando. Ellos sabían lo que yo podía dar. Ellos valoraban porque me necesitaban. Ellos, darme, nunca me dieron nada, nada más de lo que me correspondía que era mi sueldo.

Eso y nada más. Y a mí lo que me interesaba era el sueldo. No me interesaba que me premiaran con nada más, porque no me interesa. Pero ellos sabían que dejaban la casa, se iban un mes y yo me quedaba responsable de las cuentas. Pagaba las cuentas, me encargaba de la casa, venía todos los días, aunque no estuvieran. Era tan responsable. Hoy me pongo a pensar y digo, soy la única idiota en el país que va a una casa donde no ay patrón durante un mes. Pero yo cumplía el horario, cumplía el horario como si estuvieran adentro de la casa. No cocinaba. Cuando no cocinaba, a mí me encanta arreglar los placares, entonces yo le arreglaba todos los placares, porque a mí me gustaba, y le cumplía el horario. Me dejaban la casa, me dejaban la llave, me dejaban la alarma, me dejaban todo. En veintidós años de trabajo, jamás les faltó un tenedor. Entonces ellos sabía, sabían lo que estaba. Decían: “sos linda, sos única, sos preciosa, sos amorosa, mi mano derecha”, pero porque, porque yo le servía a ella. No era que ellos me apreciaban por, hoy me doy cuenta de eso, que porque yo fuera. No, es porque yo era una buena trabajadora. Entonces, yo les servía a ellos.

Yo vivía enroscada todo el día con mi trabajo y no veía esas cosas que vi a partir de ese día. Cuando me despidieron, ahí me di cuenta el valor de las cosas. El valor que me daban. Ningún valor. Era simplemente la trabajadora que venía y le limpiaba, y le hacía todo lo que ella quería, le cumplía con el trabajo. Pero te das cuenta después. Yo me di cuenta después, de todos los manoseos, de todas esas cosas, me di cuenta después. Si me hubiese dado cuenta antes no me habría quedado tanto tiempo aguantando a un patrón que tenía un humor cambiante, que en dos segundos te cambiaba la vida. Muchas veces salí llorando de la casa. Pero no me daba cuenta porque, te vas acostumbrando. Te vas acostumbrando y bueno. Y la necesidad muchas veces, digo, salir, dar ese paso de salir a buscar otra cosa, y el sueldo no va a ser el mismo, no voy a tener la posibilidad de trabajar en la casa del hijo, de cocinarle el sábado a la hija. Eran muchas, muchas cosas.

Yo trabajaba con ellos ocho horas. Pero si el hijo me necesitaba: anda a cuidar al hijo. Nosotros, aunque fuera dentro del horario, los hijos a mí nunca dejaron de pagarme. Yo no cambiaba el trabajo de una casa por la otra. Si me iba a la casa de la hija a cocinar, la hija me pagaba a parte. El hijo me pagaba a parte por cuidar a las nenas. Si iban de viaje “¿Me cuidas la casa?”. Yo tenía las llaves de todas las casas.

En ese sentido te digo, era un sueldo muy bueno. No en el BPS, no registrado, pero a fin de año mi sueldo, entre salario vacacional y todo eso, digo, eran \$100.000 que yo cobraba todos los fines de año de salario

En casa sigo ocupándome yo, porque no me casé, yo sigo sola y sigo trabajando. Ahora sigo trabajando, cocino y hago unas limpiezas también. Ya no hago lo que hacía antes, de pasarme todo el día. Domingo no te trabajo. Si tengo para comer como y si no tengo me voy a adaptar a lo que tengo. Pero ya un poco quiero recuperar las cosas que perdí antes. Este, disfrutar un almuerzo con mi hijo. Pero no porque crea que no necesite, sino que no, quemar esa etapa, ya está. Porque fue duro el golpe, fue tan duro que me hizo agarrar un papel y una hoja y plasmar todo eso. Pero no solo por mí también, sino por muchas que están en las mismas condiciones que yo, y no hablamos por el miedo de despido, por el miedo de que el patrón se entere, que no voy al sindicato porque a mí patrón no le gusta. Hay mucho miedo en nuestro ramo de trabajo. Mucho miedo.

Diferencias hubo, fui cambiando. Imagínate, vine de un trabajo bueno, después ya pasé a uno malo. Es más, buscaba un trabajo. Fui a un trabajo que estaba embarazada y me

negaban hasta el agua. Nada, yo me tenía que llevar una manzana para comer y no me podía comer, porque eran cuatro horas de trabajo e iba a trabajar, no a sentarme a comer. Entonces viste, vas evolucionando como persona y vas madurando y creciendo, no. Emocionalmente. A mí me hizo crecer mucho. Después, solamente de ser dueña de casa, del cambio de que antes si quería dormir, dormía y después que tenés un hijo, ya no dormís. Trabajas, vos vas a un trabajo y no es lo mismo que estar en tu casa. Vos te sentás a comer, pero comes corriendo porque tenés muchas cosas para hacer. No es como comer en mi casa, nunca es como comer en casa. Nunca es como dormir en casa, pero si te podés ir a dormir, a descansar un ratito y de noche te pueden llamar. Entonces estas todo el día, en cosas que te hacen madurar, a golpes. Yo le tengo que igual agradecer a la vida por todo lo que hizo por mí. No tengo tampoco mal con la vida, la vida me dio mucho, me enseñó mucho, me llevó a crecer moralmente. Físicamente, ya soy grande.

Sé también que cuando voy a llegar más adulta, yo ya lo veo, lo siento en mis huesos, sé que en cinco años a mí me va a costar trabajar y subir la escalera porque yo conozco mis huesos. Me acuesto dolorida y me levanto peor. Entonces dentro de cinco años te puedo asegurar que yo voy a tener un bastón en la mano. Porque yo, mis huesos siento que están ya como cansados no. Capaz que fue empezar tan chica. Dejé cosas para atrás: no hice la facultad, no hice liceo, me perdí esas cosas. Esas cosas uno las va perdiendo y no las va a recuperar.

Si, yo creo que el trabajo es muy importante para todo el mundo en general. Es una fuente que nos da futuro, vos podés hacer cosas. Yo me siento en mi casa y no trabajo, y no voy a ser nada en mi vida, me miro en el espejo dentro de veinte años y voy a decir ¿qué hice con mi vida? También me puede pasar que trabajo y me voy a mirar al espejo y me pregunto capaz porqué estoy vieja, cansada y con arrugas, maltratada. Según el trabajo que tengas también, ¿no? Pero yo creo que la fuente de trabajo es lo primordial para muchas familias. Sino cómo sustentas una casa de una familia, cómo sacas a tus hijos adelante. Sin trabajo no creo que puedas hacer mucho. Creo que el trabajo es importante, no solo para las mujeres, sino en general para todos.

Y la mujer también tiene que salir a trabajar. Porque no es la que tiene que quedarse fregando en la casa, eso ya pasó a la historia, de mi abuela que se quedaba fregando la casa. En la época de mi abuela era así, este, pero ahora ya no. Las mujeres tienen el mismo derecho, como los hombres, de trabajar. Si el esposo se queda sin trabajo, que se quede el limpiando y haciendo las cosas, es algo normal. Pero el trabajo para nosotros, yo pienso que es muy importante. Sentirse útil. No me pasa a mí, pero veo mujeres que no trabajan y dependen del marido, que le dé para la pintura. Y depende, ser dependiente de, eso para mí no está bien. Yo creo que las mujeres tenemos que salir a trabajar.

Y tener familia yo creo que es importante que todo el mundo tenga hijos también. Ay mujeres que lamentablemente no pueden tener, pero yo creo que cualquier mujer desea tener una familia, desea tener una casa, desea cuidar de los suyos. Porque si no yo creo que, no sé, lamento que hay mujeres que realmente no pueden tener un hijo, pero creo que es como que les falta algo. El trabajo es importante, pero tu familia también es importante. Yo no tengo marido, igual no me estreso por eso, porque ya se me pasó la etapa. Ya estoy en la etapa de ser abuela, ya quiero ser abuela y tener a mis nietos. Ya casarme ahora, a esta altura de mi vida, no, no. Yo ya estoy grande, no le quiero dar trabajo a nadie. Y también, no es que sea mala, pero agarrarme marido a esta altura es

agarrar un problema. Es agarrar un problema porque se enferma y yo tengo que cargar con eso. No soy egoísta, no soy nada, pero ya me pasó el cuarto de hora, así que ya está.

Es muy importante. Para mí este, la gente se convierte en adulta, como te dije, y no puede tener hijos. Pero capaz que no tienen hijos y tienen una familia porque tienen esposo, adoptan un hijo. Creo que hay que evolucionar, no. Es la ley de la vida. De la evolución.

Para mí ser adulta es... Yo ya soy adulta. Yo soy una persona que, yo con mi hijo no somos como madre e hijo, nosotros somos como hermanos, porque tenemos mucha confianza entre los dos. Entonces, yo no siento que es mi hijo, es como un hermano. El me considera como una amiga, como una hermana. Yo creo que no maduré todavía, viste (risas). Pero, yo creo que es importante llegar a adulto, llegar sano, bien mentalmente, psicológicamente, digo no. Porque llegar a adulto enfermo, también, no sé. Pero es muy importante llegar a adulto, yo quiero llegar a adulta. Ya soy.

El lado bueno de ser adulto, es que podemos darles experiencias a otros jóvenes. En el caso de mi hijo. Es complicado ese tema, yo nunca me puse a pensar el ser adulto (risas) Digo, llegar. Yo sinceramente quiero llegar a adulta bien. Pero, yo ya soy adulta, perdón, pero capaz que yo no me siento totalmente, no me lo puse a pensar nunca. Capaz que yo estoy mezclando las cosas, ser adulta, yo ya soy adulta, pero capaz que fue pensando en cómo va a ser mi vejez, entendes. Yo digo, me siento bien. Soy una persona no solo con responsabilidades, me siento bien. Capaz que lo veo ya yendo camino a la vejez que lo, no me di cuenta de ese cambio.

Trabajos son todos dignos, porque mi trabajo es tan digno como el tuyo o como el de cualquier otra persona. El trabajo doméstico es un trabajo digno como cualquier otro. No le dan el valor que le tienen que dar, porque yo como trabajadora doméstica te digo que tenemos mucha responsabilidad. Más responsabilidad que cualquier otra persona en cualquier otra tarea que vaya a hacer. Porque como te dije, el del super viene repone y repuso. El abogado viene y te hace los papeles y se terminó. Y yo tengo responsabilidad con tu familia, con tus hijos, con tus padres, con tus abuelos. Porque yo entro a trabajar a tu casa y vos tenés un hijo, y de repente tenés dos, y a los años tenés cuatro. Y a los años me traes a tu mamá que se enfermó y la tengo que cuidar. Entonces es una carga de responsabilidad. Es uno de los trabajos que requiere más responsabilidad que cualquier otro. Y es justamente lo que yo trato de mostrar con mi trabajo que hice, que vean hasta qué grado va nuestra responsabilidad y qué valor le tendrían que dar a eso.

Es algo que es sumamente importante. Yo para mí, es uno de los trabajos que más valor tienen que darle y es el que menos valor le dan. Es nada visible, el trabajo es, es lamentable hablar de tu país así, pero yo hablo con gente de México. Hablo con gente de Perú, de Colombia, de todos esos países y entonces. Pero digo, no en nuestro país, hay mucho sindicato, mucha cosa, mucha lucha, pero lo nuestro siempre se tapaba. Lo nuestro siempre estuvo tapado, porque existió el miedo siempre y existe ahora. Miedo a salir a hablar, miedo a decir las cosas, miedo a contar. Gente que ha sido violada dentro del trabajo doméstico y se calla la boca. Por miedo, miedo a las represalias del empleador. Entonces, es un trabajo que después que entras no sabes lo que te espera adentro. Entonces es muy complicado. Justamente es lo que yo quise sacar, todo eso que yo le llamo basura. Porque a pesar de que me sustentan con el sueldo, es una basura las cosas que hacen. No todos eh, no todos porque no todos los patrones son malos.

Pero en este trabajo, sos vos, el empleador y las puertas se cierran, y lamentablemente s como el ejemplo que te pongo, la muchacha que está sirviéndonos y todos vemos, yo si veo que la están maltratando puedo mirar, puedo hacer un gesto, puedo reservarme o puedo ayudarla. Pero ¿a mí quién me ayuda adentro? ¿A mí quién me ayuda? No tengo Entonces es muy difícil. A veces estamos trabajando en edificios, y en el mismo edificio te prohíben hablar con la trabajadora de al lado, la trabajadora del otro, porque justamente por eso, para que vos no cuentes te aíslan. O sea, el trabajo nuestro es muy aislado

Mira si el trabajo de la mujer, te lo digo aparte, que el trabajo de la mujer será tan importante, tan importante. Yo siempre digo que las mujeres son como las arañas, ¿vos viste la telaraña como es tejida?

En círculos, casi siempre es como en círculos. Es una comparación mía no, eh, que la mujer cuando va tejiendo cosas, ella no va tejiendo nunca en línea recta, ella trata de abarcar siempre todos los puntos, todos los puntos. Porque ayuda de alguna manera, no. Nosotros vamos de alguna manera entrelazando las cosas con otras mujeres. Vos te pones a pensar, en otros países luchaban por la ley, en otros países, y todas esas mujeres de alguna manera tienen conexión, porque en la misma época

Ida 65 años

Mi nombre es Ida. Y tengo 55 años, vengo de una familia humilde del interior. Mi padre es de Rivera y mi madre Montevideo. Mi mamá falleció a los 37 años, joven, tuvo muchos embarazos y el último embarazo no resistió, hizo un infarto, ya los médicos le habían dicho que no podía quedar embarazada. Y yo en ese momento tenía 14 años. De ahí en adelante fui criando a mis hermanos, que hasta el día de hoy me preguntan cómo hice para criarlos porque éramos 7 hermanos, pero había uno que estaba con mis abuelos y los otros quedamos con mi papá. Igual, mi padre era alcohólico, tomaba mucho y me tuve que hacer cargo de mis hermanos

Fui a la escuela, terminé primaria, pero tener un padre, así como alcohólico, muy ignorante, viste porque ellos eran de afuera, la ignorancia de él era total. No sabía leer ni escribir. Mi madre también era muy sometida por mi papá. Esas personas que hoy en día no veo así, muy machista, que no te dejaba usar pantalones, tenías que andar de pollera, pantalones no te dejaba usar. Y no, de la escuela salí con 12 años porque me tuve que quedar en mi casa, mi papá no me dejaba ir al liceo porque en aquellos momentos no había la facilidad que hay hoy en día. Digo, vivíamos lejos de Canelones, vivíamos en Juanico, pero hacía adentro de Juanico, una zona de viñedos y esas cosas. Entonces siempre estábamos con mi madre, mientras estuvo mi madre, estuve con mi madre ahí en la casa. Y mi papá trabajaba.

Él trabajaba en granja, trabajaba en la granja, era tractorista. Él hacía todo lo que era una tarea de granja lo hacía él. Y teníamos en mi casa, teníamos una granja también que él nos enseñaba a plantar y a cuidar. Una infancia bastante...dentro de lo que se podría decir normal, bueno. Pero tener un padre alcohólico es como muy complicado, y mi madre que era una mujer muy sometida por él. Hoy en día lo reconozco. Y sí, yo viví con él hasta los 18 años. Me vine a Montevideo a la casa de una tía

Entre los 14 a los 18, de que dejé la escuela, cuidaba a mis hermanos y atendía la casa. Mi padre no me dejaba salir. Por ejemplo, él me decía "si haces todas las tareas de la casa, podés ir a la casa de una amiga", él me llevaba y me dejaba. No como hoy en día la libertad que tienen los adolescentes. Porque en ese momento ya era adolescente. Y ta y estudiar no me dejaba. Entonces yo lo que hacía iba a la casa de una vecina que era dentista entonces al ir para ahí al menos tenía como esa distracción de salir. Digo, a mí siempre me gustó leer mucho, siempre leí. Iba a la biblioteca pedía libros, leía, leía y leía. Entonces como que era algo como para ir abriendo la cabeza de uno.

Mi papá digo, no me dejaba salir, no me dejaba ir a bailar. A mí me gustaba ir a bailar, no me dejaba hacer nada de esas cosas. Entonces un día dije "no" decidí que no, ya está, y me fui. Me fui para la casa de una tía, él me hizo buscar, me hizo una denuncia para que me fueran a buscar. Toda esa historia, pero igual me pude quedar. No, no volvía, no volvía. Y después conseguí pareja, sería en los 20 años fue cuando conseguí pareja. Y después quedé embarazada

Y a los 20 que llegué a Montevideo empecé a trabajar también en casas de familia. En casas de familia. Igual, antes, en Juanico trabajaba en casa, pero también íbamos con mis hermanos de repente con algún vecino que nos pedía para descalzar las viñas, o para podar viñas o juntar manzana, naranja y te pagaban. No era una gran cantidad, pero te pagaban. Y entonces en ese momento de adolescente hacía eso con mis hermanos.

Pagaban poquito. De repente te daba para comprarte alguna cosita en el almacén, yo que sé. Ibas al almacén te comprabas golosinas, porque no te pagaban mucho. Y cuando me vine a Montevideo sí, ahí ya empecé a buscar trabajo y mi primer trabajo fue para una agencia que en aquel momento estaba que era la agencia Manolo. Y bueno, y ahí me conseguían un trabajo y ahí estuve.

Costó mucho adaptarse. Adaptarte a lo nuevo, de la ciudad que era de diferente al campo, nada que ver. Vivía con una tía en Paso de la Arena, entonces viajaba todos los días a Pocitos. Y después como la señora quería que me quedara entonces me quedé con cama, pero fue un tiempo porque no...como que era muy... te cargaban con muchas cosas, como que no tenías ese horario. Después de ahí quedé embarazada

Conocí a mi pareja en un baile. Ya ni me acuerdo. A veces uno deja cosas que no... las deja pasar de lado. Y después yo quedé embarazada, porque también esa era otra de las cosas que no te informaban de nada, no te explicaban nada, y bueno. Sola tuve que aprender pila de cosas. Ese primer embarazo como medio complicado sí, se me complicó mucho porque fue un parto como medio complicado.

En aquel momento te hacían fórceps, 8 meses me daban para que lo tuviera, después me daban para que no lo tuvieran. Y al final me terminaron haciendo fórceps. Como medio complicado.

Yo siempre trabaje. Cuando quedaba embarazada seguía trabajando, cuidándome, pero seguía trabajando. Me daban, me daban ¿cómo es? los beneficios que tenía por estar embarazada. En ese sentido nunca tuve problema en ningún trabajo.

Después del embarazo las cosas cambiaron. Para mi familia no porque yo, como que corté los lazos con mi familia por el maltrato de mi padre. Porque no solo me maltrataba a mí,

sino maltrataba a mis hermanos y había uno de mis hermanos que era el más maltratado por él, ese se fue después, fue a vivir con unos tíos. Y para mí el trabajar digo, el trabajar fue como que me fue abriendo cabeza, fui viendo otro panorama el cual yo no conocía.

El querer estudiar, el querer ver, digo, cómo crecer. Digo, de la ignorancia que yo venía era muy fuerte, mi mamá era una mujer que no... ¿cómo te voy a decir? Hoy en día reconozco que era sometida a mi padre, digo, ella nos cuidaba porque si él venía tomado, él nos pegaba, entonces ella nos defendía y la que se ligaba era ella. Entonces como que él no poder estudiar, pero sí tener como una visión de lo que uno iba leyendo porque a mí me gustaba leer mucho en mis tiempos libres o cuando podía, siempre estaba leyendo. Y el ir a la iglesia también como que me abrió un panorama, porque veía otras cosas, escuchaba otras cosas. Digo, ellos me querían colocar, fueron hablaron con mi padre cuando tenía unos 17, 18 años, hablaron con mi padre para que yo pudiera quedarme ahí, en el lugar este, el instituto adventista, para poder especializarme en algo, algo que me gustara, que ellos me apoyaban. Mi papá dijo que no. Por eso te digo, al venir a Montevideo y empezar a trabajar como que, empecé a ver otras cosas. Y después como toda gurisa, te encontrás sola, encontrás a alguien, toda la historia y ahí fue cuando quedé embarazada. Él me ayudó, apoyó, junto con la familia de él.

Igual con la familia de él, principalmente su mamá, la mama muy absorbente. Digo ta, hoy en día lo reconozco. Digo, reconozco muchas cosas que viví con ella y que aprendí, que crecí con eso. Porque me podía haber quedado ahí ¿entendes? en esa. Para mis hijos, digo, por ejemplo, yo perdí ese embarazo de 8 meses lo perdí, lo tuve y a la semana, ellos me dieron el alta, yo estaba en mi casa y le estaba dando el pecho y ... Lo que ellos me dijeron hace 35 años atrás, fue que sus pulmoncitos no se habían abierto bien. Entonces estaba tomando el pecho y quedó negro.

Y a partir de esa experiencia mi vida cambió totalmente. Fue cambiando porque digo, sí, el dolor. El dolor. Es algo que en mi vida lo que me ha marcado mucho es el dolor de perder, como perdí a mi mamá muy joven, después perdí mi hijo.

Con la primera pareja que yo tuve con él digo, es el padre de mis 3 hijos, 4 hijos.

Y a partir de eso entraron a pasar muchas cosas, digo, como que la madre me empezó a acusar de que yo había matado a mi hijo. Yo era una gurisa entonces aguantaba esas cosas, pero también en mi cabeza venía lo que mi mamá había sufrido por ser así ¿entendes? de no defenderse. Entonces me costó mucho salir de esa situación, mucho, mucho, mucho me costó tratar de defenderme. Después, al año quede embarazada, de mi otro hijo, vendría a ser el mayor.

Y entre tanto seguía trabajando. Y viviendo con mi suegra. Vivía con ella y mi cuñado. Entonces siempre estaban metiéndose, cuestionándote, "esto sí, esto no". Y bueno con ese embarazo también, digo, fue un embarazo...no sufrí tanto, fue como más normal.

Tenía ya ahí 22. Y después de ahí, la situación con él como que... nos llevábamos bien, pero fue pasando el tiempo, él ya se empezó a poner como más violento. Era un tipo muy celoso, era. Y es todavía. Muy posesivo, como su madre, muy posesivo. Llegó un momento de la vida que él agarró y puso un cartel un día en la puerta "no molestar", "¿por qué pones eso?" "no, porque no quiero que nadie venga a hablar acá, estamos vos y yo,

siéntate a tomar mate". Como que siempre estaba, sentate, hace esto, vení. Y no trabajes tanto. Pero si yo no trabajaba, él no tenía un trabajo seguro.

El primero trabajaba en la fuerza aérea. Después ahí fue lo que tuvo más, como más firme. Después lo otro ya era como, un tiempo acá, un tiempo allá, entonces no. Yo trabajaba, siempre estaba en el mismo lugar, pero...trabajé en una casa de salud muchos años, que fueron ellos que me ayudaron un montón.

En la casa de salud empecé como auxiliar y después quedé encargada de la parte de los abuelitos arriba. Eso es lo que hacía, entraba de mañana temprano, los levantaba, los bañaba, los afeitaba, le daba la leche. Y ahí ya tenía casi 28, 29 años.

Sí, después pase a ese trabajo. Ese también fue por la agencia de Manolo, porque trabajé muchos años en la casa, pero era una cosa como que siempre tenía que estar ahí, no tenías un descanso, siempre tenías que estar atenta a lo que ellos precisaban y "lleva al nene, vení, anda". Solamente el domingo y después volvía de vuelta a la casa de ellos

No estaba formalizada ni nada. Eso lo empecé a tener cuando entré en la casa de salud. En la casa de salud sí lo tuve. Trabajé con ellos casi como 8, 9, años, trabajé en esa casa de salud. Y fue como que fue también me dediqué a mis hijos, cuando llegaba de noche que los veía. Y mientras estaban al cuidado de la abuela.

Ahí ya tenía los 3. Después quedé embarazada de los otros, los 3 varones. El grande nació y al año quedé embarazada del otro. Y después si tomé una distancia y quedé embarazada del último. Mi suegra me ayudaba con los niños, sí, sí. Ahí cuando empezaron a ir al jardín lo que hacía era pagar la camioneta, y me los levantaba. Los venían a buscar a la casa de la abuela. Y como que fue, todo fue aprendizaje, en mi vida todo fue aprendizaje a base de la experiencia fea de la vida ¿no? Todo tenía un precio para mí.

En la casa de salud tenía la libertad de poder moverme y no estar, claro, tenía un horario para entrar y un horario para salir. Digo, mi horario era de 7 de la mañana a 7 de la tarde. Estaba todo el día, pero digo, era muy distinto. Totalmente diferente. No era que tenía que tener una hora para hacer de comer, una hora para esto, una hora esto, esperar que vinieran y cocinarles y todo lo que ellos disponían. Digo, acá era totalmente diferente.

En lo laboral realmente como trabajo he tenido muchos trabajos porque con los chiquilines cuando dejé la casa de salud, que la casa de salud la deje cuando quede embarazada de mi hijo que vendría a ser el tercero, porque no podía hacer fuerza.

Entonces los médicos me dijeron que tenía que dejarlo. No podía estar trabajando en ese estado. Entonces yo decidí dije "ta, bueno, me voy y veo". Y ahí creo que fue, no me acuerdo, ahí fue cuando empecé a trabajar en las empresas, en empresas de limpieza. Trabajaba de mañana en una y de tarde trabajaba en otra. También aprendí un montón, el tratar con la gente, el conocer, digo, yo siempre fui como media tímida. Con el correr de los años, con la vida y con los golpes, tenes que hablar, si no hablas...

Fueron trabajos de muchos años. Yo tengo más de 37 años de trabajo. Empecé muy joven, entonces, pero fueron todos trabajos muy largos, de ya te digo, en la...no te quiero mentir, pero creo que estuve como 7 u 8 años en esas empresas.

Trabajar en las empresas me ayudaba a contactarme con la gente, a hablar con la gente, que a pesar de que me costara mucho porque me daba vergüenza, no me gusta pedir, me defiende con lo que tengo. Entonces de repente que me veían cuando llegaba, "ah no sabes de alguien que me quiera limpiar el apartamento. Mira, yo te lo limpio'. Bueno ta, dale que te esperamos". Entonces trabajaba en la empresa y de repente los fines de semana iba y hacía las limpiezas de esos apartamentos, tenía como 2 o 3 apartamentos. Pero era porque me veían trabajar y les gustaba como trabajaba, siempre fui como media, cómo te voy a decir, muy prolija. Para mi limpiar, entrar limpiar y ordenar y dejar...que vos veas que eso está limpio. Y ahí también, digo, cuando trabajaba en las empresas uno de los lugares que aprendí también fue en el Ministerio de Agricultura y Pesca, por intermedio de la empresa. Ellos me llevaron ahí y era algo que no, no, no, veía mucho desorden. Entonces, ¿cómo ordenas todo esto?, entonces me marcaban un lugar y ya ahí les daba vuelta todo, yo al ser joven lo hacía.

Por eso te digo, lo que es laboral, digo, siempre fui como creciendo, aprendiendo, siempre me decían algo o "sos muy observadora", lo veía, lo hacía. Después otro también por empresa sí, también otro que tuve, siempre por la misma empresa que te mandaban a distintos lugares a trabajar, de repente estabas en el Ministerio de Agricultura y Pesca o de repente ibas al Ministerio de Transporte.

En el Ministerio de Transporte sí fue una experiencia fea porque ellos el primer día que entraba en ese lugar te mandaban a un sótano a pasar viruta, con el pie, viruta era una esponja como de metal grande que te daban y vos lo calzabas en el pie y cinchabas toda la mañana, limpiando los pisos, sacándole pegote. Ponían moquete y había que sacar ese moquete, entonces vos la sacabas y después con esa viruta sacabas todos esos pegotes. Y éramos 5. Era una oficina. Y con eso sí, ahí fui y hablé que no, que yo precisaba trabajar, pero esto no. Cuando ellos te mandaban a esos lugares sabían que vos lo hacías, pero ya era muy fuerte. A la empresa le dije que no, que eso no lo quería.

Y ahí podías estar un año en un lugar, viste, que tenían un contrato por un año, terminabas ese contrato y pasabas a otro lugar. Yo por ejemplo estuve como dos años en la Ancap, que también fue un lugar bastante bien. Costó mucho el trato con la gente porque te discriminaban por el hecho de ser la limpiadora, que hasta ahora lo hacen. Como te voy a decir...el de ellos estar detrás de un escritorio o de estar en una oficina, es como que "ah, llámame a la limpiadora que limpie esto", o si te veían pasar "eh, limpiadora ¿me puede venir a..." y vos la mirabas, "a ver, perdón, tengo nombre" o señora. Siempre hubo que estar luchando contra esa discriminación.

Me paraba, los miraba, digo, porque todo esto de los trabajos y todo eso sacó en mi algo que estaba muy guardado. El rebelarme. El defender mis derechos. El decir lo que pensaba, porque no era justo que si vos venias a trabajar me dijeran "ah mira, no te puedo pagar porque no tengo plata", un día una de las patronas, porque yo tenía trabajos paralelos porque trabajaba en la empresa, pero también tenía otros trabajos, en una casa de familia. De repente hacía de mañana en la empresa, iba a mi casa, llevaba a los niños a la escuela, volvía a la casa de familia y de 6 de la tarde hasta las 12 de la noche trabajaba en la empresa. Siempre hacía como toda esa ronda de trabajo.

Y tenía esa casa, esa señora de casa de familia que trabajé muchos años con ella. Y un día me dijo eso, entonces me salió así del corazón, la miro y le digo "no se haga problema

señora si yo trabajo por deporte", la mujer quedó desubicada, hizo así y me quedó mirando viste. Me di media vuelta y seguí, después ella vino, me dijo "ay Ida, no era para que me contestara así". "Pero no seas mala, yo acá vengo a trabajar. Yo te llevo en hora, yo te cumplo, yo te hago el trabajo, ¿tu tenes alguna queja mi trabajo?" "No, no" aparte yo tenía llave de la casa, yo entraba, hacía mi tarea, cerraba y me retiraba. Porque ellos trabajaban también. Me dijo "no, discúlpame que no te pude pagar". No, "yo te contesté lo que pienso". Y ta a partir de ahí ella me empezó a pagar como corresponde.

Por eso te digo, el sentirte discriminada por los otros porque ta, yo por ejemplo cuando trabaja en la Ancap, yo siempre fui muy coqueta, siempre dentro de lo humilde siempre traté de andar bien porque me regalaban ropa y ta, me la arreglaba, me la ponía, la acomodaba. Claro, entonces me veían y dice "¿pero esta que se cree que es? si es una limpiadora", un día lo escuche me di media vuelta, los miré y seguí de largo, porque no daba para contestarles nada. Pero ¿por qué? porque yo había ido prolija, no sé, porque me vieron bien vestida, me dijo "esta yo no sé qué se cree si es una limpiadora". Entonces como que esas cosas te duelen, porque ¿qué? ¿no puedo andar prolija? ¿tengo que andar toda sucia? ¿manchada, mugrienta? No. Entonces siempre como que peleé con eso porque siempre sentí, de la gente que te contrata eso, sos eso y te quieren encasillar en eso, y no. Entonces siempre tuve como una pelea interna de demostrar que sí soy una limpiadora, pero tengo el mismo derecho que tenes vos y estoy aprendiendo el día a día.

Después me quedé con la casa de familia esa que yo tenía porque la mamá ya estaba muy viejita, la mamá de ella, entonces me pidió si yo no podía hacer de 7 a 7. Y me convenía porque me pagaba bien ese momento. No tenía beneficios, pero me pagaba bien.

Y mira, una de las cosas que cuando empecé en la empresa fue cuando mis hijos eran chicos, lo que si tenía la asignación y los beneficios de ella. Por eso estaban las empresas, pero por esa misma razón también trabajaba en casa de familia, porque eso no tenía...no me descontaban, lo cobraba en bruto y en la empresa sí porque en la empresa te tenían con tus derechos. Siempre tenía, siempre trabajé teniendo el respaldo del BPS por mis hijos y a su vez para poder tener otra entrada que yo me podía manejar cuando yo quería

Y mi pareja hacía changas, a veces agarraba algún trabajo, pero eso a mí no me dio seguridad, por eso mismo tenía siempre ese respaldo de las empresas para poder tener los derechos de ellos, para poder atenderlos

También siempre vivimos con mi suegra. Ella trabajaba. Él aportaba cuando hacía changas y esas cosas aportaba. Vivíamos en la casa de ella, lo que no teníamos que pagar era un alquiler, pero sí todos los gastos de la casa, luz, agua, esas cosas sí. Y los gastos de los niños yo los hacía, de la camioneta porque también la abuela los cuidaba de mañana, pero a veces no podía y tenía que pagar alguien que me los cuidara, hasta que crecieron, que más o menos iban a la escuela ahí como que cambiaron un poco el panorama.

Con esa señora en la casa de familia, la mamá se murió y yo la cuidaba todo el día, la atendía a la señora. Era el cuidado de ella y el mantenimiento de la casa. Lo único que no hacía era cocinar, eso lo hacía ella que dejaba la comida para su madre y eso lo hacía ella. Pero después lo demás lo hacía yo. Pero ahí no, en el trato era bien, no me sentía digo...en ese sentido ella fue una de las patronas bien

Estuve un par de años trabajando ahí con ella sola. Creo que habré estado 5 años sí. Sí, como 5 años con ella. Y después cuando murió la mamá, claro, no me precisaba todo el día. Entonces ahí tuve que conseguirme un trabajo que fue cuidar a otra señora, del apartamento de ella, enfrente, había una señora que se había quedado sin persona para que la cuidara de noche. Entonces trabajaba en la casa de ella de tarde y de noche iba a la casa de la señora. De mañana estaba en mi casa, al medio día dejaba a los chiquilines y me iba a trabajar

Y dormía con ella ahí. Claro, una señora mayor y querían que se quedaran con ella porque no quería estar sola entonces dormía ahí sentada a veces. Pero ella me había puesto una cama entonces estaba al lado de ella, si se despabilaba miraba y me llamaba. Y ahí estuve un tiempo, habré estado 1 año con esa señora hasta que conseguí para entrar en un colegio. Fue por un llamado que hicieron de un colegio y una compañera del edificio me dijo "ay, Ida, ahí están pidiendo, hoy es el último día, llevá tu currículum" Y lo entregué, ese día era el último día y a los dos o tres días me estaban llamando y me hicieron una prueba de trabajo, después me hicieron una prueba psicológica de 250 preguntas, no sé cómo hice para contestar todo eso porque nunca lo había hecho. Pasé la prueba y ahí entré a trabajar en el 2005 con ellos en ese colegio, trabajaba de 4 a 10 de la noche. Entonces, entraba a media mañana a la casa de la señora y de ahí ya, como quedaba cerquita. Ya en ese momento mis hijos ya estaban bastante grandecitos, ya habían salido ahí, iban al liceo ya.

Ya colaboraban más. Y ahí sí ahí también aprendí un montón, aprendí un montón. Fueron otras vivencias, otro lugar totalmente diferente a lo que yo venía haciendo. Y ahí ya como que...ya me defendía más, digo, o sea como que, decía lo que pensaba mucho más directo. Chocaba mucho con la encargada, por el hecho de que... ¿cómo te puedo explicar? Ellos lo que tenían que llegar fin de año y te evalúan, y a mí no me gusta, no me gustaba y no me gustaba, "¿por qué me vas a venir a evaluar si yo hago mi trabajo? Llego en hora, cumplo con mi trabajo y hago hasta por demás". Digo, siempre fui muy de compartir el trabajo con mis compañeros, ayudarlos, eso también fue una de las cosas que me costó mucho porque siempre trabajaba sola, después cuando empecé a trabajar en las empresas también, eso fue una de las cosas que aprendí, al compartir con otro la actividad de trabajo. Trabajar más en equipo. Y ahí lo que aprendí mucho también a trabajar en equipo. Me costó mucho. Me costó mucho trabajar en equipo, cuando venís de trabajar solo.

Después, yo me separé. Y ya ahí tendría... si mi hijo nació en el 89 y yo quedé embarazada en el 86 por ahí, como que empezó mal la relación, él ya estaba muy posesivo, me andaba cuidando en el trabajo. Ya era demasiado, ya eran celos enfermizos. Iba a buscarme a mi trabajo. Se aparecía y hacía escándalo y esas cosas. Yo zafaba como una lady, pero ta. Después sí, después ya nos separamos.

Para mí el trabajar lo que hizo fue abirme, hacerme ver cosas, hacerme crecer y a su vez eso lo llevaba a mi casa para mis hijos. Pero también me llevó a que el estar trabajando tanto y que mis hijos estuvieran con su abuela, me llevó a que yo me perdí, digo, muchas cosas de mis hijos. Entonces también, hoy en día lo que yo les digo a mis hijos les digo "bueno, está todo bien que es tu trabajo, que trabajes todo el día, lo que vos quieras, pero el tiempo de tu familia es de tu familia. Si vos trabajas de lunes a viernes, o de lunes a sábado, bueno, el domingo es para tu familia. Pero, con tu familia disfrútalo, así sea sentarte en la rambla, sentarte en un parque, lo que sea, pero es tu familia y disfrútala".

La separación fue dura. Un día, él me estaba maltratando al niño y ahí no, con los chiquilines no. Porque está bien que los celos de él fueran enfermizos, todo bárbaro, pero el día que ya me tocó los niños, ya ahí ya me pegó. Bueno, me pegó. Dije "acá no", me defendí. Y él me pegó y yo le pegué. "A mí no me vas pegar. Te aguanté muchas cosas, pero que me levantes la mano no, y que me humilles, que me insultes..." porque lo primero que me decía "no sos nadie sin mí". Claro, porque ¿qué pasó? Tanto la madre como él, su familia, confundieron el respeto con lo sumisa. Porque yo digo, respetaba a su madre porque era su madre, lo respetaba a él porque era mi pareja, pero no me podés dejar allá abajo "ah, sos quien sos gracias a mí", ¿qué? "Gracias a vos no, gracias a mí".

Me costó mucho separamos porque, en aquella época, no te apoyaban, no te apoyaban. El estado... Por eso yo vuelvo a decir lo mismo, lo que es el estado cuando una mujer es maltratada, cuando tiene sus hijos y no sabe a dónde ir, el Estado hoy en día te ayuda un montón, en aquella época no te ayudaban. Vos ibas a hacer una denuncia y bueno ta, "¿ah, sí, le pegó? ah, bueno. Después vamos a ir". Nunca fueron, nunca se preocuparon, ibas y te quejabas y nadie te ayudaba. Por ejemplo, yo a mis hijos los puse, los quería poner en un lugar donde estuvieran de mañana para yo poder irme a trabajar, porque no podía pagar, y cuando los llevé a los 3, la mujer me mira y me dice "ah no, pero ellos están divinos, divinos, tienen un pelo, están muy vestiditos, están brillosos, acá es para niños muy, muy carenciados". Pero estoy en una situación difícil con su padre y no. No, no, fue... fue muy cruel, digo, por eso vuelvo a decir lo mismo, el Estado hoy en día, la mujer está muy bien cuidada, muy bien...bien apoyada. Si buscas ayuda, la encontras. En aquel momento no tenías esa ayuda.

Yo me quedé ahí, en la casa, el que se fue, fue él. Pero me quedé con su madre. Ella apoyo la situación por los niños. Aparte tanto su madre como su familia sabía que él tenía otra mujer con otro hijo, y no lo habían dicho, cuando yo lo descubrí ya...el niño debía tener la edad del mío, 1 año. Entonces dije "no, hasta acá llegaste". Igual él seguía, me perseguía, yo que sé, iba a la casa y me rompía la ropa, me rompía la ropa, me insultaba. No, no, lo que podías esperar de una persona baja, lo hacía él. Habrá durado un año esa situación. Después no, porque ahí sí, yo dije "ta, esto se terminó, a mí no me molestes más, no me molestes más", porque él nunca se esperó que yo fuera a defenderme.

Le dije, "no, no quiero vivir contigo, no me interesas, no me interesas como hombre, no". Fue algo... por eso te digo, fue un proceso largo ese de hacerle entender que no me interesaba. Que yo no, no tomé esa decisión porque tuviera otro, porque lo primero que él dice "ah, tenes otro", "¿qué? no". No me voy a dejar maltratar porque ya bastante me maltrató mi padre.

Después de ahí sí tuve compañeros, pero vos en tu casa, yo el mía. Todo bárbaro, hasta ahora soy así. Lo que siempre cuidé, lo que siempre cuidé y hasta por demás fueron mis hijos, tuve oportunidad de tener una pareja, me llevaba, nos llevábamos bien y él me propuso "mirá, ¿por qué no nos vamos a vivir juntos con los chiquilines?", no. Y ta, y bueno y seguía trabajando, para mí, el trabajo fue un...el trabajo fue algo que me ayudó a crecer, me ayudó a aguantar el dolor, me ayudó...

El trabajo para mi es algo...es como una terapia. Todo lo que he pasado, para mí, ir a trabajar era como que un escape. Llegó un momento, que hoy en día lo reconozco, llegó un momento que yo decía "esta pieza no la ensucies", wow, esto ya es muy grave, esta

pieza no es tuya. Llegó un momento que... por suerte que siempre me doy cuenta, hasta tocar el fondo me doy cuenta, hoy en día bueno, sí, a veces se me vuela alguna chaveta "no me toquen eso que es mío" y no es mío, pero bueno.

Una vez que entré a trabajar a colegios, ahí sí tenía seguro, sí. Ahí ya tenía la licencia, todas esas cosas que nunca en mi vida había tenido, la tenía ahí. No es que no lo tuvieran en los otros lados, porque tenía licencia, pero claro, en la licencia tenía que trabajar porque no me daba, porque mis hijos necesitaban, digo. Tenía licencia, te pagaban, pero en aquella época eran chirolas. Las empresas te pagaban muy poquito, entonces digo, te daban licencia, pero vos tenías que tener otro trabajito para poder sobrevivir hasta que entraras devuelta.

Entonces nunca tuve licencias así, nunca así. Así como lo tengo hoy en día no. Y ahí estuve también, en el Colegio Sagrada Familia estuve casi 10 años y en el San Juan estuve 8, hasta que entré acá. Acá ya llevo 7 años, sí 7 años llevo acá, con ellos acá. Y entonces dejé Sagrada Familia y me vine para acá, entonces hacía de tarde acá y de mañana en el San Juan Bautista. Salía del San Juan Bautista y me venía para acá. Estuve 2 años haciendo eso hasta que encontré otro jardín acá. ¿Qué hago? de mañana acá de 7 y media a 2 y media y de 3 a 7 en el otro jardín

Hoy en día estoy así. Y no, lo que aprendí, la experiencia de estar trabajando en los jardines es tremenda, por muchos motivos, por motivos de lo personal, digo, que acá realmente tenés más contacto con los niños, y yo antes en el San Juan tenía contacto con adolescentes. Porque al trabajar de mañana tenía liceo de mañana allá, entonces tenía mucho contacto con los gurises, adolescentes. Y cuando trabajaba en la Sagrada tenía contacto con los gurises en la tarde, pero había ahí como medio entreverado, niños chicos y niños grandes, adolescentes también. Pero así con chiquitos, chiquitos, realmente lo empecé a tener acá⁶. Y capacitaciones, el vivir el día a día, el observar, el tratar con la familia, el abrir la puerta o encontrarte en el pasillo, o encontrarme allá en el baño van las familias porque de repente van a llevar el niño, digo, sí, una tremenda experiencia. Tremenda, tremenda.

He hecho capacitaciones. He ido a los talleres de R. Por Inau que siempre trato de participar. Y allá también, allá también tenemos muchas oportunidades de hacer cosas, y aprender la metodología que trabajan acá. Aprender a través del juego, aprender a aprender

Acá yo lo que hago es mantenimiento del lugar, y apoyo viste, en distintas situaciones. De repente alguna maestra tiene alguna educadora, tiene que ir al baño o ayudar en el comedor, si falta alguna de las compañeras que son las que apoyan el comedor, las coordinadoras y eso, apoyo. Si de repente hay que abrir la puerta. Me gusta mucho.

Igual que el trabajar con los mayores, con las personas mayores, también, hoy en día te das cuenta que era lo mismo. Porque la única diferencia era que ellos eran grandes. Pero eran niños, al fin y al cabo. Porque yo me acuerdo que yo entraba y les cantaba, y a ellos les encantaba, sentirme como yo cantaba. Y vos a un niño le cantas y a ellos les gusta. Es lo mismo, la única diferencia es que ellos son chiquitos y ellos son grandes, nada más. Es

⁶ En el momento de la entrevista, Ida se desempeñaba como auxiliar de limpieza en un CAIF, donde tuvo lugar la entrevista.

la única diferencia. También usa pañales y alguno también, le tenés que dar, no puede tomar la leche por sí solo, le tenés que dar una mamadera.

Y también de todo eso, lo que me llevó el trabajo fue a empezar a participar de un coro que me gusta mucho. En el colegio donde yo estaba, en el Sagrada Familia, había una profesora de música, entonces, de tarde y pedía un ratito e iba a clase de música, después seguía trabajando. Me gusta cantar. Y después conocí un coro de mujeres afro que se llama Afrogama al cual...las vivencias de cada una de ellos te va haciendo...te va dando un pantallazo de cosas que uno no conoce.

Y a través de ellas, empecé a estudiar, hice el liceo. En el liceo 14 ahí en 8 de octubre y Propios, hice hasta tercero y lo aprobé. Y después me anoté para hacer cuarto, que también, me quedaron 5 materias de cuarto. En sí empecé a estudiar porque en el colegio que yo estaba yendo en San Juan Bautista me daba la posibilidad de estudiar. Yo tenía todo el beneficio que tiene la persona que estudia, tanto lo que es material, la computadora, todo eso. Y eso me ayudó un montón y el ser observadora, de estar en esos colegios trabajando, limpiando, también me llevó a que cuando borraba un pizarrón iba leyendo, y leía y leía o si estaba barriendo miraba y decía "mirá, qué interesante" y todo eso me fue dando un pantallazo de que, cuando me presenté a estudiar lo que me escribían los profesores era lo que yo había visto en los pizarrones cuando los limpiaba.

Y se me hizo mucho más fácil. Y para mí no era que me asustara, a mí siempre me gustó estudiar.

Pero con respecto a lo que es el trabajo, digo, hoy en día debo ser, soy una de las personas muy agradecidas del trabajo. Lo disfruto.

¿El ser adulta? hoy en día para mí me da la libertad de disfrutar lo que puedo, por ejemplo, de ir a una clase. Por ejemplo, ayer trabajé todo el día y después me fui a una clase de sexo y género, por intermedio del jardín de la tarde, fueron 2 horas, pero digo, me gustó por el tema que se está trabajando. Y esos tiempos que antes no los tenía.

El ser adulta hoy en día me permite tener un poco más de tiempo, fuera de que yo tengo mi tiempo ocupado, o sea, una persona que me gusta estar donde estoy. Pero, aprendí, crecí, entendí, me pude evaluar, digo, pila de cosas. Yo siempre decía "pero ¿por qué me molesta que me están evaluando? ¿por qué me molesta? ¿por qué siempre me están enfocando? A ver llega fin de año y nos vamos..." hasta que en un momento dije "pa, me voy a tener que empezar a analizar". Me descubrí que me molesta que me estén evaluando porque mi papá, cuando llegaba a fin de año, la fiesta, tomaba alcohol y se acordaba de todo lo que nosotros le habíamos hecho durante el año.

Y después lo otro que me marcó mucho también y que por eso siempre fui tímida hasta una etapa de mi vida, fue el ir a la escuela y siempre me gustó escribir, pero claro, escribía con faltas de ortografía, entonces escribí y para mí había puesto la palabra punto y no había puesto punto, había puesto puto. La maestra me llama, me dice "Ida, ¿qué escribió acá? Punto, maestra. No, léalo delante de sus compañeros". Y vos sabes que eso me mató. Me mató porque me exhibió.

Entonces cuando voy a escribir o voy a hablar, me callo. Porque capaz que lo que yo diga está mal, o capaz que estoy diciendo algo que no es, ¿entendes? siempre me estoy

cuestionando que estoy hablando mal, o que estoy diciendo algo. Entonces, hablo sí, pero hay momentos que cuando son muchas personas, observo, escucho y callo. Es algo que tengo que trabajar. Por eso te digo, me costaba mucho lo que es el expresarme. Digo, no, por ejemplo, filosofía es una de las materias que tengo pendiente y entiendo lo que la mujer me explica, el profesor se para, explica algo, pero cuando voy a escribir, me bloqueo. Pero bueno, en algún momento la superaré

De repente lo que yo pienso es... está mal expresado o mal escrito. Es algo que me tiene ahí trancada, pero en algún momento ya lo voy a superar. Por eso te digo, el trabajo a mí en lo personal me ha dado mucho, el poder conocer, el poder vivir el día a día, el poder... pero también me dio mucho en lo personal a mí. Pero también perdí cosas, digo, como fue... hoy en día lo reconozco, el que mis hijos, no poder estar con mis hijos en ciertas cosas.

En su momento me lo reprocharon y hoy en día que ellos tienen su familia, tienen sus hijos se dan cuenta. Me lo dijeron, "ahora sí mamá, entiendo lo que vos hiciste para criarnos a nosotros". Pero, pero, eso como que me quedó ahí, podía haber disfrutado. Pero igual me quedó como un aprendizaje porque a mis hijos les digo, bueno, como te decía hoy, "disfruten de su familia que es lo más importante que tienen".

No sabía del sindicato porque eso es nuevo. Todo eso son cosas nuevas de ahora. Antes no había nada de eso. Cuando alguna patrona no me pagaba, porque tuve unas patronas que se hacían las vivas y no me querían pagar y me iba, "pero me tienen que pagar lo que corresponde". Me decían que no. Entonces iba al Ministerio, era lo único que teníamos en ese momento. Ahí en el Ministerio de Trabajo en aquella época era lo único que vos podías decir "bueno, bueno ta, voy para ahí y me van a apoyar, me van a guiar". Y te hacían tu liquidación, te preguntaban, te hacían tu liquidación y eso.

Eso me pasó a mí cuando trabajaba en hogar. Que eso fue cuando yo estaba embarazada de mi hijo, que ellos me despidieron. Entonces yo dije "no, yo tengo mis derechos", entonces fui al Ministerio y les comenté lo que me pasó, que yo les había dicho que estaba embarazada y que me correspondían mis cosas. Entonces el Ministerio los citó, tuvo una cita y el Ministerio le dijo que no me podían despedir por estar embarazada, que ellos me tenían que amparar durante los 6 meses de embarazo, durante el embarazo y después del embarazo 6 meses me tenían que apoyar en aquel momento. Después de ahí sí el hombre me despidió, pero no porque fuera una mala funcionaria sino simplemente por el hecho de estar embarazada.

Por eso te digo, hoy en día las mujeres tienen mucho apoyo, en aquel momento no había. Lo mismo que el estudiar, mis hijos por ejemplos a ellos no les gusta, fueron, hicieron hasta primero y el otro hasta segundo, después ya no querían estudiar. "No, queremos trabajar", por eso peleaba con ellos, "no, tienen que estudiar, es el futuro de ustedes, es lo único que les puedo dejar, el estudio". No, no, no hubo caso con ellos, no les gustó, no les gustó

Se dedicaron a trabajar. Ellos trabajan, siempre fueron buscavidas en ese sentido. Yo siempre les decía porque ellos siempre decían "¿mamá por qué trabajas tanto?" pero yo les decía "pero vos, trabajas en un lado ganas unos pesitos, trabajas en el otro, tenes otros pesitos, trabajas en otro te haces unos pesitos, y no estas sin hacer nada. Y tenes tu plata

y con eso te manejas. No importa lo que te paguen, pero sí que respeten tu trabajo y que te valoren". Y eso fueron haciendo ellos. Por ejemplo, el chico empezó a trabajar en una fábrica y empezó como limpiador, y al año y pico ya estaba en la parte de máquinas. El grande lo mismo.

Porque siempre fue lo que se les fue diciendo. Y por ahora disfruto de lo que tengo. Y también digo, por ejemplo, cuando trabajaba en el Sagrada Familia me llevó a hacer una capacitación, estuve en el instituto Gaboto e hice, que está por acá cerca, me capacitó como educadora en nivel inicial y a su vez como educadora de niños discapacitados. Me llevó un año una y un año lo otro. Lo hice en 2 años.

Lo que pasa que por ejemplo acá no lo podés ejercer porque tenés que terminar el liceo. Esa capacitación, esos diplomas que ellos te dan como educadora, vos los podés trabajar en lo que es colegios privado. No tenes tanto problema. Ya es distinto, como que se arreglan de otra forma. Puedes ser como auxiliar de la educadora puedes. En un momento me lo habían ofrecido en el colegio San Juan Bautista, pero era tanta la discriminación de los propios compañeros, las maestras, porque vos estabas limpiando y pasabas como educadora, ya lo habían hecho con una compañera. La discriminaban porque "ah mirá, pero vos estabas limpiando ¿qué haces acá?", la muchacha se llegó a sentir mal por la situación que tenía. Entonces como que eso a mí me asustó. Dije no, no porque me conozco, sé cómo soy y no quiero chocar con nadie. Entonces no, preferí seguir. Cuando me ofrecieron para venir acá dije ta, me voy para ahí tranquila.

Y capaz que en algún momento puede ser que pueda. No como educadora, pero sí el estar como auxiliar con alguna educadora eso sí, capaz que en algún momento. O no sé, capaz que terminar el liceo... sé que trabajo muchas horas, pero mi idea es terminar el liceo como sea, pero reconozco que yo me anoté hace 2 años para terminar las materias de 4to y me fue muy difícil. Porque claro, trabajo mucho. Me levanto muy temprano y salgo a las 7 y de ahí me iba al liceo, y llegaba a mi casa a las 12 de la noche, 12 y media. Y me había anotado con 4 materias, que estaban bien las materias, pero no me daba. Llegaba un momento de la noche que mi cabeza ya era un bombo

Y quiera o no quiera acá no es... el trabajo en sí es un trabajo para mí, me gusta lo que hago, porque lo hago pensando en los niños, no pensando en los grandes, sino pensando en los niños, de que vengan y que jueguen en el piso y que este limpio o que se sienten a comer en una mesa limpia, o se sienten en una silla que esté lavada y desinfectada yo que se. Pienso en ellos, tanto acá como en el otro lado. Y aprendí a disfrutar del trabajo, la verdad que lo que me enseñó fue a disfrutar. Y hoy en día soy una agradecida porque tengo trabajo, porque dentro de todo, me gusta lo que hago y compartir con los niños el día a día, desde mi lugar también. Porque de repente si van al baño y los miras y... . Ida ¿no me ayudas?" y ya ahí les estas enseñando "¿cuántos años tenés? Tres. ¿No te sabes limpiar la cola? No. ¿Quién te limpia la cola? Mama o papa." Mirá el año que viene vas a entrar a la escuela de los grandes y cuando entres a la escuela de los grandes, hay muchos niños, vos no vas a tener quién te ayude a limpiar porque la maestra tiene muchos niños, entonces yo lo que voy a hacer contigo ahora es enseñarte cómo te podés limpiar la cola, y después le vas a decir a tus padres". Entonces me miran, como diciendo... "bueno, lo hacemos así, así, así, bueno límpiate", se limpian la vulva. "¿Vos hiciste caca? Tenes que limpiarte la cola" y te quedan mirando viste, y ahí arranca. Entonces, otro cachito más.

Entonces ellos van a la pelotita de papel, "no, mirá, yo te hago así, así" entonces me miran. "Cuando lo logres me decís Ida ahora me limpio la cola sola", entonces eso es tremenda satisfacción. Tremenda. Y en el otro jardín, allá hay más chiquititos, allá hay de 1 año. Son chiquitos, son de 1 año, no sabes lo que son y cuando entran, andaban gateando ahora ya andan volando.

Andan volando, y eso es otra de las cosas que también aprendí, me cuesta, claro, cuando veo un niño que decís, la facilidad que tienen para expresar lo que sienten. Y eso también vos lo tomas, porque decís "pa, si este niño con esta edad puede lograr decir lo que siente ¿por qué yo no puedo hacerlo?", me tengo que abrir mi cabeza y tengo que poder, decir lo que siento y lo que pienso, sin lastimar al otro. He aprendido un montón, te lleva toda una vida hablar de lo que uno ha vivido.

Lo que es en lo personal, que vos me preguntabas, lo de adulto y lo que he aprendido del trabajo, me he llevado muy buena experiencia, me he llevado experiencias lindas, experiencias feas, porque es parte de la vida, pero también soy muy agradecida con mucha gente que me dio la oportunidad, que me abrió su lugar, para que yo ingresara a lo que es el trabajo y en los momentos más difíciles de mi vida, el trabajo fue muy importante, muy importante.

Y también aprendí al estar en un trabajo a lo que yo pensaba, a escuchar al otro, a entender al otro y que el otro también me entendiera a mí. Digo, lo que no tuve con mis padres lo aprendí en lo que fue el trabajo, porque parte de mi vida la he pasado trabajando. Como te decía hoy, así como me dediqué a trabajar para que a mis hijos no les faltara nada, pero en la otra parte digo, se me fue un poquito de lado, bastante, el trabajo me ayudó a no enloquecer, cuando tuve las pérdidas que tuve. Porque entre que perdí dos hijos, perdí hermanos, he perdido muchos seres queridos y digo, hoy en día podría decirte que sí, podría estar adentro de un loquero, a mí lo que me salvó fue el poder estar adentro del trabajo, el poder hablarlo con algunas personas, no es con todas si no es con alguien en especial que pueda escucharme y entenderme. Eso me ayudó, me ayudó un montón, porque siempre dentro de los trabajos, encontrás esa persona especial, entonces, soy muy agradecida. Muy agradecida.

Bibliografía

- Aguirre, R. (2003). *Género, ciudadanía social y trabajo*. Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología.
- Aguirre, R., Batthyány, K., Genta, N., & Perrotta, V. (2014). Los cuidados en la agenda de investigación y en las políticas públicas en Uruguay. *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, (50), 43-60.
- Alma, E. (2013). Brechas salariales en Uruguay: género, segregación y desajustes por calificación. *Problemas del desarrollo*, 44(174), 89-117.
- Amarante, V., & Espino, A. (2001). La evolución de la segregación laboral por sexo en Uruguay (1986-1999). *Serie Documentos de Trabajo/FCEA-IE; DT03/01*.
- Anderson, E. (2000). *Code of the street: Decency, violence, and the moral life of the inner city*. WW Norton & Company.
- Andrews, Molly y Michael Bamberg, eds. (2004). *Considering Counter-narratives: narrating, resisting making sense*, John Benjamins Publishing Co. Ámsterdam.
- Ansoleaga, E., & Godoy, L. (2013). La maternidad y el trabajo en Chile: Discursos actuales de actores sociales. *Polis. Revista Latinoamericana*, (35).
- Anzorena, C. C., & Yáñez, S. S. (2013). Narrar la ambivalencia desde el cuerpo: diálogo sobre nuestras propias experiencias en torno a la "no-maternidad".
- Araujo, K., & Martuccelli, D. (2014). Beyond institutional individualism: Agentic individualism and the individuation process in Chilean society. *Current sociology*, 62(1), 24-40.
- Arciniega, M., Gómez, L., Hansen, N., Medina, P., Páez de la Torre, S., & Santos, A. (2020). La ideología de la maternidad intensiva como eje de violencia simbólica. Informal Publication. Communication Department, Universitat Pompeu Fabra.
- Arriagada, I. (1990). La participación desigual de la mujer en el mundo del trabajo. *Revista de la CEPAL*.
- Arriagada, I. (1997). Realidades y mitos del trabajo femenino urbano en América Latina.
- Badinter, E. (1981). *The myth of motherhood: An historical view of the maternal instinct*. Souvenir Press (E & A).
- Ballesté, I. R. (2015). ¿Por qué dieciocho años? La mayoría de edad civil en el ordenamiento jurídico civil español. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, t. 49, pp. 129-154.
- Bamberg, M. 2007. Introductory remarks. In *Narrative—State of the Art*, ed. MBamberg, pp. 1–5. Amsterdam:Benjamins

- Bamberg, M., & Andrews, M. (Eds.). (2004). *Considering counter-narratives: Narrating, resisting, making sense* (Vol. 4). John Benjamins Publishing.
- Basombrio, M. A. (1999). Identidad personal e identidad narrativa. *Thémata*, 22, 17-31.
- Batthyány, K. (2012). Estudio sobre trabajo doméstico en Uruguay. International Labour Organization.
- Batthyány, K., Genta, N., & Perrotta, V. (2012). La población uruguaya y el cuidado: Persistencias de un mandato de género. Encuesta nacional sobre representaciones sociales del cuidado: Principales resultados.
- Batthyány, K., Scavino, S., & Perrotta, V. (2020). Cuidados infantiles y trabajo remunerado en tres generaciones de mujeres madres de Montevideo: los recorridos de las desigualdades de género. *Dados*, 63.
- Baynes, K. (2010). "Self, Narrative And Self-Constitution: Revisiting Taylor's "Self-Interpreting Animals". *The Philosophical Forum* (Vol. 41, No. 4, pp. 441-457. 66
- Beck, U. y Beck-Hernsheim, E. (2003). *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. y Beck-Hernsheim, E. (2003). *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Benería, Lourdes (1984). *Reproducción, producción y división sexual del trabajo*, Santo Domingo, CIPAF, Colección Teoría
- Bernardi, L., Huinink, J., & Settersten Jr, R. A. (2019). The life course cube: A tool for studying lives. *Advances in Life Course Research*, 41, 100258.
- Bettie, J. (2014). *Women without class: Girls, race, and identity*. Univ of California Press.
- Blanco, M. (2002). Trabajo y familia: entrelazamiento de trayectorias vitales. *Estudios demográficos y urbanos*, 447-483.
- Blanco, M. M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de población*, 5(8), 5-31.
- Blanco, M., & Pacheco, E. (2003). Trabajo y familia desde el enfoque del curso de vida: dos subcohortes de mujeres mexicanas. *Papeles de población*, 9(38), 159-193.
- Bolívar, Antonio & Domingo, Jesús (2006). La investigación biográfica y narrativa en Iberoamérica: Campos de desarrollo y estado actual. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research* [On-line Journal], 7(4), Art. 12. Disponible en: <http://www.qualitative-research.net/fqs-texte/4-06/06-4-12-s.htm> [Fecha de acceso: 2018, Mayo, 03].
- Bonet, O. M. (1972). *Hacia la revolución del siglo*. Ed. Goes.

- Bourdieu, P. (1989). La ilusión biográfica. *Historia y fuente oral*, 27-33.
- Bourdieu, Pierre (1989), “La ilusión biográfica”, *Historia y Fuente Oral*, núm. 2 (Memoria y Biografía), pp. 27-33
- Brockmier, J., & Harré, R. (1997). Narrative: Problems and promises of an alternative paradigm. *Research on language and social interaction*, 30(4), 263-283.
- Cain, L. (1964) “Life course and social structure” En R. Faris (ed.) *Handbook of Modern Sociology*. Chicago: Rand McNally and Co.
- Cameron, D. (2018). ‘Respect, please!’: investigating race, power and language. In *Researching Language* (pp. 113-130). Routledge.
- Cánovas, C. J. E., & Amador, J. P. (2007). En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México. *Estudios demográficos y urbanos*, 43-77.
- Carolyn, S. (1986). *Landscape for a Good Woman: A Story of Two Lives*.
- Carr D. 1986. Narrative and the real world: an argument for continuity. *Hist. Theory* 25(2):117–31
- Casal, J., & García, M., & Merino, R., & Quesada, M. (2006). Itinerarios y trayectorias. Una perspectiva de la transición de la escuela al trabajo. *Trayectorias*, VIII (22), 9-20.
- Casal, J., García, M., Merino, R., & Quesada, M. (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Papers. Revista de Sociología*, 79, 21-48.
- Castel, R. (1995). De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso. *Archipiélago*, 21, 27-36.
- Cedillo, P. (2016), “El género como disposición: a propósito de la pluralidad interna del habitus sexuado”, en María de los Ángeles Pozas y Marco Estrada Saavedra (eds.), *Disonancias y resonancias conceptuales: investigaciones en teoría social y su función en la observación empírica*, México: El Colegio de México.
- Chase, S. E. (2003). Taking narrative seriously: Consequences for method and theory in interview studies. *Turning points in qualitative research: Tying knots in a handkerchief*, 3, 273-298.
- Clandinin, D. J., & Connelly, F. M. (2000). What do narrative inquirers do. *Narrative inquiry: Experience and story in qualitative research*, 48-62.
- Clark, K. B., & Clark, M. P. (1966). Emotional factors in racial identification and preference in Negro children. In *Mental Health and Segregation* (pp. 53-63). Springer, Berlin, Heidelberg.
- Colen, S. (1995). Like a Mother to them. Stratified Reproduction and West Indian Childcare Workers and Employers in New York. En: F. Ginsburg y R. Rapp

(eds.). *Conceiving the New World Order. The Global Politics of Reproduction* (pp. 78-102). Berkeley: University of California Press

Coubès, M. L., & Zenteno, R. (2005). Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo. *Cambio demográfico y social en México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*. 67

Covarrubias Terán, M. A. (2012). Maternidad, trabajo y familia: reflexiones de madres-padres de familias contemporáneas. *La ventana. Revista de estudios de género*, 4(35), 183-217.

Crosnoe, R., & Elder Jr, G. H. (2002). Life course transitions, the generational stake, and grandparent-grandchild relationships. *Journal of Marriage and Family*, 64(4), 1089-1096.

Dauphin, C. (1993). Rachel G. Fuchs, Poor and Pregnant in Paris. Strategies for Survival in the Nineteenth Century. *Annales*, 48(1), 55-57.

De Fina, A. (2003). *Identity in narrative: A study of immigrant discourse* (Vol. 3). John Benjamins Publishing.

De Fina, A., & Georgakopoulou, A. (2015). *The handbook of narrative analysis*. John Wiley & Sons.

De Oliveira, O., & Mora Salas, M. (2008). Desigualdades sociales y transición a la adultez en el México contemporáneo. *Papeles de población*, 14(57), 117-152.

De Torre, M. I. (2013). “¿La nación tiene cara de mujer? Mujeres y nación en el imaginario letrado del Uruguay del siglo XIX” Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

Díaz, X., Godoy, L., & Stecher, A. (2005). *Significados del trabajo, identidad y ciudadanía: la experiencia de hombres y mujeres en un mercado laboral flexible*. Santiago de Chile, Chile: Centro de Estudios de la Mujer.

Dubet, F., & Martuccelli, D. (1999). *En qué sociedad vivimos*. Losada, Buenos Aires, Argentina.

Durán Heras, M. Á. (2000). La contribución del trabajo no remunerado a la economía española: alternativas metodológicas.

Echarri Cánovas, Carlos Javier y Julieta Pérez Amador (2007), “En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 1 (64), pp. 43-77
edition. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.

Elder Jr, G. H. (2003). The life course in time and place. *Social dynamics of the life course: Transitions, institutions, and interrelations*, 57-71.

Elder Jr, G. H., & Giele, J. Z. (2009). *Life course studies: An evolving field*.

- Elder Jr, G. H., & Giele, J. Z. (2009). *The craft of life course research*. The Guilford Press.
- Elder Jr, G. H., & O'Rand, A. M. (1995). Adult lives in a changing society. *Sociological perspectives on social psychology*, 452-475.
- Elder Jr, G. H., & Shanahan, M. J. (2006). The life course and human development.
- Elder, G. H., Johnson, M. K., & Crosnoe, R. (2003). *The emergence and development of life course theory* (pp. 3-19). Springer US.
- Emirbayer, M., & Mische, A. (1998). What is agency?. *American journal of sociology*, 103(4), 962-1023.
- ESPINO, A.; MACHADO, A. y ALVES, G. (2011), Estudios sobre el mercado laboral en Uruguay. Estudio de las tendencias cuantitativas y cualitativas de la oferta y la demanda de trabajo en Uruguay: ¿hay un ajuste de la oferta de trabajo a la demanda? Documento N°1: Estudio de las tendencias cuantitativas y cualitativas de la oferta laboral. Montevideo: BCU.
- Feldman, L., Vivas, E., Lugli, Z., Zaragoza, J., & Gómez, V. (2008). Relaciones trabajo-familia y salud en mujeres trabajadoras. *salud pública de méxico*, 50(6), 482-489.
- Filardo, V. (2013). Calendarios y Perspectivas Temporales de los Jóvenes de Uruguay. In Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (Vol. 18).
- Fine, M. (1994). Working the hyphens. *Handbook of qualitative research*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Folbre, N. (1994). *Who pays for the kids?: Gender and the structures of constraint* (Vol. 4). Taylor & Francis US.
- Gal, S. (2002). A semiotics of the public/private distinction. *Differences: a journal of feminist cultural studies*, 13(1), 77-95.
- Georgakopoulou, A. (2007). Thinking big with small stories in narrative and identity analysis. *Narrative–State of the art*, 146-154.
- Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Given, J. (2014). The narrative construction and performance of identity. *Advances in Biographical Methods: Creative Applications*, 136, 55.
- Goffman, Erving (2008), *Estigma: la identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu, 2° edición.
- Gómez, I. C. (2011). Conflicto trabajo-familia, en mujeres profesionales que trabajan en la modalidad de empleo. *Pensamiento psicológico*, 9(16), 89-106.

- Guillemard, A. M. (2009) "Un curso vital más flexible. Nuevos riesgos y desafíos para la protección social" En *Recerca, revista de pensament i anàlisi*. N° 9. Pp. 13-39.
- Gutiérrez, E., & Ríos, P. (2006). Envejecimiento y campo de la edad: elementos sobre la pertinencia del conocimiento gerontológico. *Última década*, 14(25), 11-41.
- Gutiérrez, R. J., & Rodríguez, S. G. (2018). Sentimiento de individuación laboral: procesos del pensamiento en el contexto sociolaboral actual. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 22(1), 43-64.
- Hareven, T. K., & Masaoka, K. (1988). Turning points and transitions: Perceptions of the life course. *Journal of family history*, 13(1), 271-289.
- Hart, B. (1996). The construction of the gendered self. *Journal of family therapy*, 18(1), 43-60.
- Hays, S. (1998) *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona: Paidós.
- Heilbrun, C. (1988). Writing a Woman's Life. En Connelly, F. M., & Clandinin, D. J. (1990). *Stories of experience and narrative inquiry*. Educational researcher, 19(5), 2-14.
- Heritage, J. 1984. *Garfinkel and Ethnomethodology*. Cambridge, England: Polity Press
- Herzfeld, M. (2005)[1947], *Cultural Intimacy: Social Poetics in Nation-State*, Routledge, Nueva York y Londres. 68
- Hitlin, S., & Kwon, H. W. (2016). Agency across the life course. In *Handbook of the life course* (pp. 431-449). Springer, Cham.
- Hitlin, S., y Elder, G. H. (2007). Time, self, and the curiously abstract concept of agency. *Sociological theory*, 25(2), 170-191.
- Holstein, J. A., & Gubrium, J. F. (2007). Constructionist perspectives on the life course. *Sociology Compass*, 1(1), 335-352
- Hooks, B. (2017). *El feminismo es para todo el mundo*.
- Inmujeres y UNFPA (2014), *Estadísticas de Género 2014: Avances y desafíos para la igualdad de género*, consultado en http://www.inmujeres.gub.uy/innovaportal/file/57783/1/estadisticas-de-genero-2014_web.pdf a 13 de junio de 2018.
- Jenkins, Richard (2014). *Social Identity*. Routledge. Nueva York, 4ª edición.
- Jorquera Gutiérrez, R., & González Rodríguez, S. (2018). Sentimiento de Individuación Laboral: Propuesta Conceptual y Psicométrica. *Revista de Investigacion Psicologica*, (20), 29-42.
- Jost, G. (2012). Biographical structuring through a critical life event: parental loss during childhood. *Biography and turning points in Europe and America*.

- Katzkowicz, S., La Buonora, L., Pieri, D., Pandolfi, J., Semblat, F., Nuñez, S., ... & Thevenet, N. (2015). El trabajo de cuidados desde una perspectiva de género y generaciones.
- Kohli M., (1986), "The world we forgot: a historical review of the life course" En V. W. Marshall (ed.) *Later life. The social psychology of aging*. Beverly Hills: Sage. Pp. 271-303.
- Kraemer, D. J. (1992). Gender and the autobiographical essay: A critical extension of the research. *College Composition and Communication*, 43(3), 323-339.
- Krüger, H. Levy, R. (2001) "Linking Life Courses, Work, and the Family: Theorizing a not so Visible Nexus between Women and Men" En *Canadian Journal of Sociology*. Vol. 2. N° 26. Pp. 145-166
- Labov W, Waletzky J. 1967. Narrative analysis: oral versions of personal experience. In *Essays on the Verbal and Visual Arts*, ed. J Helm, pp. 12-44. Seattle: Univ. Wash. Press
- Labov W, Waletzky J. 1967. Narrative analysis: oral versions of personal experience. In *Essays on the Verbal and Visual Arts*, ed. J Helm, pp. 12-44. Seattle: Univ. Wash. Press
- Lahire, B. (2004) *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Barcelona: Bellaterra
- Lahire, B. (2012). De la teoría del habitus a una sociología psicológica. CPU-e, *Revista de Investigación Educativa*, 14. Recuperado de http://www.uv.mx/cpue/num14/inves/lahire_teoría_habitus.html
- Lalivé d'Épinay et al (2011) El curso de la vida emergencia de un paradigma interdisciplinario en Yuni, J. A., & Bickel, J. F. (compiladores). *La vejez en el curso de la vida*. Catamarca. Encuentro Grupo Editor.
- Lalivé d'Espina, C. Bickel, J.F. Cavalli, S. y Spini, D (2011). "El Curso de la vida: emergencia de un paradigma interdisciplinario", en Yuni, J.A. (comp.) *La vejez en el curso de la vida*. Córdoba: Encuentro grupo editor. 2011.
- Latour B., Woolgar S. 1986. *Laboratory Life: The Construction of Scientific Facts*. Princeton, NJ: Princeton Univ. Press.
- Lavrín, A. (1997). Cambiando actitudes sobre el rol de la mujer: Experiencia de los Países del Cono Sur a Principios de Siglo. *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe/European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 71-92.
- López, E., Findling, L., Lehner, M. P., Ponce, M., Venturiello, M. P., Mario, S., & Champalbert, L. (2009). Mujeres multifacéticas: conexiones entre maternidad, familia y trabajo. *X Jornadas Argentinas de Estudios de Población. Asociación de Estudios de Población de la Argentina: San Fernando del Valle de Catamarca*.

- Lynch, G. (2017) Curso de la vida y género: entre lo individual y las expectativas sociales. El Caso de la Argentina. (Tesis de Doctorado). Universidad de Salamanca.
- MacIntyre A. (1981). *After Virtue: A Study in Moral Theory*. Durham, NC: Duke Univ. Press
- MacIntyre, A. (2007) [1981], *After Virtue: a study in moral theory*, United States, Notre Dame Press.
- Marichal, F., & Quiles, M. N. (2000). La organización del estigma en categorías: actualización de la taxonomía de Goffman. *Psicothema*, 12(3).
- Martínez Gómez, C., Miller, T., & Saad, P. M. (2013). Participación laboral femenina y bono de género en América Latina. Participación laboral femenina y bono de género en América Latina.
- Martuccelli, D., & De Singly, F. (2012). *Las sociologías del individuo*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Maxwell, J. (2005). *Qualitative research design: An interactive approach*. Second
- McNay, L. (1999). Gender and narrative identity. *Journal of Political Ideologies*, 4(3), 315-336.
- McNay, L. (2004). Agency and experience: Gender as a lived relation. *The Sociological Review*, 52(2_suppl), 175-190.
- McNay, L. (2008). *Against recognition*. Estados Unidos, Polity press.
- McNay, L. (2013). *Gender and agency: Reconfiguring the subject in feminist and social theory*. John Wiley & Sons.
- McNay, Lois (2000). Gender and narrative: Ricoeur on the coherence of the self. En: *Gender and Agency. Reconfiguring the Subject in Feminist and Social Theory*. Polity Press. UK
- Mead, G. H. (1953). *Espiritu, persona y sociedad: desde el punto de vista del conductismo social*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Meulders, D., Plasman, R., Rigo, A., & O'dorchai, S. (2010). Horizontal and vertical segregation. *Meta-analysis of gender and science research-topic report*. Recuperado de: https://genderedinnovations.stanford.edu/images/TR1_Segregation.pdf.
- Moen, P. (2011). From 'work-family' to the 'gendered life course' and 'fit': Five challenges to the field. *Community, Work & Family*, 14(1), 81-96.
- Moen, P. (2015). An institutional/organizational turn: Getting to work-life quality and gender equality. *Work and Occupations*, 42(2), 174-182.

- Moen, P., & Roehling, P. (2005). *The career mystique: Cracks in the American dream*. Rowman & Littlefield.
- Mora Salas, M., & Oliveira, O. (2009). Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades. *Estudios Sociológicos*, XXVII (79), 267-289.
- Mora Salas, M., & Urbina Cortés, G. A. (2017). Ciudadanía activa y la transición a la adultez en México: la impronta del origen social y la participación desigual de los jóvenes. *sociedad y economía*, (33), 175-204.
- Mouffe, C. y Moreno, H. (1993), "Feminismo, ciudadanía y política democrática radical", *Debate Feminista*, núm. 4 (7), pp. 3-22. 69
- Murillo, S. (2006) "Ser individuo o acatar los géneros" En *Las Relaciones de Poder entre Hombres y Mujeres (2001)* Federación de Mujeres Progresistas. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Néspolo, J. (2007). El problema de la identidad narrativa en la filosofía de Paul Ricoeur. *Orbis Tertius*, 12(13).
- Oliveira, O. D., & Salas, M. M. (2011). Las diversas formas de hacerse adulto en México: diferencias de clase y género a principios del siglo XXI en Ana María Tepichin (coord.) *Género en contextos de pobreza*, México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 35-55.
- ONU Mujeres y Unicef (2020) Encuesta Sobre Niñez, Género Y Uso Del Tiempo En El Marco De La Emergencia Sanitaria En Uruguay Principales Resultados, Montevideo.
- Oris, M. et al (dir.) (2009) *Transitions dans les parcours de vie et construction des inégalités*. Lausanne. PPUR
- Palomar Vereá, C. (2005). Maternidad: historia y cultura. *La ventana. Revista de estudios de género*, 3(22), 35-67.
- Paredes Della Croce, M. (2004). *Trayectorias reproductivas, relaciones de género y dinámicas familiares en Uruguay*. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Polletta, F., Chen, P. C. B., Gardner, B. G., & Motes, A. (2011). The sociology of storytelling. *Annual review of sociology*, 37, 109-130.
- Psacharopoulos, G., & Tzannatos, Z. (1992). Women's employment and pay in Latin America. *Finance and Development*, 29, 14-14.
- Ramírez Chávez, M. F. Trabajo asalariado y maternidad: un estudio fenomenológico con mujeres ejecutivas.
- Richardson, L. (1990). Narrative and sociology. *Journal of contemporary ethnography*, 19(1), 116-135.
- Ricoeur, P. (1995c). *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, Madrid, Siglo XXI.

- Riessman, C. K. (2005) Narrative Analysis. In: Narrative, Memory & Everyday Life. University of Huddersfield, Huddersfield, pp. 17.
- Riley, D. (1988). 'Am I that name?': Feminism and the category of 'women' in history. Springer.
- Riley, M. W. E., Kahn, R. L. E., Foner, A. E., & Mack, K. A. (1994). Age and structural lag: Society's failure to provide meaningful opportunities in work, family, and leisure. John Wiley & Sons.
- Riquer F. y Tepichin del Valle, A. M. (2001), "Mujeres jóvenes en México. De la casa a la escuela, del trabajo a los quehaceres del hogar" en E. Pieck (coord.) Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social, Universidad Iberoamericana/ UNESCO, Cinterfor/OIT, pp. 493-525.
- Castro, R. (1996) En busca del significado: supuestos, alcances y limitaciones del análisis cualitativo en Ivonne, S. Z. A. S. Z., & Lerner, S. (comp.). *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. El Colegio de México.
- Rojas, O. L. (2016). Mujeres, hombres y vida familiar en México. Persistencia de la inequidad de género anclada en la desigualdad social. *Revista interdisciplinaria de estudios de género de El Colegio de México*, 2(3), 73-101.
- Romero, P. M. (2012) "Transiciones a la salida de la escuela: trabajo y/o familia Caminos diferenciados entre mujeres y varones mexicanos" consultado en <http://www.somede.org/xireunion/ponencias/Otras%20tematicas/74Texto%20SOMEDE%202012%20PATRICIA%20MEZA.pdf> a 31/04/2018.
- Sabido Ramos, O. (2017). Georg Simmel y los sentidos: una sociología relacional de la percepción. *Revista mexicana de sociología*, 79(2), 373-400
- Schulte, B. (2014). Overwhelmed: Work, love, and play when no one has the time [Kindle version]. Retrieved from Amazon. com.
- Scott, J. W. (1993). La mujer trabajadora en el siglo XIX. *Historia de las mujeres*, 4, 425-461.
- Scott, J. W. (2001). Experiencia. *Revista de estudios de género: La ventana*, 2(13), 42-74.
- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de sueños.
- Settersten Jr, R. A., Ottusch, T. M., & Schneider, B. (2015). Becoming adult: Meanings of markers to adulthood. *Emerging trends in the social and behavioral sciences: An interdisciplinary, searchable, and linkable resource*, 1-16.
- Sierra, Y. G. (1994). *Del hogar a la fábrica: ¿deshonra o virtud?* (Vol. 24). Human Rights Watch.

- Simmel, G. ([1908] 2014a). "Digresión sobre el adorno". En *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*, 394-399. México: Fondo de Cultura Económica. En
- Simon, W., & Gagnon, J. H. (1984). Sexual scripts. *Society*, 22(1), 53-60.
- Simon, W., & Gagnon, J. H. (1986). Sexual scripts: Permanence and change. *Archives of sexual behavior*, 15, 97-120.
- Sisto, V., & Fardella, C. (2008). Haciéndose a uno mismo/a. Diferencias en las narrativas identitarias de profesionales adultos jóvenes en condiciones de vinculación laboral flexible según el nivel socioeconómico de la familias de origen. In *XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*. Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires.
- Skeggs, B. (2019). *Mujeres respetables: clase y género en los sectores populares*. Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Skeggs, B. (2019). *Mujeres respetables*. EDICIONES UNGS.
- Smith-Rosenberg, Carroll. "Writing History: Language, Class, and Gender" *Feminist Studies/Critical Studies*. Ed. Teresa de Lauretis. Bloomington: Indiana UP, 1986, 31-54.
- Somers M. (1994). The narrative constitution of identity: a relational and network approach. *Theor. Soc.* 23:605–49.
- Somers, M. R. (1992). Narrativity, narrative identity, and social action: Rethinking English working-class formation. *Social Science History*, 16(4), 591-630.
- Somers, M. R. (1994). The narrative constitution of identity: A relational and network approach. *Theory and society*, 605-649.
- Squire, C. (2013). From experience-centred to socioculturally-oriented approaches to narrative. *Doing narrative research*, 2, 47-71.
- Stecher, A. (2012). Perfiles identitarios de trabajadores de grandes empresas del retail en Santiago de Chile: Aportes psicosociales a la comprensión de las identidades laborales. *Psyche (Santiago)*, 21(2), 9-20.
- Taylor, C. (1996), *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*, Paidós, Barcelona.
- Taylor, C. (1996). *Identidad y reconocimiento*.
- Tepichin Valle, A. M. (2016), *Conocimiento de la pobreza desde un enfoque de género: propuesta de marco analítico*, Ciudad de México: El Colegio de México/CES/PIEM. 70
- Tuirán, R. (1999). *La transición demográfica y el curso de vida de las mujeres mexicanas: los desafíos presentes y futuros*. Consejo Nacional de Población, La situación demográfica de México.

Filardo, V., Chouhy G. y Noboa L. (2009). *La estratificación biográfica. Bifurcaciones en la transición a la adultez en Uruguay. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Viveros Vigoya, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, núm. 52, pp. 1-17.

West, C. y Zimmerman D. H. (1987), "Doing Gender", *Gender and Society*, vol.1, núm. 2, pp.125-151.

White H. (1980). The value of narrativity in the representation of reality. *Crit. Inq.* 7:5–27

Young, I. M. (2005). *On female body experience: "Throwing like a girl" and other essays*. Oxford University Press.